

ANDRES PEREZ DE RIVAS

# PAGINAS PARA LA HISTORIA DE SONORA

TRIUNFOS DE NUESTRA SANTA FE

I



GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

PAGINAS PARA LA HISTORIA  
DE SONORA

TRIUNFOS DE NUESTRA SANTA FE



ANDRES PEREZ DE RIVAS

# PAGINAS PARA LA HISTORIA DE SONORA

## TRIUNFOS DE NUESTRA SANTA FE

### I



GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

Hermosillo 1985

**Primera edición: 1645**  
**Segunda edición: 1944**  
**Tercera edición: 1985**

# HISTORIA

DE LOS

TRIUNFOS DE NUESTRA SANTA FE

ENTRE GENTES LAS MAS BARBARAS

y fieras del Nuevo Orbe; conseguidos por los soldados de la Milicia de la Compañía de JESUS en las Misiones de la Provincia de Nueva España.

REFIERENSE ASIMISMO LAS COSTUMBRES,

*ritos y supersticiones que usaban estas gentes: sus puestos y temples: las victorias que de algunas de ellas alcanzaron con las armas los Católicos españoles, cuando les obligaron a tomarlas: y las dichas muertes de veinie Religiosos de la Compañía, que en varios puestos y a manos de varias Naciones, dieron sus vidas por la predicación del Santo Evangelio.*

DEDICADA

A LA MUY CATOLICA MAGESTAD

DEL REY N. S. FELIPE CUARTO

ESCRITA POR EL PADRE ANDRES PEREZ DE RIBAS,  
*Provincial en la Nueva España, natural de Córdoba.*

AÑO J.H.S. 1645

CON PRIVILEGIO



## PROLOGO

*Andrés Pérez de Rivas fue un hombre de variadas facetas, historiador acucioso y excelente etnógrafo, dotado de una aguda capacidad de observación la cual le permitió penetrar más allá de lo meramente objetivo. Pero sobre todo fue un soldado de Cristo que dedicó sus mejores esfuerzos para expandir y consolidar las fronteras de la cristiandad en el vasto noroeste de la Nueva España a principios del siglo xvii.*

*Nacido en la ciudad de Córdoba, ubicada en la provincia de Andalucía, en 1575, muy joven encontró su vocación en los estudios eclesiásticos que lo condujeron al sacerdocio; ingresado posteriormente a la Compañía de Jesús, trasladándose en 1602 a la Nueva España en calidad de novicio.*

*Las labores propias de su ministerio lo mantuvieron ocupado en la ciudad de México, pero nuevos rumbos en su vida fueron tomados gracias a la presencia del capitán Diego Martínez de Hurdaide, quien se encontraba gestionando el reforzamiento de las milicias necesarias en Sinaloa, llevando además la petición de mayores auxilios para la propagación del evangelio, que para entonces había cobrado su primera víctima en el padre Gonzalo de Tapia.*

*Pronto, el escenario de la capital es cambiado por las desconocidas e inhóspitas estepas sinaloenses, en donde sus labores de conversión lo mantendrían ocupado por dieciséis años. El resultado de esto, narrado por el propio padre, es un merecido homenaje para sus hermanos de fe. Una meritoria tarea de anotar para la posteridad los logros obtenidos entre "Gentes las más bárbaras", como él las titula.*

*Esta obra, escrita en doce libros, no sólo es uno de los pilares básicos para entender el mundo indígena al momento del contacto español, sino también nos ilustra ampliamente sobre la calidad humanística de los misioneros y muchos soldados, quienes consagraban su vida al trabajo soportando múltiples penalidades para asegurar los caminos que conducirían hacia los incógnitos dominios de la América Septentrional.*

*Cualquier interesado en las páginas tempranas de la historia del noroeste de México, tendrá que andar los senderos que este jesuita dejó marcados. abriéndose paso entre la intrincada maraña lingüística propia de la época en que el trabajo fue escrito. Por tal motivo, justo es señalarlo, pocas personas habrán leído en su totalidad el trabajo de Pérez de Rivas presentado con ampulosa retórica en lo que llamó Triunfos de Nuestra Santa Fé entre gentes las más Bárbaras y Fieras del Nuevo Orbe . . ., primeramente aparecido en Madrid en 1645, hoy sin duda, rareza bibliográfica.*



*Otra edición fue impresa en México en 1944, constando de tres tomos bajo el cuidado de Editorial Layac, siendo la más conocida. Desafortunadamente con un formato y ortografía tan difíciles que enfrían el ánimo de cualquiera; su utilidad sin embargo está más allá de toda duda, y constituyó en su momento acertadísima herramienta de trabajo con especial sitio en las bibliotecas.*

*A través de sus páginas, los modernos conservatistas de la naturaleza y sus antagonistas, podrán juzgar los cambios tan grandes que ha producido la presión del hombre sobre las diversas y abundantes criaturas que Pérez de Rivas tuvo oportunidad de observar y anotar. Algunas de ellas como los caimanes, hace tiempo desaparecieron de la región donde era su habitat normal; gracias a sus relatos podemos, en cierta forma, recrearnos de nuevo y tomar conciencia sobre lo que consciente o inconscientemente estamos destruyendo.*

*El marco geográfico donde los hechos tuvieron lugar, distaba mucho de ser lo que hoy en día, emporios agrícolas o ganaderos donde impera el verde de los campos con sus frutos multicolores, combinados con verdaderos e impresionantes alardes tecnológicos de las empacadoras y maquinarias sofisticadas para arrancar, transportar o conservar los frutos de la tierra.*

*En aquellos lejanos días, la provincia de Sinaloa cuyos límites al norte eran desconocidos, constituía el hogar ancestral de indígenas cuyos orígenes se pierden en la noche de los tiempos, pero que con certeza nuestro autor, adelantándose a las modernas investigaciones antropológicas, deduce su procedencia asiática.*

*En general, las gentes que encontraron los misioneros en el siglo XVI corresponden, por su forma de vida, a lo que llamaron "rancherías"; las cuales estaban constituidas por pequeños grupos familiares que medraban de lo que obtenían de la naturaleza, complementada con algo de agricultura. Sus endebles habitaciones estaban a orillas de los ríos, arroyos o el mar, constituyendo una casi perfecta adaptación al medio ambiente, tan efectiva que probablemente su existencia se remontaba a miles de años.*

*Otros pobladores corresponden a verdaderas aldeas, las que son descritas de varias partes de la zona serrana y algunos valles ribereños. Por sus comentarios fácilmente se deduce que gozaban de un nivel cultural mucho más elevado, hechos que reconocerá el lector a medida que incursione en la lectura de los libros IV a VI, correspondientes casi en su totalidad a las labores evangélicas entre las tribus sonorenses.*

*En la observación y descripción de sus costumbres, es donde se nos ofrece un panorama tan completo que no dudamos en calificar a Pérez de Rivas, como uno de los primeros etnógrafos del noroeste; mérito que comparte con muchos de sus compañeros de quien tomó informaciones, como él mismo lo revela.*

*Los nativos acostumbrados a vivir bajo sus propias reglas, no siempre fueron receptivos a las nuevas enseñanzas que trataban de inculcarles los jesuitas, y muchas veces constituyeron verdaderos rompecabezas humanos que con su muy particular idiosincrasia representaban barreras impenetrables para el trabajo misional. Defendiendo sus creencias, inmolaron a los primeros mártires que regaron con su sangre los feroces suelos de la provincia de Sinaloa.*

*Pero por otra parte, su excelente conocimiento de la naturaleza ha traído para nosotros parte de una valiosa herencia, que apenas hemos empezado a vislumbrar. Ellos descubrieron en los esteros de la costa, una minúscula semilla que crece bajo el agua salada, la cual era recolectada en cierta época del año, molida y consumida como pan. Los científicos llaman a esta semilla zosterá marina, que también ha sido tradicionalmente consumida por los seris, y sin lugar a dudas ha probado su efectividad para el consumo humano por sus altas propiedades nutritivas. En un mundo sobrepoblado y cada vez más necesitado de fuentes alimenticias, podemos tomar provechosas lecciones del pasado como en el caso que nos ocupa.*

*Un aspecto frecuentemente pasado por alto, son las aportaciones de la arqueología que pudieran parecer fuera de lugar en estos comentarios, sin embargo esperamos demostrar lo contrario, puesto que el trabajo de Pérez de Rivas, bien estudiado, llegará a convertirse tras los análisis de su contenido, en un válido eslabón entre el acontecer prehistórico e histórico que aún espera ser aquilatado en su justa dimensión para la reconstrucción de los desarrollos culturales.*

*Trabajos arqueológicos en Sinaloa y Sonora, iniciados hace años y continuados esporádicamente hasta el presente, han aportado numerosas evidencias que nos inclinan a creer que la mayoría de la población prehistórica que ocupó el área, había tenido pérdidas culturales como resultado de la desintegración y regresión de la frontera mesoamericana, cuyos contactos ecllosionaron en sociedades formativas de una larga cadena que llegaba al sur hasta la zona de las altas culturas mexicanas.*

*A través de centenares de kilómetros de serranías, bosques o pantanosas marismas, un activo movimiento de productos como turquesa, plumas de aves, sal, conchas, cascabeles de cobre y muchos otros materiales bajo el control de los famosos comerciantes espías llamados "pochtecas", fue mantenido hasta poco tiempo antes de la irrupción europea en las tierras del noroeste rematando la ruta en la metrópoli más importante del norte de México; Casas Grandes, Chihuahua.*

*Qué influencia pudo tener esto en las relaciones con los misioneros y militares, es asunto abierto al análisis y especulación. Pero la rápida conversión de los yaquis y ciertas actitudes insólitas como su petición de paz a Hurdaide, sin haber sido derrotados, más la excelente organización que mantenían algunas naciones indígenas que tantas veces contuvieron el avance de la conquista, parecen haber sido sustentadas por un substrato cultural más complicado que el hallado al tiempo del contacto.*

*Regresando a las páginas de nuestra historia, veremos desfilar a numerosos personajes, cada uno merecedor de publicarse un libro sobre sus hazañas. Todos, bajo la pluma del padre Rivas, son mencionados con justicia tanto en sus aciertos como en sus errores, respetando el dogma de "escribir con la verdad" que rigió la obra en todas sus fases.*

*Entre los primeros ligados al conocimiento del noroeste, encontraremos los restos de la malograda expedición del gobernador Pánfilo de Narváez, que*

constaba de seiscientos hombres, la cual había entrado al descubrimiento y conquista de la Florida en 1527, muriendo todos de hambre, encuentros con los indígenas, y sufrimientos causados por lodosos pantanos donde cada paso podía significar el fin. Sólo hubo cuatro sobrevivientes, quienes en un viaje que ha quedado como ejemplo de resistencia física y de una increíble voluntad, atravesaron Norteamérica yendo a salir al océano Pacífico tras una odisea de ocho años.

Fueron Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Andrés Dorantes, Bernardino del Castillo Maldonado, y un negro llamado Estebanico, quienes plantaron la semilla del mito referente a las siete ciudades de oro de Cibola y Quivira, las cuales se suponían situadas muy al norte en la tierra de los indios, pueblos, los que aún moran en los mismos sitios que dieron origen a las mentiras que desataron los eufóricos viajes en su búsqueda.

En esta sencilla secuela radicó la fuerza motriz para las posteriores caravanas que enfilarían su rumbo al noroeste de la Nueva España, con el acicate de las portentosas riquezas que se aseguraba aguardaban a los intrépidos que se atrevieran a desafiar los peligros que ya no eran un secreto para nadie, tras los febriles relatos de Cabeza de Vaca.

El virrey don Antonio de Mendoza, poniendo oído a las relaciones, cambió la sangrienta estrategia de conquista observada por Nuño de Guzmán, por la mansedumbre del fraile franciscano Marcos de Niza, considerado hombre virtuoso, preparado y vigoroso, ideal para el contacto con los numerosos indios que encontraría en su viaje. Su guía sería el negro Estebanico, quien en este recorrido se pierde para siempre en las desoladas regiones. Fray Marcos asegura su muerte a manos de los indios de Cibola, pero versiones modernas sacadas de viejos papeles archivados, nos dan otra pista, que se quedó a vivir entre los indios mayos en el poblado de Tesia donde un hijo suyo llegó a ser cacique.

Vigorizado el mito con las exageraciones de Niza al regreso a la capital, toca el turno en 1540 a don Francisco Vázquez de Coronado, y pronto está en camino para toparse con las realidades muy distintas a las contadas por sus antecesores. Las tierras que veían parecen distorsionarse con los espejismos producidos por los calores del desierto, y los millares de cactus y espesos bosques de espinosos arbustos, presagian malos augurios para los expedicionarios. El resultado final será un completo fracaso en la búsqueda, más la persistente incógnita de la ubicación del primer establecimiento español en las márgenes del río Sonora, San Jerónimo de los Corazones, fundado por Coronado.

Pero la terquedad parece ser una cualidad en los españoles, y nuevamente la campaña es violada por más expedicionarios ilusos. Trátase ahora de un joven pero valeroso capitán llamado Francisco de Ibarra, quien por su actuación en el drama del noroeste se ganará el mote de "El Fénix de los Conquistadores".

Este, a diferencia de los demás, lleva también propósitos más realistas que se condensan alrededor de localizar minas y lugares adecuados para fundar pueblos. La odisea de su viaje a lo largo de la gran Sierra Madre, bien merece titularla como una de las más grandes que conserva la historia.

*A pesar de los esfuerzos de los grandes exploradores y conquistadores, hubo ocasiones en que todo el trabajo pareció perderse, y para fines del siglo xvi llegó el momento en que sólo quedaron en la provincia de Sinaloa cinco españoles, únicos representantes del vasto imperio del rey Felipe II. Ellos subsistieron imitando a los nativos en su aprovechamiento de los recursos naturales, aferrados a la esperanza de ricas minas que generan de nuevo la afluencia de pobladores venidos de otras partes de la Nueva España. Como un merecido galardón, el padre Pérez de Rivas también preservó sus nombres: Bartolomé de Mondragón, Juan Martínez del Castillo, Tomás de Soberanes, Juan Caballero y Antonio Ruiz, quienes en 1585 fundaron la Villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa a orillas del río Petatlán.*

*Prolijo sería mencionar a tantos héroes casi desconocidos que han iluminado el firmamento histórico de la grandiosa obra que comentamos, pero no podemos dejar pasar la oportunidad de referirnos a una mujer, única en el teatro de la época, a quien sin temor de pecar como exagerados, podremos titularla "La Malinche del Noroeste". Su verdadero nombre se ha perdido, los cristianos la llamaron "Luisa la de Ocoroni", por el pueblo en que nació.*

*Tras una serie de aventuras que incluyeron raptos, huidas, y "casamientos" a la manera indígena, Luisa se gana una reputación que la hace merecedora al respeto de los indígenas gracias a su sabiduría. Su dominio de las lenguas habladas desde Culiacán hasta el valle de Sonora, según se decía, la hicieron indispensable para las expediciones que iban al norte en busca de las multicitadas ciudades de oro de Cibola y Quivira. Se cree que inclusive había formado parte de la comitiva que acompañaba al capitán Francisco Vázquez de Coronado en 1540, aunque no existe la certeza.*

*Lo indudable es que la encontramos de intérprete del otro notable conquistador don Francisco de Ibarra, donde a pesar de su calidad de mujer sobrevivió a las espantosas penalidades que los llevó a las ventosas y gélidas llanuras de la derruida Paquimé, el Casas Grandes de hoy en Chihuahua.*

*Para finales del siglo xvi, la necesidad de consolidar la tambaleante provincia de Sinaloa sumida en una crisis que amenazaba con despoblarla totalmente, trajo nuevos e importantes personajes al escenario con el arribo de los primeros misioneros, cuyo objetivo era fundar una misión capaz de convertir a los irreductos indios en mansos rebaños de la fe cristiana.*

*En el fondo, la verdad era que la real corona trataba de utilizar a los padres como instrumento de penetración y pacificación; el resultado sería a la larga la disponibilidad de mano de obra para la explotación de minas y la producción de alimentos necesarios, lo que era camino seguro para rebozar las arcas españolas, razones muy diferentes a las que animaban a los misioneros.*

*Encabezan la lista de los jesuitas los padres Gonzalo de Tapia y Martín Pérez, quienes en 1590 entran a tierras sinaloenses despachados por su superior el padre Antonio de Mendoza, provincial de la compañía, a ruego del gobernador de Guadiana (Durango) don Rodrigo del Río y Loza. Llegados a su presencia, un giro en los deseos del gobernador los desvía hacia las tierras*

costeras del Pacífico, donde serían de mayor utilidad en la conversión de los gentiles que allí abundaban, según sus informes.

Realizado un viaje imposible de imaginar a través de incontables serranías, llegaron a la provincia de Sinaloa ejerciendo al poco tiempo su ministerio, superando gracias a su celo los diarios obstáculos que en diferentes formas se les presentaban, unas veces por lo adverso del medio ambiente, otras por la falta de alimentos, o la naturaleza indómita de los habitantes. Cuatro años después, el once de julio de 1594, el padre Gonzalo de Tapia, cuya protección se había extendido como una sombra bienhechora hacia todos los puntos cardinales, caía sacrificado por aquellos a quienes ya creía convertidos en dóciles ovejas del cristianismo.

Pero la paciencia, mezclada con la fe, eran virtudes de los jesuitas, y donde la conquista con la espada falló tomó su lugar la cruz y las suaves palabras de los misioneros, quienes abrieron rumbos nuevos para la madre patria y sus desmedidas ambiciones de riqueza.

La afluencia de los padres continuaba siendo cada vez mayor, sin llegar nunca a saturar la provincia puesto que cada conversión ampliaba el campo de las posibilidades.

Desde un principio, una de las reglas principales que regía los destinos de la Compañía de Jesús era abstenerse de avanzar hacia tierras desconocidas mientras no se tuviera la autosuficiencia alimenticia en la misión. Ello se traducía en una coordinada y efectiva producción agropecuaria, que era el incentivo mayor para mantener a los indígenas conversos gravitando alrededor de los establecimientos.

Esto, a la larga probaría ser el más efectivo método para ganarles adeptos entre la población, quienes poco a poco renunciaban a sus viejas formas de vida.

Es indudable que los progresos obtenidos lograron cambiar en mucho sus costumbres, pero se necesitaría muchísimo tiempo para que éstas fueran definitivamente abandonadas y olvidadas. Algunas persisten aún, mezcladas con las doctrinas que heredaron de los buenos padres, las ceremonias de cuaresma son un buen ejemplo de eso, las cuales son practicadas por la mayoría de los grupos indígenas del noroeste de México.

Superadas las confrontaciones casi cotidianas entre los componentes de culturas diferentes, la evangelización avanzó entrando a regiones sonorenses utilizando los escasos ríos como rutas naturales de penetración, tal como habían venido funcionando desde épocas prehispánicas. Así la cadena misional continuó creciendo hacia las comarcas y valles, al mismo tiempo que nuevas naciones quedaban bajo la tutela de los jesuitas.

La mancuerna del padre Pedro Méndez y el capitán Diego Martínez de Hurdaide, que dominaron la escena por muchos años de conquistas pacíficas aunque no exentas de peligro, son seguidos paso a paso por Pérez de Rivas quien es el primero en reconocer la extraordinaria importancia de su labor, que en el caso del padre Méndez rebasó los cuarenta y cinco años repartidos entre su primera estancia en Sinaloa y su fructífero regreso que lo condujo a Sonora.

*A una edad en que la mayoría ansiaba retirarse a más benignos sitios del virreinato, el buen padre de casi setenta años, inició sus labores entre los mayos. Aun así, tuvo el ímpetu suficiente para trabajar entre los sisibotaris de la sierra sabuaripense, andando bajo la mirada vigilante de su guardián Martínez de Hurdaide las abruptas y escondidas veredas que pocos hombres blancos habían pisado.*

*Es una pena para nosotros, hombres cultos del siglo xx, que no le hayamos dado el sitio que se merece como pionero evangélico del sur de Sonora.*

*Hurdaide, por su parte, con toda certeza uno de los grandes capitanes de la época, emulando a Hernán Cortés sufrió también su "Noche Triste" a manos de los indómitos yaquis. Sin descorazonarse por el fracaso supo elevarse, gracias a sus hazañas, sobre todos los militares que defendieron los reales intereses en las recónditas regiones de la provincia sinaloense. Hay en relación una descripción de su aspecto físico, en donde la naturaleza se había mostrado muy negativa según el padre Rivas, pero con creces se prodigó en cualidades humanas, lo que valió el respeto de españoles e indios.*

*A los yaquis, quienes han mantenido hasta el presente su propia identidad aferrados a sus pródigos terrenos que tantos sinsabores les costaron a través de su historia, tocóles en suerte una pareja de misioneros que dejarían profundas huellas, convirtiéndolos de dispersos moradores ribereños a los tradicionales ocho pueblos que subsisten. Trátase del autor de la obra que comentamos, Andrés Pérez de Rivas y su compañero Tomás Basilio, arribados al valle del Yaqui en 1617.*

*Con la conversión de los yaquis puede decirse que se tuvo una efectiva cabeza de playa, de donde irradiarían poco a poco las doctrinas que se estaban implantando. Pero pese a la sumisión que ya empezaba a manifestarse, ocasionalmente explotaban situaciones violentas y nuevos mártires eran añadidos a la lista de la Compañía de Jesús.*

*Rumbo a las quebradas barrancas de la Sierra Madre, refractaria más que ninguna otra a la civilización, dirigieron sus pasos tiempo después, en 1632, los padres Julio Pascual y Manuel Martínez, quienes nos traen primicias sobre la tribu de los guarijíos, tan desconocidos que pocos sonorenses habíamos oído hablar de ellos hasta pocos años, cuando nuevamente fueron "redescubiertos".*

*Su aportación a la historia consistió en las muertes de los padres mencionados, deplorable suceso ocurrido durante la revuelta en la que se vieron coludidas otras naciones como los chinipas, rápidamente sofocados por el recién nombrado gobernador don Pedro de Perea. Hoy, aunque remontados a los mismos terrenos donde primero fueron vistos por los jesuitas, la pacífica vida de los guarijíos transcurre entre sus pobres siembras y el melodioso sonido del arpa, instrumento con el que se han proyectado más allá de su reducido mundo, y con el que parecen disfrazar su tristeza.*

*Y ganando cada vez más terreno en la geografía y lo espiritual, los tenaces soldados de Cristo con un desprecio total al peligro a que se exponían, parecen*

*guiarse como una promesa por la estrella del norte, remontando los ríos y abriendo los cimientos de nuevas conversiones, construyendo pequeñas y modestas iglesias que poco a poco se proyectan como la parte más descollante de los poblados.*

*La población civil española iba siguiendo la labor de los padres, también internándose en las fragosidades de la sierra con la esperanza no diluida de encontrar buenas minas, que como recordamos había sido uno de los estímulos en la conquista. El relativo lento avance misionero rápidamente es rebasado por los prospectadores mucho más ubicuos, quienes pronto sostienen confrontaciones con los eclesiásticos por el control de la mano de obra indígena y las provisiones.*

*Nacen así los primeros reales de minas bajo la custodia relativa de los escasos soldados presidiales, procedentes del Fuerte de Montesclaros, cuya existencia se remontaba en Sinaloa desde los tiempos del capitán Hurdaide, y del que seguirían dimando por mucho tiempo bajo el nombre de "Compañías Volantes".*

*Para la época en que se contaban algunos pueblos con ministro permanente, lo cual llegó a ser una realidad bien entrado el siglo XVII, los nombres de muchos misioneros eran bien conocidos puesto que muchos de ellos invirtieron la mayor parte de sus vidas atendiendo las treinta y cinco avanzadas del evangelio diseminadas, para 1644, entre Sinaloa y Sonora. Para esa fecha, en Madrid se encontraba bajo revisión por varios doctos letrados bajo las órdenes del rey Felipe IV, la obra que hemos estado siguiendo y que sería dada a la luz un año después, con la anuencia de todos.*

*Tiempo atrás, desaparecido el inolvidable sacerdote Pedro Méndez quien había sido retirado a la ciudad de México a consecuencia de su ancianidad, y a quien calificamos como uno de los más valiosos y persistentes, llega a ocupar su lugar Bartolomé Castaños. Mismo que en conjunción con otros ilustres hombres como Pedro Pantoja, Diego Bandersipe, Martín Burgencio, y muchos más ligados para siempre a nuestras raíces históricas, preparaban el camino para nuevos compañeros de fe que jalonarían los límites de la cristiandad mucho más adelante.*

*Pero eso ya pertenece a otros capítulos de la historia referentes a nuestra patria chica, y de quienes el padre Andrés Pérez de Rivas quizá nunca oyó hablar, a pesar de que murió a la avanzada edad de setenta y nueve años en la ciudad de México, en 1655, treinta y dos antes de que apareciera el que llegó a ser el gigante de la Pimería Alta, Francisco Eusebio Kino.*

*Para las generaciones presentes y futuras quedan estas relaciones las más tangibles pruebas de los sucedidos, puesto que las obras materiales de los jesuitas, principalmente las iglesias, han sido derruidas por los elementos y la incuria de los hombres, dejándonos sólo deformes montículos de tierra donde alguna vez germinó la semilla del cristianismo.*

*Parte de esa herencia, que no hemos sido capaces de valorar y conservar, reposa bajo las aguas de modernas obras, símbolos de nuestro tiempo, como es el caso de la hidroeléctrica de "El Novillo" y el hermoso templo de cantera construido por Alejandro Rapicani a partir de 1741. Corriente abajo sobre el mismo río*

*Yaqui, otra gigantesca presa la de "El Oviachic", es el guardián de los restos inundados de la antigua misión de Buenavista, compañera del famoso presidio de San Carlos, recuerdos pertenecientes a los siglos xvii y xviii respectivamente.*

*Para terminar estos apuntes, destacamos el hecho de que lo que superficialmente alcanzamos a ver en los modernos estados de Sinaloa y Sonora, distorsionan la verdadera imagen del pasado. Cualquiera que viaje por ellos, pasa de uno a otro sin encontrar una razón valedera para esa separación que sólo existe en los mapas, como un requerimiento de la geografía política para disfrazar intereses creados; pero la carretera y el ferrocarril nos siguen uniendo al igual que un cordón umbilical, sin saber cuál lado es el más importante.*

*Quizá sea puramente cuestión de enfoque, porque la verdad es que en el fondo somos iguales compartiendo un pasado. La esencia que nos ha conformado está ligada, indisolublemente, desde las tinieblas prehistóricas hasta los futuristas proyectos como el "Plan Hidráulico del Noroeste", tendiente a lograr un desarrollo más acorde con las necesidades que se avizoran, como en un tiempo fueron las misiones.*

*Compartimos con los sinaloenses cúmulos de experiencias políticas, sociales y económicas, engendradas bajo la vasta extensión geográfica que tantas veces nos resulta incomprensible en su comportamiento; culpa de impredecibles variaciones climatológicas que nos balancean al borde del éxito o el fracaso, como pretendiendo la naturaleza probar el temple de los hombres que se han forjado en la ardiente fragua de la historia.*

*Debemos considerar, si pretendemos comprender nuestros orígenes, que la simbiosis de Sinaloa y Sonora es producto original de un abrazo topográfico entre marginados hermanos, acorralados entre los imponentes barrancos de la Sierra Madre y las aguas del océano Pacífico, quienes por motivos tan poderosos permanecieron tanto tiempo solos labrando su propio destino y aprendiendo a ser singulares, dentro de un aislamiento que apenas estamos rebasando.*

*Si la etnología y la ecología, entre otras disciplinas, nos están demostrando esa hermandad, ¿pueden acaso existir mejores razones para la difusión de libros como el presente? He aquí extraordinarios testimonios que nos señalan el vientre común de nuestro nacimiento, sintetizado en esfuerzos, sufrimientos y éxitos avalados por más de cuatrocientos años de vivencias.*

*Por otra parte, juzgamos aquí el lugar propicio para explicar algunos cambios que hemos creído necesarios, los cuales se someten al juicio de los lectores:*

*Primero: para una mejor comprensión y facilidad en la consulta, se ha modificado el formato y puntuación de los textos, cuidando que no se pierda, bajo ninguna circunstancia, el sentido original que pretendió el autor.*

*Segundo: se ha suprimido también la parte correspondiente a los libros viii a xii, según la nominación primaria dada a la obra por Andrés Pérez de Rivas, las cuales se refieren a divisiones dentro de una obra literaria extensa, más que a nuestro concepto de "libro" considerado como unidad.*

*En ellos están descritos los trabajos misionales en la sierra de Topia, actualmente los límites de Durango y Sinaloa, extendiéndose posteriormente a porme-*



*norizar los sucesos acaecidos más al este en lo que hoy es Coahuila; incluye también la fundación del famoso Colegio de Tepotzotlán, surtidero de jesuitas que con el tiempo, andarían los caminos del noroeste, siguiendo los pasos del padre Rivas. Por el contenido puede verse que se aparta totalmente de cualquier nexo con Sonora, lo que de hecho es ajeno a las intenciones básicas de poner en manos del interesado la génesis de nuestra historia.*

*De una manera rápida, y por lo tanto incompleta, hemos sintetizado algunos acontecimientos relevantes relatados en los Triunfos de Nuestra Santa Fe . . . , que después de cuarenta años de editada se presenta nuevamente, a la consideración pública, gracias al interés del doctor Samuel Ocaña, gobernador del Estado, quien con esta iniciativa editorial se anota un triunfo cultural más, al acrecentar el acervo de exitosas obras fácilmente accesibles a la mayoría, las que indudablemente han venido a llenar un vacío bibliográfico que mucho lamentábamos.*

MANUEL ROBLES ORTIZ

Hermosillo, Son., enero de 1985

## PROLOGO AL LECTOR, E INTRODUCCION, EN QUE SE DA RAZON DE LA HISTORIA Y MATERIA DE ELLA

Entre los varios ministerios que Dios nuestro señor inspiró a nuestro santo patriarca y fundador de la Compañía de Jesús, San Ignacio de Loyola, en que se debían emplear sus hijos alistados debajo de la bandera de su capitán Cristo Jesús, en servicio suyo y de la santa iglesia su esposa; uno muy propio del Instituto de esta sagrada religión, y desde sus principios felicísimamente con favores del cielo ejercitado, fue el de misiones entre fieles e infieles, gentes políticas y bárbaras. Y porque los triunfos de que habla esta historia se consiguieron en estas empresas, a las cuales doy el nombre de misiones, vocablo que por ventura a alguno le parecerá no usado, me hallo obligado a dar razón de él y declarar su significado.

Y lo primero que se debe suponer es, que no es tan nuevo que no tenga su origen y derivación del nombre de apóstoles que impuso el mismo hijo de Dios a sus doce primeros discípulos, que escogió para que como capitanes de la conquista espiritual del mundo, discurriesen por todas las partes, pueblos y ciudades de él, esparciendo los rayos de su luz evangélica, deshaciendo tinieblas y enseñándoles y abriéndoles el camino de su salvación a los hombres. Y a esos esclarecidos conquistadores del mundo (como escribe el evangelista San Lucas) *Apostolos nominavit*; les dio título de apóstoles, que es lo mismo que embajadores en misión; o como interpreta San Gerónimo, lo mismo que en latín, *Missos* o misioneros que viene a ser lo mismo.

Confirmó Cristo nuestro señor este título cuando dijo: *Apostolus non est maior eo qui missit illum*; de donde se deriva el nombre de misioneros y misiones que en la Compañía de Jesús instituyó su santo fundador. No porque pretendiese abrogar a sus hijos el alto título y renombre de apóstoles, porque ese principalmente y en primer lugar compete a los que escogió el hijo de Dios, por primados de la predicación evangélica en el mundo, sino para dar a entender que el instituir en la Compañía el tal ministerio de misiones, era muy conforme al Instituto de Cristo nuestro señor en su divino apostolado, que fue la norma y origen de todas las relaciones evangélicas, de que ellas con mucha razón se glorian. A que se añade que aunque el título de apóstoles compete en primer lugar a los que escogió Cristo para ese altísimo ministerio; eso no obstante ha usado también la iglesia santa, dar y honrar con ese título y renombre a varones apóstolicos; principalmente enviados por el supremo vicario de Cristo,

para que se empleasen en la predicación del santo Evangelio en varias provincias del mundo. Razón por la cual, San Gregorio el Magno que procuró y dispuso la promulgación del Evangelio en Inglaterra, se llama Apóstol de Inglaterra; y San Bonifacio que predicó en Alemania, y a nuestro padre San Francisco Javier que predicó en la India Oriental y fue el primero que introdujo el Evangelio en el Japón, le dio el pontífice Gregorio XIII en la bula de su canonización, el título de Apóstol de la India, cuyas misiones fundó

Este ministerio instituido y fundado por Cristo es tan divino y levantado de punto, que la asignación de él y sus circunstancias las halló el evangelista San Lucas por tan dignas de escribir y celebrar en su libro de los *Actos apostólicos* (que viene a ser historia de apostólicas misiones, y muy en particular de las del apóstol de las gentes San Pablo) que en muchos lugares notó que en ellas concurrían ordenes singulares del cielo y del mismo Espíritu Santo.

Porque no sólo aquellas misiones que andando los sagrados apóstoles en compañía del hijo de Dios les mandó que hiciesen por varias ciudades y pueblos de Judea que cuentan los sagrados evangelistas; sino también las que después de su subida a los cielos y venida del Espíritu Santo, les encargó para que fuesen a predicar a varias gentes, las cuenta San Lucas muy en particular, diciendo, que el mismo Espíritu Santo señaló a San Pablo y San Bernabé a la misión para que los había escogido; *Segregate mihi Saulum, et Baernabam inopus, ad quod assumpsi eos.*

Y toma Dios tan por su cuenta el ministerio de tales misiones, que hasta el tiempo, lugar y gentes con quienes se han de ejecutar quiere que pase por su mano y consejo; y todo lo dispone y determina por sí mismo. En cuya conformidad escribe el mismo evangelista, que habiendo pasado San Pablo y sus compañeros por la región de Frigia, les vedó el Espíritu Santo encaminarse a la Asia; *Vetati sunt ab Spiritu Sancto loqui verbam Dei in Assia*; porque por entonces no era ocasión ni el tiempo que su divina Providencia tenía a su cargo, y disponía, para predicar el Evangelio a esa gente.

Y así, llegando a Misia, también escribe que hallaron otra nueva disposición del cielo, diciendo: *Tentabat ire in Bithiniam, et non permissit Spiritus Jesu*; pretendiendo proseguir con sus ministerios y misiones en Bitinia, no lo permitió el espíritu de Jesús; dando bien claramente a entender con la palabra de que no se lo permitió el espíritu de Jesús, que ese señor tiene empleado su espíritu (que es el mismo Espíritu Santo) en la determinación y disposición de sus misiones evangélicas.

Y últimamente escribe, que bajaron a Troade y estando en ese lugar: *Visio per noctem Pablo ostensa est*; que tuvo una singular revelación San Pablo en que se le apareció un varón macedonio, que sería (como doctores sagrados sienten) el ángel de esa provincia, por medio del cual se le daba aviso del cielo al sagrado apóstol, que pasase a ella a predicar el

santo Evangelio; con que luego escribe San Lucas; al punto encaminamos nuestro viaje y misión a Macedonia, ciertos de que por entonces quería Dios que nos empleásemos en predicar el santo Evangelio a esta gente y no a otra.

Al príncipe de los apóstoles San Pedro, para que se determinase de bautizar unos gentiles que lo venían a buscar, lo subieron en éxtasis al cielo y le representaron una divina revelación, los ángeles, en que le daban a entender que era gusto de Dios que los admitiese y administrase el santo bautismo a los dichos gentiles.

Confieso que llevado del corriente de tan divinas demostraciones, me he detenido mucho en ellas; pero por ser la materia de misiones, que por orden del cielo hacían los apóstoles, y parecérseles tanto las de que habla esta historia y haber sido ese el título que la di, ha sido forzoso el declarar cuán gratas sean a nuestro señor y cuán a su cargo tenga su divina providencia las unas y las otras. Porque ¿quién no echará de ver claramente en órdenes tan especiales y divinas del cielo, cuán por cuenta de Dios y de su divino espíritu corren estas empresas y misiones que se hacen entre gentiles, en orden a su reducción al cristianismo, y cuán como obra muy propia de Cristo y su Iglesia, la dispone y está atenta su divina providencia para señalar el tiempo, lugar y personas que se han de emplear en ellas? Circunstancias todas que pueden ser de grande consuelo a los que Dios escoge, para tales empresas apostólicas.

Deseando pues, nuestro santo patriarca, que sus hijos se empleasen en ministerio que tiene Dios tan a su cargo y que su religión cuanto fuera posible se asemejara a la de los sagrados apóstoles, en procurar el bien y salvación de las almas (fin que pretende la Compañía intensamente, junto con la perfección propia) entre otros medios que para consecución de ese altísimo fin escogió, fue uno el de las misiones entre fieles e infieles, en que los sagrados apóstoles se ejercitaron. Y ser medio y ministerio este muy propio del Instituto de la Compañía de Jesús, declarólo su vicario y pontífice Gregorio XIII en su bula que comienza: *Ad perpetuam rei memoriam*; diciendo *Ipsa Societas, inter omnia Religionum Instituto ex peculiari, et solemní voto, specialem habet salutis proximorum per totum Orbem discurrendi*. Palabras en las cuales declaró el sumo pontífice ser propio ministerio de la perfección de la Compañía, el discurrir en misiones por todo el mundo para encaminar las almas al cielo.

Y es muy de notar la conformidad de palabras de Cristo nuestro señor y de su sumo vicario, porque Cristo mandó a sus apóstoles; *Euntes in universum mundum proedicate Evangelium*; que diesen vuelta por el universo mundo, y el sumo pontífice a la Compañía, que discurran por todo el orbe; *Curam salutis proximorum per totum Orbem discurrendi*.

Esto han ejecutado sus hijos en las misiones de la India Oriental, en que se han empleado para gloria del santísimo nombre de Jesús y de cuyas gloriosas victorias, como el favor de ese divino nombre alcanzadas

felicísimamente otros autores han escrito. Yo en la historia presente sólo refiero las que sus hermanos, con esa divina gracia, han conseguido en las Indias Occidentales, aunque no hablo de todas, sino de las que nuestro señor, en el reino y parte occidental de la Nueva-España se dignó de repartirles, y en que se hallaron trofeos tan gloriosos como los que en otras naciones más políticas se han alcanzado.

Obligado me hallo también a dar razón del otro título que añadí a esta historia, llamándola *Triunfos de la Fe*; título que juzgué podía dar, por ser cierto que los triunfos y victorias que se han conseguido en las misiones de que escribo, son dignos de memoria, peleando y reduciendo gentes al cristianismo, más indómitas que los leones y osos que desquijaron David y Sansón. Porque sin desquijarar ni quitar la vida a estas gentes fieras, se quebrantaron y arrancaron sus costumbres bárbaras, indómitas y nunca oídas, y se introdujeron en su lugar las cristianas y santas predicadas en el Evangelio suave de Cristo. Con que los que eran fieros e inhumanos, quedaron trocados en mansas ovejas de su rebaño; introduciéndose en ellas, juntamente, sabiduría celestial del conocimiento de un Dios, de un creador y del que es redentor del mundo.

Victorias estas por las cuales no me parece excedí en dar a esta obra el título de *Triunfos de la Fe* alcanzados de naciones fieras en el Nuevo Mundo descubierto y atribuyéndolas a la fe de nuestro redentor Jesucristo cuya es esta gloria. Y bien me puedo valer aquí para dar ese título a esta historia, de la autoridad del doctor máximo, San Gerónimo, que dijo: *Triunfus Dei est martyrum passio* y poco después: *Hic triunfus est Dei Apostolorumque victoria*. Palabras en las cuales el grande doctor, a los martirios de los santos, da título de triunfos de Dios y victorias apostólicas, y esas vienen a ser la materia de esta historia; porque además de otros triunfos que en ella se refieren, también se cuentan veinte martirios de varones apostólicos, que derramaron su sangre predicando el Evangelio por la consecución de victorias dichas, entre gentes bárbaras.

Las misiones principales y cabezas a que se reducen otras de que se escribe en esta historia son cinco. Primera la de Sinaloa, por ser la más dilatada y la primera de que se encargó la Compañía en la Nueva España. La segunda de Topia. La tercera de San Andrés. La cuarta de Tepeguanes. La quinta, llamada de las Parras; todas las cuales contienen en sí varios partidos y doctrinas, en que se emplean más de sesenta padres sacerdotes de nuestra Compañía, y todas están casi continuadas en distancia de doscientas leguas, y dentro del distrito del obispado de Guadiana, y en lo político en la provincia y gobernación de la Nueva-Vizcaya, en el reino de Nueva España.

En la historia de estas misiones están tan enlazados los medios de la divina providencia con los humanos y políticos, que no debo ni puedo desunirlos ni desatarlos, y no dudo será de gusto el verlos juntos. Y ejemplos de esto hallamos practicados de escritores sagrados, principal-

mente en libros historiales de la escritura divina, como son los de los jueces, reyes y paralipomenon; donde se cuentan las guerras, empresas y triunfos del pueblo de Dios, contra las gentes bárbaras que conquistó, y de camino se hace mención de los vicios, impías costumbres, idolatrías, supersticiones y ritos de los que habitan la tierra de promisión que Dios quería rendir a su pueblo.

Y porque en nuestros siglos habemos visto mucho de esto, obrado y ordenado por la dulcísima providencia de Dios, que se sirvió de aquellas victorias que dio y consiguieron los católicos españoles y empresas que acometieron para buscar y descubrir nuevas gentes, tierras y riquezas, para por ese medio introducir su pueblo cristiano en provincias incógnitas y apartadas; y por ese mismo medio comunicó las riquezas de su gracia a infinitas gentes, que ni las conocían ni había habido quien les diese noticia de ellas. Razón la dicha, por la cual, no se pueden apartar las empresas espirituales de las temporales y políticas; ni pasar en silencio los sucesos de pacificaciones de gentes belicosas y fieras que se ofrecieron; ni deseos y diligencias hechas por los hombres, en descubrimientos de minas y tesoros de plata y otros semejantes. Medios todos encaminados y guiados de la altísima providencia de Dios, y por los cuales sacó de las tinieblas de la gentilidad y de bárbaras y nunca oídas costumbres, a innumerables naciones que tenía el demonio cautivas y tiranizadas, y se redujeron y sujetaron al suave yugo de la ley santa de Cristo, y el estandarte glorioso de su cruz se enarboló donde no se conocía.

Forzoso también será, y juntamente de gustoso ejemplo y edificación, el escribir los heroicos ejemplos y acciones de señaladas y memorables virtudes de algunos de aquellos operarios evangélicos y soldados de la milicia de Cristo, que se emplearon en el apostólico ministerio de estas conquistas espirituales, y empresas hechas en orden a libertar las almas que Dios había apreciado con su sangre y derribar las fortalezas donde las tenía cautivas el demonio y de esos valerosos soldados, unos que en estas empresas y misiones derramaron su sangre a manos de infieles por la predicación evangélica; otros que con el mismo intento se expusieron a esos y otros innumerables peligros de morir, cubiertos de flechas ponzoñosas o abiertas las cabezas a la macana (arma cruel de los bárbaros) y comidos de ellos, como lo han usado, y expuestos a otros casi infinitos trabajos de hambre, sed, asperezas de caminos etc., los cuales no los asombraron ni acobardaron para ofrecerse a estas evangélicas empresas. Y en cumplimiento de lo cual, al fin de cada uno de los libros de esta historia, se escribirán las vidas y dichas muertes de algunos de estos varones apostólicos.

Y fuera de esos, hallaremos por todo el discurso de la historia otros y no pocos, que ya caminan por secos y horribles despoblados faltos de agua, ya por medio de espesos arcabucos y espinosas selvas; otros por

marismas y médanos ardientes de arena, sedientos de la salud de estas almas; otros que como con pies de ciervos, atravesando sierras altísimas, picachos inaccesibles a las mismas aves y bajando a profundísimas quebradas, y caminando por ríos que por ellas corren muchas leguas, y atravesando innumerables vados y todos con el mismo glorioso y apostólico intento de salvar almas y encaminarlas al cielo. Todo lo cual verá cumplido, el que pasare los ojos por toda la historia, por no ser posible el amontonar tanto junto.

También añado que, aunque esta historia es más eclesiástica que seglar o política; con todo no debe sepultarse en olvido lo que algunos de nuestros católicos españoles, capitanes y soldados, de celo cristiano, trabajaron y ayudaron a la conquista, así temporal como espiritual, de tantas naciones que, recibiendo la luz del Evangelio, juntamente se redujeron y pusieron debajo de la protección y amparo de los católicos reyes de la monarquía de España; que por gozar con mucha gloria suya de ese título, les pertenece favorecer y amparar la fe en todo el mundo descubierto, con lo que de él falta por descubrir; como con celo santo de la universal dilatación de la Iglesia, las majestades católicas han hecho y hacen.

El estilo de esta historia habrá de ser el que graves autores y escritores enseñan ser propio de ella y lo advirtió Plinio diciendo: *Habent quidem Oratio, et historia multa communia, sed plura diversa in his ipsis, quae communia videntur; narrat sané illa; narrat haec Sed aliter; huic pleraque humilia, et sordida, et ex medio petita; illi omnia recondita, et splendida et excelsa conveniunt.* El estilo de historia y el oratorio en algo convendrán (dice) pero aún en eso mismo se diferencian las obligaciones de lo histórico y oratorio; porque aquel se contenta con hablar de las cosas como ellas pasaron, de tal suerte que sin trabajo se alcance su noticia y sin afectación de palabras, a todos esté patente su inteligencia, porque de otra manera se le haría violencia al estilo histórico, desquiciándolo del que pide su lenguaje y trasladándole al panegírico y encarecido, que busca el ser más levantado y lustroso.

Luciano en el libro que escribió del estilo que debe guardar la historia, se ríe de aquella que queriéndose levantar con las alas de la elocuencia, se convierte en oración panegírica; añadiendo estas palabras: *Unum opus est historiae et unus finis, utilitas, quae ex sola veritate conciliatur.* No podrá negar el entendido y prudente, que siendo la historia narración de sucesos y casos que pasaron, lo que ella pide es que con estilo verdadero y claro se apoye la verdad: sin afectación ni mendigando palabras o afeites, de que para su hermosura no necesita ni le es propia: antes tal vez esos colores de estilo pusieran a pleito el crédito de la verdad. Esta he procurado todo cuanto me ha sido posible, para que se alcance una verdadera noticia de cosas, por una parte muy nuevas, y por otra manifestadoras de las admirables obras de Dios en conversiones de nuevas

gentes. Y por esta razón, en el discurso de la historia, por ser eclesiástica y de sucesos de la predicación evangélica, una vez u otra se entremeten algunas breves autoridades divinas y humanas que apoyan el asunto; porque la historia y más de sucesos divinos no es una seca y mera relación que hizo un escribano secular de algún caso fortuito y desastrado que sucedió, ni escritura de delitos que se cometieron para castigarlos; sino de casos en que concurrieron circunstancias divinas, nuevas y dignas de reparo y de edificación cristiana; aunque yo procuro que el reparo sea muy breve y de paso que no impida el corriente de la historia.

Y finalmente advierto que el que la escribe es testigo de vida de mucho de lo que en ella se refiere, y lo tocó (como dicen) con las manos, porque estuvo por tiempo de diez y seis años empleado en estas misiones y doctrinó algunas gentilidades de ellas; acompañó a los capitanes y soldados de presidios que entraron a pacificarlas y trató a muchos de los primeros padres que las fundaron, y aprendió y trató en sus lenguas a muchos caciques e indios más entendidos de las dichas naciones, y lo demás de que no fue testigo de vista, sacó de muy fieles originales. Lo que escribo en la primera parte de esta historia, se contiene en los siete primeros libros que son como otras tantas jornadas que ha hecho el Evangelio, caminando por las naciones de la dilatada provincia de Sinaloa, y los cinco de la segunda contarán los viajes del mismo santo Evangelio por las naciones que se han convertido a nuestra santa fe, en otras principales misiones, y no con otro deseo ni intento, sino que sea Dios nuestro señor glorificado en sus admirables obras y misericordias que ha mostrado en nuestros tiempos, a quien se debe y dé la gloria por todas las eternidades. Amén.





LIBRO PRIMERO

DESCRÍBESE LA PROVINCIA DE SINALOA,  
LAS NACIONES QUE LA HABITAN, SUS COSTUMBRES  
Y LA PRIMERA ENTRADA DE  
NUESTROS ESPAÑOLES A ELLA



## CAPITULO I

*Del sitio y términos de la provincia de Sinaloa, sus temples y calidades, ríos, montes y animales que en ellos se crían*

Dicho se ha en el prólogo, la razón porque doy principio a esta historia de las Misiones de la Compañía en Nueva España por la de la provincia de Sinaloa, por haber precedido ésta en tiempo a las otras, de que adelante se escribirá. A que también se añade la de su amplitud de varias naciones, reducidas a nuestra santa fe. Por lo acual será forzoso antes de entrar a tratar de las empresas espirituales de ella y conversiones de gentes que se han reducido al gremio de la santa Iglesia, escribir lo que toca a lo natural del puesto y sitio de esta provincia, calidades de ella, las costumbres de gentes fieras que la habitaban; que viene a ser lo material de esta historia, para tratar después de lo espiritual y alma de ella; esto es, de los medios con que la divina sabiduría les encaminó la luz del Evangelio, los admirables efectos y mudanzas que esa Divina Providencia obró en tales gentes, y los frutos espirituales que han cogido los ministros evangélicos, de que se trata en el resto de la historia.

La provincia de Sinaloa, respecto de la gran ciudad de México, que es cabeza del reino y muy extendido imperio de la Nueva España, cae entre su norte y poniente, y está distante de México trescientas leguas. Y llamo provincia a la de Sinaloa, por sus extendidos términos y varias naciones que en ella habitan. Tienen de longitud hasta donde hoy llega la doctrina del Evangelio, ciento y cuarenta leguas; de latitud cuarenta. De la parte del oriente tiene las altísimas sierras de Topia, que van corriendo y declinando al norte. Por la parte del occidente, la cerca el brazo de mar, llamado California, el cual también va dando la vuelta hacia el norte. Por la parte del mediodía tiene la antigua villa de San Miguel de Culiacán, y al norte las innumerables naciones de que van pobladas por esa parte, sin saberse hasta hoy el término de ellas, ni el de la tierra.

El principio de esta provincia está en veinte y siete grados de altura al norte; y el fin, hasta donde llega el Evangelio, en treinta y dos. El temple de esta tierra es calidísimo y más a la parte que se acerca al Mar del Sur, como lo es toda su costa; no obstante que los dos meses del año, que son diciembre y enero, suele hacer grandes fríos; pero el demás tiempo, por la mayor parte son excesivos los calores y tanto, que aun las bestias los

sienten, de suerte que no pocas veces ha sucedido, caminando, fatigarse la cabalgadura de modo, que con el calor se le derrite el unto en el cuerpo y se cae muerta o queda de tal manera encalmada, que por mucho tiempo no es de provecho, y para que lo sea es necesario allí luego sangrarla. Las lluvias son cortas, en particular por la costa, porque en ellas se contenta el cielo con enviarle tres o cuatro aguaceros al año; y en lo demás comienzan las aguas por el mes de junio, y se acaban por septiembre: disponiéndolo Dios así, para que fuesen tolerables los calores de los meses más rigurosos del año. La tierra es sana de suyo; y los ardores del sol, aunque tan ardientes, no enfermos. Lo cual parece que nace de la sequedad de la tierra, que es tanta, que si no la regaran los muchos y grandes ríos que por ella corren al mar de California no fuera habitable de los hombres: porque en toda ella apenas hay fuente, ni manantial de agua fuera de sus ríos.

La mayor parte de esta provincia es tierra llana, pero poblada de arcabucos, breñas y árboles silvestres; algunos se hallan del palo colorado del Brasil, y otros de ébano: y son tan extendidas estas selvas, que algunas de ellas corren tres, cuatro y seis leguas tan espesas, que no pueden volar por sus espesuras los pájaros y sólo son madrigueras de fieras: pero a orillas de los ríos hay valles amenos y muy poblados de alamedas frescas, de chopos, álamos y limpias de malezas de montes. En éstos y aquéllas hay grande abundancia de caza y varios animales y aves. En las espesuras de los arcabucos muchos jabalíes, venados y conejos, leopardos, algunos no tan grandes ni fieros como los de Africa. Tigres los hay fortísimos, aunque no están encarnizados en carne humana, porque salen pocas veces de los montes, como hallan en ellos sus presas y sustento. Hay también variedad de gatos monteses; coyotes, animal muy parecido a las vulpejas y otras muchas sabandijas, víboras y serpientes ponzoñosas. En los valles es grande la variedad de volatería y aves, codornices en grande abundancia, tórtolas y faisanes y a tiempos del año grullas, variedad de papagayos y guacamayas que son pintadas al modo de los papagayos; pero mucho mayores, cuyas plumas estiman, porque se adornan con ellas, y otros pajarillos varios.

Esta tierra de Sinaloa fuera del todo inhabitable para los hombres y aun para brutos animales por su sequedad, si no la atravesaran y repararan los ríos que por ella corren al brazo de mar de Californias. De sus distancias y puestos por donde corren, se dirá en particular cuando se llegue a tratar de las conversiones de gentes pobladas en sus riberas. De estos ríos algunos son muy caudalosos y todos tienen su nacimiento de las altas serranías de Topia, y en tiempo de lluvias o cuando se desatan y derriten sus nieves, traen tan grande pujanza y avenidas de crecientes, que inundan los campos, de suerte que se explayan y tienden su madre cuando se acercan al mar, una y dos leguas en ancho y tal vez mudan la madre antigua, por ser la tierra de estos llanos movediza. A cuya causa

hay mucha dificultad de hallar puestos seguros para las poblaciones e iglesias, que cuando entra el Evangelio se edifican. En el tiempo de esas inundaciones, que suelen durar en su pujanza cuatro, seis u ocho días, se suelen asegurar de ellas los indios con un medio particular y acomodado a su modo de vivir. Cerros ni altozanos donde acomodarse no se hallan, pues en esa ocasión el remedio de que se valen es que sobre ramas tendidas de árboles del monte, no muy altos, sino copados, atravesando palos, arman un plan al modo de zarzo y sobre él alguna fagina y tierra para poder encender fuego sobre ella, y aquí se hace la habitación mientras pasa la inundación de los campos, y de este trabajo les ha cabido buena parte a los padres que han entrado a doctrinar a estas gentes (como después se dirá) porque en algunos pueblos de cristianos donde se habían edificado iglesias, escogiendo los mejores puestos que se pudieron hallar, vinieron los ríos con tan grande pujanza que derribaron muchas iglesias y casas y se hallaron obligados los padres a valerse de las ramas de los árboles y pasar en ellas días y noches, con harta incomodidad de comida y sueño; porque algunas veces son tan repentinas estas avenidas que no dan lugar a prevenirse. Y tal vez ha sucedido para librar los indios al religioso que los doctrinaba y que no peligrase su vida, sacarlo en hombros por el agua, casi una o dos leguas.

En los ríos andan ánades y patos y también pescados muchos y varios que entran por sus barras de la mar, particularmente al tiempo de desovar, y a estas entradas acude también grande cantidad de caimanes o cocodrilos, que andan a manadas en las bocas de los ríos, a pesca de peces que es su comida, y aun de hombres en quienes a veces hacen presas; y así los indios, por los brazos donde estas fieras andan no se atreven a pasar solos sino acompañados, y haciendo ruido para espantar estos fieros animales, cuya presa de colmillos y dientes es tan fuerte y tenaz, que una vez hecha no la sueltan si no es arrancando la parte o miembro que clavan, y no pocos han muerto en estas presas. El brazo y seno de Californias les es también muy provechoso a estos indios, particularmente a las poblaciones cercanas a las bocas de los ríos que desaguan en él, porque es abundantísimo de varios géneros de pescados en particular de lisa y robalo. Sucedió tal vez enviar algunos indios a pescar y en tiempo de dos horas traer cincuenta arrobas de pescado. Sus pesquerías hacen con redes, unas veces en mar alta y otras en esteros o caletas que hay muchas en estas costas. Otras matan el pescado a flechazos, particularmente en los esteros que tienen poca agua. En ellos también se hallan ostiones, almejas y otro marisco de que se aprovechan y sustentan. Gozan de varias salinas de esta costa: unas de sal que se cuaja sobre la tierra, del agua que se explaya en crecientes de los meses de verano. Y cuando ya ésta se deshace con el primer aguacero, recurren a otro género de salinas que se hallan en algunos charcos rebalsados de mar, que en lo profundo de sus aguas crían una sal piedra, que por ser tan dura, quebrán-

tándola con fuertes palos y largos, sacan grandes pedazos de ella zambulléndose, y les vale esta sal no sólo para su gasto, sino también para con grandes panes que de ella hacen, rescatar en los pueblos que carecen de ella, mantas y otras cosas de que necesitan.

Y para que acabemos de decir lo que toca al brazo de Californias, de que goza esta provincia, digo que su término hasta hoy, no se ha descubierto, ni se sabe si doblando hacia el Mar del Norte desagua y se comunica con él, o si termina en la tierra; lo cierto es que ha sido célebre este seno por las noticias que hay de criarse en él perlas y varias veces se han cogido, subiendo por él hasta treinta y dos grados. Hoy se trata de su pleno descubrimiento y del de la contracosta, que también está poblada de gentes bárbaras y se dice que este año pasado de seiscientos cuarenta y cuatro, pasó a la Nueva España, por orden y mandato del rey nuestro señor Felipe IV, que Dios guarde, al pleno descubrimiento de este seno y poblar su contracosta, el almirante don Pedro Portel de Cassanate. Hállanse finalmente en las sierras de esta provincia de Sinaloa, muchos minerales de plata, y por esta fama se hicieron al tiempo de las entradas de españoles a esta tierra (como adelante diremos) grandes diligencias para descubrirlos y se han descubierto algunos buenos metales y sacándose plata, aunque no se ha proseguido en su beneficio de propósito, por la pobreza de los de la tierra para armar ingenios, y para su beneficio, que a los principios tiene muchos gastos, y es por refrán que corre en las Indias, que para una mina es menester otra mina, y más en tierras tan remotas, donde por la distancia tienen muy subido precio los instrumentos y ropa que es forzoso gastar en su beneficio, y por ventura reserva nuestro señor la riqueza que está en las entrañas de esta tierra, para el tiempo que tiene dispuesto su Divina Providencia, como guardó otras en la Nueva España, por centenares y millares de años, y cada día, de nuevo se van descubriendo.

Por remate de la materia de este capítulo referiré aquí dos cosas maravillosas y singulares, de naturaleza que vi no pocas veces en esta tierra, que por serlo merece no pasarse en silencio; y pertenecen a aves y árboles. Hay unos pájaros del tamaño de tordos, y parecidos a ellos, pero en hacer sus nidos para criar sus polluelos, singulares entre todas las demás aves del aire. Son los nidos de estos pájaros de la forma de una talega o bolsa larga de seda, pendiente y presa de alguna rama, y punta de árbol, que ordinariamente lo escogen muy alto. Esta red es angosta por lo alto, donde tiene su entrada, o puerta, y en lo bajo va ensanchando el fondo, que es redondo, y donde caben los polluelos con descanso. Tiene de largura de alto a bajo como media vara, o dos tercias: y aunque todo este nido está pendiente, y al aire y vientos no peligran el soltarse ni desprenderse. Antes reparé muchas veces, que pasado el tiempo de la cría de los polluelos, duraba a los vientos hasta que podrido con las aguas se caía. Ahora entra lo más maravilloso y que convida a alabanzas de

Dios, autor de la naturaleza, que crió esta avecilla y le dio tal destreza y arte. Y la maravilla está en dos cosas. La primera, en la materia de que se hace este nido, red, o talega; porque es tejida tan solamente de pajas de yerba un poco larga y fuerte; que tal la sabe buscar y escoger este pájaro. La segunda y de más reparo, es cómo puede y sabe un pajarillo con sólo el pico, tejer una red tan larga de sólo yerba, sin que junte esas pajas con barro, que aquí no lo hay de ninguna manera, sino sólo pajas, que sirven de hebras; y para hacer de ellas un hombre una red, ha de menester dos manos, y diez dedos y una aguja y saber el arte de tejer. Y mayor es el reparo, en que cuando trae la primera paja, con que da principio a la obra, y la pone en la punta de la rama (que siempre la busca muy expuesta al viento fresco) ¿quién guarda esa paja para que no se la lleve el viento, hasta que vuelva con otras que vaya enlazando con ella, y prosiga la obra? Y más cuando remata el nido en lo bajo y lo cierra, y hace tan ancho que caben en su fondo los polluelos y la madre; ¿sobre qué estriba este pájaro para tejerlo, y rematarlo en el aire, porque no hay allí rama sobre qué pararse, o sentarse? ¿Y quién le dió el arte para enlazar este fondo, pendiente tan fuertemente de los hilos de unas yerbas que con el continuo peso de los polluelos no se desaten, ni rompan?

La solución de este maravilloso enredo de naturaleza, la da con la obra la sabiduría de Dios, que es su autor, y supo dar a un pajarito esta facultad y traza, para criar al fresco sus polluelos, y defenderlos de las serpientes y culebras, que no puedan llegar a sus nidos, que es el fin para que algunos discurren que dio Dios ese instinto y facultad a esa avecita. A que podemos añadir, que con estas maravillas de naturaleza quiso deleitar, entretener y manifestar Dios, su divina bondad a los hombres.

Pasemos a la otra maravilla de naturaleza digna de reparo, en un árbol que es frecuente en los valles de Sinaloa, y en otros algunos de tierra caliente. Este árbol es muy grande en su copa, llámase en la lengua de la tierra *tucuchi*; su fruto es de higos pequeñitos y dulces, algunas de sus ramas muy extendidas, largas y tiradas afuera, y no se pudieran sustentar bien sin horcones que las recibieran; socorrióle con éstos el autor de la naturaleza, porque por modo singular salen de la tierra, y del mismo árbol unos troncos apartados del mayor del árbol, en derecho de las ramas, que a modo de horcones las reciben y sustentan. Y lo más digno aquí de reparo es, que este tronco está tan incorporado y continuado con la rama que sustenta, y liso con ella; que ni aun queda la señal que suele haber en los injertos. Y lo segundo, que la rama ya sustentada en este horcón, desde él adelante nace, brota, y prosigue con sus renuevos, hojas, y guía de dos troncos, una y dos brazas distantes el uno del otro, uno del mismo árbol cuya es la rama, y otro del horcón que la sustenta; y con dificultad se puede entender, si este tronco bajó de lo alto, como algunos piensan, y se entró en la tierra para sustentar la rama, o nació de la tierra y raíz de la planta, y cuando ya la rama tendida pedía esa ayuda, se



unió con ella; y de cualquier manera que sea, el nacer o brotar una misma rama de dos troncos, y esos apartados y distintos el uno del otro, bien se ve cuán singular cosa sea, y lo tenemos muchas veces a la vista. Y podemos decir que quiso Dios en esto dejar en la naturaleza un rastro de cómo el Espíritu Santo emana del Padre y del Hijo, personas realmente distintas, a quien sea la alabanza de tales obras.

## CAPITULO II

*De la variedad de naciones que habitan esta provincia, frutos de tierra que gozan, modo de habitación y sustento*

Cuando llamo naciones las que pueblan esta provincia, no es mi intento dar a entender, que son tan populosas como las de Europa; y en ella decimos la nación española, italiana, etcétera, porque no tienen comparación con ellas. Pero llámolas naciones diferentes, porque aunque no son tan populosas, pero están divididas en trato de unas con otras: unas veces en lenguas totalmente diferentes, aunque también sucede ser una la lengua, y con todo estar desunidas y encontradas: y en lo que todas ellas están divididas, y opuestas, es en continuas guerras que entre sí traían, matándose los unos a los otros; y también en guardar los términos, tierras y puestos que cada una de estas naciones poblaban, y tenían por propios; de suerte, que el que se atrevía a entrar en los ajenos, era con peligro de dejar la cabeza en manos del enemigo que encontrase. Y finalmente, este grande número de gentes estaba totalmente dividido en su trato.

Las poblaciones de estas naciones son ordinariamente a las orillas y riberas de los ríos; porque si se apartaran de ellos, ni tuvieran agua que beber, ni aun tierras en que sembrar. Las habitaciones, en su gentilidad, eran de aldeas o rancherías, no muy distantes unas de otras, aunque en partes a dos y tres leguas, conforme hallaban la comodidad de puestos y tierras para sementeras, que ordinariamente las procuraban tener cerca de sus casas. Estas hacían, unas de varas de monte hincadas en tierra, entretejidas y atadas con bejucos, que son unas ramas como de zarzaparrilla, muy fuertes y que duran mucho tiempo. Las paredes que hacían con esa varazón las afortaban con una torta de barro, para que no las penetrase el sol, ni los vientos, cubriendo la casa con madera y encima tierra o barro, con que hacían azotea y con eso se contentaban. Otros hacían sus casas de petates, que es un género de esteras tejidas de caña rajada, y éstas cosidas unas con otras sirven de pared y cubierta, que es tumbada sobre arcos de varas hincadas en tierra, y sobre ella corre el agua sin peligro de goteras, y quedan al modo de los carros cubiertos de España. Delante de sus casas levantan unas ramadas que les sirven de portal, sobre que guardan los frutos de sus sementeras, y debajo de él es

su vivienda entre día y les sirve de sombra. Allí duermen de noche en tiempo de calores, teniendo por colchón y cama una estera de caña de las dichas. Cerradura ni llave, ni la usaban ni la conocían, y lo que más es, sin temor de hurtos, contentándose cuando algunas veces hacían ausencia de su casa, con poner a la puerta algunas ramas de árbol sin otra guarda. Y ésta tenían también para los frutos de la sementera cuando los dejaban en el campo, porque no se picasen de gorgojo, sobre una ramada cubierta con ramos de espinos.

Las semillas que estas gentes siembran, y frutos de la tierra que benefician y cogen, y de que se sustentan, son en primer lugar el maíz que en España llaman, trigo de las Indias, que se da con tanto multiplico, que suele rendir una fanega sembrada, ciento y más de fruto. Demás de ése siembran entre el maíz varios géneros de calabazas, sabrosas y dulces, y de algunas de ellas hacen tasajos, que secos al sol les duran mucho tiempo del año. El frijol, que es semilla semejante a la haba de Castilla, y aun más suave, usan todos sembrarlo, con otros géneros de semillas que tienen por regalo. También les sirve de sustento un género de algarrovilas, que llevan árboles silvestres, que llaman mezquites, y molidas las beben en agua; y por ser algo dulces son para ellos lo que el chocolate a los españoles; y de esto abundan sus montes y selvas, y de otras frutillas semejantes. Sirveles también de sustento y regalo la planta del mezcal, que en su forma y pencas, es al modo de una grande závila, siendo muchos los géneros de esta planta; y es la que celebran algunas historias, que sirve para hacer vino de ella, miel y vinagre: sus pencas para sacar de ellas hilo y pita cuando son delicadas, y sus puntas, de agujas: que a la verdad para todos esos usos sirve; pero a estas gentes principalmente de comida. Porque cuando está de sazón la cortan con el tronco, y éste asado entre piedras, que abrasadas en fuego y echadas en una hoya que hacen en tierra, las cubren con ramas de árboles y sobre ellas tierra, y a calor manso se ablandan esos troncos con parte de sus pencas, y son para ellos como cajetas de conserva, porque así asada esta planta es muy dulce; y sólo ésa suelen beneficiar y plantar cerca de sus casas, y no tratan de beneficio de otra alguna. Porque aunque tienen muchos nopales, que llevan tunas, que en Castilla llaman higos de las Indias, éstas las producen los montes de suyo y las que después diré, que se llaman pitayas. Las plantas de Castilla sembradas, se dan bien en estas tierras, particularmente naranjos, higueras, sandías y melones por extremo buenos, de suerte que apenas se haya uno que no sea fino.

Dije de estas naciones, que ordinariamente habitan a las riberas y orillas de los ríos, porque hay otras (y son las más bárbaras que se han visto, ni descubierto en el orbe) que ni labran tierras, ni siembran como las otras, ni tienen género de casa o vivienda, ni defensa de las inclemencias del cielo: y el modo de vivir de éstos, cuanto es más extraño del humano y de las demás gentes del mundo, es más digno de saberse: para que se

entienda la miseria a que vino a parar el género humano, cuando por el pecado perdió la habitación deleitable y dichosa del paraíso donde Dios lo había puesto, para traspasarlo de allí al cielo. Y se ve cumplido en éstos a la letra, lo que dijo el real profeta: *Homo cum in honore esset non intellexit, comparatus est iumentis insipientibus, et similis factus est illis*. El hombre que fue criado de Dios con honra y dominio de las bestias se abatió por el pecado a vida de brutos animales; y éstos, unos viven en espesuras de breñas, montes y arcabucos; otros en las marinas y médanos de arena del mar: sustentándose los primeros con caza, raíces o frutillas silvestres, y bebiendo de algunos charcos o lagunillas de agua recogida de las lluvias; y los marítimos de su pesca de mar y a veces de langostas, culebras y otros animales, teniendo por pan para comer el pescado fresco, otro que tienen seco y salado. Y aunque es verdad que los unos y los otros a tiempo de cosecha de maíz, suben a los pueblos de los amigos labradores a rescatarlo, y permutar por él algún pescado, y otro tiempo del año cogen una semilleja de hierba, que nace debajo del agua en el mar, que también les sirve de pan. Pero lo cierto es lo que por ventura pareciere increíble a las naciones de Europa, que la mayor parte del año se sustentan estas tales gentes sin pan, ni otra semilla que lo supla, con sólo pescado o con las frutillas silvestres que hemos dicho.

La que por más largo tiempo gozan, y se da con más abundancia es la pitaya, árbol peregrino para Europa y peregrino entre los demás árboles del mundo: sus ramas son a manera de cirios estriados y verdes; salen derechos a lo alto de su tronco que es corto, y de suerte, que hacen su copa vistosa: no llevan hoja ninguna, sino en esas ramas nace, como pezones su fruta, que en su corteza con espinas, parece algo a los erizos de la castaña o a la tuna. Su médula se asemeja mucho a la del higo, aunque más blanda y delicada; en unas es muy blanca, en otras colorada o amarilla: son muy sabrosas, particularmente cuando son de secano como lo son las de la provincia de Sinaloa, que se dan en sus marinas, donde llueve muy poco. Es tanta la abundancia de estos árboles, que sucede estar pobladas de ellos dos, tres y seis leguas. Esas son las comidas y sustento de algunas de estas peregrinas naciones: y es caso muy digno de reparo, que con tener tan poca y poco regalada comida, son las más corpulentas (particularmente estos marítimos y montaraces) y de más alta estatura de todas las naciones de Nueva España, y aun de las de Europa, y muy sueltas y ligeras: y con ese corto y parco sustento y ajeno de regalo, viven muchos años, hasta la edad decrepita.

Y pues he escrito de su peregrino sustento, también diré lo que lo es en éstos para ampararse de las lluvias y demás inclemencias del cielo. Cuando llueve, si quieren defenderse del agua, el remedio es coger una macolla o manojo de paja larga del campo. Este atan por lo alto, y sentándose el indio lo abre, y pone sobre la cabeza, de suerte que le cubra el cuerpo alrededor, y éste le sirve de capa aguadera y de techo y casa, o

tienda del campo, aunque esté lloviendo toda una noche. Esta es la defensa de la lluvia; y para la de los soles fortísimos de esta tierra no la tienen mejor, porque todo el reparo es hincar unos ramos de árboles en la arena, y sentarse, vivir y dormir a esa sombra. Para los vientos no hay defensa, sino recibirlos en el cuerpo desnudo. Para los de algunas noches rigurosas de los dos meses del año (que ya dijimos los son diciembre y enero) se valen de candeladas que encienden, acostándose en la arena fría cerca de ellas. Y este género de abrigo usan cuando caminan por despoblado, haciendo una hilera de candeladas un poquito distantes una de otra (que leña nunca les falta, por los muchos montes de que abunda esta provincia) y entre candelada y candelada, tenderse cada uno a dormir, teniendo cuidado de atizarla cuando despiertan. Y finalmente, si un indio de este jaez quiere caminar cuatro o seis leguas en una noche, por rigurosa de frío que sea, el remedio de que se vale es tomar un tizón encendido en la mano, y aplicarlo cerca del estómago para su abrigo, y corre el demás cuerpo al viento. Este tan peregrino género de gente es mucho menor en número que las labradoras, y con tal modo de vivir están más contentos que si tuvieran los haberes y palacios del mundo.

### CAPITULO III

*De los vicios y costumbres bárbaras que más predominan; y también de los que carecían estas gentes*

Prevengo al lector antes que acabe de leer las costumbres bárbaras y fieras de estas gentes, que si le pareciere que no eran para historia, porque en parte parece que la humillan y abaten; considere que a estas mismas gentes que aquí pintamos las hallará adelante muy favorecidas de Dios, levantándolos al estado de hijos suyos por medio de la gracia de Cristo y sus divinos sacramentos; muy trocados a lo político y divino, verificándose en ellas aquel blasón de que se precia Dios nuestro señor diciendo: *creavit Dominus omnes gentes in laudem, et nomen gloriam suam*. Donde no excluyó nación, ni gente bárbara en que no resplandeciese su gloria. Porque sabe Dios santificar y llevar por manos de ángeles al cielo, a los que parecían dragones, basiliscos y serpientes, de que en ocasión hacía grandes ascos el príncipe de los apóstoles San Pedro, cuando se le representó aquella misteriosa visión, que se cuenta en el capítulo diez de los hechos apostólicos, en que vio el apóstol que tiraban del cielo de aquel misterioso lienzo lleno de ponzoñosas y asquerosas fieras, dándole a entender, que aunque tales las había sabido purificar Dios y hacer dignas de su cielo, y mandándole que de allí en adelante no hiciese más ascos de ellas, con aquellas palabras que de allá le dijeron: *Quod Deus purificavit, tu commune ne dixeris*. Todo lo cual viene aquí muy a pelo para las naciones de que vamos hablando: las cuales aunque por sus vicios y costumbres bárbaras parezcan fieras, no fueron excluidas de la redención de Cristo ni de su cielo, pues presto las hallaremos muy convertidas a Dios y en el gremio de su santa Iglesia, como adelante se verá.

El vicio que más generalmente cundía en estas gentes, y de tal suerte que apenas se hallaba una en la cual no predominase, era el de la embriaguez, en que gastaban noches y días, porque no la usaban cada uno a solas y en sus casas, sino en célebres y continuos convites que hacían para ellas y cualquiera del pueblo que hacía vino, era llenando grandes ollas y convidando a la boda a los de su ranchería o pueblo, y a veces también a los comarcanos y vecinos; y como era tanta la gente, no faltaba convite para cada día y noche de la semana y así siempre andaban en esas embriagueces. El vino lo hacían de varias plantas y frutos de la tierra,

como de tunas que en Castilla llaman higos de las Indias o de pitayas. Otras veces de las algarrovillas de mezquite que atrás dije, o de la planta de mezcal y sus pencas, conforme a los tiempos en que se dan estos frutos y de otras plantas que molidas o quebrantadas y echadas en agua, en dos o tres días se acedan y toman el gusto que tanto arrebatava el juicio, que de almas racionales les había quedado a estas gentes. Entre todos los vinos que hacían, el más estimado y gustoso, era de panales de miel que cogen a sus tiempos. Y es advertir que en este vicio de embriaguez, había una cosa que lo templaba, porque en él no entraban mujeres, ni los que eran mozos y gente nueva.

Eran célebres estas embriagueces y generales entre ellos; en ocasión que se preparaban y convocaban a guerras, para enfurecerse más en ellas; o cuando habían alcanzado alguna victoria, o cortado cabeza de algún enemigo, que eso les bastaba para celebrarlas, juntándose a la borrachera baile general, al son de grandes tambores, que sonaban y se oían a una legua; en este baile entraban las mujeres y se celebraba de esta suerte: la cabeza o cabellera del enemigo muerto u otro miembro, como pie o brazo, se ponía en un asta en medio de la plaza y en derredor se hacía el baile, acompañado de algazara bárbara y baldones al enemigo muerto y cantares que referían la victoria, de suerte que todo estaba manifestando un infierno, con cáfilas de demonios, que son los que gobernaban estas gentes. Y en estas tales fiestas eran también muy célebres los brindis del tabaco, muy usado de todas estas gentes bárbaras. Y cuando una nación convida a otra a hacer liga para alguna guerra, el estilo de convidarla era enviarle cantidad de cañitas de carrizo embutidas de tabaco, en las cuales encendidas gozan del humo que tanto ha cundido por el mundo y emanado de tales gentes. Y el admitir este presente era darse por coligadas y convidadas para la guerra.

El otro vicio muy anexo a éste y que mucho reinaba en estas naciones era el traer guerras continuas entre sí, y matarse unas con otras, las vecinas con sus vecinas ya en campo abierto, ya en asaltos en sus sementeras y dándose albazos (este nombre tienen en tierra de guerra de las Indias, los asaltos que se dan de madrugada) ya en ellos no perdonan a edad ni sexo: antes a veces hacían blasón y tomaban por nombre en su lengua, el que mató mujeres o niños, el que mató en el monte o en la sementera; y como si fuesen grandes estas tales victorias o fierezas, las celebran, siendo raras las veces que se contentaban con sólo sujetar por esclavos los que cogían. Estas continuas guerras eran la causa de no tener noticias, estas gentes, de las que están distantes de sus tierras, ni contrato ni comercio con ellas, porque ordinariamente estaban cercadas de enemigos sin concederles treguas, hasta el tiempo en que entró en ellas la ley de Cristo, que es ley de paz, y las concuerda y ciñe en la caridad que su divina clemencia trajo al mundo.

Las armas que generalmente usan son arco y flecha, llevando grandes manojos de ellas en sus carcajes al hombro y en esta arma son diestrísi-

mos porque desde niños se ejercitan en ella. Y en pudiendo andar el niño, le ponen en la mano un arquito pequeño y se enseña a tirar pajitas por flechas y cuando mayorcitos, a flechar lagartijas. Con lo cual salen tan diestros en tirar la flecha y usar de ella con tanta velocidad y presteza, que mientras se dispone y dispara un soldado español su arcabuz, hacen ellos ocho o diez tiros. Las más de las flechas traen untadas con yerba tan ponzoñosa, que si es algo fresca, por poco que encarne en cualquier miembro o parte del cuerpo, ni hay contrayerba que le cure, ni remedio para escapar con vida el herido con ella. Usan también en tiempo de guerra sembrar los caminos de púas de madera durísima, untadas con esa ponzoña, enterrándolas entre la yerba hasta la punta, para herir los pies de los indios enemigos, que ordinariamente andan descalzos y cualquiera herida, por pequeña que sea, si la ponzoña se entra en la sangre, es bastante para quitar la vida. Y es cierto que es más de temer una de éstas, que la de una bala de arcabuz; que al fin cuando ésta cae en un brazo o pierna, se puede curar y no es mortal: y para ésta otra no se ha hallado contrayerba ni remedio, en cualquiera parte del cuerpo que caiga.

Usan también para de cerca, cuando se vienen a manos con el enemigo, de otra arma que llaman macana, que es una como porra de madera recísima con que a un golpe le abre la cabeza. Algunos también usan de un género de chuzos, la punta y hasta todo de palo de Brasil, porque hierro no le tenían ni conocían; y de estos chuzos usan los que como capitanes entre nosotros traen la gineta. De armas defensivas usaban indios principales, que son adargas pequeñas de cuero de caimán o cocodrilo, que es muy duro, y resiste a una flecha, como el tiro no sea de brazo muy fuerte, o muy de cerca, que a este tal no resiste. Por defensa también debemos contar la que ponen en la muñeca del brazo izquierdo, donde resurge con grande violencia la cuerda del arco cuando dispara la flecha: y para que no lastime revuelven a la muñeca y con galantería un pellejo de marta blando, que recibe el golpe de la cuerda. Porque los arcos de que usan no tienen ástil como la bayesta, sino sólo la vara recísima de arco, y con todo la tiran con tanta fuerza, que si el brazo fuerte le hace casi juntar una punta con otra, y juegan de ella con la velocidad y facilidad que habemos dicho.

Para salir a la guerra se embijan, o pintan con un barniz que hacen de un aceite de gusanos, revuelto con almagre u ollín de sus ollas, con que quedan pintados de cara y cuerpo, de suerte que parecen fieros demonios del infierno. Las cabezas y cabelleras adornan de vistosas plumas y penachos de aves que crían o cazan en los montes; porque las alegrías de estas naciones eran matar gente. Algunos principales que hacían oficio como de capitanes, usaban salir a la guerra con saltamarcas o capotes de algodón azules, sembradas de conchas de nácar, que holgaban en ellas, y resplandecen mucho; y con otros dijecillos al cuello. Cuando pelean es tal el movimiento del cuerpo ya levantándolo, ya encorvándolo, ya mu-



dando lugar, que no lo dan a que se les haga puntería. Y de otras circunstancias de sus guerras se irá diciendo en el discurso de la historia.

El vicio de la deshonestidad, claro es que no podía faltar donde reinaba tanto de embriaguez; pues del vino dijo el Apóstol San Pablo: *Inquo est luxuria*. Y además de esto, por haberse apoderado tanto de estas gentes lo demonios, a quienes ordinariamente llamaba Cristo espíritus inmundos. Pero no obstante lo dicho, puedo decir, que en esta parte no pocas veces reparaba que para la ceguedad en que vivían no había encendídose tanto este fuego, ni abrasado tan desenfrenadamente como pudiera. Porque tener muchas mujeres no era general en todos, sino lo ordinario en los principales y cabezas: y en algunas naciones eran muchos más los que se contentaban con sola una mujer, que los que usaban de muchas. Sus matrimonios, lo ordinario, no eran indisolubles y así venían a ser amancebamientos, faltando la indisolubilidad que pide el verdadero contrato del matrimonio. Este cuando era de doncella lo celebraban con alguna solemnidad. La primera, que no se contraía sin orden y voluntad de sus padres, y si esa faltara se tuviera por muy grande desorden, y a penas visto entre ellos. Algunas naciones usaban cuando entregaban la desposada doncella a su marido, le quitaban del cuello una concha labrada, que suelen traer las tales como joyel y seña de su virginidad. La cual si pierde antes de casarse es cosa afrentosa entre ellos.

Otra señal de templanza confieso también que me admiraba algunas veces entre estas gentes, y era de ver con qué seguridad caminaban mujeres solas, y dorellitas, por el campo y por los caminos sin que nadie las ofendiese. Lo que no sé si con tanta seguridad lo pudieran hacer algunas tierras de cristianos. Y finalmente no era tanto el desenfrenamiento de este vicio, como a veces se ve con gente que tiene luz de la fe: ni son tan bárbaros estos indios, que no admiren en los ministros evangélicos, la pureza y limpieza de vida y costumbres que guardan y la reconocen de tal suerte, que el más mínimo desmán en ella los escandalizara tanto, que lo publicaran a voces y gritos. La otra especie de este vicio inhumano, que por su indecencia no se nombra, es así que en partes se hallaba entre estas gentes; pero como él es más que bruto, pues no se halla en los brutos animales, era tenido entre estas naciones tan ciegas y ajenas de la luz de la razón por tan vil y afrentoso, principalmente en los pacientes, que éstos eran conocidos y menospreciados de todos, y los llamaban en su lengua con vocablo y palabra afrentosa, y los tales no usaban de arco ni flecha, antes algunos se vestían como mujeres.

El vicio de los que llaman antropófagos, que comen carne humana, había introducido el demonio, enemigo capital del género humano, en casi todas estas gentes, en tiempo de su gentilidad, aunque en unas se usaba más, en otras menos. En la acajee y serranías era tan ordinario este inhumano vicio, como comer carne de caza: que es muy cotidiana en ellos: y de la manera que salían a cazar algún venado, así salían a buscar a

alguno de sus enemigos al monte o sementera, para, hecho pedazos, cocido o asado comérselo. Otras naciones no usaban esto, si no era con algún enemigo valiente o señalado en la guerra, que comiendo de sus carnes les parecía crecerían ellos en valentía; pero gracias al Evangelio de Cristo nuestro señor, que después que le recibieron ha quedado desterrado y extinguido este bárbaro y fiero vicio, con los demás.

Leyes, ni reyes que castigasen tales vicios y pecados, no los tuvieron, ni se hallaba entre ellos género de autoridad y gobierno político que los castigase. Es verdad que reconocían algunos caciques principales, que eran como cabezas y capitanes de familias o rancherías, cuya autoridad sólo consistía en determinar alguna guerra, o acometiendo contra enemigos, o en asentar paces con otra nación: y por ningún caso se determinaban semejantes facciones sin la voluntad de los dichos caciques, que para tales efectos no dejaban de tener muy grande autoridad. En casa de éstos se celebraban las borracheras célebres de guerra, y también a éstos les ayudaban sus súbditos a hacer sus sementeras, que eran lo ordinario mayores que las de los demás. Esta tal autoridad alcanzaban dichos caciques, no tanto por herencia, cuanto por valentía en la guerra, o amplitud de familia de hijos, nietos y otros parientes, y tal vez por ser muy habladores y predicadores suyos. De lo cual se dirá en el discurso de esta historia.

Finalmente estas naciones ciegas, no supieron género de letras, pintura, ni arte. El de la agricultura sólo se extendía a las sementeras que quedan dichas. Y para sembrar esas semillas y limpiar la tierra no tenían otros instrumentos, que los de unas cuchillas anchas y largas de palo, con que movían la tierra; en que también ayudaban a los varones las mujeres. Estas usaban el arte de hilar y tejer algodón u otras yerbas silvestres, como el cáñamo de Castilla o pita; y de ésta hacían algunas mantas, no en telares, que aun ese arte no alcanzaron; sino con traza trabajosa, hincando unas estacas en el suelo, de donde tiraban la tela. El vestido de estas gentes de ordinario era muy parco o casi ninguno en los varones: las mujeres andaban cubiertas de medio cuerpo abajo con mantas de algodón que dijimos tejían; y las que ésas no alcanzaban, se cubrían haciendo faldelines de gamuzas de venados, que las saben aparejar bien, y en ellas hacían algunas labores de almagre, particularmente la gente moza. También se pintaban la cara y colgaban de las orejas algunas pedrezuelas y dijes. A las niñas (por chiquitas que sean y aun acabadas de nacer) las cubren (por pobres que sean) con alguna mantilla en que muestran también su honestidad.

De los varones podíamos decir que andaban totalmente descubiertos: porque algunos de ellos se cubrían con mantas de algodón o de pita; pero ésas fácilmente las dejaban y arrimaban. Y éstos son los que quedaba algo de policía humana, que otras naciones más pobres y montaraces, menos cubierta traían, excepto las mujeres que siempre usaron de alguna,

aunque fuese de yerbas y hojas de plantas; muestra de ser hijos de los primeros padres Adán y Eva, que se cubrieron de hojas de árboles, en pena de su pecado y después los cubrió Dios de pieles de animales.

Crían el cabello largo mujeres y hombres. Muchas de las mujeres lo traen tendido sobre los hombros, otras veces recogido y trenzado: y las unas y los otros estiman mucho sus cabelleras: los varones la traen ordinariamente recogida, con unos cerquillos o coronillas galanas, que labran de hoja de palma y adornan con plumas de colores; y cuando entran en el monte a cazar, usan de unas monterillas de gamuza, porque no se trave el cabello en los árboles y ramas.

Y pues he notado las costumbres bárbaras y vicios de estas gentes, también debo escribir aquellos de que carecen y no se hallan entre ellos, por ciegas que están; hallándose muchas veces en gentes, reinos y repúblicas muy políticas y sabias del mundo, y en las que gozan de la ley evangélica y leyes de Cristo. Porque ¿que gente o república, por política que sea, se escapa en el mundo de hurtos, latrocinios y robos? ¿Qué república o ciudad, donde no se oigan juramentos falsos y aun blasfemias, tratos ilícitos e injustos? ¿Dónde no se ven riñas y pependencias, hasta derramar sangre, y aún quitarse la vida los que son de una república y de una misma sangre y familia? Pues de todo esto, raro o nada era lo que se hallaba entre estas gentes; sino concordia y paz en los que se tenían por una nación, sin haber engaños, fraudes o hurtos: y cuando alguno había, venía a ser de una calabaza o sandía, o unas mazorcas de maíz. Y si se replicara, que el faltar en ellos tales vicios era por faltarles la materia y hacienda sobre que cayese; respondo que esa poca que tenían la comunicaban entre sí con tanta liberalidad, que la comida que había menester el que se hallaba con hambre, aunque fuese pasajero que caminaba, como no fuese enemigo, la hallaba en la casa donde llegaba, y se sentaba a comer como si fuera en casa propia.

## CAPITULO IV

### *De los juegos singulares, entretenimientos y cazas que usaban estas gentes*

Entre las costumbres buenas o malas de estas gentes, quiero contar las indiferentes, como son sus entretenimientos, juegos y cazas, que en todo esto se ejercitaban sin ofensiones ni agravios. El ejercicio de la caza lo usaban mucho. Lo uno, porque de la de monte son abundantísimas sus tierras y selvas (como atrás se dijo) de venados, jabalíes, liebres y conejos y otros animales: y no han menester ir lejos a buscarla: antes podíamos decir, que las habitaciones de estas gentes eran habitaciones de venados y fieras; y que todos vivían juntos. En estas cazas a veces mataban tigres, leones, lobos y zorras: aunque éstos, más los buscaban por las pieles de que se servían, que por sus carnes. Otra razón tenían para usar mucho del ejercicio de la caza y era que como carecían de carne doméstica para su sustento, porque no tenían ganado manso de cabras, ni carneros, ni vacas, se hallaban necesitados de buscar la carne de monte; y el gusto de este sustento los llamaba a la caza. Y últimamente, porque con ese ejercicio se industriaban en el uso de sus arcos y flechas y se ejercitaban para la guerra.

De estas cazas unas suelen ser generales, a que se convocan uno o muchos pueblos o rancherías y juntas y de comunidad: otras particulares a que se sale el indio por su entretenimiento e interés, y en ésta se ejercitan mucho los muchachos, particularmente en caza de tórtolas y codornices, de que hay grande abundancia y así de esta manera matan muchas.

Cuando la caza es general, el modo con que la hacen es cercando un monte espeso de breñas y arcabucos; y si es tiempo en que está seca la maleza, le pegan fuego y por todas partes, cercándolas ellos con sus arcos y flechas en las manos. El fuego obliga a salir del monte toda la caza terrestre y volátil y hasta las serpientes y culebras, no se escapa cosa de sus flechas; y si algún animal se escapa con alguna clavada, por no ser en el corazón la herida, el día siguiente van a buscarlo al lugar donde tienen por cierto que cayó muerto; porque como ordinariamente (aun para la caza) usan las flechas con yerba, a más tardar cuando salió herida cae muerta dentro de veinticuatro horas. Y

es muy de notar, que el ser muerta con flecha de yerba no hace ponzoñosa la carne; y el modo de descubrir el lugar en que cayó muerto el animal, es mirando a lo alto del aire, si revolotean los zopilotes (género de águilas que hay muchas en esta tierra, que se sustentan de carnes muertas) y en viéndolos conocen que allí cayó la caza; en hallándola cargan con ellos a sus casas, y con ella se hartan; porque todo el venado se cuece junto, y se convidan vecinos y parientes a este convite.

Reducirse pueden a las cazas, las que hacen estos indios de dos géneros de animalillos que tienen por regalado sustento y hallan con abundancia en los montes. El primero es de las que se llaman igicanas, animalillo muy semejante al lagarto, y en sus pintas más feo que él: éste se cría y halla en cóncavos de árboles y también en el agua y así viene a ser terrestre y acuátil; por esta razón se usa comer aun en días de pescado: es sana y sabrosa comida. Las piedras (que al modo de las bezahares, aunque más blancas) que crían estos animalillos, son muy medicinales y de precio y para el remedio de retención de orina, y no se hallan en todas las igicanas. El cogerlas y prenderlas en el cóncavo del árbol, lo hace el indio con mucho tiento con la mano: y quebrándole luego la quijada porque no pueda morder, ni hacer presa, como la suele hacer; y así quebradas las quijadas lleva manojos de ellas vivas; y si se quieren guardar así ocho o quince días sin comer, y echadas a un rincón, se sustentan vivas hasta que sirven de comida. Pero de esta y de otra cualquier caza se abstienen cuando sus mujeres han parido, pareciéndoles por esta superstición bárbara, que ha de morir la criatura si no guardan este ayuno estándose en sus casas.

Por caza también puedo contar entre las de estas gentes, la que hacen de panales o colmenas silvestres, que Dios les da en sus selvas y montes, que si bien no fructifican cera sus abejas, que no son mayores que moscas, pero fabrican una suavísima miel, que en la suavidad, dulzura y olor, hace ventaja a la mejor de Castilla. La forma de este panal o colmena es redonda y de dos tercias de alto; y si es muy crecido el panal, de una vara. La materia de la cubierta en que están cercados y guardados los panales y su licor, es de una hoja como la de los panales de avispa de Castilla; y tiene su puerta para entrar y salir las abejas, no mayor que lo pide su cuerpecito. El modo y traza de fabricar estos panales es también maravilloso: porque lo arman en rama alta y pendiente de árbol que tenga algún gancho, de que esté preso el panal y no lo pueda arrancar el viento. La miel como se fabrica de flores muy olorosas, así lo es ella también.

Ahora se sigue decir el modo cómo los indios buscan estos frutos, que Dios les dió en las breñas, donde ordinariamente están escondidos; y el tiempo de primavera es cuando se hallan. Vase pues el indio que busca panales a donde hay algún charco o lagunilla de agua, de los que suele haber en las orillas de montes rebalsados: allí espera que las abe-

jitas lleguen a coger el rocío para forjar la miel; y al punto que se levanta, la sigue a carrera y con la vista a vuelo, hasta dar con el paraje del panal; y en hallándolo corta la rama de que está pendiente, llévalo a su casa y goza de su fruto; que no sólo es la miel, sino también los polluelos de las abejas que aunque no están formados, sino como gusanitos en sus casitas de panales, poniéndolos sobre las brasas y asados le sirven de manjar y comida, motivo todo de alabanzas al liberalismo Creador, que tanto cuidó del sustento y regalo de estas pobres gentes. El indio que anda a caza de panales ha de ser de buena vista para divisar al viento la abejuela; y por la misma razón no ha de ser de día nublado para cazarlas.

Habiendo dicho de los entretenimientos de cazas de estas naciones, pasaremos a los de sus singulares juegos. El que llaman del patolí, es muy general en ellos y corresponde al de los naipes o dados: porque en lugar de ellos usan de unas cuatro cañitas cortas, rajadas, menores de un gеме, y en ellas tienen unas figurillas y puntos que les dan el valor o pérdida. Estas, cuando juegan las bota, arrojándolas sobre una piedrecilla, para que salten y caigan los puntos a su ventura y gane o pierda el que las juega, rayando en la tierra los puntos que gana, hasta cumplir el número de la apuesta que se hace allí presente. Esta es de sartas de caracolillos de la mar, que ellos estiman y con que se adornan. También se sirven de posta, arcos o flechas, cuchillos o achuelas que alcanzan: y de lo mismo suelen ser ordinariamente las apuestas de otros juegos. Aunque éste del patolí es en el que más continuamente se entretienen.

Otro es célebre entre ellos, que llaman correr al palo, muy usado de todas estas naciones; y que les sirve de ejercitarse para la guerra. A éste se junta de ordinario mucho número de indios; cual vez salen ciento, cual doscientos; y para él se desafían pueblos enteros; éstos se parten en dos cuadrillas; cada una de ellas trae su palillo, que es rollizo, de madera un poco pesada, no tiene más de un gеме de largo, en medio está cavado, de suerte que caído en tierra, pueda entrar debajo de él la punta del pie descalzo, como ellos lo traen para botarlo. Cada cuadrilla arroja a un mismo tiempo el palillo en tierra, y desde el puesto de donde sale, lo comienza a botar y tirar con el pie uno de cada cuadrilla, con tanta destreza, que con el brazo no hiciera más largo tiro un buen tirador; y es ley del juego, que el palillo no ha de tocar la mano, sino sólo el pie. Aunque pueden ayudarse de una varilla que llevan en la mano, para ponerlo sobre el empeine; y cuando el indio está cogiéndolo para arrojarlo, ya se han adelantado otros compañeros para proseguir con los botes al término señalado y volver botando el palo al de donde salieron; y la cuadrilla que primero llega, esa gana la apuesta: y es tan largo el espacio en ida y vuelta, que ordinariamente corren dos, tres o más leguas, con que se hacen muy

ligeros para la guerra, en que nunca están parados, sino en continuo movimiento: y sudando arroyos en este juego, se arrojan al río y quedan muy contentos. Y generalmente en estos ejercicios estas naciones son valientes, alentadas y más alegres que las otras de la Nueva España; que los mexicanos no usan este juego.

También usan no pocas de estas naciones otro juego de pelota, esta es mucho mayor que la que se juega en Europa; y la materia es amasada de una particular goma de árboles que llaman ulle, por una parte muy sólida y por otra muy ligera en saltar del suelo que apenas para: júganla en la plaza que tienen limpia, barrida y llana, que llaman batei. En él se confrontan dos cuadrillas de cuatro, seis u ocho indios cada una, botando el uno de ella la pelota contra la otra, para que el contrario que se halla más cerca la arrebate. Es ley de este juego, que a la pelota no le ha de tocar la mano, porque si lo hace pierde raya: y sólo se ha de botar con el encuentro del hombro o con el cuadril del muslo desnudo; y es tal algunas veces el ímpetu con que se la arrojan, que salta la pelota del hombro o cuadril del indio, treinta y cuarenta pasos y tan alta algunas veces cuando es con el hombro, que no la alcanzan a rebatir los contrarios; no obstante que la pelota es tan pesada y recia, que si acierta a dar al indio en el estómago, lo dejará muerto, como ha sucedido algunas veces; pero cuando la pelota viene saltando por el plano de la tierra, se arroja con gran destreza y ligereza el contrario a ella a rebatirla con el cuadril, hasta que la hace pasar al término contrario que es con que se gana la suerte y apuesta.

En este juego, como en el pasado, salen con la agitación sudando arroyos, como es tierra caliente; pero el remedio lo tienen a mano en el río, arrojándose a refrescar y bañar, lo cual frecuentan muchas veces al día; y todas las personas, chicas y grandes, hombres y mujeres, nadan como peces.

Y a lo que toca a entretenimientos de estas gentes, quiero también añadir de su modo de trabajo en llevar carga, por ser particular. Porque la carga es al hombro desnudo y atravesando en él un palo de madera lisa y muy fuerte y cargando a las dos puntas dos redes largas a modo de balanzas, donde cabe una fanega de maíz y con el (si es menester) dos hijuelos, como si fueran en jaula; carga a veces tan pesada que hace blandear el palo, por fuerte que sea y con él caminará el indio tres y cuatro y más leguas; de suerte que me espantaba algunas veces de que tan grande peso no les quebrantaba el hueso del hombro; pero ya que no lo quiebra, cría en él un callo tan grueso como una nuez: hoy usan menos de este género de carga, por tener ya muchos caballos que compran de los españoles y les sirven así de caminar en ellos, como para cargar los frutos que cogen o rescatan en partes distantes. Y con esto baste de entretenimientos de estas

ciones, que ya deseo entrar a tratar de cosas de más entidad y provecho, que no faltarán las que son de mucha estima y gloria de Dios, adelante, y mayores mientras pasaré más adelante la historia: aunque es forzoso dejar asentadas estas otras más menudas.





## CAPITULO V

*En que se trata si se hallaba idolatría formal en estas gentes, o si eran ateístas, también de sus hechizos y supersticiones y sermones célebres que usaban*

Ser los ateístas la gente más rematada y perdida del mundo y más apartada de la divina luz, no habrá quien lo pueda negar. Porque cierran de golpe la puerta y los oídos a la principal y fundamental verdad de toda divina doctrina, fundamento de la salvación eterna. Y los tales no hallan a quien temer, ni a quien amar, con que se toman cuantas licencias se les antoja para sus maldades y todas cuantas abominaciones y pecados se pueden imaginar. Razón por la cual el demonio, enemigo capital del género humano, hace cuantas diligencias le son posibles por traer a este rematado estado a los hombres, como hoy lo hace con no pocos de los herejes de estos tiempos, que no pudiendo defender los errores, vienen a parar del estado político que siguen al ateísmo, cerrando la puerta de golpe al entendimiento para toda saludable verdad: no temiendo que hay Dios que castigue, ni ley santa que prohíba, ni otra vida que esperar y quedan hechos unas bestias, que no conocen más que lo visible, corporal y terreno, sin atender a lo bienaventurado y eterno, para que Dios crió al hombre; con que viene a parar a aquel estado que lamentó el real profeta: *Dixit Insipiens in corde suo: non est Deus*. Y luego explicó la miseria de los tales: *Corrupti sunt, et abominabiles facti sunt*. Llegaron (dice) a estado de corrupción de costumbres abominables.

Viniendo ahora a las gentes bárbaras de que trata esta historia, y habiendo estado muy atento los años que entre ellas anduve para averiguar lo que pasaba en esta materia de idolatría y lo que con puntualidad puedo decir es, que aunque en algunas de estas tales gentes no se puede negar que había rastros de idolatría formal; pero otras no tenían conocimiento alguno de Dios, ni de alguna deidad, aunque falsa, ni adoración explícita de señor que tuviese dominio en el mundo, ni entendían había providencia de creador y gobernador del quien esperasen premios de buenas obras en la otra vida o castigo de las malas; ni usaron de comunidad culto divino, El que en ellos se hallaba, se venía a reducir a supersticiones bárbaras, o hechizos enseñados por los demonios a particulares personas, con quienes en su gentilidad tenían familiar trato y éste unos, implícito y heredado de sus mayores que se los enseñaban a la hora de su

muerte, encargándoles usasen algunas ceremonias de hechizos y supersticiones que servían para curar o matar o engañar. Porque los tales ordinariamente son curanderos, y la gente entre ellos más viciosa y temida de todos, porque conocen que con sus hechizos matan cuando quieren. Estos hechiceros, como gente que tanto trata con el demonio, son los que más se oponen a la publicación del Evangelio y más lo persiguen, y por consiguiente a los ministros que lo predicán y son los instrumentos de que se vale Satanás para cuantas maldades quiere introducir entre estas gentes ciegas. De ellos sale la voz y fama que muchas veces han derramado, de que con el agua del bautismo se mueren los niños; cuando sucedió que quiso llevarse Dios a su cielo por primicias agradables de esta nueva cristiandad, algunos de estos corderos. Y de aquí también nació lo que algunas veces advertí, administrando en estas doctrinas que cuando las madres gentiles traían a bautizar a sus hijos y cuando llegaba el tiempo de la ceremonia santa de ponerles la sal bendita en la boca, temían que la recibiesen los niños, porque los persuadían los hechiceros, que era género de hechizos que usaban los padres para matar a las criaturas.

También de estos endemoniados curanderos salen ordinariamente las pláticas (que llaman Tlatollis) de alzamientos y rebeliones de pueblos y naciones, abrasamiento y asolamiento de iglesias. Porque como ve el demonio que con la luz del Evangelio y doctrina que en ellas se les enseña, se deshacen y desvanecen todos sus embustes y enredos y pierden autoridad en intereses en curar enfermos y se les atajan sus vicios, aquí pone toda su diligencia este enemigo del género humano, por medio de hechiceros, para persuadir a los pueblos que se levanten, abrasen las iglesias y se vuelven a los montes y vivan a sus anchuras.

El medio de curar estos endemoniados médicos, es unas veces soplando la parte lesa o dolorida del cuerpo o todo él, con tanta fuerza y conato, que se oye a muchos pasos el ruido que hacen: otras chupando la parte dolorida. Y aunque en parte pudiéramos decir, que esta acción tenía el efecto natural de la ventosa, que atrae o disgrega el humor; pero eso está envuelto en tantas supersticiones y embustes, que no nos podemos fiar que sea todo seguro y libre de engaño, o pacto con el demonio: porque a los enfermos les dan a entender, que les sacan del cuerpo palos, espina y pedrezuelas que les causan el dolor y enfermedad, y todo es embuste, porque ellos traen éstos en la boca o en la mano con disimulación, y cuando han curado al enfermo se los muestran, vendiéndoles por verdad, lo que es patraña y mentira; y aun suelen hacer ostentación de lo que dicen sacaron del cuerpo, al modo que los sacamuelas hacen sus sartas de ellas para mostrar la destreza de su arte.

También usan curar la herida de la flecha chupando la ponzoña y éste es remedio provechoso, con tal que ellos renuncien al pacto que suelen tener en todo esto con el demonio; porque chupando la herida, juntamente se

chupa la ponzoña, y la lengua es también sana, y no recibe daño considerable escupiendo luego la ponzoña que no es mortal si no toca la sangre y se incorpora con ella.

El pacto que con estos hechiceros tiene asentado el demonio, ordinariamente está ligado, y lo tienen muy guardado en unos cuerecillos de animales parecidos al hurón, de que hacen unas bolsillas y dentro de ellas unas pedrezuelas de color o chinas medio transparente, y esta bolsilla guardan como si fuera de reliquias: y cuando para bautizar se entregan estas prendas, es buena señal de que reciben de veras la fe de Cristo, y dejan y se apartan de la familiaridad del demonio. Este muchas veces se les aparecía en tiempo de su gentilidad, hablándoles en figura de animales, pescados o serpientes, que no se ha olvidado cuán a su propósito le salió el haber derribado a nuestra primera madre en esta forma. Honrábanle mucho, o temíanlo cuando se les aparecía; y por título de honra le llamaban abuelo, sin hacer discurso si era creatura, o creador, y aunque la figura de animal o serpiente, en que se les aparecía el demonio, la observaban y pintaban a su modo, y tal vez levantaban alguna piedra, o palo a manera de ídolo; pero claramente no parece reconocían deidad, ni suprema potestad del universo.

A este género de idolatría se venía a reducir lo más que de este género se hallaba entre estas gentes. Aunque en otras que más adelante se escribe, había mayores rastros de idolatría formal, como en sus lugares se verá. Pero gracias a Dios que de toda esta ceguedad, mentiras y embustes se ven cada día salir libres estas gentes, por la gran misericordia de Dios, de que se contarán no pocos casos muy singulares en el discurso de la historia.

Pero porque uno de lo oficios y ejercicios de hechiceros, de quienes he hablado, era el de predicar y hacer célebres sermones y pláticas a los pueblos, y ser materia que pertenece a religión falsa o verdadera: escribiré aquí los usos y costumbres que tenían acerca de ésta. Muy usado fue en todas estas naciones el haber predicadores que ejercitaban este oficio. Estos lo más ordinario era sus principales y caciques, y más cuando eran hechiceros, cuyo oficio remedaban en algo al de sacerdotes de ídolos de la gentilidad. El tiempo y ocasión más señalada para predicar estos sermones, era cuando se convocaban para alguna empresa de guerra, o para asentar paces con alguna nación o con los españoles, o de celebrar alguna victoria que hubiesen alcanzado, o cabezas de enemigos que hubiesen cortado.

En tales ocasiones se juntan en la casa, o ramada del cacique los principales viejos y hechiceros. Encendíase una candelada, y alrededor se sentaban: luego seguía el encenderse algunas cañitas de tabaco que tenían preparadas, y con ellas se convidaban a chupar esos brindis. Celebrada esa acción, luego se levantaba en pie el indio de más autoridad entre ellos, y desde allí entonaba el principio de su predicación, y comenzaba a paso lento, a dar vueltas a la plaza del pueblo,

prosiguiendo su sermón, y levantando el tono y los gritos, de suerte que desde sus casas y hogueras le oían todos los del pueblo. En esta vuelta a la plaza y sermón gastaban cual vez media hora, cual más o menos, como quería el predicador; la cual acabada, volvía a su asiento donde los compañeros le recibían con grandes aplausos que cada uno de por sí le hacía. Si era viejo el que había predicado, que ordinariamente lo son, el aplauso era éste: has hablado y amonestándonos muy bien, mi abuelo, yo tengo un mismo corazón con el tuyo. Si era viejo el que daba el parabién, decía: mi hermano mayor o menor, mi corazón siente y dice lo que tú has dicho; y vuelven a convidarlo con otro brindis y cañita de tabaco. Habiendo acabado éste, se levantaba otro predicante por la misma forma, y hacía su sermón dando su vuelta, y gastando otra media hora. Y en estos sermones sucedía gastarse lo más de la noche, principalmente si la materia de que trataba era más célebre, de paz, o de guerra señalada. Lo que en estos sermones predicaban, conforme a su capacidad bárbara, lo repiten muchas veces y unas mismas razones. Si era para incitar a guerra, representando el valor de sus arcos y flechas, el defender sus tierras, mujeres e hijos; y que allí tenían los hechos de sus capitanes y valientes, nombrando los que al presente eran guerreros en su nación, etc.

Si se trataba de asentar paces con los españoles, predicaban la conveniencia de la paz, el gozar con quietud de sus tierras y río con ella; cuan bien les estaba tener en su amparo a los españoles, añadiendo cuando trataba de que entrasen padres a darles doctrinas, otras razones que en ocasiones, adelante en esta historia se dirán. Y el ordinario epílogo del sermón era exhortar a todos los del pueblo, chicos y grandes, invocándolos con nombres de parentesco, mis abuelos, mis padres, mis hermanos mayores y menores, hijos e hijas de mis hermanos, tened todos mi mismo corazón a sentir: con que remataban sus sermones, que es cierto tenían grande fuerza para mover la gente al intento que pretendían; ahora fuese para lo malo, ahora para lo bueno y por esta razón se les permiten estos sermones aun después de bautizados y convertidos, en orden a que reciban la palabra divina y costumbres cristianas y para persuadir éstas repiten muchas veces: ya ha llegado la palabra de Dios a nuestras tierras, ya no somos los de antes éramos.

Otras muchas cosas que pertenecen a costumbres de estas gentes y su mayor capacidad después de cultivadas y doctrinadas todo se irá entendiendo en el discurso de la historia y que se logra bien el trabajo que en su labor se pone, así en lo divino como en lo humano.

## CAPITULO VI

*De lo que se ha podido averiguar del origen de estas gentes, paso que tuvieron para venir a poblar esta región, variedad de sus lenguas, la importancia de los ministros evangélicos las aprendan*

Dificultad es en que se han ejercitado discursos de personas de mucha erudición, el examinar por qué camino entraron estas gentes a poblar las tierras de este nuevo mundo tan apartadas del antiguo y tan ignorado de todos los historiadores y escritores de siglos pasados, los cuales juzgaron que las columnas de Hércules levantadas en Cádiz o en sus costas, daban fin a la tierra y sus poblaciones. Y añadían, que dado que hubiese tierra descubierta debajo de la tórrida zona, ésa vendría a ser inhabitable, por el rigor de su clima y temple. Y finalmente concluían no haber el nuevo orbe de gentes que al cabo de millares de años y siglos se descubrió. Pero cuando se vino a hallar en nuestros siglos lo que no alcanzaron los pasados, hizo Dios manifestación de su grandeza y desengañó los entendimientos de los hombres, mostrando que sabe hacer habitable las regiones y climas que sentenciaban por fieras, e insufribles los hombres. Y demás de esto, las pobló de tanto numero de naciones, como las que se han descubierto: las cuales es forzoso confesar descienden con los demás hombres del universo, de un mismo tronco que es Adán: sobre esto pues se ha examinado y discurrido por dónde pasaron estas gentes a este nuevo mundo, dividido del antiguo con tantos golfos de tan inmensos mares.

No me detendré en referir pareceres y discursos que se han hecho sobre esta materia; que se vienen a reducir a la más probable opinión, que juzga que pasaron por tierra continente con el Asia por la parte del norte o por algún brazo angosto de mar, que les fue fácil de pasar y hasta ahora no está descubierto. Porque para navegaciones de todo el piélago inmenso del océano que hoy se hacen, no había arte ni noticia en la antigüedad, cuando ni se sabía ni se usaba de la aguja y carta de marear que es la que se ha enseñado a surcar y hallar caminos en los más extendidos piélagos del mar.

A lo dicho sólo añadiré lo que puede servir de alguna claridad en esta materia hasta hoy tan oculta, lo que yo averigüe, tratando y doctrinando algunas naciones que pueblan la provincia de Sinaloa, que de las descu-

biertas y pobladas de españoles, viene a ser la más remota o de las más remotas en la Nueva España. Con particular cuidado y no pocas veces hice inquisición entre los más viejos y más entendidos de estos indios, preguntándoles de dónde habían salido y cuándo habían poblado ellos o sus antepasados los puestos que al presente poseían: todos a una me respondían siempre, que habían salido de la parte del norte, desamparando algunos puestos que a esta parte habían tenido y poblado, por haberseles despojado de ellos y ocupádoles en guerra otras naciones que después sobrevenían. En todo lo cual hallé fundamento de verdad, en ocasiones de entradas que españoles soldados hicieron la tierra adentro, a pacificaciones de gentes y otras facciones necesarias. A los cuales acompañé para casos ocurrentes de ministerios cristianos.

Y finalmente en los informes que sobre esta materia hice, hallé rastros de que todas estas naciones que se van asentando de paz en nuevas reducciones, salieron de la parte norte: como también es fama constante, que salió de esa región y plaga la grande Nación Mexicana, como consta de sus historias muy repetidas. Y así solos los españoles vienen a ser los que dicen estas gentes, que salen del oriente, de donde nunca tuvieron noticias que otra nación saliese. Y hace a este propósito el nombre que las más de las naciones de Sinaloa, en las lenguas más comunes de ella dan a los españoles, llamándolos *yoris* o *doris*: nombre y vocablo que aunque significan lo mismo que valientes y lo dan también a bestias fieras, como león, tigre u otras que se dejan ver pocas veces; pero por esa misma razón y haber venido a sus tierras los españoles del oriente, de donde no habían visto otra nación, les deban el dicho nombre y por tenerlos por valientes.

Confírmase también la sentencia de que estas gentes, con la mexicana, salen de la parte del norte, con lo que noté y observé, aprendiendo algunas de sus lenguas: esto, es, que en casi todas ellas (que son muchas y varias) se hallan vocablos y principalmente los que llaman radicales, que o son de la lengua mexicana o se derivan de ella y retienen muchas de sus sílabas de que pudiera hacer aquí un muy largo catálogo. De todo lo cual se infieren dos cosas. La primera, que casi todas estas naciones comunicaron en puestos y lenguas con la mexicana y aunque las artes y gramáticas de ellas son diferentes; pero en muchos de sus preceptos concuerdan. La segunda es, que todas estas naciones, con la mexicana, salieron a poblar este nuevo mundo de la banda del norte y hallaron por esta parte paso de tierra firme y continente (aunque no se ha conocido hasta ahora) con la América; o sólo se divide ésta de la del antiguo orbe, por algún angosto brazo de mar, por el cual con facilidad pudieron pasar así hombres como fieras y animales, que en este nuevo mundo se hallan. Y por ventura tiene Dios reservado este paso o brazo, para manifestarlo al tiempo que su divina e inescrutabile Providencia se sabe, y tan maravillosa se ha mostrado en el descubrimiento del nuevo mundo.

Y por que tocamos la materia de lenguas diferentes de estas naciones, se puede también decir, que como la variedad y confusión de ellas fue castigo de pecados de aquellos que intentaron levantar contra Dios la torre de confusión que refiere la Sagrada Escritura. Así multiplicándose los pecados de estas gentes, se han ido también multiplicando y confundiendo sus lenguas: y como el demonio es cabeza y príncipe de la confusión y división, desde la primera que causó en los ángeles en el cielo, no ha parado en hacer lo mismo en la tierra con divisiones de gentes y lenguas, para hacer también por este medio más dificultosa la predicación del Evangelio. Pero nuestro señor, que por su bondad sabe sacar de los males bienes, ha convertido esta tan grande variedad de lenguas, en materia de mayores merecimientos de sus predicadores evangélicos, que con el santo celo de ayudar a las almas y darles a conocer a su creador y redentor, han vencido estas grandes dificultades de aprender un número sin número de bárbaras lenguas, por salir con su santa empresa y pretensión. En que se cumple y verifica en su modo aquella magnífica promesa de Cristo nuestro señor a sus apóstoles y sucesores, en la predicación evangélica prometiéndoles, que hablarían en nuevas y nunca oídas lenguas. *Lingüis loquentur novis.*

Y si bien se repara en esta promesa, tiene hoy más particular razón su cumplimiento: porque cuando Cristo nuestro redentor pronunció que sus discípulos hablarían en muchas y nuevas lenguas, que aunque se usaban en el mundo, ellos no las habían aprendido; pero éstas, entonces no eran tan nuevas y desconocidas, pues ya se usaban en el mundo antiguo y en el tiempo en que se hizo esta promesa, y mucho más nuevas e inauditas eran las que después se habían de inventar, multiplicar y descubrir, y cuyas dificultades habían de vencer con celo santo de la salvación de las almas sus evangélicos ministros.

Y aunque estas nuevas y desconocidas lenguas, no siempre han sido infundidas del Espíritu Santo a los predicadores de este nuevo mundo, sino ordinariamente adquiridas con trabajo y estudio, acompañado de la caridad y amor, que infunden el mismo Espíritu Santo en sus corazones; pero también es cierto (y de que tenemos ejemplos, que lo comprueban en los hijos de la Compañía de Jesús y en las demás sagradas religiones que se han empleado en la predicación del Evangelio) que muchas veces recibieron singulares favores de la divina gracia, para alcanzar y adquirir en ocasiones y en dos o tres días, suficiencia de lengua muy extraña, para predicar a pueblo y gentes donde sin duda tenía Dios algunos predestinados.

Y no sólo se ha hallado esta gracia en el Apóstol del oriente nuestro Padre San Francisco Xavier, en quien resplandeció este don, con los otros esclarecidos que le comunicó la divina bondad, sino también en otros ministros del evangelio que pudiera referir, los cuales en ocasiones se hallaron (con espanto suyo) con suficiencia de lengua para declarar los



misterios altos de nuestra santa fe a estas nuevas gentes: y se echa de ver que el Maestro de ella era el Espíritu Santo.

El número de lenguas de las naciones de que hablamos, es casi infinito y aunque a veces se hallan muchos pueblos de una misma lengua, también sucede que en un mismo pueblo sean diferentes las de sus barrios. De donde nace la necesidad precisa en que se hallan muchos de nuestros religiosos, de aprender (como lo hacen) dos o tres distintas lenguas bárbaras, sin libros, sin papeles, sin arte, vocabularios, ni calepinos. Y aunque estas lenguas sean bárbaras, es cosa que admira el ver que siéndolo, observan sus reglas, su formación de tiempos y casos, sus derivaciones de nombres y las demás reglas de arte y lenguas muy elegantes. Y no carece de dificultad el entender, cómo cada una de estas naciones, cuando apartó lengua distinta de las demás, pudo tan uniformemente convenir en formar e inventar tanto número de vocablos, como hay en una lengua, que pide su vocabulario de por sí y tantas reglas uniformes e invariables, como concurren en un arte, sin discrepar en ellas los que la introdujeron. Y aunque esta dificultad tenía solución en aquellas lenguas que se derivan de otras, como de la romana la del romance; pero esta solución no ha lugar en lenguas que se inventaron primero diversas, como hay muchas entre estas naciones, que ni en vocablo, ni en arte tienen conveniencia las unas con las otras.

Ya veo que puede darse por solución de esta dificultad, el responder que esta mudanza de lenguas, no se hace de repente y juntándose toda una nación a concertarla, sino poco a poco con el tiempo; al modo que hoy vemos que es tan diferente el lenguaje castellano que se usa, al que corría antiguamente. Pero con todo, no se quita del todo la dificultad que hay en mudar totalmente una nación todos sus vocablos, términos, frases y reglas de artes del todo diferentes de aquella lengua de que se dividió y apartó: y aumenta la dificultad, que estas lenguas o las más de ellas, no son de las que dividió Dios con su poder y de repente en los que edificaban la torre de Babel; porque aquellas se dice que fueron setenta y estas otras no tienen número. Y consecuentemente se ha de confesar, que muchas de éstas han sido de nuevo inventadas. Y al que no le satisficere la solución dicha, podrá escoger la que más le satisficere. Que lo que puedo decir de nuestros operarios evangélicos, es que no sólo han vencido el trabajo inmenso de aprender tales y tantas lenguas, sino que las han facilitado a los venideros, reduciéndolas a arte y método para las que puedan aprender y tienen ya escritos en ellas algunos tratados de misterios costumbres cristianas: que a todo esto se ha extendido su caridad y celo del bien de las almas: y han predicado en ellas con tanta eminencia, que se les oía decir en varias ocasiones a los indios, que ellos no sabían hablar en sus lenguas, respecto de los padres. Los cuales han aprendido esto con tal eficacia, que tal vez se han olvidado de su nativa lengua, por aprender la extraña.

Y no se puede dejar de añadir aquí una cosa muy observada y que puede animar a los ministros que vienen a doctrinar tales naciones: que no hay medio más poderoso para ganarlas y sujetarlas y tener con ellas la grande autoridad que ha menester el ministerio evangélico y que su doctrina tenga eficacia, como hablarles en su lengua, y más si la hablase bien. Aquí es donde el ministro enseña, *Tanquam potestatem habens*. Aquí se asienta la doctrina evangélica que predica a sus oyentes. Aquí los convence a dejar las supersticiones y engaños. Con esto es reverenciado el ministro más que los predicadores embusteros. Y últimamente puedo afirmar lo que tengo sacado de no pocas experiencias, que algunas veces le servirá la lengua al que la sabe y puede predicar en ella, para librarse de los muchos peligros de muerte, alborotos, inquietudes y alzamientos que levanta el demonio entre estas gentes; porque el hablarles en su lengua los sosiega y reprime, capta bondad, gana y sujeta. Y no sin razón a la gracia de lenguas puso por consiguiente Cristo nuestro redentor, la otra que luego se sigue: *Serpentes tollent*: sujetarán serpientes, cuales eran esas gentes.



## CAPITULO VII

### *De las primeras noticias y descubrimientos de la provincia de Sinaloa y de sus naciones y términos*

El año del señor de 1521 sujetaron los españoles el grande Imperio Mexicano a la corona de los católicos reyes de Castilla, para grande gloria de las majestades divina y humana y ampliación de la Iglesia Católica que extendió sus términos, poblaciones y tentorios a los espacios de un nuevo mundo; como claramente se lo tenía Dios prometido por su profeta evangélico Isaías, diciendo: *Dilata locum tentorii tui, et peles tabernaculorum tuorum extende: ne parcas, longos fac funiculos tuos, et clavos suos consolida; ad dexteram enim, et ad laevam penetravis, et semen tuum gentes haereditabit, et civitates desertas inhabitabit.* Pertenecer todas estas magníficas promesas al tiempo de la ley evangélica, confírmalo el apóstol de las gentes San Pablo, escribiendo a los de Galacia en el cap. 4 explicando de la ley evangélica las palabras antecedentes del mismo profeta. Y no sé donde más a la letra se halla cumplida esta ilustrísima profecía, que en el descubrimiento del nuevo mundo, para felicidad y redención de infinitas almas, que el demonio tenía tiranizadas a su creador. Y lo más particular a nuestro intento en esta profecía, es que trae muchas señas de su cumplimiento en la reducción a la iglesia de Cristo, de las gentes bárbaras y silvestres de que vamos tratando en esta historia.

¿Qué otra cosa está significando aquellas palabras, en que le anuncia que se han de extender sus términos y espacios, no sólo en ciudades muradas y de soberbios edificios, sino en naciones que habitan en tentorios y por estos campos?: *Dilata locum tentorii, ne parcas . . .* No perdones a trabajos por reducir a tí naciones más fieras y bárbaras del mundo, que habitan en campos, que yo te las sujetaré. ¿Y qué otra cosa están significando aquellas otras palabras: *Semen tuum gentes haereditabit.* Tus descendientes y sucesores, herederos en el instituto de los apóstoles, en el tiempo que ya ellos no estarán en la tierra, ni andarán por el mundo tus hijos venideros, poblarán ciudades desiertas antes, de gente que conociese a Dios, las poblarán de cristianos, que lo reconozcan y adoren.

Eso es *Semen tuum civitates desertas inhabitabit.* ¿Qué ciudades desiertas pueden ser éstas? Más propiamente que las poblaciones o desiertos poblados de estas gentes que en el gentío son ciudades; pero en edificios

y policía eran desiertos habitados de fieras, y los que llamó el profeta: hijos del desierto. ¿A quienes compete más propiamente que a estos hijos que le nacen a la Iglesia en páramos y desiertos? Bien se ve que las palabras y divinas metáforas del profeta, les vienen aun más propias a estos desiertos poblados, que aun a Roma y Atenas. Y al fin no se puede negar que la admirable profecía de Isaías tiene su cumplimiento a la letra, cuando se introduce el Evangelio en el nuevo mundo y gentes no conocidas de que tratamos. Y obra tan señalada, bien se puede entender no se la dejó Dios de revelar entre otras a sus profetas, y más habiendo sido tan maravilloso este descubrimiento y conversión de un nuevo mundo.

Pare aquí la digresión y volvamos al hilo de nuestra historia del descubrimiento de las naciones de la provincia de Sinaloa. Estas no pertenecían al Imperio Mexicano, ni le estaban sujetas cuando se ganó; pero habitaban en tierra continente con la de México, y se tuvo la primera noticia de ellas muy poco después que México se ganó. Porque luego que los españoles lo sujetaron, fueron reduciendo las naciones y provincias circunvecinas y llegaron a la de Xalisco, que dista de México a la parte de poniente, ciento y treinta leguas. De ahí pasaron otras ciento cuarenta, y llegaron a poblar la Villa de San Miguel de Culiacán, cuyos primeros pobladores fueron muy nobles y valerosos en la guerra: éstos, en todas ocasiones y pacificaciones de naciones gentiles, de las que caen en los valles y ríos de su comarca, que son muy caudalosos, ayudaron a asentar su cristiandad y fundaron la dicha villa.

Veinte leguas adelante comienza la provincia de Sinaloa en sus poblaciones, cuyo primer descubrimiento sucedió con la ocasión que se sigue: un capitán en ese tiempo, llevado de su codicia y sin atender a rey ni ley (que la codicia todo lo atropella) sabiendo estaba esta provincia poblada de muchas gentes bárbaras, determinó entrar a ella con otros compañeros, a hacer presas de esclavos que vender, privando de su libertad a los que Dios se la había dado. Andando en esta caza de hombres, sucedió uno de los casos más raros de cuantos se cuentan en historias, y yo resumiré aquí en breve narración y sólo en cuanto toca al descubrimiento de la provincia de Sinaloa, remitiendo al que lo quisiere saber desde su principio, a la historia que hace de él el cronista mayor de las Indias Antonio de Herrera, en la década 4 lib. 4 cap. 7 y en la 6 lib. 1 cap. 3 y siguientes. Fue el caso, que aquellos cuatro compañeros, que fueron reliquias que habían quedado de cuatrocientos hombres con que el año de 1527 entró en descubrimiento de la Florida y gobernador Pánfilo de Narváez, habiendo muerto todos los demás en guerras, hambres, trabajos y enfermedades, escapándose solos cuatro repetidos en historias, llamados Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Andrés Dorante, Bernardino del Castillo Maldonado y un negro llamado Estebanico; y reservándolos la Divina Providencia por tiempo de diez años, que vinieron caminando

por medio de innumerables naciones bárbaras y obrando entre ellas, por virtud y voluntad divina, prodigios y milagros con la señal de la santa cruz, sanando innumerables enfermos, haciendo esa divina señal sobre ellos y diciendo alguna oración.

Con ocasión de tales maravillas, las naciones por donde venían pasando les cobraron un tan grande respeto y reverencia, que los miraban como hombres del cielo o hijos del sol; y con tal amor y temor para no matarlos y comérselos, que antes les daban el sustento y comida, y les pedían que se quedasen en su compañía: y ya que no lo podían alcanzar, porque los dichos peregrinos siempre les llevaba el deseo de verse en tierra de cristianos; pero los indios de la nación donde llegaban, se iban con ellos hasta llegar a la otra: de suerte, que no acertaban a despedirse de sus benefactores (que la beneficiencia, aun entre gentes bárbaras, y aun con las fieras tiene fuerza, las sujeta y amansa.) Con éstos siempre anduvieron los cuatro peregrinos acompañados y defendidos de tropas de indios, y los guardó Dios en tan extraño viaje y sacó de tantas desventuras; y tuvo reservado el término de su peregrinación para cuando llegasen a nuestra provincia de Sinaloa. Porque sucedió el caso, que llegando a ella, se toparon con el capitán Alcaraz (que así se llamaba el que había entrado a hacer presas de esclavos.) Acertó a caminar delante uno de sus soldados y divisó algo lejos a Alvar Núñez con sus compañías, y pensando habían topado con los que buscaban para cautivar, tocó alarma y apresuró el capitán Alcaraz. Aquí los cuatro peregrinos desconocidos, que en su traje y vista no se diferenciaban de indios, porque vestidos, ya había años que no los alcanzaban y estaban tan tostados del sol y criado el cabello como los bárbaros en cuya compañía habían peregrinado: y en particular Alvar Núñez Cabeza de Vaca, reconociendo a los soldados españoles por las armas y hábito, pasando a la delantera de los indios de su compañía, y con deseo de defenderlos, se puso de rodillas y usando del lenguaje que se pudo acordar para ser conocido, habló en mal castellano, que ya lo tenía casi olvidado, él y sus compañeros: declararon quienes eran y de donde salían.

Valióles la plática para no caer en las cadenas y collares de esclavos pero no valióles para que parase la codicia del capitán, que prosiguió en su intento de cautivar indios. Este abuso se prohibió por los años de 1531, y fue condenado por injusto, siendo presidente de la Real Audiencia de México y gobernador de la Nueva España, el ilustrísimo arzobispo de Santo Domingo, don Sebastián Ramírez de Fuenleal, que fue leal a las leyes divinas y a su rey, dando por libres a los que habían nacido tales, y el rey católico recibía debajo de su amparo y protección.

El capitán Alcaraz, aunque ni recibió, ni trató bien a los cuatro peregrinantes con su compañía, al fin los dejó pasar adelante al río de Petatlán, donde está hoy la Villa de San Felipe y Santiago, cabecera de la provincia de Sinaloa. Aquí acertaron a topar los peregrinos al capitán Lázaro de

Cebreros, vecino y conquistador de la provincia de Culiacán, que (como dijimos) no dista de Sinaloa más de treinta leguas. Y conociendo que eran españoles los que en el traje no lo parecían, les salió a recibir con particular gusto y agasajo. Y así él, como los que en su compañía iban, partieron con los pobres derrotados de sus propios vestidos, y quiso llevarlos a la Villa de San Miguel, como lo ejecutó. Fueron allí muy bien tratados y regalados de la gente noble de aquella villa: y habiendo descansado y entendido su milagrosa peregrinación, les dieron caballos y todo avío para que pasasen a la ciudad de Compostela, cien leguas adelante: donde en aquel tiempo tenía su majestad la Audencia Real, que después pasó a Guadalajara. En Compostela fueron asimismo muy bien recibidos de los oidores y ministros del rey, que habiendo examinado caso tan singular, juzgaron ser conveniente, que tuviese noticia de él el que gobernaba todo el reino, virrey de la Nueva España: mandándoles dar lo necesario para su viaje, los despacharon a la gran ciudad de México, a que se presentasen a su Excelencia: y lo que resultó de su llegada diremos en el capítulo siguiente.

Pero porque no se quede olvidada la tropa de indios, que venía de tierra adentro, acompañando a nuestros peregrinos, digo, que cuando entendieron que ya sus benefactores se despedían para pasar a tierras tan distantes, les pidieron los dejasen acomodados y asegurados con los españoles, que por aquella tierra andaban, para que no les privasen de su libertad, antes hallasen favor en ellos. Hízolo así Cabeza de Vaca, con sus compañeros, siendo agradecidos a los que les habían hecho fiel compañía y escolta en tan peligroso viaje. Procuraron se les diese sitio donde poblasen y tuviesen sementeras: y en el río de Petatlán cuatro leguas (río abajo) de donde hoy está la villa; en este puesto formaron un pueblo llamado Bamoa, que hoy persevera y es de lengua y nación poblada, cien leguas más la tierra adentro, de la cual hablaremos adelante, cuando llegare el tiempo de su total reducción, que fue maravillosa.

Y porque tiene aquí su lugar y origen una singular devoción, que en el discurso de esta historia se repetirá, no pasaré sin escribirla: porque quedó en estas gentes de Sinaloa, con la señal de nuestra redención la santa cruz, muy impresa. Y fue el caso, que cuando la tropa de indios que acompañaba a los cuatro españoles, con grande sentimiento se apartaban de ellos, les pidieron remedio y señal con que se pudiesen amparar de acometimientos de españoles; y la que les dieron Cabeza de Vaca y sus compañeros, fue que cuando tuviesen noticia de que españoles venían a su tierra, los recibiesen con una cruz en la mano y lavantasen cruces a la entrada de sus pueblos, que viéndolas no recibirían daño. Quédoles muy impresa esta saludable señal y de ésa se valen, y muchos la traen colgada del cuello, o en la frente hecha de nácar; y la levantan en sus pueblos algunas naciones antes de ser cristianos. Y es cierto, que a vista de esta divina señal, debe revestirse un cristiano de entrañas de piedad y miseri-

cordia; pues los mismos demonios, con ser furias infernales, se componen y reprimen sus ímpetus a vista de ella. Y por su medio, obrando Dios portentos y milagros, como refieren algunas historias, sacó libres a los que penetraron perdidos por tierras tan desconocidas y extrañas a vista de tantas y tan fieras naciones.

Este fue el medio que dispuso la Divina Providencia, para las primeras noticias de las gentes que habitaban la tierra adentro de la grande provincia de Sinaloa, cuyos términos (como habemos dicho) por la parte norte hasta hoy no se saben. Porque aunque es cierto, que declinando al oriente, es tierra continente con la de la Florida, de donde vinieron, saliendo y caminando siempre por tierra nuestros peregrinos: y también se tiene por cierto ser continente con tierra del Nuevo México. Pero con todo no hay clara noticia hasta hoy, dónde viene a parar la tierra de la provincia de Sinaloa por la banda del norte. Ni hay conocimiento de las naciones que más adentro habitan, sino que al paso que va caminando la doctrina del Evangelio, se van descubriendo y domesticando. Y ha sido feliz suerte de la *Compañía de Jesús*, el haberle este señor dado a sus hijos unos tan copiosos campos para sembrar la semilla del Evangelio en naciones que no tienen número por esta parte: en que hoy están empleados treinta y cinco padres sacerdotes, sin casi otros tantos, que para gloria de Dios y dilatación de su Evangelio, están empleados en otras misiones de que adelante se escribirá.





## CAPITULO VIII

*Llegó Alvar Núñez Cabeza de Vaca con sus compañeros a México, y por las noticias que dio al virrey, mandó se dispusiese una jornada para Sinaloa y sucesos de ella*

Llegados a México nuestros peregrinos y presentándose al señor virrey (que lo era don Antonio de Mendoza, y el primero que con título de virrey gobernó la Nueva España) hicieron larga relación de los varios sucesos (unos tristes y otros alegres) de su maravilloso viaje; de lo que en él habían hallado, de las gentes, naciones, tierras y señas de minas que habían descubierto. Fueron oídos con mucha admiración y gusto: y como en este tiempo, ni estaban tan extendidos los espacios de la corona de España en este nuevo mundo, ni se había descubierto tanto número de ricas minas de plata, como después Dios le dio, tomábanse con mucho fervor los nuevos descubrimientos y Dios se servía de ellos, enderezándolos a sus altos fines.

Con ocasión, pues, de estas nuevas relaciones, dio orden el virrey que se dispusiese una jornada para el descubrimiento de todas las tierras de que daban noticia los peregrinos. Antonio de Herrera escribe esta entrada en su *Historia de las Indias*, década seis, lib. 9, cap. 11. Hízose leva de gente el año de 1540, hasta número de cuatrocientos hombres, unos de a pie, otros de a caballo: porque en aquel tiempo no había para todos. Nombró el virrey (con título de gobernador y capitán general de la gente y jornada) a Francisco Vázquez Coronado y por alférez real a don Pedro de Tovar, caballero muy principal, vecino de la villa de Culiacán y aun se dice, vino el virrey mismo hasta Compostela, para armarlo y despachar el campo. Llevaron por delante algunos ganados, para las necesidades que ocurriesen en tan larga jornada. También llevaba órdenes el ejército, con su general, de explorar la tierra, sitios, valles y ríos, y comodidades de tierras y que todo trajesen buena razón y cuenta. Y para que acompañasen el ejército, pidió el virrey y encargó a la religiosísima orden del seráfico padre San Francisco, señalase a cuatro religiosos de ella, los cuales acompañaron esta empresa y jornada; que todas las que se han hecho para la dilatación del santo Evangelio en el nuevo mundo, empresas y empleos, han sido de las sagradas religiones.

Esta escuadra de soldados cristianos, puesta en orden, partió de Compostela y fue marchando y enderezando el rumbo de su viaje hacia el norte; y siguiendo las señas que habían dado los de la peregrinación de Cabeza de Vaca, aunque haciendo algunas guiñadas por tierra, que les parecían más a propósito para el nuevo descubrimiento que pretendían en su jornada, que les duró por tiempo de más de dos años. Atravesaron la provincia de Sinaloa y prosiguieron en demanda de una ciudad muy populosa de que tuvieron noticia, de casas de siete altos o sobrados, llamada Quivira, no hallo razón cierta en papeles de que la descubriesen, aunque algunos lo afirman; pero llegaron a puestos y parajes muy fríos, en altura de cuarenta y dos grados, donde se helaban y cuajan los ríos. Pasaron por las tierras de los que llaman vaqueros, por ser gente que anda a caza de cíbulas, animal ya muy conocido y muy semejante las vacas de nuestra Europa. Pero finalmente esta jornada se malogró, porque muriendo desgraciadamente su general Francisco Vázquez, de caída de un caballo: y no conviniendo en pareceres los soldados y gente de la escuadra, ni hallando la riqueza que pretendían, y por ventura cansados ya de tanta peregrinación, acordaron de volver a salir: y llegando de vuelta a la villa de Culiacán, comenzó a desbaratarse el ejército y esparcirse la gente, que con todo se deshizo y se quedó en silencio, sin conseguirse por entonces otro efecto, que haberse quedado algunos españoles (aunque pocos, a poblar en la villa y provincia de Culiacán y muy pocos en la de Sinaloa, con esperanzas de nuevos descubrimientos de minas.

El alférez don Pedro de Tovar, pobló de ganado mayor un puesto, que le pareció a propósito, a riberas de uno de los ríos de Sinaloa, para que pudiese servir, andando el tiempo, a la población de esa provincia. Poco después, el gobernador de la nueva Galicia, habiendo ido a socorrer la villa de Culiacán, por la guerra que hacía un poderoso cacique, que la tenía apretada y habiendo pacificado la tierra, despachó desde allí, por órdenes que tenía del virrey don Antonio de Mendoza, al padre fray Marcos de Niza, de la orden del seráfico padre San Francisco, con el negro Estebanico, compañero de Cabeza de Vaca y otros indios, para que volviese a entrar en la provincia de Sinaloa y pasase a descubrir la nombrada ciudad de Quivira, e intentase sin ruido de armas, ni soldados, pacificar aquellas gentes y disponerlas para que recibiesen el Evangelio. El religioso padre entró y padeciendo muchos trabajos y caminando muchas leguas, descubrió muchas naciones y poblaciones grandes; y aunque algunas les recibieron bien, otras se alborotaron y mataron a Estebanico y otros compañeros. Y así el padre fray Marcos se volvió a salir a Culiacán, sin haberse conseguido cosa de importancia en esta jornada. Porque aun no había llegado el tiempo que tenía Dios determinado para la reducción al Evangelio, de estas gentes; que es el fin a que su alta providencia dispone y ordena estos descubrimientos.

## CAPITULO IX

*Dispone y hace otra entrada a la provincia de Sinaloa, el gobernador de la Nueva Vizcaya Francisco de Ybarra, y funda en ella una Villa*

Por lo años de 1563, siendo Francisco de Ybarra gobernador de la Nueva Vizcaya, en cuyo distrito cae la provincia de Sinaloa y movido de las noticias que de ella todavía habían quedado, determinó de entrar, con deseo de buscar lo que otros no habían hallado. Y atravesando desde la ciudad de Guadiana (que es la cabeza de la gobernación) las altísimas sierras y valles de Topia, salió a Culiacán y de allí (con buen número de soldados) entró por la provincia de Sinaloa. Andúvola toda y visitó sus naciones; recibióle de paz y él se las prometió. Y viéndola poblada de tanta gente, y que gozaba caudalosos ríos: y que los colores con que se embijaban y pintaban los indios, daban señales de minas (porque esos colores los sacan de ellas) determinó dejar poblada una villa, en el río que llaman de Zuaque y en un puesto llamado Carapoa, y con título de San Juan Bautista, la dejó asentada. En esta villa poblaron como sesenta vecinos españoles, de los que habían venido en su compañía, pocos de ellos casados y los demás solteros. A los cuales repartió tierras y aguajes y encomendó algunos pueblos de los indios cercanos. Dejó por capitán y justicia mayor, a un soldado de grande valor, llamado Estaban Martín Vohorques: los vecinos, casas e iglesias, todo era muy pobre, como población tan nueva y tierra tan apartada y pobre. Un clérigo llamado Hernando de la Pedrosa quedó con ellos (dice) haciendo oficio de cura: quedaron también tres de los frailes de la sagrada religión de San Francisco. Habiendo dispuesto esto el gobernador Francisco de Ybarra, salió de la provincia con la demás gente que le acompañaba, apresurando la partida, por una nueva que le llegó, de que en Chiametla (paraje que caía en su jurisdicción y fuera de Sinaloa, a la vuelta de Mérico) se habían descubierto unas minas muy ricas de plata. Salió a poblarlas y fundó junto a ellas otra villa que llaman de San Sebastián. Estas minas dieron al principio grande riqueza, pero con el tiempo fueron aflojando y se acabó su propiedad.

Y volviendo a nuestros pobladores de la villa de Carapoa; en ella tuvieron también noticia de minas dentro de la provincia de Sinaloa y las descubrieron e hicieron algunos ensayes, que parecieron bien: pero por

algunas inquietudes y refriegas con indios cercanos, en que hubo algunas muertes, no se prosiguió en su labor. Y la nueva fundación de la villa de Carapoa peligró dentro de poco tiempo, por ocasiones que hubo también de inquietudes y alborotos de indios circunvecinos con los españoles, cargando los unos a los otros la culpa de las inquietudes. Y a todos debía de caber su parte, porque no es nuevo en soldados exasperar las naciones que sujetan, con su arriscado trato; ni lo es en los indios huir la vecindad y cercanía de los españoles, rehusar el trabajo y querer gozar de su libertad.

Al fin por uno o por otro, los indios de la nación Zuaca, la cual ha de quedar muy señalada para adelante en el discurso de esta historia, habiendo ido a sus tierras una compañía de los principales vecinos de la villa, a rescatar maíz, los recibieron de paz, aunque falsa: porque haciéndoles un convite de mucha caza y frutos de la tierra: estando sentados comiendo, les dieron la muerte y descabezaron; y a uno que cogieron vivo lo amarraron y trujeron en bailes y en borracheras, celebrando la victoria y al cabo lo despedazaron. Otro que se libró llevó la triste nueva a los que habían quedado en la villa, los cuales lamentándose del suceso, se procuraron recoger con la gente menuda a un fuertecillo, que armaron de palizada y fagina. Dieron aviso de sus trabajosos sucesos a sus buenos amigos y vecinos, los de la villa de Culiacán; y aun determinaron irse a poblar a ella y desamparar la de Carapoa y de hecho lo hicieron.

Y no es justo en esta ocasión pasar en silencio, ni dejar de escribir y manifestar lo mucho que la provincia de Sinaloa debe a la noble villa de San Miguel de Culiacán y a sus vecinos. Porque desde el primer descubrimiento y entrada de españoles a Sinaloa la ayudaron y socorrieron en sus poblaciones y pacificaciones, con sus haciendas, armas y personas: como si fueran sus hermanos los pobladores (si bien algunos eran parientes muy cercanos) así los favorecieron en todas necesidades de socorro, en que han proseguido hasta el día de hoy, cuando se escribe esta historia, haciendo el mismo buen oficio de hermanos. Y en confirmación de esto luego que los culiacanenses tuvieron la infeliz nueva de la muerte que los zuaques habían dado a los de la villa de Carapoa y el riesgo que corrían los que habían quedado; entraron en su cabildo, e hicieron leva de veinte y cuatro mancebos muy valerosos, que con muy buen aliento al punto se ofrecieron al socorro, llevando consigo algunos criados. Tomaron sus armas y caballos, que éstos armados y en campaña rasa (como en otro lugar declaramos) son de gran defensa contra las flechas de los indios y también para ofenderles. Señalose para caudillo de esta compañía y jornada, un vecino llamado Gazpar Osorio, hombre muy honrado y práctico en la tierra. Salieron marchando a toda diligencia y llegaron al río de Petatlán, y aunque hallaron de paz y quietud algunas poblaciones de indios; en otras que se habían declarado por la parcialidad de los zuaques, entendieron que hacían baile por la matanza, celebrando el destrozo hecho en los españoles.

Pasaron adelante y en el camino para Carapoa encontraron la gente de su villa, que habiéndola ya desamparado venía caminando la tierra afuera, con intento de no volver a ella, sino hacer asiento en la villa de Culiacán. Cuando se encontraron los unos a los otros, bien se deja entender los sentimientos que en tal ocasión se moverían, teniendo a su vista y oyendo los culiacanenses, las lástimas y desastrados sucesos de los amigos y parientes, fundadores de la infeliz villa de Carapoa, y los pocos que de ella habían escapado. Estos manifestaban muestras de agradecimiento debidos a los que como fieles hermanos les venían a socorrer, con riesgo de sus vidas, en tan grande aprieto y aflicción. Todos juntos descansaron este día en aquel campo y paraje. Después entraron en consulta y hubo varios pareceres y diferencias, sobre si se habían de volver a rehacer la villa de Carapoa, porque no quedasen los indios zuaques con altivez de haberla despoblado: y después de muchas demandas y respuestas sobre el caso, se tomó resolución: que por lo menos los españoles, no despoblasen ni desamparecen de todo punto la provincia de Sinaloa, sino que tomasen para puesto y población de villa otro diferente del de Carapoa en el río de Petatlán, donde algunas de sus poblaciones eran de gente más quieta: y por otra parte para las necesidades y ocasiones que se les podían ofrecer, tenían más cerca a sus vecinos y fieles amigos los de Culiacán.

Esto se ejecutó y en el puesto donde hoy está la villa de San Felipe y Santiago, hicieron asiento aquellos pocos españoles que escaparon de las ruinas de la villa de Carapoa. Y los que habían venido de Culiacán, por entonces se volvieron a la suya, esperando que descubriese el tiempo lo que se podría hacer para el remedio de la conversión y población de esa provincia.

En todos estos tiempos y entradas de los españoles no se pudo entablar de propósito doctrina ni predicación del Evangelio, ni dieron lugar las cosas a ella: sino tan solamente cual o cual indio de los que mostraron amistad a los españoles, aprendieron las oraciones en latín, como se usaban en aquel tiempo, fueron bautizados. Los tres religiosos de la seráfica religión de San Francisco murieron violentamente en el tiempo de las refriegas pasadas; los cuales podemos entender recibirían corona gloriosa en el cielo, de la empresa porque dieron sus vidas, que no podía ser otra que de dilatar el santo Evangelio; empleo que es tan propio, como todos sabemos, de esta sagrada religión; y quedó aquella tierra sin sacerdote alguno.



## CAPITULO X

*De otra entrada que hizo el gobernador Hernando Bazán al castigo de los que dieron la muerte a los vecinos de la villa de Carapoa y suceso de la jornada*

Sucedió en el gobierno de la Nueva Vizcaya a Francisco de Ybarra, otro caballero llamado Hernando Bazán: y teniendo noticia de los delitos y excesos que los indios de la provincia de Sinaloa (principalmente los zuaques) habían cometido en la muerte de los españoles de la villa de Carapoa, determinó entrar a castigarlos y enfrenar su orgullo, y volver por el nombre cristiano y reputación de los españoles: títulos todos muy justificados; juntó compañía de más de cien soldados españoles (que no fue poco para estos tiempos, que no estaban tan pobladas de ellos las Indias). Habiéndoles armado y dispuesto su escuadra, dio título de capitán de ella a un muy valeroso soldado, llamado Gonzalo Martín, y entró con ellos por la provincia de Sinaloa, y encaminose la vuelta de las tierras y poblaciones de los zuaques.

En el camino tuvo algunas refriegas con otras naciones que le asaltaron, aunque no se atrevieron a pelear en campo abierto. Llegó finalmente con su gente a tierra de los zuaques: ellos se habían retirado a sus arcabucos y selvas, que hay muchos por aquellos parajes. El gobernador hizo alto con su real, y paró en puesto que le pareció a propósito para la gente y caballos. Luego determinó enviar al capitán Gonzalo Martín con una escuadra de diez y ocho o veinte soldados de los más prácticos a explorar la tierra y reconocer dónde estaba retirado el enemigo. Comenzaron a marchar a caballo y topando un rastro y senda estrecha, por donde parecían haber entrado las mulas del bagaje que llevaban, dejando los caballos, entraron a recogerlas. Salieron a un llano pequeño escombrado de arboleda, aunque cercado de ella; y por las partes que estaba abierto de árboles, lo habían atajado con muchas ramas cortadas. En este cercado se había fortalecido la gente de guerra de los zuaques: y luego que sintieron que venían los soldados españoles, con grande alborozo, algazara y gritería convocándose, los cercaron para que no se les pudiesen escapar, y descargaron lluvia de flechas sobre ellos. Súpose que muchos de estos soldados anduvieron muy valerosos en defenderse, e hicieron mucha riza con sus arcabuces en los enemigos, mientras les duró la pólvora: y ésa acabada, metieron mano



a sus espadas y embrazaron sus chimales (adargas pequeñas) determinando de morir peleando, como valerosos soldados. Los indios acudieron a cortar palos largos, y con ellos unos, y otros con sus flechas, acabaron de darles la muerte: de suerte, que por gran ventura escaparon dos con la vida, quedando los demás de la escuadra allí muertos. Cortáronles los indios las cabezas, y con ellas celebraron después sus mitotes y bailes.

Y aun fue tal la avilantez y orgullo de los zuaques victoriosos, que en los troncos de los árboles de aquel paraje, donde cercaron a los españoles, por triunfo grabaron en las cortezas de los árboles los cuerpos, troncos y sin cabeza de los que mataron, de que fui testigo de vista: porque pasado este tiempo y disponiéndolo Dios, por medio de la santa obediencia, entré a doctrinar y bautizar esta nación, cuando ella pidió (como adelante se dirá) la doctrina del Evangelio: y vi muchas veces las dichas figuras, que permanecían en los árboles, todavía esculpidas.

Pero no será razón pasar en silencio lo que merece el valor del capitán Gonzalo Martín, de que fueron testigos los mismos enemigos, y no acababan de celebrarlo, diciendo de él, que cuando se vio cercado de enemigos y sus soldados muertos, se arrimó a un tronco de un árbol grande, para asegurar las espaldas de las flechas, y allí estuvo por muchas horas peleando con su espada y rodela, con los que se le arrimaban. Y aun dicen, que cortando brazos y cabezas, no obstante que recibía flechazos de los que desde afuera las tiraban, hasta que cayó muerto de las heridas. Y añadían los indios, que peleó y se defendió por tan largo espacio de tiempo, que apretados ellos del calor, mientras duraba la pelea, a tropas se iban remudando, para ir a apagar la sed y refrescarse al río, que estaba algo distante, y proseguir en la batalla que con un solo español tenían. Tan valeroso como esto anduvo este señalado capitán. Luego que con las muchas heridas le derribaron, llegaron los enemigos, y no se contentaron con sólo cortarle la cabeza, como a los demás; sino que por haberle visto tan valiente, le descarnaron el cuerpo, sin dejarle más que los huesos mondos. Porque todos los pueblos y rancherías querían celebrar sus bailes con alguna presa de hombre tan valiente, y aun se la comían y bebían la sangre para ser valientes, como ellos decían.

Cuando llegó la nueva al real del gobernador Bazán, del triste suceso y desastrado fin de su exploradora escuadra, grandemente sentido de caso tan infeliz, armando todo el resto del campo, que le había quedado, salió otro día con gran coraje a correr la tierra, con ánimo de hacer riza en los enemigos. Pero ya estaban alzados y retirados a sus espesos montes de arcabucos, muy largos en impenetrables, y así no los pudo descubrir; pero llegó al llano y corral donde sucedió la desgracia, y halló los despojos de los muertos y huesos del capitán, y de camino hizo talar los sembrados de los enemigos y volvió a salir río arriba, hasta llegar a la villa antigua y despoblada de Carapoa, que todo le quebraba el corazón; y el ver que se

quedaban sin castigo los soberbios zuaques, que lo habían quedado mucho en haber despoblado la villa primera de Sinaloa: y ahora más con el destrozo de la escuadra de soldados españoles, que habían hecho, siendo ellos como mil hombres de guerra. El gobernador, habiendo parado poco en Carapoa, quiso correr la provincia, por ver si podía hacer alguna facción de reputación en los enemigos o sus confederados. Llegó hasta el río de Mayo, distante de Carapoa veinte leguas: recibieronle de paz los mayos. Con todo hizo algunas presas en ellos, y los echó en colleras, pareciéndole habían sido cómplices en los tratos con los zuaques. Pero después llegando estas presas a México, en tiempo del marqués de Villamanrique, se examinó su causa y justificación de ella; negocio muy encargado de nuestros católicos reyes, que con cristianísimo celo mandan se proceda en los descubrimientos que Dios les ha encargado de este nuevo mundo, con toda rectitud en sus facciones; y hallando libres a los indios mayos, los mandó poner en su libertad.

El gobernador Hernando Bazán salió con su gente de la provincia de Sinaloa, y se volvió a su gobernación. Y quiero advertir aquí al lector, no quede con pena, ni se apresure en que los traidores zuaques y enemigos del nombre de Cristo, lleven el castigo merecido por estas exorbitancias, con otras que después cometieron, que él se les llegará que lo tenía Dios guardado para otro tiempo, y para otro valeroso capitán, de quien adelante se hará honorífica mención en esta historia, el cual sacó con mucha honra a la nación española de este empeño.



## CAPITULO XI

*Del estado en que quedó la provincia de Sinaloa, después que salió el gobernador Bazán: y de solos cinco españoles que en ella quedaron*

Con los casos pasados y tan adversos que habían sucedido en la provincia de Sinaloa y orgullo con que habían quedado las naciones enemigas, casi todos los españoles la desampararon, no teniéndose ya por seguros en tal tierra; unos pasaron a poblar a la villa de Culiacán, otros salieron a tierra de paz: y vinieron a quedar solos cinco en el puesto de la villa del río de Petatlán. Y podemos decir, que esto fue por disposición particular del cielo, para que después (al tiempo que nuestro señor tenía determinado comunicar a estas gentes con más estabilidad la luz del santo Evangelio) esos pocos ayudasen a este intento, como lo hicieron y fueron medio por el cual se restauró esta provincia y pobló de una grande cristiandad, como adelante se verá en los seis libros siguientes, en que se escriben las conversiones de sus naciones y gentes. Pero el valor y constancia de los pobres cinco soldados que quedaron en esta tierra, merece que sus nombres aquí se escriban, que son Bartolomé de Mondragón, Juan Martínez del Castillo, Tomás de Soberanis, Antonio Ruiz y Juan Caballero. Los cuales, como valerosos soldados, habían trabajado en todas las ocasiones de la conquista y pacificación de Sinaloa y descubrimientos de minas en ella. Estos, quedándose entre los indios vecinos del río de Petatlán y haciéndoles buen trato, ellos se les llegaron y conservaron amistad con algunos de los pueblos más cercanos, en los cuales había cual o cual cristiano, de los muy pocos bautizados en el discurso de los tiempos pasados.

Los pobres españoles vivían como tales en casa de paja; y de la misma hechura era una iglesia que levantaron; sustentábanse de caza que mataban; y otras veces de la que con ellos repartían los indios amigos; y de maíz y frijol, que sembraban. El vestido era el que llevaban en la tierra, de gamuzas de venado, y camizas de manta de algodón. Los indios estaban muy contentos con su compañía; porque cuando se les ofrecía algún acometimiento de enemigos, los buenos amigos españoles los ayudaban con sus arcabuces y armas, haciendo el mismo oficio los indios amigos con españoles.

Las naciones alzadas (en particular los zuaques) no se olvidaban de sus acometimientos y aunque estaban distantes doce o catorce leguas, a

veces venían cuadrillas de ellos hasta el río de Petatlán y lo corrían, salteando y matando caballos ya que no podían hacer presa en los españoles a los cuales en medio de estos riesgos guardaba Dios. También en este tiempo se valían de algunos metalillos de minas no muy distantes a su puesto; y con la poca platilla que sacaban, remediaban sus necesidades, saliendo a la villa de Culiacán, que lo ordinario era una vez al año por semana santa, porque no tenían sacerdote consigo que les administrase los santos sacramentos, por no haberse atrevido ninguno a quedar en tierra tan desamparada y expuesta a tantos riesgos de la vida. Pero por gozar de las celebridades de fiestas de misterios cristianos y santos sacramentos, estos cinco cristianos españoles recurrían a su vecina villa de Culiacán: y en habiendo cumplido con esas obligaciones se volvían a su puesto.

En estos tiempos también los culiacanenses, con noticias que tenían de las minas de Sinaloa (particularmente en Bacurito y Chinipa) hicieron en compañía varias entradas a su descubrimiento y labor: pero siempre fue con adversa fortuna, porque los indios les acometieron de guerra, y no dieron lugar a hacer prueba de ellas, ni labrarlas. Las naciones de Sinaloa se estaban en su gentilismo, todas sepultadas en sus vicios y costumbres bárbaras. Era Sinaloa una selva de fieras y una cueva de los demonios, donde habitaban millares de hechiceros. Era un monte espeso de breñas, un eriazó donde no nacía planta que diese fruto, sino espinas y abrojos. Era peor que un Egipto, cubierto de tinieblas palpables. Pero con todo no se olvidó Dios de los desiertos despoblados que dijimos, había prometido a su iglesia por el profeta Isaías, que lo había de poblar con sus cruces templos y altares. Y guardó Dios esta empresa hasta el año de 1590, para levantar en Sinaloa el estandarte de la santa cruz y llenar sus espacios de pueblos cristianos, de iglesias consagradas a Cristo y a sus santos; y enviarle sacerdotes suyos y que algunos de ellos fertilizasen con su sangre (derramada por Cristo) esos estériles campos.

Por remate de este libro quiero prevenir pensamientos, que puede ser se anticipen al que comenzare a leer esta historia, sin pasar muy adelante en ella; y dudando o dificultando de los frutos que se puedan esperar de predicar la fe, y Evangelio, a gentes tan bárbaras e incapaces (al parecer) como se han pintado en este libro. Y por solución a esa duda, remito al que la quisiere ver a los capítulos desde el tercero en adelante del libro séptimo de estas misiones de Sinaloa, donde vino a propósito el satisfacer a esa dificultad. No obstante, que el medio con que la Divina Providencia dispuso la introducción de su santísima fe en tales gentes, es maravilloso y gustoso. Y ese se comenzará a ver desde el libro que se sigue.

LIBRO SEGUNDO

DE LA MISION DE SINALOA EN QUE SE TRATA DE LA  
PRIMERA ENTRADA QUE A ELLA HICIERON LOS  
PADRES DE LA COMPAÑÍA DE JESUS; Y PRINCIPIOS  
DE SUS MINISTERIOS



## CAPITULO I

*Pide el gobernador de la Nueva Vizcaya al padre provincial de la Compañía le envíe religiosos que se empleen en la conversión de gentiles de aquel reino; a que fueron despachados dos padres*

Escribirse han en este segundo libro los varios sucesos, que a lo humano y divino, en lo temporal y espiritual, pasaron en los doce primeros años de la conversión a nuestra santa fe de las naciones de Sinaloa, pobladas en sus tres primeros ríos, llamados el primero de Sebastián de Eborá o Mocorito, el segundo de Petatlán, el tercero de Ocoroni, en distancia de dieciocho leguas a lo largo y son los menos caudalosos, si bien estaban no poco poblados de gentes de varias lenguas. Su asiento de paz, e introducción de cristianidad en ellas, fue a costa de muy grandes trabajos; pero cuando ya estuvo introducida y asentada en estas primeras naciones, ellas con su ejemplo ayudaron mucho a su dilatación por las de la tierra adentro que pueblan otros más caudalosos ríos y más poblados de gentes.

El modo con que la Divina Providencia dispuso que los hijos de la Compañía de Jesús se encargasen de esta santa empresa, fue muy singular, y digno dar por él alabanzas a la divina bondad: como salió de su oración, dándose las el santo profeta Daniel, cuando Nabucodonosor, soberbio rey de la Babilonia deseaba saber y apretaba al santo profeta a que le declarase el sueño y la soltura del misterio que encerraba aquella estatua que se le había representado: y habiendo hecho su oración a Dios, y pedido le enseñase lo que había de responder al tirano, salió cantando esas alabanzas divinas, con las maravillosas palabras que vienen muy a nuestro propósito: *Sit nomen Domini benedictum, a saeculo, et usque in saeculum; ipse mutat tempora et aetates, transfert Regna, atque constituit; ipse revelat profunda et abscondita, et novit in tenebris constituta, et lux eo est.* Sea el nombre de Dios bendito en los siglos de los siglos. El es el señor de los tiempos y edades, y los muda según su divino beneplácito: él remueve los reinos y los da y establece, conforme a su divina voluntad: manifiesta las cosas más escondidas a los discursos de los hombres, cuando y como le parece: y finalmente la luz es suya, y está con él. Ahora a nuestro intento digo, que estaba nuestra provincia de Sinaloa en el abismo de tinieblas, que la dejamos en el primer libro, hecha un reino de Satanás, resistiendo



a la luz del Evangelio: sus naciones gentílicas, endurecidas en su obstinación, como la estatua de piedra y bronce que vio en sueños aquel rey. Llegó pues, el tiempo que no sabían los hombres y lo tenían determinado el beneplácito de la divina voluntad, para que se acabase el tiránico reino del demonio en Sinaloa, y despojarlo de tantas naciones, que tenía tiranizadas a su creador, para dar la posesión de ellas a su Santísimo Hijo, como se lo había prometido, diciendo: *Dabo tibi gentes haereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terrae*. No pararán las obras de mi omnipotencia, y misericordia hasta reducir a tu obediencia y reconocimiento los términos de toda la tierra. Son hoy estos términos por esta de la provincia de Sinaloa, y en ellos introdujo Dios los rayos de la nueva luz del Evangelio, con que ahuyentó sus tinieblas: *Et lux cum eo est*. Deshizo la estatua compuesta de tantos metales de diferentes naciones como había en esta tierra, y redúcense a una ley, a un bautismo y reconocen a sólo Cristo Jesús. Bien podemos decir: *Sit nomen Domini benedictum, a saeculo, et usque in saeculum*.

Dispuso esto la Divina Providencia por medio de un caballero que por buena dicha y suerte de todo el reino de la Nueva Vizcaya (y más en particular de nuestra provincia de Sinaloa, que cae en su jurisdicción) entró a gobernarlo el año de 1590: y es muy merecedor de que por su mucha cristiandad, valor y prudencia, se haga aquí mención de él, y más por haberlo tomado nuestro señor por instrumento de las grandes misericordias, que obró con la provincia de Sinaloa. Llámase este caballero Rodrigo del Río y Loza, natural de la villa de Arganzón, del obispado de Calahorra en Castilla. Sirvió mucho tiempo al rey en las guerras de la pacificación de los chichimecas y otras gentes fieras, que dieron mucho en qué entender en la Nueva España y en otras jornadas.

Entró a la que en el libro pasado se dijo, que hizo el gobernador Francisco de Ybarra en la provincia de Sinaloa, y en ella se mostró de tanto valor, que el gobernador le hizo merced de la encomienda de algunos pueblos de ella. Después, habiendo necesidad de su persona para la pacificación y enfrentamiento de las naciones chichimecas, salió por orden del rey a la empresa, y las reprimió y enfrenó con tanto valor, que la majestad de Felipe II, de gloriosa memoria, teniendo noticia de lo mucho que había servido, premió sus méritos con un hábito de Santiago, y le hizo merced de dilatados sitios y estancias que pobló de ganado mayor, que multiplicó en tanto número y abundancia, que herraba cada año veinte y cuatro mil becerros: y no me alargó; sino añado, que en esta abundancia tenía en gran parte los pobres y necesitados, no queriendo gozarla a solas. Porque en su estancia de las llanadas que hay entre las ciudades de Zacatecas y Guadiana, era su casa el refugio, amparo y viático de cuanto había menester los peregrinos, pasajeros y caminantes, para toda la tierra adentro.

Pasé yo por allí para Sinaloa el año de seiscientos y cuatro en compañía de un capitán, que con una cuadrilla de indios gentiles de esa provincia había venido a México a pedir doctrina y padres al virrey. Y viendo por mis ojos la liberalidad y magnificencia de aquel caballero y juntamente los ejercicios de cristianidad en que allí se empleaba, se me ofrecía, que era una representación del patriarca Abraham, a quien tenía Dios en aquellos campos para refugio y amparo de peregrinos.

Entrando pues este caballero a gobernar su provincia, cuidadoso no sólo del servicio de su rey, sino también del de Dios (respetos que saben ajustar y hermanar con admirable concordia) y hallándose cargado del cuidado de algunas naciones gentílicas, que había en la comarca de Guadiana o Durango (que todo es uno) en la sierra de Topia y San Andrés y extendida provincia de Sinaloa, que ya él había visto. Para descargo de esas obligaciones, escribió rogando al padre provincial de la Compañía, que al presente era el padre Antonio de Mendoza, le enviara algunos religiosos de ella, que entrasen a cultivar los nuevos campos que Dios ofrecía a su iglesia en el reino de la Nueva Vizcaya. El padre provincial aceptó la demanda con gran voluntad, como obra de tanta gloria de Dios, y salvación de tanto número de almas. Escogió para esta empresa dos muy aventajados sujetos en religión, letras y prudencia, que trabajaron gloriosamente en esta obra. El uno de ellos consumió su curso, derramando su sangre en demanda de la predicación evangélica como adelante diremos.

Los que previno Dios para esta grande empresa y fundar un tan extendida cristiandad, fueron: el padre Gonzalo de Tapia, y el padre Martín Pérez, a los cuales despachó el padre provincial, con orden de que se presentasen al gobernador Rodrigo del Río, y se ofreciesen para el puesto y empleo en ayuda de las almas, por muy dificultoso que fuese, que el dicho gobernador les señalase.

Partieron los dos primeros padres misioneros de Sinaloa, fundadores de su cristiandad el año de 1590; y llegando a la ciudad de Guadiana, distante de México ciento y cincuenta leguas, los recibió el gobernador con muy grande gusto, viendo que se le cumplían ya sus deseos de poner remedio a la salvación de tantas almas desamparadas, como Dios le había puesto delante en los espacios de su jurisdicción. Los padres le significaron la orden que traían de su superior. El gobernador (moviéndole sin duda Dios) respondió, que aunque su intento había sido pedirlos, para que se ocupasen en la enseñanza de indios, que estaban a los alrededores de Guadiana; pero que había mudado de parecer, y juzgaba cogerían más abundantes frutos pasando a la provincia de Sinaloa, de quien él tenía muchas noticias, y sabía las muchas naciones de gentiles de que estaba poblada, en que se podían emplear y hacer gran servicio a nuestro señor en reducirlos a su iglesia santa.

Esta asignación del gobernador, fue muy conforme a los grandes deseos de la conversión de almas que llevaban los padres y despidiéndose de su señoría, aunque el camino más derecho y breve había de ser por las sierras de Topia; pero por estar los indios de sus valles de guerra, lo torcieron por la provincia de Acaponeta, atravesando espesísimas sierras, desamparadas de gentes y llegaron (aunque padeciendo grandes trabajos) muy contentos a la villa de Acaponeta, víspera de Pascua del Espíritu Santo, donde esos días se ocuparon en predicar y confesar españoles e indios de que se juntó grande concurso de aquella comarca.

Prosiguieron después para la villa de Culiacán, cien leguas adelante y en todo este camino y pueblos por donde pasaban, fueron ejercitando siempre sus ministerios, acudiendo en todas partes a ellos mucho concurso de españoles, e indios, con que el fruto de su viaje fue muy copioso: y parece lo pretendió Dios en estos rurales el que había de hacer por las sierras de Topia, donde aún no estaba de sazón la cosecha hasta otro tiempo, como después veremos.

Llegaron los padres a la villa de San Miguel de Culiacán; fueron recibidos aún con mayores demostraciones de gusto y benevolencia tal, que les obligó a detenerse en aquella muy noble villa algunos días, ocupándose en sus ministerios, a que acudieron los vecinos españoles y gran número de indios de la comarca y a todos los consolaron, quedando con singular alegría aquella villa, de que a la provincia de Sinaloa su vecina, se le llegase el tiempo de su reducción y conversión, que siempre habían deseado.

## CAPITULO II

### *Parten de Culiacán para Sinaloa los padres: su recibimiento en el camino y llegada a su villa*

No veían la hora los fervorosos operarios evangélicos de llegar y verse empleados en la mies para que el supremo padre de familias, Cristo Jesús los había conducido; y así luego que llegaron a Culiacán, despacharon aviso a los cinco españoles que en Sinaloa habían quedado y Dios había reservado en medio de tantos peligros, para conservación de aquella villa, de la cual se había de extender una dilatada cristiandad, como la que después se vió en esta provincia. Diéronles aviso cómo eran enviados del padre provincial de la Compañía de Jesús, y del gobernador de la Nueva Viscaya, para emplearse todos en el bien espiritual y temporal de su tan apartada provincia; y que los deseos que traían eran de no perdonar a trabajo ni diligencias que pudiese ayudar para la consecución de este intento, y aunque no iban en compañía de soldados, como otras veces habían entrado en aquella tierra, confiaban en nuestro señor, tendrían su ayuda, para introducir en ella la paz del santo Evangelio. Y advierto aquí al lector, que hubiere leído esa proposición que no la juzgue por contraria a lo que después se dijere, de que pasando los tiempos, fue necesario ponerse en Sinaloa presidio de soldados, por los señores virreyes de la Nueva España: y allí se dirán las razones que obligaron a esta determinación.

Recibida esta nueva de los vecinos de Sinaloa, fue grande la alegría de los que habían pasado en aquel desierto tantos años: viendo que se les llegaba tiempo en que tendrían ya en su compañía los que les habían de ser amparo, así en lo temporal, como en lo espiritual de sus almas, de que tantos años habían carecido. Dieron luego aviso a los pueblecitos de indios amigos, y confederados que se alegraron también mucho con la nueva, y en particular unos cuantos cristianos de los pocos que dijimos que quedaron bautizados en el tiempo que estuvo poblada la villa de Carapoa y otros algunos, que aunque habían tomado nombres cristianos, no lo eran más que en el nombre. Trataron luego que de los españoles fuesen dos por los padres a Culiacán, para que los acompañasen y guiasen. Juntáronse algunos de los indios amigos, así cristianos como gentiles, que quisieron salir al recibimiento de los padres; a los cuales por

presto que se partieron, encontraron en el camino, en un pueblo llamado Capirato, ocho leguas adelante de Culiacán, diéronles la bienvenida; y los padres recibieron con grande alegría a aquellos dos españoles, que salían de los fines del mundo y más se alegraron de ver aquellas primicias de indios de Sinaloa, que miraban como prendas de la grande cosecha que en aquella región apartada del mundo, Dios les prometía.

Luego que los indios llegaron a su vista, se pusieron de rodillas para besarles las manos y perseverando en esta postura, les pidieron el santo bautismo y doctrina para sus naturales. Abrazándoles los padres, y diéronles a entender el intento que traían de ayudarles en todo lo que tocaba al bien de sus almas y asiento y paz de la provincia: porque no les traía desde México otro deseo, ni venían a buscar otras riquezas, que las de su salvación. Pararon allí aquella noche, y a otro día de camino llegaron al primer río de Sinaloa, llamado de Sebastián de Eborá, que había tomado este nombre, por haber sido el del primer encomendero que tuvo un pueblo de ese río llamado Mocerito. Tres leguas antes de llegar a él, hubieron de parar a dormir en un aguaje, y en el campo, donde se detuvieron con la ocasión que aquí diré.

Entre los indios que salieron a recibir a los padres, con los dos españoles, uno fue el hijo del cacique del pueblo de Mocerito, que era cristiano; el hijo con la alegría que concibió de la venida de los padres, se adelantó a dar aviso a su padre; en oyéndolo el cacique convocó a toda su gente y aunque gentiles, les mandó juntasen todos los niños que no estaban bautizados. Hiciéronlo con buena voluntad y partió con ellos y su gente a donde habían parado a dormir los padres. Llegó a media noche y fue muy buena para los padres, porque presentándoles aquellos niños con otras cosillas de comer, que el cacique llevaba, les pidió los bautizasen, que era pedir, aunque ellos no lo entendían, que Cristo renaciese en aquellas almas. Y bien dije, fue noche buena esta para los padres, en cuyos corazones brotaban júbilos de alegría (y lo mismo sería en los ángeles) de ver aquellas primicias tan tempranas, que ya daba aquella tierra inculta y ellos ofrecían a Dios.

Hicieron los indios en aquel paraje una ramada o portal tan pobre como el de Belén y allí un altar, donde se dijo misa y se bautizaron y blanquearon aquellos corderos. Hecho esto se partieron al río de Petatlán y villa de la provincia de Sinaloa (distante de allí doce leguas). Cuando los pocos españoles con los indios de los pueblos amigos que allí se habían juntado, supieron que se acercaban los padres, celebrando su llegada, esparcieron mucha juncia y yerba por el camino, compusieronlo y adornándolo con muchos ramos de árboles, que eran sus dóceles y tapicería; y lo mismo en la plaza del pueblo, que era aquel campo. Llegado allí no se puede explicar el gusto y alegría con que los unos y los otros, se abrazaban y daban parabienes: los unos de haber llegado a los fines del mundo y ayudar almas tan desamparadas; y los

otros, de que hubiesen venido a sus tierras los que habían de ser padres y el remedio de su salvación, porque (como dijimos) nunca aquí habían tenido cura de sus almas.

Estando toda la gente junta, les dieron a entender los padres el fin de su venida, de tan largo viaje y como lo daban por muy bien empleado, por haberles traído Dios a tierra tan destruida, que ya quería visitar con sus misericordias. Y con esto se recogieron a una casita que les tenían preparada, que era de palos y cubierta con paja, y era la mejor del pueblo, donde entraron más contentos que si se vieran en palacios reales. Y bien pudieron cantar aquí lo del salmo: *Haec requies mea in saeculum saeculi*. Porque el uno y el otro (como adelante veremos) remataron su dichosa vida en este puesto y empresa.



### CAPITULO III

*Dieron los padres orden para la doctrina y bautismos en la villa y pueblos circunvecinos: y escríbese un abuso gentilico, que desterraron*

Luego que los padres llegaron al río de Petatlán, donde estaba fundada la villa de San Felipe y Santiago, de solos los cinco españoles que dijimos y cual o cual indio que se les habían juntado: sin descansar del largo viaje que habían traído, trataron de poner las manos en la labor de la viña que nuestro señor les había encomendado; no obstante que estaba silvestre, y toda llena de maleza y abrojos, pero confiados en el favor divino, dieron principio a la empresa y lo primero compusieron la iglesia pajiza de la villa, para poder decir misa, con un pobre ornamento que llevaban. Detuviéronse aquí unos quince días predicando en castellano y mexicano a los que lo entendían, aunque eran pocos; los unos y los otros se confesaron y recibieron al santísimo sacramento, que ya tenían en su tierra, para dar con esto buen principio a la obra, animándose todos a la ejecución de ella.

Informáronse luego los padres, de los pueblos y naciones que poblaban aquel río que eran muchas, hasta donde desemboca en el brazo de California. Repartieron entre sí el cuidado de sus ministerios, de suerte que se acudiese así a los de la villa, como a los de los pueblos más cercanos que estaban en mejor disposición para recibir la doctrina del Evangelio. El padre Martín Pérez se encargó del pueblo de Cubiri (distante a una legua, río abajo, de la villa) y juntamente del de Bamoá, que es el que se dice que poblaron los indios que habían salido con Cabeza de Vaca, y otros más pequeños. El padre Gonzalo de Tapia se encargó de los pueblos el río arriba, llamados Baboria, Deboropa, Lopoche, Matapan y pueblo de Ocoroni, que cae a la ribera de otro río pequeño, cinco leguas adelante. En estos pueblos dieron orden se hiciesen sus iglesias, que en este tiempo eran una pobres ramadas: sus casas y albergues, unas chozas de paja, la mesa y la cama unos zarcos de jara, que en tales principios ni hay facultad para otros edificios, ni quien los sepa hacer. La comida ordinaria, era maíz, frijol y calabazas, y lo uno o lo otro cocido en agua o tostado al rescoldo y rara vez algún pescadillo del río, o alguna caza del monte y tal vez unos chapulines, que son langostas. Testigo puedo ser de esto, porque hallándome algún tiempo después en compañía de uno de



estos padres, por gran regalo y mejor plato de cena, me dieron en uno muy prieto, unas de estas langostas tostadas, y parte por la novedad del manjar (a que ya el padre por necesidad estaba acostumbrado) o por lo mal sazonado, la naturaleza lo rehusaba, hasta que el gusto con que se lo veía comer al compañero, despertó el mío a lo mismo, acordándome que había sido manjar de aquel gran penitente del desierto San Juan Bautista.

A estos extremos lleva la pobreza con que estos varones apostólicos dieron principio a su predicación; y érales esta pobreza muy gustosa, acordándose de aquel señor, que siendo rico *pro nobis egenus factus est*: como dijo el apóstol. Finalmente, alegres los padres en sus trabajos fueron dando asiento en aquellos pueblos, así en alguna policía humana, como principalmente en lo que toca a cristiana religión, comenzando por el bautismo de los párvulos, que es el primer cuidado que tienen para asegurar la bienaventuranza de aquellas criaturas, que con cualquier achaque están a riesgo de perderla y por otra parte está cierta su salvación, partiendo al cielo con la gracia bautismal.

Luego se aplicaron a tomar noticia de aquellas lenguas, que por entonces les eran más necesarias. Procuraron componer en ellas el catecismo, aunque con grande trabajo y diligencia por ser tan peregrinas, valiéndose como intérpretes, de los españoles que habían vivido entre ellos. Comenzaron a enseñar a los adultos en catecismo, para que se fuesen disponiendo para el santo bautismo, el cual ellos comenzaron a pedir con instancia y estima de este necesario sacramento. Los primeros que de los adultos se bautizaron, fueron mujeres o maridos que se habían casado o por mejor decir, amancebado con cristianos, sin serlo ellos o ellas, celebrando luego sus casamientos con las bendiciones y ceremonias de la santa iglesia; las cuales les causaban juntamente admiración y reverencia. Después de éstos, se fueron haciendo otros bautismos de adultos, de veinte en veinte, o de treinta en treinta; según la disposición y preparación que en ellos se hallaba. A estos bautismos iban los españoles a los pueblos a ser padrinos de pila. Lo cual mucho estimaban los indios, haciendo mucho caso del parentesco espiritual que contraían con ellos (y quizá fundados en la mejora de este parentesco, a otro que ellos usaban en su gentilidad) y es digno de contar aquí, por haber tenido los padres noticia de él por este tiempo y ser cosa singular en alguna de estas naciones.

Acostumbraban estos indios celebrar una fiesta de los prohijados, porque a los huérfanos que había en su nación los pasaban a su parentela y casa, y recibían por hijos con solemnidad y fiesta; la cual celebraron este año que entraron los padres, y era en esta forma. Lo primero, buscaban y juntaban los huérfanos que se habían de prohiar; hacían luego dos casas de petate o esteras como ellos las usaban. Armábanse estas casas en correspondencia la una de la otra y distantes como cien pasos. En la una entraban los muchachos huérfanos, de donde no salían en ocho días, y allí

los sustentaban con atole, que es lo mismo que puches de maíz. En la otra casa (que era más espaciosa) esparcían en medio de ella arena suelta, tendida en forma de círculo que tenía dos varas y media de diámetro. En ese círculo entraban y salían los indios cantando y bailando muy embijados o pintados y con bordones en las manos; sentábanse a veces en arena y en ella iban pintando diferentes figuras con colores sueltos y varios que echaban en los huecos de unas rayas que formaban con una cañita delgada. Lo principal que pintaban eran dos figuras que parecían humanas: a la una llamaban Viriseva y a la otra Vairubi: ésta decían que era madre de la primera. De lo que estas figuras representaban, hablaban con mucha confusión, como gente ciega, que no gozaba de luz divina y ya parecía que hablaban de ellas con vislumbres de Dios y su madre, ya que eran los primeros hombres de quienes nacieron los demás; y todo lo que decían era confuso. Alrededor de estas dos figuras pintaban, ya cañas de maíz sembrado, ya frijoles y calabazas, y entre estas plantas, culebras, pajarillos y otros animalejos hasta que llenaban todo el círculo de la arena donde hacían sus ceremonias con algún género de reverencia. Duraba esta fiesta los ocho días, de suerte que mañana y tarde entraban y salían en aquella casa, solemnizándola con el entretenimiento de sus bailes: y es de advertir una cosa particular, que en todo este tiempo no permitían ni daban entrada a mujeres en esta casa.

Tuvieron noticia los padres de esta fiesta y quisieron saber lo que en ella pasaba, para ir desterrando errores e ignorancia de estas gentes. Un principal de ellos los llevó al lugar donde se celebraba la fiesta y tomando una caña en la mano, fue señalando aquellas figuras que sus antepasados reverenciaban y a quienes pedían guardasen sus sementeras de aquellas culebras, sapos y animales que estaban allí pintados. En esta ceguera tenía el demonio entretenidos a estos desventurados: los padres los desengañaron de éstas y semejantes supersticiones, dándoles a entender lo poco o nada que aprovechaban. Y para concluir con la fiesta de los prohijados, luego que se remataban los bailes de los ocho días, iban bailando a la casa donde los tenían encerrados y hacían con ellos ciertas ceremonias, como era abrirles los ojos para que los tuviesen vigilantes cuando les tirasen flechas. Porque suelen tener algunos indios tal vista y destreza en desviarlas cuando las despiden el arco del enemigo; que antes que lleguen y claven, las desencaminan y tuercen con su propio arco para que no hagan suerte. Además de esto a los prohijados daban algunas armas y cogía cada uno el suyo para llevarlo a su casa y sustentarlo como a hijo, habiendo primero ido a la casa de las pinturas y borrándolas y refregándose el cuerpo con aquella arena. Luego les daban de comer abundantemente y habiendo concluido con la comida, todos se iban a bañar al río y con esto se daba fin a la gentilica fiesta; de que ya (por la misericordia de Dios) no tienen memoria alguna.

Hase tratado aquí de ella con la ocasión de la estima que hacían de sus padrinos en los bautismos que celebraban los padres, en los pueblos que entre sí repartieron en aquellos principios. Y no se puede dejar de escribir la resulta de la doctrina que dieron a los indios de la fiesta pasada. Porque celebrándose después de ella la Pascua de Navidad con mucha solemnidad, y alegría en otro pueblo; advirtiendo los padres, que los indios tenían otra ramada semejante a la de los prohijados; fueron allá y hallaron el cerco de arena con pintura de un río, leones, tigres, serpientes y animales ponzoñosos; y en lugar de las dos figuras Viriseva y Vairubi, ya las tenían pintadas algo diferentes, una de hombre, otra de mujer, otra de un niño. Preguntándoles qué significaba aquello, respondieron que la una figura era Dios y la otra de su madre, y la del niño de Jesucristo su hijo, a quienes pedían les guardasen de aquellos animales fieros y de las inundaciones de los ríos a sus sementeras; y añadieron: esto estamos enseñando a nuestros hijos, para que así lo hagan de aquí en adelante. Alabaron los padres su buen intento en reconocer a Dios, y a su santísimo hijo, que eran autores de todo nuestro bien, y a la virgen intercesora para alcanzarlo y que ellos habían de acudir a pedir el remedio de sus necesidades y trabajos: aunque por parecer que esta cere:nonia frisaba algo con las antiguas, para quitársela de la memoria, les mandaron que un día de pascua (dejadas aquellas figuras) entrasen bailando en la iglesia y pidiesen a Dios y a la Virgen (cuya imagen allí estaba con su hijo en los brazos) aquello mismo que antes pretendían con sus vanas supersticiones y quedaron con esto enseñados y contentos.

## CAPITULO IV

*Los españoles de Topia hacen instancias a los padres visiten su real, e indios comarcanos gentiles: sucesos del que fue, y casos particulares en Sinaloa*

Nuestro padre glorioso San Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús, inspirado y regido por el Espíritu Santo instituyó su religión como un escuadrón y compañía de soldados, que como caballos ligeros (como el mismo santo decía, y se escribe en su vida) estuviesen siempre a punto para acudir a los rebatos, donde llamaban la necesidad de ayuda de las almas. Esto practicó el padre Gonzalo de Tapia que había ido por superior a la misión de Sinaloa: y aunque lo que en este capítulo se escribe parece pertenecía más a la de Topia; pero por tocar a la persona del padre Gonzalo de Tapia y trabajos santos de su misión y haberse hecho desde Sinaloa, quedará dicho para cuando se escriba de la de Topia. Y fue así, que habiendo cuatro meses que los padres habían llegado a Sinaloa, y teniendo noticia los españoles que habían entrado al descubrimiento y labor de las minas del real de Topia (distante cincuenta leguas a la parte del Oriente), de la buena obra que hacían los padres en aquella provincia y cómo iban asentando de paz y bautizando sus naciones, deseando ver lo mismo en los indios de su comarca, que se eran gentiles, les escribieron, pidiendo con instancia tuviesen por bien algunos de ellos de dar una vuelta a aquel real y visitar los indios de aquellos valles, que estaban muy necesitados de doctrina.

El padre Gonzalo de Tapia, condescendiendo a sus ruegos y ardiendo en su pecho un deseo de la salvación de todo el mundo, (aunque estaba tan ocupado) dejando por breve tiempo el cuidado de toda la mies de Sinaloa, determinó ir a visitar la que Dios le ofrecía en Topia. Saliéronle a recibir los españoles al camino, con grande alegría de ver se abría la puerta del remedio espiritual y salvación de aquellas almas. Que aunque parece a los que miran las cosas de lejos (y más las naciones extrañas) que no tienen otro blanco los españoles en los descubrimientos de tierras y Nuevo Mundo, que el de su interés y deseo de plata y extender los límites de su monarquía: pero lo cierto es que nunca les falta el celo de fieles y católicos cristianos de que todas las gentes vengan al rebaño de la

Iglesia Católica Romana, de cuyos hijos se precian juntamente con sus católicos reyes.

Con este celo pues, los españoles mineros de Topia, salieron no pocas leguas cuando supieron que caminaba el ministro evangélico a su real a encontrarlo. Llegó y detúvose algunos días predicando y confesando sus vecinos; hizo grande fruto con sus ministerios, particularmente en buen número de indios tarascos, que allí halló trabajando en las minas, y tenían particular amor al padre, por haberles antes predicado en sus tierras, y saber con eminencia su lengua. Habiéndolos consolado y administrado los santos sacramentos, bajó después a dar una vuelta al valle de Topia, donde eran las principales poblaciones de indios aunque no tan populosas como las de Sinaloa. Halló algunos de ellos bautizados con ocasión de la cercanía de los españoles. Pero en la ignorancia de cosas de fe, con poca diferencia a los gentiles. Reformólos lo mejor que pudo y bautizó algunos adultos enfermos y párvulos, y dió a aquella gente las noticias de la fe que el tiempo le daba lugar, porque le tiraba la mayor mies que le había ofrecido Dios en su misión de Sinaloa, reservando para otro el darles doctrina de propósito, como lo hizo la Compañía y después se dirá.

Antes de partirse le dieron noticia, que en un monte allí cerca debajo de un árbol de notable grandeza solían los indios tener un ídolo a quien ofrecían maíz al tiempo de la siembra; y flechas y cosas de armas al tiempo de las guerras. Este habían ya quitado y quebrado los españoles. El padre juntó la gente que pudo, hizo aderezar una hermosa cruz y cantando la doctrina cristiana, fue allá; hizo derribar el árbol y plantar en su lugar el preciosísimo de la santa cruz. Bendijo aquel lugar, con que se borraron las memorias del otro árbol y de aquellas supersticiones; y habiendo consolado a aquella gente con las esperanzas de padres, que vendrían de propósito a enseñarles la ley de un solo Dios creador del cielo y de la tierra y dejando en este estado las cosas, dio la vuelta para Sinaloa. Pasó por su favorecedora hermana la villa de Culiacán, en ella hizo diligencia para que le diesen algunos cantores que fuesen en su compañía y llevando algunos instrumentos músicos celebrasen la alegre Pascua de Navidad, que ya se acercaba. Con mucha voluntad acudieron a esta petición tan pía los de Culiacán. Partió alegre el padre con su compañía de cantores y llegó a la de Sinaloa muy cerca de Pascua, donde era muy deseada su vuelta. Y porque no quede en silencio lo que su compañero el padre Martín Pérez en ese mismo tiempo obraba en Sinaloa, donde había quedado.

El empleo fue (demás de visitar todos los pueblos, en que se habían comenzado a dar asiento a la doctrina) determinarse a visitar las demás naciones que poblaban aquél río hasta la mar, en distancia de dieciseis leguas, pobladas de muchos indios. Estos fueron los de Bamoa, Guazave, Sisinicari, Ures y otras menores rancherías; ganando y tratando a los indios y animándolos para que imitasen a sus vecinos en

recibir la paz y doctrina del santo Evangelio. Quedaron de esta visita bien dispuestos y ofrecieron algunos párvulos, que fueron bautizados y otros algunos adultos enfermos, que el ejemplo de los que hacen sus vecinos tiene fuerza como de evangelio entre estas gentes.

Con estas visitas se iba haciendo obra en esta mies y arrancando malezas de ella; y platándose nuevas plantas en el campo de la Iglesia. A que acudía y enviaba Dios su riego desde el cielo, como se echará de ver por un capítulo de carta de uno de los padres ministros de esta sembradora, y dice así:

Son tantos y tan maravillosos los efectos que cada día se ven de la divina predestinación de algunas de estas almas, que se hace suavísimo el trabajo que se pasa en andar a buscar por los montes espesos, arenales y sembradoras por donde se desparraman. Hice una salida por pueblos de gentiles, cuya lengua aún no sabía; en llegando me ofrecieron con muy buena y alegre voluntad más de doscientos y cincuenta niños, para que los bautizase, como lo hice; y para poder ayudar a los adultos, *in extrema vel gravi necessitate*, hice un catecismo breve en su lengua, por medio de un intérprete que lo sabía y con cuatro palabras que les decía de Nuestro Señor y las más por el papel, era grande la suspensión y atención con que las oían. Comencé a bautizar algunos enfermos, por pedirlo ellos con instancia. Sucedió que cuando dilataba a algunos el bautismo, por parecerme no era su enfermedad peligrosa y para poderlo hacer después más enteramente y con más enseñanza, quedaban muy desconsolados, ellos y sus deudos, importunándome que los bautizase, pues ellos también estaban enfermos y habían venido para ser bautizados. Administré este santo sacramento a una buena cantidad de los que me pareció tenían peligro y casi todos murieron y se los llevó Dios.

Hasta aquí el padre. Y yo añado que se cumplía aquí a lo espiritual (y más altamente que en la salud corporal) la promesa de Cristo, Marci último: *Super aegros manus imponent, et bene habebunt*. Pues en echándoles con las manos aquella agua celestial sobre la cabeza, aunque acababan con la vida corporal, de repente se hallaron mejorados, gozando la celestial y divina.



## CAPITULO V

*Celebran los padres la primera Pascua de Navidad y llegan otros dos de México, para donde determina el padre Gonzalo de Tapia hacer viaje*

Llegado de la vuelta de Topia el padre Gonzalo de Tapia, cerca de la Pascua de Navidad, y habiendo traído consigo los cantores e instrumentos músicos para celebrarla, como primera fiesta cristiana en aquella tierra, con toda la solemnidad que en la que era tan pobre y apartada fuese posible, y porque aquellas gentes nuevas en la fe hiciesen más concepto de los misterios cristianos: por ser más capaz la iglesia del pueblo de Lopochi (que no distaba legua cabal de la villa) dio orden, que allí se celebrase. Convocáronse para la fiesta así españoles como indios, de los cuales ya el número de bautizados llegaba a más de mil, sin muchos gentiles que también concurrían; celebróse la misa con música, que admiraba y tenía suspensos a los indios, como cosa tan nueva para ellos.

Dieron orden los padres que aquel día hubiese una procesión fuera de la iglesia, en que salieron algunas danzas, con que se celebró la fiesta, de suerte que todos quedaron muy alegres, y los gentiles más animados a recibir el santo bautismo, haciendo aprecio de lo que veían celebrar con tanta solemnidad, cosa muy importante en estos principios de nuevas cristiandades, como lo fue en esta sazón. Y no me detengo en contar aquí dos entradas que por este tiempo hicieron algunos españoles de Culiacán, con otros que se les llegaron a descubrimientos de minas en esta provincia, cerca de un pueblo llamado Caguameto y sierra de Chinipa, por no haberse conseguido en estas entradas el intento, por guerra que dieron indios circunvecinos, que obligaron a los españoles a alzar mano de poblar por entonces aquellas minas.

Pero a propósito será de nuestra historia, decir cómo por este tiempo y el año de mil y quinientos y noventa y tres, llegaron otros dos padres de la Compañía de Jesús a Sinaloa, para ayudar a la grande empresa que habían comenzado: porque luego que el padre Gonzalo de Tapia echó de ver la grande puerta que se abría al evangelio, dio aviso al padre provincial de la grande ocasión que nuestro señor ofrecía, y que la pesca espiritual de las almas era tan abundante, e iba entrando tanto número en la red del evangelio, que era menester, *annuere sociis, ut venirent, et adjuvarent*, como cuenta San Lucas que lo hizo San Pedro, en ocasión que por



mandato de Cristo había tendido sus redes, en que entró tanta abundancia de peces, que para gozarlos pedía ayuda a sus compañeros.

Avisado de esto el padre provincial, envió luego el socorro de otros dos sujetos, que fueron el padre Alonso de Santiago, y el padre Juan Bautista de Velasco. Fueron recibidos con grande alegría; y al primero se le señalaron algunos pueblos, de cuya doctrina cuidó por algún tiempo. Pero por falta de salud, fue fuerza sacarle de Sinaloa a México, a donde tuvo empleos de mucho servicio de nuestro señor. Al padre Juan Bautista, que era muy buena lengua mexicana y trabajó con grande loa por muchos años hasta el fin de su vida en esta provincia, (como adelante veremos) se le encargaron los pueblos de Mocerito, Bacoberito y Orobato, con sus visitas, donde había algunos indios más ladinos con la cercanía y trato de los culiacanenses, que eran de ayuda en aquella conversión.

El padre Gonzalo de Tapia, como varón alentado para empresas grandes, sin que le cansasen ni acobardasen dificultades ni trabajos, como fuesen padecidos por la gloria de Dios, se determinó dar vuelta a México para tratar así con el virrey de la Nueva España, como con nuestro padre provincial, que se diese asiento y muchos obreros, para la grande mies y bien sazónada que se mostraba en Sinaloa, y además de eso alguna ayuda de costa a los vecinos de la villa, y los que de nuevo la quisiesen poblar (cosa que había años se deseaba y no se había conseguido), y particularmente para los pocos y pobres españoles que allí habían quedado, conservando aquella villa en tiempos tan trabajosos y sucesos varios de tiempos pasados, y también alguna limosna para el sustento de los religiosos ministros del evangelio que allí trabajaban entre gentes tan pobres y en tierra tan miserable: orden que tiene dado a sus virreyes la majestad católica, con su liberalidad real, para con todos los ministros del evangelio en las Indias; pero hasta este tiempo no habían gozado de este socorro los que estaban en Sinaloa.

Todo lo dejó bien dispuesto en México el padre Tapia, y justamente alcanzó del virrey algunos ornamentos para aquellas nuevas y pobres iglesias, que se iban fundando, campanas e instrumentos músicos para celebrar las fiestas con la decencia conveniente. Cuando fue el padre, llevó consigo algunos indios naturales, para que el virrey y los padres de México viesen la muestra de aquellas nuevas y nunca vistas gentes que recibían el evangelio, y también para que ellos vieran la cristiandad de otras nuevas populosas y ricas, que adoraban por Dios al señor crucificado que les predicaban los padres, y vueltos a su tierra pudieran referir a sus naciones escondidas en Sinaloa, lo que habían visto. Medio sin duda de mucho provecho, y que les sirve de evidencias de credulidad a estas nuevas gentes.

El virrey recibió a estos pobres indios con amor agasajándolos para que recibiesen con gusto la doctrina; hízoles merced de vestidos, con que

volvieron muy consolados a su tierra. Con la brevedad posible apresuró su vuelta el padre Tapia a su querida Sinaloa, a donde le llevaba el amor y deseo de criar los hijos que había engendrado en Cristo y adquirir otros de nuevo. Estos eran los intentos santos del religiosísimo padre. Pero nuestro señor le llevaba a que derramase su sangre por su amor y por la salvación de sus prójimos, y consumase el curso de sus trabajos y triunfos, como dos capítulos adelante se verá.



## CAPITULO VI

*Habiendo llegado de México el padre Gonzalo de Tapia, suceden dos casos notables en la provincia de Sinaloa*

Llegó de vuelta de México a Sinaloa el padre Gonzalo de Tapia, donde era muy deseado de todos, por lo mucho de amor que le habían cobrado. Saliéronle a recibir treinta leguas al camino los más principales de los indios cristianos, y él los recibió con singular alegría de ver los hijos queridos, que había engendrado en la doctrina de la verdad: dióles parte de lo que había negociado tocante al bien de su provincia y asiento de las doctrinas, con que todos se alegraron. Los indios que le acompañaron, volvían regalados y acariciados y traían mucho que contar de lo que en México habían visto.

Cuando hubo llegado el padre a Sinaloa, iban tomando mejor asiento las cosas de la cristiandad. Y ayudaron a esto dos cosas notables que sucedieron por este tiempo: con que parece iba Dios avisando y apresurando los ánimos de aquellas gentes, a que recibiesen la doctrina del evangelio y se aprovechasen del remedio de su salvación, que tenían ya tan a mano. La primera fue una cruel enfermedad, que aunque de viruelas y sarampión, pero tan contagiosa y pestilencial que a montones llevaba a la muerte a los indios. Era cosa lastimosa ver las casas llenas de dolientes, sin quedar en ellas quien les socorriera con alivio, ni sustento; y ver cuerpos de hombres desollados, con llagas, despidiendo de sí pestilencial olor; y aún pasaba tan adelante el horror de la enfermedad, que sentándoseles las moscas a los descaecidos enfermos y dejando allí su semilla, criaban gusanos (como sucede en tierra caliente) y era de suerte que hervían en ellos y los echaban por la boca y narices; y decían ser la cosa más lastimosa y apretada que jamás habían visto.

Buena ocasión se les ofreció en ésta a los padres de mostrar su incansable caridad y ejercitarla con almas y cuerpos de tantos enfermos cuando los pueblos eran unos grandes hospitales de dolientes. Ciñéronse los ministros evangélicos como les mandó Cristo, para servirlo en sus pobres. A todos y en todos socorrían en esta grande necesidad y aflicción, no perdonando trabajos ni diligencia posibles: a unos con sacramentos, para asegurar la salvación; a otros con comida, para asegurar los cuerpos, y para esto andaban en continuo movimiento de noche y de día

por los pueblos, por las rancherías, milpas y sementeras donde estaban caídos los enfermos, cosechando, bautizando, oleando y ayudando a que se diese sepultura a los cuerpos muertos que apenas quedaba quien lo pudiera hacer; y decían, que por los montes se dejaban los vivos a los muertos, cansados de enterrarlos.

Como eran tan pocos los padres, fue maravilla el poder acudir a tantos necesitados y tantos ministerios. Y también fue singular favor del auxilio divino, que todos o casi todos los que murieron fue habiendo recibido los santos sacramentos y bien dispuestos para la muerte. De donde se colige, que enderezaba Dios esta enfermedad a que tantas almas consiguiesen su eterna bienaventuranza y asegurarles la salvación.

No cundió la enfermedad sólo en los pueblos circunvecinos a la villa, donde ya estaba asentada la doctrina; sino en otros de gentiles más apartados, como los de la nación de Guazave (distante diez y doce leguas de la villa y entendiendo su encomendero (que ya lo tenían) la necesidad urgente de sus pueblos, escribió al padre Juan Bautista de Velasco, rogándole que extendiese su caridad a ellos. Partió allá el padre y halló la gente en miserable estado y ejercitó con ellos los mismos oficios de caridad. Bautizó gran número de párvulos, que luego murieron: catequizó y bautizó a adultos enfermos, que también murieron, dejando buenas esperanzas de que se iban al cielo, y fueron por todas, más de trescientas almas.

El segundo suceso (con que parece que también quería Dios disponer y apresurar estas gentes a que recibiesen la ley del santo Evangelio) fue un temblor de tierra tan espantoso y desusado, que ya que no pudo hacer fuerte en edificios de cal y canto, porque no los tienen, sino humildes y de palos; pero a un cerro de peña viva que tienen los zuaques arrimado a su principal pueblo, llamado Mochicavi, lo hizo temblar de suerte que rompió y abrió, y por su boca arrojó cantidad de agua; y por ella los ciegos e ignorantes zuaques echaron cantidad de mantas, aguas marinas o cuentas y otras cosas que ellos estimaban; entendiendo con esto aplacar a quien era causa de aquellos tremendos espantos, no acabando de conocer el autor de ellos y al señor de quien todas las criaturas tiemblan.

Pero al fin, el caso hizo temblar de tal suerte el arrogante corazón de los zuaques, que les obligó a volver los ojos al cielo y reconocer que había señor allá, que los podía destruir y acabar; y tenía más poder del que ellos blasonaban en sus arcos y flechas. Y porque oyeron decir, que el padre predicaba, a este Dios, o porque (como otros dijeron) se persuadían que el padre Gonzalo de Tapia causaba estos efectos y estaba enojado con ellos, porque no trataban de bautizarse y recibir la palabra de Dios en sus tierras, fue una tropa de los principales a verle; llevaron y ofrecieron algunos frutos de la tierra, como frijoles, coalí, jilotes y otras que ellos estiman, para desenojarlo.

El padre los desengañó, predicándoles de las obras grandes de Dios y su poder y exhortándoles a que recibiesen su palabra y santo bautismo. Prometiéronlo; pero se les olvidó presto, pasado aquel aviso y espanto; como lo suelen hacer a veces los hombres nacidos en medio del cristianismo y criados a la luz del evangelio, que viéndose a las puertas de la muerte prometen montes de oro, haciendo grandes propósitos; y pasada la ocasión todo se olvida. Verdad es que años adelante les aprovechó este aviso a los zuaques, como después se dirá.

Los de la nación que propiamente se llama Sinaloa (que es muy amiga y compañera de la Zuaca) también temblaron con el desusado temblor de tierra, que les alcanzó y les movió el ir a visitar al padre Gonzalo de Tapia, con otro presente semejante al de sus amigos los zuaques; y más claramente que ellos y con más instancia le pidieron quisiese ir a sus tierras y pueblos y los bautizase, siquiera a los niños; como sabían que este bautismo se hacía con más facilidad y era con lo que se daba principio a la doctrina y de que ya tenían algunas noticias, desde el tiempo que estuvo poblada la villa, de españoles, en Carapoa.

Determinó el padre aprovechar esta ocasión, por la instancia que hacían y visitar sus pueblos, que distaban de la Villa de San Felipe y Santiago veinte leguas; y habiendo andado diez, encontró una grande cruz levantada en el camino. Consolóse mucho de ver aquel sagrado trofeo e insignia de nuestra redención y pronóstico de buenos sucesos; e informándose de quien la había levantado, vino a entender, que allí cerca había un rancho de indios que tenían noticia de nuestra santa fe y misterios cristianos: hizo buscar a algunos de ellos; llegaron unos gentiles y le dijeron que ellos habían levantado aquella cruz, porque en su compañía vivían algunos indios cristianos venidos de Culiacán, o por huir de los españoles, que a veces les usan hacer malos tratamientos o por hallar allí comodidad de tierras, para sus sementeras y viviendas. Añadieron los gentiles que estos de Culiacán les habían enseñado algo de la doctrina cristiana: y que habiendo tenido noticia que el padre había de pasar por allí, le habían preparado una ramada donde descansase.

Llegaron después los cristianos cualiacanenses y pidiéronle parase allí aquella noche, y prepararían otra ramada en que se dijese misa. Condescendió con esta piadosa petición el padre, y dijo la misa, que había años que no la oían. Bautizó algunos niños porque se lo pidieron: prometiéndoles de volver por allí despacio y de darles un padre que cuidase de ellos, como se hizo: porque esta ranchería asentó después en el pueblo llamado Cacalotlán, donde fueron doctrinados estos indios.

Pasó el padre adelante con los sinaloas, llegó a sus tierras, era mucho el gentío repartido en veinte y cuatro aldeas o rancherías; recibieronle con muchas muestras de benevolencia y alegría de que hubiese venido a sus tierras. Trajéronle algunos niños que los bautizase; hízole el padre. Predicóles, declarándoles la ceguedad en que estaban, exhortándoles a

salir de ella y que se dispusiesen a recibir la doctrina de asiento, en que estaba librada su salvación, y habiéndose enterado de la disposición de la tierra y de la mucha gente que la poblaba, prometió volverlos a ver de propósito y dio la vuelta al pueblo de Ocoroni, donde tenía su asiento.

Al cabo de algunos días cumplió el padre Tapia la palabra que les había dado a los sinaloas; pero no halló ya en ellos la buena disposición que quisiera; antes muy entretenidos y dados al vino los del primer pueblo, y muy tibios en oír la palabra de Dios: y aun entendió más, que el cacique principal trataba de matarle, el cual presto tuvo su castigo del cielo: porqué estando después en otra borrachera a que le convidaron y tocado del vino o del deminio, que hacía oficio de alguacil de la divina justicia, le incitó a dar un salto (porque se tenía por valiente) y hacer una prueba de lo alto de una peña grande que allí estaba, y la caída fue a lo profundo del infierno: porque allí quedó muerto: y pagó la culpa de haber tratado de dar muerte al que había venido a darles la vida de sus almas.

Con todo, el padre, con el fervor que ardía en su pecho de la salvación de aquellas pobres almas, ya que echó de ver que con la embriaguez, aquel pueblo no estaba en disposición de recibir y oír la palabra de Dios, pasó a los demás; los cuales le recibieron mejor y trujeron a bautizar a algunos párvulos, que junto con los que la primera vez habían bautizado, llegaron a seiscientos. Estos con la revolución de los tiempos y accidentes contrarios que luego diremos, se quedaron así diez u once años, excepto los que llevaría Dios con la gracia bautismal, que lo ordinario es, sacar su divina bondad de estos bautismos sus primicias.

El padre Gonzalo de Tapia se volvió a sus pueblos y acordándose de la palabra que había dado a los otros indios que habían levantado la cruz en el camino, cuando iba a visitar a los sinaloas, como superior que era, ordenó al padre Martín Pérez, que se encargase de ellos: hízolo con mucho gusto: visitólos y andando el tiempo los mudó a mejor puesto, donde se fundó una muy constante cristiandad. Y estos fueron los efectos de los avisos que el cielo dio a estas gentes, con la grande y pestilencial enfermedad y tremendo temblor de tierra, con que parece que los llamaba a su conversión. Pero ya se llega a otro suceso que aunque por una parte lastimero, por otra muy dichoso para el padre, que había dado principio y fundado la cristiandad de Sinaloa, pues por medio de él consiguió la gloriosa palma del martirio y regó con su sangre aquellos campos estériles.

## CAPITULO VII

### *Los indios del pueblo Deboropa dan la muerte al padre Gonzalo de Tapia, y la forma en que sucedió el caso*

Habían corrido los misterios de la doctrina evangélica en la provincia de Sinaloa con mucha felicidad y grandes progresos en los cuatro primeros años que se había dado principio a ella; y la cosecha de la conversión de los indios era muy abundante, los bautismos se multiplicaban cada día. Ibase arraigando nuestra fe y decaeciendo las costumbres gentílicas: florecían las cristianas de tal suerte, que para oír misa los nuevos cristianos venían dos y tres leguas a pie en tiempo de fríos y con la poca ropa y abrigo que tenían, sucedía llegar al salir del sol a la Iglesia; los que estaban en los pueblos entraban a rezar mañana y tarde, así los bautizados como gentiles, al catecismo, y los ya cristianos iban haciéndose capaces para aprovecharse del santo sacramento de la confesión; pero mientras más iba creciendo esta primitiva iglesia en costumbres cristianas y decaeciendo las gentílicas, tanto más crecida la rabia y sentimiento del demonio, enemigo capital del género humano, que se veía despojar de almas, que tenía tiranizadas y en pacífica posesión de tantos años: y que muchas de párvulos bautizados y otras de adultos, acabados de bautizar en ocasión de enfermedad, ya no entraban en sus cavernas infernales como solían; sino iban y pasaban al cielo.

Veía descubiertos en las pláticas de los padres los embustes y marañas, con que por medio de sus hechiceros y familiares, (que son sus instrumentos) traía engañadas y enredadas tantas gentes. Entendiendo pues, que si no atajaba el curso, que llevaba el evangelio, presto se vería despojado de todas cuantas había en Sinaloa: ya que el que principalmente le hacía la guerra, como capitán de la conquista, era el padre Gonzalo de Tapia, asestó todos sus tiros a él; pareciéndole, que él muerto, desmayarían los soldados que le acompañaban; asolaría las iglesias y altares dedicadas al verdadero Dios; derribaría cruces y levantarían cabeza las embriagueces, bailes bárbaros y hechirías, con que traía entretenidas a estas gentes, mientras no se las llevaba al infierno.

Para poner en ejecución este su diabólico intento, escogió un famoso hechicero y por medio de él se valió de ardid y maña semejante a la que cuenta San Lucas en el libro de los actos y Misiones Apostólicas, con que



pretendió desterrar de la provincia de Macedonia al apóstol San Pablo y sus compañeros: porque viendo que en esa provincia los fieles *confirmantur fide, et abundabant numero quotidie*. Que se multiplicaban en número y cada día se confirmaban más en la fe. Llegando San Pablo y su compañero Timoteo a la ciudad de Filipus, movió y alteró el ánimo de los amos de una pitonisa endemoniada, por medio de la cual adquirían sus malditas ganancias, a que saliesen clamando al pueblo: *hi homines conturbant civitatem nostram, et annunciant nomen, quod non licet nobis suscipere nec facere, cum simus Romani*.

Puntualmente sucedió el caso, para arrancar de tierra de Sinaloa y quitar la vida al padre Gonzalo de Tapia. Porque en un pueblo llamado Deboropa, distante como media legua de la villa de San Felipe y Santiago, había un indio viejo endiablado, llamado Nacabeba, que quiere decir: herido o señalado en la oreja, de golpe que había recibido en ella; con que parece ya el dèmonio le había echado su marca y cerrándole los oídos, para que no oyese la palabra de Dios; porque nunca con los demás entraba en la iglesia, quedándose siempre al tiempo de doctrina en su sementera. Aquí se celebran sus borracheras y juntas de sus compañeros y cómplices de sus vicios.

Las pláticas de estos pitones eran muy semejantes a las voces de los amos de la otra pitonisa: estos padres que han venido a nuestra tierra (decía) es gente que no conocemos; cada día van bautizando más gente: los bautizados e iglesias se multiplican y todo es entrar a rezar en ellas. Introducen y enseñan costumbres que no conocimos nosotros, ni nuestros abuelos. Ya no permiten que los que se bautizan tengan más que una sola mujer: nuestros entretenimientos y gustos se van acabando. Acabemos nosotros con este padre Tapia, que guía a los demás y quedaremos en paz.

Entendió el padre el mal oficio que hacía Nacabeba y el grande tropiezo y escándalo que era para la cristiandad. Procuró primero con suavidad y blandura (en que era el padre muy señalado) reducir a este indio y persuadirle a que oyese la palabra de Dios y mudase de costumbres, con que traía escandalizados a sus naturales. Duraron casi un año estas amonestaciones amorosas y de padre; pero sin provecho. Por atajar, pues, el grave escándalo de aquel indio en la comarca y particularmente entre los nuevos cristianos, dio cuenta de lo que pasaba al alcalde mayor de la villa, que también hacía oficio de capitán, llamado Miguel Maldonado, pidiéndole pusiese de su parte otro más eficaz remedio que el que él había tomado, para atajar los daños que se seguían de las pláticas del endurecido indio. El alcalde mayor, entendido el caso, envió por él y

habiendo averiguado sus delitos, y cuan culpado estaba, lo mandó azotar. No sirvió de enmienda este castigo; antes más obstinado y poseído del demonio, acabó de determinarse a dar la muerte al padre Gonzalo de Tapia; pareciéndole sería el que había dado aviso al alcalde mayor de sus delitos.

Comenzó a convocar cómplices para la ejecución de su maldad: aunque por más diligencias que hizo, no pudo ganar tantas voluntades cuantas deseaba; ni aún se atrevió a comunicar con todos su resolución. Porque muchos amaban al padre Tapia como a padre, y estaban firmes en la doctrina que les había enseñado. Sólo pudo juntar nueve indios: dos de ellos hijos suyos y otro, yerno, con su hermano y otros tres parientes. Todos éstos tomaron sus armas y concertándose de acometerle a prima noche, por hallarlo más solo: a esa hora llegaron a la casita del padre, que era una choza de paja: en ella le hallaron rezando el rosario de la Santísima Virgen.

El Nacabeba entró como que iba a besarle la mano: y como traidor, comenzó a trabar platica con él: luego llegaron otros dos cómplices y con una macana, que es arma a modo de porra, el ástil corto y la cabeza de palo durísimo, tiró a la cabeza del padre un fuerte golpe y se la rompió por una sién; pero no de suerte que luego cayese; antes viéndose herido, se levantó y salió hacia la iglesia que estaba cerca: arrodillose delante de una cruz que estaba en el cementerio, como quien deseaba morir como su señor crucificado. Cargaron tras de él, Nacabeba sus consortes, y añadiendo otros golpes de hachas y palos cortos, allí le acabaron de quitar la vida, y no contenta la crueldad y rabia de estas fieras con verlo muerto, le cortaron la cabeza y el brazo izquierdo, y desnudándole de sus pobres vestiduras, dejaron el cuerpo, tronco y pecho, abajo de aquel suelo: y relamiéndose en la sangre del cordero inocente, que habían despedazado tales lobos, se llevaron la cabeza y brazo para celebrar con él sus bárbaros triunfos.

El brazo, se supo que lo pusieron sobre brasas para asado comérselo: pero no permitió nuestro señor que aquella carne de su santo siervo se convirtiese en la de aquellos endemoniados. Porque puesto a asar en barbacoa (invención de que ya dijimos que usan para asar la carne del animal que matan) con todo, usando de este artificio aquellos bárbaros por tres veces, para comerse el brazo asado, siempre salía tan fresco como lo habían puesto. Y ya que por aquí no pudieron hartar su hambre, desollaron el brazo e hinchiendo de paja su pellejo con él y las puntas de los dedos y mano con que decía misa, y vestidos de los ornamentos sacerdotales, y bebiendo vino en el casco de la santa cabeza, celebraban con gran fiesta los matadores y sus aliados el triunfo que les parecía que habían alcanzado, acompañándolo con bailes, borracheras y supersticiones. Bien claro testimonio del motivo que tuvieron el demonio y sus ministros para quitar la vida a tan santo varón.



## CAPITULO VIII

*Sábese la muerte del padre en la villa; búscase el cuerpo, hállase con singular postura y dásele sepultura*

Al tiempo que los indios dieron la muerte al venerable padre Gonzalo de Tapia, acertaron a hallarse allí fuera dos muchachos que servían en la iglesia, y tuvieron comodidad de esconderse en unos matorrales allí cerca, huyendo de la furia de aquellos bárbaros; que hasta un perrito que el padre tenía, lo flecharon, con ser animal que ellos querían mucho y tal vez recibiesen por paga de su trabajo y jornal. Estos muchachos, luego al amanecer corrieron luego a la villa, a dar nueva de la muerte del padre, y de lo que en ella había pasado. Nueva fue ésta de grande sentimiento y muy triste para todos.

El alcalde de mayor y capitán Miguel Ortiz, convocó a los pocos vecinos de la villa y dio orden que tres de ellos tomasen sus armas y caballos y fuesen al pueblo de Deboropa y reconociesen el estado de la gente, buscasen el cuerpo del padre, dándoles una manta limpia en que lo recogiesen y trajesen. Fueron, y llegando a la plaza del pueblo donde estaba la iglesia no hallaron gente. Vieron el cuerpo tronco, y tendido delante de la cruz; y repararon en una maravillosa postura del brazo derecho que le habían dejado los matadores. Porque habiendo dejado el cuerpo tronco boca abajo (digo el pecho sobre la tierra) así como estaba tenía el brazo derecho levantado en lo alto sobre el codo y hecha la señal de la cruz con los dedos índice y pulgar, teniendo los demás muy compuestos; acción de brazo y mano, que aunque muerta levantaba el estandarte de la santa cruz.

Acción y postura en que no parece podemos negar obra maravillosa, o claro milagro. Porque esta señal de la cruz se hizo en uno de tres tiempos: o levantando el bendito padre su brazo antes de su muerte, o al tiempo de ella y al cortarle la cabeza, o después de muerto: y no hubo otro tiempo en que pudiese hacer esta señal. Si se hizo antes de que le cortaran la cabeza, ¿cómo no se deshizo con el movimiento natural del cuerpo, cuando de él se cortaba la cabeza? pues se sabe los movimientos que hace un cuerpo en una muerte violenta. Y si la señal de la cruz y brazo levantado, se hizo al mismo tiempo que le cortaron la cabeza, ¿cómo cuando cayó el cuerpo desanimado, no cayó el brazo, faltándole el alma y

vida, que era la que le había de sustentar en aquella postura, que era violenta a un brazo pesado y todavía flexible por el calor que quedaba? ¿Cómo no se cayó y tendió en la tierra, ni los dedos de la mano aflojaron en forma la cruz? Y finalmente si esa señal se formó después de muerto, ya allí fuera más claro el milagro, pues un cuerpo muerto no es señor de mandar sus miembros. De todo lo cual inferimos, que el que los movió y sustentaba el brazo del venerable padre, era Dios que como movió la voz de la cabeza y lengua de su apóstol San Pablo, después de cortada, para que nombrase tres veces el santísimo nombre de *Jesús*, que había predicado: dando a entender que después de Pablo muerto, se proseguiría en el mundo la predicación del glorioso nombre que el sagrado apóstol había celebrado.

A ese modo quizo Dios glorificar y no dejar cortar a aquellos infieles el brazo del ministro evangélico; ni la mano y dedos con que enseñaba a aquellas gentes a persignarse y reverenciar la santa cruz que quedando levantada y formada, era insignia de su victoria y triunfo contra los enemigos de la fe. Y pronosticando que aunque la pretensión del demonio y su cuadrilla, era desterrar de Sinaloa la predicación de la santa cruz del que murió en ella y tapar las bocas de los que rezaban la doctrina cristiana; pero finalmente, no saldrían con su intento, sino quedaría triunfante la cruz de Cristo y su Evangelio en la provincia de Sinaloa, como por la misericordia de Dios ha quedado. Porque aunque por entonces se retardó algo, por el adverso suceso y persecución de aquella primitiva Iglesia, pero pasado este tiempo, fructificó la tierra regada con la sangre de este apostólico varón, que tanto deseaba la dilatación de la gloria de Cristo en Sinaloa. Donde se fueron fundando nuevas cristiandades, y poblado nuevas iglesias, como después veremos.

Los soldados, con grande ternura de haber perdido tal padre, y con gran devoción, de ver aquel cuerpo muerto, como estaba enarbolando el estandarte de la santa cruz; se pusieron a dar muchas gracias a Dios (así lo dejó escrito de su mano el caudillo de los soldados que fueron por él). Al tiempo que revolvieron el cuerpo, hallaron con él un relicario, con reliquias, todo ensangrentado; y fue mucho no llevárselo aquellos bárbaros; y parece que aquellas reliquias atraían y admitían a su compañía las de la sangre del que la acababa de derramar por Cristo.

El cuerpo estaba de arriba abajo acardenalado lleno de verdugones ensangrentado de los crueles golpes que había recibido. Hallaron más dos palos cortos, con que parece le acabaron de matar, porque estaban ensangrentados. Entendióse más, que habían pretendido también aquellos bárbaros cortarle el brazo derecho, por las señales de los golpes que en él aparecieron; pero no lo permitió Dios, en reverencia de su santa cruz y por muestra de que por ella había muerto, el que así la tenía enarbolada y ensalzó en su muerte. Y bien se puede creer de la fiereza de tales gentes que no le perdonaron la mano derecha, al que con ella les

enseñaba a persignarse en la iglesia, que era lo que los ministros de Satanás tanto aborrecían. Y para que se confirmase más ser éste el motivo que incitó a aquellos ánimos endemoniados, a dar la muerte al ministro de Cristo y no otro interés alguno: a la pobre ropa de su camilla no echaron mano; aunque cualquiera cosa de este género y una pobre frazada estiman en mucho.

Al ornamento santo con que decía misa, y cáliz sagrado no perdonaron porque sentía el demonio la guerra que el santo sacerdote le hacía en el altar.

Finalmente envolviendo los tres soldados el cuerpo en la manta que llevaban y con ayuda de algunos criados que fueron con ellos, lo llevaron a la villa donde fue enterrado con sentimiento y lágrimas de todos, en la pobre iglesia que allí había. Su dichosa muerte fue a once de julio del año del señor de mil quinientos y noventa y cuatro. Los indios del pueblo Deboropa donde fue muerto (aunque no todos eran cómplices del delito) pero por temor de haber sucedido en su pueblo el caso, luego se alzaron y huyeron al monte, como los demás pueblos cercanos a la villa: temiendo también que los españoles los tuviesen a ellos cómplices de esta maldad, se retiraron y escondieron en arcabucos y montes.

El alcalde mayor, recelando el peligro en que quedaban los otros dos padres Martín Pérez y Juan Bautista de Velasco, que al tiempo de la muerte del padre estaban en pueblos de sus partidos algo distantes, les dio aviso para que se recogiesen a la villa, hasta que pasase aquella tempestad y se conociese el estado de las cosas; y quiso Dios llegasen antes del entierro de su santo superior, porque se guardó para otro día. También puso el capitán, vela de día y de noche, de los pocos soldados que tenía en la villa; y despachó a dar nueva del caso a su hermana la villa de Culiacán, pidiendo socorro para lo que se ofreciese.

En este ínterin los indios del pueblo de Ococoni que había bautizado y doctrinado el padre Tapia, sabiendo la muerte de su padre y que los delincuentes se habían alzado, tomaron las armas para vengarla; siguieron el alcance y no dándole a los verdaderos matadores, de otros que encontraron de pueblos que doctrinaba el padre, aunque no culpados, con su poco discurso mataron dos. La villa de Culiacán fue muy puntual en enviar socorro a sus amigos de Sinaloa. Juntaron veinte hombres armados y por caudillo de ellos a Alonso de Ochoa de Galarraga, persona muy principal de aquella villa. Llegaron con brevedad a la de Sinaloa y juntándose con el alcalde mayor, salieron a ver si descubrían a los delincuentes.

No pudieron darles alcance; y por otra parte, por amparar la villa que quedaba sola, se volvieron a ella y los que habían venido de Culiacán a sus casas.

La vida y heroicas virtudes de tan señalado varón, como fue el venerable padre Gonzalo de Tapia, cuyo martirio acabamos de referir, se escribirá al fin de este segundo libro, en conformidad de lo que prometí en el prólogo.

## CAPITULO IX

*Cómo llegaron en este tiempo a Culiacán otros dos padres, y el empleo que tuvieron en esta provincia, de paso para la de Sinaloa*

Al tiempo que Dios Nuestro Señor sacaba de Sinaloa para el cielo a su fervoroso y evangélico ministro padre Tapia, como pródigo y divino dueño de la viña que pintaba en esa provincia, traía ya conducidos otros dos operarios que trabajasen en ella, enviados de México a instancia del que ya era muerto, y antes que muriera tenía escrito a nuestro padre provincial le enviase ayuda de obreros, para la grande conversión que se ofrecía en la dicha provincia. Estos fueron el padre Fernando de Santarén, que años después derramó también su sangre por la predicación de nuestra santa fe, a manos de los impíos apóstatas tepeguanes (como en su lugar se dirá). Otro fue el padre Pedro Méndez, que sucedió en el puesto y doctrina que administraba el apostólico padre Tapia y lo llevó adelante y fue grande columna de las Misiones de Sinaloa.

Cuando estos padres llegaron a Culiacán, los vecinos de aquella villa, muy lastimados con las nuevas que les habían llegado de la muerte del que era capitán de la empresa de aquella nueva cristiandad, y conociendo la inquietud y peligro en que quedaba aquella provincia, hicieron diligencia para detener a los padres, sin que pasasen adelante, persuadiéndoles a que aguardasen a que se sosegase aquella tempestad y borrasca y mejorasen los tiempos.

Pero en el ánimo de los dos fervorosos misioneros peleaba por una parte el deseo y celo santo que traían de ayudar a la salvación de las naciones sinaloenses, para que Dios los había escogido, y morir (si fuese menester), en esta demanda con sus hermanos que quedaban en Sinaloa; y por otra parte, la instancia grande que les hacía los de la villa de San Miguel para que se detuviesen, y quizá movidos por el Santo Arcángel, como en otra ocasión lo hizo en ayuda del pueblo de Dios, para que saliese de cautiverio y fuese a celebrar sus fiestas al templo de Jerusalén: pues la detención de los padres por entonces, fue para el feliz fruto y suceso que se siguió de ella.

Porque venciendo finalmente la instancia de los de la villa de San Miguel, se detuvieron y bajaron a los pueblos de su valle, que eran treinta, donde hallaron bastante cosecha en que emplearse, los cuales aunque eran de cristianos, pero no antiguos en la fe por haber pocos años



que la habían recibido, y estaban muy necesitados de doctrina y sacramentos, y tan hambrientos de ese divino sustento, que los pueblos enteros se iban tras de los padres para que les repartiessen el que es pan de vida. Fueron tan abundantes los frutos que de este valle cogieron, que no quedó en todo él hombre, ni mujer, ni persona que tuviese uso de razón, que no quedase bien instruida en la fe y recibido el sacramento santo de la confesión.

Para doctrinar esta gente se hubieron de valer los padres de la lengua mexicana, que aunque no propia de la tierra, la sabían y entendían algunos de estos indios. Y añadieron a esto, que en mes y medio que gastaron en esta misión, pusieron gran diligencia para aprender algo de lo más necesario para sus ministerios en la lengua tave, que es la propia de estos indios. A que ayudó casi milagrosamente el auxilio divino. Porque uno de los dos padres se halló casi de repente con suficiencia para poder hacer algunas confesiones en esa lengua, e instruir en ella a sus penitentes. Y lo que fue aún de más estima, que era tal el fervor de los que no sabían la lengua mexicana, que acudían a los que la entendían, para que les dijesen y enseñasen lo que se había predicado en los sermones y pláticas; y otros, de su voluntad traían intérpretes para confesarse, lo cual nunca habían hecho en su vida. Y los que no se hallaban presentes, cuando los padres visitaban sus pueblos, iban después a buscarlos donde estaban para confesarse, y lo hacían algunos, dos y tres veces, y sucedía andar leguas por reconciliarse de cosas muy menudas.

Al entrar los padres en los pueblos salía toda la gente a recibirlos, chicos y grandes, con cruz levantada y cantando las oraciones, y con este acompañamiento entraban en la iglesia donde se les hacían pláticas, declarándoles el intento y deseo con que iban de ayudar a sus almas, y disponiéndolos para el jubileo que tienen concedido los sumos pontífices a los de la Compañía de Jesús, para tiempo de sus misiones.

Los indios recibían con tan grande afecto y estimación esta embajada del cielo, que se iban tras de los padres de unos pueblos a otros. Y hubo algunos que los siguieron todo el tiempo que estuvieron en el valle, de lo cual quedaron consoladísimos; y se hechó de ver que había sido consejo y disposición del cielo y negociación de los ángeles de la provincia de Culiacán y de su patrón San Miguel, el haberse quedado en ella sin pasar luego a la provincia de Sinaloa; de donde al fin de este tiempo llegaron dos vecinos españoles, para acompañarles en su viaje y guiarlos con seguridad.

Llegaron a su deseada provincia donde fueron recibidos con singular consuelo de sus hermanos y padres que allá estaban, que se alegraron mucho con el nuevo socorro que les llegaba de compañeros, para proseguir en la empresa comenzada. Preparándose luego los nuevos misioneros, aplicándose a aprender las lenguas en que habían de predicar la doctrina evangélica, no acobardados con la muerte del que pocos días antes había dado por ella la vida.

## CAPITULO X

*Del estado en que se hallaba la cristiandad y doctrinas de Sinaloa, después de la muerte del venerable padre Gonzalo de Tapia*

Bien pensó, o por mejor decir, mal pensó el demonio, que habiendo trazado la muerte del que había fundado la misión de Sinaloa y quitado de la tierra al que había echado los fundamentos a aquella extendida cristiandad, que tenía ya conseguida la victoria. Pero salieron muy al revés sus pensamientos, como le sucedió cuando derramaba la sangre de los mártires, que con ella siempre se fertilizaron más los campos de la Iglesia y se multiplicaba con nuevos aumentos la cosecha evangélica. Y en Sinaloa luego que pasó aquella tempestad y la inquietud de algunos pueblos, el padre Martín Pérez, cofundador de la misión de Sinaloa, con los padres que habían quedado, no perdiendo el ánimo, antes con nuevos alientos se ciñeron para trabajar de nuevo en la obra que Dios les había encomendado, saliendo como pastores vigilantes a recoger las ovejas descarriadas.

Y aunque el tiempo era lluvioso y desacomodado, anduvieron algunos días buscando por montes y arcabucos a los que se habían retirado con el temor, así cristianos como gentiles: los primeros que toparon dieron a huir, y fue menester a toda prisa alcanzarlos, como se cuenta que lo hizo San Juan Evangelista con el otro mancebo que había bautizado y engendrado en Cristo, y se le había huido y entrado a compañía de salteadores. Alcanzó el padre Martín Pérez a los que huían y los sosegó y quitó el miedo, asegurandoles que no les buscaban para venganza, sino para ampararlos porque los amaba como a hijos. Estos se redujeron y fueron llamando a otros, y poco a poco se fue recogiendo a los pueblos más cercanos a la villa buen número de gente. Eran pocos los que no acababan de vencer el miedo de los españoles, diciendo (aunque no sé si con verdad) que otras veces no les habían guardado la palabra que en ocasiones les habían dado. Pero con toda, la diligencia y perseverancia de los padres, venció las dificultades que ponía los indios, y aquellos puestos se volvieron a poblar.

Los pueblos de Ocoroni, que eran propia doctrina del venerable padre Tapia, vinieron a ver a los padres con grandes muestras de sentimiento de lo sucedido. Y yendo después un padre a visitarlos a su pueblo, los halló

celebrando con su corta capacidad un baile con cabelleras de indios que habían muerto, entendiendo eran de los cómplices en la muerte del padre Tapia. Hallándolos el padre aquí en tales ejercicios, los amenazó con que no los vería ni iría más a su pueblo si no dejaban aquellas costumbres bárbaras y vivían como cristianos. Recibieron bien el aviso, y mostraron arrepentimiento prometiendo la enmienda.

De más edificación fue lo que hizo otro indio cristiano y cacique principal, que por haber muerto los de su parcialidad en este tiempo de turbaciones algunos otros indios, con ocasión que tuvieron o sin ella, se vino con la gente de su casa a vivir entre los cristianos de la villa, diciendo quería más andar solo y desterrado de sus vasallos, que poner a riesgo su fe y faltar a las obligaciones de cristiano.

Los pueblos que lo eran y vecinos a la villa, volvieron con nuevos fervores a sus ejercicios cristianos: y era muy de ver los días de fiesta entrar en la villa por dos partes, los del río abajo y río arriba, con sus cruces altas adornadas de plumas, y ellos con guirnaldas de flores en las cabezas cantando las oraciones con mucha compostura, hasta entrar en la iglesia. En ella oían misa y la doctrina cristiana; y acabado con este ejercicio cristiano se volvían a sus pueblos, y algunos de los gentiles a su pretensión del santo bautismo, con que las cosas de la cristiandad iban tomando mejor estado y levantando cabeza. Y nuestro señor, en varias ocasiones por este tiempo, mostraba que entre estas gentes tenía muchos predestinados, que iba entresacando para el cielo. Y de varios casos de edificación en esta materia entresacaré yo aquí algunos.

De los que se habían revelado al tiempo de la muerte del padre Tapia había una india cristiana de mucha edad; y aunque en estas tales no suelen tan fácilmente entrar la fe, con todo a ésta se le había pegado mucho de la doctrina del bendito padre Tapia, y procurado tener su casa cerca de la iglesia, oía cada día misa cuando la había en su pueblo, aunque estuviese enferma.

En las confesiones que hacía era menester buscar materia de absolución. Criaba a sus hijos con la enseñanza de la doctrina que ella había aprendido; y en el levantamiento general se quedó en su pueblo con su marido y casa, sin poderla rendir los alzados a que se fuese con ellos, cayó enferma, y llegó a lo último: y en esta ocasión dos indias viejas gentiles llegaron a embijarla, o pintarle el rostro y cuerpo (como supersticiosamente usan los gentiles en aquella hora); resistió con grande entereza la enfermedad, y vuelta a otras parientas cristianas que allí estaban, les rogó que si acaso ella perdiese el sentido, no consintiesen se hiciese cosa que fuese ajena de la fe que profesaban; porque no era tal su voluntad; que ella creía en un solo Dios verdadero con todo su corazón, y sentía en su alma que había presto de ver a Dios. Y luego volviéndose a su marido le encargó mucho no se olvidase de la doctrina y enseñanza que había oído al padre Tapia; pidiéndole juntamente, que si muerta ella se

quisiese casar, fuese con una mujer cristiana que guardase la ley de Dios. Y vuelta a otra india compañera suya le dijo con su llano estilo: María, este día me veréis y después de él no me veréis más: yo me voy con Dios y a ver a Dios, ¿no dicen, que los que creen en Dios van a verle? Yo creo en él con todo mi corazón. Repetía con singular devoción: señor, ¿cuándo os veré? Y diciendo esto con gran ternura y lágrimas de los que presentes estaban, y hechas dos cruces con los dedos de entrambas manos a imitación del bendito padre Tapia, a quien ella mucho amaba, las besaba muchas veces, y repitiendo el dulcísimo nombre de Jesús, expiró con grande paz y quietud.

Alma que mostraba tan viva fe, aunque criada en medio de esta gentilidad, bien se puede y debe creer que fue a gozar de la vista de Dios como ella con tanta confianza lo deseaba y decía. Que bien sabe Dios, y no le es nuevo, sacar de entre las espinas de estos montes rosas para el cielo.

Semejante en algo es el caso que se sigue aunque con particular circunstancia. Este fue, que supo un padre que en una ranchería estaba un indio viejo, tan al cabo de la vida, que tenía los deudos aparejada la leña para quemar su cuerpo muerto (costumbre que usaban algunas veces con sus difuntos, en particular cuando morían en el campo y fuera de sus pueblos). Súpolo el padre; fue a visitarlo y llegó a tiempo que le pareció no le quedaba una hora de vida. Apresuró con el catecismo y bautizóle y púsole en la mano una cruz del rosario; bésabala muchas veces el indio con particular devoción sin soltarla; poníala sobre sus ojos y dando muestras de dolor de los pecados de su vida, expiró: dejando muchas prendas de su salvación, alcanzada en tan breve espacio, de alma que una hora antes estaba en las tinieblas de la gentilidad. Las indias que antes querían encender hoguera para quemarlo, poniéndole en las manos una cruz, le enterraron como cristiano. Obraba al fin en este tiempo la fe, por más diligencias que había hecho el demonio por apagarla.

Algunos indios de los que se habían bautizado en tiempo de las primeras entradas que habían hecho los españoles venían a confersarse de veinte o más años que no lo habían hecho con las turbaciones de los tiempos; y llegaba el fervor a tanto, que dos indios cristianos de un pueblo cercano a la villa, que habían desbaratádose en pecados, con que habían escandalizado a los demás; ellos de su propio motivo o por mejor decir, del de la gracia de Cristo, entraron en la iglesia hincados de rodillas delante del pueblo, pidieron perdón y tomaron una disciplina pública, haciendo penitencia de su pecado. Y no sé si diga que fue esto de mayor reparo, que si personas de mayor estado la hicieran. Así lo juzgará el que tuviera noticia de la altivez de estas gentes, criadas en su libertad bárbara y fiera, sin reconocer sujeción a Dios ni a los hombres.

Aunque los padres vivían con consuelo de frutos tan prósperos de sus trabajos; por otra parte no les faltaba algunos rebatos de guerra que los

ejercitasen e inquietasen. Pero en ellos también reconocían el favor de la cuidadosa providencia divina en prevenirles y ampararles. Un indio muy belicoso y feroz andaba dando traza cómo matar a uno de los padres: que aun en las repúblicas más concertadas sucede hacerse justicia de un malo o salteador y a pocas semanas es menester hacer justicia de otro. Pero estorbó Dios el intento del segundo: porque entendiéndole otros buenos indios del partido de Ocoroni, partieron a media noche a donde estaba el padre, el cual viéndoles a deshora, les preguntó a qué venían; respondiéndole que habían entendido la perversa intención de aquel fiero indio y que venían a defenderlo en aquel peligro y a morir con él si fuera menester. Pero no lo fue, porque echó de ver el que quería acometer que era sentido, con que desistió de su dañado intento y el padre quedó libre.

## CAPITULO XI

*Piden los de la villa de Sinaloa al virrey de Nueva España y gobernador de la Vizcaya, se les envíe algún socorro de gente para la conservación de aquella provincia: pónese presidio de soldados y cuéntase un caso singular de un ídolo*

Aunque por una parte corrían con prosperidad las cosas de la cristiandad en la provincia de Sinaloa y volvía la paz y serenidad; pero todavía en algunas partes duraba la tempestad de la inquietud pasada y reliquias de ella. Porque los indios delincuentes, como aliados suyos, andaban inquietos y aún se atrevían a dar asaltos a la villa y pretendían abrasarla. Y cuando no podía hacer fuerte en los vecinos de ella, porque estaban muy en vela, la hacían en los caballos y bestias que topaban, flechándolos, cortándoles los crines y colas por befa; y por escarnio las colgaban de los árboles, y con otras insolencias inquietaban a los bautizados cercanos a la villa; con que ni ella tenía seguridad, ni los pueblos cristianos, ni los padres que los administraban. Esto obligó a los pocos españoles de la villa a dar parte y noticia del estado de la provincia al virrey, conde de Monterrey; y a Rodrigo del Río y Losa, gobernador de la Nueva Vizcaya, suplicándoles se sirvieran de enviar algún socorro de gente española que poblase, o presidio de algunos soldados con que se asegurase a que esta provincia, y se reprimiese el orgullo de los que la alborotaban, e impedían el poder pasar adelante en ella la predicación del evangelio. Obra muy encargada por nuestros reyes católicos a sus virreyes y gobernadores, desde que los vicarios de Cristo les dieron el patronazgo y amparo del Nuevo Mundo.

En prueba de esta verdad pondré aquí lo que la majestad del invictísimo emperador Carlos V, de gloriosa memoria, escribió en instrucciones despachadas a los gobernadores de estos nuevos descubrimientos, citadas de don Juan de Solórzano, del Consejo de su majestad; y dice así el religiosísimo Emperador:

Si los indios maliciosamente pusiesen impedimento, o dilación en admitir las personas que les van a tratar de la enseñanza de la fe o en estorbar que estén entre ellos y no se pase adelante con la predicación e instrucción de buenos usos y costumbres, o que no se reduzcan o conviertan los que de los suyos o de los vecinos buenamente lo quisieren hacer, o si se armaren o si vinieren de guerra a matar, robar, o hacer otros daños a los dichos descubri-

dores o predicadores. En tales casos se les pueda hacer guerra con la moderación que conviene, y consultando primero la justificación y forma de ella con los religiosos o clérigos que se hallaren presentes, o con las reales audiencias, si hubiere comodidad para ello y haciendo los demás autos, protestaciones y requerimientos que se entendiere convenir.

Hasta aquí la orden imperial, que a la letra habla en nuestro caso, como si lo tuviera presente. Conociendo pues el virrey la necesidad tan precisa que había de poner alguna fuerza de soldados en Sinaloa para resistir a los inquietos y perturbadores de la paz, dio orden al gobernador de la Nueva Vizcaya para que despachase algún número de ellos, que ayudasen a los vecinos de la villa a defenderla y castigar los culpados y delincuentes.

El gobernador despachó veinte y cuatro soldados pagados, que llevó un muy honrado vecino de Guadiana, con título de teniente general, llamado Alonso Díaz. Muy pocos soldados y fuerza parecerá esta que aquí se dice para una provincia de tantas naciones; pero yo responderé en el capítulo siguiente a esta objeción y otras acerca de esta materia. Ahora digo que llegó el teniente a Sinaloa por los años de 1596, y la halló en el estado en que acabamos de escribir: y los pocos vecinos de la villa se alentaron con el nuevo socorro que se les enviaba y trataron luego de asentar paz con algunos pueblos comarcanos, que todavía andaban inquietos, como fueron los de Nío y Vacayoe, que distan de ella cinco leguas, en que había como quinientas familias y tres leguas más abajo los pueblos de la nación Vacave, que poblaban hasta la mar y boca del río: y por la costa adelante, que era mucha su gente, y tenía detrás a cuatro mil indios de arco y flecha.

Y habiendo ya más fuerzas en la provincia para reprimir inquietos y perturbadores, entraron de nuevo los padres a estas naciones, a pacificarlas y dar asiento a su doctrina: porque aunque antes la habían visitado alguna vez y bautizado algunos en ocasión de enfermedad (como arriba se dijo), pero no había dado lugar el tiempo a tomar de propósito su doctrina, como lo hicieron al presente, determinando levantar iglesias; aunque de prestado y de paja.

El cacique del pueblo de Nío se bautizó y casó al rito cristiano y parece que estos divinos sacramentos le infundían particular fervor y celo de ayudar a los padres y traer a su gente a la religión cristiana. Buscaba sus indios, los acariciaba y ayudaba a su doctrina, según su capacidad.

También en la nación guazave se comenzó a entablar la doctrina, con ayuda de una india cristiana y ladina, que había sido años antes esclava de españoles en la villa de Culiacán, la que tomó con tanto fervor enseñar la doctrina cristiana a su gente, que les hacía acudir dos veces al día a la iglesia a este ejercicio: y aún de noche se juntaban de su voluntad a cantarla, al tiempo que se solían antes ocupar en sus supersticiosos bailes.

Pero con todo, estas poblaciones con otras que caían en río arriba, no estaban del todo quietas, aunque había en ellas los cristianos que antes

se habían bautizado. Entraba el teniente con sus soldados a visitarles y acabar de sentar la paz y salíanle varios los sucesos, por la inestabilidad de naciones nuevas, gobernadas o por mejor decir, desgovernadas de sus muchas cabezas y no acostumbradas a gobernarse por una.

Las guazaves, con ocasión de ausencia que hizo el padre que los doctrinaba, para visitar otros pueblos, soltaron las riendas a las embriagueces antiguas; y no perdiendo ocasión el demonio de recuperar la presa que le quitaron, alborotó a esta gente y la enfureció de manera, que a la buena india cristiana que les enseñaba la doctrina y camino de su salvación, inhumanamente le dieron la muerte. Inquietos ya con este suceso, los guazaves juntamente con los marítimos sus aliados se hicieron al monte.

Quiso el padre, cuando lo supo, ir solo a reducirlos; pero no permitió el capitán que se expusiese a tan evidente peligro: y así le acompañó con dieciocho soldados españoles. Sosegose en parte esta borrasca, volviendo muchos de los indios a hacer asiento a su pueblo. Y no obstante que no fue ésta la última inquietud de estas naciones con todas estas pérdidas y ganacias iba Dios entresacando sus escogidos y predestinados de entre perdidos y precitos: y últimamente se asentó en ellas la paz y una muy buena cristiandad.

No pasaré en silencio aquí un caso particular que sucedió estos días y manifiesta la rabia del demonio contra la doctrina de Cristo. El caso fue, que el padre que había comenzado a doctrinar los guazaves, volvía en compañía de algunos españoles para la villa; y reparó que un indio que caminaba delante, dejando el camino, se entró por una senda del monte: siguióle el padre y vio que iba a parar a una piedra a modo de pirámide, con ciertas figuras, aunque toscas, esculpidas en ella, y que les estaba haciendo algunas demostraciones de reverencia. Mandóle el padre que derribase aquella piedra, que ni tenía sentido ni le podía ayudar en nada, declarándole el engaño de aquella idolatría o superstición. El indio respondió que no se atrevía a tocarla por no morir al punto. El padre, con los españoles que le acompañaban echaron mano a la piedra, y aunque pesada, que era de más de vara de largo, la llevaron a la plaza de la villa, donde ultrajándola la arrastraron y pisaron para desengañar al indio del temor que había mostrado de tocarla. Algunos indios de los que se hallaron presentes hicieron grandes extremos de despecho por el caso, pronosticando en castigo de este desacato a su piedra, enfermedades y muertes; y en particular, que aquella noche verían una tempestad y huracán de vientos, que derribaría las casas e iglesia, pues habían derribado al que a ellos les daba los buenos temporales y prósperos sucesos en la guerra. Y añadieron después, que el demonio les daba algunas respuestas en aquella piedra, y que confiados en su ayuda tal vez la habían llevado consigo una y dos jornadas, en ocasiones de malos temporales y guerras.



El padre se vio obligado a recoger a toda la gente del pueblo a la iglesia para desengañarlos de aquellas supersticiones gentílicas, con la doctrina de un solo y verdadero Dios y otras verdades de la fe, que parecieron convenientes en tal ocasión. Pero fue cosa muy de reparar, que permitió nuestro señor que saliendo de esta plática y de la iglesia la gente, se levantó de repente un viento furioso, con tantos remolinos y polvareda, que ofendía mucho con su furia, maltratando las casas de suerte que parecía las quería arrancar y llevar por el aire; cosa que turbó mucho a gente tan nueva en la fe. Que si tuviera más luz y capacidad, pudiera sacar de aquí, que el demonio daba con esto muestra de la furia que llevaba de verse hollar en aquella piedra y desterrar y lanzar de ella y de la provincia de Sinaloa, con la doctrina que acababa de predicar el padre, deshaciendo estos enredos: al modo que cuando eran lanzados de los cuerpos endemoniados, salían furiosos y aun los solían dejar atormentados.

De que tenemos buen ejemplo en aquel endemoniado que cuenta San Marcos, que atrayéndolo su padre a la presencia de Cristo para que le curara, luego que se vio en esta divina presencia, dice el Evangelio: *In terram voluntabatur spumans*. Que dio en tierra con grande furia el demonio con su endemoniado, y le hacía echar espumajos por la boca. Y habiéndole mandado el señor que luego saliese desterrado de aquel cuerpo, al salir fue (como dice el sagrado texto) *Discerpens eum, et factus est sicut mortuus*, haciendo tal siza en el cuerpo que mandaba desamparar, que lo dejó como muerto. Y lo debió de permitir el señor; para que se echase de ver el huésped que tenía el endemoniado en su casa. Pero después el benignísimo libertador le tomó por su mano y lo levantó sano.

En nuestro caso podemos decir que sucedió lo mismo; y que viendo el demonio que le lanzaban de aquella piedra y desterraban de la provincia de Sinaloa donde se había encastillado; mostrando su furia de sentimiento en aquellos remolinos y tempestad de aire que había levantado. Y no contento con esto se partió para los pueblos de Guazave, y como se quedaban todavía allá algunos hechiceros, por medio de ellos, con esta ocasión los volvió a inquietar y sacar al monte, para huir de la iglesia, que quisieron quemar.

Los padres no desmayaron con estos contrastes, hicieron diligencias para volverlos a juntar y quietar aunque con harto riesgo de sus vidas; pero ya tenían alguna ayuda de los soldados que habían llegado para reprimir inquietos, como después lo hicieron. Y últimamente, ni quedó el demonio en la piedra, ni en los pueblos de Guazave, como a su tiempo se verá, en habiendo tratado un punto de importancia en los capítulos siguientes.

## CAPITULO XII

*De las conveniencias que hay para ponerse en frontera de nuevas naciones que se convierten, algunos presidios de soldados, para su protección y defensa*

Obligado me hallo a tratar y examinar en este lugar una dificultad y duda de importancia: la cual, aunque podía parecer no ser propia de historia; pero por estar muy anexa y trabada con ésta que yo escribo, como circunstancia suya, la habremos de encontrar adelante: es forzoso el examinarla en este lugar. Y la dificultad en que han reparado algunos es, cómo siendo las empresas de que en toda esta historia se escribe, evangélicas y donde se predica el Evangelio de Cristo, cuya aceptación quiso el mismo señor que fuese libre, espontánea y sin ruido ni violencia de armas y sólo con la fuerza de la palabra divina: como lo dio a entender cuando encargó a los sagrados apóstoles la predicación evangélica, con solas aquellas palabras que escribe San Marcos: *Praedicate Evangelium omni creaturae*. Que hiciesen las conversiones de todas las gentes con la predicación de su palabra, sin señalar otro medio que el predicarla.

Pues siendo esto así, ¿cómo se habla en esta historia y se trata en ella no pocas veces de presidio de soldados, de escoltas y de armas, juntándolas con la predicación del Evangelio? Aquí necesario me será satisfacer a esta dificultad.

Materia es que han tocado y tratado gravísimos autores, y quien los quisiere ver los hallará en lo que doctísimamente sobre ella escribió el doctor don Juan Solórzano, del Consejo de su majestad en el de las Indias; a cuyas razones yo aquí añadiré las experiencias que las confirman y declaran: las cuales puedo afirmar que toqué con las manos, los años que anduve en estas conversiones de Sinaloa, conociendo los frutos espirituales y temporales que resultan de los presidios que por orden de su majestad se ponen en semejantes empresas y fronteras, sin que en ello se contravenga el estilo y forma con que Cristo nuestro señor, divino legislador, enseñó que se había de predicar su Evangelio y lo encargó a sus supremos vicarios o sumos pontífices, a cuyo cuidado pertenece el despachar predicadores evangélicos a todas las gentes del mundo.

Y lo primero supongo por fundamento cierto e indubitable, que la recepción de la fe y santo bautismo en el que es adulto, ha de ser libre, espontánea y de su propia voluntad. En esto no hay, ni puede haber duda

ni dispensación: siendo éste el modo y forma que guardó Cristo en su divina predicación y de quien la prendieron sus sagrados apóstoles y la que han guardado y conservado la Iglesia desde que se fundó. Y consecuencia clara es de esta doctrina, que si los presidios de soldados que se ponen en fronteras de naciones bárbaras, se ordenaran a que con fuerza y violencia ellas recibieran la fe y santo bautismo, esto fuera cosa muy ajena del ministerio evangélico y apostólico de que tratamos.

Asentada esta verdad indudable, se sigue declarar cuáles son los motivos y causas que puede obligar a poner los presidios de soldados de que aquí hablamos en las fronteras y conversiones de gentes bárbaras. Porque el que ignorase estos fines, no me espantara que hallase dificultad en la propuesta; pero entendidos, conocerá claramente no sólo no contravenirse a las leyes evangélicas; sino ser conveniente y necesario el ayudarse de esos medios (por lo menos en particulares tiempos, lugares y ocasiones, para quitar estorbos al evangelio y dar estabilidad y seguridad a su doctrina).

Supongo también por cierto, lo que lo es, que los medios que se toman para consecución de algún fin, demás que deben ser justos, deben proporcionarse al tiempo, lugar, personas y obras que pretende. Porque variándose las tales circunstancias, es forzoso muchas veces que haya de haber mudanzas y variedad en los medios. Y los que en un tiempo y ocasión fueran convenientes y útiles, ya en otra pueden ser dañosos y contrarios. Consideración que movió a los sagrados apóstoles en el mismo tiempo que predicaban el evangelio, a tolerar a aun usar ellos mismos de algunas ceremonias de la ley antigua, que en la muerte de Cristo habían expirado. Lo cual hicieron por conveniencias que hallaban para no poner estorbo a la ley evangélica, que en aquel tiempo introducían en el mundo; ni apartar y poner aversión en los ánimos de los indios para que la recibieran. Y la guarda o uso de aquellas ceremonias ya en este tiempo no fueran útiles; sino mortíferas y dañosas.

Y los mismos sagrados apóstoles, en el concilio que celebraron en Jerusalén, establecieron leyes de *Sanguine, et suffocato* que en aquel tiempo eran convenientes y obligatorias; y ahora ya no lo son. Materia que tratan y examinan latamente los teólogos: y no es de este lugar el detenernos en ella: sino sólo inferir, que según piden los tiempos y circunstancias de ellos, es conveniente usar de medios, que además de ser justos y lícitos, puedan ayudar a la predicación del Evangelio, sin desdeñar, ni ser contra ella. Todo lo cual, más claramente quedará manifestado, escribiendo aquí, sin salir de nuestra historia casos y tiempos en que sirven los dichos presidios que hay en algunas de estas misiones, con grande utilidad de la predicación evangélica.

Sucede, y no pocas veces, que un pueblo o nación de estas bárbaras que no supieron de gobierno ni policía, espontáneamente y movida con la fuerza de la palabra divina se convirtió y la recibió; de que se precia

Dios por su profeta Isaías, diciendo: *Verbum meum non revertetur ad me vacuum: sed faciet, quaecumque voluit et prosperabitur in iis ad quae misi illud*. Efectos maravillosos que innumerables veces se experimentan en estas misiones.

Esta palabra divina, confesamos que es la que ha de hacer las conversiones; y movidas estas gentes con ella recibieron y abrazaron la fe y el santo bautismo. Pero sucede que estos cristianos bautizados y ya convertidos, por mucho tiempo se quedan y viven entre infieles y en sus fronteras y en medio de falsos cristianos o algunos que apostataron. Que tal vez padeció mucho con ellos al apóstol de las gentes, San Pablo, y los otros santos apóstoles: como lo dejó escrito, diciendo, que había padecido no pocos peligros, *in falsis fratribus*. Estos tales infieles no se contentaban con ser ello solos los prevaricadores de la ley de Cristo; sino que inquietan, así en lo temporal como en lo espiritual, a los que la recibieron, sin dejarlos vivir en paz en sus casas y pueblos. Pues pregunto ahora: ¿quién puede dudar, que el reprimir estas insolencias y amparar a los que de su voluntad y movidos de la luz de la palabra divina, entraron y se agregaron a la iglesia católica, pertenezca y sea obra muy santa de nuestros reyes católicos, a quienes con el patronazgo de este Nuevo Mundo, se ha encargado la promulgación y amparo del santo Evangelio? O pregunto: ¿en amparar con sus armas los reyes católicos al cristianismo perseguido?, ¿en qué se va, o en qué se desdice de predicarse el Evangelio apostólicamente?

Más: confesamos, que la palabra divina es la que ha de rendir y sujetar los hombres a Cristo y obrar las conversiones de estas gentes. Pero para obrar esos maravillosos efectos, es menester oírla; que por eso dijo el apóstol: *Fides per auditum*: que para oírla, es menester predicarla. Pues ahora: si los infieles impiden el predicarla a los unos y el oírla a los otros, y llega su rebeldía a tanto, que no contentos con no recibirla ellos, injustamente persiguen a los que movidos de Dios la reciben. En este caso ¿quién ha de amparar a estos afligidos y reprimir a los otros? los ministros evangélicos no lo pueden hacer: no tienen fuerza, andan solos y sólo acompañados del auxilio divino.

La palabra divina, que eran las armas con que habían de hacer la guerra y sujetar a Cristo las naciones, no se la dejan predicar. Pues en tales casos ¿en qué desdice de la predicación evangélica y apostólica, que el rey católico a quien Dios encomendó y para quien tenía guardado el amparo de la conversión del Nuevo Mundo, emplee sus fuerzas, tesoros y armas, en quitar estorbos de impíos bárbaros, que pretenden atajar la predicación del evangelio, que Cristo (supremo emperador) mandó que se predicase en todo el mundo? Y por el mismo caso dejó poder y derecho en su Iglesia, para quitar los impedimentos de esa divina predicación, como gloriosamente lo hicieron emperadores religiosísimos: un Constantino el Magno, un Teodosio y en otros tiempos, que por el mundo se

ejercitaban varones evangélicos en predicar y convertir gentiles a nuestra santa fe, hallaron amparo en todos los que se preciaban de príncipes cristianos.

Mas, vamos a otro caso frecuente en esta historia, y que sucede no pocas veces en los puestos y partes de nuestras misiones evangélicas. Y es el caso, que viendo estas naciones el amparo que tienen las que hacen paces con españoles y se ponen debajo del amparo del rey, cuan bien les sale esta amistad, para verse defendidos de sus antiguos enemigos, que todas ellas suelen tener y que por medio de esa amistad viven quietos en sus pueblos, tierras y sementeras; no los echan de ellas sus enemigos, no les quitan con violencia a sus hijas, ni hacen otros agravios que reciban en su gentilidad.

Reconociendo pues tales beneficios, no pocas veces, aun antes de recibir el evangelio, ni bautizarse algunas de estas gentes, se vienen de su voluntad a sentar de paz y poner debajo del amparo del rey católico: el cual asiento se celebra con autoridad pública ante el capitán y presidio, ante el escribano y testigos: obligándose recíprocamente los caciques en nombre de su nación, de no dar auxilio a los que pretendieren infestar a los cristianos: y cuando a sus tierras se acogieren delincuentes, no admitirlos, sino entregarlos a la persona que gobernare la provincia y ayudar a los españoles en las empresas que se les ofrecieren; y éstos, amparar la tal nación de los agravios de sus enemigos: todo lo cual cede en mucha utilidad de entrambas partes. Asiento semejante al que hizo el valeroso capitán, Judas Macabeo con el pueblo romano y se refiere en la escritura sagrada. Y con esto se van disponiendo las naciones gentiles a recibir de su voluntad el Evangelio y se domestican, van haciendo tratables y mansas. Al rey también y sus vasallos, les está mejor el tener quietas las naciones gentiles; porque en estándolo ésas, las ya cristianas lo están para acudir con paz a sus iglesias y ejercicios de la religión cristiana, y al rey se le excusan gastos en ampararlas, cuando las contrarias se alborotan.

Pues ahora si una nación de las que hizo el tal contrato con los cristianos, viniese a pedir amparo contra sus agresores, en provincia como la de Sinaloa, de más de cien leguas de distrito, despoblada de españoles y poblada de nueva cristiandad, y en frontera de innumerable gentilidad; si en ella no hubiera armas, ni presidio para amparar cristianos y amigos y reprimir enemigos, ¿qué se podría esperar de paz y cristiandad? ¿que seguridad habría en ella? Añadiéndose a esto la inestabilidad de estas gentes, en particular en los principios de su conversión, que es cuando el demonio con sus artes y mañas atiza y aviva esa inestabilidad nativa y propia de los indios. Que este león bravo brama, viéndose desterrar de las almas que poseía y tanto tiempo había tenido tiranizadas; cuya pertinacia y la de sus familiares hechiceros no tiene otro empleo, que en volverlas a sus antiguos vicios, homicidios, borracheras y costumbres bárbaras.

Y para el enfrentamiento y terror de tales y tantos enemigos, ¿quién negará ser necesaria la fuerza de las armas y más cuando tanto se desenfreó la insolencia de los enemigos?

Casos son los que he referido, no sólo imaginados, sino sucedidos y vistos no pocas veces entre estas naciones: y han llegado las insolencias y maldades de algunas de ellas, a poner manos sacrílegas en lo sagrado, abrasar iglesias, profanar vasos sagrados, hacer burla de vestiduras benditas, ultrajar imágenes santas: y hecho esto, retirarse a un monte fuerte o una nación enemiga, a celebrar sus impías victorias y convocar y convidar a todos cuantos forajidos había, y aun algunos apóstatas de la fe, a celebrar estas impiedades.

En este o semejante caso no se pudo contener el valeroso Matatías, celebrado por el Espíritu Santo en la Escritura Sagrada, sino que arriesgando la vida, y la de sus hijos los valerosos macabeos, su hacienda y patria, tomó luego las armas y a vista del escuadrón de gente, que había enviado el impío rey Antioco, a solicitar los ánimos de los del pueblo de Dios, para que apostatasen de su ley santa, degolló luego allí al primero que faltando a ella quiso sacrificar a los ídolos y pasarse a la ley gentilica, como se cuenta en el primer libro de los macabeos.

Pues para semejantes sucesos; ¿por qué no se han de disponer armas y soldados cristianos, que repriman y pongan temor a tales alevosías contra Cristo, contra sus rebaños e iglesias? o ¿de cuáles otras armas se pueden valer los padres que predicán apostólicamente el Evangelio? El apóstol de las gentes San Pablo le predicaba apostólicamente; y con todo quería que aunque fuesen las espadas y alfanges de jueces y gobernadores gentiles, las temiesen en los que ya eran cristianos; y a los romanos que lo eran les enseña esa doctrina: *non est potestas nisi a Deo, quae autem sicut a Deo, ordinata sunt. Dei enim minister est vindex in iram, ei qui malum agit, non enim sine causa gladium portat.* En las cuales palabras apuntó el sagrado apóstol las convenientes causas y razones que había para que no faltasen las armas donde se estaba predicando el Evangelio, para reprimir insultos, maldades y delitos. De donde sacamos, que para el mismo intento no extrañaría el sagrado apóstol que hubiese armas donde se convierten indios a la fe.

Y el mismo apóstol escogido de Cristo, en ocasión que se vio calumniado en materia de fe, y sin defensa del presidente de Judea, visto que no le guardaba justicia, apeló en aquella causa y se quiso valer de la autoridad del César, como cuenta San Lucas que lo hizo, diciendo: *Ad tribunal Caesaris sto ibi me oportet indicari.* Pues si faltase entre estas gentes autoridad y fuerza de justicia para deshacer agravios, castigar delincuentes y hacer justicia: cómo se podría introducir en ellas el gobierno político de que necesitan todas las repúblicas del mundo para vivir en paz?

Y si faltase a esta justicia fuerza de armas y ministros ¿qué casa habría segura? ¿qué honra sin peligro, ni aun cálices en el altar? pues todo esto guardan los presidios: y para tan justificados fines, como ellos se levantan entre estas naciones, que de suyo no tenían gobierno, ni policía humana.

## CAPITULO XIII

*Respóndese a las dificultades que se pueden oponer a la doctrina del capítulo pasado*

La calidad de esa materia de las conversiones al Evangelio, de este Nuevo Orbe y la forma que en ellas se guarda, está a vista, o por lo menos a oídos de todas las naciones del mundo y expuesta a los juicios de los que habitan el nuevo y el antiguo, y su gravedad e importancia obliga a detenerme más en ella de lo que quisiera: no obstante que dejo mucho de lo que pudiera escribir. Y en este capítulo responderé satisfaciendo algunas réplicas, que parece podrían enflaquecer las razones alegadas en el capítulo pasado, si quedaran sin respuesta: y de camino se entenderá cómo se usa de estos presidios en estas partes remotas del Orbe: materia que también es de historia.

La primera réplica que a las conveniencias alegadas se podría oponer es, que la fuerza de estos presidios no parece bastante para reprimir tantas naciones, de suyo tan belicosas, inquietas y fieras. El presidio que hoy tiene la provincia de Sinaloa, es sólo de cuarenta y seis soldados, con un capitán: los indios de guerra que pueden salir a campo, si se uniesen a las naciones, son veinte y treinta mil hombres. Pues ¿qué pueden hacer cuarenta y seis soldados contra la fuerza de treinta mil enemigos? Por otra parte, obligar al rey nuestro señor a sustentar siempre en estas conversiones grandes presidios: parece es en detrimento de sus reales haberes y grande gasto de su hacienda real, a que deben tener atención todos sus leales vasallos. A esta propuesta respondo. Lo primero, que cuando se ofrece alguna de las empresas en que es necesario ayudarse de presidios de soldados, para entradas de pacificaciones, castigos de rebeldes, etc., no salen solos los soldados españoles, sino conforme los pide la facción, con ayuda y leva de mayor y menor cantidad de indios amigos, que nunca faltan. Y aunque estos solos ni se atrevieran a cometer la tal facción, ni supieran gobernarse en ella; pero en compañía de los soldados españoles, ayudados y gobernados de ellos no la temen.

También se debe atender a que el soldado armado y sobre un caballo de armas, es un castillo incontrastable a las flechas para defenderse. Y si la batalla es en campaña rasa, y donde el soldado a caballo puede acometer y dar alcance al enemigo, lo puede ofender mucho y desbaratar. Y



cuando el puesto es montuoso y los caballos hacen alto en puesto acomodado; sabiendo los indios amigos que tienen seguras las espaldas, y la retirada para ponerse debajo de los arcabuces de los españoles (cuyos tiros alcanzan más que las flechas de los enemigos), no dudan entrarse tras de ellos por el monte y selva como gente de a pie y darles alcance; y cuando se ven apretados, retirarse al abrigo de los arcabuces que tienen en su defensa. Y esta es la razón porque los indios amigos se atreven a salir a campo en compañía de pocos españoles, contra un ejército grande de bárbaros. De lo que claramente se infiere la importancia de estos presidios, aunque no sean de mucho número de soldados.

Y es cierto que ha mostrado la experiencia, que en estas empresas viene a estar la principal fuerza y defensa en los soldados y caballos de armas. De éstos no usa, sino al tiempo de la pelea; porque como van cargados de armas, por no cansarlos los llevan de diestro. Las armas de estos caballos están ya muy diestros en hacerlas los españoles: las cuales aderezan de cueros doblados de toros. Aunque si el brazo del que despide la flecha es valiente y el tiro de cerca, tal vez peligró el caballo: o si se atrevió el indio (como lo suele hacer) a arrojarle debajo de las armas del caballo y con un machete desjarretarlo, o muchos se juntan a volcarlo, asiéndole de la cola; o acertó a caer en piedras u hoyos: riesgos todos que pasan en éstas, como otros en las demás guerras y batallas del mundo. En tales casos es muy grande el peligro que corre el soldado y el caballo; porque el indio es muy suelto en hacer el salto y el caballo y caballero muy pesados con las armas para levantarse; y cuando menos se piensa, descarga sobre la cabeza y casco que lleva en ella tal golpe de macana o de palo rollizo (de que también usan en las guerras), que allí queda sin más levantarse.

Pero con todo lo dicho, huelgo que se llegue ocasión en que pueda escribir una cosa maravillosa y digna de publicarse en el mundo, y dar por ella infinitas gracias a la divina bondad, la cual para los descubrimientos de tantas naciones de este nuevo mundo, que se dignó de sacar de tinieblas y comunicarle la luz del evangelio, ha favorecido a la nación católica española innumerables veces con singulares socorros del cielo, y de su poderoso brazo, siendo su Dios de los ejércitos. Porque es cierto

Porque es cierto que sin auxilio del cielo, imposible hubiera sido tan poco número de soldados rendir, amansar y poner en paz tanto número de gentes bárbaras y fieras, como hoy tienen reducidas a la Iglesia; y de esta verdad puedo decir que soy testigo de vista en muchas ocasiones, y de lo dicho se hallarán no pocos casos y pruebas en esta historia; que juntamente son señales de que Dios aprueba los presidios de soldados, que los reyes católicos ponen y levantan para tan justificados fines e intentos.

Y es justo añadir aquí, que para estas empresas se ha conocido también la divina providencia en dar esforzados y valerosos soldados y capitanes, que parece los escogió para hazañas dignas de memorias obradas en

amparo de la fe y predicación evangélica. No obstante que para sus obras quiere Dios nos ayudemos también de medios humanos, como quería que su pueblo antiguo los usase y se valiese de ellos, saliese a campo con sus armas y pelease; aunque era el mismo Dios el capitán de sus ejércitos y escogía los capitanes para ellos.

Y porque no se quede sin respuesta el otro punto que se tocó al principio, de los gastos que se recrecen a la hacienda de su majestad en estos presidios; y se entienda cuán bien empleados están, aunque fueran menester tesoros para sustentarlos. Respondo que este empleo, no solo es glorioso en la conversión de millones de almas convertidas y de otros innumerables que se quieren valer del amparo de la Iglesia (título que él solo bastaba para hacer glorioso ese gasto); pero añado más, que para lo temporal de los haberes y tesoros que por este título y causa ha dado Dios a su majestad, está muy bien hecho el gasto: porque a no contener en paz estas naciones los presidios, imposible fuera el poderse labrar muchos reales de minas que están en sus comarcas o en sus fronteras; ni descubrirse las que cada día se van hallando en sus tierras.

Porque cuando está alborotada alguna nación de las cercanas, cada mañana podrían aguardar los reales de minas los españoles y gente que las labran, albazos de los indios enemigos; y cada noche ver abrasados en fuego sus ingenios y flechadas las bestias del campo y de servicio: y finalmente el asolamiento y ruina de todas las haciendas que los vasallos del rey van poblando; y su majestad y ellos, la pérdida irreparable de las riquezas que Dios les ha dado en las Indias.

En testimonio y prueba de esto, puede traer lo que sucedió en el alzamiento de la nación tepeguana, en cuya pacificación gastó el rey ochocientos mil pesos; sin la ruina y pérdida de las haciendas de sus vasallos, como se escribiera en la historia de esta misión, para donde remito al lector.

De todo lo cual claramente se infiere, que no es gasto superfluo, ni excusable el de los presidios, sino ganancia grande temporal el sustentarlo. Y esto sea para los que atienden mucho al bien temporal y riquezas de la tierra: que para los gloriosos reyes católicos de la monarquía de España, en cuyas armas y blasones ha gravado Dios el *plus ultra* al Antiguo Mundo y a su corona agregado el Nuevo, no es menester otro título para empeñarse, y a sus tesoros y reinos, que el extender y dilatar el reino de Cristo por todo el mundo.

Y este celo santo, alto y real, es conveniente que se publique en él; y sepan todas las naciones, que con su corona van heredando de padres a hijos, ese celo santo los invictos reyes católicos de España, como lo manifestó el invictísimo emperador Carlos V en la carta que atrás queda referida; y lo heredó el gran monarca Felipe II, su hijo, que escribió a un gobernador de Filipinas (como a mí me lo refirió un oficial real) que si en aquel principado de islas no alcanzasen los haberes reales para el gasto de

la conservación y dilatación de nuestra santa fe en ella, mandarían para ese intento enviar los tesoros de su patrimonio. Digno testimonio de su santo y religiosísimo celo, y de que hallaría gloriosísima remuneración y memoria en el cielo.

## CAPITULO XIV

*En que se prueba cómo por el uso de los presidios, no se contraviene al modo apostólico de predicar el Evangelio*

Hasta ahora se han escrito las conveniencias y útiles que apoyan los presidios, con razones que no han sido inmediatas a la predicación evangélica; si no en orden, defensa y amparo de haciendas y amigos confederados, castigo de delincuentes y otros bienes temporales: que aunque no se puede negar que están anexos a los espirituales de la predicación evangélica; pero eso no le toca tan de cerca, como lo que ahora se seguirá con que pretendo probar, que no se les debe quitar a las misiones que se hacen con apoyos de presidios de soldados, el título glorioso de evangélicas y apostólicas.

Daré principio por el mandato y dirección de Cristo, soberano maestro, a sus sagrados apóstoles y primeros predicadores evangélicos, que enviándolos a predicar a todas las gentes. *Sicut oves in medio luporum*, como ovejas en medio de lobos, aunque les encargó que guardasen mansedumbre de palomas en su predicación. También añadió que se aprovecharan de la astucia y prudencia de las serpientes *Estote prudentes sicut serpentes, et simplices sicut columbae*.

No es de este lugar declarar las propiedades de estos símbolos: pero el mismo señor explicó un poquito más abajo esa prudencia, con lo que añadió diciendo: *Cum persequentur vos in civitatem istam, fugite in aliam*. Cuando os persiguieren en una ciudad o pueblo huid a otra de refugio. Gobernándose con esta orden el apóstol San Pablo, se dejó descolgar en un cesto por el muro de la ciudad de Damasco, cuando los enemigos del Evangelio le buscaban para quitarle la vida. Y a los romanos escribió, que le ayudasen con sus oraciones. *Ut liberer ab infideli bus*; para que Dios le librara de las mañas y persecuciones de infieles. Y eso no lo pretendía San Pablo por huir de la muerte, que antes la deseaba por Cristo, sino por lo que él luego añadió diciendo: *ut veniam ad vos in gaudio per voluntatem Dei*. Porque deseaba verse en Roma predicando el Evangelio, y que con su muerte no se atajase su curso, ni el fruto que podía hacer en predicarlo en nuevas naciones y gentes: juzgaba por de mayor gloria de Dios y bien de las almas el conservar su vida, que el dejarse matar.

Supuesta esta cierta doctrina, vengo a nuestros ministros evangélicos de las misiones y pregunto: si un padre estando doctrinando un pueblo o nación, le avisan que le quieren matar, y que quieren abrasarlo en su choza y habiéndolo quemado o muerto alzarse los conjurados y levantar el pueblo (casos que suceden muchas veces en misiones nuevas) en tales casos ¿sería prudencia cristiana y conforme a la dirección de Cristo, pudiendo excusar la muerte y las inquietudes y daños que de ella se suelen seguir, de fugas, levantamientos y otros daños irreparables, dejarse matar? ¿el que procurando librarse al presente, pueda después ayudar a esas mismas gentes y otras, pasado ese tiempo y peligro? Bien claro se ve que no fuera eso conforme al orden que dio Cristo a sus apóstoles (que fueron la norma de predicar el Evangelio) diciéndoles el divino maestro, que si les persiguieran en una ciudad, huyesen a otra; y más cuando el retirarse y buscar presidio no es tanto por huir la muerte, cuando por no dar lugar ni ocasión a que se atajase el curso de la predicación evangélica; sino para ejercitarla más, pasado este furor y ocasión de persecución, que es cierto pasa brevemente algunas veces.

Y yo paso más adelante: si conforme esta dirección de Cristo a sus apóstoles, nuestros misioneros evangélicos se han de retirar del lugar donde los persiguen, ¿a qué ciudad de refugio han de apelar o huir? no habiendo puesto seguro, en tierras tan remotas y apartadas, si no el presidio de los soldados españoles, sin hallarse otras poblaciones suyas: y si la hay ésa también necesita del presidio en tales ocasiones para su seguridad y guarda. Añádese que nuestros misioneros no se ayudan de los soldados, ni los traen en su compañía en los puestos donde residen, y por donde andan, sino raras veces y en trances apretados. Que lo ordinario es andarse solos, sin escolta en sus partidos, y muchos de ellos distantes del presidio treinta y cuarenta y aun ochenta leguas, donde pueden estar muertos y comidos antes que tengan noticia de ello el capitán y españoles. Y en casos que tienen necesidad de escolta, ésa es por algunos días y de solos cuatro o seis soldados, que son suficientes para enfrenar algunos inquietos. A cuya causa aun los caciques que gobiernan pueblos, y la misma nación, los suele pedir al capitán y tienen amparo con ellos.

Confirmación de este propósito es lo que cuenta San Lucas en los *Actos Apostólicos*, que si bien se miran, son historia de misiones de los sagrados apóstoles. Fue el caso, que estando el apóstol San Pablo predicando el Evangelio en Jerusalén, se levantó una borrasca y tumulto de sacerdotes y fariseos, con tanto furor, que pusieron en el santo apóstol las manos, y faltó poco para matarlo. Viendo el peligro y alboroto el tribuno del presidio romano, que allí había, dice el texto sagrado: *Timens Tribunus ne discerperetur Paulus ab ipsis jussit milites rapere eum de medio eorum, ac deducere eum in castra*. No se pudo decir cosa más a propósito de lo que vamos tratando, que el tribuno en esta ocasión, viendo el riesgo que

corría la vida de Pablo y alboroto del pueblo, mandó a sus soldados se lo quitasen de las manos, a aquellos furiosos, que le querían hacer pedazos: *Ne discerperetur*. Y lo mandó amparar en el cuerpo del presidio: *Deducere eum in castra*. Y estuvo tan ajeno San Pablo de extrañar este favor y amparo del tribuno y sus soldados, que habiéndole dado aviso un sobrino suyo, de nueva conjuración de cuatrocientos indios que se habían concertado para quitar la vida a traición al sagrado apóstol el mismo apóstol hizo diligencia con un centurión, para que introdujese a su sobrino con el tribuno y le hiciera sabedor del caso y le previniese con su defensa: lo cual entendido por el tribuno, mandó aprestar docientos soldados de a pie y setenta caballos: *Ut Paulum saluum perducerent ad faelicem Praesidem*. Para que pusiesen en salvo a Pablo y debajo del amparo del presidente, que estaba en Cesarea.

Bien claro se manifiesta aquí, que no desdecía de la predicación evangélica del sagrado apóstol de las gentes, que en ocasiones se valiese de presidios de soldados, cuando sentía que era de mayor servicio de Dios el conservar su vida para predicar el Evangelio en otras partes, como se lo significó Cristo nuestro señor en esta ocasión, y lo dice el texto sagrado. Y todo lo dicho no es predicar con ruidos de armas el Evangelio, ni ajeno del modo de predicar apostólico. A que se añade, que los apóstoles y predicadores apostólicos, no pocas veces llevaban en su compañía algunos fieles cuando iban a predicar entre las gentes, como se colige de los *Actos Apostólicos* e historias eclesiásticas.

Ya veo aquí lo que se puede replicar, de la diferencia que hay de la compañía que llevaban los apóstoles y varones apostólicos, a la compañía de soldados, cuya libertad, orgullo y trato, suele inquietar a estas nuevas gentes con sus altiveces y licencias que se toman, que hacen más daño que provecho. A que se responde, que aunque no se puede negar que las costumbres de la milicia son ocasionadas a inquietudes y daños; pero puestos en una balanza esos tales inconvenientes y en otra las conveniencias que de los presidios dejamos escritas, éstas sobrepujan incomparablemente a todos los inconvenientes contrarios.

Probaré lo dicho con experiencias, que por ser propias de nuestra historia, me dan licencia para alargarme en esta materia. Entra un padre a una misión de éstas, totalmente apartada del comercio del mundo a predicar una fe, unos misterios y nuevas leyes nunca oídas, ni pensadas de estas naciones, que de todo punto ignoraban hubiese otras gentes en el mundo, que guardan esas leyes: entra predicándoles unos actos de religión que piden grande veneración y reverencia; enséñales que con esa veneración las miran y adornan naciones políticas, ricas y poderosas del mundo. Que de todos estos argumentos de credulidad anexos a la fe y predicación evangélica se deben valer los predicadores del Evangelio y se valía el apóstol de las gentes San Pablo; que por serlo me valgo yo muchas veces de su autoridad. El cual escribiendo a los romanos, luego al

principio de su carta, les hace gracias y se las da a Dios; porque con su creencia, e ilustres ejemplos de religión cristiana, en una ciudad que era la cabeza del mundo; a esa misma religión la había recibido y reverenciado el orbe. Sus palabras son éstas: *Gratias ago Deo meo per Jesum Christum, pro omnibus vobis, quia fides vestra annunciat in universo mundo.* Celébrase en el universo mundo la cristiandad de los romanos, los ricos, los sabios, los poderosos del orbe: y con esto les daba a entender, que acreditaban la fe; y que ése era argumento para que las demás naciones la recibiesen e hiciesen veneración y reverencia a sus misterios. Por esto da gracias a Dios y rinde agradecimientos a los romanos el sagrado apóstol.

Ahora vamos a nuestras naciones bárbaras. Estas estaban sepultadas en unas profundas tinieblas de ignorancia, no sólo de cosas divinas sino también de las políticas y humanas; metidas en los rincones y arcabucos de la tierra, sin saber si había repúblicas en el mundo, ni en la nueva España, ni culto de la religión en ella, porque como atrás dijimos, con las guerras continuas que traían todas las naciones con sus vecinas, no tenían trato ni conocimiento de las distantes.

El padre que entra a predicarles, tal vez piensan que es un pobre que va a buscar la comida de su maíz y aun llega su poco discurso a juzgar al ministro evangélico por más ignorante que ellos, principalmente mientras no habla su lengua: y el término y vocablo con que lo llaman en ella, significa al que es un ignorante o tonto. Pues siendo esto así, ¿quién puede dudar que viendo estas gentes a los españoles, que ellos tienen por valientes (título que sólo vale con ellos), que cuando se dice misa entran en la iglesia, se hincan de rodillas, adoran el santísimo sacramento, tienen reverencia a los padres que la dicen, los oyen cuando predicar, se ponen de rodillas delante de ellos para confesar sus pecados, reciben con suma reverencia la hostia consagrada, y adoran las santas imágenes? ¿Quién dudará que esto que ven por sus ojos, no pocas veces les hace más fuerza a estos bárbaros; que las palabras de lo que nunca oyeron, ni pensaron, ni supieron ellos, ni sus antepasados que se usaba en el mundo?

He aquí como los presidios de los soldados, ayudan inmediatamente a la predicación de la fe: y es cierto que ha tenido Dios cuidado, como en obra suya de dar muchos, buenos y piadosos soldados cristianos en estas misiones, aunque haya habido otros no tales. Y yo puedo decir, que vi no pocas veces muy buenos ejemplos en el presidio de Sinaloa; y experimenté de cuán grande provecho eran para poner estimación de las cosas de la religión cristiana entre estas gentes. En particular vi al valeroso y piadoso capitán Diego Martínez de Hurdaide (de cuyo celo de la salvación de estas almas, va adelante no poco escrito) que ejercitaba estos actos y religión: y no pocas veces se ponía a vista de ellas a confesar de

rodillas a los pies del sacerdote y después con mayor reverencia, recibir la sagrada comunión, a cuyo ejemplo hacían lo mismo sus soldados.

Y a todos lo dio el valeroso Cortés, conquistador del Nuevo Mundo, el cual cuando llegaron a la nueva España los frailes de la sagrada orden de San Francisco, los recibió a vista de este Nuevo Orbe de rodillas y con singular reverencia. Religiosísimas acciones las unas y las otra, con que se acredita, ensalza y recibe con veneración la santa fe de Cristo. Y con esto se echa bien de ver, cómo los presidios de soldados y más donde no hay otros españoles, pueden ayudar mucho a la predicación del Evangelio; y que se es medio no sólo conveniente, sino en ocasiones y tiempos necesario.

Y sea la última prueba de todo lo dicho, que no querer usar y valerse para la consecución de algún buen fin que se pretende de aquellos medios, que la ordinaria providencia de Dios ofrece y dispone, es pedir milagros extraordinarios y tentar a Dios, que eso quiere decir milagro, cosa rara, que sale del curso ordinario; y quiere Dios que nos valgamos de los medios que tiene dispuestos su ordinaria y suave providencia, como lo hacen (aún en la materia que tratamos) los que con santo celo de predicar el evangelio, pasan a las Indias, que buscan navío en que pasar, con piloto que lo gobierne, viático y matalotaje.

Porque si se arrojaran a las hondas de la mar, para caminar sobre ellas, ¿quién duda que fuera pretensión extraordinaria, pedir milagros y tentar a Dios? Y los sagrados apóstoles que los hacían prodigiosos, en navíos que pasaban a predicar el Evangelio. Y el mismo hijo de Dios algunas veces navegó. Y si una vez este soberano y supremo señor, para muestra de su divino dominio sobre las aguas, anduvo sobre ellas; y san Pedro se atrevió a caminar sobre ellas, porque le arrebató el deseo de llegar a su amado maestro. Pero primero pidió licencia y no sólo pidió licencia; sino que expresamente se lo mandase al señor, diciendo: *Domine, jube me venire ad te super aquas*. Un mandato de obediencia expresa de Cristo quiso que fuese por delante, para atreverse a usar de medio milagroso y extraordinario; y hasta que hubo oído de la boca del señor, *Veni*, no se arrojó a la mar.

Y hubo más en el caso, que con ser el sagrado apóstol de muy excelente fe, a poco espacio, sobreviniendo un viento y tempestad que se levantó, comenzó a titubear esa fe y él a hundirse; y no queriendo ya usar el divino maestro de milagro, para librar a Pedro, usó del medio ordinario y humano, de librar al que se hundía, que fue extender su divina mano para sustentarlo y sacarlo de aquel peligro, como lo dice el texto evangélico: *Continuó Jesus extendens manum apprehendit eum*.

Bien podía el señor omnipotente mandar a las olas hinchadas que lo sustentasen sobre sí; pero no quiso ya más usar de ese medio milagroso, sino del común y ordinario, sustentándolo con su mano; enseñándonos que teniendo a la mano los medios humanos, no busquemos los extraor-



dinarios y milagrosos; que éstos los dispensa Dios cuándo y cómo es servido.

Y cerrará esta doctrina la de Nicolao papa, que confirma todo lo dicho, decretando, que cuando para la justa defensión fuere menester tomar las armas, se haga aunque sea en cuaresma; y que no nos arrojemos a buscar milagros para la defensa justa, con estas memorables palabras: *Ne videlicet videatur homo tentare, si habet, quod faciat, et suae ac aliorum saluti consulere non procurat, et sanctae Religionis detrimenta non praecavet*. Palabras que parece se escribieron para nuestro caso: y si no es el mismo, es muy semejante: y no me detengo a ponderarlo, porque juzgo basta lo dicho para probar y declarar: lo primero, que los presidios, por ningún modo se ponen para introducir con violencia la fe; ni jamás se usó de ellos en nuestras misiones para ese efecto; sino por las conveniencias que quedan escritas.

De las cuales, lo segundo, sacamos, que los tales presidios, en conversiones de gentes bárbaras, ni desdican de la predicación evangélica ni de sus empresas, ni los que en ellas se emplean desmerecen el título de apostólicos y evangélicos predicadores. Añadiendo que en estas empresas nuestros padres misioneros quedan expuestos a innumerables trabajos, fatigas y peligros de muerte por la predicación de la fe entre estas gentes, y por la cual hasta hoy han derramado su sangre once de nuestra Compañía en la Nueva España y otros muchos en el resto de las Indias Occidentales y Orientales.

## CAPITULO XV

### *De los buenos efectos que se siguieron del presidio que se puso en la provincia de Sinaloa*

Aunque en el cap. XIII comencé a decir las facciones de los soldados, que por orden del virrey se despacharon a Sinaloa, ahora los proseguiré y serán pruebas prácticas de lo que atrás con razones dejamos discurrido. Luego que llegó al presidio, una de las primeras facciones que se ofrecieron fue con la nación Guazave, donde algunos indios belicosos e inquietos trataron y se conjuraron de matar a dos padres de los que entraban a doctrinarlos; y como entre infieles también se hallan fieles, no faltaron algunos de éstos que avisaron de la conjuración al capitán, el cual despachó a toda diligencia quince soldados para que prendieran a las cabezas de ella. Salió al encuentro un indio principal con una lancilla en la mano y otros doscientos de guerra; pero diéronse tan buena maña los españoles, que hubieron a las manos al que capitaneaba a los rebeldes y perdonando a los demás, le trajeron atado a la villa, donde fue castigado y se atajó el delito que intentaban. Quedaban todavía algunos inquietos en la nación y éstos hicieron diligencias para que la demás gente huyese al monte. Habiendo abrasado las iglesias de madera que tenían.

Pero pasados algunos días quiso Dios que cansados ellos mismos de la mala vida que pasaban, apartados de sus casas y tierras (por ser labradores) y tomando mejor consejo y la gracia de Dios, que obraba, se volvieron a sus casas y algunos comenzaron a venir y entrar en la villa, los cuales viendo el ejemplo de los demás cristianos, mostraron voluntad de hacer perseverante asiento en sus pueblos, y para más asegurarlos fue el teniente capitán a verlos y en su compañía el padre Hernando de Villasañe (ministro que fue de esta nación por muchos años) y asentó en ella una grande cristiandad y de las más lucidas de esta provincia en número y calidad. Porque el natural de esta nación Guazave, es de las mejores y más dóciles de todas las de Sinaloa, y en la cual se introdujo muy bien la humana policía; y el servicio de esta gente ha sido siempre el mejor y más ordinario de que se han servido los españoles en la villa. Y finalmente, esta nación es la que ha ayudado en todas las facciones de guerra con más fidelidad, después de su última reducción.

Entraron pues el teniente de capitán y en su compañía el padre a visitarla; no hallaron casi gente en el pueblo, parecióles pasar adelante a otro llamado Ure. Salieron a recibirlos con las armas en las manos más de cuatrocientos indios, no porque pretendiesen romper guerra, sino por no acabar de asegurarse que los españoles fuesen de paz. Y así, prometiéndoselas el padre, dejaron las armas y pidieron doctrina. Aseguróseles ésta, y señaláronse puestos acomodados para que hiciesen sus iglesias, con lo cual quedaron muy contentos y alegres. Pusieron en ejecución sus buenos propósitos: hicieron cinco iglesias en cinco pueblos a que se redujeron, por ser mucha gente que llegaba a dos mil vecinos. Esto dispuesto, volvió después allá solo el padre, a quien recibieron con mucho gusto. Ofrecieron doscientos y cuarenta párvulos, trayéndoles sus padres con mucha alegría, para que los bautizasen y con mayor los ofreció a Dios el padre, como primicias de la grande cosecha que prometían y se cogió de esta nación.

Para dar más asiento a las cosas de la doctrina y cristiandad, y mayor seguridad de la gente que a la villa se había agregado de indios mexicanos y tarascos, y otros fieles que se habían recogido a ella al tiempo de los alborotos pasados, dieron orden los padres, ayudando con sus limosnas los españoles de reales de minas de Topia y San Andrés, para edificar en la villa otra iglesia más segura que la de paja que tenían; y aunque se hizo de adobes, salió muy capaz y fuerte y que podía servir de fuerza y refugio a toda la gente del pueblo en casos de acometimientos y asaltos de enemigos. Fue la obra necesaria de mucha importancia para las ocaciones que después sucedieron.

Los frutos espirituales que se cogían en este tiempo en la doctrina de los indios de la villa y pueblos más cercanos a ella no eran pocos, y alentaron a los padres a proseguir en su empresa, sin desmayar en trabajos y peligros de que estaban cercados. Porque se les iba pegando bien a los nuevos cristianos el ejemplo de los antiguos y más aprovechados. El tiempo santo de la cuaresma, acudían con más continuación a la iglesia: y para ejercitarse en estaciones santas, ya que no había muchas iglesias o ermitas que visitar, levantaban cruces en puestos más acomodados, donde las hacían los días que tenían señalados, haciendo procesiones, disciplinándose y derramando sangre y en otras cantando oraciones. Y cuando no había disciplina pública, muchos la tomaban en la iglesia, cantándose el *Miserere*. A estos ejercicios de verdaderos cristianos, añadían muchos el oír misa cada día por su devoción, que era de estima en aquellos que no cuidaban antes sino del arco y flecha, y de sus cazas por los montes.

En particular andaban con grande fervor chicos y grandes, en hacer concesiones: de cuya integridad y partes y circunstancias necesarias, se hacían muy capaces aun los de muy poca edad, de que será ejemplo, entre otros, el caso siguiente. A un muchacho de pocos años, por experimentar

el padre que le confesaba el concepto que hacía de aquel sacramento, habiendo confesado sus pecados, le preguntó, ¿quién le parecía le podía sanar y curar su alma de aquellos males? Respondió el niño: que nadie, sino era Dios y el sacerdote con la palabra de Dios. Respuesta para tal edad y que tan nueva era la fe, de harto reparo. En éste y otros casos semejantes, se echará de ver lo que Dios secretamente obra en las almas con su divina gracia, más de lo que nosotros alcanzamos con nuestra vista. Y no sólo se experimentaban ya tales efectos con la divina palabra en los cristianos cercanos a la villa, sino aun en los distantes donde de paso se había predicado.

Un indio de la sierra cayó enfermo, y apretándole con peligro la enfermedad y no estando presente padre que lo confesase, se puso en camino, temiendo morir sin confesión, aunque también pudiera temer morir en el camino, que era largo. Favoreció nuestro señor su buen deseo, no sólo en darle fuerzas para pasarlo y confesarse, sino también entera salud corporal con la del alma.

En el vicio de las borracheras tan arraigado en estas gentes y tan a los principios de su conversión, se iba introduciendo mucha enmienda, como lo declarará el caso que se sigue. En un pueblo cercano hizo vino de miel un indio viejo: convidó a algunos compañeros a la boda; y no faltó quien avisase al padre de lo que pasaba, el cual reprendió este hecho en la iglesia y con eficacia, estando el pueblo junto. Halláronse presentes los que habían bebido, que eran nueve o diez indios y oída la plática, se hincaron de rodillas delante de todo el pueblo y confesando de su voluntad su culpa, tomaron una disciplina en penitencia, allí en público. Acertó a faltar uno de los culpados y un viejo que lo advirtió, le llamó y le hizo que hincado de rodillas, hiciese lo que los demás sus compañeros. ¿Quién esperará esto de una gente tan belicosa, indómita y fiera?

Y porque juntemos a éste, ejemplos de otras virtudes, el de una india cristiana y casada, en materia de honestidad fue señalado. Encontróla sola en un monte un indio forastero (que eso le debió de dar atrevimiento a lo que no hiciera en su tierra), solicitola y no menos que con amenazas de muerte, si no consentía en su desenfrenado apetito: ella puesta en este trance, se resistió valerosamente, dando por razón ser cristiana, cuya ley vedaba semejantes pecados: y aunque le valió su valerosa resistencia para no cometer pecado contra la ley divina, que defendía con riesgo de su vida; pero no salió tan libre del encuentro, que no quedase muy maltratada y descalabrada, y demás de esto herido un niño que llevaba en sus brazos, habiéndose puesto a riesgo de morir ella y su infante, por la defensa de su honestidad.

No fue menor el valor que mostró otra india en esta misma materia: porque llegando a deshora un indio a su casa y declarándole su torpe deseo, ella al punto arremetió con tal brío y determinación contra el agresor, que le ganó el arco y flechas que llevaba; hizolas pedazos por

asegurarse del tiro, y con el arco le dio tantos palos, que lo quebró en él, repitiendo muchas veces: ¿No sabes que soy cristiana y que oigo la palabra de Dios, que nos predicán los padres? Con lo que lo despidió confuso y ella quedó alegre y libre del peligro. Efectos excelentes de la gracia divina, poderosa a dar tal valor a mujeres flacas y que antes estaban hechas a vivir en la libertad de su naturaleza; y muestras de cuán de veras abrazan la fe de Cristo estas gentes, aunque bárbaras.

Esto pasaba en los pueblos cercanos a la villa en estos principios: los cuales veremos adelante prosperados y aumentados con mucho número de cristianos, aunque no libres de dificultades y turbaciones de enemigos que nunca le faltaron a la predicación Evangélica.

## CAPITULO XVI

*De las inquietudes que causaban en la cristiandad Nacabeba y sus cómplices: diligencias que se hicieron para cogerlos y sucesos desgraciados de todos ellos*

No habemos acabado de contar los buenos efectos y frutos que se seguían del presidio de soldados, que se habían puesto en la villa de Sinaloa, y se irán viendo más claros en los sucesos siguientes. Porque aunque la ley y doctrina de Cristo se iba arraigando más cada día en los ánimos de los cristianos y dando sus frutos que acabamos de contar en pueblos cercanos a la villa y que estaban de paz; ésta la procuraba perturbar e inquietar el demonio por medio del indio Nacabeba, homicida del padre Gonzalo de Tapia, y sus consortes aliados forajidos. Porque luego que el perverso indio cometió el delito, se retiró con su cuadrilla a una selva muy áspera y espesa: y aun en este lugar no teniéndose por seguros, ni de los españoles ni de otros indios fieles, que habían quedado muy sentidos de la muerte del padre; estando en el monte de noche, no se atrevía a dormir con sus compañeros; sino que para poderse escapar, si diesen con ellos los españoles, escogía lugar más apartado y seguro entre las breñas cumplíase en éste el proverbio divino, que dice del impío: *sequitur eum ignominia et oprobrium*. Y otra letra: *fugit impius nemine persequente*. Huye el impío y no se tiene por seguro, aun cuando nadie anda en su busca, porque le persigue su maldad.

El capitán del presidio no se descuidaba en hacer diligencias para haberlo a las manos; no sólo por castigar en él el grave delito que había cometido, sino también porque sus compañeros tenían parientes entre los que estaban de paz y a éstos los inquietaban. Teniendo pues noticia del puesto donde se había retirado Nacabeba, despachó gente de españoles e indios, bien apercebida para prenderle, a los cuales el bárbaro no usó esperar. Pero hicieron presa de algunas indias y entre ellas de la mujer de Nacabeba, a la cual degolló un indio, sin podérselo estorbar, ni dar lugar a que la cogieran viva. Era esta india la que se vestía la casulla del padre y bailaba con ella en sus mitotes y borracheras: y así fue ella la primera que pagó su delito. Prometiéndose seguro a todos los demás, que no habían sido cómplices en el delito: y entremetiéndose con ellos disimulado un indio apóstata, de los principales agresores de la muerte del padre Tapia, y a quien él había hecho mucho bien y traía ordinariamente en su compañía.

Conociéronle los indios de su mismo pueblo; avisaron al capitán, el cual lo prendió y apretó los cordeles para que declarase a donde se habían acogido los demas delincuentes con Nacabeba; y aunque el primer día estuvo pertinacísimamente negativo; viendo que le querían apretar segunda vez, dijo que sabía donde estaban y que los entregaría en manos del capitán.

Fiado de su respuesta salió una noche con doce soldados y llevando al indio por guía; éste los llevó a un cerro y despeñadero muy alto, de donde quiso arrojarle, si los soldados no estuvieran tan prestos en detener su desesperación. Pero cuando le volvían al real, conoció una yerba ponzoñosa, hechóle mano y comiósela, y adormeciósese con ella, de suerte que no fue posible hacerle volver en sí; y finalmente murió dentro de veinte y cuatro horas, habiendo él mismo castigado la muerte tan merecida de la culpa que había cometido. No obstante que el capitán le había prometido, que si descubriese a los delincuentes le daría libertad.

Viendo Nacabeba con estos sucesos que no tenía seguridad en los montes, determinó acogerse con la gente que le quedaba a la belicosa nación zuaca, que era la que se preciaba de matadora de españoles. Admitiéronle en sus pueblos, y andaban tan altivos e insolentes, que llegaba su atrevimiento a dar nuevos asaltos a la villa, pretendiendo abrasar casas así de españoles como de indios amigos: y cuando en ellas, ni en los vecinos no podían hacer fuerte, porque estaban muy en vela, la hacían en los caballos y bestias de servicio, llevándose unos para servirse de ellos y flechando a otros y haciendo otras insolencias y afrentas, que aun la misma noche de Navidad ejecutaron. En que se echará de ver claro, si están bien empleados y son necesarios los presidios, de que atrás escribimos.

Pero finalmente por donde quiera que anda el homicida, está sentenciado a muerte por boca de Cristo, juez de vivos y muertos: *Omnes enim qui acceperint gladium, gladio peribunt*. Esta sentencia se ejecutó por el modo que diré. Andaban a caza unos indios amigos; encontraron a dos de los matadores: el uno era hijo de Nacabeba, el otro el que dicen descargó el segundo golpe en el bendito padre Tapia: arremetieron a ellos los amigos con tal brío, que les cortaron las cabezas y las presentaron al capitán, que gustó mucho de que se fuese disminuyendo y acabando la cuadrilla de forajidos, que traía inquieta aquella provincia.

Sólo quedaba el principal agresor de la maldad, Nacabeba; y todos los cuidados del capitán era cogerle, para acabar con mala semilla. No se atrevía a entrar a buscarle a la tierra de los zuaques, por ser tan belicosos, y tener tanta gente de guerra. Y por otra parte, la fuerza y presidio de soldados no parecía suficiente para arriesgarla en esta ocasión; pero por otro camino tomó Dios la mano para castigar a un indio tan perjudicial. Y fue el caso, que sucedió que un pariente suyo, que se disimulaba entre los vecinos de la villa. encontrando en un camino a otro indio de la nación

tegueca, vecina de la zuaca y enemiga capital, lo mató, y cortándole la cabeza para ganar gracias con el capitán, se la trujo, vendiéndosela por la de Nacabeba: supieron los teguecos el caso, y que el indio muerto no era Nacabeba sino otro de su nación; y moviéndose a la venganza; cosa muy usada entre estas naciones, que no paran hasta cortar una cabeza por la que les cogieron; un indio muy principal tegueco y animoso, llamado Lanzarote (que debió de tomar ese nombre cuando los españoles vivían en la primera villa de Carapoa) recogiendo la más gente que pudo, se determinó acometer a los zuaques, para vengar la muerte de su paisano, y de camino coger al Nacabeba.

Dio una mañana sobre ellos descuidados, a tiempo que estaba un su predicador sobre una enramada, exhortando con grande fervor a los forajidos a llevar adelante sus victorias contra los españoles, pues tenían en su poder tantas cabezas de cristianos. El Lanzarote le disparó una flecha tan acertada, que dio en tierra con el predicador, corrió luego a cortarle la cabeza; él clamó con muchos ruegos y plegarias para que le concediese la vida: y aun que esas valen poco en estas gentes, al fin se reparó Lanzarote y no le tronchó la cabeza, que lo hacen con grande facilidad y destreza, torciéndola y desencajando el hueso del cerebro, la tronchan; y si no tienen cuchillo para cortar la carne, lo hacen con la uña del pulgar, que traen muy crecida. Pero ya que no le quitó la vida, teniéndole en tierra, cogió a puños de ella Lanzarote y tapándole la boca le decía: ahora he de ver si puedes predicar contra los españoles y cristianos de que tanto te precias. Cargó en este trance tanto número de enemigos zuaques, que se hubo de retirar herido, y dejar la presa que tenía el valeroso indio.

Y aunque parezca digresión, la ocasión presente pide se escriba aquí cuán señalado indio fue este tegueco; porque andando el tiempo se mostró muy amigo de los españoles, y fue grande medio para la conversión de su nación; él, su mujer e hijos, se bautizaron antes de entrar la doctrina a su río, que dista de la villa diez y ocho leguas; y fue singular y de edificación el modo con que le rindió la gracia divina para vencer las dificultades que él hallaba en recibir la fe y santo bautismo. Tenía cinco mujeres y sentía mucho el apartarlas de sí. Y si sucedía estando con españoles acertar a pasar por delante algún indio gentil, que sabía no tenía más que una mujer, les decía: éste es un bueno para cristiano. Y para serlo él, iba cooperando con la gracia y apartando de sí algunas de las mancebas que tenía. Sucedió pasar alguna de ellas a su vista; y para que entudiesen, los españoles que ya se iba disponiendo para el bautismo, les decía: aquella era mi mujer, y ya la he despedido, porque deseo ser cristiano. Tenía un hijuelo que acertó a traer a su madre a donde estaban los españoles y díjoles: este niño es la cosa que más amo de cuantas poseo: deseo mucho que sea cristiano; y por si yo muriere en las guerras,



desde ahora os le doy, para que siendo mayor os lo llevéis, y hagáis cristiano, aunque sea contra la voluntad de su madre y parientes.

Finalmente venció la gracia de Dios a la naturaleza en este indio, porque escogiendo de todas las cinco mujeres que tenía, sólo una, y apartando de sí las demás (obra heroica, despegar lo que estaba tan entrañado y hecho una carne y sangre) se catequizó y bautizó con su mujer e hijo, mucho antes que entrara la doctrina a su nación: y el bautismo se le concedió con tal condición, que a temporadas del año acudiesen él, su mujer e hijos a pueblos cristianos de la villa, a oír las pláticas de la doctrina, y a la obligación de confesar las cuaresmas. Todo lo cumplía: y le vi yo algunas veces que venía a visitarnos desde sus pueblos, hasta que llegó el tiempo que se dio doctrina de asiento a su nación y entonces ayudó mucho al bautismo de toda ella.

Y volviendo a la historia, de las diligencias que hacían capitán y españoles, de coger a Nacabeba y acabar con él, que había sido y era el tropiezo del progreso de la fe y el escándalo de la provincia. Quiso Dios que al fin los teguecos lo hubiesen a las manos: porque después de la refriega pasada, en que no pudo hacer presa de él el indio Lanzarote como lo deseaba: el mismo Nacabeba, con los que le acompañaban, se les vinieron y entraron por las puertas. Porque pareciéndoles que ya entre los zuaques tenían por seguridad, y que por su causa los teguecos les daban crueles albazos, y que los españoles también hacían grandes diligencias con los zuaques para que los entregaran, ofreciendo premios y vestidos a los que trujesen las cabezas ya que no pudiesen las personas: determinó Nacabeba acogerse a los teguecos y ponerse en sus manos, con la poca gente que le quedaba. Los teguecos lo admitieron con condición bárbara de que les habían de hacer francas las mujeres e hijas que llevaban. Aceptó el partido el desventurado, que ya parece no lo sufría la tierra. Con esto lo admitieron, y fue el medio para que finalmente se llegase la hora en que pagase su delito.

## CAPITULO XVII

*Viene a manos de españoles Nacabeba y hácese justicia de él*

Como el Nacabeba fue traidor en dar la muerte al bendito padre Tapia, quiso Dios que él pagase su culpa con semejante pena. Porque aunque los teguecos, con la infame condición de que les hiciesen francas las mujeres que consigo traía le ofrecieron la protección, no se la guardaron. Porque luego que lo tuvieron en su poder, lo amarraron a un palo porque no se les huyese: y teniéndolo en guarda, despacharon aviso a la villa de los españoles, que fuesen por él, que allí lo tenían para entregarlo. Cuando llegó este aviso a la villa estaba ausente el capitán, teniente del general Alonso Díaz, habiendo dejado en su lugar al cabo del presidio, que lo era Diego Martínez de Hurdaide, tan animoso como después veremos.

Mandó luego aprestar doce caballos de armas, con otros tantos soldados y sin aguardar a hacer más gente de indios amigos, partió con ellos a toda diligencia para uno de los pueblos de tegueco, donde ya que llegaba le salió a recibir el cacique Lanzarote y viendo tan pocos soldados en su tierra, donde antes no se atrevía a entrar en corta escuadra; porque había más de mil indios de guerra que se eran gentiles: extrañando escuadra de tan pocos soldados, preguntó al caudillo: ¿no traes contigo más gente que ésta? De esta pregunta el animoso caudillo que sabía muy bien cuan importante es no mostrar cobardía con los indios y recelando por otra parte, si acaso había sido estratagema de los teguecos el sacarle a campo en sus mismas tierras para romper la guerra, la respuesta que le dio fue decirle con ánimo arriscado: perro indio si me has llamado con falsedad y ficción de que quieres entregar a Nacabeba y tu intento es pelear y matar españoles: llama luego a toda tu gente, que con toda pelearé yo solo, aunque no me ayuden los soldados que aquí traigo. El indio viendo alterado al caudillo, le sosegó diciendo: no te enojés, que la verdad es que te quiero entregar a Nacabeba; y señalando con la mano cierta casa del pueblo, le dijo: allí está amarrado ven y lo verás y te lo llevarás. Apeóse el caudillo y algunos soldados, quedándose otros a caballo para cualquier suceso entre gente de poca fidelidad; llegó el caudillo a la vista de Nacabeba, el cual en viendo a los españoles, exclamó a los indios presentes: ¡ah teguecos! ¿no os había pedido, que vosotros me matáades antes

que entregarme a españoles? Halláronle transido y sin haber comido en tres días. El caudillo le sosegó e hizo que le alentasen con algo de comida y le desatasen del palo y asegurándole con otras amarras, dio vuelta con él a la villa llevándole también con una hija suya y otras algunas que andaban en su compañía y estaban en poder de los teguecos.

Llegados a la villa, concluyó la causa y proceso, sentenciando a ahorcar y hacer cuartos a Nacabeba con otro sobrino suyo, cómplice de sus delitos: condenó a la hija a servicio perpetuo y destierro de la provincia, remitiéndola a México. Los padres cuando supieron de la sentencia, fueron a ayudar a los dos condenados a muerte y disponerlos para aquel trance. A Nacabeba catequizaron para bautizarle, porque como él nunca había querido entrar en la iglesia, no estaba instruido en las cosas de nuestra santa fe. Ahora en este trance ya oía y recibía con mucho gusto la doctrina de los padres. El sobrino se confesó, porque era bautizado, y acabado de bautizar el uno al pie de la horca, y confesado el otro; el uno y el otro con muy grande arrepentimiento de sus pecados, murieron, obrando sin duda la sangre del bendito padre Tapia que ellos derramaron, y sus merecimientos y ruegos en el cielo, ese beneficio en sus enemigos. Que el mandamiento que de esto nos dejó Cristo nuestro señor en la tierra, su fuerza se tiene en el cielo. Murieron los dos delincuentes dando grandes muestras de su salvación y quedó la provincia de Sinaloa libre del escándalo que padecía y estorbo de la dilatación del santo Evangelio.

## CAPITULO XVIII

*Dióse doctrina de asiento a dos pueblos de gentiles: y refiérense varios casos de edificación de los que se bautizaban*

El señor que lo es de la viña de su iglesia, no sólo cuida de su labor y que le limpie y arranque la maleza, que impide sus medras, sino también de que se planten nuevos majuelos y plantas, para que se multiplique el fruto deseado. Arrancada pues la maleza de los indios inquietos, movía Dios a nuevos pueblos gentiles a pedir la doctrina, de que los otros cristianos gozaban y padres que de asiento se la predicasen. Estos fueron los que llaman del valle del Cuervo o Cacalotlán, catorce leguas de la villa, a las faldas de las serranías. Habiendo pues hecho está gente serrana sus iglesias, aunque de prestado y de paja, vinieron con su petición al padre Martín Pérez, que era el superior de los demás: el cual aunque alguna vez había visitado estos pueblos de paso, por no dar más espacio el tiempo; ahora tomó más de propósito su doctrina. Esta hizo muy buen asiento en ellos, por ser de mejor natural, y no tan feroces como otros.

Escribe el padre Martín Pérez lo que se sigue, que le pasó en la conversión de esta gente. Tuve (dice) noticias de algunos indios serranos, que habitaban allí cerca en cuevas y picachos sin cuidado de la otra vida, y luego los envié a llamar con algunos indios fieles y bien intencionados de su nación. Vinieron a mi presencia treinta y ocho adultos, con diez y nueve hijuelos, que no parecían sino venadillos monteses, según huían y se escondían por no verme. Habléles con cariño diciéndoles lo que les importaba cuidar del remedio de sus almas, el cual tenían ya tan a mano y el de la de sus hijos. Oída esta platica, al punto se resolvieron a quedarse en el pueblo y bautizarse. Recibieron ese santo sacramento, primero los párvulos: y los pocos cristianos antiguos hicieron gran fiesta y regocijo el día del bautismo, dando de comer a los recién bautizados: y para que la fiesta fuese mayor, se casaron *in facie ecclesiae* aquel mismo día algunos de los adultos.

Pocos días después bajaron de la sierra otros treinta, y en estando dispuestos los bauticé; y cada día van bajando nuevos serranos, movidos del buen ejemplo y de las mejoras que ven en los cuerpos y almas de sus vecinos. Los cristianos más antiguos acuden muy bien a sus confesiones, parece que les entra todo en provecho, pues hay indias que solicitadas y

combatidas de los enemigos de su honestidad, están muy fuertes, sin bastar dádivas de precio y estima que les ofrezcan, ni amenazas que les hagan: y hubo india que acordándose de lo que había oído en los sermones, se huyó de la mala compañía de un hombre que la había engañado, y caminó sola treinta leguas hasta llegar al pueblo donde yo estaba, y llegada con muchas lágrimas que le diese el castigo y penitencia que sus grandes pecados merecían. Hasta aquí el padre. Estos dos pueblos de esta gente, que tendrían de trescientos a cuatrocientos vecinos, han perseverado siempre en muy fiel cristiandad; han procedido con muy buen ejemplo en costumbres y ejercicios cristianos, en que hoy prosiguen.

Con estos aumentos de iglesias llegaba ya por este tiempo (y cerca de los años de mil y seiscientos) el número de bautizados en la provincia de Sinaloa, a más de siete mil almas; y de ellos, así párvulos como adultos, habían pasado al cielo con la gracia bautismal, buen número, y los que quedaban acudían con fervor a los ejercicios de cristianos; con cuyo ejemplo otros iban pidiendo de nuevo el santo bautismo. Y sucedían los casos de consuelo que escribe el mismo padre Martín Pérez en otra carta y yo refiero; porque en ellos se ven los medios de la divina predestinación de algunas de estas pobres gentes. Dice así: Fuéronme a llamar de prisa para una vieja infiel que estaba muy a cabo; fui, y desde que en esta tierra estoy, no he visto en cuerpo tan miserable y llagado, mayor disposición y deseo de bautismo, ni mayor viveza y percibir y referir las cosas de nuestra santa fe. Bauticéla y al punto murió, dejándome con particular consuelo de ver que el alma de aquella dichosa vieja en un punto se ganó el cielo. Y es de notar que hasta entonces había sido la más adversa y contraria a las cosas de nuestra santa fe, de cuantos había en su pueblo: de suerte que jamás se había podido acabar con ella que entrase en la Iglesia. Pero ¿quién apeará la alteza de la predestinación?

Añade el caso siguiente: Vinieron a avisar, que me llamaba un indio infiel y enfermo que estaba en su sementera, diciendo que se quería bautizar: fui y halléle muy fatigado; mostró notable alegría en verme; catequicele y aunque hacía entero concepto de las cosas de la fe, parecióme no daba prisa la enfermedad y diferí para otro día el bautizarle, porque se pudiese disponer mejor para recibir este sacramento. Envié a la mañana un caballo, en que le trajesen a la iglesia y si no estuviese para ello, me avisase, para ir yo donde él estaba: encontráronle en el camino muy animado, con un bordón en la mano y ayudándole su mujer. Llegó donde yo estaba: bauticéle, cumpliéndole el deseo fervoroso con que había venido: recibió con grande alegría y devoción suya y mía, el santo bautismo y premióle nuestro Señor el trabajo que había tomado con mercedes dobladas; porque por medio de este santo y celestial baño, alcanzó entera salud en el cuerpo y vida para el alma. Quedó este indio tan agradecido, que suele venir de legua y media a verme, trayendo

siempre algo de lo que según su mucha pobreza puede, que sería alguna sandía o calabaza, en agradecimiento de haberle admitido a la congregación de los cristianos. Dejo otros semejantes ejemplos y añadiré el que sucedió en diferente materia y sirvió de irse confirmando en la fe los nuevos cristianos.

Estaban por este tiempo, así los españoles como los indios, muy afligidos, porque con falta grande de agua se les secaban sus sementeras. Comunicando su aflicción los indios con el padre ministro de doctrina, les hizo una plática, aconsejándoles hiciesen aquellos tres días oración a Dios (y eran los antecedentes de la natividad de la virgen santísima) pidiéndole remedio y que confesasen y comulgasen los que eran aptos para recibir tan soberano sacramento, y que el postrer día, que era el de la fiesta de la virgen, les diría la misa por esa intención. Acudieron a este ejercicio con mucho concurso, añadiendo disciplinarse los tres días en la iglesia delante de una imagen de nuestra señora que tenían, y el último día la trajeron en procesión. Este mismo día, estando el cielo sereno y raso, de repente se nubló y la que es madre de misericordia, se las hizo con abundancia, descargando un grande aguacero y lluvia que duró dos horas y alegró los sembrados y más los corazones, que estaban afligidos y quedaron muy consolados con este socorro del cielo y confirmados en las verdades de nuestra santa fe, viendo a sus ojos los efectos de su devoción.

Resultó también otro buen efecto de ella y fue, que habiendo visto cuán bien les habían valido los ruegos y recurso de su aflicción a Dios y a su madre santísima, manifestaron a la justicia una india que los traía engañados, diciéndoles que por que ella no quería no llovía y que con ciertas palabras deshacía las nubes, por estar enojada con ellos: trajeron a la embustera a la iglesia y preguntada delante de todo el pueblo, confesó su culpa y embuste, con que traía engañada la gente: lo cual el fiscal del pueblo remedió, castigándola públicamente. Medios todos con que se iban aficionando más cada día aquellas gentes a nuestra santa fe, y saliendo de los engaños y ceguera en que el demonio las había tenido sepultadas.



## CAPITULO XIX

*Despáchase para México el caudillo de Sinaloa, a dar cuenta al virrey del estado de la provincia y el que a la vuelta halló en ella*

Aunque las cosas de la cristiandad y asiento de ella en los pueblos cercanos a la villa, corrían prósperamente y los bautizados crecían y se multiplicaban en ocho iglesias que estaban levantadas; pero todavía duraban en la provincia las inquietudes y alborotos, que en particular causaban los zuaques y otros gentiles que había en las fronteras. Para cuya pacificación y tratar que se diese asiento a ella, determinó el teniente de general Alonso Díaz, despachar a México a su caudillo Diego Martínez de Hurdaide, a dar cuenta al conde de Monterrey, virrey de la Nueva España, del estado de aquella provincia, para que su excelencia diese la orden conveniente al servicio de las dos majestades y amparo y conservación de aquella tierra. Despachose a toda diligencia, llegó a México, dio cuenta muy por extenso al virrey del estado de provincia tan apartada como es la de Sinaloa. Oyó al caudillo con agrado su excelencia; y como tan celoso del servicio del rey y del cuidado principal que su majestad encarga a sus gobernadores en las Indias, de la dilatación del santo Evangelio, parecióle sería a propósito para dar asiento a las cosas, la persona del dicho caudillo; y que por otra parte el capitán Alonso Díaz, por su mucha edad, pedía el retirarse a su casa y haciendas que las tenía en Guadiana. Determinó el virrey darle el título de capitán a Diego Martínez de Hurdaide, con comisión para que añadiese otros diez soldados a presidio, con que eran treinta y seis. Después andando el tiempo y extendiéndose las reducciones de gentes en la provincia, se añadieron otros diez y quedó este presidio y hoy lo está, con cuarenta y seis soldados, un capitán y otro cabo o caudillo. La elección del virrey fue acertadísima y como venida del cielo. Porque tenía Dios destinado a este señalado capitán, para por su medio obrar la maravillosa conversión a la ley de Cristo, de las naciones fieras de casi toda la provincia de Sinaloa; como se echará de ver por todo el discurso de esta historia y particularmente en el capítulo siguiente. Y se puede decir de él, lo que la Escritura Sagrada de los Macabeos, que fue: *De semine virorum illorum, per quos salus facta est in Israel.* Y aplicando esto al pueblo cristiano y nuestro



capitán de las Indias, fue uno de los que Dios escogió para grandes obras en parte tan remota de ellas.

Volvió el nuevo capitán con los diez soldados añadidos a Sinaloa, por los años 1599. Tomó la posesión de su oficio, que luego tuvo necesidad de ejercitar; porque halló en la vuelta de México, que la nación Guazave, a persuasión de indios belicosos e inquietos, incitándolos el demonio, se habían alzado y quemado las iglesias que habían hecho, capitaneándola principalmente un cacique muy estimado de ellos, indio de grande valor. Cuando el nuevo capitán supo el levantamiento de los guazaves, armó sus soldados y caballos y llevando algunos indios de los amigos en su compañía, salió en busca de los rebeldes. Ellos se habían retirado a los montes y arcabucos, que son sus fortalezas; siguióles, dióles alcance y prendió las cabezas del alboroto, y de los más culpados hizo justicia, asentando a los demás en paz en sus pueblos, y perdonando al cacique principal, por ser muy estimado en la nación y que, convertido a la fe podía ser de mucho provecho para ampararla y para gobierno de ella.

Sucedió así, porque luego el dicho cacique dio orden a su gente que volviesen a hacer iglesias y que recibiesen de paz a su padre y ministro. El se bautizó después y se llamó don Pablo Velázquez; fue muy grande apoyo de la grande cristiandad de la nación Guazave y la gobernó en paz muchos años, hasta su muerte: con que quedó este rebaño recogido de esta vez para siempre; y fue de mucha importancia esta facción, porque con ella todos los pueblos del río de la villa, en cuyos términos estaban poblados los guazaves, se acabaron de quietar y asentar, sin haber quien los alborotase. En todos ellos crecía y se multiplicaban cada día los cristianos.

Cerrará este capítulo un caso que toca al cacique de los guazaves, de quien dije que tomó acertado acuerdo el capitán en perdonarle la vida, para mucho fruto en su nación. Porque no es nuevo en las tierras feraces de maleza, después de estar arrancada y sembradas de buena semilla, dar abundantes y provechosos frutos. Y es digna de escribir aquí la vuelta que dio a lo cristiano, el que era muy valeroso y belicoso a lo gentilico. Era el gobernador don Pablo Velázquez, indio de gran capacidad (que tales se hallan algunos, y no pocos, entre esta gente) hecho cristiano vivía con gran cuidado de su alma, mantenía a su gente en mucha observancia de la ley de Dios, y en policía y sus súbditos le tenían grandes obediencia. Confesaba con grande cuidado haciendo mucho escrutinio de su conciencia. Obró Dios en él una maravilla y muy notada en su pueblo. Viose una vez tan al cabo de la vida de una enfermedad, que convino darle los santos sacramentos. Hízose llevar a la iglesia en un lecho muy limpio y aseado, con mantas, y recibió el santísimo sacramento y extremaunción y volviéronle a casa. No es uso este que extrañan los indios, que por enfermos que estén suelen salir al campo y al aire.

Dentro de poco y cuando menos se pensaba, llegó a vista del padre, don Pablo bueno y sano, el que estuvo en el trance de la muerte. Preguntó el padre qué mejoría era aquella tan apresurada, respondióle, que cuando recibió el santísimo sacramento, ya le había faltado la vista con la fuerza de la enfermedad. Pero luego que recibió el soberano sacramento, se había hallado de repente con vista y vuelto a la casa comenzó a mejorar y estaba ya bueno y sano. Y así la Escritura Sagrada hizo memoria del caso que le sucedió a Jonatás, que gustando de la miel de un panal que topó, se le reparó la vista que había perdido: *Et illuminati sunt oculi eius*. Por tan célebre podemos escribir el caso de nuestro indio don Pablo, y lo fue tanto en los pueblos de Guazave, que predicando después el Jueves Santo, el padre, a toda la nación en la iglesia, de los efectos de la sagrada comunión, en el que dignamente la recibió; y que no solamente se extienden al alma sino también al cuerpo. El pueblo se suspendió notablemente a este punto, poniendo todo él los ojos en el ejemplo de su cacique, que tenía presente y en que admiraba el efecto patente que había obrado el soberano sacramento y había publicado don Pablo, el cual, años después, habiendo ayudado muy bien a la cristiandad de su nación, acabó el curso de su vida muy cristianamente, habiendo sido de los señalados cristianos de la provincia de Sinaloa.

Y porque no parezcan cortos estos frutos de esta nueva cristiandad, aunque no lo eran para sus principios, demás de los que adelante se dirán, escribiré aquí los que el padre superior de estas primeras misiones, andando el tiempo, añadió de esta gente y dice así: véese generalmente en estas naciones el fruto espiritual que se saca de los naturales, y cuanto se agrada nuestro señor de sus buenos deseos; avivando cada día en ellos la lumbre de nuestra santa fe, haciéndose muy capaces de lo que se les enseña y predica, encomendando mucho a la memoria cualquier cosa que se les dice de virtud y enmienda de vida, y así es de notable consuelo ver y experimentar el provecho que se saca del gran cuidado y vigilancia que se tiene el instruirles cómo han de proceder por el camino de su salvación y del cielo, ayudándose con muchas veras de los medios para conseguir este fin, especialmente de los santos sacramentos.

Es el de la confesión muy usado y estimado de todos, y se muestra en las veces que procuran confesarse y limpiar sus almas de los pecados, cada vez que se hallan con necesidad y tienen ocasión de ello: muestran gran dolor y arrepentimiento de sus culpas y prorrumplía muchas veces en lágrimas su dolor.

Es notable la estima que hacen de sus almas, algunos a quienes el señor, como a escogidos suyos, les da a entender el fin que las almas tienen y cómo a los que obran bien, tiene Dios prometida una gloria de gozo eterno; y para los que no se aprovechan de la doctrina del padre y se dejan vencer del pecado, tiene un infierno de perpetuo fuego, y platican ellos de esto con gran admiración. De esta estima que hacen de los miste-

rios de nuestra santa fe, nace el parecerles mal cualquier vicio que en los otros ven y los reprenden. Al padre le avisan del pecado o mala vida que sienten en los otros. El afecto al santísimo sacramento del altar es muy grande, alabándole y bendiciéndole y preparándose lo más decentemente que pueden en sus almas para la sagrada comunión, cuya frecuencia es mucha y de gran ejemplo, comulgando muchas veces entre año, en días señalados del santísimo sacramento y fiestas de la virgen nuestra señora, de suerte que se cuentan en algunas partes y pueblos, trecientos, cuatrocientos y seiscientos indios de comunión en semejantes días de devoción suya y sienten tan buenos efectos con estos celestiales remedios, y los que Cristo dejó a su Iglesia, que para remediar sus necesidades y librarse de las adversidades temporales, se confiesan (y muchos generalmente) y comulgan, y se ha visto haber confirmado Dios nuestro señor la esperanza de estos pobres, con el efecto de lo que deseaban.

Un año particularmente, que sembraron e hicieron grandes milpas de maíz y otras semillas, veían que iban creciendo los días y pasándose los meses y sus sementeras se perdían por falta de agua: acuden al remedio de aplacar a nuestro señor, de quien pensaron venir aquel azote, confiéсанse y azótanse con verdadera devoción y penitencia y luego les acudió nuestro señor con muy copiosos aguaceros y continuas aguas.

## CAPITULO XX

### *Del señalado valor y virtudes del capitán de Sinaloa, Diego Martínez de Hurdaide*

Para que caiga bien el famoso castigo que se escribirá en el capítulo siguiente (que sin duda ayudado del cielo y de su consejo hizo el capitán Diego Martínez de Hurdaide) con otras muy señaladas victorias que alcanzó en la provincia de Sinaloa, quiero primero resumir en éste las grandes partes de valor, prudencia, virtud y demás calidades de este capitán, que sin duda se puede contar entre los insignes que han militado y servido a Dios y a su rey en el Nuevo Mundo, y sus esclarecidas obras son merecedoras de ilustre memoria. Porque a ellas debe la provincia de Sinaloa en todo o en gran parte, la extendida cristiandad de innumerables almas y naciones que la pueblan. Y en el prólogo prometí escribiría de los señalados sujetos que ayudaron a las empresas de la fe, de que se escribe en esta historia.

Nació el capitán Diego Martínez de Hurdaide en la ciudad de Zacatecas en la Nueva España, rica de abundantes y copiosas minas; su padre fue vizcaíno de nación y su madre nacida en la Nueva España, personas muy honradas. Fue desde muchacho muy adelantado y de grande ánimo que le inclinó a la milicia, y así comenzó a ejercitarse en ella, siendo de pocos años; de suerte que yo oí decir al gobernador y capitán general de la Nueva Vizcaya, gran soldado, don Francisco de Ordiñola, que fue el primero con quien asentó plaza de soldado Diego Martínez de Hurdaide, que viéndole de tan poca edad los demás soldados, le decían que ¿cómo daba plaza a un muchacho de tan pocos años? El les respondió: dejadlo que éste ha de ser un demonio: quiso decir en el coraje y valor. Refirióme a mí este dicho mucho después de haber hecho el capitán Hurdaide valerosas hazañas, y alegrándose de que hubiese salido cierta su profecía, porque antes había tenido prendas de su valor, maña y destreza, y junto con ella tenía grande prudencia y reporte para acometer las empresas, que en ellas muchas veces más se alcanzan las victorias por la industria valerosa del arte militar, que por las armas.

Desvelábase en el discurso de su consejo para cualquier acometimiento y más cuando amenazaba ruina o caída de la cristiandad, o restauración de la paz de alguna nación, y mucho más cuando iba en ella la

honra de Dios y de su rey y amplificación de la cristiana religión. Cuando convenía y era menester de la presteza y ponerse sobre el enemigo, era un rayo del cielo, y la ejecutaba antes que él lo pensase y solía decir en ocasiones de alzamiento: ahora en ésta no he de dejar gozar la presa al enemigo; antes que él lo piense se la he de quitar de las manos, no les he de dar lugar a prevenirse, y como lo decía lo ejecutaba, viendo no pocas veces sobre sí el enemigo y recibiendo el golpe de las armas, del que pensaba se estaba preparando para irlo a buscar. De donde nació la opinión y el nombre con que le llamaban los indios, que era de hechicero, y por otra parte, cuando veía que no había seguridad en el acometimiento, no era arrojado, ni precipitado en las armas; antes con prudencia militar y suspensión de armas, gastaba las fuerzas y deslumbraba del acometimiento al enemigo. Medio que le valió a Fabio Dictador, capitán romano, para gastar las fuerzas a Aníbal, como escribió Libio, diciendo, que Fabio había hecho guerra, no habiéndola, *sedendo et cunetando*. Y Michael Verino en sus Dísticos Morales: *Plus cunctatoris Fabii mora profuit urbi, Flamini et Grachi, quam valvare mane*.

Aníbal que venció la fortaleza de los flaminios y los gracos no pudo vencer con la suspensión de Quinto Fabio. De ésta se valía en ocasiones el capitán Hurdaide, aunque lo más ordinario era ser presto y diligente como lo debe ser un capitán, antes que tardo en sus facciones; que esto es perder la ocasión y el tiempo.

Sirvió a su majestad los primeros años de su milicia en las fronteras de la Nueva Galicia y Nueva Vizcaya, Zacatecas, minas de Guanacevi, Santa Bárbara, Masapil; en las guerras y pacificaciones de naciones muy fieras y que dieron mucho en qué entender a los españoles en la Nueva España, y en todas estas empresas, fue muy señalado en su valor y por él muy nombrado y estimado. Pero aunque en todas estas partes y conquistas hizo demostración de su valor y prudencia, se excedió en la pacificación y reducción de casi veinte naciones que asentó de paz en la provincia de Sinaloa; y era cosa que ponía admiración ver la autoridad y dominio que había cobrado para con todas ellas y no sólo en las cercanas y cristianas, sino en las apartadas, distantes y feroces. A todas las tenía tan ganadas y sujetas, que las gobernaba con cuatro sellos de cera, que imprimía en un pequeño papel: que aquella era la seña que daba para sus mandatos y órdenes; ésta era como provisión real, sin letra ni escrito; y el que lo llenaba ponía el papel en una cañita rejada, y ésta se ponía el indio en el cerquillo, con que dijimos recogen el cabello y se venía y volvía a su tierra solo, penetrando por medio de naciones enemigas, por donde en otro tiempo él no se atreviera a pasar, sin que le hiciesen pedazos.

Pero en viendo los enemigos el papel y los sellos, era como ver al capitán y servían al portador y le aseguraban el paso por sus tierras. Y era amenaza que les tenía hecha a todas las naciones; que si faltase o no pareciese alguno de estos embajadores u otro cualquier indio de los que

le venían a ver, se los había de entregar la nación por cuyas tierras pasó, o iría él en persona a buscarlo entre ellas; y si no lo hallase, lo pagarían con sus cabezas. Y cuando sucedía el caso, lo ejecutaba; aunque ellos por excusar esta inquisición, hacían la puente de plata a los que pasaban. Con esto se caminaba y atravesaba toda la tierra en cien leguas de distancia del presidio, con toda seguridad.

Aunque fue muy señalado este valor del capitán Hurdaide, también no se puede negar que le acompañaba mucho el favor del cielo a que él cooperaba; porque no menos cuidaba de las obligaciones de un gran soldado, que de las de un muy cristiano capitán, en frecuencia de sacramentos, culto divino y oír misa, reverenciar a los sacerdotes, enseñando a los indios a reverenciarlos. Y sobre todo, un celo tan singular de que se dilatase el santo Evangelio y conversiones a él, que en esto empleaba y gastaba todo su valor y hacienda, y en atajar los estorbos que podían impedir el promulgarse la ley de Cristo: y fue tan grande este celo, que cuando la última vez dio vuelta a México a sacar licencia (como se dirá) para que se les diese doctrina a las naciones del grande río de Sinaloa, oyéndole un padre muy grave y santo de nuestra compañía hablar de la materia, dijo: a este hombre ha dado Dios la vocación y celo que suele dar a sus operarios apostólicos y evangélicos.

Y de este afecto nacía la grande beneficencia de que usó con los indios, la cual junta con su valor, obró en ellos grandes proezas. Nunca se sirvió de ellos para sus intereses, ni les fue molesto en que le hiciesen sementeras o se ocupasen en otros trabajos que les suelen ser a otros gobernadores provechosos y a los indios de pesada carga; antes repartió entre ellos cantidad de vestidos y gran número de potros, en particular a los principales caciques, con que los hallaba fieles en las ocasiones; y ellos estiman mucho dar una carrera en un caballo, aunque sea en pelo; y esto les es de gran gusto y entretenimiento, aunque no tengan otro freno con que gobernarlo, que una cuerda que les atan a la barba.

Y prueba de la liberalidad y beneficencia de este capitán, fue el haber gozado de la plaza más de treinta años; porque nunca se atrevieron los señores virreyes a remover de aquella provincia al que la había ganado, asentado y dilatado: y una vez que lo intentó el marqués de Montes Claros, le escribió el gobernador don Francisco de Ordiñola (como a mí me lo refirió su señoría) que aunque él se tenía por un buen soldado, no se estimaba en comparación del capitán Hurdaide. Pues habiendo tenido muy honrados gajes de su majestad el capitán Hurdaide, cuando murió fue quedando más adeudado, que rico, por lo mucho que gastó en procurar allanar el paso a la predicación del evangelio. Manifestaba bien estos sus deseos con su alegría, cuando acababa de asentar una nación y estaba bautizada. Porque luego estos sus deseos se encaminaban a la conversión de otra, y los manifestaba diciendo: ahora habemos de dar otro empujón al demonio en Sinaloa.

Y porque se diga todo lo que toca a la persona de tan insigne capitán (aunque es cierto dejo muchas cosas por no alargar la historia, de que se refiera a hacer un libro entero) y una fue muy señalada, que aunque parece pudiera disminuir la autoridad de persona tan valerosa, por otra parece que quiso Dios señalar y hacer singular con ella, y ésta fue, que la estatura del cuerpo del capitán Hurdaide era muy pequeña; tenía los pies zopos o torcidos, y encontrados y con todo tan grande de fuerza de cuerpo y brazos, y tan grande ligereza en tales pies, que era un gamo en correr tras un indio por una ladera; y si le prendía con las manos, estaba segura la presa; como lo veremos en la facción memorable del capítulo siguiente, y en otros de mucha parte de esta historia, que serán prueba de todo lo que aquí se ha escrito de este insigne capitán. Del cual por último remate diré otra cosa, que fue singular muestra de su valor, prudencia y buena suerte, tal que por ventura se podrá decir de muy pocos capitanes, que se han ejercitado mucho tiempo en campaña y cosa en que puso singular estudio y diligencia, ésta es, que en más de treinta años que anduvo en refriegas con los enemigos, y más de veinte batallas campales y muy peligrosas que tuvo con ellos, no le cogieron soldado ni cabeza de ninguno de ellos. Porque aunque él y ellos salieron no pocas veces muy heridos, y de las heridas murieron algunos vultos de la jornada; pero nunca se gloriaron los enemigos de haber bailado con cabeza de españoles en tiempo del capitán Hurdaide, ni menos con la del capitán.

Y así tenían a cosa de milagro el gobernador don Rodrigo del Río, no haberla cogido los enemigos en tantos encuentros y batallas, cosa que mucho los enemigos deseaban, aunque fuera comprándola con sus cabezas, y el no poderlo conseguir los tenía asombrados y amilanados atribuyéndolo a hechizos lo que sin duda fue singular favor de la divina providencia, que disponía por estos medios la salvación de tantas gentes, escogiendo un tan valeroso capitán para empresas tan santas en servicio de las dos majestades: que lo cierto es que se hermanan bien el uno con el otro, como se muestra en el ejemplar propuesto.

Por orden de la Real Audiencia de México se habían hecho informes para presentar al Real Consejo los méritos de este capitán y que su majestad le hiciese mercedes; pero la muerte las atajó, para hacérselas la divina, dobladas en el cielo; y muy aventajadas de gloria, como tenemos por cierto los que le tratamos y conocimos. Porque le concedió Dios una muerte muy cristiana y quieta en su cama, para la cual se había prevenido antes, recogiendo por ocho días en nuestro colegio de la villa de Sinaloa (donde murió) a hacer los ejercicios de nuestra compañía, los cuales gastó en oración y penitencia. Segura preparación para la jornada última, que hizo al cielo. Y con esto pasaremos a una de las muchas señaladas que acá hizo en la tierra.

## CAPITULO XXI

### *Del famoso y señalado castigo que hizo el capitán Hurdaide en la belicosa y fiera nación zuaque*

Aunque por este tiempo se le ofrecieron al valeroso capitán Hurdaide, como en tierra nueva y frontera de tantas naciones, algunas inquietudes y alborotos, que hubo de sosegar con las armas, pero lo que más cuidado le daba, por ser lo que más inquietaba la provincia, era la soberbia y arrogancia de la nación insolente zuaca, que se preciaba de matadora de españoles, la que era receptáculo y madriguera de todos cuantos forajidos e inquietos había en la provincia, llamándolos y convocándolos, para que se amparasen de su valor, y había llegado a tanto su demasía y libertad, que pocos meses antes que se ejecutase el castigo que aquí diré y estando todavía en la provincia el capitán teniente de general, cuyo caudillo era Diego Martínez de Hurdaide, hallándose allí, acertó a llegar un indio con un recado de los zuaques al teniente general, desafiándole a que entrase a sus tierras.

El teniente, por tener orden de los señores virreyes, que evitase lo posible la guerra, si no fuese fuerza el romperla, juzgando que aquella facción era de las que conforme a estas órdenes debía atajar, respondió al indio con algún reporte, y templanza. Esta no pudo sufrir el ánimo impaciente del caudillo en ocasiones tales, sino que echando mano al indio, lo derribó a sus pies, diciéndole con mucho coraje: corre indio, y di a los zuaques, que algun día me verán en sus tierras, y yo los iré a buscar, y enfrenar sus atrevimientos y orgullos; y vuelto a su capitán y dándole alguna satisfacción de aquella acción, que pudiera parecer precipitada o demasiada en su presencia, le dijo: señor general, no es razón que nos traten lo indios de esta suerte a los españoles, porque mientras estas gentes nos menospreciaren y no tuvieren el crédito y reputación del valor que con sus armas tienen ganado los españoles, no hay que aguardar paz y seguridad en esta provincia, y la podemos dar por perdida, y rematada. Con esto se fue el indio; los zuaques perseveraban en su arrogancia y atrevimiento, entrando hasta las puertas de la villa como se ha dicho.

Pero al fin, se llegó el tiempo que Diego Martínez de Hurdaide entró con título de capitán y treinta y seis soldados en Sinaloa, y lo primero en



que puso la mira, fue en castigar y humillar la nación tan arrogante y perjudicial. Consideró a solas la facción, y sin declararla la hizo encomendar a Dios. Y es cierto que parece, que fue del cielo la singular traza y estratagema que inventó, porque toda la forma de ella le salió puntualmente como la forjó en su pensamiento y tan acertada, como si cuando la intentó la tuviera presente y la pudiera desear y pintar: lo primero se resolvió de entrar a las tierras de los zuaques, tan temidas, y aunque conoció que lo habían de recibir de guerra; pero él dio otro color a su entrada. Preparó días antes de la partida, cadenas de colleras y prisiones, con tanto secreto, que él mismo encerrándose de noche en su casa, escondía las cadenas en costales encubriéndolas y envolviéndolas en ropa y paja, para que los soldados no entendiesen el intento, por el temor que con su ferocidad había causado esta nación. Y aun con todo, a los soldados, se les traslucía y recelaban alguna facción atrevida de las que solía usar el capitán, cuando le veían aquellas noches encerrarse a solas en su casa. Pero no obstante, como buenos soldados, le estaban obedientes.

Esto dispuesto, les dijo, que había pensado fuesen a hacer matalotaje de tasajos de ganado cimarrón, que quedó alzado desde que se despobló la primera villa de Carapoa y andaba cerca de los montes de Zuaque. Porque ganado manso no lo había en este tiempo y se hallaban faltos de mantenimiento. Mandóles que se apercibiesen y también aprestasen sus caballos de armas, por lo que pudiese suceder. Los soldados obedecieron, y llevando sólo veinticuatro de ellos y algunos indios de servicio, salió de la villa a su jornada y llegando cerca de la tierra de los zuaques, hizo una acordada plática y razonamiento a sus soldados, declarándoles su intento y las razones que le obligaban para el bien de aquella provincia y quietud de ella, a castigar una nación tan rebelde, que la traía tan inquieta, y a la cristiandad tan desasosegada y que se animasen a volver por la reputación de los españoles, que estaba allí tan acabada: que lo que pretendía de los soldados era, que cada uno le diese atados a dos indios de los zuaques, en ocasión que él hiciese la señal y apellidase el Santiago de los Españoles: que tuviesen prevenidos y a mano cordeles, para luego amarrarlos, hasta que los echasen en cadenas y que esta traza la dispondría él en ocasión que los indios estuviesen en el real esparcidos, y que estuviesen muy advertidos, en que no se les soltasen los que una vez prendiesen.

Y añadió, que para que los indios estuviesen en más acomodada forma para ejecutar la facción, que él sabía se habían de esparcir por el real, por ser demasiado de curiosos en ver lo que traen los españoles, las sillas de los caballos, los frenos, etc., que ayudasen a entretenerlos mientras se llegaba la ocasión del Santiago; unos con darles correas de cueros, otros acaso sartas de corcates, cuentas de vidrio azules, que ellos estiman mucho, e hiciesen que se quebrasen las cuerdas de ellos para que se entretuviesen en recogerlos.

Algunos de los soldados, viendo esta plática, les pareció estratagema muy dificultosa y demasía de intento; y le pedían por partido, que se contentase que cada uno de ellos diese un indio amarrado, que no haría poco en atar a un fiero bárbaro, pareciéndoles que era menester cuatro manos para sujetar y amarrar juntamente a dos. Respondióles con resolución: que se ayudasen de sus criados y que nadie le propusiese en aquella materia, que le mandaría dar garrote allí en el real y que él quedaba obligado a amarrar sus dos indios, como los demás. Con esto se rindieron los soldados al mandato y llegaron a tierras de los zuaques y escogiendo puesto escombrado de monte asentaron el real, dejando los caballos de armas donde estuviesen a mano para lo que sucediese: los zuaques estaban descuidados de esta entrada del capitán a sus tierras: luego que supieron de ella, tomaron sus armas y cargados de arcos y flechas, llegaron al real de los españoles a dar de falso la bienvenida al capitán que ya al tenerlo en sus tierras les parecía tenían segura su cabeza para bailar con ella.

En acabando de juntarse todos, llegaron los principales de la nación y dijéronle: capitán, ¿a qué vienes? Vengo (les respondió) con estos mis hijos (así llamaba a sus soldados) a que matemos por aquí algunas vacas para comer y a vosotros os daremos parte de ellas. Advierto aquí una circunstancia particular que, aunque menuda, en ella se echará de ver cuán prevenido y advertido andaba el capitán en todas las que en su facción se le habían de ofrecer.

Con los caciques zuaques venía una india de grande valor y cristiana que se llamaba Luisa, la cual cautivaron los españoles en las primeras entradas que hicieron en Sinaloa y estuvo algunos años por esclava en el real de Topia y allí se bautizó, pero teniendo buena ocasión hizo fuga a su tierra volviendo con dos hijas que había tenido; algunas veces a ver al capitán a la villa servíale de intérprete porque sabía la lengua mexicana y el capitán la conservaba en amistad con algunas dádivas de vestido.

Viendo pues, que había venido al real con los caciques, púsola junto a sí y encargó a un indio de los criados que llevaba, que si se huyese Luisa en caso que se rompiese la guerra, le diese alcance y se la volviese al real. Estando en este estado las cosas, los indios le dijeron al capitán que ¿cómo no se comenzaba la caza de vacas? Respondióles que les faltaba leña en el real para asar y comer la carne. Pues alto (dijeron ellos) iremos por leña. Aquí el capitán: No es razón que vais por ella vosotros los principales, sino vuestros macevales que así llaman a los vasallos. El intento del capitán fue muy piadoso, que siempre guardó de no castigar a inocentes, sino a los más culpados y cabezas de los alborotos y muertes. Y como sabía, que los más culpables en las que habían dado los zuaques a los españoles, eran sus belicosos caciques, procuró no cayese el castigo sobre otros.

En oyendo los caciques la propuesta del capitán, se quedaron mandando a tropas de sus macevales, que fuesen por leña, los cuales salieron del real con grande algazara, sin soltar sus arcos y flechas, pareciéndoles, que tendrían que comer carne de vacas y de españoles, y salieron diciendo unos a otros: vamos por leña, que con ella quemaremos al capitán. Entendiólos un indio que les servía de lengua y mostrándose fiel, le dijo: ¿sabes qué van diciendo aquéllos? Que te han de quemar con la leña que trujeren. Disimuló el capitán y entretuvo a los caciques muy principales consigo, el uno muy señalado, que tenía por nombre Taa, que significa el Sol; a los otros dio lugar que se extendiesen y entretuviesen por los ranchos de los soldados; y todo lo iba disponiendo Dios (que parece le había inspirado la traza) a pedir de boca, y que estos indios no recelasen el peligro en que estaban con su demasiada presunción, pareciéndoles, que a mil indios de guerra, que podían pelear en sus mismas tierras, temerían los españoles, que habían probado sus macanas, arcos y flechas. Pero lo cierto era que se había llegado la hora, en que Dios los quería castigar.

Cuando el capitán echó de ver, que ya la ocasión se había llegado apellidando Santiago y echando mano a las cabelleras de los dos caciques, que con él habían quedado, dio la señal a los soldados, que se mostraron de grande valor y casi todos sujetaron y amarraron a cada dos gandules, aunque de ellos se les escaparon dos. El uno de los que prendió el capitán, que era el Taa, indio muy alto de cuerpo y que le sobrepujaba en estatura de cuerpo media vara, preso como estaba de la cabellera por el brazo del capitán, lo levantó en alto; pero fue su valor tanto, que a mí me dijo, hablando de la materia: bien podía el indio arrancarme el brazo del cuerpo, pero la mano no había de soltar su cabellera. Finalmente, los presos fueron cuarenta y tres, a los cuales para asegurarlos, trataron luego de echarlos en las cadenas de hierro y colleras que habían llevado.

Al tiempo de la prisión la india Luisa partió de carrera como lo había pensado el capitán; dióle alcance el indio que estaba prevenido, comenzó a lamentarse diciéndole al capitán, que aquellos que estaban presos eran sus hermanos y parientes, haciendo grandes demostraciones de sentimiento por su prisión; sosególa, diciéndole, que advirtiese que aquellos presos eran los perjudiciales a su nación y a toda la provincia; que aquéllos eran los autores de tantas muertes como los zuaques habían dado a españoles y perseveraban en traer inquieta a toda su nación; a la cual perdonaría castigando a estos principales delincuentes, y que por darle gusto soltaría libre al pariente que tuviese más cercano de los presos, como lo mandó luego, señalándolo ella. Y fue un indio muy valiente y corpulento, a quien por esta ventura le pusieron luego los españoles por nombre Buenaventura. Y a cabo de pocos años que entró la doctrina en esta nación, yo le confirmé ese nombre, bautizándole: y fue de mucha ayuda a la reducción y asiento de su gente.

Mientras los indios presos se ponían en collera, los dos que a los soldados se les habían escapado corrieron a dar la voz al monte, donde la gandulada había ido por leña; tomando sus arcos y flechas, corrieron al real de los españoles y llegando, y estando en contorno de él y por una parte viendo a todos sus capitanes presos y hallándose sin gobierno, aunque se les revolvió la sangre y la cólera y estaban llenos de coraje e indignados del suceso; por otra parte quedaron sin saber qué consejo tomar, y turbándolos Dios, se quedaron pasmados a vista del real.

El capitán hablando a la india Luisa en mexicano (que él sabía, y ella entendía) le pidió, que aconsejase y persuadiese a sus zuaques que no rompiesen guerra porque se lo habían de pagar todos y no había de salir de allí sin destruirles casas y sementeras y quemar sus pueblos, que él se contentaba con castigar aquellos principales delincuentes y no tocaría a los demás ni a sus hijos ni mujeres. Y en prueba de esto daba licencia, que éstas entrasen con seguridad en el real y trajesen comida y sustento a los presos mientras allí estaban. La india recabó de la nación aceptase las condiciones del concierto y las mujeres de los presos, fiándose de la palabra del capitán (que siempre se la procuró guardar a estas gentes, como cosa muy importante) comenzaron a entrar en el real, y traer de comer a sus maridos, que todos estaban en colleras y con guarda de soldados; y la demás gente de los zuaques, atónitos de lo que les había sobrevenido cuando menos pensaron, se retiraron a sus pueblos, que estaban a dos y tres leguas. Y por no alargar este capítulo, en el que se sigue contaremos el remate de la facción que fue señalada.



## CAPITULO XXII

*Prosigue la materia del pasado y escríbese el castigo que se ejecutó en los presos*

Siempre mostró Diego Martínez de Hurdaide, un ánimo de muy piadoso y cristiano capitán y anduvo junto con el de su valor. Mostrólo esta vez, en que pudiendo degollar luego su presa y volverse a la villa y casa fuerte que en ella tenía y con esto concluir felizmente su facción, dejando castigada la nación zuaca, sin parar en puesto donde se podían juntar mil indios de pelea (y más si convocaran los zuaques a sus aliados) no teniendo él en su ayuda sino muy pocos que por no hacer ruido en su jornada, no los había juntado; con todo no atendiendo a éstos tan fundados temores y que podían pelear en su pecho, los venció la piedad y deseo de que aquellas almas no se perdiesen; y así determinó guardar allí cuatro días con sus noches, que son más peligrosas entre estas gentes, hasta dar aviso a los padres, para que dos de ellos viniesen y dispusiesen aquellos gentiles presos, para que antes de morir recibiesen el santo bautismo. Dio el aviso por la posta a los padres de la villa, distante dieciséis leguas.

En este interin sucedió un caso harto peligroso, en que se puso a prueba la presa y la facción; y fue, que los indios presos, cuando sus mujeres les llevaban de comer, les avisaron secretamente, que llevasen piedras escondidas con la comida, de suerte, que no se viesen; ellas lo ejecutaron con traza porque llevándoles en una jícara, que son como alborniás de calabazas, una frutilla silvestre que ellos comen y llaman guamúchiles, debajo de ellos iban llenas las jícaras de piedras y ellos con disimulación las escondían: y cuando tuvo cada uno alguna cantidad junta, una noche que se les había permitido alguna hoguera junto a sí, por el frío que hacía, se alzaron los de las cadenas y comenzaron a desembrazar piedras y tizonas a los soldados de la centinela, con tan buena fuerza, como quien peleaba por su libertad y por su vida.

Tocaron los soldados de la centinela alarma, levantóse el capitán y demás soldados y reparándose de las piedras, llegaron a las colleras, haciendo fuerza que se volviesen a sentar, lo cual no se pudo fácilmente acabar porque hubo algunos tan rebeldes, que hubieron de quedar dos de ellos allí muertos a estocadas, por la resistencia que hacían. Y juntándose esto al recelo que había, de que el golpe de zuaques, avisados de los

presos, los favoreciesen y diesen sobre el real; tuvo al capitán con tan grande cuidado el suceso, que si algún rato aquellas noches se recostaba a descansar, despertaba sobresaltado y echando mano a la espada y tirando tajos al aire. Pero Nuestro Señor, sin duda, atendiendo a su piedad y buen deseo de la salvación de aquellas almas, dio lugar y lo dispuso tan bien, que llegaron a toda diligencia los dos padres que se esperaban y fueron el padre Pedro Méndez y padre Juan Bautista de Velasco, que entendían la lengua de los zuaques. Con su llegada se alegró mucho el capitán y les encargó que catequizasen luego a aquellos indios y dispusiesen para morir cristianos, porque todos habían de quedar allí colgados de los árboles. Los padres tomaron muy a su cargo la buena muerte y salvación de aquellas almas. Y lo primero procuraron darles a entender la necesidad del santo bautismo, para su eterna salud, exhortándoles a que con la vida del cuerpo no perdiesen la del alma y aprovechasen aquella ocasión, enseñándoles todo lo demás que se requiere para recibir el santo bautismo un adulto. Movióles Dios el corazón y pidieron el santo bautismo. Sólo dos se mostraron más endurecidos y obstinados, habiéndose detenido dos días los padres en disponerlos y prepararlos para la muerte.

El capitán hizo disponer en buena forma dos árboles grandes, donde quedasen colgados. Llegaron a ellos los de la presa, allí los iban bautizando los padres, cuando los querían colgar y ayudando a cada uno de por sí en aquel trance, estando alrededor de escolta los soldados en sus caballos de armas, hasta que quedasen ahorcados cuarenta y dos gaudules, que hacían temblar a toda la provincia de Sinaloa y daban cuidado a toda la gobernación de la Nueva Vizcaya. Los padres quedaron con prendas y satisfacción de que aquellas almas se salvaron, excepto los dos o tres que se mataron más emperrados.

Y porque el castigo que aquí he escrito, no le parezca por ventura al lector demasiado riguroso o cruel, como algunos que por entonces lo calificaron, no conociendo la causa de ahorcar tanto número de indios bárbaros e ignorantes en lo que hacen, acuérdense de las insolencias de los zuaques que atrás quedan escritas, de haber muerto a traición en un convite a casi todos los vecinos de la primera villa de Carapoa, que quedó despoblada y asolada. Acuérdense de la matanza que hicieron de la escuadra de soldados del gobernador Hernando Bazán (como se dijo en el primer libro) y que por trofeos tenían pintados los cuerpos y troncos y descabezados en las cortezas de sus árboles. Y demás de esto, que por este tiempo daban asaltos a la villa con porfiada arrogancia y hacían befa de los españoles, colgando los crines y colas de los caballos que topaban y flechaban, a las puertas de la villa y en sus árboles. Y acordándose de estas y otras insolencias e inquietudes, no juzgarán por demasiado el castigo en gente que aún con este golpe, no quedó del todo humillada.

Al fin, el merecido castigo de los cuarenta y dos indios ahorcados se ejecutó y ejecutado envió el capitán a avisar con la india Luisa a la nación

Zuaque, que si sin su licencia descolgaban aquellos cuerpos, había de revolver sobre ellos y se lo habían de pagar; y que les encargaba se aquietasen en sus pueblos y que con lo hecho se acabase y diese fin a las guerras y alborotos pasados; que él aunque pudiera haber hecho riza en sus mujeres e hijos; antes había procurado no se les tocase y que lo que les pedía era que estuviesen en paz en sus pueblos y labranzas, sin inquietar a los cristianos, que estaban de bajo del amparo de su rey.

A la Luisa procuró dejar consolada y en benevolencia de los españoles y que continuase en el buen oficio de aquietar a su nación y amansarla, como lo hizo con algunos dones y dádivas y es cierto que fue india de muy grande valor; y andando el tiempo, cuando se les dio doctrina de asiento a los zuaques, que por buena suerte me cupo el predicársela, viviendo entre ellos tiempo de once años, la dicha Luisa me fue de muy grande ayuda para el bautismo de toda la nación, la cual después que lo recibió, asentó y conservó la paz que consigo trae el evangelio y se formó en ella una muy grande cristiandad; aunque primero pasaron otras inquietudes y arrogancias de esta nación que no se acabó de sosegar con este golpe, como adelante veremos. Y salió de ellas el capitán Hurdaide, como de la pasada, que le sucedió tan bien, que no sólo dejó ejecutado felizmente el castigo dicho en la nación zuaque sino que le entregaron y sacó de ella algunos indios forajidos y malhechores, que a ella se habían acogido, los cuales perdonó, por no ensangrentar tanto la espada, y dio vuelta a la villa, dejando memoria de su nombre en todas aquellas naciones.





## CAPITULO XXIII

*Del progreso de la cristiandad por este tiempo y abusos gentílicos que se iban desarraigando*

Pues habemos escrito de lo que toca a empresas de soldados a lo temporal y de la tierra; volvamos a las de los espirituales soldados de Cristo y frutos de la predicación evangélica y sus victorias, en medio de persecuciones del común enemigo del género humano el demonio: se verá cumplido lo que dijo Cristo nuestro señor por San Mateo: *Portae inferi non praevalerunt adversus eam*. En que nos asegura que aunque se abriesen de par en par las puertas del infierno y saliesen de allá todas las furias infernales a oponerse a la predicación evangélica, no serían poderosas a impedir, ni cantarían la victoria contra ella.

Nuestros padres predicadores evangélicos, que eran cinco, estaban repartidos y empleados en la doctrina de los pueblos del primer río de Sebastián de Eborá y en el de la villa de Petatlán y en los de la sierra y valle del Cuervo. En estos ríos había trece pueblos de a doscientos, trescientos, quinientos vecinos y familias cada uno, sin los que andaban esparcidos por montes y valles y sementeras que cada día se iban agregando a los pueblos e iglesias y en ella se iban celebrando bautismos a párvulos y adultos. Y los gentiles iban entrando cada día en más número a oír la doctrina y disponiéndose para recibir el santo bautismo, sin los enfermos con quienes era menester abreviar, porque Dios quiere llevar presto algunos al cielo para que haya allá no sólo niños, sino también adultos que entren en la gracia bautismal y se logre con su flor el fruto de este santo sacramento. Esto declarará un capítulo de carta de un padre, que escribió en este tiempo, por ser costumbre de los padres que trabajan en aquellas soledades apartadas de sus hermanos, el consolarse y animarse unos a otros con los buenos sucesos de sus empresas; dice así:

“Fuí a un pueblo donde hallé gran número de enfermos, traíanme de unas casas en otras y me venían a buscar algunos medio arrastrando, pidiéndome con instancia los bautizase: y era cosa de ver que si algunos con la fuerza del dolor y enfermedad, no atendían tanto a lo que yo les enseñaba y tardaban en responder, los parientes que allí estaban, con presteza y eficacia los exhortaban que dijese un sí a todo lo que les enseñaba el padre, que ellos con su corta capacidad no alcanzaban ser

necesario que hiciesen el concepto que se pide a los adultos para recibir el sacramento del bautismo. Pero yo los aguardaba a que lo hiciesen y los mismos enfermos me respondiesen. Y cuando juzgaba que ya habían entendido lo conveniente de los principales misterios de nuestra santa fe, los bautizaba y de éstos se llevó nuestro señor para sí buen número, aunque no todos, que también dejaba semilla que fructificase adelante”.

“Una india cristiana había (añade el padre) que hacía obras de tal en consolar a enfermos y regalarlos y cuidar se enterrasen los difuntos: cogióle a ella la enfermedad y volviendo yo otro día al pueblo la hallé muy llena de vascas y agonías del trabajo, y mal olor que había sufrido con los enfermos y difuntos: hice que la lavasen el rostro y confortasen con un poquito de vino del que tenía para las misas (que otro no había) díjele un evangelio, con que fue nuestro señor servido que cobrase repentina salud y los que lo vieron se confirmaron en la fe”.

“Otro indio en el mismo pueblo vino afligido con una enfermedad de garganta y apretura de ella, que lo congojaba mucho; hice traer un poco de agua bendita y haciéndole con ella en el lugar del dolor dos cruces, le dije, que confiase en el Señor, que murió en ella y con ese divino remedio (que humanos hay pocos en esta tierra) sanó éste y sanaron otros enfermos”. Hasta aquí el padre.

Yo paso de largo por otros casos semejantes a éstos; pero no dejaré uno singular, que pasó en un pueblo de gentiles, la primera vez que un padre lo visitaba. Hizo la gente una ramada con horcones del monte y paja y en ella recogióse los indios, les predicó de los principales artículos de nuestra santa fe. Acabada la plática se levantaron dos de los principales de parte de todo el pueblo, agradeciéndole el beneficio que les hacía en ir a su tierra y enseñarles la doctrina de Dios y pidiéndole el santo bautismo. Confortólos el padre, diciéndoles que a su tiempo lo recibirían como perseverasen en aprender la doctrina. Y bautizó entonces algunos párvulos que le trajeron y después se fueron bautizando los adultos y de los primeros su cacique principal que teniendo tres mujeres o mancebas y dejando las dos se bautizó con la que escogió y casó con ella *in faciae Ecclesiae* y quedó tan consolado que era el que más instaba a los de su pueblo a que recibiesen el santo bautismo y viviesen como cristianos; con que se iba aumentando el rebaño de Cristo, y de su santa Iglesia.

Y por donde quiera que andaban los padres iban aumentando la cosecha de las almas y juntamente cuidaban de ir arrancando de esta sementera la maleza del monte y yerba silvestre de abusos y supersticiones gentílicas y para mejor introducir las costumbres cristianas y ceremonias santas que usa la Iglesia; aunque esto con tiento y poco a poco, conforme a la doctrina de Cristo, a los criados apresurados que querían arrancar antes de este tiempo la cizaña que había nacido en medio del trigo; a quien detuvo diciendo por San Mateo aquella memorable sentencia: *Ne forte coligentes zizania eradicetis simul cum eis el triticum, finite*

*utraque crescere, ut que ad mesem.* Bien es que arranquéis la cizaña, pero esto sea a su tiempo, porque no hagáis daño a la buena semilla. Importa que acciones en que va la salvación o se arriesga la conservación de naciones enteras, se obren con tiento: y por esto iban nuestros padres con mucha atención y advertencia, cuidando de la conservación de esta sementera, aunque no descuidándose de su labor.

Tenían estas gentes no pocas supersticiones, en que enterrar y dar sepultura a sus difuntos, como era poner con los cuerpos en la sepultura algunas cosas de comida y bebida, que les sirviesen de viático para la jornada donde iban: en que daban no pequeños indicios que conocían otra vida y la inmortalidad del alma y esto bien nos estaba para predicarles la verdad de la fe de la otra vida que le queda al hombre. Pero en conocer el lugar donde iban las almas, y lo que hacía y en que paraban, andaban desatinados, confusos y ciegos. El cuerpo del difunto ponían en una cueva que hacían dentro de la sepultura, ya sentado, ya tendido; pero desembarazado de la tierra por si quisiese caminar. Arrancaban aquí los padres ministros del Evangelio, con su doctrina y pláticas, lo que había de maleza y engaño en los disparates de esta gente y de que tuviesen necesidad de comida corporal las almas, decíanles lo que la fe enseña del lugar donde iban, etc. Introducían el uso cristiano de enterrar los difuntos y asentábales muy bien esta doctrina.

A los ejercicios de la cuaresma y semana santa de confesión y procesiones de sangre, acudían con gran devoción. Las borracheras se iban moderando en gran parte y en algunos pueblos de gentiles pedían a los padres algún indio o muchacho que supiese bien la doctrina cristiana y se las enseñase; y a todo se acudía con mucho cuidado. En las lenguas habían hecho ya mucho progreso los ministros evangélicos y podían ya predicar en ellas con mucha más libertad, lo cual les era a los indios de grande gusto y el oírles hablar como ellos en todas materias y más en los altos misterios de la fe, y se juntaban grandes auditorios a los sermones. Y no contentándose los solícitos obreros con sólo saber ellos las lenguas, iban observando, escribiendo reglas y preceptos de artes, aunque para perfeccionar éstos, es necesario haber calado y penetrado sus exquisitos modos de hablar. Pero con el cuidado y trabajo, tenían ya mucho hecho y facilitada esta dificultad para los padres que viniesen de nuevo pudiesen aprender y con brevedad emplearse en el santo ministerio de la predicación y ayuda de las almas.



## CAPITULO XXIV

*Entra el capitán Hurdaide la tierra adentro, por orden del virrey, a descubrimiento de minas y suceso de la entrada*

El conde de Monterrey, virrey de la Nueva España, habiéndole dado noticias los que las tenían, que en la provincia de Sinaloa había veneros de minas, que prometían mucha riqueza, cuyo descubrimiento le estaba muy bien al rey y a sus vasallos y sería medio para que se poblara más aquella tierra tan apartada y se aliviaran los gastos de su majestad en ella y proseguir con la predicación del Evangelio, despachó con estas noticias e informes, su excelencia orden y mandato al capitán de Sinaloa, de cuyo valor ya se tenían conocidas experiencias, para que hiciese entrada al descubrimiento de las dichas minas y en particular a la sierra de Chinipa, donde corría la fama de los ricos metales.

Distaba de la villa de Sinaloa este puesto más de setenta leguas y para llegar a él era necesario pasar por naciones que aún no estaban de paz, como ni tampoco lo estaban los de los Chinipas, en cuyas tierras se había de hacer el descubrimiento. Con todo el capitán, en cumplimiento del mandato del virrey, se aprestó con sus soldados para la jornada, aunque peligrosa; acompañáronle algunos codiciosos de minas, e hizo alguna leva de gente de indios amigos y entre ellos de los que son propiamente sinaloas, por cuyas tierras era forzoso pasar el real. Llevó bagaje y matalotaje para sustento de todos.

Yendo marchando llegó a la tierra de los Chinipas; allí se descubrió una traición de éstos, la cual tenían tramada con los sinaloas aliados suyos, y guardáronla para un paso angosto y peligroso donde iba marchando el real a la hilada, por la angostura que hacían montes muy altos. Aquí estuvieron prevenidos los enemigos y cuando hubo pasado la vanguardia, comenzaron a arrojar peñas de lo alto, tantas que no tenían necesidad de valerse de arcos ni de flechas y se desgalgaban con tanto ímpetu que llenaban los árboles de encuentro.

Cortaron el real y retiróse aparte la vanguardia y el capitán con toda la gente que quedaba, hizo que se abrigasen debajo de peñas altas, por cima de las cuales saltaban las que los enemigos derrumbaban. Y estuvo tan cortado el real en dos días que dieron los enemigos esta batería, que los de la vanguardia no sabían lo que había sucedido de los de la retaguardia;

ni los unos ni los otros tuvieron lugar, ni paso para salir a donde estaba el bagaje, ni tomar refresco de comida ni bebida en todo este tiempo.

Pero pasado, quiso Dios, que también les faltase a los enemigos el sustento, con que se esparcieron y apartaron, dando lugar a que los españoles se juntaran, como lo hicieron, dándose parabienes y gracias a Dios, de que les hubiese sacado de este grande riesgo y que ninguno de los soldados hubiese peligrado, cuando los unos a los otros ya se daban por muertos. Porque contra peñascos no hay valentía ni resistencia y fue grande misericordia de Dios, no quedar allí todos hechos pedazos con bombardas de peñas. Pereció mucho del bagaje y de lo que llevaba y con ello el ornamento que llevaba el padre Pedro Méndez, que iba con el ejército para acudir a las necesidades espirituales que se ofreciesen y se libró arrimado a una peña. Entre lo que de bagaje robaron los indios, fue un perón de cobre: de este hicieron tambor y mientras duraba la batalla cantando a su son, blasonaban la victoria y decían: no saldrás de aquí capitán.

Pero él valeroso como siempre, habiendo puesto en orden su gente, no quiso dar la vuelta sin bajar y llegar a uno de los pueblos de Chinipas y hacer las diligencias que le mandaba el virrey en descubrimiento de las minas, de que llevaba noticia que estaban en aquel paraje. Y también con deseo de hacer algun presa de los chinipas, no por hacerlos esclavos, sino para por su medio tratar de los de paz y asentarla en quella nación.

Halló al pueblo desamparado de gente, hizo diligencias por metales de plata y halló algunos que ensayaron y no tuvieron tanta ley como se esperaba. Pero tuvo otra buena suerte, que hizo la presa de una india con un hijuelo suyo a quienes trató muy bien y se llevó consigo a la villa y sustentó en su casa algunos años, para que se aprendiesen la doctrina y bautizasen: así andando el tiempo se abriese puerta para dar doctrina a aquella nación, madre e hijo la enseñasen y sirviesen de intérpretes de su lengua al padre que entrase a doctrinar, que ése fue siempre su deseo en todas sus entradas y jornadas. Hecho esto no olvidaba el castigo que merecían los delincuentes y traidores sinaloas, alborotadores de la paz: y aunque tan destrozado su real, con la batería pesada y falta de bastecimientos (que bien sabía el animoso capitán pasar con raíces y troncos de mezcal silvestre, cuando le faltaba otro sustento) saliendo pues de Chinipa, revolvió sobre los pueblos de los sinaloas, talóles los sembrados; procuró haber a las manos algunas cabezas de la traición y lo consiguió y no se le quedaron sin el castigo que merecían, porque dejó ahorcados cuatro o cinco de ellos y escarmentados a los demás. Y dada la vuelta a la villa, dio cuenta al virrey de su jornada y suspendióse la prosecución de ella.

Pero pasados algunos años y en mejor ocasión, se llegó tiempo de dar doctrina a estas dos naciones de Sinaloa y Chinipas y entraron padres a predicar el santo Evangelio con feliz suceso, como adelante en sus lugares y tiempos se contará.

## CAPITULO XXV

*Comenzaron los padres que administraban pueblos cristianos, a introducir policía en ellos y edificar iglesias y sucesos de las de Guazave*

Dejando por ahora otros pueblos de Chinipas de que hablamos en el capítulo pasado, volveremos a los cristianos del río de la villa, en cuya doctrina estaban empleados nuestros padres, los cuales por este tiempo trabajaban como ambidiestros; porque no sólo ponían las manos y atendían a lo espiritual de las almas, sino también a lo temporal y político. Que no se puede negar, que ayudado lo uno a lo otro, por ser la composición del hombre de alma y cuerpo y medio espíritu y medio barro y tenerle operaciones del alma en esta vida, dependencia de las del cuerpo y su disposición y concertada ésta, se sujeta con más blandura el hombre a la observancia de la ley de Dios. Y en favor de lo político y humano, dio el señor aquella sentencia: *Redite quae sunt Caesaris Caesari et quae sunt Dei Deo.*

Iban pues nuestros padres introduciendo que cuidasen más los indios de su vestido y cubriesen la desnudez bárbara que usaban, exhortándoles a que pusiesen más diligencia y cuidado del que antes tenían, en sembrar algodón y que las indias se aplicasen más a labrarlo y hacer mantas de que vestirse. Oían con gusto este consejo y gustaban ya tanto del vestido, que lo compraban y rescataban para este efecto sayales a trueque de la semillas que cogían y frutos de sus sementeras y aun con este intento se animaban a hacerlas mayores que antes solían; y no pocas veces se quitaban de la boca sus frutos y quedaban obligados a pasar parte del año con raíces del monte, por emplear su cosecha en comprar vestido; y otras veces lo iban a buscar y ganar con su trabajo, fuera de la provincia, como hoy lo hacen.

El capitán también por su parte procuraba asentar gobierno político en los pueblos, señalando en ellos gobernadores y alcaldes con alguna forma de república. Encargábales le avisasen de cualquier desorden o inquietud que hubiese. Y como los que escogía para gobernar, de ordinario eran de sus mismas naciones y familias, acomodábanse con facilidad y suavidad a este gobierno y se entablaba felizmente.

Estando en este grado las cosas, el padre Hernando de Villafañe, que tenía a su cargo la grande nación de Guazave, habiéndose ya desembara-



zado de bautismos de los pueblos trató de fabricar iglesias de asiento y capaces para la mucha gente que se había bautizado. Obra era esta nueva y nunca vista en aquella tierra y de trabajo para los indios; pero como los de esta nación eran de más blando natural y aplicación al trabajo que otras y por ser estas fábricas de grande importancia para hacer más asiento los pueblos, los redujo el padre a hacer iglesias, que aunque de adobes; pero fuesen bien cubiertas de azoteas y terrados y libres de los incendios a que están sujetas las de madera y paja.

Pusieron manos a la obra, hicieron en los tres pueblos principales mucha cantidad de adobes. Comenzaron a levantar las paredes, y mientras más iban creciendo, crecía en ellos el deseo de ver acabada obra tan nueva: cortaron y trajeron a hombros (porque ellos son valientes en estas cargas) y labraron cantidad de árboles para su enmaderamiento y quedaron hechas tres muy grandes iglesias, que aunque no eran de cantería, salieron muy vistosas en aquella tierra. Porque el padre procuró adornarlas, blanqueándolas y pintándolas con los colores que allí se hallan; y les parecían a aquellas gentes sus iglesias, lo que a las de Europa los que se llaman milagros del mundo. Habían quedado muy contentos los guazaves y se preciaban de ser los primeros y singulares en tener tales edificios, a vista de sus pobres casas.

Pero son los juicios de Dios inescrutables y siempre justos: dispuso o permitió que ese mismo año, que se habían acabado, aunque se habían buscado para ellas los puestos más seguros de riesgos e inundaciones del río; habiendo llovido cinco días continuos (cosa rara en aquella tierra) saliese con tanta furia y pujanza, que entrando arrebatadamente por pueblos e iglesias, las derribó aun antes de dedicarse y forzó a los indios a irse a guarecer a los montes y árboles, que es el refugio que tienen en estas ocasiones, como atrás dijimos. Puede ser pretendiese Dios con ese suceso, que los indios se hiciesen y acostumbrasen al trabajo, y saliesen de ociosidad, obligándoles a hacer otras. Que sabido es en todas las repúblicas del mundo, ser de grande utilidad y provecho a los hombres el trabajo y causa de infinitos daños la ociosidad, que viene a ser peste de la república; y quería Dios sacar a estas gentes de aquella inculta vida, en que se habían criado. Así lo hacía con su pueblo antiguo, que para castigo y remedio de sus licenciosas ociosidades, le entregaba algunas veces a naciones que los sujetasen e hiciesen trabajar, como les sucedió en Egipto, y con otras naciones de cananeos y madianitas, de que hay hartos ejemplos en los libros sagrados.

Al fin las iglesias de los guazaves, acabadas de hacer, las derribó Dios por lo que su majestad se sabe, aunque costaron harto trabajo y aun mayor al padre que a los indios; que como se sabían tan poco de estos edificios, y se hacían en tierras donde no hay oficiales, al mismo padre le era forzoso poner las manos muchas veces en la obra. La inundación del río fue tan pujante, cubrió de tal suerte los planos de los pueblos, que no

dejó lugar libre, donde ponerse en salvo. Los padres que adoctrinaban a los de aquel río se hubieron de acoger como los indios, a las ramas de los árboles del monte; y en ellas hubo padre, que estuvo dos días sin tener que comer, y si quisiera dormir, era con el riesgo de ahogarse, aunque algunos indios estuvieron fieles que lo acompañaron para ayudarle en cualquier caso que sucediese. Otro padre estuvo cinco días en un rincón de una sacristía, sin poder salir y a peligro de morir ahogado, embraveciéndose la avenida con la furia de los aguaceros, si no le socorrieran indios, que nadando lo sacaron del peligro.

Y yo he escrito esto aquí, para que se entienda la variedad de trabajos y riesgos a que están expuestos estos varones apostólicos, por el bien y salvación de estas pobres almas, en particular a los principios de sus conversiones. Entró también en la villa el río con su avenida, y aunque estuvo en mucho riesgo la iglesia, y casa del colegio, fue nuestro señor servido de librarla; pero llevóse todas las sementeras y cosechas de aquel año. De aquí tomó ocasión del demonio (que no pierde ninguna) para inquietar a esta pobre gente por medio de indios forajidos, que visto el mal suceso de las sementeras resucitaron nuevos alzamientos en los pueblos solicitándoles a que huyesen al monte a buscar de comer; y más era para que buscasen libertad de conciencia; aunque esto después se remedio y se volvieron a sus pueblos, y se animaron a hacer otras más hermosas iglesias que las pasadas. Que con ayuda de Dios, y paciencia de sus ministros, finalmente se consiguen en la predicación del santo evangelio, entre estas gentes, frutos y obras, que parecían muy dificultosas y sirvió la constancia de los guazaves, en no cansarse, sino rehacer sus iglesias, porque con este ejemplo los pueblos del río de Sebastián de Eborá, y otros se animaron a edificar las de sus pueblos que también les salieron vistosas.



## CAPITULO XXVI

*Cuán importante ha sido la crianza en doctrina y buenas costumbres de las juventudes de estas naciones, con otro medio que introdujeron los padres para asentar policía en ellas*

Repetida sentencia es de todos los escritores antiguos y modernos, que el fundamento de todo el bien de las repúblicas está en la crianza, en doctrina y buenas costumbres de la juventud: Lo uno por ser esa edad más tierna para imprimir en ella, como en materia más suave y blanda, la forma de las virtudes. Lo otro, porque como esta edad es fundamento de la vida del hombre, en él se asegura la fábrica y es, más perseverante y durable el edificio que sobre ese fundamento se levanta. Y si esto corre y se verifica en las juventudes de naciones y repúblicas políticas del mundo, mucho más apretadas son las razones que muestran ser aún más necesaria esta labor en la juventud de gentes totalmente destituidas de doctrina, y policía humana, cuales fueron las de que tratamos. Por esto nuestros ministros evangélicos pusieron particular cuidado para la perseverancia en la fe, y buenas costumbres de estas naciones en la cultura de la gente moza. Ya que en este tiempo tenían buen número de indios de tiernos años, escogidos y de mejores naturales, y de todas naciones, en el colegio de la villa de Sinaloa, que aprendían doctrina, leer, y escribir, canto, y buenas costumbres, para que ayudasen a los padres después en sus partidos, y era como la levadura, que sazónaba la cristiandad de sus pueblos. Y en prueba de cuán acertado salía este remedio escribiré en este capítulo algunos de los muchos ejemplos, que confirmaron y manifestaron los buenos frutos de esta crianza.

En la fuga de los forajidos e inquietos, de que hablamos en el capítulo pasado, sucedió que habiendo la tarde antes que se hicieron al monte, enviado el padre a los cantorritos que servían en la iglesia a otro pueblo, donde el día siguiente pensaba seguirlos el mismo padre; ellos habiéndose quedado a dormir aquella noche en el campo, llegó a deshora un indio enviado por sus padres y parientes alzados que los venía a llamar para que ellos también se hiciesen en su compañía al monte. Los indiecitos deslumbraron al mensajero y con buenas palabras lo despidieron y dejando a sus padres carnales por su padre espiritual, lo fueron a buscar con determinación de no apartarse de él, como lo hicieron, quedándose

perseverantes en su compañía. Tanto como éste, era el amor que le tenían cobrado aquellos barbarillos. Y no paró allí su fidelidad, sino que fueron medio motivo para volver del monte a sus padres y parientes, como en efecto volvieron a su quietud y su pueblo.

A este caso se añadió otro con particular circunstancia: y fue que yendo el padre en compañía de sus fieles cantorritos en prosecución de su camino, acertó a encontrar una india, con un hijo suyo niño de la escuela, y compañero de los demás que consigo llevaba al monte, el cual se había quedado ausente en esa ocasión. Viendo, pues, el niño al padre, y los demás sus compañeros, se juntó a ellos, sin ser poderosa la madre a apartarlo, ni alcanzar de él se fuese en su compañía, que no fue poco, en gente en que reina el amor vehemente de padres carnales a hijos. Este le valió a una india para su salvación.

Y fue así, que ésta tenía un hijo que era cristiano, y que había dos años que vivía ausente de él. Vínole a ver la madre y en llegando por su buena dicha, la cogió una enfermedad muy grave. Sabiendo el padre ministro de doctrina, la visitó y la rogó se dispusiese para recibir el santo bautismo. Juntáronse a estos ruegos las persuasiones y amorosos consejos del hijo. Vino en que le enseñasen el catecismo; enseñóla el padre en día y medio que le duró la vida y en acabándola de bautizar murió. Dejó buenas prendas de haberse ido al cielo, pues la trajo Dios a que allí enfermase y muriese donde estaba su hijo, que ayudó a que recibiese el santo bautismo.

Medio fue para el bien de otro indio viejo y gentil, el de un niño de éstos, en el caso que se sigue. Visitó un padre a este indio estando enfermo; comenzole a catequizar para el santo bautismo; pero dando lugar la enfermedad para instruirle mejor en los misterios de nuestra santa fe, le dejó un muchacho que llevaba consigo, para que constinuase el catecismo, el cual habiendo gastado un rato con el enfermo, lo quiso dejar, al tiempo que se iba le dijo el enfermo: vuelve presto y enséñame porque en bautizándome quiero morir. Fue luego el muchacho al padre y refirióle lo que le había dicho el enfermo. Oyólo el padre y esta razón le puso en cuidado; volvió a visitar su enfermo, acabó de catequizarlo y bautizolo.

El indio hizo luego verdadera su palabra, muriéndose y dejando grandes prendas de su predestinación y de haberse ido al cielo, del cual dijo el divino pastor, que bajaría por buscar una sola oveja, que anduviese perdida, dejando las noventa y nueve que allá tenía, como lo predicó San Lucas.

Otros innumerables casos, por semejantes a los pasados, no se cuentan. Con ellos iba Dios entresacando los viejos, que suelen ser estorbo a la doctrina de estas gentes, contentándose de ganar a muchos de ellos en el término último de su vida y dejando la juventud para que diese más abundantes frutos la semilla del Evangelio con su crianza.

Es esto de suerte, que salieron tan diestros y devotos algunos de estos mozos que se criaban en el seminario, que el padre fiándose de la buena capacidad y virtud de algunos de ellos, les encomendaba tal vez, que en la iglesia, puestos en pie sobre las gradas del altar, y bien compuestos de vestidos, en su presencia hiciesen pláticas al pueblo: medio que era eficacísimo, para que aquella misma doctrina, que el ministro del Evangelio les enseñaba, oyéndola de boca de los que eran sus hijos y parientes y en lenguaje y en estilo propio, la recibiesen por particular gusto y les moviese e hiciese más fuerza y se les imprimiese más en el corazón. Medios todos los dichos, con que se iba haciendo mucha obra en la salvación de estas almas. Y finalmente, para que se digan todos los frutos que de la crianza de esta juventud se cogen: estos mozos, como más capaces, son los primeros para introducir entre estos nuevos cristianos el uso de la sagrada comunión que pide más disposición, que los otros santos sacramentos.

Y remato el capítulo, diciendo, que por este tiempo y los años de 1600, tenían bautizadas y bien enseñadas los padres, como diez y ocho mil almas en Sinaloa, fruto a que se debe juntar el de tantas que va Dios criando en medio de esta cristiandad y nacen ya en los brazos de la iglesia santa y nacerán en los tiempos futuros: fruto que se debe atribuir a los ministros evangélicos, que plantaron la fe en estas naciones, al modo que los felicísimos crecimientos de la católica fe de los españoles, se deben conocer y reconocen por frutos de la predicación de su glorioso patrón Santiago; no obstante que muchos sienten que a esta católica fe, no convirtió sino muy corto número de ellos. Y aunque se conoce la grande distancia del símil a lo comparado; por lo menos no se puede negar, que las unas y las otras son almas redimidas a un mismo precio de divina sangre de Cristo y que de entre estas gentes saca Dios muchas para su cielo. Y como los frutos de la viña que plantó el glorioso Santiago y hoy se cogen en España, son frutos conseguidos con trabajos de este santo apóstol: a este modo debemos confesar, que los que se cogen y cogieren adelante, de la viña de Sinaloa, en grande parte, pueden tener por propios los obreros evangélicos, que Dios escogió para plantar su santa fe en ella, que en este tiempo no pasaban de seis o siete. Consideración con que deben animarse los que trabajan estas empresas, aunque luego de presente no ven los frutos colmados que desean de sus trabajos.



## CAPITULO XXVII

*Hace entrada el capitán al río de Zuaque, a pacificar dos naciones encontradas y castigo de rebeldes zuaques y de un famoso hechicero*

Como en frontera de guerra, nunca le faltaban al capitán Hurdaide acometimientos a que se hallaba obligado a acudir con las armas y ejercitarlas. Después de la entrada de Chinipa, vinieron a él dos de la nación Ahome, que está poblada en lo bajo el río grande de Tegueco, quejándose que los de esta nación (que es muy valiente y belicosa) dejando sus tierras, que caen en lo alto del río, habían bajado al valle y tierras de los ahomes, despojándolos de ellas y usurpándolas para sus sementeras; y no contentos con esto, les quitaron sus mujeres e hijas y usaban mal de ellas. Cosa que sintió mucho el capitán porque aunque entre ambas naciones eran gentiles; pero la de los ahomes estuvo siempre de paz con los españoles, habiéndose puesto debajo del amparo y protección del rey, gente muy mansa y sujeta, aunque distante de la villa más de veinte leguas. El capitán viendo que otros medios no aprovechaban, para reducir a justicia y razón a los teguecos y que alzasen mano de los agravios que hacían a los ahomes amigos, se halló obligado a ir en persona a ampararlos.

Armó su campo de soldados y algunos indios amigos y llegó a los pueblos de los zuaques, que era el paso forzoso para las tierras de los ahomes y valle de Mathaoa, que era el que habían usurpado los teguecos. Los zuaques, habiendo tenido noticia de la entrada que había de hacer por sus pueblos el capitán, no escarmentados del castigo ejemplar pasado, tenían convocados para esta ocasión a los sinaloas sus amigos y compañeros en armas, los cuales también habían experimentado el castigo atrás referido en la traición de Chinipa. Cuando llegó a Zuaque el capitán, hizo asiento con su real en un pueblo de quinientos vecinos, que estaba en un plano y llanada acomodada, llamado Mochicavi. Al entrar en el pueblo no quisieron romper guerra los zuaques, guardándose para mejor ocasión y que estuviesen a pie los soldados, aunque siempre el capitán tenía algunos de ellos puestos a punto con sus caballos de armas, para lo que sucediese.

Estando asentado en su tienda y a su lado la india Luisa, cristiana, de que atrás queda hecha mención, venía caminando hacia la tienda una



tropa de indios sinaloas, con sus arcos y flechas a quienes capitaneaba un indio belicoso y valiente, insigne hechicero y muy celebrado y estimado en las naciones Sinaloa y Zuaca, y aún de otras que traía inquietas con sus embustes y artes del demonio; y corría tanto su fama, que publicaban de él que subiendo en un caballo, se levantaba él y el caballo en el aire y blasonaba diciendo: cuando los padres que os predicán hiciesen otro tanto, podréis creer lo que os enseñan. Por estos embustes, ostentaciones y endemoniadas artes, con que traía inquietas tantas gentes y por escándalos que causaba en ellas, deseaba mucho el capitán haberlo a las manos. Vínosele en esta ocasión a ellas y al punto que lo columbró la india Luisa de lejos, le dijo: allí viene Taxicora (que así se llamaba el hechicero) y viene con su gente hacia acá. El capitán bien sabía que estas naciones no luego descubren sus celadas y recelaba, que debajo de falso venían a saludarlo, para ver si podían echarle mano a traición.

Pues en aquel breve tiempo que tuvo mientras llegaba el hechicero a la tienda, estuvo deliberando, si le echaría mano, o dejaría la presa para otra ocasión, por parecerle la presente muy peligrosa, teniendo sobre sí a toda la nación Zuaca y más la Sinaloa tan aprestada y a punto de guerra, como la traía el Taxicora. Por otra parte se hallaba embarazado por la jornada sobre los teguecos, que estaban arranchados ocho leguas adelante y podían convocarse. Todo esto revolvía en su pecho el capitán; pero refirióme él a mí que en este trance se había vuelto contra sí mismo y dicho: Ah Vizcaya, ¿dónde estás? Díjolo porque era hijo de vizcaíno y preciábase de haber heredado el ánimo que suele tener en las ocasiones esta nación valerosa. Pues con este coraje se resolvió a hacer él mismo la presa, diciendo con disimulación a los soldados que estaban cerca de la tienda, que aprestasen los caballos de armas allí, para lo que sucediese, y aguardó que llegase el indio hechicero con arco y flechas en la mano. Muestra en ellos de arrogancia.

El capitán disimulando como que no lo conocía, cuando llegó le preguntó quien era; y diciendo y haciendo ganóle el arco, cogiéndole la cuerda de él con el pie y con la mano la cabellera. Hízole luego amarrar y poner a buen recaudo y mandó a los soldados que se preparasen para si se rompiese la guerra. Los indios y gente de Taxicora, se retiraron y no la rompieron, por ventura temiendo no mataran allí a su capitán, que estaba preso. Pero retirándose afuera ellos, y los zuaques, se repartieron en contorno del pueblo, a punto de pelea, para cuando el capitán y los soldados alzasen el real para marchar. El capitán aunque pudiera contentarse esta vez con la presa que tanto deseaba y dejar la facción de los teguecos para otra ocasión y volverse a la villa; pero con su grande ánimo y valor se resolvió pasar adelante y libertar a sus amigos los ahomes. Mandó alzar su real, díjole a la india Luisa, que avisase a su gente, no disparasen flechas y se estuviesen quietos en su pueblo, que con sólo llevar preso al indio Taxicora, se contentaba, y advirtiesen, que si rom-

pían la guerra se la habían de pagar. Y con esto y haber mandado poner en una mula y con sus prisiones a Taxicora y un soldado de guarda con él en el cuerpo del campo, comenzó a marchar.

Al punto extendiéndose por todo el camino (que era algo embarazado de árboles y monte) para donde se habían guardado los zuaques y sinaloas, cargaron con tan grande furia de flechería, que el capitán con muchas refriegas que había tenido en las naciones de Sinaloa, hasta este tiempo, no se había visto así, y sus soldados en mayor peligro. Los soldados por la estrechura y dificultad del lugar, no podían servirse de los caballos de armas y hacían harto en repararse con las adargas de las flechas que de todas partes llovían; los arcabuces no podían ofender a los enemigos porque, jugaban sus arcos, amparándose de las balas detrás de los árboles.

Díjole el capitán al soldado que iba de guarda con el preso, que sacase la espada amenazándole, que allí en la mula que iba lo acabarían a estocadas si no avisaba a su gente que se reprimiesen y no flechasen. Sabía bien la lengua el soldado y amenazaba al preso con la espada en la mano. El viendo la muerte a sus ojos, daba voces a sus gentes diciéndoles: hijos, no flechéis, que aquí me matarán. Ellos estaban tan furiosos en la pelea que no les aprovechaba el aviso y cargaban la flechería con furia. Y allí junto al capitán había caído en un mal paso un soldado, que una vez caído, es dificultoso el levantarse y ponerse a caballo con el peso de las armas. Aquí el capitán apretando a su caballo, hizo presa de un indio que alcanzó y ejecutó en él una cosa, que nunca había usado, con el ánimo piadoso que tenía de no quitar la vida a indio, sin primero hacerlo preparar para morir como cristiano. Porque luego allí al punto lo hizo colgar de un árbol, con una reata. Viendo los demás al compañero ahorcado, reprimieron algo su furia y con poco daño pudo pasar el real y salió de aquel peligro con su presa. Llegó al valle de Mathaoa, donde estaban arranheados los teguecos y dio sobre ellos antes de lo que pensaron y no atreviéndose a aguardarle en campo raso, cual era el de aquel valle, hizo presa de toda la gente menuda de los teguecos, que serían doscientas personas de mujeres y niños.

Pusiéronse en guardia en el real y luego despachó recado a los que se habían retirado al monte, notificándoles que saliesen luego de las tierras que eran de los ahomes, dejándoselas libres, volviéndose a las suyas, que no pretendía derramar sangre de inocentes mujeres y niños, como lo pudiera hacer; antes les entregaría toda la presa que allí tenía, que viniesen por ella, y que les aseguraba la entrada en el real, como cumpliesen el mandato que les enviaba. Fiáronse de su palabra (como siempre se las guardaba), aceptaron la condición y dando prendas de cumplir, vinieron por la presa y fuéronse con ella y su hato, dejando desembarazadas las tierras de los ahomes. Estos quedaron muy agradecidos al capitán y españoles, del beneficio que habían recibido y pidieron que fuesen

padres a sus pueblos para recibir la palabra del santo Evangelio y bautizarse como lo hicieron después con tan singulares demostraciones y deseos de ser cristianos, como adelante se dirá.

Ahora queda la vuelta del capitán sobre los zuaques rebeldes y no acabados de sujetar: y en ella veremos una de las mas señaladas facciones que se han leído entre naciones bárbaras; no obstante que se le ofrecieron muchas al prudente y valeroso ánimo del capitán Hurdaide. Alzó su campo del valle de los ahomes y marchó llevando en él al indio hechicero, hasta ponerse otra vez en medio del mismo pueblo, donde había hecho su presa.

Bien entendieron en esta ocasión los zuaques, que venía indignado el capitán con ellos, por su obstinada porfía y deseos de llevar adelante guerras con españoles. No se atrevieron a aguardarle en campo abierto, sino que se retiraron a las fortalezas de sus montes, que estaban en contorno del pueblo, donde no podían entrar los caballos. Enviaron a la india Luisa a que los disculpara de la guerra que le habían dado excusándolos con que para ella y tomar las armas, habían sido incitados de los sinaloas, por haber preso a su principal Taxicora. El capitán poniendo en buen orden sus soldados, respondió a la india, que no derramaría sangre de zuaques, ni quemaría su pueblo y casas que tenían llenas de maíz, por ser tiempo de cosecha; pero que entendiesen que no partiría de allí sin dejar castigada su fiereza y osadía y que se contentaba con que viniesen allí los zuaques, donde se les habían de cortar las cabelleras, que tanto estimaban y recibir castigo; y cada uno de ellos había de contribuir con algunos cozcates, o cuentas con que se adornan, para los indios amigos que le habían acompañado y con esto no se tocaría a sus casas ni sementeras, y acabarían de entender, cuán bien les estaba la amistad y paz con los españoles. El recado dio la india Luisa a los de su nación. A algunos se les hizo muy duro el partido y se estaban a la mira desde el monte con sus armas en la mano, a ver lo que pasaba; otros viendo el peligro en que estaban y que el capitán era señor de sus casas y sustento de todo el año, comenzaron a rendirse y sujetarse a la disciplina, que era de las riendas de los caballos. El capitán no permitía fuese rigurosa: rendían a las tijeras las cabelleras: no se les cortaban a cercén, sino por encima del hombro, dejándoles la coleta, que les defendiese del sol. Contribuyeron cuentas o arcos y flechas para los amigos y con esto enviaban a los castigados cada uno a su casa, para que las guardasen y tuviesen seguras. Quedaban todavía los que estaban a la mira en el monte y no acababan de dejar las armas.

El capitán mandó a algunos de sus soldados diesen vuelta al pueblo y que la casa cuyo dueño no pareciese castigado, le pegasen fuego, que fácilmente prendía, como era de madera y esteras. Cuando los reacios entendieron esta resolución y veían levantar la llama, que se pegaba a casas de rebeldes, al fin se rindieron y la Luisa a voces les persuadía, se

sujetasen todos al castigo. Y habiendo concluido con el suplicio, el capitán alzó su real, y puesto en orden su campo, se encaminó para su villa, llevando su preso hechicero.

Y quiero decir a lo que llegó esta vez el temor que los soberbios zuaques cobraron al capitán, que fue tal, que habiéndole oído decir cuando se ejecutó el castigo, que él conocería en las cabelleras los rebeldes que no se habían sujetado, para hacer en ellos un ejemplar castigo, les causó tanto temor la amenaza, que los que no habían pasado por él iban a su alcance al camino, después de partido, diciéndole: capitán yo quedo por castigar, no me busques, aquí está la cabellera y espaldas. A los que no supieron del ánimo belicoso y arriscado de los zuaques, no hará tanto peso la facción y sujeción de esta nación. Pero los que los conocían, la juzgaron por admirable y en que Dios concurrió con su particular auxilio al capitán. El cual se contentó con que dejaran la cabellera; y los que venían a alcanzarlo al camino, los enviaba seguros. Y para conclusión de esta jornada; ésta fue, que llegando a la villa se hizo el proceso contra el señalado hechicero Taxicora, inquietador de naciones y sentencióle el capitán a ahorcar, como lo tenía muy bien merecido. Ayudáronle los padres para la hora de su muerte, en que se dispuso bien, porque recibió el santo bautismo, dejando prendas de su salvación y quitándose de la provincia un grande tropiezo y escándalo que tanto impedía la predicación del santo Evangelio.



## CAPITULO XXVIII

*Determina hacer viaje a México el capitán de Sinaloa, a dar cuenta al virrey del estado de la provincia y pedir religiosos y licencia para dar doctrina a los zuaques y otras naciones*

Aunque demás de las señaladas facciones que quedan referidas del capitán Diego Martínez de Hurdaide, se le ofrecieron otras, con las naciones altivas de zuaques, sinaloas y teguecos, en las cuales siempre se mostró su mismo valor y destreza y juntamente el singular auxilio de Dios, que claramente favorecía sus cristianos intentos; paso por ellas por no alargar esta historia con sucesos y empresas temporales, por ser las espirituales el principal intento de ella. Habiendo pues conseguido el capitán, con felices sucesos de sus muchas refriegas con las naciones de Sinaloa, el acabar de amasar y asentar de paz las tres principales de zuaques, sinaloas y teguecos, vinieron éstas por medio de sus caciques, a pedir así al capitán como a los padres, que entrasen a dar doctrina de propósito a sus tierras y que se ofrecían a hacer iglesias y reducir sus pueblos a puestos acomodados, porque deseaban gozar ya de asiento de la estable paz de los que eran cristianos. Nueva fue ésta muy alegre para el capitán y más para los religiosos, cuyos encendidos deseos eran dilatar por toda aquella provincia la gloria del nombre de Cristo y principalmente en las tres naciones que se seguían y eran el paso y puerta para que entrara el Evangelio a otras muchas.

Ofrecíanse dos dificultades para la ejecución de la petición de las tres naciones: la primera, que había falta de ministros, que de propósito se encargaran de estas nuevas doctrinas y de tanto número de pueblos y gente como en ellas había. Los padres estaban ocupados en sus particulares partidos. La segunda y más principal dificultad era el haber órdenes de los virreyes, que no hiciesen entradas a dar doctrinas de asiento a nuevas naciones, sin dar parte a su excelencia, sin cuyo orden el capitán del presidio no puede apoyar tales entradas, informando primero de la disposición de las tales naciones para recibir la doctrina evangélica. Porque con ella quedaban ya debajo del amparo real para su estabilidad, conservación y defensa. Orden puesta en razón y conforme a aquel aviso de Cristo nuestro señor a sus discípulos, encargándoles que las margaritas de su Evangelio no las arrojasen a los animales inmundos, ni lo santo a

los perros. *No lite dare sanctum canibus, neque mittatis margaritas vestras ante porcos, ne forte conculcent eas pedibus suis, et conversi dirumpant voz.* En que nuestro redentor que deseaba tanto la salvación de las almas y dilatación de su Evangelio, con todo dio a entender, que se debía atender a la disposición de aquellos a quienes se predicaba, como si hablara en nuestro caso. Porque si os entráis (como si dijera el maestro divino) a predicar a naciones que no se han desnudado de la fiereza y rabia de perros, ni quieren dejar las costumbres bárbaras y sucias de animales inmundos, lo que se seguirá de ahí será, que estas perlas preciosas de sacramentos divinos y misterios celestiales y joyas de la Iglesia, venerables y santas que les ofrecéis, sin conocerlas las huellen, pisen y hozen: y a vosotros que se las ofrecéis y predicáis, os lleven de encuentro, hagan pedazos con sus dientes y armas: *Dirumpant vos.* Que cuadra de lleno a estas naciones, que saben comerse a los que hacen pedazos.

Aviso es éste del maestro del cielo, pues para dar asiento a la doctrina de naciones que habían sido tan fieras, como las tres que hemos pintado y que tanto trabajo y sangre había costado el reducirlas al estado y paz en que se hallaban y vencer las dificultades que se podían ofrecer; después de haberlo conferido con maduro consejo el capitán y los padres, se tomó por resolución que el mismo capitán en persona fuese a México y representase al virrey el estado de aquella provincia y las conveniencias para dar doctrina y padres a las dichas naciones y no se frustrasen la buena disposición, que para recibirla mostraban al presente. También se resolvió llevarse consigo algunos indios caciques de estas naciones, para que ellos también en presencia suplicasen al virrey esta merced y favor de que se les diese doctrina. Esta determinación se ejecutó, y avisados los principales de las tres naciones, aceptaron con alegría su viaje a México en compañía del capitán, llevando consigo cuatro soldados, dejando teniente suyo con los que quedaban en la villa.

Llegó a México donde fue bien recibido del virrey marqués de Montes Claros, que satisfecho de las conveniencias de la venida del capitán y motivos de ella, y habiendo consultado con el padre provincial de la Compañía la pretensión de los indios, teguecos, zuaques y sinaloas, se tomó resolución, que el capitán volviese a su provincia y que en su compañía llevase dos padres, que entrasen a estas naciones, y reconociendo su buena disposición para recibir la doctrina del santo Evangelio, diesen principio a ella bautizando los párvulos; y si fuesen menester más ministros, éstos se despacharían después para que les ayudasen. Demás de eso mandó el virrey a los oficiales, hiciesen despacho de la caja de su majestad, de un par de ornamentos cumplidos para sacerdote y altar, cálices, campanas e instrumentos músicos. Y a los indios que había traído el capitán, los mandó vestir y dar sus espadas, con que volvieron muy contentos. Para su viático y vuelta a su tierra, les hizo limosna y ayudó el arzobispo de México don fray García de Mendoza y Zúñiga, que gustó

mucho de verlos y favoreció mucho su ilustrísima con el virrey, la pretensión de que se les diese doctrina y fuesen bien despachados. No obstante todo este favor y regalo que a estos indios se hizo, algunos de ellos faltaron a sus buenos propósitos a la lealtad de fieles, como se dirá en el capítulo siguiente. Inconstancias a que están sujetas a los principios estas naciones, aunque los demás fueron constantes en sus buenos propósitos y ayudaron después mucho al asiento y doctrina de su naciones.





## CAPITULO XXIX

*De la vuelta del capitán a Sinaloa; sucesos del camino, alteraciones en que halló la provincia y cómo la sosegó*

El capitán Hurdaide, muy alegre de haber conseguido su pretensión y de llevar consigo otros dos predicadores del Evangelio, para extenderlo más en las naciones que tanto deseaba ver cristianas, partió de México en su compañía y habiendo caminado las ochenta leguas que hay hasta la ciudad de Zacatecas. Aquí cuatro de los indios que llevaba, tan acariciados y bien tratados, sin tener otra ocasión que la de su inconstancia (y más para lo bueno) hicieron fuga una noche impensadamente. Esto puso en mucho cuidado al capitán, no por la falta que le hacían sino porque con el grande conocimiento que tenía de estas naciones, y de su facilidad en alborotarse con cualquiera inquietud y consejo de sus cabezas y principales; sospechó (y con razón) que los huidos turbasen sus naciones y las rebelasen con algunas marañas y embustes, con que suelen dar color a su fuga. Partió en busca de su rastro por la posta, a la misma hora de la noche que supo la huida; pero ellos (que son sagaces en sus intentos) tomaron su derrota por fuera de camino. Y es de advertir, que con estar lejos de su tierra doscientas leguas y ser por muchas partes el camino despoblado y de profundísimas quebradas y montañas, ellos que una sola vez lo habían atravesado, volviendo después por fuera de él y no teniendo que comer sino yerbas y raíces silvestres, no lo perdieron, ni perecieron.

El capitán no pudiendo alcanzar la presa que buscaba y dándole mucho cuidado lo que podían urdir los huidos llegados a sus tierras, aprestó su viaje a largas jornadas y llegó al real de Topia, sesenta leguas antes de Sinaloa. Allí le llegaron a él nuevas de mayor cuidado. La primera, que los indios de la fuga, en el camino, a la raya que divide la provincia de Sinaloa de la de Culiacán, hallando en ella tres indios culiacanenses descansando de noche en un arroyo, los habían muerto por llevar cabelleras con que bailar, conforme a su uso antiguo; y para celebrar el levantamiento que pensaban persuadir a su nación tegueca, les cortaron las cabezas, dejando allí los cuerpos trancos y llegando a sus pueblos, los habían inquietado; y todo vino a suceder como lo había temido y pensado el capitán. Con todo, las naciones de los huidos no dieron plenamente crédito a los embusteros. Pero ellos, viendo que el capitán en llegando no había de

dejar sin castigo sus delitos, se retiraron con algunos compañeros que les siguieron, a una nación serrana de gentiles tepagues.

La segunda nueva que se le dio al capitán, fue que otros dos pueblos de cristianos, el uno de Ocoroni y el otro llamado Bacobrito, con pretextos y razones verdaderas en parte, pero por la mayor fingidas, se habían alzado y quemado su iglesia, no obstante que algunos mejores cristianos, quedándose quietos, no habían seguido la parcialidad de los alzados. Llegáronle estas nuevas al capitán Hurdaide a Topia, en ocasión y día que había tomado una purga por un achaque que le había sobrevenido y al punto con la purga en el cuerpo, sin ser poderosos los mineros del real, a detenerle, se puso en camino para Sinaloa, que como estaba hecho a ponerse a tiro de las flechas ponzoñosas y enerboladas, por cumplir con las obligaciones de su oficio, le pareció que esas mismas le obligaban en esta ocasión a arriesgarse a la muerte, que le podía causar la purga que había bebido, en razón de remediar en sus principios el alzamiento de aquellos cristianos, antes que se retirasen a naciones distantes, donde fuera más dificultoso el sacarles; y los que habían quedado quietos no los siguiesen. A este buen intento favoreció Dios: porque la purga no le hizo daño, caminando con ella por serranías ásperas y frigidísimas en sus cimas, cuales son las de Topia, y caminando a largas jornadas.

Finalmente llegó a Sinaloa, con los dos padres que llevaba, donde él y ellos fueron recibidos con grande alegría de toda la villa, y los padres que allí se hallaban: los cuales aunque habían estado con mucha pena de los sucesos de la provincia, en tiempo de la ausencia de su capitán, ya con su presencia, valor y prudencia, se prometían el remedio de todas inquietudes, y no se engañaron, porque luego lo primero de que trató, fue de asegurar los indios que habían quedado quietos; y después envió recados de paz a los alzados y perdón a los inocentes. Aprovecháronse algunos del buen partido que se les ofrecía: pero otros, que fueron rebeldes y que habían sido autores del alzamiento, pagaron con las cabezas. Porque salió el capitán con sus soldados en alcance de los bacubritos y aunque tuvo refriegas peligrosas con ellos, hubo a las manos, e hizo ahorcar algunos autores de la inquietud y a los demás obligó a que reedificasen las iglesias que habían quemado. Con esto quedó este pueblo con mucho asiento y constancia en la paz y cristiandad en que siempre, después acá, ha perseverado.

No se descuidaba de atajar los pasos a los otros indios, que hicieron la fuga en Zacatecas y cortaron las cabezas a los cualiacanenses, aunque se habían ya retirado a la nación gentil y serrana, llamada Tepague, con quien tenían amistad antigua. Porque teniendo noticia de esto el capitán, hizo llamar a los principales de la nación tegueca, de la cual eran los huidos, y haciéndoles un razonamiento, les propuso cuán sin fundamento ni razón sus parientes y naturales habían hecho fuga, y pretendiendo alzamiento; cuán bien tratados los había llevado y vuelto a Mé-

xico: los delitos de muerte que habían cometido, de que se les quejaban y pedían satisfacción los culiacanenses, y que se hallaba obligado a hacerles justicia, e ir a buscar a estos delincuentes, aunque fuese entrando a las serranías de Tepague, que ellos tenían por inaccesibles e incontrastables.

Y quiero referir aquí un dicho, que solía repetir a estas naciones el capitán, digno de su valor: y era, que cuando los indios forajidos le venían a decir, que se habían entrado en montes o quebradas, donde blasonaban, que allí no podría entrar el capitán ni sus caballos; él hacía esta pregunta al que venía con semejantes recaudos: ¿el sol entra allí en esa tierra? Respondíanle: que sí. El al punto: pues yo también entraré donde entra el sol. Y como las protestas o amenazas del capitán, sabían que no se quedaban en solas palabras, cuando oían éstas les ponían en cuidado. Los teguecos, oyendo la resolución del capitán, por excusar la entrada y ruido de soldados, concertaron con él, que despachase una buena escuadra de indios amigos, que prendiesen a los huidos y que ellos ayudarían de su parte para que los tepagues los entregasen. Así se ejecutó: y despachó a quinientos hombres de los indios amigos que negociaron bien, e hicieron presa de los cuatro huidos, entregáronlos al capitán, el cual mandó hacer justicia de ellos en el mismo puesto en donde habían muerto los culicanenses, y éstos quedaron satisfechos y los otros escarmentados de saltar donde el capitán Hurdaide andaba.

El cual, aunque había ya concluido con el alzamiento de los bacubritos y castigo de salteadores, le quedaba el otro pueblo de los ocoronis revelados. Estos dieron mucho más en que entender en su reducción porque los que de ellos quedaron sin hacer fuga, fueron muy pocos y los alzados eran como cuatrocientas personas y entre ellas docientas de arco y flecha y todos habían penetrado la tierra adentro amparándose en naciones enemigas, a donde era muy dificultosa, por entonces la entrada.

Y porque en medio de guerras y alborotos se diga lo que es de paz y edificación, es muy digna de contarse aquí la muestra de fidelidad y asiento que hace la doctrina cristiana en los que escoge Dios entre estas gentes, en especial en los de tierna edad. Y fue el caso: el padre Pedro Méndez, que doctrinaba este pueblo alzado, con otros que estaban quietos, había juntado número de hasta diez y seis mozos y niños, para seminario y escuela, a donde aprendían a leer, escribir y cantar, servir en la iglesia y enseñar la doctrina en ella cuando el padre estaba ausente. Al tiempo pues del alzamiento de Ocoroni, los padres, madres y parientes de estos niños y mozos hicieron grandes diligencias y les dieron grande batería para que se alzasen, y huyesen en su compañía. Todos resistieron valerosamente a estos asaltos. Y para asegurarse más, escabulléndose de sus padres carnales, se fueron a buscar al que los había engendrado en Cristo y criaba en virtud y santas costumbres; y todo el tiempo que duró el levantamiento que fue largo, estuvieron sin apartarse de su compañía; cosa que causó admiración a todos, así indios, como españoles, viendo

que a gente tan tierna en la fe y en la edad, no la desquiciase el amor de padres y madres, que es vehemente y vivo en estas naciones.

Al fin, los ocoronis, por entonces perseveraron en su fuga, la cual fue ocasión de dos efectos y sucesos, que aunque contrarios entre sí, la divina providencia los supo disponer y juntar uno adverso con otro favorable. El adverso fue que de la fuga de los ocoronis resultaron las batallas más campales que sucedieron en la provincia de Sinaloa, desde su descubrimiento, entre españoles e indios. El favorable fue el resultar de este alzamiento la conversión de dos naciones las más populosas de Sinaloa, mayos y yaquis; todo lo cual se irá viendo adelante en el mismo discurso de esta historia, al libro quinto, para donde será forzoso diferir la reducción de los ocoronis, que al fin se consiguió con la de la famosa nación yaqui, con la cual está encadenada.

## CAPITULO XXX

### *Del asiento y conversión de pueblos y rancherías, serranías y comarcas a la villa de Sinaloa*

Aunque la provincia de Sinaloa a lo largo está extendida por largas llanadas y hasta aquí se ha escrito de doctrinas y naciones pobladas en ellas y vecinas a la villa de los españoles, se ha dejado para este lugar el escribir de la cristiandad a que se dio asiento en pueblos y rancherías de naciones, que si bien no distan de la villa más que ocho y diez y doce leguas, pero están en puestos muy dificultosos de ásperas montañas y fueron las postreras que en sus contornos se redujeron de paz y recibieron el evangelio. Estas son las que se llaman chicroatos y cavametos, con otras rancherías circunvecinas, a cuyas tierras años atrás habían entrado españoles en busca de minas aunque no perseveraron en ellas. :

Estas gentes habían andado inquietas y mostraban poca amistad y paz con españoles y alborotaban otros pueblos de cristianos que eran sus vecinos. Por esto hubo de entrar el capitán a sus sierras, para asentarlos de paz. Esto consiguió felizmente con buenas razones y sin sangre y con trato que estableció con ellos, sacando algunos indios cristianos que vivían a sus anchuras y libertad de conciencia, entre gentiles. Recabó que se recogiesen a pueblos y puesto competente, más de mil y quinientas personas. Para más obligarlos a salir de sus picachos y de entre peñas, los hizo acarrear con sus mulas y recua el maíz y sustento que tenían, a los lugares donde se habían de reducir y finalmente, con el ánimo cristiano y generoso, con que trataba estas cosas, para acariciarlos más, les compró tierras de los cristianos vecinos que pudiesen cultivar y árboles frutales de que gozasen, encargando a los vecinos cristianos que les ayudasen a hacer sus casas de nuevo, con que el que era desierto se trocó en un grande pueblo. Y para que más de asiento parasen en él, se quemaron los ranchos antiguos, con que quedaron contentos los cavametos.

Vuelto de esta facción el capitán a la villa, trató y resolvió con el padre rector del colegio, que por esta gente emparentada con cristianos antiguos y estar bien dispuestas, se les podría luego dar doctrina. Encargósele al padre Pedro de Velasco, que había llegado aquellos días de México a ayudar a los demás ministros misioneros. El padre, que iba con grande ánimo de padecer muchos trabajos, por dilatar la fe de Cristo nuestro

señor, aceptó la empresa con mucha voluntad, aunque en medio de aquellas ásperas serranías y en compañía de aquellas gentes mucho más pobres y miserables que la de los llanos.

Son de menor estatura y corpulencia que ellos, aunque muy ligeros en andar y trepar por riscos y peñascos; muy diestros en arco y flecha, cuya punta labran de pedernal, la cual aunque no es de tanta fuerza para penetrar las armas defensivas de cota de malla, como las puntas de palo tostado de indios de los llanos, ni usan tanto de la yerba venenosa como ellos; con todo, hacen otra herida, que es muy dificultosa de curar. Porque clavando la flecha en la carne, siendo estas puntas de pedernal, de forma de harpones, al arrancar la flecha se queda el pedernal dentro; y si es profunda la herida no se puede sacar sin mucho daño y peligro. Y aunque los españoles, por sus armas defensivas, temen menos este género de flechas; pero los indios amigos que pelean desnudos, corren más riesgo. Y porque quede dicho algo de lo particular, en que se diferencian las naciones serranas, de las de los llanos, digo, que las mujeres de sierras son muy trabajadoras, principalmente en llevar carga. Pues la que fuera bastante para una acémila, la lleva una india, subiendo por cuevas y picachos cargada de maíz, ollas de agua y otras alhajas; colgando de la cabeza con una faja y echada a las espaldas una a modo de cesta larga y en ella uno o dos hijos, y con un bordoncito en la mano, trepan por aquellos montes y caminan muchas leguas.

De este género de trabajo y carga se acostumbran desde que son niñas y pueden andar, porque al modo que a niños varones desde esta misma edad les ponen sus padres un arquito pequeño y flechas en las manos, para que salgan diestros en este ejercicio, así a las niñas les cuelgan sus madres de la cabeza carguillas pequeñas, de más o menos peso según sus fuerzas, con que se quedan muy diestras en atravesar aquellas serranías y mudan sus casas y alhajas con facilidad.

Entró pues, el religioso padre a trabajar en la viña, cuya planta y labor Dios le había encomendado, y dio principio por unas primicias abundantes y prósperas de centenares de párvulos que bautizó. Y por no repetir lo que se ha dicho en la conversión de las demás naciones, no especifico aquí los bautismos generales de los adultos. Con ellos se acabó de bautizar toda esta pobrísima gente serrana, hasta en número de seis mil almas, con que se iba acrecentando maravillosamente la cristiandad de la provincia, domesticándose los que parecían venados montaraces y trocándose en ovejas mansas de Cristo. Y era tanta la sujeción que tenía el padre, que aun a sus sementeras no iban sin aviso, porque no les echase menos en la Iglesia.

Entraron con tanto gusto en la doctrina, que cuando había alguna de ésta en pueblo vecino de más antiguos cristianos, iban a ella todos juntos, con guirnalda en las cabezas y una cruz delante y entraban en el pueblo cantando la doctrina, de lo cual se alegraban y espantaban aquellos

cristianos, que poco antes los habían conocido tan montaraces. Y todo servía de afervorizarse todos en la fe. Fue en éstos muy célebre una salutación singular que introdujo su padre y ministro y persevera hoy, que es saludarse con los dulcísimos nombres de Jesús y María. De suerte que causa grande alegría al pasar alguno por sus ranchos, oír que le dan la bienvenida, diciendo a voces: Jesús, María. Artificios propios de padres, que miran a estos pobrecitos como hijos. Que como a los niños cristianos, sus padres que lo son, les enseñan a gorjear, pronunciando estos saludables nombres, así estos infantes en la fe los criaba este padre con esta leche, de que pronunciasen estos divinos nombres, para imprimir en sus corazones el amor y conocimiento de sus dueños. Niñerías parecen éstas, pero de ellas vemos que gustó el hijo de Dios, cuando al entrar en Jerusalén los niños le aclamaban con el *Hosana filio David*. Y a los escribas que se indignaron con esta salutación, les cerró las bocas, dándoles a entender le era muy agradable aquella salutación de niños, diciéndoles: *Numquam legistis, ex ore infantium, et lactentium perfecisti laudem?* Se cumplía en éstos que lo eran en la fe. Asentóse en esta gente una muy buena cristiandad, acudiendo a los ejercicios de cristianos, como todas las demás.

En tocando las Ave Marías se juntaban todos en sus casas a rezar las oraciones: y lo tomaron tan a pecho, que se solían estar más de una hora rezando, de suerte que no se hallaba alguno que no supiese la doctrina cristiana. En lo que tuvieron gran dificultad de mudar de sus costumbres antiguas, fue en dejar la que usaban, de criar el cabello largo y dejarlo cortar cuando los bautizaban. También en dejar de enterrar sus muertos en el campo, y poner con ellos unas cañas llenas de agua para el camino y jornada que fingían (como atrás se dijo); todo supersticiones y abusos. Vióse el padre obligado a hacerles plática larga sobre este punto, explicarles la significación de la costumbre y ritos con que la Iglesia manda enterrar los cristianos. Quedaron tan desengañados y pagados de la doctrina que les dio, y tan contentos del modo de enterrar los difuntos en la iglesia, que sucedía cuando preguntaba el padre a algún gentil, si se quería bautizar: en lugar de responder que sí, decir preguntando: ¿pues no me había de enterrar en la Iglesia? Tomando por motivo para bautizarse, lo que antes les era de impedimento y estorbo. Sirvió también la plática del padre, para deshacer otro abuso, que acerca de difuntos usaba en particular esta nación. Esto era, que cuando moría la mujer de alguno o hijos o deudos cercanos al viudo o viuda o pariente más cercano al difunto. Luego que éste quedaba enterrado llevaban al otro al río y allí tres veces el rostro vuelto al oriente lo zambullían, haciendo lo mismo tres días continuos. Después lo encerraban en una casa por espacio de ocho días, donde no habían de comer ni caza ni pescado, sino una poca de harina de maíz y agua, sin que en aquel tiempo le pudiese ver persona alguna, ni dejarle, aunque fuese cristiano, ir a la iglesia a oír misa. De esta



superstición tuvo noticia el padre: enseñóles cómo habían de ayudar con oraciones y buenas obras a sus difuntos; con que quedó desterrada la superstición.

Un caso singular es digno de contar aquí, porque declara la virtud de la santa cruz, que sucedió con un hechicero que había tenido trato muy familiar con el demonio. Cuando a este indio lo bautizó el padre, le amonestó y encargó, que renunciase todos los pactos que tenía con tal enemigo del género humano, y huyese de su trato; habiendo dado palabra de cumplirlo, lo bautizó. Pero faltando al buen propósito y palabra, dio lugar a que el demonio visiblemente se le apareciese muchas veces, persuadiéndole volviese a sus diabólicas artes. Afligido el indio vino al padre a pedirle remedio, el cual se lo dio, encargándole, que renegase del demonio y de sus tratos. Demás de esto, le mandó, que en su casa pusiese muchas cruces y que cuando se le apareciese se persignase. Estando una vez el indio acostado en su cama, le comenzó a llamar el demonio desde afuera con espantosa figura, y persuadiéndole, que quitase de allí aquellas cruces si quería que entrase; el indio le respondió, que antes porque no entrase, ni le viese más, no las pensaba quitar de donde estaban y que se fuese porque no quería jamás tener su amistad. Fuese el demonio corrido de la respuesta, y nunca más volvió, quedando el indio alegre de haber conseguido victoria por medio de la santa cruz. Remedios divinos, de que se valieron los santos en sus peleas con esta fiera.

## CAPITULO XXXI

*De una inquietud, rebelión y alzamiento, que se levantó en estos pueblos; cómo se sosegó y constancia del padre en administrarlos*

Rabioso andaba el demonio de verse desterrado de aquellas serranías, donde se había encastillado; y verse despojado de sus vasallos, que tan sujetos había poseído; y buscaba medios para volverse a los castillos que había perdido. Hallólo con la ocasión que diré: en una fiesta que celebraba un pueblo de cristianos, concurrió de todas partes a ella mucho gentío y concertáronse para correr el palo (juego de que atrás queda escrito). Entre los dos bandos, que salieron a correrlo, hubo diferencia sobre las leyes del juego, y llegó a tal punto la discordia y encuentro, que algunos tomaron los arcos para llevarlo por las armas (cosa rara en estas gentes). Hallóse el padre presente en esta sazón y procuró componer la diferencia, y les hizo dejar las armas. Pero quedando en algunos centellas de rencor, el demonio hizo sus diligencias, para soplarlas y encenderlas, induciéndoles a que se volviesen a su bárbara libertad, sin atender a exhortaciones del padre, y vengándose de sus opositores retiráronse los inquietos a pueblos gentiles vecinos, y haciéndose éstos a una con ellos, se determinaron a venir a matar al padre.

Y hubieran ejecutado su perverso intento, si no sucediera, que caminando a ponerlo por obra, los encontrasen otros indios gentiles, los cuales habían recibido buenas obras del padre, y que conocían y supieron decir a su modo tales alabanzas de lo bien que trataba a la gente de sus pueblos, que les obligaron a mudar de intento, y determinaron volverse. Pero ya que no hicieron la presa, que deseaban en el ministro evangélico, no sosegando del todo su ánimo alterado, la hicieron en dos indios cristianos, que hallaron pescando en el río, a los cuales cortaron las cabezas, llevándoselas para celebrar sus fiestas, y embriagueces. Sintió el padre tiernamente la muerte de sus cristianos, que amaba como hijos, aunque de algún consuelo le fue, que el uno de ellos, poco antes se había confesado. Fue por los cuerpos y dióles sepultura en la iglesia, con gran dolor de los demás cristianos, a quienes con buenas pláticas procuró sosegar, porque no se inquietasen contra los matadores y los buscasen para vengarse, como lo usaban en su gentilidad.

Lances y peligros son éstos en que frecuentemente se ven los ministros del Evangelio en estas misiones, y más en sus principios, y porque se eche de ver la particular providencia con que no pocas veces Dios nuestro señor les ampara, como a siervos fieles que en medio de innumerables trabajos, y peligros de muerte le están sirviendo.

Escribiré aquí un caso singular que sucedió al padre de esta doctrina en este tiempo. Estaba al anochecer debajo de una enramada, a la puerta de su casilla de palos, rezando el rosario, y de repente, sin haber precedido ocasión alguna, le sobrevino un temor tan grande y repentino, que le obligaba a estremecer todo el cuerpo y entrarse en su pobre choza a acabar de rezar de rodillas su rosario; cuando al mismo punto, a un muchacho que salía por lumbre le tiraron un flechazo, que dio en el mismo puesto donde estaba el padre, que a quedarse allí lo hubiera muerto. A la verdad bien sabe la soberana Virgen librar innumerables veces de tales peligros a los devotos de su santo rosario. Ya que al lobo infernal se le había frustrado sus intentos de dar la muerte al pastor del rebaño de Cristo, no sosegaba en su propósito de destruir la manada; para cuyo propósito solicitó los ánimos de los gentiles y malos cristianos, que mataron los dos indios, a que pegasen fuego a las iglesias de los pueblos cristianos. Pusieronlo por obra y abrasaron juntamente gran parte de sus casas, pretendiendo también que los demás les acompañasen en su rebelión y levantamiento, y fuesen cómplices en sus delitos.

En el un pueblo les resistieron valerosamente los buenos cristianos, y trabaron con los rebeldes sangrienta batalla, en que murió uno de los agresores y otros sus compañeros salieron heridos. De los defensores cristianos no murió ninguno; mientras pedían socorro al capitán, se fortificaron en un cerrito, que tenían cerca de su pueblo; enterrando la campana, porque los enemigos no se la quebrasen. Y demás de eso, llevaron consigo al monte la imagen que tenían en su iglesia, hasta que llegase el dicho socorro. Entró a él luego el capitán con sus soldados, siguió a los enemigos y hubo a las manos algunos de los delincuentes, de que hizo justicia, redujo a los demás y dejó reparados los pueblos e iglesias, y en su paz y quietud de esta cristiandad.

Trabajó en ella muchos años el religiosísimo padre Pedro de Velasco, y la adelantó y promovió con grande espíritu y celo santo del bien y salvación de estas pobrísimas almas. Lo cual se echará de ver en carta propia, en que respondió a nuestro padre provincial, que le llamaba a México para ocuparle en ministerio más lustroso de letras, en que era muy aventajado. Pudiera el padre lucir mucho en esta ocupación y también por su ilustre sangre, que era de la casa del condestable de Castilla e hijo de don Diego de Velasco, gobernador que fue de la provincia de Nueva Vizcaya; su carta es respuesta al padre provincial y de mucha edificación, dice así:

“La de V.R. recibí; y aunque, como llena de paternal amor, me fue de particular consuelo, no dejó de sentir mi corazón lo que algunas veces se me ofreció y era, que viendo por una parte la gran materia del servicio de nuestro señor, que en esas partes se ofrece, las grandes ocasiones de su mayor gloria; y dándome por otra mis faltas en rostro, consideraba, que si para éstas había de haber alguna pena y castigo, sería quitarme el señor (como a ruín) tan grande empleo, y ponerme en otro: y pues veo cumplido este sentimiento, mucha causa tendré de él creyendo está en la memoria del señor la culpa, viendo ejecutar la pena. Yo (mi padre provincial) me siento tierno y muy aficionado a ayudar a estos pobrecitos e inclinado a este ministerio, adverso de mi parte a los lucidos de los españoles: lo cual, aunque debiera tener poco lugar para no dejar de rendirme luego, aunque fuera con gran desconsuelo mío a la santa obediencia, todavía lo represento a V.R., como amoroso padre y como a superior, se me ofrece proponer la mucha gloria de nuestro señor, que por ventura se impedirá con mi mudanza. Y puede colegirse por los millares de almas que en este puesto se han bautizado; de las cuales en los tres años primeros murieron más de trescientas recién bautizadas o sacramentadas. De lo cual me parece se habrá seguido más gloria de Dios, que si hubiera leído en este tiempo un curso de artes; y ahora falta gran número de gentiles que bautizar y bajar muchos huesos secos de viejos, desparramados por esos picachos y juntarlos y darles espíritu de vida; lo cual parece había de ser por medio de la voz de algún profeta y su voz y lengua; y aunque yo no lo sea, en fin soy el primer padre y ministro de éstos. Las lenguas son tres en estos pueblos; y aunque he hecho mi posible para salir con las dos, voy ya tras la tercera. El puesto de la lectura y cátedra, se podrá suplir con mucha más satisfacción, por otros muchos que allá hay. Y en pensar salir de este ministerio, se renueva mi sentimiento, pensando tengo de trocar el libro del Evangelio de Cristo y de sus apóstoles, por un Aristóteles y esto por mis faltas, y no haber sabido leer con debida disposición y reverencia el libro de los santos evangelios. El ir a la cercanía de parientes, sólo servirá de menos quietud: y el señor virrey, como tan piadoso y prudente, fío tendrá por bien que yo me quede por acá, pues será de tanto servicio de nuestro señor y bien de estas gentes, tan desamparadas como yo se lo escribo a su excelencia. Guarde nuestro señor a V.R., en cuyos santos sacrificios y oraciones me encomiendo, pidiendo con la resignación, que debo, se sirva de admitir mi proposición, siendo posible.”

Hasta aquí la carta del padre, que por estar ella misma manifestando el espíritu apostólico con que se escribió, no pide comentario. Sólo de los que apunta de la satisfacción que daría al señor virrey, que fue porque había pedido su excelencia al padre provincial le trajese a México, por tener deudo con el dicho padre. A cuya religiosísima respuesta pudiera añadir

otras muy semejantes de otros sujetos de muchos talentos, y ministros que se han ocupado en estas empresas de tanta gloria de nuestro señor. Al fin, todas las ofertas que se le hicieron al padre Pedro de Velasco, no fueron poderosas para sacarle de entre aquellas peñas y breñas y de los trabajos y peligros en que vivía en aquella su amada y evangélica ocupación.

## CAPITULO XXXII

*Escríbese la fidelidad grande de estos pueblos en ocasión de un acometimiento, que hicieron los rebelados tepeguanes*

Será remate de la reacción de esta gente serrana, y prueba de la fidelidad de su cristiandad, y cuán fija quedó en sus corazones, la doctrina de su padre, el singular caso que se sigue. Sucedió por este tiempo, cuando el padre Pedro de Velasco tenía ya muy pacíficos sus pueblos y los doctrinaba con mucha quietud, el alzamiento y rebelión muy nombrada en la Nueva España de los tepeguanes, de que se escribirá largo en su lugar. Rebelada esta nación belicosísima, procuró para defenderse de la guerra, que en castigo de sus enormes delitos le hacían los españoles, solicitar a otras naciones para que se levantasen y tomaran las armas y la siguiesen; y entre ellas hicieron grandes diligencias y esfuerzos en la cristiandad de los serranos de que vamos hablando, para que quemando sus iglesias, se volviesen a su gentilismo. Despacharon varios mensajeros, que los sollicitasen a poner en ejecución su perverso intento, ya con amenazas, ya con promesas, ofrecíanles la ropa ensangrentada de los españoles que habían muerto, y entre ellas una camisa toda ensangrentada de uno de los santos ocho padres ministros del Evangelio que mataron. Desenvainaban las espadas que habían cogido de los españoles muertos, todo a fin de que estos cristianos fuesen cómplices en el alzamiento general que pretendían.

Los indios chicoratos todos, y la mayor parte de los cavametos estuvieron fieles a Dios y a su fe, repeliendo a los alzados y apóstatas tepeguanes, sin dar oídos a sus perversas persuasiones. Enojados los rebeldes con esta respuesta, determinaron destruirlos y concertaron de acometer a uno de estos pueblos cristianos un día de fiesta; y a la hora que toda la gente estuviese recogida en la iglesia, descuidada y sin armas, pegarle fuego y acabar con la iglesia y cristianos. Como lo trazaron procuraron ponerlo en ejecución, y un domingo por la mañana, estando más de seiscientas personas en la iglesia, habiendo rezado sus oraciones y oído sermón, y vistiéndose el padre para decirles misa, de repente entró por el pueblo una escuadra de tepeguanos furiosos, a pegar fuego a la iglesia y matar a cuantos encontrasen. Caso que fuera muy lastimoso, si no hubiera Dios prevenídolo con su divina providencia, porque un

muchacho que estaba en el campanario descubrió a los enemigos y dando gritos tocó alarma. Turbóse la gente que estaba sin armas; los enemigos ya en la plaza de la iglesia, salieron de ella los varones de prisa, aunque con gran peligro a tomar sus arcos: y al fin, los que tenían cerca sus casas los pudieron cobrar y ayudándolos y haciendo rostro con sus arcabuces dos soldados que acertaron a hallarse allí, cobradas sus armas los buenos cristianos, embistieron con sus enemigos.

Duró rato la pelea, en la cual les ayudó Dios, porque aunque algunos fueran heridos, luego los retiraban a la casa del padre, donde eran curados y confesados, y finalmente, los buenos cristianos cortaron las cabezas de algunos apóstatas tepeguanes y otros quedaron heridos; y haciéndoles perder el puesto, vencidos se hubieron de retirar, dando Dios esta maravillosa victoria a los constantes cristianos, aunque desprevénidos y sin armas, y para oír su misa en una iglesia de paja, donde todos quedaran abrasados a no haber prevenido este lance Dios nuestro señor, el cual también libró al padre de este evidente peligro; porque saliendo de la iglesia para amparar la gente menuda en su casa, que estaba muy cerca, y por ser de terrado no corría el peligro de fuego: a este tiempo le tiraron un flechazo, que pasó tan cerca, que fue gran ventura el no atravesarlo. Aunque pasó este peligro, y libró Dios de él a su pueblo cristiano; pero todavía quedaba con grandes temores de otros acometimientos de los tepeguanes, y que revolviesen sobre él. Por esto el padre quiso asegurar las imágenes de la iglesia y enviarlas a la villa, hasta que se sosegasen los tiempos. Los buenos de los cristianos no lo permitieron, diciendo y prometiendo, que con sus armas y vidas las guardarían, como lo hicieron: estando mucho tiempo en centinela de su iglesia, hasta que se sosegaron los alborotos, en que dieron muestras de su constancia y perseverancia en la fe con Dios y con su ministro que se le enseñaba: a quien ellos aún en medio de la fuerza de la pelea procuraban consolar en la pena con que estaba, de ver en tanto peligro su fiel y contante rebaño.

Amparólo después el capitán con su presidio de soldados, que salió en busca de los tepeguanes y les reprimió por esta parte la entrada en la provincia de Sinaloa, no obstante que ellos la intentaban por otras (como adelante se dirá) y sirvió también este feliz suceso, para que algunos indios vecinos, que no se habían reducido a la iglesia, viendo descarriados a los tepeguanos, y la mala vida, e inquietudes en que andaban en su alzamiento, tomando ellos mejor consejo, a tropas en número de trescientas personas, trayendo cruces en las manos en señal de paz, se vinieron a poblar con los cristianos, en otro pueblo de San Lorenzo; quedando perdido el demonio en lo que pensó ganar. Y no sólo éstos, pero otros pueblos cercanos de Tecuchuapa, se redujeron también a éstos para tener más seguridad y doctrina, con que quedó muy aumentada esta cristiandad y partido, donde trabajó por muchos años el padre Pedro de Velasco, cultivándola con singular solicitud, edificando iglesias

muy vistosas, aunque con grandes trabajos. Ayudó a la salvación de gran número de almas, que por medio de su doctrina podemos entender se han salvado, y las que después con el curso del tiempo va Dios entresacando. Porque persevera hoy esta cristiandad muy aprovechada, a que el dicho padre echó los primeros fundamentos, y tiene mucha parte en la que sobre ellos se edifica y coge para el cielo.





## CAPITULO XXXIII

*Vienen indios de otra nación serrana, llamada Tubari, a pedir doctrina y el santo bautismo y vuelven con esperanzas de conseguirlo.*

Con lo que aquí se escribiere de esta nación, dejaremos por ahora las que habitan en la sierra, volviéndonos a los llanos de Sinaloa, para cumplir con la primera empresa y primeros triunfos de la fe, que se consiguieron en esta provincia, a los cuales se siguen después otros muchos mayores. La nación de que aquí se escribe, llamada Tubari, aunque no es muy copiosa de gente, tiene su asiento como dos jornadas apartada de la del capítulo pasado, poblada en varias rancherías sobre los altos del río grande de Sinaloa. Estos indios, aun antes de hacerse cristianos, mostraron siempre tener buen corazón con los españoles.

Término es éste de hablar de estas naciones, para dar a entender que tienen amistad y guardan fidelidad con otras. Los tubaris, nunca mostraron enemistad con españoles, ni les habían hecho guerra, ni daño alguno en ocasiones que se les habían ofrecido de llegar a sus tierras; antes bien en entradas que se ofrecieron al capitán Hurdaide acudieron a ayudar en ellas con mucha puntualidad. Comunicaban algunas veces con indios cristianos, con ocasión de rescatar sal entre ellos, de que carecen en su tierra. Ahora entra hablando de esta nación el padre Juan Calvo, que cuidaba de la cristiandad cercana a ella.

“Tuve, dice, buena ocasión de hablar con los tubaris, y tratarles de lo que tanto les importaba, como era su salvación, por medio del bautismo, como lo he hecho muchas veces con muchos de ellos, dándome siempre buenas respuestas y deseos de poner en ejecución lo que se les decía: pero como estos años ha estado tan inquieta esta serranía con el alzamiento de los tepeguanes, que ni aun en los pueblos ya asentados y hechos cristianos, que tocan en esta serranía estábamos seguros; no puse más calor en ello, por haberme significado el superior, que por entonces no convenía poner muchas prendas, contentándome con tenerlos y conservarlos por amigos y de nuestra parte, como lo han sido siempre, aun cuando estaba toda la serranía puesta en armas y de guerra. Vióse esto claramente cuando los tepeguanes en su alzamiento llegaron sobre las tierras de estos indios tubaris, pidiéndoles comida, flechas y gente que les ayudase en sus malos intentos, amenazándoles con la muerte y ruina

de todos, si no lo hacían así; y ofreciéndoles premios y dádivas de lo que habían robado de las iglesias y españoles, si les acudían con todo lo que pedían. Pero los tubaris no quisieron darles acogida, ni socorrerles en cosa alguna, acordándose (como ellos mismos me contaron después) de lo que yo les había enviado decir pocos días antes, luego que supe del alzamiento de los tepeguanes, y que se venían retirando por estas tierras; que si acaso llegasen a sus tierras no les diesen entrada, ni socorriesen con bastimento alguno; porque si se lo daban y les favorecían, podrían tener por cierto entraría a ellas el capitán, y los castigaría. Con este aviso no se atrevieron a darles cosa alguna, estimando en más la amistad de los españoles, que las de los tepeguanes; antes luego que llegaron allí, me despacharon los indios fieles tubaris, que me dieron noticia de lo que por allá pasaba.

“Después que el señor se ha servido dar bonanza, y sosegar toda esta serranía, han bajado al pueblo de nuestros cristianos más a menudo, dando siempre mayores muestras de quererse bautizar y ser cristianos. Y han bajado al fuerte de Montes Claros, donde reside el capitán Diego Martínez de Hurdaide, a pedirle doctrina, y padres para que les enseñasen. Y este año de 1620, por el mes de enero bajaron cuarenta indios los más principales de todas las rancherías de esta nación, y llegando al pueblo de Yecorato, donde yo estaba, con lo que comenzaron su razonamiento fue con decirme, que estaba su corazón muy triste y desconsolado, por ver que otras naciones que están lejos, tienen ya padres e iglesias y son ya cristianos, y ellos que están mas cerca, están sin padre y por bautizar; y así, que fuese luego a bautizarlos, pues sabía las veces que me lo habían pedido.

“Lastimóme el corazón, viendo por una parte con cuanta razón y verdad lo decían, y por otra, que no se les podía acudir a sus buenos deseos con la brevedad que ellos pedían y yo deseaba, esperando la orden y licencia del virrey; y así los despaché a la villa de Sinaloa, para que representasen sus buenos deseos al padre rector y al capitán Diego Martínez de Hurdaide, de quienes fueron bien recibidos, acariciados y regalados con algunas dádivas y varas de topiles que es oficio como de ministros de justicia, que se dieron a diez de los más principales, lo que ellos estiman: y con esto y las buenas esperanzas que se les dieron, de que en breve se le alcanzaría doctrina de los superiores, volvieron muy consolados y animados, prometiendo que en llegando a sus rancherías, se habían de recoger todos a tres buenos pueblos, y hacer en ellos iglesias y casas para el padre, y con esto obligar a que más en breve se les dé doctrina. Añadió uno de ellos: para que entiendas, padre, que esto sale del corazón, y que hablamos de veras, te enviaremos en llegando a nuestra tierra cuatro hijos nuestros, para que les enseñes y bautices aquí, y después nos enseñen ellos cuando entren contigo.

“Como lo prometieron, así lo cumplieron, porque en llegando a sus tierras cuatro de los dichos topiles, me enviaron cuatro hijos suyos; añadiendo, que si quería más, me los enviarían. Quedaron los cuatro muchachos muy contentos en el pueblo de Tecorato, donde se están enseñando la doctrina. Aunque había muchos días que tenía yo noticia de la mucha gente que hay de estos tubaris por relación de muchos indios de este partido, que entran a rescatar mantas, de que tienen los tubaris grande abundancia, con todo me quise informar más de propósito; y así envié un indio bien ladino y de su misma lengua y nación, natural del uno de los pueblos de este partido en que estoy, acompañado con otros del mismo pueblo, para que anduviese por todas aquellas rancherías, viese la disposición de la tierra y contase la gente, dándole para el efecto un papel, y en él señaladas todas las rancherías de por sí, con una raya grande en cada una, para que en ella hiciese tantas cuantos indios casados había en la tal ranchería y población: y me trajo por cuenta mil ciento veinte y tres indios casados; y dice faltan muchos más, que por ser el tiempo que llevaba corto no los pudo recoger todos, como ni andar todas las caserías. Que viene a ser muy buen golpe de gente para sierra. Dicen que se pueden todos reducir a tres o cuatro puestos buenos, y de buenas tierras en distancia de un día de camino; y a donde dicen los mismos indios, que también se pueden reducir los que viven en los altos, no muy lejos de allí. Tienen estos indios dos lenguas totalmente distintas, la una, y que más corre entre ellos, y de más gente, es de las que yo tengo en este partido, con que les hablo y me entienden y entiendo como a los del mismo partido: la otra es totalmente distinta.”

Hasta aquí el padre a que yo añado, que mucha gente de ésta entró en la iglesia y se bautizó andando el tiempo, que yo he anticipado, por acabar de contar reducciones y conversiones de esta primera gente serrana; para volver a concluir con las de los llanos, y cercanos a la villa de Sinaloa, que fue el primer empleo que tuvieron nuestros padres en los doce primeros años de su entrada a esta provincia. Y con esto pasaremos a contar la conversión de gente que fue muy señalada.



## CAPITULO XXXIV

*De la reducción notable de una tropa de gente, que dejando su tierra y caminando muchas leguas, vino a pedir el santo bautismo, y poblar junto a la villa*

Algunos casos singulares, y que son dignos de memoria, que han sucedido en esta primera cristiandad de Sinaloa, piden capítulos aparte en esta historia y por esto se han reservado para ellos. Será el primero, el de la señalada, si no es que la llamada milagrosa salida de Egipto, del gentilismo a la tierra santa de la Iglesia, que hizo una tropa de gente de la nación Nebome, que saliendo de su tierra, y de la naturaleza de su propia nación, se vino a poblar de ochenta leguas la tierra adentro al río de la villa de los españoles, cuatro leguas de ella. El intento principal que trajo a esta gente, fue buscar el santo bautismo; hacerse cristianos y gozar de la doctrina de los padres. Y porque se entiendan los medios de que se sirvió la divina providencia y el orden de su altísima predestinación para salvar estas almas, es menester traer a la memoria lo que queda dicho en el primer libro, y descubrimiento de la provincia de Sinaloa, donde se hizo mención de las tropas de indios que seguían y acompañaban a Cabeza de Vaca, cuando salía de la Florida, y se quedaron en el pueblo de Bamoá, y habiéndose bautizado, fueron de los mejores cristianos de los cercanos a la villa, y en aquella comarca.

Pasados algunos años, y estando la tierra de paz, acordándose los bamoas de sus parientes y naturales, de donde en años pasados habían salido, fueron algunos a visitarlos y a darles la nueva de cuán bien les había salido su transmigración y que vivían muy contentos bautizados, y hechos cristianos, y con conocimiento del verdadero Dios y de su palabra. Moviéronles tanto estas pláticas y razones de sus parientes, que se determinaron a venir algunos de los principales gentiles a la villa, a pedir a los padres que fuesen a sus tierras y enseñarlos y bautizarlos, como a sus parientes. Los padres y el capitán, a quien también acudieron con su demanda, los acogieron con agasajo; pero entendiéndoles en su pretensión, cuya ejecución era por entonces dificultosa porque su tierra estaba distante ochenta leguas de la villa; y había otras naciones de gentiles en el camino, con las cuales era primero necesario sentar y asegurar la paz. Pareciéndoles a los nebomes (que éste es el propio nombre de esta

nación) que su pretensión iba muy a la larga, movió Dios el corazón a una tropa de trescientos y cincuenta personas, a una acción memorable; ésta fue cargar con hijos, y su hatillo y venirse a vivir con los cristianos bamoas y allí procurar su bautismo y salvación.

Púsose en camino aquella compañía de peregrinos, mujeres y niños, padeciendo muchas hambres y trabajos, porque venían cargados de sus alhajas, las mujeres de sus hijuelos, y todos a pie; y aunque sacaron algún bastimento, éste no fue suficiente para tan larga jornada, y tanto número de gente. El paso no era por tierra de naciones amigas, que les pudieran socorrer, antes enemigas y belicosas, y tales, que si no temieran al capitán que les tenía amenazado riguroso castigo, si hiciesen mal a los que de naciones gentiles le viniesen a ver; a toda esta gente la hicieran pedazos y celebraran el triunfo con cabelleras de hombres y mujeres. Por lo cual fue su viaje aún más peligroso, que si caminaran por desierto. Pero Dios que los traía, los favoreció y pasó la dichosa compañía con seguridad por medio de tantos peligros.

Con el trabajo del camino murieron en él tres adultos, que seguían el intento que tenían de bautizarse, y la disposición que tuvieron por medio de un indio que con ellos venía y tenía noticia de la doctrina cristiana y se la enseñaba, se puede entender, usó nuestro señor de misericordia con ellos, y que les valió el bautismo *flamminis* y el deseo que les traía desde sus tierras a recibir el agua santa y celestial.

Llegó la dichosa compañía a la villa a primero de febrero del año 1605. Fueron a visitar al capitán, y a los padres que estaban en el colegio y que los recibieron y agasajaron con particular regalo, a gentilidad que venía traída (ya que no de una estrella, como los Santos Magos) por lo menos en el llamamiento de la divina inspiración, con que Dios los había sacado de sus tierras llenas de tinieblas, a buscar la luz divina, y quedarse donde ella ya resplandecía. De la villa se bajaron luego al pueblo de los cristianos bamoas sus parientes de su propia lengua. El padre de aquel partido juzgó que era digna aquella gente de ser recibida con alegría y fiesta; pues la hicieron los ángeles a los pobres pastores que fueron a adorar a Cristo; y así ordenó que todo el pueblo se juntase y ordenase una procesión para recibir a los peregrinos. El padre se revistió con capa de coro, y a repique de campanas y música de la capilla y varios instrumentos, y muchos arcos de tramos de árboles y cantando *Te Deum laudamus*, que se compuso al bautismo del gran doctor de la iglesia, San Agustín, los recibió con general alegría y regocijo, como a rebaño nuevo de la iglesia, sacado del medio del gentilismo de Egipto, por camino y medio tan maravilloso.

Viendo los peregrinos que los recibían con tal aparato y alegría, se pusieron en orden de procesión, al modo que también los recibían los cristianos y se llegaron hombres con hombres y mujeres con mujeres, como si ya fuera gente muy enseñada y política. Con este orden entraron todos en la iglesia, y después de haber hecho oración y dado gracias a

Dios, con varias oraciones que el padre cantó puesto en pie y toda la gente de rodillas, con un breve razonamiento dio a entender a los huéspedes, que todo aquel regocijo y fiesta se había hecho, para que entendiesen el contento con que los recibían los cristianos, y que el mismo debían ellos tener, por haberlos traído Dios a tierra donde los recibían como a hermanos, y a ser bautizados como ellos: y así, que en señal de su fe y buen propósito, fuesen todos llegando y adorando la santa cruz que tenía el padre en las manos, y era la señal de los cristianos y de nuestra redención. Llegaron todos con tal orden y concierto, que dieron muchas muestras de la devoción con que venían traídos de Dios.

Acabado este acto los vecinos del pueblo convidaron a sus hermanos pródigos, que se reducían a la casa de su padre Dios. Llevó cada uno a su posada el número de huéspedes que podía regalar con las comidas que ellos usan, lo cual hicieron con mucha liberalidad, y quedaron satisfechos grandes y chicos, y reparados los que habían padecido tan grandes necesidades en tan largo camino. El día siguiente se dispuso el bautismo de los párvulos, que llegaron a ciento y catorce, el cual también se celebró con gran consuelo de toda la gente y convites de padrinos y ahijados. De ahí a ocho días les dio el padre cantidad de maíz para que sembrasen, repartiéndoles tierras que dispusiesen para sus sementeras. Beneficios todos que recibieron con mucho agradecimiento. Murieron en breve recién bautizados cinco adultos y algunos infantes, para que hubiese primicias de esta gente en el cielo, que ayudasen desde allá a los que acá quedaban.

El nuevo rebaño que traía Dios, con deseo de verse cristiano, acudía con los demás del pueblo, con mucho cuidado a la iglesia y doctrina, para con brevedad ser bautizados, como lo fueron; y cobraron tan grande amor al padre que los doctrinó y bautizó, que acudían a él con gran confianza en sus necesidades, y el padre los miraba con particular cariño, como gente traída por tan maravilloso medio. En particular cuando tenía algún achaquito alguno de sus hijuelos, se lo traían al padre para que se los bendijese. Y nacióles este afecto de lo que sucedió al primer niño que se bautizó que recibió el bautismo y luego le reventó una postema peligrosa que tenía, quedando bueno y sano.

Con otro no niño, antes viejo de más de noventa años, que salió con la demás gente de la transmigración, usó nuestro señor de su particular misericordia. Porque estando flaco en los huesos, cojo y casi ciego, le dio Dios ánimo y fuerzas para andar a pie el camino de las ochenta leguas, y sus parientes lo habían traído con particular cuidado porque no muriese sin el agua del santo bautismo: y quiso darle tiempo para que lo recibiese; y el padre que lo doctrinó tuvo muchas prendas, que había Dios usado de misericordia con él, y le había guardado para recibir este sacramento de salud, porque aunque ésta fue para misericordia divina, no desayudó la buena vida moral, que se echaba de ver que siempre había guardado y



pudo ser ocasión para que esta misericordia divina le concediese tiempo de conseguir el medio único de salvación, que es el santo bautismo, añadiendo a lo dicho, que en aquella vida buena y moral, no excluyó los auxilios divinos.

Más milagroso parece el caso que se sigue en otro de esta cuadrilla, que como era Dios el que la sacaba, quiso que fuese obrando en ella su poderoso brazo, maravillas, como cuando sacó a su pueblo de Egipto. Entre los indios que vinieron, llegó uno tan leproso, que de pies a cabeza no se veía parte libre de esta plaga, la cual lo puso en trance de muerte. Y estando con singulares muestras de dolor de sus pecados, pidiendo el santo bautismo, habiendo aprendido también el catecismo, a que respondía con destreza a cualquiera pregunta de lo que se le había enseñado. Bautizóle el padre y púsole por nombre Lázaro por el leproso. Valióle el santo bautismo de suerte que de Lázaro leproso se volvió a Lázaro resucitado. Porque sanó de tal manera, que el día siguiente se le reseco y descostró la lepra, sin quedar casi señal de ella, y el mismo día vino a la iglesia bueno y fuerte, a dar gracias a Dios por el beneficio recibido. Semejante al que usó Dios con el gran Constantino, que sus misericordias infinitas se extienden a grandes y pequeños y aún en estos resplandecen más.

Y remato esta historia diciendo, que el pueblo de Bamoa quedó aumentado con la tropa de gente que de nuevo se le agregó, de la cual ninguna retrocedió, ni trató de volverse al Egipto de su tierra y costumbres gentiles en que se criaron y nacieron. Cosa rara en gente de suyo tan mudable. Y con la continua doctrina y enseñanza que ha tenido, persevera hasta hoy con muy buen ejemplo de cristiandad. Tiene iglesia muy adornada, y para llevar adelante su adorno, los vecinos tienen cuidado cada año de hacer una sementera para que los frutos que cogen, y de que hay fácil salida y venta, por tener cerca la villa de los españoles, hacer sus ornamentos y lo demás perteneciente al culto divino; con que vienen muy consolados, y de donde hay buenas muestras, que salen no pocas almas para el cielo.

## CAPITULO XXXV

*Escribese un caso notable, de ostentación que hizo el demonio, predicando contra la doctrina cristiana. Desbízose su enredo. Y encuéntrase otra facción temporal contra indios alzados*

Obra fue digna de reparo: que uno de los ejercicios admirables y más continuos del hijo de Dios, en el tiempo que predicaba su divino Evangelio en el mundo, fue combatir con endemoniados y demonios. Este se atrevió a acometer al redentor del mundo, luego al principio de su predicación, estando en el destierro; de ahí lo llevó al pináculo del templo, donde le acometió con otra tentación; y de ahí pasó a un monte encumbrado, donde hizo el tercer acometimiento. Y aunque este enemigo quedó confundido en todos estos asaltos, pero no por esto se da por desencastillado de las almas; antes en tantas se hace tan fuerte, que una de las obras maravillosas y frecuentes en que se ocupaba Cristo nuestro redentor y sus apóstoles, era en lanzar demonios de endemoniados, y desencastillar este fiero tirano, de almas y cuerpos de hombres. De manera que en el tiempo que predicó el señor su Evangelio, se descubrieron y manifestaron más endemoniados y demonios, que en todos los tiempos de la antigua ley: en que cuando mucho se encuentra en los libros sagrados de los reyes, de una pitonisa que consultó el rey Saúl. Y en el testamento nuevo se repiten y encuentran innumerables. Y de un solo hombre cuenta San Lucas, que echó el señor una legión de demonios.

Y lo que también es digno de reparo, que en el capítulo siguiente, contando el mismo evangelista, cómo enviaba nuestro redentor a sus sagrados apóstoles a predicar el Evangelio, lo primero que dice que les encargó, fue que curasen endemoniados: *Convocat is duodecim Apostolis, dedit illis virtutem, et potestatem super omnia daemonia.* De donde sacamos, que en predicándose el Evangelio, luego se sigue el descubrirse endemoniados y encuentros con demonios. Y una de las señales que puede haber, de que el Evangelio que se predica es de Cristo, es que se descubran endemoniados y se ofrezcan frecuentes combates con ellos. Se ha traído lo dicho a propósito, de que no extrañemos el repetir muchas veces en esta historia casos de endemoniados hechiceros, con quienes topaban los padres que predicaban entre estas gentes. Que esto

confirma que el mismo Evangelio que predicó Cristo nuestro señor es el que predicaban los padres en estas misiones, donde concurren las mismas señales y se ve cumplida la sentencia que pronunció el águila de los evangelistas en su primera canónica: *In hoc apparuit Filius Dei, ut dissolvat opera diaboli.*

Como se echará de ver en el caso siguiente y singular entre las demás innumerables apariciones, con que el demonio traía engañadas a estas gentes, y se irá viendo en el discurso de esta historia. El caso que aquí se escribe fue muy público y digno de no pasarse en silencio; y sucedió así, que el padre Alberto Clerici tenía a su cargo la doctrina de la nación guazave, y la víspera de nuestro padre San Ignacio, preparándose para la fiesta del santo, le vino a decir el maestro de la doctrina de los niños con grande sobresalto, que el demonio había más de dos horas que estaba predicando en casa de una enferma bautizada y que mucha gente que a la novedad del caso se había juntado, oía todo lo que decía el demonio. Juzgó por entonces el padre que sería algún indio embustero o hechicero el que predicaba. Replicó el que trujo la nueva, que no podía serlo; y dando bastantes razones para entender que no fuese hombre el que así hablaba, porque el marido y otros parientes que estaban a la puerta, no le vieron entrar, ni ellos lo habían dejado dentro. Demás de que en el lenguaje y elocuencia, sobrepujaba al más diestro de los indios. Diciendo a la india, que pues sabía que él era su padre, y su señor y su Dios antiguo, acabase ya de una vez de creer en él. Prometiole si le creyese, placeres y hartura y vida eterna. Decíale, que por esto andaba siempre enferma, porque no acababa de desengañarse e irse con él al monte a sus antiguos ranchos, donde cada uno vivía como quería, y no aquí donde el padre los engañaba con sus invenciones. Mira (decía) que el padre y yo, no vamos por un camino: él dice una cosa y yo otra; acaba, pues y no seas porfiada, que si lo fueres será a tu costa y perderás la vida. En medio de estas palabras le daba muchos golpes y maltrataba, blasonando que no temía al padre ni al capitán, ni a la tierra, ni al cielo; y el coraje con que esto decía asombraba a los que de fuera le oían.

Fue allá el padre, y antes de llegar le hicieron señas los de afuera, avisándole como todavía duraba el razonamiento, aunque después le oyeron decir: yo me voy, quédate. Entró el padre y halló la enferma sola, tendida en diferente lugar de donde sus parientes la habían dejado, no teniendo ella fuerza para poderse por sí mover. Aquí coligió el padre, que el trabajo que padecía la enferma era antiguo. Bendijo la casa, y rezó algunas oraciones; y la enferma que estaba aturdida y atormentada, volvió en sí. Exhortola el padre a que se confesase, como lo hizo, con actos de fe, abjurando del demonio, esto, sin alguna repugnancia y adorando y besando un crucifijo. Examinábala el padre para descubrir la causa de este suceso. Respondió la india, que entendía, que el que así la maltrataba era uno que cuarenta años ha le aparecía en el monte donde

antes había vivido; y no dijo más. Dejóla el padre, porque era ya el amanecer, y había estado allí desde prima noche. Y dejó mandado, que cuidasen de ella aquel día.

La noche siguiente le avisaron que el demonio había vuelto, y estaba haciendo con el mismo coraje que antes, un razonamiento como el pasado, muy contento de que lo oyese mucha gente; maltrataba la enferma y amenazaba los de fuera, que los había de matar, si no seguían su doctrina. Mas ellos rezaban con sus cruces en las manos puestos de rodillas; y mientras esto hacían, el demonio desde adentro les echaba tierra en los ojos, reprendiéndolos porque rezaban, y porque nombraban el dulcísimo nombre de Jesús. Estando en esto el maestro de doctrina, levantándose de entre los demás, donde estaba de rodillas, dijo: "Vamos por el padre, y veremos como eres tan valiente, y si lo quieres esperar." Aquí el demonio dijo una palabra en la lengua, que es como decir en la española: Ox; añadiendo: ¿hasta con el padre me quieren amenazar? Ea pues, ve por él, y veamos que me ha de hacer, que aquí le espero. Decía después la enferma, que al tiempo que dijo esto el demonio, se afirmó en cierto puesto del aposento, mostrándose visiblemente con arco y flechas, a guisa de pelear, y haciendo grandes amenazas; y sentían los de fuera más ruido.

Llegó pues el padre, con un hermano nuestro llamado Francisco de Castro, y estando ambos cerca debajo de una enramada, en medio de todo el gentío, todavía proseguía el demonio con su ruido. Entonces puesta el padre una sobrepelliz, y llevando en una mano una candela encendida y en la otra el libro de los exorcismos, entró y al punto hizo tan gran ruido el demonio, que les causó asombro. Con todo, sin detenerse, fuese a la enferma, rezando los exorcismos, con que cesó todo el estruendo. Procuró el padre saber más de raíz la causa de este suceso, mas no pudo sacar nada. Preguntó a la enferma, si de veras era bautizada, halló que lo era, y por otra parte tenía razonable satisfacción de su buen modo de proceder y buenas costumbres; y de que era frecuente en sus confesiones. Finalmente, porque el suceso había ocurrido la primera y segunda noche del día de nuestro padre San Ignacio, echole al cuello una medalla suya, ofreciéndole la misa del día siguiente, rogando a nuestro señor de rodillas, él y todos los demás, fuese servido de favores la enferma, por los merecimientos del santo. Con esto, dejándola aquella noche bien dispuesta y exhortada para que se encomendase al glorioso santo, y que los demás hiciesen lo mismo, fuese el padre a reposar.

Al amanecer, luego le vino aviso que le dieron algunos indios y el maestro, de que aunque había llegado el demonio no había osado tocar la enferma, ni hablar palabra; sólo cuando venía, queriendo ellos dar a la enferma un poco de agua bendita que bebiese, al tomar la calderilla en que estaba, el demonio le dio un puntapié que la derribó y derramó. Volvió el padre, y con más diligencia la examinó, si sabía alguna causa y

origen de este suceso, y de lo que padecía; ella movida de Dios (efecto por ventura de haber visto al demonio menos atrevido, por tener al cuello la imagen de nuestro santo padre) respondió, que un ídolo que estaba en un monte, era el que la perseguía, al cual antiguamente solían acudir sus antepasados, los cuales cuarenta años antes vivían en un monte veinte y seis leguas de allí; donde teniendo guerras con los zuaques sus vecinos, les aparecía en forma humana, y les decía, cómo él era su señor; que creyesen y fiasen de él, que les ampararía y daría victoria de sus enemigos. Ellos entonces le recibieron por dios, y de allí adelante les aparecía con una caperuza llena de rica plumería, aunque con olor pestilente. Hablaba y al mismo tiempo temblaban los arcos y flechas en sus mismos carcajes, como si con mucha fuerza los sacudiesen, para prueba o argumento de lo mucho que podía. Mandábales que adorasen una piedra, que decía ser su figura, a la cual ellos se ofrecían, y juntamente palos labrados y flechas, lanzas y otras cosas.

Dijo más, que de este ídolo había sido sacristán y guarda su padre, en cuya muerte quedando la hija de poca edad, el demonio se le aparecía en este mismo traje, y consolaba diciendo que no llorase, pues antes se debía alegrar, que en lugar de su padre había sucedido él, para su mayor amparo y consuelo. Desde entonces se le aparecía muchas veces, solicitándola a que creyese en él, afligiéndola con espantos y azotes en el tiempo de su gentilidad, porque no se fiaba de sus palabras, y aunque después de bautizada por muchos años la había dejado; pero de seis años a esta parte tornó a molestarla, sacándola muchas veces al monte, y hallándose en su casa cuando pensaba estar muchas leguas de ella, hasta este día en que se descubrió: y en él había hallado remedio para tan gran mal, pues huía el demonio de la imagen de N.P.S. Ignacio, y de la cruz y agua bendita; de que mostraba tener gran molestia, como en otros muchos casos sucedidos por el mundo, lo ha confesado mal de su grado esta fiera bestia.

Y el fruto principal que de esto se siguió, fue el descubrirse el ídolo. Porque envió por él el padre a cuatro de los más confidentes cristianos, en que sucedieron casos particulares y amenazas que hizo el demonio de perseguir a los padres y cristiandades que doctrinaban; y hubo indicios de que ejecutó estas amenazas en el lastimoso alboroto que después sucedió en la nación tepeguana, de que adelante se escribirá. Pero al fin se trujo el ídolo, quemóse, quedó hecho ceniza que se arrojó al río. Quedó Dios glorificado, y la india libre de él en adelante.

A esta facción espiritual y victoria conseguida del demonio y sus enredos, añadiré otra alcanzada a lo temporal en este tiempo por el capitán Hurdaide, en que se mostró tan valeroso, como en las demás que hemos encontrado. Y la facción fue, que habiéndose agregado unas parcialidades de indios montaraces, llamados toroacas, a los cristianos guasaves, y habiendo recibido doctrina y el santo bautismo algunos de

ellos pervertidos después por medio de su juez, y lo principal por el demonio, que no sosiega de inquietar a estas gentes habiendo hecho no pequeños daños en la cristiandad, se retiraron a una isla apartada de tierra (donde antes habitaban) casi dos leguas, pareciéndoles que los españoles no podrían entrar por donde ellos habían pasado a nado, porque embarcaciones no las usaban, ni conocían estas gentes, más que unas balsas de palos atados con fagina, y no podían servir sino para ríos o brazos pequeños.

El capitán, que siempre se estaba en su dictamen, de que no habían de entender los que fuesen delincuentes forajidos, que podían entrársele a puesto donde se les escapasen, intentó una cosa bien dificultosa y la consiguió. Esta fue: que él con sus soldados e indios amigos, armó unas balsas grandes, mucho mayores de las que ellos usan, porque no había en aquella tierra quien supiese fabricar embarcaciones. Hechas las balsas, pasó a la isla con sus soldados aquellas dos leguas de mar; dio alcance a los forajidos; sacolos presos a tierra firme; hizo ahorcar a siete de las cabezas y más culpados en los delitos pasados, perdonando a los demás, y repartiéndolos por los pueblos de los buenos guasaves, para que cuidasen de ellos y los acomodasen de casas y tierras, como lo hicieron con buena amistad. Traza que salió muy a cuento porque con ella los montarraces toroacas se domesticaron, hicieron asiento y se aquerenciaron a doctrina y bautizados los que de ellos faltaban; todos finalmente se aplicaron a vivir en mucha paz y cristiandad.



## CAPITULO XXXVI

### *Aprovechamiento en cristiandad de las primeras naciones, y conversiones de la provincia de Sinaloa, hasta el estado presente*

Para rematar este libro, en que se ha escrito de las naciones de los primeros ríos de Sinaloa, de que en particular no se tratará más en esta historia, porque pasará a nuevas conversiones y empresas de la fe, se escribirá aquí el estado en que queda esta primera cristiandad, y persevera hasta el tiempo en que se escribe esta historia; con que se hará pleno concepto de los frutos que en medio de tantos trabajos y persecuciones, como quedan referidas, se han cogido. Servirá también a los que escogiere Dios para semejantes empleos, principalmente de los de la Compañía de Jesús, a quienes va dedicada esta obra, les sea de consuelo y aliento, el ver aquí la copiosa mies que entre gentes fieras y bárbaras cogieron y recogieron para los trojes del cielo, por tiempo de los doce primeros años que trabajaron en esta empresa, sólo seis padres misioneros; los cuales no todos entraron a trabajar a un mismo tiempo y éstos hasta el año de 1604 tenían bautizadas en esta primitiva cristiandad, como cuarenta mil almas, sin la cosecha plena que después acá se ha ido cogiendo y coge. Tenían casados conforme el rito de la santa Iglesia millares de pares viviendo ya en santo matrimonio, con la fidelidad conyugal que manda la ley santa de Cristo, olvidados de las desenfrenadas licencias del apetito antiguo de muchas mujeres, contentándose con solas las legítimas. Levantaron estos padres el estandarte de la cruz de Cristo en montes, llanos y pueblos, donde antes triunfaban demonios, supersticiones, idolatrías.

Tiene edificadas, y se conservan hoy en esta primera cristiandad, catorce iglesias, con muy decente adorno de altares, vasos sagrados de plata y ornamentos. Acude a ellas la gente de los pueblos, sin quedar ya indio por los montes, con mucha frecuencia a misa y doctrina, y están tan aprovechados, que preguntados por el padre en la iglesia y presencia del pueblo (como se usa) de los misterios de nuestra santa fe, y por diferentes palabras de las que toman de memoria en el catecismo, de todo dan muy buena cuenta y razón. A los santos sacramentos acuden con gran cuidado confesando todas las cuasmas, con mucho conocimiento de las partes de este santo sacramento, frecuéntente entre año, muchos por su particu-



lar devoción o mayor quietud de sus conciencias, haciendo confesiones generales, y ya todos con aquella capacidad y disposición que se pide para recibir el manjar que comunica vida celestial, y Pan de los Angeles, que reciben con singular devoción y reverencia, como si fueran muy antiguos cristianos.

Y no puedo pasar aquí en silencio una acción y obra de gran piedad real y muy propia de la imperial casa de Austria, que entre todas las del mundo se ha señalado y encumbrado con la reverencia y devoción al santísimo y soberano sacramento del altar y heredado de nuestros católicos reyes de las Españas. La obra fue, que por este tiempo, teniendo noticia la reina nuestra señora doña Margarita de Austria, madre del rey nuestro señor Felipe IV, que dios guarde, que los padres de la compañía, andaban fundando nuevas cristiandades en los fines del mundo y provincia de Sinaloa, dio orden y mandó que los oficiales reales despachasen a la Nueva España, número de tabernáculos dorados, que tuvo mandados hacer, para que se colocasen en las nuevas iglesias de cristianos, que en dicha provincia se edificaban. Tan extendida, tan liberal fue la piedad de tan católica reina, que alcanzaba a las partes más remotas del mundo.

Recibieron los oficiales reales de México los tabernáculos; dieron aviso y remitiéronlos a los padres de las misiones, que los recibieron y colocaron con gran solemnidad en las iglesias que ya había en Sinaloa, y en ellos el soberano sacramento, en tiempo y ocasión que ya las naciones estaban en mucha paz, y ya con seguridad y sin peligro de irreverencia se podía colocar y conservar ese divino tesoro, y con él quedó ya rica esta nueva cristiandad, floreciendo cada día con nuevos aumentos.

Las fiestas de los misterios de Cristo nuestro señor, de la virgen santísima su madre y los santos titulares, se celebran con gran solemnidad y concurso de gentes y particularmente se esmeran en los ejercicios de la semana santa, confesiones, comuniones y penitencia. Y porque se eche de ver este fervor de una cristiandad tan nueva, escribiré aquí uno u otro caso, que servirán de ejemplos para que se entienda el estado a que ha llegado el asiento que en ella hizo la ley y religión cristiana. Un jueves santo en que hacía sus procesiones un pueblo de estos, un indio que desde su nacimiento estaba tullido, manco y contrahecho, llegó a la casa del padre a pedir una disciplina de rosetas, diciendo que también él era pecador y quería hacer penitencia. Dióselo el padre, pero sin rosetas, teniendo atención a su flaqueza. Recibida la disciplina, se fue a la iglesia y asentado, porque de otra manera no podía estar, allí se disciplinó todo el tiempo que duró la procesión, con tan grande fervor, que aunque la disciplina no tenía rosetas, se desolló a azotes y derramó mucha sangre, hasta quebrar los ramales, de suerte que tuvo algunos días que curar. Acompañó a este otro no menos esforzado: porque salió azotándose con doce rosetas y con unos grillos a los pies anduvo todas las estaciones, de las cuales volviendo a la iglesia, llegó tan rendido, que al subir el umbral de la puerta, se cayó

de su estado. Queriéndole de misericordia los presentes quitar los grillos y llevarle a su casa, se levantó con grande ánimo, diciéndoles que no había acabado su penitencia, que le ayudasen a subir el escalón. Entró en la iglesia y estuvo rezando un gran rato; y después prosiguiendo en su disciplina, volvió a su casa, espantando a los que le veían no aflojar el ánimo en hacer tanta penitencia.

Preguntaron después ¿por qué la había hecho tan rigurosa? Respondió: por los muchos pecados que hice cuando era gentil bárbaro, porque Dios tenga misericordia de mí. Acción ésta, que aun para un antiguo cristiano que hubiera alcanzado mucha noticia de lo que es ofensa del pecado, no fuera tan señalada. Pero en un bárbaro que apenas le había amanecido la luz de la fe, ni desnudándose de las costumbres bárbaras y libertades en que se crió, bien claramente se manifiesta la singular mudanza y prueba del afecto, con que algunos de estos gentiles reciben la doctrina del Evangelio. Y para que se eche de ver, no sólo el dolor que tienen de sus pecados, sino también el temor con que viven de cometerlos, servirá de ejemplo un caso breve. Fue un padre a confesar un indio de edad mayor, estando muy enfermo y comenzando la confesión le preguntó por sus pecados. Respondió: padre, cuando era cimarrón o chichimeco (nombre que dan en la Nueva España a los indios más fieros y bárbaros) hacía muchos pecados, pero después que me bauticé, que habrá quince años, no me acuerdo haber cometido pecado, sino fue un día de fiesta, que me puse a escardar mi sementera, porque se me perdía; y fue muy poco lo que trabajé en ella, con que pudiera decir, que aun en eso no cometió pecado, o si lo cometió fue leve. Pues en quince años de vida no cometer pecado grave un indio, que se crió en embriagueces y otros vicios, ¿quién podrá dudar que fue singular merced de Dios, tal enmienda y mudanza de vida?

Otro vino a confesarse y se paraba y espantábase el padre, que no declarase materia de pecado en la confesión. Aquí reparó y respondió el indio con sinceridad: padre, no te espantes, ¿no ves que temo ya a Dios y no es como de antes? Tanta diferencia como ésta se halla en estas gentes, del tiempo de su gentilidad, a cuando son cristianos. Y de estos ejemplos de cuidado en la observancia de la ley de Dios, pudiéramos escribir muchos de doncellitas y otra gente, en quien hace mayor impresión la ley de Cristo. Pero para que también se vea, cómo los flacos que la quebrantaron han aprendido a buscar el remedio de sus flaquezas, sirva otro caso siguiente.

Una india casada cayó en una flaqueza, y su marido lo sintió tan vivamente, que determinó matarla; y para ejecutarlo con más secreto, la llevó consigo al río. Estando allí y entendiendo la pobre india la determinación de su marido, le dijo con grande sentimiento: ya que por mi pecado me quieres matar, déjame siquiera primero confesarme de él. Harto era sentir más morir en pecado, que la misma muerte, pues no le

rogaba que no la matara, sino que la dejase confesar, aunque la matara. El indio perseveraba en su intento y en que la había de ahogar allí; ella clamaba diciendo: Dios sabe que yo me quería confesar, tuyo será el pecado y no mío, pues sabe Dios que yo me quería confesar, y alcanzar perdón de él. Estando en esto, quiso la misericordia divina socorrer a esta pobre arrepentida, porque estando en esta contienda y trance, sonó un ruido como que venía gente; con que el indio, por no ser sentido, la dejó media muerta. Ella luego que volvió en sí, se fue al padre a pedirle confesión, y la hizo como si se preparara para morir, por no asegurarse de su marido. Pero nuestro señor que se compadeció de su arrepentimiento, dispuso también que lo tuviese su marido de su mal intento y la perdonó, viviendo en paz con ella y entrambos quedaron enmendados.

Y prosiguiendo con esta cristiandad, digo que los días de fiesta se celebran en ella con canto e instrumentos músicos de cantores diestros, porque en adelantar la música eclesiástica han puesto los padres gran diligencia, de suerte que en estos primeros ríos y pueblos de ellos, hay capillas de cantores, que pueden competir con las que hay en el contorno de México y sus grandes políticos pueblos, y para formarlas se buscó y llevó maestro con quinientos pesos de salario. Demás desto fueron hoy estas escuelas de cantores, no sólo para el ministerio del canto, sino para que los más crecidos de ellos, y criados en más policía y buenas costumbres, se puedan escoger algunos para gobernar sus pueblos y ejercitan ese oficio con mucha cordura. Y otros de ellos se eligen fiscales para las iglesias, los cuales cuidan de su aseo y limpieza y de avisar al padre cuando está ausente, si hay enfermo que tenga necesidad de los santos sacramentos; y cuando sucede algún pecado escandaloso, que pida remedio. De todos estos oficios se encarga, con que en lo político y espiritual, se gobiernan estos pueblos con mucha paz, desterradas de todo punto las guerras y alborotos antiguos.

Y porque en medio de esta cristiandad primitiva, está la villa de San Felipe y Santiago, que cuando entraron los padres constaba de aquellos cinco pobres españoles, que dijimos al fin del primer libro, que vestidos de cueros de venados vivían en soledad y pobreza, consevándoles Dios entre gentes tan fieras, sin iglesia, ni sacerdotes que les administrara sacramentos y sustentara con el pan y la divina palabra. Forzoso es decir el estado en que hoy se halla y frutos de mucha cristiandad, que en ella se han cogido; en que por la misericordia de Dios han tenido gran parte los religiosos de estas misiones, porque en puestos que estaba, tan destruido de pobladores, con el amparo de los padres está fundada una buena villa, poblada de más de ochenta honrados vecinos y muchos de ellos soldados de gran valor y experiencia en guerras y empresas de este nuevo mundo. Para su sustento han poblado muchas estancias de ganado mayor y tierras de sementeras, de donde reciben los reales de minas circunvecinas hábito de mantenimiento, y los vecinos aprovechamiento de plata. De-

más de los dichos vecinos españoles, se les han agregado otro buen número de indios ladinos.

Está fundada en esta villa un colegio de nuestra Compañía de Jesús donde asisten dos o tres religiosos continuamente, teniendo por sufragáneos otros catorce padres, que atienden a sus partidos separados. Dos veces al año se juntan y congregan todos para tratar cosas de religión y las que tocan a la buena administración y fruto de las almas de sus partidos. Los dos o tres que continuamente asisten en la villa, tienen a su cargo como curas: el administrar los santos sacramentos a los vecinos de ella y soldados con su capitán, que a tiempos del año paran en ella. Se ha levantado un templo muy hermoso y capaz, donde se celebran las fiestas con grandes concursos de los pueblos de indios circunvecinos, que reconocen por su cabeza esta iglesia y casa. Ha florecido y florece mucho la cristiandad en los vecinos y soldados: en frecuencia de sacramentos, jubileos, sermones y todos los demás ejercicios de virtudes cristianas. No se ven en ellos los vicios que suelen reinar en otras milicias, de juramentos, juegos, etc. Porque se miran como soldados evangélicos que desean tener parte en las conversiones de estas gentes y dilatación de nuestra santa fe.

Y por conclusión de frutos de esta primera empresa de Sinaloa, digo que esto no sería posible entenderse, si no es cotejando este estado presente, con el que pintamos en el capítulo último del libro primero, adonde remito al lector, para que confiera el uno con el otro. ¿Quién entendiera, que en una selva espesa de espinas y maleza, cuales eran estas gentes, se habían de sembrar, sazonar y madurar y coger tan fértiles mieses de cristiandad? ¿Y quién pensara, que de entre tigres fieros, cuales eran estas bárbaras naciones, había de sacar Dios para su cielo una manada de más de seis mil corderitos, inocentes infantes que en los primeros años de la doctrina de esta misión murieron con la gracia bautismal, sin otros muchos adultos que acabados de bautizar en peligro de muerte, se fueron al cielo?, y añadiéndose a estos otros innumerables cristianos y antiguos, que aunque no con la gracia bautismal, pero con la de los otros santos sacramentos de confesión, sagrada comunión y oleo santo, que dejó el hijo de Dios en su Iglesia para remedio de pecadores se salvaron. Al fin en esto se muestra y resplandece la eficacia de la gracia de Cristo nuestro señor y merecimientos de su preciosa sangre. En cuya confianza prosiguen hoy los padres en la labor comenzada, la cual no para doctrinando sus feligreses, bautizando los que nacen de nuevo, teniéndose por dichosos de verse en aquellos desiertos, aparrados de las ciudades populosas, donde pudieran tener empleos muy lucidos; y estimando por mucho más glorioso que Dios les haya escogido para la exaltación y conservación de su santa fe, y conocimiento de su santo nombre entre estas pobres gentes.

Válgame por excusa de esta ponderación, lo dicho en el prólogo, de ser dedicada esta obra a obreros evangélicos, a quienes no puede dejar de serles de consuelo el tener noticia de los felices frutos de estas empresas. Y también que el sagrado evangelista San Lucas, escribiendo la historia de las gloriosas empresas y conversiones que hicieron los sagrados apóstoles, juzgó por digna de escribir y ponderar la del santo diácono Filipo, discípulo de los mismos apóstoles; cuando lo llevó y acercó con particular inspiración el espíritu santo, al coche en que iba un etíope Eunuco de la reina Candaces, para que allí en el camino y en el campo, le diera noticia del nombre de Cristo y lo bautizase; el cual fue digno hecho de Escritura Sagrada. Conforme a él es el ponderar aquí, que el espíritu santo, por medio de la santa obediencia, llevase cinco operarios suyos, con otros que después han ido a los fines del mundo, a blanquear y dar luz del cielo a tantas almas de infieles bárbaros, que estaban sepultados en tinieblas y darles a conocer, reverenciar y adorar el nombre de Cristo; como hasta hoy lo están adorando y reverenciando, las de los tres primeros ríos de Sinaloa, de que queda tratado en este segundo libro (a que conforme a lo que dejé escrito en el prólogo) se seguirán las vidas y dichosas muertes de dos santos misioneros, con que rematará cada libro.

## CAPITULO XXXVII

*De la vida del venerable padre Gonzalo de Tapia y ministerios en que se ocupó antes de ir a fundar la misión de Sinaloa, donde murió por la predicación del Evangelio*

Merecedoras son las obras heroicas y empleos evangélicos del venerable padre Gonzalo de Tapia, fundador de la misión de Sinaloa, de escribirse aquí: porque con ellos y aun desde sus tiernos años le fue disponiendo Dios para el término tan glorioso, con que remató el curso de su santa (aunque no larga) vida, pues murió de treinta y tres años, edad en que murió Cristo redentor nuestro, habiendo enseñado al mundo su divina doctrina. Y de la breve vida del bendito padre podemos con particular razón decir, lo que el espíritu santo de la del justo, que le fue agradable, en medio de pecadores e inpiós. *Placens Deo, factus est dilectus, et vivens inter peccatores translatus est.* Y luego: *Consumatus, in brevi explevit tempora multa.* Y cuádrale a este apostólico obrero, porque lo que en muchos años no se había podido conseguir en Sinaloa, con tantas entradas de capitanes y de compañías de soldados, de religiosos y otros eclesiásticos, para asentar la paz y reducir al Evangelio sus muchas, fieras y bárbaras naciones, él lo consiguió en breves años, alcanzando la victoria con el glorioso triunfo de su santa muerte. La relación que aquí se escribe de su vida, es sacada de la que dieron de ella tres padres muy graves de nuestra Compañía, que en varias ocasiones le acompañaron y trataron muy familiarmente: el uno de ellos el padre Francisco Ramírez, prepósito de nuestra casa profesa de México, que le conoció desde niño, y le comunicó después en muchas ocasiones, siendo su súbdito en el colegio de Pázcuaró.

Nació el padre Gonzalo de Tapia en la ciudad de León, en Castilla, de padres muy nobles. Su padre se llamaba (como el hijo) Gonzalo de Tapia, que casó con una señora muy principal, de igual nobleza. Tuvieron número de hijos; los mayores se inclinaron a la milicia, en que fueron aventajados. Al más pequeño escogió Cristo redentor nuestro, como a otro David, para su milicia y capitán de empresas evangélicas. Aplicóse con muchas veras a las letras y estudió latinidad en nuestro colegio de León, en que se aventajó en breve tiempo, entre todos sus condiscípulos, por tener raro ingenio, habilidad y memoria. Puso grande cuidado desde

esa edad, en acompañar las letras con todo género de virtud. Era ejemplo de ella, de suerte, que nunca se conoció en él género de liviandad o travesura de los de esa edad, sino madurez y modestia angelical. Siendo ya de edad para poder tomar estado en la religión, pidió ser recibido en la Compañía de nuestro colegio de León, como lo fue, con aprobación y aplauso de todos los padres, por sus raras partes, cumplió su noviciado y en él se adelantó mucho en las virtudes que habían comenzado a brotar en su niñez. Pasó a estudios mayores y teología, en que salió eminente, y porque cuando los había acabado no tenía edad para el sacerdocio, se le dilató hasta que la cumpliese.

Por este tiempo tratando juntar sujetos en las provincias de España el padre Antonio de Mendoza, que iba por provincial a la Nueva España, para llevarlos en su compañía, al empleo de las copiosas misiones de las Indias, y habiendo entendido los superiores, que el padre Gonzalo tenía impulsos del cielo, que le llamaban a ellas, le señalaron con otros aventajados sujetos que consigo trajo el padre provincial. Llegando a México el año de 1584, sucedió que el padre que leía el curso de artes en nuestro colegio de esta populosa ciudad de México, por enfermedad no pudo proseguirlo y conociendo el padre provincial el gran talento del padre Gonzalo de Tapia, le encargó diese cumplimiento a aquel curso, como lo hizo, con tan grandes muestras de caudal, que los padres maestros lo juzgaron por muy digno de ocupar mayor lugar y emplearle en leer teología. Así lo determinaba el padre provincial, cuando Dios por su parte escogía a su siervo, para el ministerio apostólico de predicar su Evangelio entre gentes bárbaras, disponiendo que en ese tiempo enfermasen gravemente tres padres, lenguas tarascas, en nuestro colegio de Pázcuaru, los cuales estaban empleados en la copiosa mies de aquella provincia de Mechoacán y su comarca.

El padre provincial, en esta urgente necesidad, despachó al padre Gonzalo de Tapia, para ayuda de los obreros espirituales que allí estaban: llegó a su puesto y aunque al principio a importunación de los prebendados, predicó en las iglesias de Pázcuaru y Valladolid, donde está la catedral de este obispado, algunos sermones a españoles, los cuales no acababan de celebrar su lucido talento, juzgándole por eminente, como de verdad lo era; pero ése nunca tiró de su ánimo apostólico, ni hizo mudanza en el intento y ansias con que había ido de España a las Indias, de emplearse con los pobres indios, huyendo de puestos y ministerios de lustre, para que era menester hacerle fuerza; y así tres días después que llegó a Pázcuaru, se aplicó todo a aprender la lengua tarasca de aquella provincia. Viendo el padre rector, que la sabía con eminencia, que el padre Tapia entraba con tan grandes aprovechamientos en ella, aunque no había más de quince días que había comenzado a aprenderla, le dijo hiciese un sermón en ella en nuestro refectorio. Salió el sermón predicado con tal expedición y pronunciación de lengua, que le era tan nueva,

que los padres que la sabían muy bien, salieron diciendo que parecía hablaba en romance y que ellos no se atrevían a otro tanto.

Reconociendo pues los superiores esta gracia y talentos que nuestro señor había puesto en el padre Tapia, luego le ocuparon en misiones por partidos y doctrinas de la sierra de Mechoacán, que está muy poblada de indios.

Comenzó sus ministerios de predicar, enseñar la doctrina cristiana y confesar con tanta gracia, que los naturales se le aficionaron y cobraron tal amor a su trato, que no podían perderle de vista, pregonando que hablaba su lengua mejor que ellos mismos. Los más de los días predicaba y era tal la suavidad y facilidad de su trato (don que siempre fue excelente y muy reconocido en el padre) que apenas quedaba persona que no le buscase para confesarse, y que no pusiese en ejecución cuanto le mandaba.

Volvió de esta misión y dio cuenta a su superior de lo que en ella había hecho. Movidos y admirados otros beneficiados de la fama del padre y celebridad de los abundantes frutos que cogía en los puestos y pueblos donde ejercitaba sus ministerios ya le pedían de nuevo para que fuese en misión a sus partidos.

Pero el padre rector de Pázcuaró, teniendo noticia de la necesidad que había en la nación Caribe, de indios chichimecas, que tan indómita se mostró (por su fiereza) entre todas las de la Nueva España y que en este tiempo la traían alborotada, juzgó que sería de muy gran servicio de nuestro señor, que el padre ejercitase su santo celo, caridad y gracia, con nación tan brava; y en algunas otras estancias de campo que estaban en aquella comarca. Hizo el viaje; fue recibido por todas aquellas partes como un ángel del cielo, con muy grande consuelo de todos y a la medida de él se cogió el fruto. El padre con la grande confianza que tenía en nuestro señor y ánimo intrépido para obras de su divino servicio, se entró a los lugares y puestos donde andaban los chichimecas, los cuales se espantaban y decían: ¿quién es éste, que parece no nos teme? Comenzó a tratar con ellos y ellos gustaban de tratar con él; y dióse tan buena maña en aprender su lengua, que en menos de diez y siete días (afirmalo el padre Francisco Ramírez *in verbo sacerdotis*) hablaba su peregrina lengua como uno de ellos. Recogió buen número de estos en un rancho, donde ya algunos se habían comenzado a juntar, en ocasión que por este tiempo se trataba de su paz y asiento. Allí dio principio a la doctrina cristiana y los dejó en buena disposición, para que se fundase de asiento, como después se hizo y se dirá adelante cuando se trate de la casa y doctrina que tiene la Compañía en el pueblo de San Luis de la Paz.

Como le salió tan felizmente esta misión y los indios chichimecas corrían hasta la ciudad de Zacatecas y habían hecho grandes asaltos en aquel camino, que es de cincuenta leguas, matando muchos pasajeros y aun robando la mucha plata que de las minas ricas de aquella ciudad sale



para toda la Nueva España y para todo el mundo, le pareció a nuestro padre provincial pasarle al colegio de Zacatecas, para que allí ejercitase nuestros ministerios. Llegado allí halló gran número de indios tarascos, que trabajaban en las minas; gente que atiende poco al bien de sus almas y muchos de ellos salen como forajidos de sus pueblos, para vivir con más libertades en los reales de minas. Halló el padre mies, que necesitaba bien del celo, ánimo grande y aliento de un muy animoso ministro del señor, para las grandes obras de su servicio, y empresas que acometió. A que ayudó mucho haber tratado antes tanto con los indios tarascos en las misiones que había hecho entre ellos en su provincia, donde tanto los había ganado. Era grande el concurso de estos a los sermones y pláticas que les hacía; grande el número de los que venían a confesar con él.

Averiguó, que muchos de estos, habiendo desamparado sus legítimas mujeres, vivían en mal estado con otras ajenas, y que las que quedaban en los pueblos, desamparadas de sus maridos, vivían mal amistades con otros, que ellas se buscaban. Puso grande esfuerzo en el remedio de este abuso y acabó con muchos y muchas, que se redujesen a buen estado y servicio de Dios. Y avisó por cartas a los padres de Pázcuaru, que ayudasen en esta obra con los que allá remitía; y fue grande el número de indios que mudaron de vida; de suerte, que era común voz en los pueblos de Mechoacán, que el padre Gonzalo de Tapia resucitaba los huidos, y los pueblos se veían en paz y poblados de gente.

A esta obra añadió otra en Zacatecas, de no menor servicio de nuestro señor, ni menos dificultosa, que le salió felicísimamente. Es abuso muy arraigado en las varias naciones que acuden a trabajar en aquellas minas, el desafiarse los días de fiesta las cuadrillas de las muchas que allí trabajan y salir a campo con armas, dardos, flechas y puñales; y los que no las alcanzaban, con piedras. En estas refriegas habían muerto muchos cruelísimamente, porque al que caía con una herida, ninguno de los contrarios le perdonaba. Para salir al desafío más furioso, precedía el vino y la borrachera; y aunque las justicias y aun el brazo eclesiástico, habían usado de varios medios para arrancar este bárbaro y envejecido abuso, no eran poderosos a desterrarlo; porque sucedían salir la justicia y bien acompañada de ministros a reprimir el furor de los indios, y en tal ocasión todos los combatientes se hacían a una contra ella, y se encendía más el fuego. Ni bastaba hacer después justicia de algunos porque el día de fiesta siguiente, volvía a calentar el vino y a encenderse el fuego. Pues habiendo sido éste tan furioso, fue nuestro señor servido de dar a nuestro padre Gonzalo de Tapia tal gracia y autoridad para con gente tan desenfrenada y fiera, que al punto que le veían con su bordón subir al cerro, que era el palenque de esta batalla, lo desamparaban y rendían las armas y fue singular la enmienda que en esto se vio por este tiempo.

Todo esto obró la predicación y voz deste varón apostólico, y su voz parecía en este puesto aquella de Dios, de que canta el real profeta: *Vox*

*Domini in virtute vox Domini in magnificentia, vox Domini confringetis cedros Libani, et commovebit Dominus desertum Cades.* Porque la voz de este predicador era en desierto y a gente que hablarles de doctrina, era (como dicen) hablar en desierto, y en su soberbia eran cedros altivos a los cuales quebrantó y humilló la voz del señor, por la de su ministro el padre Gonzalo de Tapia. Estos fueron los ministerios en que empleó su celo santo antes de entrar en Sinaloa, donde le tenía Dios guardado el triunfo y premio de sus santos trabajos.



## CAPITULO XXXVIII

### *De otras religiosas y heroicas virtudes del padre Gonzalo de Tapia*

Aunque he dicho de los ministerios en que se empleó este evangélico varón desde que se ordenó, hasta su gloriosa muerte, no se deben olvidar las muy religiosas virtudes con que adornó Dios su alma, haciéndole ejemplar de las que debe tener un ministro de su Evangelio; las cuales los que le conocieron, celebraron como raras y eminentes. La humildad que es el fundamento sobre que se fabrica una vida santa, jamás perdió ocasión de ejercitarla y todos lo hallaban humilde: los superiores, los inferiores y sus hermanos, sin que impidiesen a los ejercicios de esta santa virtud, los grandes talentos que nuestro señor le había dado. La pobreza evangélica, desde el punto que entró a ser religioso, la observó y la amó, como madre. Sus legítimas paterna y materna, renunció y aplicó con grande liberalidad, para el rescate de cuatro padres de nuestra Compañía, que caminando para Roma el año de 1573, dieron en manos de herejes y hugonotes que los tenían presos y muy maltratados en una fortaleza: uno de ellos fue el padre Martín Gutiérrez, célebre por su santidad, que del mal tratamiento murió en la cárcel. En esta pobreza que había profesado se esmeró toda su vida, y más en sus largas peregrinaciones, haciéndolas sin acordarse de viático, ni comodidad alguna.

En la misión de Sinaloa, donde había tanto que padecer en continuos trabajos de caminos, calores y acudir a enfermos en tantos pueblos; su sustento ordinario era de tortillas de maíz o atole, que es como puches de su harina; y el día de mayor regalo era el de algunos tasajos de vaca, que le enviaban de limosna desde Culiacán. Su obediencia fue puntualísima, fuerte y constante y bien manifestada en los empleos árdulos y difíciles en que siempre se ocupó. Porque le había dado nuestro señor superioridad de ánimo para hacer rostro a dificultades. Su pureza y castidad, llegó al grado más alto, pues se tiene por cierto murió virgen, como lo afirmó un padre muy grave que le trató familiar y le confesó generalmente. También testificaba esta virtud su trato tan recatado y compuesto, que donde quiera que iba era voz común, que le miraban como a un ángel del cielo, mostrando en su rostro y compostura la puridad angélica de que gozaba.

La oración y trato con Dios, era largo, y dilatado a sus horas de la mañana y como es regla en la Compañía, cuyas reliquias le quedaban para

entre día; y esto guardaba, aun estando fuera de los colegios y en los caminos. Acompañó siempre este siervo de Dios su oración con la mortificación. No dormía ni usaba de colchón, contentándose con una frazada o un carzo con otras innumerables incomodidades; y con ellas se hallaba libre para la contemplación, en que le comunicaba nuestro señor singular luz para los ministerios en que se ocupaba. En particular de la persona de Cristo, decía a su compañero el padre Martín Pérez que ese maestro era el que le enseñaba como lo había de predicar; y de ese mismo ejemplar aprendió la virtud de la paciencia, que fue invencible en este bendito padre; y el renombre que daba a esta virtud, cuando hablaba de ella, era diciendo: ¡Oh paciencia invencible!

En ocasiones que se le ofrecieron, jamás le vieron con muestras de enojo, ni cólera, porque siempre se acordaba de las lecciones del mansísimo maestro. El celo de la salvación de las almas, tan propio de la vocación de los hijos de San Ignacio, bien claro se está con lo que queda escrito de sus trabajos, cansancios y peregrinaciones por la gloria de Dios y amor de los prójimos y en dar la vida por él, a los principios de este libro. Pruebas fueron de ese mismo celo las muchas lenguas que por ayudar a las almas aprendió, sin cansarse de este poco jugoso y gustoso, antes seco y desabrido ejercicio, pero el amor que a las almas tenía, se le hacía sabroso. Porque además de su lengua natural y latina, en que hablaba con la facilidad que en la propia, aprendió otras seis extrañas y bárbaras: la tarasca, la mexicana, la chichimeca y tres de las naciones de Sinaloa. Oyole una vez el padre rector de Mechoacán, Francisco Ramírez, hablar con los indios de varias naciones de Sinaloa, que traía consigo cuando vino a México a tratar del asiento de aquellas misiones y doctrinas. Reparó el padre en el modo diferente en que hablaba con ellos, y preguntóle, si era toda una lengua. Respondióle que eran tres pues ¿cómo sábelas V.R. bien todas?, respondióle preguntando el padre. Sé razonablemente la de Mechoacán. Sí, y con eminencia, respondió el padre Ramírez. Pues mejor me parece que sé cualquiera de estas otras tres; añadiendo sinceramente, que si fuera menester aprender otras tantas, con la ayuda de nuestro señor y con que le dieran solos veinte días de término, las aprendiera, para ayudar a las almas. Buena señal de que habitaba en ésta el espíritu de Dios, pues de los apóstoles sagrados se dijo: *Repleti sunt Spiritu Sancto, et caeperunt loqui variis linguis*. Que en llenándose del espíritu santo, se hallaron movidos a hablar y enseñar la doctrina de Cristo en varias lenguas; y de ese mismo espíritu se dice en el libro de la sabiduría, que *scientiam habet vocis*, que es maestro de voces y lenguas.

Y bien se echaba de ver en este evangélico obrero, que lo que le aplicaba a las lenguas, no era tanto la facilidad que tenía su grande talento en aprenderlas, pues también se lo había dado Dios para otros ejercicios más levantados de púlpito y cátedras, que rehusaba, sino el celo que

encendió en su pecho el espíritu santo de dar a conocer el nombre de Cristo y encaminar pobres almas al cielo. Era dicho repetido suyo, que las misiones todo era sacar almas del infierno para el cielo: porque miraba las que estaban en pecado mortal, como caídas en el infierno; de aquí le nació el ánimo incansable de oír confesiones, tal que cuando no venían los penitentes, él los buscaba. Y no se limitaba su caridad a sólo lo que tocaba a las almas, sino también a los cuerpos, imitando a Cristo nuestro señor, de quien hay tantos ejemplos en los evangelios, de que juntaba la santidad del alma con la del cuerpo en tullidos, mancos y leprosos que curaba.

Cuando llegaba el padre a los pueblos, lo primero que hacía era tomar un bordón en la mano, e irse de casa en casa de los enfermos, consolándolos y dándoles de comer por su mano y encargándolos a quien los curase y cuidase de ellos: y acudía a este ministerio con tan singular afecto, agrado y voluntad, por pobres y asquerosos que fuesen los enfermos, que antes con ellos se encendía en él más la llama de su caridad, sin recelo de que se le pegasen sus enfermedades, aunque fuesen contagiosas, no dudando de arriesgar su vida por la de sus hermanos.

Cuando iba a Sinaloa, y llegó a la villa de Culiacán, le representaban algunas personas el natural furioso de aquellas naciones y cómo habían dado la muerte a tres religiosos del seráfico padre San Francisco, de los que entraron con los primeros descubridores de aquella tierra. Pero no le acobardaron estos temores; antes no faltan indicios de que el bendito padre sabía que había de rematar el curso de su vida, con tan cruel muerte como tuvo a manos de los que él deseaba encaminar a la vida. Indicios de estos fueron, que volvieron de México, y llegando al colegio de Pázcuaro y en su compañía los indios de Sinaloa, de que atrás queda hecha mención, y mostrándole al padre rector las armas de que usaban y que consigo traían, y teniendo el padre rector la macana en la mano y mirando despacio cuán fuerte arma era, dijo el padre Tapia, como si tuviera presente lo que después sucedió: mírela V.R. muy bien, y para el día que oyere decir, que con unas de estas me han quitado la vida, no se espante. Y esto dijo con tal sentimiento y ponderación. Caso que él hizo reparar mucho al padre rector, cuando después tuvo en sus manos el casco de la santa cabeza, y en ella vio la señal del golpe de la macana.

Ninguno pues, de estos celos y temores que ponían al padre lo acobardaron, para dejar de entrar y ayudar a las naciones de Sinaloa, cuyo amor le había de costar la vida; y cada hora de detención se le hacía un año, por ayudar a indios pobres y bárbaros. A estos sujetaba al yugo de Cristo con un particular don de que le dotó el señor, que fue de la singular afabilidad y mansedumbre con que los trataba. Nunca les mostró mal rostro, enfado ni cansancio, viendo sus rusticidades, faltas y miserias; porque el amor que les tenía no le daba lugar a ello; aunque lo sabía tan bien templar con otra gracia: de la autoridad que sabía guardar en su ministerio y necesaria para tratar con ellos, de suerte, que ni olvidaban el

amor que una vez le habían cobrado, ni faltaban a la obediencia y respeto que le debían. De todo lo cual será buen testimonio una carta, que en su propia lengua y estilo, escribieron los indios tarascos, que trabajaban en las minas de Topia, cuando tuvieron noticia de la muerte que le habían dado los de Sinaloa, escribiéndola para que se comunicase a todos los indios de la nación en la provincia de Mechoacán, donde el padre había desplegado los primeros rayos de su doctrina y predicación. Servirá también la carta, de muestra del amor con que le quedaron tantos años antes, cuando andaba en misiones en sus pueblos; y por esto me pareció escribirla aquí con su sincero estilo, fielmente traducida en castellano; el sobre escrito dice así:

"Los gobernadores, alcaldes y regidores, y los demás principales de Mechuacán, vean esta carta y la envíen a todos lo pueblos comarcanos; escribimosla nosotros los indios tarascos, que estamos en Topia, para que venga a noticia de todos, como en Sinaloa martirizaron unos indios al santo Gonzalo de Tapia, padre de todos". Ese el sobre escrito. La carta decía así:

"Muy honrados señores, vecinos de Pázcuaru, de Sivina, Nauatzin, Charan, Arantzan y todos los demás pueblos de la provincia de Mechoacán, donde se habla nuestra lengua: a todos hacemos saber, para que vosotros lo aviséis a los demás pueblos pequeños, como ya murió nuestro muy reverendo padre Gonzalo de Tapia, que había venido a Sinaloa a enseñar la fe de Cristo a estas gentes, le mataron y le hicieron un grande mártir, cortándole la cabeza y el brazo izquierdo y con sólo el brazo derecho, teniendo hecha la cruz, como para persignarse, estaba echado en el suelo; y estando así después de muerto, con la mano derecha ensangrentada, se persignaba todo el cuerpo y hacía cruces, llegando hasta el hombro izquierdo, donde le habían cortado el brazo, estando aun vivo; y desta misma manera estuvo fuera de la casa, hasta que le enterraron. Llámase el pueblo donde martirizaron a nuestro muy reverendo padre Gonzalo de Tapia, Deboropa. Os avisamos de su muerte, para que todos le recéis un paternoster, como nosotros nos aparejamos para decir una misa. Y no dudeis de lo que decimos, porque en realidad de verdad murió; y así os rogamos lo aviséis a todos. Escribimos esta carta Joan de Charan, y los principales que estamos por acá. Dios sea con vosotros y nuestra señora la Virgen María." Hasta aquí la carta en su llano estilo.

Esta noticia tuvieron los indios tarascos de Topia, porque se la dio otro de su nación, que el padre llevó de Mechoacán y traía en su compañía. Esta carta se llevó al gobernador, alcaldes y principales del pueblo de Arantzan en Mechoacán y ellos la dieron al padre Francisco Ramírez, que le había ido a predicar en su lengua el día de San Gerónimo, que es la advocación de aquel pueblo. Recibiola en presencia de su beneficiado Juan Pérez Pocasangre. Juntóse al punto toda la multitud de indios que había venido a la fiesta, mostrando un entrañable sentimiento del suceso.

El padre les dijo, que porque era tarde, el día siguiente acudiesen a la misa a la iglesia y leería la carta en público y predicaría sobre el caso. Concurrió el día siguiente gran número del pueblo y subiéndose al púlpito, comenzó a leer la carta, y eran tantas las lágrimas, sollozos y clamores de sentimiento, que ni el padre podía leer, ni ellos oír y hubo de hacer pausa buen rato. Y habiéndose quietado la gente acabó de leerla y procuró consolarlos, diciendo, que el que los había sido tan padre en vida, no lo sería menos en el cielo; pues había pasado allá con tan gloriosa muerte.

Pidieron luego los principales la carta y con gran cuidado despacharon el original, como se les encargaba, por toda la comarca, donde no fue menor el sentimiento, diciéndole misas con gran solemnidad en los demás pueblos por las ánimas del purgatorio, como ellos decían, encomendándolas al que tenían por bienaventurado y quedando su memoria fija en sus corazones. El padre Alonso de Santiago, que fue compañero suyo cuando andaba en las misiones de los tarascos, escribió que no podía persuadirse a decir las misas, que usa nuestra Compañía por sus difuntos, por el padre; sino que el señor las recibiese por lo que fuese de su mayor gloria, y que pedía a Dios perdón de sus pecados por los merecimientos de este su escogido siervo.





## CAPITULO XXXIX

*De la veneración con que se han honrado los despojos del cuerpo del bendito padre, sucesos de sus matadores y frutos que se siguieron después de su muerte*

Lo primero que supongo en este capítulo, es que no hablo aquí de veneración pública, que dan los fieles a reliquias de santos, que para ésa (como se sabe) es necesaria la aprobación del sumo vicario de Cristo, de quien es el declararla, y el asegurar a la Iglesia católica de los que debe venerar por santos y de cuyos favores e intercesión para con Dios se debe valer. No hablo aquí de esa veneración, que hasta hoy no se le da al padre Gonzalo de Tapia, ni a los despojos de su cuerpo, sino de la particular que los doctores enseñan, que uno puede dar al que con buenos y prudentes fundamentos juzga haber sido ilustre en santidad. Los despojos que acá nos dejó de su cuerpo este siervo de Dios, queda ya dicho cómo los recogieron los soldados, que fueron por él y lo trujeron a la villa, y se enterró en la iglesia pobre, que de palos y paja allí había. Después se trasladaron sus huesos a la iglesia que tiene hoy nuestro colegio de Sinaloa, donde se han guardado con reverencia. El casco de la cabeza se halló después en poder de indios amigos, que lo habían quitado a los matadores, los cuales usaban dél y habiéndole almagrado se servían dél como de vaso en sus borracheras y después lo hubieron y recibieron el padre Pedro Méndez y otros españoles, teniéndolo por de mucha estima. Y finalmente el padre Martín Peláez de nuestra Compañía, que fue por visitador de las misiones, lo trujo al colegio de México, donde se guarda con la misma reverencia en lugar decente. También se halló el cáliz aunque quebrado, y parte de los ornamentos que llevaron aquellas fieras matadoras.

El retrato de este venerable padre está en una capilla de Santa Marina, que es parroquia de la ciudad de León en Castilla, patria del dicho padre y parroquia propia de los Tapia; y no sólo los parientes, sino también sus vasallos de un lugar llamado Quintana de Raneros, le tienen en su iglesia, aunque no con veneración pública; como también los padres de nuestra Compañía de Jesús en retablo, a que tiene particular devoción la ciudad de León, la cual algunos años después de su muerte, hizo grande instancia por una de sus reliquias y se la remitió al padre Hernández de Villasañe, visitador que fue de las misiones de Sinaloa y fue recibida con grande

gusto y alegría, como prenda de un muy grande siervo del señor, natural suyo. Saliéronla a recibir todos nuestros padres del colegio de León, acompañados de lo más lúcido de la ciudad, así eclesiástico como seglar, que quiso honrar a su dichoso paisano. Acompañola un señor arcediano de aquella santa iglesia. Salieron un cuarto de legua fuera de la ciudad, hasta la puente que llaman de Castro. Allí con sobrepelliz recibió la reliquia del brazo que había enarbolado la santa cruz, el padre Gabriel Sánchez, maestro que había sido en gramática, de este apostólico varón y cuya reliquia recibió con muchas lágrimas de consuelo y devoción; y con ella la llevaron y colocaron en nuestra iglesia, juntándose también los vecinos de Quintana de Raneros, sus vasallos, jactándose de tener por señor, después de cinco sus antepasados a un varón tan santo, que tiene por ilustre mártir; y la ciudad de León tener por hijo un tal varón, que tanto amplificó el nombre de Cristo.

Los matadores del bendito padre, casi todos tuvieron mal fin y acabaron desastradamente, fuera del Nacabeba; y no sólo su generación, sino el pueblo donde se cometió el delito, quedó consumido y acabado. Más glorioso fue el triunfo que consiguió con su muerte el bendito padre Tapia, que ardía en caridad de su matador: pues lo que en la vida no pudo alcanzar de él, en un año entero de amonestaciones, que le costaron la vida exhortándole con amor de padre a que reconociese sus pecados y vicios, y no fuese tropiezo de las almas; todo eso lo alcanzó en el cielo para la hora de la muerte de Nacabeba: porque pasado algún tiempo, lo hubo a las manos el capitán Diego Martínez de Hurdaide, y mandado hacer justicia de él, por los grandes delitos de la muerte del padre, y haber alborotado la provincia, se dispuso tan bien a la hora de su muerte y dio tan grandes muestras de sentimiento de sus maldades, que los que le asistieron quedaron con grandes prendas de su salvación; y confirmólas más con la satisfacción que en esta hora dio del escándalo que había causado de apartar de la doctrina de la iglesia a sus parientes e hijos; porque de estos pidió con mucho afecto a los padres tuviesen cuidado de enseñarles la doctrina cristiana y se sirviesen de ellos, porque se asegurase su salvación y no cayesen en las maldades que él había cometido y de que iba con gran dolor. Efectos todos, sin duda, de las oraciones del santo padre, que del cielo alcanzó de Dios la salvación de su matador, que tanto antes había deseado en la tierra, y cumpliendo el precepto de Cristo, de que amemos a nuestros enemigos y roguemos por ellos.

Bien puedo añadir aquí otro efecto maravilloso; conseguido (según lo han juzgado todos los padres de estas misiones y creo se puede llamar milagro obrado de este gran siervo de Dios) después de muerto. Este es, que pasada la borrasca de su muerte y volviendo aquellas doctrinas en sí, se fue entablando en aquellas gentes una grande enmienda de las borracheras bárbaras y continuas en que ardía aquella provincia. En las cuales (como dijimos) se trató y dio la sentencia de muerte al celoso predicador

que contra ellas predicaba. Estas se desterraron, de manera que ni se han visto más, ni se oyen entre estas gentes; cosa tan singular y milagrosa en indios, que en todas cuantas naciones hay en el reino extendido de la Nueva España, no se hallará una más abstinerente, ni más libre de este vicio. Y parece también, que este maravilloso y singular efecto, lo ha obrado Dios en honra del casco de la cabeza del padre, que como usaban de él (como se dijo) para beber el vino de sus embriagueces, este casco bendito extinguió y apagó el pernicioso uso de ese mal y vicio. Y si éste quitó la vida al padre, el padre se la quitó a él. Y es digno de notar otro efecto singular, que se puede atribuir a la muerte del padre Tapia: y es que como esa muerte la trazó el demonio, por medio (como dije) y en juntas de hechiceros, ha sido cosa maravillosa el número grande que de estos (con ser los más difíciles de convertir) se han convertido y bautizado en la provincia de Sinaloa, después que por industria y por mano de uno de ellos el demonio le trazó la muerte, que Dios con tales obras ha glorificado.

Y últimamente podemos contar por muchos milagros juntos, alcanzados por los merecimientos del santo padre, fundador de las misiones de Sinaloa que después que murió se han reducido en esa provincia al santo Evangelio, que él deseó tanto propagar e innumerables almas y naciones, en que se han cogido los abundantes frutos que por toda esta historia se verán y ha quedado enarbolada la cruz de Cristo (como en su santa muerte el bendito padre con su brazo y mano la enarbó) en sesenta iglesias que hoy están levantadas en Sinaloa. De donde innumerables almas enseñadas con la doctrina de Cristo, que entabló este varón apostólico, han salido para el cielo. Y si según la doctrina de los santos padres, es obra más maravillosa la conversión de un pecador, que la resurrección de un muerto, ¿cuántos milagros de éstos podemos contar obrados por medio de este evangélico obrero, en tantas almas y gentes convertidas?

Rematará la dichosa vida y muerte de este varón apostólico, la sentencia del agudísimo ingenio de San Pedro Crisólogo, que considerando aquella venida de los reyes magos, de nación gentiles, a adorar y reverenciar a Cristo, guiados de una nueva estrella, juzgó el santo que había sido mayor milagro el haber movídose a reconocer a Cristo aquellos gentiles magos; que el haber aparecido en el cielo aquella nueva y nunca vista estrella. Sus palabras son éstas: *Plus coel este de Magis, quam de stella signum est, quod Ivdoe Regem, quod legis auctorem Magus scit.* Como si dijera: cuando veo venir los magos guiados de una estrella, la mayor maravilla que yo aquí hallo es, que los que eran gentiles, se rindan y reconozcan por Dios y por su rey, al que nunca conocieron, cuyas leyes ignoraron. *Plus de Magis, quam de stella signum.* Sabido es, que esta palabra *signum*, es lo mismo que *miraculum*. Según lo cual y a esta cuenta, si hubiera parecido el bendito padre Gonzalo de Tapia en vida, o después de muerto cercado y coronado de estrellas, no hubiera sido el número de

milagros tan grande y de tanta estima, como lo es, que en vida, habiendo plantado la fe y después de muerto, con la intercesión de sus oraciones, como piadosamente podemos creer, haber reducido tantas gentilidades como las de Sinaloa, a reconocer y a adorar a Cristo por su Dios y redentor y haber mudado de costumbres tan arraigadas y bárbaras a tantos magos hechiceros y aunque tenga otra significación, en la escritura, ese nombre de magos que da a los Santos Reyes. Pero aquí puedo llamar magos, en su propia significación a tanto número de hechiceros convertidos a Cristo, los cuales renunciaron el pacto que con el demonio tenían y desamparando sus puestos, cuevas y rancherías, donde nacieron y se criaron, vinieron después a poblar, adorar y reverenciar a Cristo en sus iglesias, donde quedó levantado el trofeo de su santísima cruz; por la predicación y muerte de su fiel siervo padre Gonzalo de Tapia, de la Compañía de Jesús.

Murió en la edad florida en que murió el hijo de Dios, de treinta y tres años cumplidos, y en sólo cuatro que le duró la vida en esta empresa, la dejó tan bien fundada. El año y día de su martirio, y maravillosa postura en que se halló su cuerpo, se escribió en el capítulo octavo de este libro. Era de rostro, aspecto y disposición exterior muy agradable; y por ella y su condición le llamaban ángel, y corría voz entre los indios que había venido del cielo. Y uno de los que le mataron, cuando le vio muerto, dicen que se paró a hablar con él y le dijo: si veniste del cielo, ¿cómo te dejas matar? En él podemos creer, que le tiene Dios coronado en los altos grados de gloria, de que gozará por toda la eternidad. Y por haberme alargado en esta dichosa vida y muerte del que fue fundador de estas misiones, pasará por las dos que dije escribiría al fin de cada libro.

LIBRO TERCERO

EN QUE SE TRATA DE LA CONVERSION A NUESTRA  
SANTÁ FE Y SUS TRIUNFOS, EN LAS TRES PRINCIPALES  
NACIONES DEL RIO GRANDE DE ZUAQUE



## CAPITULO I

### *Descríbese el río grande de Sinaloa y las naciones que pueblan sus tierras y valles*

Las naciones que se siguieron en recibir la palabra del santo Evangelio, a las de que queda escrito en el libro antecedente, fueron las que pueblan las riberas del río grande de la provincia de Sinaloa, de que se hablará en éste. Y si en la reducción y conversón de las primeras, se mostró admirable la divina sabiduría y clemencia, no menos misericordiosa, antes más maravillosa, se ostentó su altísima providencia en las segundas, amansando las naciones más belicosas y arrogantes y que con más obstinada porfía se habían opuesto a la cristiandad de todas las demás de esta provincia; pues ellas fueron las que despoblaron la primera villa que se fundó en Carapoa y dieron la muerte a tantos españoles como atrás queda manifestado y por consiguiente las que por tiempo de cuarenta años habían estado rebeldes en recibir el santo Evangelio. Pero tales cuales eran, las rindió y amansó la divina bondad y sujetó al suave yugo de Cristo; y finalmente en ellas floreció de tal suerte la cristiandad, que se cogieron abundantísimos frutos de la semilla del Evangelio.

Estas naciones pueblan las riberas del río grande y en orden cuarto de los que dijimos al principio de esta historia, que saliendo de las altísimas sierras de Topia y atravesando y regando las grandes llanadas de la prouvincia de Sinaloa entran en el mar de California. Toma el nombre de las naciones que lo pueblan y como ellas son varias, varían también su nombre llamándole unas veces río de Sinaloa, por la nación poblada en él, llamada de propio nombre Sinaloa, de la cual lo tomó toda la provincia. Por la misma razón le llaman río de Tegueco, por estar poblados en su ribera los teguecos; otras veces río de Zuaque por la misma razón. Pero todos esos nombres significan un mismo río. Es caudaloso y mayor en sus avenidas que el Guadalquivir en la Andalucía. Y aunque se ve salir de las serranías de Topia, no se sabe con certeza su nacimiento, porque debe de estar muy adentro de la sierra y las montañas de donde sale, son vastas y casi inaccesibles. Goza la provincia de Sinaloa de este río en espacio de treinta leguas a lo largo, por las cuales corre desde las faldas de la sierra hasta entrar en la mar. Fertiliza a trechos muy hermosos valles con sus crecientes y avenidas que suelen ser dos veces al año: el uno a tiempo de



aguas y el otro por los meses del invierno. En éstos suele caer un agua menuda, que dura dos y tres días continuos y con ella desatándose y derritiéndose algunas nieves de sus montes, toma tan grande pujanza de aguas, que por algunas llanadas extiende su madre dos y tres leguas, con que deja regados los campos como se dice del Nilo en Egipto. A las naciones que alcanzan algo de sus valles les deja tierras regadas y dispuestas para una, dos y tres sementeras al año; en la una de ellas no hay necesidad del rocío del cielo; porque sin lluvia la tierra con el riego que deja la corriente del río, da abundante cosecha de todos los frutos que usan sembrar los indios. Pero el año que faltan estas avenidas, padecen esterilidad estas naciones.

Las que pueblan las riberas de este río (que de aquí adelante siempre llamaré río de Zuaque por ser esta nación la que goza de sus mejores valles) son varias y reducirse han a cuatro más principales. Porque aunque cada una de éstas tiene otras sus aliadas, éstas son menores. Y éstas al tiempo que se dio asiento a la doctrina y partidos, se agregaron a las poblaciones mayores.

Las cuatro naciones principales son sinaloas, teguecos, zuaques y ahomes. Los sinaloas están en lo alto del río, al salir de sus altos montes. En esta nación había más de mil familias y otros tantos y más indios de arco y flecha. Seis leguas más abajo de su último pueblo, entran poblando los de la nación Tegueca, muy valiente y temida, de la cual con sus allegados podrían salir en campo y pelea como mil y quinientos flecheros. Después de ella, río abajo, a cinco leguas, comienzan a poblar los fieros zuaques, en diez leguas de tierras que ocupan sus poblaciones, en las cuales había como mil vecinos. Y finalmente cuatro leguas más abajo hasta la mar, por espacio de once leguas, puebla la nación muy mansa de los ahomes con sus allegados, más de otras mil familias; unos marítimos pescadores y otros que vivían de caza de monte y pesca de mar; y ni los unos ni los otros trataban de labranza de tierras. Y de estos últimos dije al principio de esta historia, que era la gente más bárbara de la descubierta en las indias.

Entre todas estas naciones estaba repartido el famoso río de Zuaque y todos gozaban de su beneficio y sus aguas, que son muy dulces y provechosas; de que ellos se preciaban y lo pregonaban en los sermones de su gentilidad, como se dijo; y aun después de haber recibido la fe, los usan aunque de diferentes materias. Porque cuando sucede haber algunos forajidos entre ellos que pretenden inquietar la nación, predicando contra ellos, los pacíficos y principales de los pueblos, les oí yo no pocas veces a voz en grito repetir esta proposición: aquí con la paz gozamos del agua de nuestro río; pues ¿qué tenemos que buscar en los montes?, vayan a buscar a ellos agua que beber los que no están contentos. Demás de gozar estas naciones de las aguas de este río, gozan también de grande abundancia de pescados, que en él se crían y aun son más los que

entrando de la mar por su boca y barra, suben río arriba a desovar a sus tiempos; como son lisas, robalos y otra variedad de géneros de peces que en mucha abundancia se queda a gozar de aguas dulces y cuando el río baja (principalmente por tiempo de estío) hacen sus pesquerías generales en sus hondables y remansos, convocándose los pueblos vecinos, los cuales recogiendo grandes haces de barbasco, golpeándolo en el agua, todo el pescado que está en el hondable, embriagado con el zumo de la yerba y saliendo a lo alto sobre aguado, fácilmente lo cogen sin que la ponzoña de la yerba haga daño a los que lo comen.

Todas estas naciones habitantes en este río, eran poco más o menos de las costumbres y ritos que se pintaron al principio de esta historia, hablando de todas en general. De las poblaciones grandes a que se redujeron cuando entraron los padres a darles doctrina, se dirá cuando se escriba de cada una de ellas en particular. Distan sus pueblos de la villa de los españoles y presidio de soldados, unas quince o diez y ocho leguas, otras veinte y más conforme a los puestos y vueltas que por sus valles va dando el río.



## CAPITULO II

*Vienen las naciones del río de Zuaque a pedir al capitán del presidio y a los padres, entren a sus tierras a predicarles la fe de Cristo y bautizarlos*

Luego que supieron las naciones del río grande que el capitán Hurdaide había llegado de vuelta de México y que traía en su compañía dos padres para las nuevas doctrinas, que se pretendían asentar, acudieron, a la villa a visitarlos y tratar del orden que se daba para poner en ejecución la entrada a sus pueblos, darles doctrina y hacerlos cristianos. De la Zuaca vinieron a esto, con otros principales, la famosa india cristiana Luisa (de quien atrás se hizo mención) y el indio Ventura a quien ella libró de la collera de los que se ahorcaron, con otros parientes suyos. De la nación Tegueca, vino el nombrado Lanzarote ya cristiano, con su mujer y otros sus principales. De la nación Sinaloa los suyos. La nación Ahome tan mansa como esotras fieras y unida en amistad antigua con los españoles, siempre había mostrado su buen deseo y afecto de recibir la fe santa de los cristianos y todos mostraban grande alegría de la llegada de padres que los pudiesen doctrinar.

En nombre de sus naciones trataron con el capitán y los padres, de su pretensión y del tiempo y orden de su ejecución, ofreciendo de su parte el recoger sus casas en puestos acomodados, para iglesias y pueblos formados; porque todavía algunos a su uso antiguo vivían en sus ranchos y sementeras. Dióseles orden de que así lo pusiesen por obra y que juntamente en las plazas de los pueblos levantasen jacales para iglesias, que son unos como portales grandes, las paredes de madera, horcones muy grandes en medio que sustentan la cubierta de paja, y junto a las iglesias hiciesen otros más pequeños y semejantes albergues, para vivir los padres. Encargándoseles también, que avisasen a toda la gente de sus pueblos que se dispusiesen para recibir a los que les iban a predicar la palabra de Dios y avisasen a los de las naciones sus confederadas, que ellas asimismo tratasen de reducirse a los pueblos de sus amigos, para que todos juntamente fuesen doctrinados. Con esto fueron despachados y con mucha alegría los embajadores de todas aquellas naciones, que llegados a sus tierras celebraron la determinación y entrada de los padres, con muchos sermones y juntas a su usanza.

Y aunque por razones de mayor conveniencia que se ofrecieron, no pudieron los padres que con el capitán habían llegado de México, apresurar con la brevedad que quisieran, su entrada, pero no estuvieron ociosos, que luego se dieron a aprender las lenguas de aquellas naciones las cuales se mostraron tan constates, sin volver atrás en su buen propósito, que para asegurarlo más y dar prendas de su perseverancia, escogió cada una de sus pueblos algunos muchachos y mozos que les parecieron más a propósito y los trujeron a la villa y entregaron a los padres, para que en el seminario que allí hay de todas naciones, habiendo aprendido bien la doctrina y acompañando a los padres cuando fuesen a sus tierras, la pudiesen enseñar en sus pueblos. Habiendo precedido esta buena disposición y obrado el poderoso brazo de Dios en aquellas gentes tal mudanza, juntó el padre Martín Pérez, superior de la misión de Sinaloa, a todos los demás padres para repartir y encargar las nuevas doctrinas a los que habían de cuidar de ellas. Y porque los dos solos, que habían llegado de México, no se juzgaban por bastantes para poder acudir a tantos pueblos y número de gente, se determinó que se repartiesen entre tres padres.

Al padre Pedro Méndez antiguo misionero, que tenía a su cargo el partido de Ocoroni, se le señaló la nación Tegueca, con sus confederados y amigos. Al padre Cristóbal de Villa Alta y al que escribe esta historia, que poco antes habíamos llegado de México, se les encargó al primero la nación Sinaloa, con sus aliados; y al segundo las naciones Zuaca y la de los Ahomes, por ser vecina. Esto dispuesto, luego que tuvieron las dichas naciones noticia del ministro que a cada una le había cabido, volvieron con muestras de agradecimiento a verlos, y dar razón de lo que ellos habían dispuesto en sus pueblos, y apresurando a los padres a su entrada, la cual ya ellos deseaban y no veían la hora de verse empleados en tan gloriosa expedición apostólica. Señalose el día dichoso, en que la luz del Evangelio les nació a aquellas gentes, que vivían en la sombra de la muerte. Ofrecieron venir algunos indios de los pueblos, a acompañar y guiar a los padres a sus tierras (como lo hicieron) y con esto se volvieron.

Y para más claridad de la historia y no confundir el progreso y casos particulares y dignos de memoria que sucedieron en la reducción a poblaciones mayores, asiento de doctrina, bautismos generales, erección de iglesias y lo demás que fue necesario para complemento de la cristianidad de estas naciones, se escribirá de cada una de por sí, siguiendo el curso de su doctrina, hasta el tiempo presente en que se escribe esta historia. Y daremos principio por la de Ahome, la cual por haber mantenido siempre paz y amistad con los españoles, ser muy morigerada y haber más tiempo que pedía ministros que los doctrinasen, mereció ser la primera en recibir ese beneficio; y después de ella se escribirá de la Zuaca su vecina. Y no dejaré de decir aquí que en la villa de los españoles, entre temores y esperanzas, se celebraba con mucha alegría la conversión de

estas gentes; porque las habían experimentado por una parte muy belicosas; pero por otra se esperaba que conquistado este batallón, se abría paso franco al Evangelio, para que otras muchas naciones lo recibiesen como sucedió felizmente con la divina gracia.



### CAPITULO III

*Describe el sitio y población de la nación Ahome, con sus particulares costumbres*

La nación Ahome, y su principal pueblo, que es de trescientos y cuatrocientos vecinos, tenía su asiento en una llanada, cercada de arcabucos y bosques, en que estaba encerrada y le servían de fortaleza y refugio en los asaltos de sus enemigos. Dista cuatro leguas de la mar de California. Goza de lindos valles y tierras para sementeras y de algunas alamedas. En estos valles era plática de sus viejos o por mejor decir, embuste de los que persuadía el demonio a estas gentes que habitaban las almas de sus difuntos y que era su paraíso donde los deleites eran grandes embriagueces, que en esto les libraba su felicidad como quien él es y tal, el cielo que les prometía. Tradición era también de los antepasados de esta gente, haber salido a poblar estas tierras, peregrinando de la parte norte y que en su compañía había salido otra tropa de gente de diferente lengua llamada Zoe que pobló en lo alto del mismo río, con la cual, aunque dista treinta leguas, siempre conservaron los ahomes amistad. Y de esta nación Zoe se tratará adelante con la de Sinaloa su vecina. Tienen también amistad los ahomes y parentesco y son de la misma lengua con los guzaves, del río de la villa. Y sin duda debieron de salir juntos en su peregrinación del norte. Fueron también confederados con los ahomes y de su misma lengua, algunas tropas de gentes más bárbaras de las que dijimos al principio que no tienen asiento de pueblos y que se sustentan de frutas del monte y pesca del mar.

El natural de los ahomes es dócil, aprenden con facilidad cualquier oficio y sus hijos a leer, escribir y cantar y tocar instrumentos músicos. La mansedumbre y buen natural y fidelidad de esta nación (cosa maravillosa en medio de otras tan fieras de esta provincia) la podré declarar con un pensamiento que me pasó en no pocas y muy peligrosas ocasiones, en que viendo riesgo de alzarse toda la provincia y revelarse naciones de ella; en tal caso la seguridad que se me ofrecía hasta que pasase la tempestad y peligro; era ir, aunque fuese a los montes, con mis fieles ahomes, donde me prometía mayor seguridad que en otro puesto alguno de aquella tierra. Tanto es el amor y respeto de esta nación a sus padres espirituales. Y en once años que viví con ella y la doctriné, jamás sentí en



ella movimiento de inquietud o inconstancia, no obstante que no faltaron peligros en las otras naciones montaraces, sus confederadas.

La gente es de mejor talle que los demás indios de la provincia y consecuentemente las costumbres bárbaras de borracheras y guerras, no estaban tan bravas como en otras naciones. Casamientos o amancebamientos con muchas mujeres, era cosa rara en ellos. Antes fue costumbre loable, usada y guardada inviolablemente de los ahomes que a sus hijas doncellitas las guardaban con grande honestidad y ellas traían por señal de doncellas una conchita al cuello, como al principio se dijo, hasta el día de su casamiento con que le quitaban del cuello aquel joyel, cuando la entregaban a su esposo. Por lo cual, si en alguna nación había señales de verdaderos contratos de matrimonio, era en ésta.

El vestido de las mujeres, el más honesto de todas estas naciones; porque era de mantas de algodón que tejían y algunas con curiosas labores y colores. De hechiceros y hechicerías muy poco se hallaba en ellos. Sólo una costumbre, y ceremonia de llorar a sus muertos, era con grande exceso y casi intolerable. Porque en casa del difunto duraba el llanto un año, con grandes gemidos y más parecían aullidos de condenados. Todas las madrugadas y primas noches, por espacio de una hora, duraban estos llantos con varios tonos de voces, con que de otras casas les correspondían. Costumbre esta tan arraigada que se padeció por mucho tiempo para moderarla y corregirla. Guerras de propios acometimientos con otras naciones, no las tenían; sólo cuando se defendían de los ajenos. Con los españoles conservaron perpetua paz y unión. Y finalmente como el demonio no tenía tan estragada con vicios y costumbres fieras esta nación, se halló en ella más disposición para recibir la fe, y ley suave de Cristo nuestro señor y la recibió y asentó en sus ánimos, con la facilidad que ya presto veremos.

## CAPITULO IV

*De la primera entrada que hizo el padre a la nación Ahome y caso singular que sucedió*

Habiéndome cabido por buena suerte el dar doctrina y disponer para el santo bautismo a los de la nación Ahome, di aviso del día en que llegaría a su principal pueblo, para que la gente estuviese recogida, porque pretendía en llegando, declararles el fin y motivo con que entraba a sus tierras y fines del mundo donde ellos habitaban. Plática que les importa mucho y con que se persuaden, que el ministro del Evangelio, ni va a pedirles nada, ni por necesidad de su comida, que es toda la riqueza que ellos alcanzan. Aviseles también que las madres se juntasen, llevando sus hijos pequeñitos para que fuesen luego bautizados en llegando; porque era grande prenda esta que toma Cristo nuestro señor, y su Iglesia, en los hijos para ganar a los padres.

Partí del colegio de la villa acompañado de algunos indios para el pueblo de Ahome, distante veinte leguas. Fue necesario hacer el viaje por las marinas y fuera del camino; paraje por donde andaban algunos indios montaraces que llamaban caribes; de éstos salieron algunos al camino a ver al padre que nunca habían visto; procuré agasajarlos con alguna cosa de comida. Estuvieron quietos y sucedió un caso particular, que por serlo lo escribo aquí. Estando sentado con una tropa de ellos en aquel campo, dándoles alguna noticia de Dios creador de todas las cosas; de repente sobrevino un temblor de tierra, que quiso Dios fuese en esta ocasión. Sintiéndolo los indios se levantaron. Tomando ocasión de este suceso les hice volver a sentar; explíqueles y traté del poder de Dios y lo que les importaba recibir su santa fe y divina palabra, que ya otras naciones vecinas suyas habían recibido. Todavía aprovechó la doctrina, porque andando el tiempo la recibieron y se agregaron a pueblos cristianos.

Pasado este paraje algunas leguas adelante, acercándonos al pueblo de los ahomes, salió el principal cacique en un caballo que el capitán le había dado. Era indio de muy buena disposición y capacidad y que después fue grande apoyo de esta cristiandad. Con él venían otros algunos sus vasallos a quienes llamaba hijos. Dio la bienvenida al padre, con muestras de singular alegría, acompañándole hasta su pueblo. Tenían por el camino

algunos arcos de ramos de árboles frescos, cosa muy usada entre ellos, cuando reciben a persona de respeto y muestra que lo reciben con amor y alegría.

Llegando a la plaza del pueblo salió grande gentío de todas edades, hombres, mujeres y niños. Y lo que fue grande admiración por una parte y por otra grande alegría, era que venían en forma de procesión con una cruz delante, adornada con el más rico aderezo que ellos alcanzaban, que son sus plumas de colores y ramos de árboles; y todos cantando con tan buen orden, concierto y memoria en voz alta la doctrina cristiana y alabanzas divinas en su lengua, como si fueran antiguos cristianos, siendo gentiles. Admiración causó esta acción de gente que no había tenido padre en sus tierras que les enseñase y en lo que ha lugar, parecida a la entrada de Cristo nuestro señor en Jerusalén, cuando le recibió el pueblo con triunfo de ramos y palmas, aclamándole los niños con divinas alabanzas cuando por medio de la cruz, iba a despojar al príncipe de este mundo, el reino que tenía tiranizado y tomar posesión del que era propio. Así parece que quiso este señor tomar posesión de estas almas, y ser recibido de esta pobre nación Ahome, cuando entraba el padre en nombre de Cristo a rescatarla del poder de Satanás, que por tantos siglos la había tenido poseída. Y por responder a la duda que aquí se puede ofrecer de cómo o por qué camino esta nación gentil y la más apartada de españoles y donde no habían llegado padres, había aprendido la doctrina de cristianos, y rezaba y cantaba con tanto orden y concierto. Diré el modo y providencia particular por donde les encaminó Dios estos primeros rayos de divina luz. Y fue el caso que en la nación Guazave, amiga de la Ahome, había un indio ciego y cristiano, que sabía extremadamente todas las oraciones y preguntas del catecismo y misterios de nuestra santa fe. En este ciego había puesto nuestro señor una tan singular inclinación a enseñar la doctrina cristiana, sin interés alguno, que muchas veces no sólo por las casas del pueblo, pero aún por los ranchos de las sementeras, gastaba muchos ratos y las noches en enseñarla a chicos y grandes; y no contento con ejercitar este oficio de tanta cristiandad con la gente de sus pueblos, pasó a los de sus amigos y parientes ahomes y tomó tan a su cargo el enseñarles la doctrina y cayó en tan buena tierra del blando natural de los ahomes, esa divina semilla, que se logró de ella el abundante fruto que se ha dicho.

Yo alegrísimo con tan nuevo recibimiento, entré en una enramada de árboles que tenían hecha, y sentado con toda la gente era de admirar, como preguntando a aquellos niños gentilillos; ¿quién es Dios, quién es la Santísima Trinidad, quién es N. señor Jesucrito?, respondieron mejor que algunos antiguos cristianos, criados en medio de la cristiandad, lo suelen hacer. Entraron pues, en la enramada y pobre iglesia; acabaron en ella de rezar aquellas oraciones y cánticos del cielo. Hízoseles la plática acostumbrada y luego en aquel campo y plaza del pueblo, delante de la

enramada, porque en ella no cabía la gente, se sentaron por orden y en rueda todas las madres con los corderitos de sus hijos que se habían de ofrecer a Dios y reengendrarse en Cristo por el agua del bautismo, que fue manada de casi trescientos y repartiéndolos entre tres o cuatro cristianos que allí se hallaron, para sacarlos de pila y dándoles los nombres cristianos que recibían con sigular agrado; y escribiéndolos en libros de bautismo, para podérselos acordar, si se olvidasen de ellos como de vocablos extraños y nuevos a su lengua, se fueron bautizando con la mayor solemnidad y aparato de ornamento que pudo haber en tan pobre tierra.

Y acabado el bautismo aquel día alegre, se volvieron unos para sus casas y otros a sus sementeras. A los padrinos llevaron los padres de los ahijados a sus casas y los regalaron con los mayores regalos que ellos alcanzaban, que son tortillas y tamales o bollos de maíz; y con los mismos regalaron al padre. Llegó la noche que pudiéramos decir que se trocó en alegre día, porque gastaron en celebrar con pláticas y sermones públicos, la llegada de la palabra de Dios y del padre que se la predicaba a sus tierras, dándose parabienes y juntamente de que ya tenían amparo y defensa contra sus enemigos; por estar muy asentado e intimado por el capitán del presidio, que los que inquietaren a la nación, o pueblo donde asiste padre, o se predica la palabra de Dios, no se escapan de castigo. Llevaron al padre a ver los puertos por donde solían sus enemigos los zuaques acometerles algunas veces y dar asaltos a su pueblo cercado de montes, diciendo con grande alegría: nuestro padre, ahora que estás con nosotros podrán venir con seguridad las mujeres a este río, por agua, que antes era menester acompañarlas con nuestros arcos y flechas.

Detúveme esta vez con ellos ocho días porque había de pasar a la nación Zuaque, dejándoles orden de que hiciesen iglesia más de propósito, aunque fuese pajiza y otra casa semejante para morada mía cuando volviese. Y con esto se remató esta primera entrada a la doctrina de la nación Ahome, que proseguiremos para pasar después a su comarcana la Zuaque. Y de bautismos de enfermos adultos, que en esta entrada se ofrecieron, no hago aquí mención, por no repetir casos muy semejantes, que se debe suponer se ofrecen a cada paso en estas nuevas empresas; y sólo se apuntan, cuando en ellos concurren circunstancias dignas de memoria.



## CAPITULO V

### *Vuelve el padre a visitar los ahomes: hace iglesia y da forma y asiento a su doctrina*

Volviendo dentro de poco tiempo a visitar este nuevo rebaño, hallé muy alegres a nuestros ahomes, y aguardando, prevenidas ya maderas para levantar iglesia, que fuese más a propósito para los ministerios cristianos y sus bautismos. Menester fue asistir a la obra y aun poner las manos en ella, porque aunque fábrica humilde y pobre, pero para ello era grande y desusada; y es cierto, que parecía que Cristo redentor de los hombres, que gustó en su entrada en el mundo nacer en un albergue y pobre portal, abrigado solamente con paja también gusta a las primeras entradas que hace por la salvación de estas pobres naciones, por medio de su Evangelio, el habitar en tan pobres iglesias, como son estos portales pajizos.

A esta obra acudían los ahomes, así hombres como mujeres trayendo la madera y paja con mucho gusto y alegría; con que en breve se acabó su iglesia; y ellos quedaron tan contentos como si tuvieran en su pueblo un hermoso alcázar. Recogieron los niños que quedaron por bautizar en la primera entrada y de nuevo habían nacido; y llegarían todos bautizados a quinientos. Luego el cacique principal trató de su bautismo y del de toda su familia, mujer, hijos y de su padre, que era un viejazo venerable y de muy buena capacidad, el cual fue grande pilar de esta cristiandad y hacía razonamientos y sermones a su modo, muy cuerdos sobre la paz y asiento y estima de la palabra de Dios. Catequizáronse todos en breves días, como ya ellos tenían tan de memoria la doctrina.

Llegó el día del bautismo que se celebró con la mayor solemnidad que fue posible. Diéronseles sus nombres de cristianos, dejándoles por sobrenombre sus gentiles; aunque de éstos poco se acuerda esta nación y esos que tenían gentiles no eran denominados de muertes que hubieran ejecutado como lo usaban otras naciones y de que se gloriaban. Al cacique viejo se le puso por nombre don Pedro y a su hijo don Miguel; nombre que en muchas ocasiones llenó ejercitando el oficio de guía y capitán de su pueblo. A quien el capitán Hurdaide dio oficio de gobernador de aquellas naciones. Hízose lista de todas sus familias para que se redujesen a iglesia y doctrina. Entraban en ella con grande cuidado todos los días por la mañana donde se iban explicando los misterios

principales de nuestra santa fe. Entresacose buen número de niños más hábiles para servir en la iglesia, aprender a leer, escribir y canto, los cuales ellos entregaban de buena voluntad. Señalose fiscal que cuidase y recogiese la gente a la iglesia y avisase de los enfermos; y algunos que tenían sus ranchos y casas en las sementeras, las mudaron al pueblo; con que quedó esta nación con gobierno político y cristiano.

Fue tal la alegría que tenían del nuevo estado los buenos ahomes, que un día llegaron a pedirme que querían hacer un baile a su usanza antigua, con que se alegrarían los de edad juvenil, no tratando de alegrías de vino, que ya saben que en entrando la doctrina en sus tierras, se da fin a ese abuso. Respondiles, que como no entrasen en el baile mujeres con hombres, venía en su petición. Entendieron los cuerdos ahomes el inconveniente que yo recelaba y fue digno de notar en nación tan nueva en la fe. Respondiéronme: nuestro padre (que no saben otro título para nombrar a su ministro ausente, o presente) verás como aunque bailan los mozos con las doncellas es con todo recato, porque ellas en coro aparte con particular compostura bailan. Concedióseles la petición, por no contristar a gente tan nueva en cosa tan prevenida de inconvenientes.

Salieron a la plaza del pueblo los del baile y lo festejaron con tanta compostura que en cuantos se habían visto en fiestas de estas naciones, ninguno más concertado y modesto. Porque aunque bailaban las doncellas cerca y a vista de los mozos del pueblo, no levantaban los ojos a mirarlos ni se tocaban a la ropa, o mantas con que bailaban; como tampoco los levanta la doncella de esta nación a mirar al niño o mozo que sabe que sus padres le tienen y llaman señalado para casarse con él a su tiempo. Recato digno de reparo en materia de honestidad en una nación gentil y bárbara.

Vinieron luego algunos caciques de las naciones montaraces y pescadores, confederadas con la de Ahome, y de su misma lengua a verme y saber el asiento que se tomaba en la disposición de su población y cristiandad. Fueron recibidos con particular agasajo dándoles algunas cosillas que es necesario llevar preparadas para ese efecto, porque con ellas, aunque sean de muy poco valor, se ganan muchos para Dios y ellos como nunca vistas y como gente pobre, las estiman. Como si dijésemos unas cuentas de vidro de colores, con que se adornan: un cuchillo de que carecían, una herradura para afilándola hacer hacha de ella, una aguja para coser sus redes, que todo esto suplían en su gentilidad con artificios muy trabajosos. Los caciques quedaron muy contentos con estas pobres prendas; encarguéles que avisasen a sus gentes viniesen a verme y los exhortasen a reducirse a puestos donde los pudiese visitar y enseñar la palabra de Dios, para que gozasen de la paz y seguridad que sus amigos los ahomes. Estos ayudaron también con sus consejos y regalos a sus aliados, ofreciéndoles tierras donde sembrasen y su amigable compañía, si quisiesen agregarse a su pueblo. Con lo cual se despidieron contentos, a tratar de este asiento con los suyos.

## CAPITULO VI

*Vienen las naciones confederadas con los ahomes, a señalar puesto para su reducción y queda formado el pueblo de Bacoregues*

Volviéron los caciques, de que se escribió en el capítulo pasado acompañados de otros que no habían salido de sus marinas, arcabucos y breñas a ver al padre y dar razón de lo que habían determinado acerca de sus reducciones, y doctrina. La resolución que trajeron fue que los que vivían en el monte, llamados batucaris, se agregarían al pueblo de Ahome y en un cuartel de él harían sus casas y se gobernarían por su propio cacique (que otro gobierno que no sea de los suyos, lo aborrecen estas gentes) y se acomodaría a sembrar en las tierras que les diesen los ahomes. Pero los marítimos y pescadores, hallaron grande dificultad en poblar con ellos por parecerles a los que habían nacido y criádose en los médanos de la mar que se apartarían mucho de donde tan a mano tenían su sustento ordinario que era el pescado, y el pueblo de Ahome distaba cinco leguas de sus rancherías antiguas, y esto no obstante, en lo que tocaba a recibir la doctrina de cristianos estaban muy gustosos. Y para que esto se pudiera ejecutar y entrar a predicar el padre, ellos escogieron puesto acomodado y juntándose todos harían sus casas y formarían pueblo de por sí. Vine con gusto en esta determinación por no violentarlos.

Escogióse el puesto acomodado, de buenas tierras y más cercano a la mar y sus pesquerías, que fue tres leguas más abajo de Ahome, donde fui con ellos, por recoger estas ovejas tan descarriadas. El puesto se señaló en una hermosa y fresca llanada, sobre el río; limpióse de maleza y árboles que estorbaban en particular donde se había de hacer iglesia; ellos escogieron sus puestos, para hacer sus casas y repartieron tierras; y hecho esto dieron vuelta a sus rancherías por sus pobres alhajas. Volvieron con alguna gente menuda; que no siempre arrancan de golpe estas gentes de puestos donde nacieron y estaban connaturalizados; y es necesario el ir con paciencia y a su paso con semejantes naciones. Ni fue poco en esta primera entrada, conseguir de ellas el reducirse a congregación. Con todo, ofrecieron a Dios buen número de párvulos que se bautizaron y serían cerca de doscientos.



Encargósele el cuidado de este pueblo a su principal cacique, indio de muy buen natural y señalado en grandeza de cuerpo, que era como un gigante; y de tantas fuerzas, que se atrevía a echar mano y rendir a un caimán o cocodrilo y sacarlo del agua, con ser animal tan feroz como se sabe. Fue particular providencia de nuestro señor dar por guía a esta ranchería a un indio por una parte de tan grande valor y fuerza y por otra mansísimo, de blando natural y querido de su gente. Era de tan sincero corazón, que después de bautizado me decía: padre, cuando voy a pescar le digo a Dios: mi padre Dios, dame pescado que coja y echábase de ver que oía Dios con gusto petición tan sincera de hijo que aunque nuevo en la fe, pedía ya con ella; el que poco antes ignoraba que hubiese Dios en el cielo y en la tierra, porque era grande la abundancia que en sus pescas Dios le daba. Este indio fue medio para conseguir la reducción de naciones más dificultosas de asentar en género de policía y gobierno humano, de cuantas se hallan en el nuevo mundo. Y con el ayuda de nuestro señor y de este indio se consiguió ésta; y quedaron de esta primera entrada congregadas algunas casas de los nuevos vecinos y hecha una pobre iglesia, señalado fiscal que juntase la gente a la doctrina, y por maestro para enseñarla al ciego de que arriba se hizo mención y la había enseñado a los ahomes. Con que los bacoregues (nombre propio de esta nación) quedaron muy consolados, y por muestras de su alegría, dijeron, que querían hacer una pesca para presentar y regalar con lo que tenían a su padre, que les venía a enseñar la palabra de Dios. Y en breves horas trujeron gran cantidad de pescado, por ser aquella costa abundantísima de él; hubo para compartir con todos los que me acompañaron.

Concluido el asiento de este nuevo pueblo, dimos la vuelta al de los ahomes, con mucha alegría suya y mía, de que hubiese allanado Dios nuestro señor las dificultades en recibir la luz del Evangelio, gentes tan desahuciadas de medios humanos. Porque con estas tales poco valieran soldados para reducirlos y fuera como ir a caza de venados, sin casa ni hogar, a buscarlos a los montes.

## CAPITULO VII

### *De los bautismos generales de adultos de la nación Ahome y reducción de otras dos montaraces, a este pueblo*

Como la nación Ahome estaba tan bien enseñada en los misterios de nuestra santa fe, y había abrazado con tanto afecto la doctrina de ella, no hubo tanta dificultad en disponerla al santo bautismo, ni diferirlo tanto tiempo, como en otras suele ser necesario en el de los adultos; ellos de su voluntad a tropas y fomentados también de su cacique don Miguel, se entraban por las puertas de la iglesia y pedían el santo bautismo y daban sus nombres para entrar en el número de catecúmenos como se hacía en la primitiva iglesia. Juntábanse tarde y mañana los ocho días antes, para que se les explicasen más despacio y en particular, los principales misterios de nuestra santa fe. De esta suerte se iban disponiendo los bautismos de cuarenta en cuarenta unas veces más, otras menos, celebrándolos con la mayor solemnidad que era posible. Y los que eran casados, luego acabados de bautizar ratificaban y contraían su matrimonio como sacramento de nuestra santa Madre Iglesia. Recibían con mucho gusto las bendiciones asistiendo a la misa. Y es ciertos que todas estas santas ceremonias los confirman en la fe y en la indisolubilidad del santo matrimonio, conociendo que ya no quedaba expuesto a la mutabilidad que padecían en su gentilismo, cuando no se podía asegurar, ni el varón ni la mujer, de la perpetuidad del consorte y contrayéndolo ya como cristianos y con tal solemnidad, sabían que estaban seguros de mudanza.

En varios bautismos de estos adultos, que se fueron celebrando en la nación Ahome, dentro de un año quedó casi toda su gente bautizada, que serían más de mil personas, sin los párvulos. Otra nación se le agregó de los montaraces que dijimos viven de caza y fruta de monte. Esta se llamaba Batucari; tenía su asiento aunque sin casas, cerca de una laguni-lla que entre breñas y bosques hacían las lluvias y se conservaba todo el año, distante del pueblo de Ahome como cuatro leguas; de donde por estar de paz, entraban a la cosecha, a rescatar, o trocar (que es el modo de comprar entre estas naciones) por cosillas que ellos alcanzaban algún maíz que comer por ese tiempo; que no era gente que hacía provisión de él para todo el año, contentándose con su comida silvestre.

Algunas familias de esta nación, o ranchería, tenía ya congregadas el cacique don Miguel, cuando yo di la vuelta, a las cuales procuré acariciar y principalmente a su capitán y cacique. Concerté con él que acabase de sacar del monte a toda su gente; y que gozando de la buena acogida que les hacían en su pueblo sus amigos los ahomes, se aplicasen a sembrar; por ser importante medio éste, para que naciones, cuya vida es andar entre venados y madrigueras de conejos y aun de sierpes y víboras, hagan pie y asiento. Aceptó el cacique en nombre de su gente el partido; fue por la que quedaba al monte, redujola casi toda; aunque nunca faltan algunos, que tiene el demonio endurecidos y obstinados, principalmente viejos, que dificultan mudar vida silvestre y bárbara en que se envejecieron. Pero al fin con sufrimiento y paciencia, se congregaron de esta ranchería como trescientas personas. Encomendóse a su cacique la gobernase, y también hiciese oficio de fiscal. Acudieron a la doctrina con el ejemplo que les daban los ahomes; bautizáronse cien párvulos, hízose lista de sus familias para tener en cuenta con ellas.

Con todas estas diligencias no quedaron tan desarraigados los batucaris de su puesto, que no diesen la vuelta a su Egipto, porque los tiraba su monte, adonde a veces celebraban sus embriagueces, porque en el pueblo de Ahome estaban ya desterradas; y así buscaban sus soledades antiguas donde los cristianos no los viesen y ellos tuviesen libertad de conciencia. En estas retiradas castigó Dios a esta nación con enfermedades que le sobrevinieron y cogieron en el monte, las cuales obligaron al padre a irlos a socorrer con los sacramentos a este puesto. Porque como ya se les había pegado de sus amigos ahomes las costumbres cristianas, y tal vez habían asistido a la doctrina y pláticas, tenían ya hecho concepto de la necesidad del bautismo para su salvación, y su cacique cuidaba de avisarme de los que estaban apretados de la enfermedad; con que era forzoso no pocas veces dar vueltas a su monte a visitarlos y regalarlos en medio de aquellas breñas. Bautizábanse los más necesitados y podemos decir que venía a ser esto, caza gustosa de almas, que vivían por aquellos arcabucos y bosques.

Además de esta ranchería que se redujo al pueblo de ahomes, se le agregó otra de pescadores y de más número de gente y con más facilidad que la pasada, bautizándose luego de ella más de cien niños y aplicándose los mayores a oír la doctrina cristiana, para recibir el santo bautismo; con que quedó el pueblo de Ahome con quinientos vecinos, en grande concordia y hermandad y con mucha comodidad de agua, monte y tierras en que sembrar.

Aunque estos rebaños no fueron tan cuantiosos como los de las naciones que después se seguirán, con todo no se puede dudar que el sumo y divino pastor Cristo, gusta que se recojan y aun quiere que le den parabienes a El de hallarlos; y las obras del pan que con abundancia había repartido a las turbas que por los campos le seguían, quiso que las

recogiesen los sagrados apóstoles y que hiciese mención de ellas su sagrado evangelista. Argumento de la liberalidad del Señor, que usa con estas gentes, que parece son las sombras de las populosas del mundo. Y con todo quiere y es su voluntad que se les reparta el sustento de vida y pan de su divina palabra.



## CAPITULO VIII

### *De otra singular reducción que se hizo de la nación más bárbara y salvajina de las descubiertas en Sinaloa*

Como eran tantas las rancherías de salvajes, que vivían por estos incultos y vastos bosques y marismas, no obstante que acabamos de escribir las reducciones de algunas, he dejado para este capítulo otra en que concurrieron particulares circunstancias y en que se mostró muy singular la divina providencia para traerla al camino de su salvación. La nación de que se escribe en este capítulo llamada Comopori, fue tan fiera y brava que con serlo tanto la Zuaca, de cuyo orgullo y braveza tanto se ha escrito en esta historia, una vez que en campo abierto se atrevió a acometer a la Comopori, quedaron muchos zuaques muertos en el campo; y los que quedaron con vida con escarmiento y memoria por muchos años, de la fuerza de los salvajes comoporis, cuya reducción a vida de hombres y mansos cristianos la escribiré aquí en la forma que se alcanzó.

Estando en el pueblo que dos capítulos antes de éste dije, que de nuevo formaron los pescadores bacoregues, me dieron noticia que siete leguas adelante, en una península retirada y en los médanos o montes de arena de mar, vivían las rancherías de la gente fiera de estos comoporis, los cuales aunque eran de la misma lengua de los mansos ahomes, no tenían amistad con ellos, antes hallando la ocasión los mataban. Esto no obstante también tuve noticia que cual o cual indio cristiano, tenía segura entrada a comoporis, que a veces sucede entre estas naciones, aunque sean encontradas; pero por particulares respetos, o parentesco contraído con alguna ocasión tienen entrada uno, u otro en la nación enemiga. Hallé en un cristiano, que tenía cabida con los comoporis. Deseando, pues la reducción y remedio de estas almas, les envié un recado de benevolencia con el indio cristiano, convidándoles a que viniesen algunos de ellos a verme que serían muy bien recibidos y con mucha seguridad de paz. Fiándose de esta palabra, comenzaron a venir ya unos, ya otros, en particular las cabezas de ellos a verme. Procuróse desde el principio irlos acariciando con algunos doncellos de los que ellos estiman y juntamente convidándoles a que entrasen a rescatar maíz a su tiempo. Fuéronse con este medio ganando de suerte que ya venían a pueblos cristianos, así varones, como mujeres, muestra ya esta de mucha seguri-

dad. Convidábalos cuando se celebraban las fiestas y pascuas de cristianos y éstos también los acariciaban y convidaban a sus casas con que se movían ya o por mejor decir, los movía Dios a que pidiesen el bautismo de sus hijos pequeños.

Estando en este estado los comoporis, vino a decirme el indio cristiano que ya había trabado mayor amistad con ellos y que gustarían que yo entrase a sus tierras y diese una vuelta a ver toda su gente. Comunicé esta disposición y entrada con el padre rector del Colegio de la villa, porque (como atrás queda dicho) hay orden no se hagan nuevas entradas, sin orden de los superiores. La respuesta del padre rector fue que como la dicha entrada se hiciese con escolta y en compañía de algunas dos docenas de indios de valor y fidelidad de los ahomes, siempre fieles, venía en que se ejecutase el intento para ver si por este medio se podía ganar esta gente para Cristo. Con esta respuesta resolví el visitar esta nación y señalando el día se dio aviso a los comoporis y enviando a llamar al cacique de los ahomes don Miguel, le encargué que para el día señalado se aprestase con algunos veinte indios de los suyos, para que todos fuésemos en compañía. Con muy buena voluntad vino en lo que se le pedía y se dispuso él y su gente, para la entrada a tierra y nación con quien antes se mataban, y de donde en otro tiempo no salieran con vida; y aun en éste no dejaban de exponerse a algún peligro. Pero también es providencia de Dios experimentada el hallarse a veces entre estas gentes, algunos que saben poner a riesgo sus vidas por la del ministro del Evangelio.

Dispuesta en esta forma la entrada, la tarde antes de la partida sucedió que vino a mí la mujer del cacique don Miguel, muy afligida y triste, diciendo que tenían noticias que los comoporis no tenían buen corazón (término de que usan, para significar que eran falsos y traidores) y que el llevarme a sus tierras, no era con otro intento que quitarnos la vida a mí y a los que iban en mi compañía. Y en prueba de esto sabía que habían pasado hacia los comporis algunas otras tropas de gente de monte, sus confederados, de que hierven estas marismas; y a la verdad, de éstos se habían oído rumores de inquietud y poca fidelidad. Púsome en algún cuidado este aviso, pero teniendo experiencia que entre estas gentes conviene no mostrar temor, ni cobardía, porque se pierde mucho con ellos de la autoridad que ha menester su ministro, y ya en aquella ocasión no hallando medio para excusar la entrada, alenté a la india afligida, para que ella no desanimase a su marido. Encomendando el negocio a nuestro señor y pidiéndole su divino favor en negocio de tanto servicio suyo y remedio de aquellas almas a quienes estaba tan cerca la luz del Evangelio, dicha misa antes que amaneciera, nos pusimos en camino.

Habiendo pasado el río, a cuya ribera estaba el pueblo de donde salía, me hallé cercado de más de cien indios aprestados y puestos a punto de guerra, cargados de carcajes, arcos y flechas de los amigos ahomes. Aquí

reparé y llamando a don Miguel le dije, que para qué era aquel ruido de gente, pues sabía que no le había pedido para ir en mi compañía más de dos docenas de sus parientes, y que viendo los comoporis tanta gente con armas, los poníamos a riesgo de alborotarse, entendiendo que el ir a sus tierras con aquel estruendo no era de paz sino con algún intento de guerra. A esto respondió: padre, yo no llamé más de los que me dijiste, pero estos tus hijos dicen que fían poco de los comoporis, que los conocen muy bien y no quieren que su padre corra riesgo y se lo maten; y por diligencias que hice no fue posible detenerlos. Pero para reparar la turbación que podía causar en los comoporis tanta gente armada, despaché delante un mozuelo de diez y ocho años, de nación Ahome, señalado en el ánimo y valor porque lo tenía como de español, para entrar intrépido en naciones extrañas; y ayudábale a su seguridad el saberse que era criado del capitán y sobre todo la labia que tenía en varias lenguas que sabía era grande. Y porque se entienda el aliento del muchacho, digo, que este día salió a acompañarme en un buen caballo que tenía; y ya que no pudo armarlo como los soldados españoles, pintó en él con almagre unas armas que lo cubrían y lo gobernaba con tanta destreza como el más diestro jinete español. A este indiecito cristiano y de tan buena capacidad, lo despaché delante para que de mi parte dijese a los comoporis, que se asegurasen de aquellos mis hijos que iban a en mi compañía (así llaman los padres a sus bautizados, como ellos no saben otro nombre sino el de nuestro padre) que no iban con otro corazón que el de acompañarme y entrar a ver sus tierras con toda paz y amistad.

Hecha esta diligencia, proseguimos nuestro camino y mucha parte de él por la ribera del mar, donde no les faltaba a los indios pescado en que emplear sus flechas. Llegamos finalmente al paraje y puesto de los comoporis, donde no tenían para su vivienda género de pueblo, ni casa, ni hogar, ni la usaban, sino que vivían como fieras del campo. En médanos de arena tenían hecha una enramada, o ramos de árboles hincados para que yo parase a su sombra y defensa de los fortísimos soles que aquí hace. Hallé aquí una señal de muy poca seguridad, porque fueron muy pocos los indios comoporis, con su cacique (llamado Cohari, que tenía fama de muy gran guerrero) que salieron a recibirme, sin parecer la gente menuda de mujeres y niños. Extrañé esto mucho, porque cuando estas gentes retiran al monte o no manifiestan las mujeres y niños, es clara seña que están de guerra. Reparando pues en la acción, pregunté al cacique cómo no parecían sus mujeres e hijos, cuando venía a verlos y regalarlos y llevaba algunas cosillas de comida y otras de que ellos gustarían, añadiendo que los tenía por hijos y que no me había de volver sin verlos. Respondió que habían ido a pescar a una laguna o estero allí cerca, para traer algo de comida para mí y para mi gente; y a cabo de rato llegaron solas tres o cuatro mujeres con unas redcitas de pescado y ostiones, que acababan de recoger.



Pasábase el día y no acababa de parecer la demás gente menuda, con que más se avivaba la sospecha y poca seguridad, y los indios amigos la recelaban, y así pasó el día. Salieron después otros cuatro indios que nos mostraron sus pesquerías y algunos senos de mar donde las hacían. Llegada la noche vino el cacique Cohari con sus pocos compañeros y comenzó un razonamiento diciendo: padre, aquí queremos hacer una iglesia, vendrás a doctrinarnos y bautizarnos en este puesto como lo haces con otras naciones. Porque nosotros no podemos dejar nuestras pesquerías y tierras (y mejor dijera cerros de arena) para ir a tierra ajena. Aquí acabé de entender en lo que topaba la extrañeza con que me habían recibido, y que sus temores eran si entraba a obligarlos a poblar fuera de sus amados médanos. Y teniendo experiencia que tales naciones se han de ir ganando con traza, con tiempo y paciencia, que de esa suerte finalmente se rinden. Lo primero que les dije fue que con mi ida a sus tierras no pretendía sacarlos de ellas y que lo que ellos pedían de que en aquellos médanos de arena hiciese iglesia, y viniese a visitarlos y doctrinarlos no era posible, por la incomodidad del puesto, por la falta de agua dulce y permanente, y de comida de maíz para la gente. Además que para venirlos a visitar me atajaba el río que por aquellos llanos la mayor parte del año venía tan desenfrenado y explayado, que ni aun ellos se atrevían a pasarlo. Finalmente, que por entonces me contentaba de haberlos visto; y que ellos, como lo habían hecho hasta allí fuesen a tiempos a verme, y a los pueblos de cristianos, que ya eran sus amigos y parientes; y si algunos gustasen poblar con ellos, y sembrar en sus tierras, los admitirían de muy buena voluntad. Desahogáronse, y recibieron con gran gusto esta respuesta, y quietos se fueron a dormir a sus ranchos.

Pero aquí es de contar la fidelidad y diligencia del cacique de los ahomes don Miguel, en la guarda y seguridad de su padre ministro. Recelaban aquella noche el dicho cacique y su gente (y no sin fundamento) alguna traición, o alboroto, viendo que no acababa de salir, ni parecer la gente menuda; y así no se fiaba de ellos. Acabada, pues, la plática que con ellos tuve hasta la media noche, llamé a don Miguel; preguntele cómo, o dónde se alojaban sus hijos. El cuerdo indio me respondió: padre, aquí puedes descansar en tu enramada, descuidado, que yo con alguno de mis hijos dormiremos cerca de ella; y toda la demás de mi gente tengo repartida, y prevenida, para que duerman en los mismos ranchos de estos comoporis, y donde ellos encienden sus fuegos; porque nosotros ya sabemos que ahí es donde se tratan y concertan las traiciones; y de cualquier turbación que intentaren, tendremos aviso y no podrán ejecutarla sin que la sintamos y defendamos de ella. Con todo este cuidado dispuso esta avisada prevención el fiel cacique. Aunque a la verdad, no fue menester, porque los comoporis habían quedado muy consolados y seguros, con la respuesta que la noche antes se les había dado, dejándoles en su quietud y dándoles larga para su reducción en

mejor ocasión y tiempo. Todo lo cual finalmente, se consiguió felizmente. Porque a la mañana pareció toda la gente con mujeres y niños. Quedaron acariciados y frecuentaron después el ir a verme a los pueblos cristianos. Comenzaron a aplicarse a labrar la tierra, y hacer algunas sementerillas, dejando la vida de salvajes que tenían; y cuando se hallaban en los pueblos de los bautizados, entraban juntamente con ellos en la iglesia a la doctrina cristiana; y tal vez se bautizaban uno u otro, y se iban quedando de asiento.

Finalmente dentro de dos años se redujeron todas estas parcialidades de gentes, que parecían indomables, y en una península, donde había ido a hacer compañía a los peces del mar. En que parece se cumplió lo que dijo Cristo a sus discípulos, que los haría pescadores de hombres. Pesca fue esta de hombres, que hacían vida con los peces: y éstos entraron en las redes apostólicas de la doctrina evangélica: fueron lavados con las aguas sagradas del santo bautismo, y se congregaron como seiscientas personas a pueblos de cristianos, y son hoy de los buenos que han recibido doctrina entre estas gentes. Quedaron en grande amistad y hermandad con los mansos ahomes, antes enemigos capitales. Esta relación servirá, de que se entienda cuáles son las naciones de estas provincias, que los hijos de la Compañía de Jesús, con su gracia domestican, por más fieras y bárbaras que sean. Otras toparemos adelante mucho más populosas y políticas: pero las unas y las otras pertenecen a la corona con que Cristo nuestro señor dijo coronaría su iglesia. Como con galanos símbolos lo significó el espíritu santo en el capítulo cuarto de sus misteriosos cantares, convidando a su esposa la Iglesia santa, a que salga del Líbano, monte hermoso y de bellas plantas, con cuyos pimpollos será coronada: porque también quiso entretejer su corona de ramos silvestres entre los cuales habitaban leones y fieras. *Coronaberis de capite Amanae, de vertice Sanir, et Hermon; de cubilibu Leonum, de montibus pardorum.* Palabras todas, que bien claramente están manifestando los puestos y calidades de las gentes de que vamos tratando. Ni faltan expositores santos que las entiendan de la gentilidad.

En esta de que vamos tratando, hallé un género de superstición o medio idolatría: ésta fue que orilla del mar, y en los arenales donde vivían, a trechos tenían levantados unos palos altos y al pie de ellos amontonados algunos huesos humanos; y junto a ellos algunas madejas de ixtli, que es como el cáñamo de castilla, que hacen de una planta silvestre, y de que tejen redes para su pesca. Llegando a estos puestos pregunte al cacique Cohari, ¿qué significaba aquello, y de qué servía? Respondiéndome el gentil, que aquellos huesos eran de indios, que atravesando aquel brazo de mar, habían muerto en los dientes de tiburones, pescados fieros que ellos temen mucho, y andan muchos por aquella costa; y añadió que el poner allí aquellos huesos, era para que el que hubiese de pasar aquel brazo, ofreciese primero una madeja de aquel ixtli

en el lugar donde estaban aquellos huesos, porque los tiburones no le hiciesen presa. Engaño de gente que traía Satanás sepultada en tinieblas.

Procuré desengañarlos, dándoles a entender, cómo sólo Dios es a quien habemos de pedir nos libre de los peligros, de la vida por ser el autor de ella y el que nos la da y conserva. Pedile, que para desengaño de su gente, derribase aquellos palos y enterrase aquellos huesos. En oyendo el cacique esta plática se terció de muerte y comenzó a temblar dando a entender, que si tal hiciera, por el mismo caso moriría. Entonces dije a un indio cristiano animoso, que allí estaba, que derribase aquellos palos y enterrase los huesos. Ejecutolo luego y quedaron desengañados de aquel embuste del demonio los demás indios, viendo que no había recibido daño el que los enterró: y por solo este suceso se pudo dar por bien empleado el viaje. Pero siguiéronse otros muchos y muy buenos de la dicha jornada, que aunque peligrosa, fue Dios servido de sacarnos con mucho consuelo y feliz suceso.

## CAPITULO IX

*Acaban de bautizarse las naciones confederadas con la de Ahome. Fúndase otro pueblo y estado en que persevera toda esta cristiandad hasta este tiempo*

Asentaron las naciones montaraces y pescadores, en los pueblos de los ahomes, como se escribió en los capítulos pasados; se hicieron estas reducciones tan plenamente, que no quedó indio chico ni grande, viejo, ni vieja, de los más amadrigados en sus montes, que no saliese de ellos, y de toda aquella marina. Tratóse luego de bautismos generales de todas aquellas rancherías, y las fue disponiendo Dios con su divina gracia, de suerte que recibían y percibían muy bien la doctrina cristiana y con fervor iban a tropas pidiendo el santo bautismo, de manera que dentro de un año se bautizaron como dos mil almas; y con este divino sacramento, en que nacen ya los hombres hijos de Dios, se veía en ellos una maravillosa mudanza de costumbres, de paz y alegría del nuevo estado en que se veían. Todos chicos y grandes acudían a la doctrina y pláticas de ella, a misa aun los días de entre semana a pedir el sacramento de la confesión los que caían enfermos; las desechadas de los que por haber tenido número de mujeres, se habían casado con sola una legítima, venían a pedir ser admitidas al santo bautismo, para contraer legítimo y cristiano matrimonio. Bailes gentiles, ni embriagueces, ya no se veían, ni oía entre ellos; aplícanse a labrar tierras y sembrar las semillas que usan; y cuando ellos no las tenían, el padre las compraba y se las daba: con que ya regustados a estos frutos, hacían más asiento en sus pueblos y acudían mejor a los ejercicios cristianos.

Formose en el pueblo de Ahome, como el principal, capilla de cantores, que con el tiempo y ejercicio, se fue perfeccionando, de suerte, que ya se podría celebrar las misas de los domingos y fiestas principales y oficios de la semana santa, con mucha solemnidad; lo cual les servía de hacer más concepto de los misterios de nuestra santa fe y de entretenimiento los días de pascuas y principalmente los de las fiestas titulares de sus pueblos. Porque costumbre es asentada tomar por título de iglesia o pueblo que se funda, alguno de los misterios de Cristo nuestro señor o de su santísima madre o de algún santo. A esta fiesta (que ellos también llaman pascua), añaden celebridades de danzas, bailes honestos y convidan a los pueblos de su facción y aun a otras naciones comarcanas, aunque

sean gentiles. Los pescadores, en tales fiestas, para regalar a sus convidados, usan hacer pesca general; y aunque sucede ocurrir y juntarse dos o tres mil indios, traen tanta cantidad de pescado, que hay para repartir a todos.

Las cuaresmas acudían, ya a sus confesiones, haciéndose cada día más capaces de las partes necesarias de este santo sacramento; y los que mostraban más capacidad, se iban disponiendo para la sagrada comunión, haciéndoseles primero pláticas de lo soberano de este santo sacramento cuyo uso se vino a introducir, escogiendo en cada nación alguna parvada de gente de la que procedía con más ejemplo y observancia de la ley de Dios, y había aprendido la doctrina cristiana. Porque la inculta capacidad y costumbres bárbaras de estas gentes no dan lugar a que luego acabados de bautizar se les pueda comunicar este divino pan, que es de fuertes y robustos en la fe. A las penitencias de la cuaresma se aplicaban con facilidad, haciendo sus disciplinas de sangre, con mucho concierto y devoción y gentío, que acompañaba la procesión cantándose las letanías.

Aunque estas cosas podrían parecer comunes y ordinarias en pueblos cristianos antiguos. Pero en naciones tan nuevas en la fe, y que eran tan libres como los ciervos de los campos, tan fieras y belicosas, como los leones y tigres, tan montaraces como los jabalíes, y estaban tan escondidas como los peces del mar, es como milagro verlas ya sujetas a estos ejercicios, y trueque como éste: y mudanzas de tales costumbres ¿quién puede dudar sobre obra del Altísimo y de tanta o mayor estimación que cobrar vista ciegos, resucitar muertos y sanar endemoniados?

Estando pues, en este estado la nación Ahome con sus consortes y acabado con el bautismo de toda su gente, se trató con los principales, edificasen iglesias que fuesen de dura, más decentes y capaces que los jacales que antes tenían, para celebrar los oficios divinos y sus fiestas. Oyeron con gusto la plática, y les pareció que la obra sería honrosa para su pueblo; y así ofrecieron su trabajo; y aunque la obra había de ser de adobes y llana, con todo, por ser tan nueva para ellos, era necesario buscar oficiales que les industriasen y juntamente quien les enseñase a cortar y labrar grandes árboles para el enmaderamiento de iglesia grande y capaz. Acudían a esto con tan buen aliento, que sucedía cargar a hombres ciento y más indios un muy grande madero, que hicieran mucho yuntas de bueyes en arrastrarlo, lo cual ellos hacían con alegría. Lo uno por estar muy hechos a carga de hombros y por no tener entonces otra traza para tirarlos a la obra. Trabajaban hombres y mujeres, chicos y grandes, con que se acabó la iglesia, donde cabían dos mil personas: y blanqueada y pintada, se dedicó con grande fiesta y concurso de las naciones vecinas, que se admiraban de ver cosa tan nueva, y se les encendían deseos de ver otras semejantes en sus pueblos.

El ver esta iglesia ya edificada en el pueblo de Ahome y por otra parte haberse inundado con avenida que hizo el río, el pueblo donde se habían

congregado los pescadores bacoregues, de que atrás hicimos mención, les movió, interviniendo también ruegos del padre, que se redujesen al pueblo de los ahomes. Ejecutóse sin repugnancia, y reducidos los bacoregues con los ahomes, quedó este pueblo con unas seiscientas casas y en muy buena disposición.

Después andando el tiempo, de la gente residua de las marismas y costa del mar, que era mucha, se juntó otro nuevo y grande pueblo, dos leguas más arriba del de los ahomes, donde se congregaron otras más de cuatrocientas familias y se le dio título del arcángel San Miguel, cuyo favor se echó de ver en el buen asiento que hizo gente tan montaraz; y aunque costó al padre Vicente del Aguila (de quien adelante se hará mención), grandes trabajos de idas y vueltas a las marismas, esta reducción y amoldarla a las leyes humanas y cristianas; pero logrose muy bien su trabajo porque toda esta nueva gente se congregó, aprendió la doctrina y se bautizó. Hicieron otra tan hermosa iglesia como la de Ahome y persevera este pueblo y resplandece en él una señalada cristiandad. De cuyos progresos no me detengo a escribir más en particular, por ser muy semejantes a los pasados.

Está hoy un padre administrando el partido de estos dos pueblos, en que se habrán bautizado y multiplicado a la iglesia desde sus principios, hasta hoy, de diez a doce mil almas; de las cuales hay buenas prendas, que muchas pueblan el cielo, sin las que cada día van naciendo, con que queda escrita la reducción de Ahome y sus consortes; y será remate de ella la relación de un navío que por este tiempo aportó a sus costas.



## CAPITULO X

*Cómo aportó un navío, a que su cargo llevaba el capitán Juan Iturbi, a la costa del pueblo de Ahome y la ocasión con que allí llegó*

Por haber sucedido el caso y llegada de este navío a la costa del pueblo de Ahome, de que acabamos de tratar y haberme yo hallado en el dicho pueblo en esta ocasión, me pareció escribirlo aquí como pasó y sucedió. Y fue así, que el año de 1615 entró por la mar del sur, con dos navíos el capitán Juan Iturbi, por comisión de Tomás Cardona, vecino de Sevilla, a quien hizo merced la majestad del rey Felipe III de dar permiso, para que armando dos navíos y llevando buzos, descubriese las pesquerías de perlas, de que había muchas noticias en el brazo de Californias, que como se ha dicho, corre la costa de la provincia de Sinaloa. En ese mismo tiempo sucedió también, que los pechelíngues, entrando por el estrecho de Magallanes con algunos navíos y saliendo al mar del sur, corrieron la costa de la Nueva España y topando con los dos del capitán Iturbi, antes de entrar en el brazo de Californias, por la boca que llaman de San Lucas, cogieron el uno de ellos, escapándose el otro en que iba el dicho capitán. El cual navegando por el dicho brazo, anduvo algunos días sondeando los comederos de conchas, haciendo catas y experiencias de lo que prometía la opinión que de esto corría.

Hallaron muchos abundantes y pescaron alguna cantidad de perlas, él, sus compañeros y soldados. Refirióme a mí después, que aunque había mucha abundancia de conchas, pero que en ellas no pintaban muchas perlas. Por ventura, por ser aquel el tiempo en que se crían, que si no me acuerdo mal, era principio de primavera. Anduvo algún tiempo el capitán Iturbi sondeando este mar, y subió por él hasta treinta grados de altura del norte, y acabándosele los bastimentos se vio muy alcanzado, sin saber puerto donde repararse, por aquella costa de tan nueva navegación.

Corrió por este tiempo voz entre los indios, diciendo veían por la mar y a mucha distancia de tierra, una como casa o teopa (nombre que dan a sus jacales de iglesias). Avisándome de esto, me vino sospecha de que sería algún navío de españoles, que había entrado al descubrimiento de perlas, de que había codiciosos por este tiempo; y no habiendo a mí noticia la entrada a este mar del sur, de los navíos pechelíngues; y por otra parte dándome algún cuidado que la casa de madera que los indios decían



andaba por la mar, podría ser navío derrotado de españoles, que no sabían el paraje donde estaban y por ventura tendrían necesidad de socorro y noticias de aquella costa; me determiné a escribir una breve carta, intitulada a los españoles que navegaban en aquel brazo, avisándoles, que si tuviesen necesidad de algun refresco, supiesen que la costa estaba poblada de cristianos seguros, con los cuales estaban padres de la Compañía de Jesús, que les socorrerían.

Di esta carta a un indio, grande nadador, encargándole, que estando algunos días por la costa, si viese aquella casa o teopa, que decían venía por la mar, poniendo la carta en la guirnalda con que recogen el cabello atada y levantada en una cañita, como ellos lo usan, porque no se moje, sin temor se acercase al navío y la diese a los españoles. Aceptó la diligencia el indio, pero no fue menester ejecutarla, porque estando yo en la casa del pueblo de Ahome, descuidado, se entraron por ella dos españoles, con grande algazara de los indios a la novedad. Llegaron tales, que les faltaba poco para desfallecer de hambre; y cuando me vieron, levantando la voz y corazón al cielo, dieron gracias a Dios de verse en tierra de cristianos. Híceles luego dar de comer, que era de lo que primero necesitaban para poder hablar.

Pregunteles de su viaje y ¿cómo habían acertado con este pueblo de Ahome, que distaba cuatro leguas de la mar? y todas ellas de espesos arcabucos y breñas. Diéronme cuenta del discurso de su viaje y como viéndose tan faltos de bastimento y sustento, aunque no tenían noticia de qué gente habitaba aquella costa, los había despachado en el batel del navío el capitán, a que descubriesen si había algún lugar donde poder repararse para no perecer de hambre. La verdad, si hubieran aportado un poco más adentro de la costa de Californias, hubieran ido a parar donde los indios se los comieran; aunque éstos ya hoy son gente reducida a la fe, de que trataremos adelante. Añadieron, que el rastro por donde Dios los había traído con tanta ventura suya a este pueblo, había sido el de muchas huellas de pescadores, que desde la mar y por medio de aquellos arcabucos habían hallado hasta el mismo pueblo. Dijeron más, que el navío había quedado surto, una o dos leguas la mar afuera, por no conocer puerto seguro y que allí aguardaba el capitán la vuelta del batel, que dejaban en un puesto de aquella costa, de que me dieron señas. Llamé a los indios principales del pueblo, en particular al cacique don Miguel, encargándole preparase alguna gente, que la madrugada siguiente cargase todo lo que más pudiésemos llevar de bastimento y refresco para los españoles derrotados: los indios no veían la hora de ir a ver la casa de madera que andaba por la mar.

Hice recoger tasajos de vaca (que es nuestro sustento en estas misiones) harina de maíz y otras comidillas de la tierra y partimos otro día de mañana, con mucha gente que se convocó y guías por entre aquellas espesas selvas; por donde aún no se atinaba con el camino que habían

traído los españoles; y por no acertar a dar razón de él, se perdió. Hallámonos a la tarde atajados con algunos esteros de los muchos que hay en esta costa, diciendo los indios no los podíamos pasar a caballo: no obstante que por las señas que los españoles daban de donde habían dejado el batel, no estaba lejos. Por esta razón y socorrer a los que estaban tan necesitados, encargué a los indios que pasasen adelante, aunque fuese por agua por el refresco. Los dos españoles terminaron, dejando los caballos en que iban, acompañarlos y ahorrando de ropa para pasar los lagunachos y esteros, prosiguieron su camino, quedándome yo aquella noche en aquel monte por ver si el día siguiente se hallaba camino o paso para ir a ver al capitán y darle la bienvenida y noticia del puesto, donde pudiese ir a surgir con su navío.

Llegaron finalmente los indios al batel y en él recibieron los españoles el refresco y lo llevaron al navío y fue recibido con grande alegría y agradecimientos del capitán Juan Iturbi, el cual me envió aviso, de que aguardaría en el batel el día siguiente, para donde me dijeron los indios me pasarían cargado en hombros por los lagunachos, como lo hicieron; e hice yo este viaje con mucha voluntad, así por socorrer esta necesidad de peregrinos de mar, como porque los muchos indios que me acompañaban, viesen el navío, como grandemente lo deseaban y había de servir de que contasen a naciones de la tierra adentro, cómo los españoles sabían andar por la mar y por aquellas costas que ellos tenían por impenetrables; y todo sabía yo que había de servir para amansar fieras naciones, ignorantes de otro mundo.

Cuando llegué al batel, hallé al capitán, que me esperaba, teniendo a vista más de legua de distancia su navío; y después de las saluciones que pedía la caridad cristiana, le pedí tuviese por bien, que pasásemos a él, y fuesen los más de los indios, que llevaba en mi compañía, por el deseo que tenían de verlo. Todos los que cupieron en el batel entraron y aun más de los que después quisiéramos. Porque se levantó una marea y viento tan recio, que nos puso a riesgo de anegarnos sin poder llegar a bordo. Pero al fin quiso Dios que lo alcanzásemos; y entrando en él los indios, quedaban pasmados de ver cosa tan nueva, nunca vista, ni pensada de ellos. Habiendo descansado y tomado alguna refacción y dándole noticia al capitán, de cómo treinta leguas más abajo estaba la boca del río de la villa, donde o cerca de ella, se podría buscar puerto y repararse de lo necesario para su viaje; a que podría estar cierto, que acudirían el capitán del presidio y padres que allí estaban, con mucha voluntad. Con esto los indios y yo dimos la vuelta a nuestro pueblo con mucho gusto y ellos con el singular, de haber visto cosa como milagrosa para ellos; de que serán testimonio estas palabras dignas de reparo para su corta capacidad, que a la vuelta me dijeron: padre, ahora nos confirmamos en toda la doctrina que nos predicas en la iglesia, porque habemos visto por nuestros ojos lo que algunas veces nos habías referido, que habías venido de tu tierra, por

enseñarnos la ley de Dios, pasando la mar en una casa de palos; y ahora la han visto nuestro ojos. Esto les había yo dicho algunas veces por acariarlos y no me pesó de su dicho: en que no quisieron decir, que antes no hubiesen creído la doctrina que en la iglesia se les había predicado; que sí la habían creído y recibido como verdadera; sino que les servía de confirmarse en ella: como a los que son antiguos y fieles cristianos, les sirven de evidencia de credulidad los nuevos motivos y sucesos que confirman la fe que ya tenían: de lo cual también necesitan estas gentes, tan apartadas e ignorantes de la verdad de la doctrina, que se les predica, tan inaudita para ellos y aunque sea estimada de naciones de más policía, ellos lo ignoraban.

Dos o tres días se detuvo el navío en aquel puerto y en ellos no cesaban tropas de indios de ir y venir a verlo, llevando bastimento de las semillas que tenían y rescatando con ellas alguna ropa de los españoles. Pasados estos días, partió con su navío el capitán Iturbi la vuelta del río de la villa, donde dio fondo y avisó de su llegada al capitán Diego Martínez de Hurdaide, que le acudió con todo el socorro necesario. Andaban todavía por este tiempo los navíos pechelings por la costa de Nueva España y era tiempo en que se aguardaban las naos de Filipinas en el puerto de Acapulco. Teniendo pues noticia el virrey, marqués de Guadalcázar, del navío que había aportado a Sinaloa, despacho a toda diligencia correo, con órdenes para que el capitán Bartolomé Suárez, que lo era del presidio de San Andrés no muy distante de Sinaloa, se embarcase con algunos soldados en el dicho navío y saliese a encontrar las naos de Filipinas, dándoles aviso, que tomasen diferente rumbo y puerto que el de Acapulco para asegurarse de los enemigos.

Ejecutaron las órdenes del virrey, aunque el navío que se despachó no encontró a los de Filipinas y quiso Dios que éstos tomasen el puerto de Acapulco, sin encontrar los pechelings. Vuelto el navío a buen puerto, que ya había hallado el capitán Iturbi (al cual puso por nombre puerto de San Ignacio) poco distante de la boca del río de la villa; y habiendo hecho otro barcón grande y matalotaje con él y su navío, volvió a correr el brazo de Californias y hacer nuevas pesquerías de perlas: sacó algunas y habiendo navegado hasta altura de treinta y dos grados, dio la vuelta para tomar de propósito esta empresa, la cual ha estado suspendida por algunos años; si bien después acá se han hecho (aunque no de propósito) algunas otras entradas en barcos y todos han sacado perlas y asentado amistad y trato con los indios de Californias los españoles, los cuales si allí poblasen de asiento, le estaría muy a cuento a la provincia de Sinaloa, porque tendría salida de sus frutos.

Estúvole muy a propósito la llegada del navío de que hemos hablado: porque las naciones de toda la provincia quedaron con más estima de los españoles y atemorizadas de sus armas y valor, como adelante en la reducción de los belicosos yaquis se dirá en el libro quinto. Escrito

queda atrás, cómo el rey nuestro señor Felipe IV (que Dios guarde para bien de toda la cristiandad) ha mandado al almirante don Pedro Porter de Casanate, caballero de Hábito de Santiago, que pueble las Californias: dele nuestro señor feliz suceso.



## CAPÍTULO XI

### *De la primera entrada que hizo el padre a dar asiento a la doctrina de la valiente nación Zuaca*

Llegó el tiempo que la divina providencia tenía señalado para rendir y sujetar al suave yugo de la ley evangélica la nación Zuaca, que tantos años había estado rebelde, así a la divina ley, como al valor de los españoles, que tantas veces se vieron obligados a mover y ejercitar las armas contra ellos, sin hacer mella en la dureza de su rebeldía, avilantez y arrogancia. Pero finalmente, para dar Dios a entender que era obra de su brazo y no del humano la conversión de nación tan fiera, aguardó la victoria para después que se hubiesen experimentado las rebeldías bárbaras de ellas, que quedan escritas en varias partes de esta historia. Ya se dijo cómo habían pedido que entrase un padre a sus tierras a darles doctrina y bautizarlos: ésta me cupo a mí en buena suerte, por orden de la santa obediencia, juntamente con la de la nación Ahome, su vecina. Asentada ésta se dio principio a la empresa espiritual de la nación zuaque, que toda la provincia deseaba ver quieta y cristiana, por ser la que ponía en cuidado y sobresaltos continuos. A esta se dio principio en año de 1605, en la forma siguiente.

La india Luisa, cristiana, de quien atrás se hizo mención y su pariente Ventura, con otros principales, fueron a la villa para que en su compañía entrase a sus pueblos el padre que se les había señalado. Fiado de la divina protección, fui con mis zuaques; llegué a sus pueblos que eran tres, en espacio de seis leguas, en los cuales había cerca de mil vecinos y familias; el principal de ellos, llamado Mochicauí, asentado a la orilla del río, en un hermoso llano, que gozaba del más fértil valle que hay en toda Sinaloa. Llegando a él salían tropas de gente con mucha alegría, hombres y mujeres, con sus niños, a darme la bienvenida y besar la mano o que se las pusiese en la cabeza: estilo de reverencia, que como queda dicho, usan cuando llegan a saludar a los que son sus ministros. También dieron muestras de esta reverencia y amor, en no traer flechas, ni arco con las manos, los que no solían soltarlos de ellas; y en los que fundaron siempre su arrogancia y soberbia.

Hallé hechas unas enramadas para casa e iglesias: entrando en ésta luego que llegué, les hice el razonamiento y plática que se acostumbra,

declarándoles a lo que venía a su tierra. No a guerras porque no traía armas, ni soldados en mi compañía; sino a ampararles, serles padre y enseñarles el camino de su salvación. Pediles luego que para que quedase más confirmada la paz y se entendiese cuán de veras habían pedido la doctrina de la palabra de Dios, y que se les enseñase de propósito, era conveniente que se bautizasen sus hijos pequeños, como lo habían hecho las otras naciones. Recibieron muy bien la plática y la india Luisa, que sabía bien esa costumbre, les tenía avisado y recogido gran número de madres, con sus hijos: unos de los brazos, otros mayorcitos por su pie. Dispúsose en orden en aquel campo la manada de corderos, no para matarlos, sino para darles vida y ofrecerles a Dios, echándoles en el santo bautismo el hierro y marca del Cordero que quita los pecados del mundo. Llegaría el número de esta manada a trescientos; repartiéronse a los pocos cristianos que allí concurrieron para que los apadrinasen en el santo bautismo.

No quiero callar una particularidad, que se mostraba más en esta nación, que otras; por pertenecer a la soberana reina de los Angeles y la gracia singular que su hijo le comunicó: que a la niña que se le ponía el glorioso nombre de María, lo celebraban y recibían con particular aplauso y alegría, diciendo: *Iant tena*, que quiere decir, nombre principal de la señora, y quien lo celebraba más era la Luisa cristiana y se lo daba a entender. Prenda que declaraba los favores que esta soberana madre de misericordia había hecho y había de hacer adelante, en ablandar corazones tan fieros como los de esta nación. Celebrose el bautismo con suma alegría, de tal cosecha para el cielo en campo antes tan estéril. Concluido con el bautismo de los párvulos de este pueblo, pasé a los otros dos y siempre adelante la india Luisa, que parece tomó Dios por instrumento del remedio de esta nación. En entrando en el pueblo tomaba a su cargo el cuidado de que se recogiesen los niños para el bautismo y a voces y gritos convidaba a juntarlos; y como conocía a su gente si echaba menos algunos de los que estaban en las sementeras, enviaba por ellos y no descansaba hasta hacerlos traer a la iglesia y que se bautizasen. Ofrecíase por madrina de muchos y hacía que sus tres hijas lo fuesen que eran cristianas; y llegaba a tales términos su ansia de que todos se bautizasen, que si el padre desechaba algunos muchachos, dudando si por su edad podían pasar por párvulos a recibir el bautismo, sin aguardar a que supiesen la doctrina, la cristiana india deshacía sus años y apocaba su edad; y era muy porfiada en que quedasen bautizados.

En los dos pueblos se celebraron los bautismos como en el primero, y a unas dos vueltas quedaron bautizados párvulos zuaques unos ochocientos. Los muy viejos son en su modo como párvulos y están tan a riesgo de morir sin bautismo como ellos. Por esta razón y ser ya decrepita esta edad, a unos veinte y siete que parecieron de ella no les dilaté su bautismo. Porque si se guardara para tiempo que además de la vejez (que

ella es enfermedad) les sobreviniese la de la muerte, estarían más ineptos para recibir lo poco que se les había de enseñar y recibir este santo sacramento. Juntábanse en la enramada, encendíaseles lumbre por el frío; y porque la hambre no les llevase el poco sentido que les quedaba en esa edad; eran regalados con comida con que venían de buena gana mañana y tarde, a que se les explicase cada vez un artículo de la fe de los más esenciales de ella.

Costó el catecismo no pequeño trabajo, porque algunos de puro viejos eran medio sordos, otros medio caducaban; pero tales cuales los tenía Dios guardados hasta este tiempo, para mostrar las riquezas de sus misericordias con tan pobre gente; hiciéronse capaces de lo más necesario del catecismo con que se celebró su bautismo y después de él (no sin entretenimiento de los presentes) el de ratificar el casamiento de los que eran de casi cien años, para que los recibiesen como sacramento; porque se duda muchas veces del valor de sus contratos de matrimonios antiguos. Al fin se les explicaba aquella santa ceremonia y quedaban puestas en estado de salvación, almas que ya parecía estaban desesperadas de remedio. Tal vez sucedía que catequizando estos viejos, se entremetían entre ellos otros que no eran de tanta edad, con deseo del bautismo; pero despedíanse por ser capaces para enseñarles la doctrina más despacio. Pasada esta primera acción y echados estos primeros fundamentos a la conversión de los zuaques, venían muchas veces con grande alegría diciéndome: padre, muy contentos estamos con su compañía. Preguntábales la causa de su rebeldía antigua y guerras pasadas; ellos daban por respuesta que temían el trato de los españoles, de los cuales hablaban muy mal sus predicadores y hechiceros; pero que ya teniendo padre en su compañía, estaban libres de temor, desengañados y muy contentos. Procuraba de mi parte acariciarlos y con la gracia divina ya los sermones de los predicadores estaban trocados y cada noche a la prima de ella, sonaban en la plaza muy diferentes de los que antes eran; dándose parabienes de que la palabra de Dios y el padre que la predicaba hubiese llegado a su tierra y viviese con ellos; añadiendo, que ya no temían asaltos de enemigos; y concluyendo con el estribillo de que muchos usan y es, que todos tuviesen juicio de ahí adelante y buen corazón.

Heme alargado a contar por menudo el principio de esta conversión, por haber sido tan difícil de reducir y el escribirse esta historia principalmente para nuestros padres de la Compañía de Jesús, que se emplean en estas santas misiones, porque tengan noticias de las maravillas que sabe Dios hacer, en vencer dificultades que se ofrecen en ganar naciones rebeldes y bravas como ésta. Que a cargo de Dios está humillar montes soberbios y ásperos y el cumplimiento de aquella promesa que estaba anunciada para el tiempo que se predicase el evangelio del hijo de Dios: *Omnis mons et collis humiliabitur et erunt prava in directa et aspera in vias*



*planas*. Así lo hizo Dios dando fin a la aspereza de esta nación, que de esta primera entrada quedó tan blanda y rendida, que desde este tiempo en adelante jamás se alborotó ni se vio rebelión en ella; cosa que en otras, aun después de convertidas, no se alcanza.

## CAPITULO XII

*Acaba de bautizarse toda la nación Zuaca.  
Edifica iglesias en sus pueblos y solemnidad con que se dedicaron*

A la primera entrada a la doctrina de los pueblos zuaques no había en ellos más que unas enramadas que servían de iglesias, y el decir misa en ellas era como decirla en el campo, sin reparo de viento ni lluvias. Bien echaban de ver esto los zuaques y sabían las iglesias que tenían los otros pueblos cristianos; y así después hicieron unos grandes jacales de palos y cubiertos de paja de la forma atrás referida. Acabados estos jacales se puso fervor en que toda la gente entrase a la doctrina y tarde y mañana, como lo hacían a toque de campanas, que a costa del rey se habían llevado, cuyo sonido les era tan alegre, como nuevo. Las madres que ya tenían hijos pequeñitos bautizados a título de llevarlos a misa, se entraban con ellos en la iglesia gustando de asistir cuando se decía, y permitía-seles esa buena fe con que entraban aunque gentiles, por mirarlas como catecúmenos, que ya aprendían la doctrina para ser bautizados a su tiempo. Y aun pudiéramos decir que en aquellos pueblos todos eran catecúmenos, porque la gente toda era continua en la iglesia; y las costumbres bárbaras y gentilicas ya se desterraban. No se trataba ni oía plática de embriagueces ni guerras, antes eran continuos en predicar sus principales en la plaza, sermones contra ellas.

Estando en este buen estado las cosas, se trató de dar principio al bautismo de los adultos, y esos, de indios más principales de la nación, que sirviesen de guía y de ejemplo a la plebe que sigue mucho a sus cabezas. Y aunque en algunos hubo dificultad en dejar a las muchas mujeres que tenían a contentarse con una inseparable; con todo la gracia de Cristo nuestro señor obraba esas maravillas. Juntóse buen número de adultos, dieron sus nombres para el catálogo de catecúmenos, recogíanse a recapacitar la doctrina y pláticas de ella, tarde y mañana, con tanta afición, que todo el día no salían de la iglesia. Llegado el día del bautismo se celebró con mucha alegría de los pueblos. Uno de los bautizados fue el cacique a quien los españoles habían dado el nombre de Ventura y fue venturoso en que lo libró su parienta Luisa de la collera de los ahorcados, como atrás queda dicho. Este, ya bautizado, ayudó al bautismo de su nación y vivió y murió como buen cristiano. Otro indio de los del número de este bautismo, fue de los más señalados en valentía y valor de toda la

provincia y era el que hacía punta en las batallas con que había ganado grande autoridad y nombre en su nación; indio que tenía aliento para levantar a muchas otras si se inquietaran, al cual por esta dicha razón procurara el capitán y españoles, tener muy ganado. Eso se consiguió porque aunque tenía muchas mujeres, eligió una con quien se bautizó y casó *in facie ecclesiae* y se llamó don Cristóbal Anamei, y vino a ser de grande apoyo para la conversión y bautismo de la nación zuaque y siendo ya cristiano, la gobernó muchos años y ayudó a que después se edificasen iglesias de propósito y al fin murió con verdadero cristianismo.

Con este primer bautismo quedaron los zuaques muy animados para seguir con otros más copiosos, venciendo las dificultades que para ello tenían. Prueba de esto será un caso particular que sucedió con un indio principal: llegó éste con un hijuelo suyo a saludar al padre, queriéndole besar la mano; el padre no lo consintió por entonces, antes dándole de mano le dijo no quería se la besase, pues tenía dos mujeres y no trataba de hacerse cristiano, como los demás lo hacían. Esta acción y palabra fue medio con que le movió Dios, de suerte que se fue luego a su casa y habiendo echado fuera a una de las mancebas y aun del pueblo, con la otra volvió, diciendo: padre yo me quiero bautizar y vivir con sola esta mujer como cristiano. Aceptó el padre la oferta, catequizáronse él y ella y bautizados se casaron y perseveraron dando buen ejemplo a los demás.

Tratóse luego de escoger y recoger buen número de muchachos que aprendiesen a leer, escribir y canto para el servicio de la iglesia. Acudieron a esto con muy buena voluntad los zuaques y algunos principales ofrecían con gusto a sus hijos. Hallábanse y dábales Dios tanto contento en el nuevo estado, que repetían en sus pláticas. ¡Ah padre! con razón decíamos antes que llegaras a nuestra tierra; mientras no se bautizaren nuestros hijos, no podemos estar con seguridad, ni tener gusto; iba tomando en ellos posesión la ley suave de Cristo y tenían por salutación ordinaria: Alabado sea Jesucrito; con ella remataban la doctrina en la iglesia; saludaban al padre y se saludaban entre sí y parecía que resonando ese dulce y saludable nombre, se purificaban los aires de aquella tierra, antes inficionados con el anhelo de la serpiente infernal, que tan ciegos los traía. A tropas venían viejos y mozos a pedir el santo bautismo. A las doncellitas que tenían ya edad para casarse, no querían darles estado sus padres sin que juntamente se bautizasen con sus maridos, porque ya conocían que contrayendo como cristianos su matrimonio aseguraban su perpetuidad y perseverancia.

En cada visita de los pueblos que se hacía quedaban con grande consuelo bautizados unos y dispuestos otros para la siguiente, de suerte que en tiempo de un año quedó bautizada y bañada en el agua del sagrado bautismo la nación zuaque y añadido a la Iglesia católica ese rebaño, naciéndole de nuevo más de tres mil cristianos. Acudían ya todos con más fervor y frecuencia a la iglesia, los domingos a misa y sermón y aun los días entre semana por su devoción antes de irse a sus sementeras; y

por eso se les decía de mañana. Y finalmente, para gozar más de estos ejercicios cristianos por otras conveniencias que hallaron, redujeron sus tres pueblos a los dos en que había ochocientos vecinos, dos leguas y media el uno del otro, con que había más comodidad de parar con ellos el padre y visitar sus vecinos los ahomes.

Estando ya desocupada la gente de bautismos generales, se inclinaron los zuaques a edificar iglesias de propósito como las tenían sus vecinos. Tratóse con los principales esta materia y vinieron con gusto en hacerlas. Propúselo después en la iglesia al pueblo animando a las mujeres, que ayudasen a la obra. Las iglesias habían de ser grandes y capaces para tanta gente y divisiones de niños y niñas que tienen sus puestos aparte, y concurrir no sólo toda la gente del pueblo a una misa, sino la de los vecinos, como por su devoción lo usan, aun cuando por la distancia no les obligue; y por estas razones era necesario fuesen las iglesias muy capaces y gastar muchos materiales en ellas. Las indias zuacas se ofrecieron con mucha voluntad ayudar a la obra; y cada día que la había, andaban cincuenta o ciento acarreando agua; servíalas de no poco aliento a las bárbaras zuacas el decirles, que aquella casa era de la madre de Dios, María, cuyo nombre (como ya dije) tenían por glorioso y amable; hasta los niños y niñas ayudaban y no poco en la obra; días había que trabajaban en ella de todas edades cuatrocientas o seiscientas personas, aunque no duraba el trabajo más de medio día, por no cansarlos.

Acabáronse las iglesias de los dos pueblos; blanqueáronse y adornáronse con pinturas y frente de ellas dos muy altas y hermosas cruces que formaban cementerios. Ufanos los zuaques de verlas acabadas, trataron de la fiesta de su dedicación, deseando que se celebrase con grande solemnidad y se convidasen las naciones circunvecinas. Esto fue de mucho gusto para mí porque entendiesen que con la ley de Cristo, no les quitaban fiestas y alegrías honestas y santas, en lugar de las antiguas suyas profanas y atroces. Púsose cuidado en solemnizar esta fiesta, con todos los medios vistosos de alegría y contento, por haber sido la conquista espiritual de los zuaques de la fortaleza más dificultosa de rendir, de cuantas el demonio poseía en esta provincia y así no se perdonó a ninguno de los que en tierra tan pobre podían hallarse de música, bailes y danzas y fuegos.

Andaban las zuacas tan alentadas en la obra de su principal iglesia, que juntamente con ella se animaron a edificar una ermita pequeña a la santísima Virgen, en lo alto de un cerrito de peñascos hermosos que estaba arrimado a su pueblo cuyas raíces y peñas baña su río. Este cerrito fue el que se dijo atrás que se abrió y rompió con el temblor desusado con que Dios había amenazado de castigo a esta nación, por su rebeldía. Y así ahora en señal de que se habían ya ablandado sus corazones se dedicó a Dios esta nación con su iglesia y ermita. Para solemnizar juntamente la dedicación de la una con la otra, se pusieron la noche antes en la ermita

dos ternos: de chirimías uno y otro de trompetas, y otros dos sobre la iglesia, los cuales con su música se correspondían y en una parte y otra muchas luminarias y fuegos que se encendieron. Además de eso, sobre la iglesia se levantaron algunos estandartes y gallardetes de seda de China que para allí eran como brocados de tres altos. En la plaza del pueblo, que era grande, se encendieron otros fuegos y en medio de ellos sus danzas y los tambores que antes habían servido a los zuaques de convocarse para guerra contra cristianos celebrando triunfos con sus cabezas cortadas, y ahora se empleaban en celebrar fiestas a Cristo y su santísima madre.

Concurrieron a esta fiesta muchas naciones y algunas de ellas muy distantes; y espantábanse de ver a la nación brava zuaca en estado en que ya no la conocían. El día siguiente se ordenó una procesión, y para ella levantaron en las cuatro esquinas de la plaza cuatro muy frescas enramadas de verdes ramos del monte, y en ellas sus altares y las calles por donde pasaba la procesión, adornadas con los mismos tapices de los árboles del monte. Cantóse la misa con solemne música. Hubo sermón que predicó un padre grande lengua, que vino de otro partido con mucha gente de él a la fiesta. Esta acabada, convidaron los zuaques a sus huéspedes para cuya comida, la más regalada, y de que ellos más gustan, les dan los padres algunas reses de las que se les envían del colegio para su sustento y el de los enfermos, porque en estos puestos no hay donde buscarlo, ni comprarlo. Los vecinos y marítimos ahomes, concurrieron y ayudaron con cantidad de pescado, a la celebridad de la fiesta; con que satisfechos todos, se remató la solemnidad, y los convidados se volvieron muy edificadas y alegrísimos a sus tierras, y los zuaques quedaron en las suyas sin hartarse de ver sus iglesias y obras de sus manos; y tan engolosinados del adorno y hermosura del culto divino (que atrae mucho a estas naciones) que determinaron después hacer algunas sementeras de maíz, acudiendo de comunidad los pueblos a su labor, para vender sus frutos a los españoles y soldados y con el precio comprar algunas cosas de ornamento de sus iglesias, como en efecto lo pusieron por obra.

Hanse escrito aquí estas fiestas, porque aunque no sean de triunfos de emperadores, ni de cortes de príncipes, pero no se puede dudar, de que son triunfos que saben celebrar los ángeles en el cielo, de las conversiones de estas gentes y aun monarcas católicos en sus cortes, cuando en ellas acertaron a convertirse a nuestra santa fe cuatro infieles, y se redujeron a reconocer y adorar por su Dios al rey de reyes, Jesucristo. Y finalmente fue conversión ésta obrada por la divina gracia, de millares de bárbaros que antes vivían en tinieblas.

## CAPITULO XIII

*Refiérese un caso particular de penitencia de un cacique y estado de la cristianidad de la nación Zuaca, hasta el tiempo presente*

Digno de escribir aquí es un caso que le sucedió al señalado indio don Cristóbal Anamei de cuyo valor y bautismo se hizo mención en el capítulo pasado; y fue así que poco tiempo después de bautizado, vencido de su pasión antigua de tener muchas mujeres, o mancebas, atizándola el demonio, que no duerme, una noche hallándose en otro pueblo de donde tenía su legítima mujer y su casa, se entró en otra ajena y quitó del lado a un indio la suya, llevándosela sin poderla defender el propio marido, por la grande autoridad que el Anamei tenía y a quien temía su gente. Habiendo esto sucedido a la media noche, vino a mí el fiscal del pueblo, a darme cuenta del desafuero del gobernador Anamei y con mucho sentimiento del caso que para ser público entre estas gentes, basta que uno solo lo supiese. Despedí por entonces al fiscal y dos días después estando ya público el caso, escribí al capitán del presidio lo que había pasado y que no parecía el indio Anamei, pidiéndole pusiese el remedio como lo pedía el suceso para que se atajase la licencia que se podían tomar otros caciques, de atrevimiento semejante y obviar otros inconvenientes que se podían seguir de dejar sin alguna corrección delito tan escandaloso en gente tan nueva en la fe y contra mandamiento de Dios, que en estos principios se intimaba y predicaba; añadiendo a lo dicho que por ser la persona que lo había cometido de tanta autoridad y brío y su gobernador, no me atrevía, ni me pertenecía remediarlo.

Cuando el capitán supo el caso recibió grande pena y me respondió que aunque se le había dado y deseaba el remedio de tal escándalo; pero que también le ponían en cuidado los inconvenientes que se podían temer, de buscar al indio Anamei, para ejecutar castigo en él que tenía aliento para si malease retirado al monte, inquietar dos o tres naciones y alzarlas; con otros daños que se podían seguir no pequeños de alborotos de indio tan belicoso. Añadió el muy atento capitán que considerase yo el remedio que se podía tomar para reducir a este indio y dar la corrección que pareciese menos expuesta a graves inconvenientes. Esperando estaban los indios del pueblo la demostración que se hacía en persona de tanta cuenta entre ellos y caso tan grave. Pasáronse tres o cuatro días; que

el delincuente, ni su manceba no parecían; yo encomendaba el suceso a nuestro señor y dióle su majestad como de su poderosa mano se podía esperar. Porque a cabo de los cuatro días, cerca de la media noche, llegó el Anamei a mi casa y dijo a un mozo de iglesia que allí dormía que me avisase, cómo me quería hablar.

Dile entrada, no sin algún recelo de que en aquella ocasión podía a su salvo hacer cualquier desafuero el que se había cegado con su pasión; pero Dios había prevenido el peligro con su particular providencia y misericordia. Porque entró el fiero indio muy trocado y manso y se arrojó a los pies pidiéndome que le perdonase, que el demonio le había engañado en el delito que había cometido. Recibí con blandura al que venía arrepentido; aunque no dejé de ponderarle el mal ejemplo que había dado a su nación, cuyo gobernador era, haciéndole cargo de los beneficios que yo le había hecho con deseo que me ayudase de su parte a la conversión y cristiandad de su gente; con otras razones que nuestro señor dio en esta ocasión. Todo en orden a que el indio se sujetase a dar alguna satisfacción pública a su pueblo, la cual yo juzgaba necesaria para reprimir en gente tan nueva semejantes atrevimientos contra leyes cristianas, que se comenzaban a entablar. Finalmente llegué a decirle que habiendo sido sabedores aquellos sus pueblos de su pecado y el marido de la mujer que había hurtado estaba tan sentido, era necesario no quedarse sin penitencia pública su delito.

Suspense se quedó el indio a esta propuesta que no hay duda se le hacía rigurosa y dura al que se había criado en la libertad de bárbaro y atrevido. Yo aquí por ablandarle y facilitarle más la penitencia, le dije que no lo había de recibir de mano ajena, ni públicamente en la iglesia, como se ejecutaba con otros que cometían pecado público y que bastaría que él tomase una disciplina de mano propia y para satisfacción del pueblo, estuviesen presentes unos dos principales y fiscales de él, que fuesen testigos de su arrepentimiento. Bien sabía yo que uno solo bastaba para que lo supiese todo el pueblo. Rindió Dios a este león, y los que tienen noticia y conocen la fiereza de estas naciones, estimarán por maravilla de la divina mano, la que hizo en ablandar y sujetar el ánimo bravo de este indio. Porque finalmente se sujetó a las condiciones que le propuse y quedándome con él, envié a un mozo de la iglesia a llamar dos fiscales principales del pueblo, que se hallasen presentes a la satisfacción.

Habiendo llegado, les propuse el arrepentimiento con que había venido don Cristóbal Anamei que estaba de rodillas, a pedir perdón de su pecado y del mal ejemplo que había dado a sus pueblos; y que estaba dispuesto a hacer la penitencia en presencia de los que allí se hallaban, y habiéndola hecho, se confesaría para alcanzar de Dios pleno perdón de su pecado. Dicho esto, el penitente hincado de rodillas, se despojó de la chaqueta y camisa que traía porque andaba vestido muy a lo español, y el capitán le solía dar vestido, y espada como a gobernador. Tomó en su

mano una disciplina que se le dio, y comenzó a descargar con brio golpes y azotes en sus espaldas.

Yo confieso, que admirado de tal mudanza, llegué y le quité la disciplina de la mano, animándole a que confesado volviese a proseguir en el cumplimiento de las obligaciones del cristiano, como antes lo había hecho, y diese buen ejemplo a sus pueblos. Púsole por obra de allí adelante, y el pueblo quedó satisfecho y edificado y confirmado en la lealtad del matrimonio cristiano: dando yo muchas gracias a nuestro señor por haber dado remedio a caso tan dificultoso, y ver tal mudanza en sujeto, que si bien no del porte y grandeza del que fuera gobernador, o persona muy noble de nación, muy política, pero en el sujeto de que tratamos, tanto más digna de estimar, cuanto menos de conocimiento alcanzaba de la gravedad del pecado, y tenía la estimación de si (aunque a lo bárbaro) que podía tener otro personaje de muchas obligaciones. El pueblo supo la penitencia, quedó muy edificado y el capitán del presidio muy gustoso del feliz suceso de este caso.

Y para rematar en este capítulo lo que toca a la cristiandad de la nación Zuaca, porque nos llaman otras que se siguen, digo, que hasta el tiempo que esta historia se escribe ha perseverado, y persevera con mucho aprovechamiento de costumbres cristianas; y en once años que viví en compañía de los zuaques doctrinándolos, no sentí alboroto de cuidado, ni después acá lo ha habido. Antes en ocasiones de guerra, y entradas a otras naciones, que se les han ofrecido a los españoles, haciéndose leva de gente en pueblos zuaques, éstos lo han ayudado con fidelidad. Los muchos hechiceros que había en esta nación, enemigos capitales de la doctrina del Evangelio, todos finalmente recibieron la fe, y se bautizaron; y hubo algunos de ellos, que ya sus sermones los predicaban de materias de buenas costumbres y cristianas: con que enmudecían los demonios, y no se oían más sus embustes, ritos ni costumbres bárbaras.

Comenzose después poco a poco a introducir el uso de la sagrada comunión, estimando en mucho el ser admitidos a ella; y ya hoy todos gozan de este soberano beneficio, y para recibirlo se ponen coronas de flores en las cabezas: ceremonias todas que les ayudan a conocer los invisibles efectos que causa en el alma ese celestial sustento. Esto fue en lo espiritual. En lo político también se mejoraron, porque edificaron después casas acomodadas para sus ministros, y ellos para sí de adobes, formando sus calles, y plazas de pueblos. De cualquier desorden, o escándalo que haya en sus comunidades, avisan al padre para que lo remedie. En el vestido se han reformado mucho, y muchos de ellos compran y tienen caballos en que caminar, y llevar sus cargas.

Voló tanto la fama de esta cristiandad de los zuaques, y del asiento y paz de que gozaban, de sus iglesias y pueblos, que de la nación del río Mayo, toda gentil, y muy populosa, distante cuarenta leguas, y que nunca había tenido comercio ni amistad con los zuaques, vinieron un buen



número de caciques a ver sus iglesias, pueblos y casas y concursos a la doctrina de cristianos: y habiéndolo visto todo, quedaron tan aficionados a aquella vida, y tan deseosos de ver otro tanto en sus pueblos, que me pidieron que como enseñaba a los zuaques los enseñase a ellos. Y aun llegaron algunos a ofrecerse venir a vivir entre los zuaques mientras no fuesen padres a sus tierras. Acaricieles por entonces, regalándolos con algunas cosillas de las que ellos estiman, y dándoles esperanzas de que si perseverasen en su pretensión y buen propósito, pidiendo doctrina y padres que se la predicasen, no dejarían de entrar a enseñarles el camino de su salvación. Detuviéronse aquí algunos días, y no acababan de espantarse, de ver el gusto y alegría con que los zuaques entraban en sus iglesias y a los demás ejercicios cristianos. Volvieron a su tierra, dando nueva a su gente de lo que habían visto, con tanto gusto, que después a tropas venían a visitar a estos pueblos cristianos.

Y éste fue el principio de la conversión de la nación maya, de que adelante se escribirá. Todo lo cual aumentaría alegría a los zuaques; a los cuales dejaremos aquí, rematando su historia con decir, que hoy a sus dos pueblos cristianos los administra un padre, haciendo partido de por sí, por su mucha gente. De esta y la antecedente de los ahomes, y sus agregados, por buena cuenta quedan bautizadas desde sus principios hasta hoy, más de catorce mil almas, de las cuales tiene sin duda nuestro señor muchas en el cielo. Y ahora se seguirá la nación Tegueca.

## CAPITULO XIV

*Del puesto, y particulares costumbres de la nación Tegueca, y entrada que hizo a dar asiento a su doctrina al padre Pedro Méndez*

Los pueblos de esta nación, que en sus principios fueron tres, comenzaban cuatro leguas río arriba del último de los zuaques, y estaban poblados en distrito de siete leguas, en hermosas llanadas, a la ribera del mismo río grande; pero por ser sus puestos superiores a él, estaban libres de inundaciones, pero cercados de espesas selvas de monte, abundantes de caza. Distan estos pueblos de la villa de los españoles diez y seis leguas, y de la antigua que dijimos que asolaron los zuaques, no más de tres.

Estos teguecos, como atrás queda dicho, habían pedido doctrina y padres que se la enseñasen. Para ella fue señalado el padre Pedro Méndez, ministro verdaderamente apostólico, y experimentado, que tal fue menester para la nación Tegueca, en la cual predominaban más que en otras, vicios y costumbres gentiles y bárbaras, en particular las de la sensualidad, de suerte, que había muchos que tenían tres, cuatro y cinco mujeres, y entre ellas sucedía ser la una madre, la otra hija de ésta, y la otra hermana. Este vicio se había apoderado tanto de esta nación, que se temió mucho estorbase a su conversión, y la introducción de la religión cristiana. Razón por la cual se escogió un tal ministro, que se encargase de ella, el cual será forzoso hacer mención en muchas partes de esta historia, por haber trabajado gloriosamente en la conversión y fundación de otras muchas naciones y misiones de Sinaloa, que adelante se verán, las cuales no menos convidarán a su lectura, que las pasadas, por el mayor número de gente, y casos singulares de sus conversiones.

Habiéndose pues llegado el tiempo deseado de los teguecos, de ver padres de asiento en sus tierras, que los enseñasen e hiciesen cristianos, fueron algunos principales de ellos a la villa, por el padre Pedro Méndez, el cual entró sin escolta de soldados, no obstante que los teguecos fue gente muy belicosa, que ejercitó las armas contra casi todas las demás naciones de la provincia, sin que sus enemigos se atreviesen a hollar sus tierras. Y aunque con los españoles, en ocasiones habían mostrado amistad y ayudándoles en guerras y entradas, en otras siendo mudables e inconstantes, habían tenido con ellos sus encuentros. Pero fiado el padre del amparo y protección de Dios, se partió de la villa con la

compañía de sus teguecos y llegó a sus pueblos. De la alegría y gusto con que fue recibido y lo que pasó en esta primera entrada, dirá él mismo en carta propia, dando cuenta de esto, como lo usan los padres con sus superiores y dice así:

"Recibieronme nuestros teguecos con muchas muestras de alegría, y acudieron mejor de lo que pudiéramos esperar, trayendo a sus hijos para que los bautizase: y aunque el río venía muy grande y furioso, los que estaban de la otra parte los pasaban a nado. A los que habían sido padrinos los regalaban y daban cuanto tenían y no se vaciaban de gente en todo el día las casas de los recién bautizados. Desde que entré hasta que salí, no vi indio con arco ni flechas en mi presencia. Con tanta seguridad y paz como ésta procedían, y con estar todavía en su gentilidad, tan habituados a bailes y borracheras, no hubo en este tiempo, ni rastro de esto: de que yo me admiraba y de que tanto tiempo se pudiesen abstener, sin dar una muestra de su antigua costumbre y pasión.

"Acudían principalmente los domingos al pueblo de mi asistencia, de dos y tres leguas, con tanto concurso, que los campos se llenaban de gente, cargados todos de sus hijuelos, porque se los bautizase. Procuraban regalarme a mí con cuanto tenían, no sólo comida, sino algodón, con que se vistieron algunos niños, que me dieron para servicio de la iglesia y cera para el altar. Todo esto con mucho afecto, preguntándome cómo habían de enterrar los niños bautizados que muriesen; con otras cosas, en que mostraban su buen ánimo.

"Dos parcialidades circunvecinas a los teguecos y de otra lengua, aunque saben algo de la tegueca, movidos con los bautismos de los teguequillos, pasando el río, acudieron con grande afecto a rogarme que también bautizase sus hijos. Ofrecíanse a todas las condiciones que se les pedían como era asentar entre los teguecos, para vivir en su compañía; y aun dejar su lengua y aprender y hablar la tegueca, para más fácilmente ser enseñados. Cuando les di el sí, fue grande alegría que mostraron; y luego otro día de mañana vinieron las mujeres cargadas con sus hijos, y comida de pinole (que es harina de maíz) y otras cosillas para los padrinos. Bautizé pasados de setecientos niños por todos, sin tocar en otras dos rancherías, por no estar aun asentadas." Hasta aquí el padre Pedro Méndez, de su primera entrada a la doctrina de los teguecos y feliz suceso de ella.

Acabados los primeros bautismos de los niños, se aplicaron a hacer sus iglesias de prestado, y las acabaron, con otra casa de madera de monte, donde pudiese vivir el padre; el cual procuró ir llamando y recogiendo la gente que le quedaba por las sementeras y campos. Redujéronse todos, e hicieron sus casas en pueblos que formaron, quedando en buena disposición de calles e iglesias y plaza. A todo ayudaba bien el indio cacique don Diego Lanzarote, de quien atrás se hizo mención. Visitaban mucho al

padre los niños bautizados y para esto los llevaban muchas veces sus madres; el padre los regalaba con lo que tenía. Medio con que se iba amansando esta tan bárbara nación y se iba disponiendo para su general bautismo, como adelante se dirá.



## CAPITULO XV

### *Dase principio a bautismos generales de adultos teguecos, y muestras de su cristiandad*

Persuadidos estaban los teguecos, a que teniendo padre de asiento en su compañía, todos se habían de ir disponiendo chicos y grandes para recibir el santo bautismo, y hacerse cristianos, como lo habían hecho esotras naciones. Hallando, pues, el padre esta buena disposición en ellos, determinó dar principio a sus bautismos por la gente de edad, que mejor habían aprendido la doctrina cristiana, y tenían menos impedimentos para recibirlo. Celebráronse en pocos meses algunos generales, y cuando ya hubo buen número de cristianos, referirá el mismo padre en otra su carta los primeros frutos que esta nueva viña comenzó a dar. Aunque después se levantaron vientos contrarios, que los maltrataron; pero de lo presente el padre dice así:

“Ha ido Dios nuestro señor labrando y desbastando a nuestros teguecos incultos y enfrascados en los vicios de su gentilidad. Reciben con mucho afecto, y es necesario irlos entreteniendo. Está ya bautizada la mitad de la gente, y de muy buena cristiandad, obediente a los mandamientos de Dios. Con haber estado toda esta cuaresma entre ellos, y haber todavía tantos gentiles, no he sabido que nadie coma carne, ni que vaya a caza de venados, o conejos. Un viernes se juntaron para ir a caza, y estado ya juntos con sus arcos y flechas, repararon que era viernes, y al punto se volvieron a sus casas y dejaron sus arcos. Y aunque por ser tan nuevos en la fe los bautizados, dudaba si les trataría de confesiones, mas viendo su fervor y buena disposición, resolví hacerlo. Confesáronse todos, con más afecto que yo pudiera esperar de gente tan nueva. Una y dos horas estaban de rodillas esperando su vez. El día de la disciplina oyeron un buen rato de sermón de la pasión, de rodillas, y cuando llegué a tratar de los azotes de Cristo nuestro señor, echaron ellos mano a sus disciplinas, y se comenzaron a azotar con tanto fervor, que me causaron novedad y devoción, y avivaron mi tibieza.

”Salió la procesión por todo el pueblo, y con haber tanta gente casi de gentiles, como de cristianos, con tantas luces; no había quien hablase, todos en silencio y embelesados en lo que veían. Había muchas cruces, y ermitas de ramos por el pueblo, donde en llegando hincaban las rodillas,

clamando misericordia, como si muy de atrás lo hubiesen usado. Acabada la procesión general salió otra de los que en la primera no habían tenido recaudo con el mismo orden y devoción. De ésta resultaron buenos efectos. Cuatro cristianos antiguos, que estaban mal amistados con mujeres infieles, las dejaron, y ellas se bautizaron y casaron con otros. Un indio cacique tenía cinco mujeres, y entre ellas dos que eran hermanas; éstas se apartaron de este mal trato y las otras dos escogieron maridos, se bautizaron y casaron en legítimo matrimonio. Desembarazado ya el que tenía las cinco y muy alegre, se dispuso y bautizó y casó con la quinta. Y a este tono ha habido siete pares bautizados y casados, de mucha importancia para esta cristiandad y servicio de nuestro señor. Y es cosa de grande edificación, que los que estaban tan cebados, como los teguecos, en el vicio de la sensualidad, vivían después de bautizados en continencia cristiana, con edificación del pueblo, sin revolver a las mujeres que dejaron, aunque tengan hijos en ellas.

"En uno de los bautismos que hice se bautizaron veinte y seis viejas y algunas lo eran mucho, de ellas ciegas, de ellas mancas; unas enfermas y otras aniquiladas. Recibieron el bautismo con tanta devoción y alegría, que a voces confesaban los misterios de la fe y daban muestras de contrición y arrepentimiento de sus pecados pasados. Bautizadas en breve murieron algunas dellas. No fue menos señalado el caso que se sigue. Bautizóse un indio ciego con su mujer (aun más vieja que él); en el catecismo eran tan frecuentes, que gastaban la mayor parte del día en enseñarse; y bautizados quedaron con tanta alegría y devoción, que habiendo yo pasado a otro pueblo el sábado siguiente, llegó donde yo estaba el buen viejo ciego, con su vieja por guía y se echaron a mis pies con grande alegría y reverencia. Preguntándole a qué venía, respondió, que a oír misa el domingo y que había pasado para ello una quebrada, que el día antes no había yo podido pasar sin balsa, porque llevaba dos estados de agua. Quedóse allí el buen ciego toda la semana, oyendo cada día misa con gran devoción. Otro entraba para oírla en la iglesia embijado y pintada cara y cuerpo; díjele que no era aquél, modo para entrar en la casa de Dios; y que se fuese a lavar al río y se volviese a la iglesia: puntualmente obedeció y es ya cosa rara, que algún cristiano ya se embije. Cosa tan dificultosa en ellos de arrancar, como lo sería en Europa el prohibir los colores que las mujeres tan afectuosamente procuran. Oyen los sermones principalmente los que tratan de milagros de Cristo nuestro señor o dichos suyos con grande atención. Y predicándoseles una vez la pasión por tres horas, estuvieron con tanta atención y gusto, que no salió en ese tiempo ánima de la iglesia. Cosa rara en indios, que no saben estar quietos un cuarto de hora." Hasta aquí el padre que plantó la religión cristiana en la nación Tegueca, hablando de sus principios.

Finalmente remata su carta diciendo: "aunque yo hubiera trabajado mucho en servicio de nuestro señor, confieso que con la alegría que me da uno de los casos que he contado, me dejaba su majestad bastante pagado; El sea bendito para siempre.





## CAPITULO XVI

*Acábase de bautizar la nación y escribense dos entradas y visitas que hicieron dos señores obispos, a la confirmación de esta cristiandad, y muerte de uno de estos prelados en Sinaloa*

Con mucho fervor acudía la nación Tegueca generalmente a la doctrina cristiana, con que se acabó de bautizar toda ella, excepto algunos más endurecidos en sus costumbres antiguas. Particularmente hechiceros que los había célebres en esta nación, de los cuales andaban recelosos, así el capitán del presidio, que les tenía muy bien conocidos; como el padre, que andaba entre ellos y por todos medios los procuraba ganar para Dios, sin que fuesen estorbo para que los otros consiguiesen su salvación. Los bautizados acudían bien a ejercicios cristianos de misa, doctrina, sermones, etc. Gobernábanse en lo político por sus principales caciques, a quienes lo había encargado el capitán. Redujéronse también por este tiempo unas parcialidades, de los que llaman bacabachis montaraces, a quienes llamaban ratoneros; porque se sustentaban de esos animalejos. Gente era esta muy miserable, pero al fin la dispuso la clemencia de Cristo nuestro bien, para que gozara de su redención.

Necesario es al presente dejar en este estado y cortar el hilo de la prosecución de esta cristiandad por dos o tres capítulos, para proseguirla después; por escribir sucesos que acaecieron en ella y son de este lugar y tiempo.

El señor obispo de Guadalajara, en la provincia de Nueva Galicia, don Juan del Valle, monje benito, persona de grandes letras y ejemplo, por caer la cristiandad de Sinaloa por este tiempo en su dilatado obispado; determinó visitarlo y entrar a reconocer el nuevo rebaño cristiano que Dios le había encargado, y confirmarlo más en la fe que había recibido con el sacramento santo de la confirmación, que hasta estos tiempos ningún otro prelado había administrado, ni llegado a la provincia de Sinaloa.

Partió su señoría de Guadalajara, que dista doscientas leguas de la dicha provincia y venciendo dificultades de caminos y caudalosos ríos, que se atraviesan en él; administrando ese sacramento en los pueblos por donde caminaba, que son muchos y de antiguos cristianos, llegó a la villa de Culiacán. Aquí hizo el mismo oficio pontifical y desde este puesto dio

aviso a su señoría, del favor grande que quería hacer a la provincia de Sinaloa, en visitarla. Sabiendo de este aviso un solo padre que se hallaba en la villa (que los demás estaban en sus partidos) salió hasta Culiacán a dar la bienvenida a su ilustrísima y agradecerle el gran favor que les hacía en querer entrar a tierra tan pobre y apartada y alentar con su presencia aquella nueva cristiandad.

Partió el obispo, de Culiacán, y cuando ya se acercaba a la villa de Sinaloa, le salió a recibir el capitán Hurdaide con su presidio de soldados y vecinos de ella, disponiendo para festejo del recibimiento una emboscada de grande compañía de indios, con sus arcos, flechas y penachos de plumería para que de improviso asaltasen al señor obispo en el camino, con algazara a usanza de guerra; no para dar sobresalto a su señoría, sino para mostrar la alegría que tenían con su llegada y que viese la calidad de la gente que Dios le había dado por nuevos feligreses y traído como ovejas mansas a su rebaño. A la primera vista causó alguna turbación la estratagema de guerra, aunque fingida, porque los soldados del presidio salieron también en sus caballos de armas; pero brevemente conocida la ficción, se alegró sumamente y eterneció con esta vista el señor obispo; y echándoles su bendición y recibéndola ellos de rodillas, prosiguió su camino, todo él lleno de arcos triunfales de ramas frescas.

Apeose en nuestro colegio de la villa; entró en la iglesia, donde había concurrido grande gentío de indios de los pueblos comarcanos. Aquí hizo su señoría una plática muy significativa del amor y gusto con que venía a ver aquella nueva cristiandad, que Dios había plantado en su iglesia. Añadiendo que daba por muy bien empleado su viaje, aunque tan prolijo y trabajoso, porque gozase aquella cristiandad del nuevo riego y beneficio episcopal de sacramento que la había de confirmar en la fe, y que comenzaría luego otro día de este pontifical ministerio. Estaban ya avisados todos los padres en la provincia para que dispusiesen a los feligreses de sus partidos, que fuesen a recibir este santo sacramento. Concurrieron no sólo los padres a la villa, sino con ellos gran gentío de todas las naciones y lenguas y de todas edades y sexo. Y fue tanto el número de gente que concurrió para ver al grande y príncipe padre (que así llamaban al señor obispo, nunca visto de ellos) como para ser confirmados, que tuvo que hacer cinco días tarde y mañana en acabarlos de confirmar. Gustaban y quedaban admirados los indios de ver su autoridad y vestiduras pontificias; y todo servía de quedar confirmados no sólo en la fe, sino también en la reverencia y adorno con que se administraban las cosas divinas y sus circunstancias, que lleva mucho a estas gentes. Preparáronse mantas limpias de algodón de respeto, para que llegasen con decencia tantos indios que venían sin ropa; aunque el piadoso prelado los recibía con tan singular benignidad de cualquier suerte que llegasen, que cuando tal vez con la prisa se le arrodillaba alguno en carrues, lo allegaba a sí con cariño y le administraba la confirmación y a los

soldados que asistían para poner orden en la gente, les mandaba que no desviasen a ninguno con desaire ni les dijese palabras de desabrimiento.

Dos o tres padres lenguas asistían en la iglesia, que disponían a las varias naciones que habían concurrido de diferentes lenguas para recibir aquel sacramento, declarándoles su efecto de la gracia que daba y moviéndolos a recibirlo con contrición de sus pecados. Con que quedaron en cinco días confirmados ocho mil almas en nuestra iglesia de la villa, aunque no pudieron concurrir todos los cristianos de la tierra adentro. El señor obispo muy alegre y contento de haber ejercitado una acción tan santa en aquella cristiandad y dado muchas gracias a nuestro señor de verla plantada en tierra tan estéril, destituida y apartada del mundo, daba también muchas gracias a los padres misioneros por el cuidado y trabajos con que apacentaban aquellas ovejas. Pero no contento con habérselas dado a los padres, las escribió al padre provincial Rodrigo de Cabredo, habiendo llegado de vuelta de su viaje, y visitado también las otras misiones de Topia y San Andrés, por estas palabras nacidas de la benignidad de su señoría.

“He visto (escribe) a casi todos los padres de estas misiones, de que vengo consoladísimo y muy edificado; porque he visto les debe mucho la iglesia, su majestad y la Compañía, por el provecho tan noble que en estas partes hacen y por lo mucho que padecen entre estos bárbaros que tienen a su cargo; y así donde quiera que me hallare he de ser pregonero de esto y de otras cosas buenas que en ellos he visto y tocado con mis manos, que por la brevedad no digo ahora. Será nuestro señor servido, que algún día las podamos contar a boca; y en cuanto pudiere he de ser gran protector de estas misiones y de los padres que en ellas andan; vengo muy cansado, pero muy contento de haber hecho esta larga jornada aunque me muriera ahora; porque espero en nuestro señor se ha de servir mucho su divina majestad de lo que en ella se ha hecho.”

Todas éstas son palabras de este santo prelado y como tal y sucesor de los apóstoles, quiso visitar por su persona todo su obispado, con inmenso trabajo, por ser tan extendido y dilatado. Por esta razón pocos años después la majestad del rey católico Felipe IV, con breve de la santidad de Urbano VIII, dio orden para que el año de 1621 se dividiese en dos obispados: el de Guadalajara y el de Guadiana, y en éste y su distrito quedaron estas misiones, cuyo primer obispo fue el señor don fray Gonzalo de Hermosillo de la orden de San Agustín catedrático de escritura que lo había sido en la Real Universidad de México algunos años.

Y porque queden aquí juntamente referidas las visitas de santos y celosos prelados con que Dios nuestro señor por buena dicha de la nueva cristiandad de Sinaloa, la ha favorecido, digo que el señor don fray Gonzalo de Hermosillo por dar feliz principio a la fundación de su iglesia, imitando al obispo de Guadalajara, años después quiso entrar a

visitar esta cristiandad, pasando muy grandes trabajos en atravesar las ásperas y encumbradas montañas de Topia, donde padeció muy grandes fatigas por sus asperezas de que quedaba espantado y que las hubiesen penetrado y vencido los españoles, con la codicia de las minas de plata que en ellas hallaron y los ministros evangélicos con el celo del bien de las almas, que en ellas estaban escondidas.

Al fin venciendo este santo pastor con grande sufrimiento estas dificultades, llegó a la provincia de Sinaloa, donde fue recibido con las mismas muestras de alegría que el ilustrísimo don fray Juan del Valle, y adelantósele en hacer confirmaciones, no sólo en la villa, sino pasar y entrar también al río e iglesia del principal pueblo de teguecos, llamado Macori, donde fue recibido con singular alegría y concurso de gente; y confirmó once mil cristianos. Y para mayor consuelo y confirmación en la fe de tan nueva cristiandad, se dignó de celebrar un día de fiesta que allí estuvo, misa de pontifical y otro, de temporas, que allí le cogió, órdenes sacras, dándolos a unos clérigos que llevaba en su comañía y otros que después le siguieron. Acciones todas que aprovechaban mucho para que aquellas gentes hicieran mayor concepto de la alteza de nuestra santa religión, y de los ministros que les predicaban el santo Evangelio y administraban sus santos sacramentos.

Quizo la divina bondad premiar luego acciones de tan apostólico prelado sin dilatar el premio glorioso. Porque sucedió que habiendo concluido con sus pontificios ministerios en Tegueco y dando la vuelta a la villa, en el camino la asaltó un grave y repentino accidente, que obligó a llevarle en una silla a nuestro colegio, donde procuraron los padres religiosos y cuantos entendían de cura, servirle y curarle; y no aprovechando todos los remedios posibles en tierra tan destituida de médico y medicinas, con singular paciencia y paz de su alma y consuelo de verse cercado de tantos religiosos y predicadores apostólicos de nuestra Compañía que le asitían, entregó su bendita alma al señor: que se sirvió de hacer tan grande favor a aquella cristiandad y provincia, de que quedase en nuestra iglesia el despojo de su santo cuerpo y del primer obispo de la diócesis de Guadiana; esperando que con sus ruegos ha de favorecer aquella nueva cristiandad. Por lo cual podemos decir que dio la vida. Prelado en que se cumplió lo que Cristo nuestro señor dijo del buen pastor, que lo era aquel que daba la vida por sus ovejas. *Bonus Pastor animam suam dat pro ovibus suis*. Aquí dio este santo pastor la vida por sus ovejas; y su santo cuerpo yace sepultado junto al altar mayor y lado del Evangelio, con un retrato de su persona sobre su sepulcro y su alma coronada con aquella inmarcesible corona, que el príncipe de los pastores (como dejó escrito su primer vicario San Pedro) tiene preparada a sus fieles y diligentes ministros, mayordomos de sus familias. Tal lo fue el ilustrísimo señor don fray Gonzalo de Hermosillo, cuya memoria merece quedar aquí celebrada y honrada con ella aquesta historia.

Sucedióle en el obispado el doctor don Alonso Franco de Luna, el cual imitando a sus antecesores en el santo celo y amor a estas nuevas cristiandades, las visitó su señoría, confirmó y alentó a proseguir en la cristiandad que habían comenzado; y dejó consolados a los padres misioneros y coadjutores suyos en el oficio pastoral. Y porque queden aquí escritos de una vez lo favores que estos nuevos hijos de la iglesia han recibido de sus prelados hasta este tiempo. Finalmente el cuarto (que al presente lo es del dicho obispado de Guadiana, el señor don fray Diego de Evia, monje benito) luego que llegó de España a su iglesia, también quiso visitar esta nueva cristiandad, aunque tan apartada y distante, y salió su señoría tan consolado de haberla visto, que también significó por cartas que escribió a los padres, visitador de las misiones y nuestro provincial de Nueva España, diciendo que desde muy lejos se podía ir a ver a esta cristiandad; añadiendo de los religiosos que la administraban, que le parecía había topado y comunicado con santos ermitaños retirados; y por esto daba por bien empleados los trabajos de su largo viaje. Palabras todas nacidas de la piedad de prelados santos que aman estos nuevos rebaños.



## CAPITULO XVII

*Edifícase un fuerte llamado de Montesclaros por orden del virrey, en puesto vecino a la nación Tegueca*

Aunque el discurso de la cristiandad de Sinaloa corría con los progresos y prósperos sucesos de conversiones que se han escrito y adelante se proseguirá; pero porque estamos en la Tegueca, en cuyas tierras se edificó un fuerte llamado de Montesclaros, será fuerza escribir aquí los motivos y causas que obligaron para levantarlo y útiles que de él se siguieron. El principal fin que movió al capitán Hurdaide a proponer al virrey (marqués de Montesclaros, de quien el fuerte tomó su nombre) las conveniencias de esta obra fue llevar la mira en lo que nuestro rey católico, con su santo y piísimo celo tiene ordenado y encargado a sus gobernadores de las Indias, de que procuren y atiendan a la dilatación del santo Evangelio en las provincias que se van descubriendo de nuevo, junto con la seguridad, paz y estabilidad en los que lo han recibido.

Las naciones cristianas de Sinaloa se habían dilatado y de nuevo se iban dilatando, y pidiendo otras la doctrina y santo bautismo. El presidio de la villa estaba distante para ocasiones de rebatos e inquietudes de que saltaban algunas centellas y era menester apagarlas con presteza porque no se encendiese mayor fuego. El multiplicar y poner en varias partes nuevos presidios, era aumentar armas y soldados y gastos al rey: todo lo cual se escusaba pasando el que allí tenía su majestad a puesto más acomodado para poder acudir a todas partes donde llamase, o se tocase al arma. También se tenía por conveniente que el sitio del fuerte fuese en puesto donde los soldados y otros quisiesen poblar hallasen comodidad de vivienda, tierras de sementeras, agua, leña, pastos de ganados y caballos para cuando las naciones intentasen acometimientos o rebatos contra españoles.

Informado pues, el virrey de estas conveniencias, despachó mandamientos y dinero al capitán Hurdaide, para que hiciese el dicho fuerte con orden que el presidio o parte de él con un cabo, ordinariamente hiciese su asiento y casas junto a él y a su abrigo.

El sitio que se halló más a propósito para los fines dichos, fue en un cerrito dos leguas del principal pueblo de los teguecos, puesto cercano al que antes había tenido la primera villa destruida de Carapoa. Levantose



el fuerte sobre el río y a su vista tenía grandes llanadas limpias de montes y maleza, donde se podía apacentar mucho ganado y no podían hacer emboscadas los indios; y el fuerte, aunque de adobes, salió tan capaz, que dentro de él podía estar la caballada segura en ocasiones de guerra; porque cuando la hay, lo primero a que tiran sus flechas los enemigos, es a los caballos que pastan en el campo; porque saben que perdidos ésos, lo son también los españoles.

Edificáronse también dentro del fuerte aposentos para vivienda de los soldados; a las cuatro esquinas se adornó y aseguró con cuatro torreones, que sirviesen no solo de vista y guarda de sus lienzos, sino de espanto a los indios, como se vio presto por el efecto. Porque dentro de poco tiempo que se acabó el fuerte, llegaron cuatro caciques de gente bárbara de la tierra adentro, a ver al capitán, que por entonces allí paraba pidiéndole la paz, ofreciéndole por presente y en señal de amistad casi mil flechas, pellejos de gatos monteses y martas. Añadieron a lo dicho que venían a ver las iglesias que hacían los cristianos y padres que con ellos estaban, que los deseaban en sus tierras; dando otras noticias de naciones muchas sus vecinas. El capitán los agasajó y les dio algunas cosas de las que ellos estiman. Pasaron a ver las iglesias de lo pueblos cercanos, regaloles el padre y dióles buenas esperanzas de que a su tiempo irían otros religiosos a sus tierras y de ellos oirían la palabra de Dios, como después se ejecutó; y con esto se volvieron contentos a sus pueblos.

Sirvió también el fuerte, de poner nuevo terror a los chinipas, con los cuales tuvo la peligrosa guerra el capitán, cuando fue al descubrimiento de minas, que se escribió en el libro segundo; porque el cacique principal de las naciones envió un hijo suyo a ver al capitán, pidiendo perdón de la traición que contra él urdieron en aquella ocasión en compañía de los sinaloas, y prometiendo asiento de paz y amistad; y pidiendo padres que les doctrinasen, lo cual se ejecutó pasado algún tiempo y se dirá adelante. Estos fueron efectos de amor y amistad, que resultó de haberse levantado el fuerte de Montesclaros. Otro se siguió de terror y espanto y fue, que estando el capitán con sus soldados en este fuerte, le vinieron a avisar que unos indios gentiles, con algunos inquietos cristianos sus vecinos, andaban tratando de alzarse y hacer guerra al capitán Hurdaide. El, que era tan sagaz como valeroso, hizo ensangrentar un número de cuchillos en reses que se mataban, enviolos con los mensajeros a los inquietos indios, con amenaza de que en aquellos cuchillos y sangre que llevaban, entenderían el castigo que había de ejecutar en ellos, si no se sosegaban o inquietasen la paz. Amenaza fue ésta que junta con ver ya edificado el fuerte, aprovechó para reprimir su orgullo. Todos estos buenos efectos se siguieron, con otros que después se verán, del edificio fuerte asistiendo en él parte de los soldados con un cabo que están a mano para cualquier necesidad ocurrente, y a su abrigo se han ya poblado algunos españoles y en las entradas que hace el capitán a visitar la tierra, tiene allí descanso y seguridad el presidio.

## CAPITULO XVIII

*Del alzamiento, incendio de iglesias y muerte del ministro de doctrina, que intentaron los teguecos y fuga que hizo parte de la nación*

Otro suceso se nos ofrece antes de acabar de escribir lo que toca a la conversión y cristiandad tegueca y no poco adverso a ella. Y aunque parecerá que el caso enflaquece en parte las razones y motivos que acabamos de escribir en apoyo de la fuerza de Montesclaros; la verdad es, que no las deshace. Porque lo cierto es que ya que los ejércitos y fortificaciones que con ellos se hacen, no sirvan o surtan favorables efectos en todas ocasiones, no por eso se deben desamparar o demoler y arrasar; antes el caso que aquí se escribe confirma las conveniencias atrás escritas en el libro segundo, para que haya presidios en estas tales fronteras. Porque se ha de suponer que aunque es verdad bien experimentada y conocida que estas naciones reciben bien el Evangelio y gustan de la paz de que con él gozan, pero el demonio no gusta de ella, ni de perder los vasallos que poseía; antes por todas vías procura hacer guerra y sustentarla contra los que son del bando de Cristo y nunca le faltan algunos sus secuaces que sigan su bando.

Muchas revoluciones y alborotos leemos en las historias, levantados por este enemigo del género humano en nuevas cristiandades. Y así no nos debe espantar que los teguecos que por antes escribimos habían recibido con tanto gusto la doctrina del Evangelio y estaban contentos de haberse bautizado, los hallemos trocados y tratando (aunque no todos entraron en la conjuración) de matar al padre que los había reengendrado en Cristo y los amaba y regalaba como a hijos. Ni nos debemos maravillar que de los que entraban con tanto gusto en la iglesia, estén tratando ahora algunos de ellos de pegarle fuego y acabar con la cristiandad y aun si pudieran también con los españoles y soldados que la defendían. El fuego que se encendió fue grande y el alzamiento que intentaron de los más peligrosos que habían sucedido en esta provincia. El caso sucedió en la forma siguiente:

Estaban muy sentidos algunos teguecos de que el padre ministro de su doctrina hubiese descubierto ciertas hechicerías y medio idolatrías de piedras, a manera de ídolos, y destruido estas invenciones de Satanás.

Juntáronse pues los hechiceros y con sus diabólicas artes levantaron figura y anunciaron al pueblo que venía sobre él una furiosa enfermedad y que ellos la querían atajar y curar (que todos estos hechiceros usan oficio de médicos o curanderos diabólicos, de que tienen sus provechos despojando a los enfermos de todo cuanto tienen por pagar de su cura). Convocaron cantidad de gente, sin saberlo el padre y concertaron un baile gentilico a su usanza y por remate de él, tomando por las esquinas una manta o sábana de algodón echaron en ella algunas cosas en que asienta sus pactos el demonio y haciendo visajes y otras sus ceremonias, soplando a unas partes y a otras, iban por todas las casas del pueblo, diciendo que recogían allí a la enfermedad, para llevarla al monte, donde también repetían sus supersticiones y todo venía a parar, en disponer la gente para que se alzase, volviese a su libertad gentilica y acabasen de una vez con padres, iglesias y doctrinas; y finalmente con el capitán y españoles que la amparaban.

Súpose de cierto que uno de los hechiceros y principales de ellos, prometió darles la cabeza del capitán, y para asegurarlos de su embuste, algunas noches, convocando gente a su casa y estando él solo y a oscuras dentro, les decía que allí en una olla tenía la cabeza del capitán y que oírían sus voces y cómo lloraba cuando se la cortaban; y decían que verdaderamente se oían gemidos lastimeros en esta ocasión. Aunque no es nuevo hacer de estos embustes el demonio; con que ya iba inquietando y alborotando la gente. Pero como entre malos hay buenos, uno que lo era y fiel cristiano, dio cuenta al padre de lo que pasaba diciéndole que hablaba muy mal aquella gente y que presto se vería el suceso y que le aconsejaba que de noche se recogiese temprano en su casa y aunque llamen (dijo) no abras la puerta, que te matarán. El padre tuvo este aviso y por otra parte veía indicios de la inquietud de la gente, pero detúvose algún tiempo encomendado a Dios el medio que tomaría para sosegar aquella tempestad que amenazaba, sin darse por entendido del caso. Porque los hechiceros autores del alboroto eran principales de la nación y de grande autoridad en ella, y el mismo capitán que tuvo alguna noticia de lo que pasaba procuraba estorbar rompimiento de guerra, recelando que podrían resultar alborotos de otras naciones. Con todo envió al padre cuatro soldados de escolta, por estos días, por si los más atrevidos de los indios hiciesen algún acometimiento de noche a su casa que aun no había maleado toda la gente.

Finalmente el padre resolvió hacer un sermón al pueblo, platicándoles de lo que les importaba la paz y sosiego en sus pueblos e iglesias, poniéndoles delante los grandes daños que se siguen de los alzamientos, etc. Y aunque con esta plática pareció daban muestras de quedar sosegados y quietos, fue apariencia fingida y verdadera depravada intención; porque luego una noche llegaron por dos o tres veces a rempujar la puerta de casa del padre para matarlo: pero siendo sentidos de él y de los

soldados que con él estaban, los agresores (que no eran muchos) se retiraron. Quiso Dios nuestro señor, estorbar su mal intento que lo cierto fuera, que aunque salieran los soldados, ellos y el padre quedaran a flechazos y macanazos muertos.

Este mismo tiempo, estaban retirados en la nación gentil, y serrana Tepague amiga de la Tegueca, algunos forajidos de los que se inquietaron con los fugitivos teguecos, que se le huyeron al capitán Hurdaide a la vuelta de México, de que escribimos en el libro segundo. Con esos forajidos se entendían y trataban los inquietos teguecos y continuaban con ellos sus correspondencias. Pareciéndoles pues a los que estaban en Tepague, buena ocasión esta para destruir la cristiandad tegueca, se resolvió una cuadrilla de ellos venir a Tegueco y pegar fuego a las iglesias (que es donde tira la ojeriza del demonio). Concertada la cuadrilla caminó de noche, llegaron al primer pueblo y pusieron fuego a la iglesia, y para ejecutarlo con más disimulación, porque todavía temían a algunos fieles cristianos que había en el pueblo, la traza que inventaron fue disparar desde afuera una flecha que tenía en la punta un olote, o corazón de mazorca de maíz encendido, al jacal de la iglesia, la cual como era de madera y paja presto se abrasó; no obstante que algunos buenos cristianos acudiendo con presteza sacaron una imagen de pincel que tenían en un grande cuadro y la pusieron en cobro.

Teniendo noticias de este suceso el padre que en esta ocasión estaba en otro pueblo, acudió por segunda vez a sosegar los ánimos de los buenos y quietos cristianos para que no se dejasen llevar de los inquietos y turbados, que ya recogían su hatillo, para pasarse a los tepagues a la vida libertada, que se les prometían. Persuadiolos con buenas razones que se quedasen quietos en sus pueblos, pues ellos no tenían que temer castigo del capitán, que antes los ampararía contra los alzados y rebeldes. Quiso Dios que sirvió esta plática para detener a buen número de gente que estaba haciendo ya su matalotaje para el camino a Tepague, que distaba cuarenta leguas.

Otros asaltos peligrosos le sucedieron al padre, en el tiempo que duraba este alboroto que fue por medio año, en que no desamparaba el buen pastor su rebaño; porque siempre hubo algunos fieles que gustaban de paz y gozar de sus pueblos e iglesias. Tuvo por premio y paga de nuestro señor, en este tiempo el buen padre, que con tantos peligros guardaba su manada, el remedio de alma de un indio de los huidos a Tepague, que era gentil, de quien le dieron aviso que se volvía muy enfermo y traía disposición de bautizarse y venían con él su mujer y cuatro hijos. Despachó luego algunos indios al camino que le ayudasen y trajesen; éstos volvieron con aviso que el enfermo no podía caminar a pie, envióle el padre un caballo en que viniese; llegó y luego habiéndose catequizado lo bautizó y a poco tiempo murió. Después se bautizaron la mujer con sus cuatro hijos. Lance que sirvió de algún consuelo al celoso

ministro, viendo que en medio de persecuciones del dragón infernal sabía Dios sacarle los que quería de su garganta para el cielo. Otras semejantes ocasiones de servicio de nuestro señor y bien de estas almas, se le ofrecieron al afligido ministro en este tiempo no obstante que todavía no sosegaba la tempestad.

La última y más peligrosa fue que no cesaba el demonio de encender los ánimos de sus familiares, hechiceros y otros algunos pervertidos para que acabasen de poner en ejecución el alzamiento general de toda la nación, con ser ya tiempo de cuaresma, en que los buenos cristianos con muestras de serlo, se habían confesado y hecho procesión de disciplina de sangre; y en tal tiempo con mayor rabia el demonio (como la mostró en el de la pasión de Cristo) enfureció los ánimos de las cabezas de alzamiento, de suerte que el viernes antes de la *dominica in passione*, en la noche durmiendo el padre, vinieron a despertarle cuatro indios avisándole muy en secreto que se partiese luego a la villa y huyese del peligro que le amenazaba. Porque en aquella hora estaba sentenciado a muerte él, los soldados de su escolta y el capitán que en aquel tiempo se hallaba en el fuerte de Montesclaros. Y que esta determinación estaba tan adelante, que los indios alzados estaban repartidos en tropas, para dar sobre él y sus soldados y tenían tomados los caminos para que no se les escaparan; pero que ellos le venían a avisar de lo que pasaba y le acompañarían por fuera de camino para que se librase. Y en confirmación de su fiel aviso, añadió uno de los que lo daban, que los conjurados lo tuvieron a él preso y atado recelándose que viniese a avisar al padre y que con maña se había soltado de su prisión y así, que apresurase la huida.

Aquí el padre que con la larga experiencia de tantos años de misionero conocía mucho del ánimo de los indios, recelando por indicios que el aviso que le daban era de falso; y que antes pretendían llevarle a matar fuera del pueblo (porque en él perseveraban algunos buenos cristianos que le podrían favorecer) determinó recogerse a la iglesia, a pedir el socorro y amparo divino que no falta a sus siervos en sus mayores peligros. Entendieron los cristianos del pueblo el riesgo en que estaba su padre y luego acudieron a acompañarle con grande fidelidad; y para velarlo aquella noche encendieron muchos fuegos alrededor de la iglesia.

Los enemigos habían enviado espías delante, que conociesen la disposición del padre y vecinos del pueblo; entendieron los unos y los otros que ya era descubierta su traición. La cual cuando es ya conocida, suelen amainar estas naciones en sus perversos intentos y así alzaron mano de ellos por entonces. Mas juzgando que su delito lo había de entender y castigar el capitán, determinaron volverse con sus amigos tepagues como lo hicieron, alzando tras sí engañada mucha gente de la nación Tegueca. Sabido esto por el capitán, envió a avisar a los que habían quedado, que se estuviesen quietos en sus pueblos, y no se moviesen que no les pararía

perjuicio el alboroto de los alzados; antes él los defendería si pretendiesen volverlos a inquietar; y luego trató de la reducción de los huidos, castigo de las cabezas del alzamiento y en particular de los que habían puesto fuego a la iglesia.



## CAPITULO XIX

*Escribese la jornada que hizo el capitán con su campo a la sierra y nación Tepague, a castigar y reducir los teguecos alzados*

En mucho cuidado puso al capitán Hurdaide el alzamiento de los teguecos y no le faltaban razones para temer sucesos varios. Lo uno, porque la nación era muy belicosa y no había seguridad de que la gente que había quedado quieta no se alborotase y siguiese a sus parientes huidos. Lo otro, porque el puesto, tierras y naciones donde se habían retirado, eran muy distantes y muy ásperas montañas y quebradas, donde no podían servir bien los caballos de armas, que son las principales fuerzas en estas batallas. Además de esto los tepagues a quienes se habían acogido los teguecos, tenían otras naciones amigas y confederadas y estaban en el paso, por donde había de entrar el real. Finalmente si esta peligrosa facción no salía favorable, como podría suceder, estaban a la mira otras naciones, así cristianas (en que hay algunos malos) como gentiles, que perderían el miedo para cualquier intento. Todo esto se juntaba para poner en cuidado al capitán y a los padres, de alguna general inquietud de la provincia de Sinaloa. Por otra parte, dejar sin castigo semejantes atrevimientos de gente inquieta y pernicioso tenía graves inconvenientes. Conferían el capitán y los padres, del remedio; y éstos, con fervientes oraciones pedían a Dios lo dispudiese de su mano.

Conferida la materia, lo primero que se resolvió fue que por medios de paz con los rebelados y con los receptores tepagues, se compusiesen las cosas; y para esto les despachó el capitán algunos recaudos con teguecos cristianos de los que habían quedado; fueron estos mensajeros, pero los alzados no les dieron oídos, antes fue ventura el salir con vida. Viendo ya el capitán que no le quedaba otro remedio que el de las armas, trató de disponer su campo y hacer la jornada. De ella podré hablar como testigo de vista, porque por orden de la santa obediencia entré con el ejército para socorrer con los ministerios espirituales a los que peligrasen en la guerra, así españoles, como indios amigos.

Hizo armar el capitán cuarenta caballos de armas. Poca fuerza y corto número este para lo que se usa en Europa; pero para las guerras de estas gentes, y tierras tan remotas de gente española y principalmente siendo para las armas ofensivas de los indios, un castillo el caballo armado, con el



que le gobierna; aunque no se puede negar que ha menester valor español para no turbarse, aunque vea llover flechas; todo ayuda a la defensa. Además de los cuarenta españoles armados, obligó el capitán a los encomenderos vecinos de la villa para que conforme a la obligación que tienen de sustentar la paz en la tierra, algunos acompañasen en la entrada a los cuarenta soldados del presidio, encargando a los que quedaban, velasen y guardasen la villa. Hizo leva de gente de varias naciones de cristianos y gentiles amigos; juntó dos mil indios de guerra. Estos le sacaron por condición para servirle en ella, que les había de dejar llevar las cabelleras de los enemigos que matasen, para bailar con ellas, que con eso se contentaban por pagar de su trabajo. Permittedo el capitán; pero contrapúsoles otra condición, bien propia de la suya piadosa y de pecho cristiano. Esta fue, que por cada pieza de los enemigos que cogiesen en particular de mujer, o niños, como no le quitasen la vida, les daría un caballo. Ellos lo aceptaron, aunque tal vez no lo cumplieron con harto sentimiento del capitán. Trató luego del bastimento de su jornada que era larga y de mucha gente.

Y porque habían dicho los embajadores de la paz que la rebeldía de los alzados y de los repagues, la fundaban en que aunque el capitán y su campo entrase de guerra en sus tierras, no la podrían sustentar arriba de cuatro o seis días por falta de comida y sustento; y que ellos desde sus picachos, donde tendrían recogidos sus bastimentos podrían sustentar por este breve tiempo la guerra. El prudente y sagaz capitán para quebrantarles los bríos, les envió a decir que no pensaba salir de sus tierras, aunque invernase en ellas, sin dejar castigados a los delincuentes; porque pensaba llevar por delante del real una grande manada de reses para sustento de su gente y no revolvería a la villa sin haber a las manos, por lo menos a las cabezas del alzamiento. Esta extremada resolución puso en mucho cuidado a los enemigos, y si no sirvió de escusar la entrada, sirvió de lo que después se dirá.

Y para que entendiesen que el capitán hablaba de veras, de una estancia de ganado mayor, que tenían, hizo sacar cuatrocientas reses, y ponerlas en paraje acomodado, para cuando estuviese a punto de marchar el campo; hizo alto, juntó su gente y proveyóse de maíces en un pueblo de la nación Sinaloa, donde con estratagemas y disposiciones de guerra, en que estaba experimentado, se hizo rehacio algunos días, sustentando la gente que se había juntado, sin declarar el día que había de marchar; y estando todavía distante de los enemigos, de cuatro, a cinco jornadas. Ellos tenían convocadas sus naciones y gentiles vecinas y cada día aguardaban venir a las manos con el capitán y salirle al encuentro.

Preguntábanle los de su campo, cuándo pensaba marchar, respondía: no perdemos tiempo. Enviaba espías a que reconociesen donde hacían alto los enemigos. Traíanle de nuevas que ellos y las naciones convocadas, le estaban aguardando por aquellos altos de sus serranías. Pues

hagámosles aguardar (decía) que yo sé que han de acabar sus bastimentos y maíz y con eso los ha de desparcir el hambre. Medio este que le fue de mucha importancia para enflaquecer las fuerzas del enemigo. Trajéronle también nueva de que una de las naciones que estaba al paso, llamada Conicari, se prometía en un muy angosto y peligroso paso y de muchas piedras y peñas acabar con el capitán y con su gente, al pasar por él y aunque lo tendrían así pensado; pero entendiendo un cacique de la dicha nación que el capitán ignoraba su traza y viendo que tomaba muy despacio la jornada, se vino a ver con él ofreciéndose con disimulación a sí y a su gente para ayudarle en ella. El capitán entendiendo era de falso esta oferta, con todo disimuló al principio y le recibió con buen semblante en su tienda; pero habiéndole oído, y teniendo un pistolete en la mano con dos balas, lo disparó de propósito en presencia del indio y habiendo hecho dos rasgos en la tienda, le dijo: ya tengo sabidos tus intentos y que piensas aguardarme con tu gente en tal paraje, donde os preciáis de que tenéis muchas piedras que tirarme. Anda, vuélvete con los tuyos y aguardame allá con ellos; que si yo quisiera aquí matarte bien lo pudiera hacer con esas dos pelotas; pero vuélvete y juntad muchas piedras que yo te buscaré allá; y mira que no te escondas cuando yo llegue. El indio quedó atónito con esta respuesta y de que hubiera entendido el capitán su intento; volvió a su tierra tan asombrado, que cuando después llegó el campo a ella, se vino a recibir de paz al capitán y no se desviaba de su lado; habiendo antes retirado su gente, con orden que no se agregase a los tepagucs; y pidiendo el asombrado cacique, no permitiese se hiciese daño en sus rancherías que estaban cerca. Lo cual le concedió el capitán y encargó a todo el real no tocase a dichas rancherías.

Cuando le pareció ya tiempo de marchar, levantó el campo y prosiguió su viaje, llevando por delante las cuatrocientas reses, que dijimos había prevenido para el sustento y todos caminábamos a su paso. Andadas dos jornadas se vio bajar por una loma una tropa de gente en que venía alguna menuda de mujeres; viéndola el capitán volviéndose a mí, dijo: ésta es la cristiana huída, que viendo que va de veras el negocio, se vuelve a sus pueblos. Algún castigo han de llevar éstos, pues nos han puesto en tanto ruido y gasto; cuando yo tratare de castigarlos, interceda vuestra reverencia por las mujeres, que a éstas solo bastará la amenaza, pero los varones que siguieron el alzamiento, y no se quisieron quedar quietos con los otros cristianos; no quedarán escarmentados si no se hace algún castigo. Y a la verdad, bien fue ejecutar alguno moderado, porque no quedarán más temerosos de otro más riguroso.

Hizo alto el campo en aquel paraje, llegaron con sus arcos, flechas y macanas los varones, alegando, que habían sido engañados de los tepagucs, asegurándoles que no podría el capitán entrar a sus tierras; pero que ya desengañados se volvían a sus pueblos. Lo primero que aquí ordenó el capitán fue mandar se hiciese una gran hoguera y que entre-

gando los indios, arcos, flechas y armas, allí luego se quemase todo, diciendo a los soldados: estos arcos tendremos menos para que nos flechen, aunque quisiesen estos dar vuelta por otro camino a ayudar a su gente, como lo saben hacer. Quemáronse los arcos muy galanos que por serlo eran muy codiciados de los amigos y los carcajes, aljabas y flechas quedaron en el fuego consumidos. Luego mando dar una vuelta de riendas a cada uno aunque corta; y viendo a las indias comenzó a reñirlas diciéndoles que ellas pudieran haber quitado y estorbado a sus maridos cuando se alzaron para que las trujeran cansadas, aperreadas y muertas de hambre, por los picachos; con otras semejantes razones que él entendía con su mucha experiencia, eran propias para el natural de las indias. Comenzó luego a amenazarlas con el castigo de espaldas; aquí salí yo de la tienda, donde aparte estaba, intercedí por ellas con que quedaron libres y muy agradecidas y lo quedó toda esta tropa, como de trescientas personas y con salvoconducto para volverse a sus pueblos.

A un indio principal del alzamiento, pero benemérito de los españoles, a los cuales en ocasiones había ayudado, tenía enviado el capitán un papel con sellos de paz como lo solía hacer; éste vino con la dicha tropa pero para asegurarse más, al entrar en el real preguntó donde estaba el padre alojado; vino a mi derecho e hincado de rodillas me rogó intercediese por él; yo lo hice y aseguré y llevé al capitán con que él y otros de sus compañeros también quedaron libres del castigo, conociendo que los padres hacíamos con ellos oficio de tales. Hecho esto, el día siguiente marchó el real, encontramos otra tropa aunque menor que la pasada y fue despachada en la misma forma; pero todavía quedaba golpe de gente forajida.

Cuando ya nos íbamos acercando a tierras del enemigo comenzó a padecer grande falta de pastos el bagaje, caballada y ganado mayor; porque los enemigos habían puesto fuego a los pastos de los campos y todos se habían abrasado, por estar muy secos; de tal suerte que sólo a las orillas de algunos arroyos y rincones de ellos, había quedado algo verde. Con esta incomodidad fuimos caminando poco a poco, y al fin llegó a paraje el campo, que estaba ya en sierra de los enemigos y los tenía en los contornos de tres altos montes y picachos. Y para el capítulo siguiente se quedarán los sucesos de esta jornada.

## CAPITULO XX

### *Prosigue el suceso de la entrada de los españoles a la sierra de Tepague*

Escogió el capitán para hacer alto con su campo un valle por donde corría el río de los tepagues y donde ellos tenían un pueblo que habían desamparado y alzando las casas habían recogido su maíz y sustento a lo alto de los montes que estaban en contorno y tenía el real a la vista. Aquí encargó el capitán a su gente y soldados que ni trabasen refriega con los enemigos, ni los saliesen a buscar, hasta que él avisase, ni menos quitasen la vida a alguno solo si pudiesen hacer presa de indio enemigo, para poderse informar y tomar lengua de cómo o dónde estaban rancheados; porque les quería enviar nuevos requerimientos de paz con tal condición que le entregasen los principales delincuentes en el alzamiento. A los indios amigos dio licencia que para su sustento buscasen y saqueasen el maíz que los enemigos tenían alzado, porque con el que llevaban si durara la guerra no era posible sustentarse tanto tiempo. Descubrieron alguno en los picachos y entre peñas con que se entretenía la gente, aprovechándose también de los mezcales que hallaban plantados en ranchos des poblados de los enemigos; plantas que asadas en brasas tienen por comida y regalo los indios. Aquí quebrantaron el concierto que había asentado con ellos el capitán, de que no cortarían cabezas en particular de mujeres y niños, sino que se los trujesen vivos y por cada uno les daría un caballo; no por hacerlos esclavos, sino para librar a inocentes. Aquí pues, lo quebrantaron porque dos cuerpos troncos de mujeres topamos en un camino a las cuales acababan de descabezar los indios gentiles que iban delante. Y volviendo a lo del sustento del campo, el principal era de seis u ocho reses que cada día se mataban y repartían a la gente, no obstante que era cuaresma. Aunque bien sabido es, que no obliga el precepto de la Iglesia, no habiendo otro sustento.

En seis u ocho días que aquí paró el capitán envió varios requerimientos a los tepagues, dándoles a entender que no era su intento hacerles guerra, sino convidarles con la paz; con tal que le entregasen los culpados y alzados que habían puesto fuego y abrasado la iglesia de Tegueco. No fueron de provecho estos avisos, con lo cual se determinó a romper la guerra. Dio licencia a los amigos para pelear con todos los que encontrasen. Alzó el real y entró a las sierras más adentro en busca del enemigo.

Todos los caminos estaban sembrados de púas y estacas hincadas entre la hierba y untadas con la más ponzoñosa que se conoce en estas tierras. Recogieronse las que se toparon de éstas para asegurar el paso a los indios amigos que caminan descalzos o cuando mucho con unas pobres alpargatas. Llegóse a una peligrosa angostura, era necesario entrar por ella y por el río que por ella corría; el peligro del vado y aspereza de riscos empinados de los lados, no se podían prevenir como se suele hacer en tales ocasiones, procurando que los indios amigos como más sueltos y ligeros, tomasen los altos para que los enemigos no derrumbasen galgas y peñas desde ellos, mientras pasase el real y bagaje, que era mucho, además del ganado.

Puso en gran perplejidad este peligro al capitán y soldados (y hablo aquí como testigo de vista), porque era tal la angostura que no podía pasar por ella la gente y caballos, sino muy a la deshilada que perecieran allí con cuatro galgas que derrumbaran los enemigos, a quienes deslumbró Dios en esta ocasión para que no lo hiciesen. Finalmente, juzgó el capitán que no podía dejar la empresa en que se había empeñado y seguir al enemigo, porque fuera dejarlo con más avilantez y poner a riesgo lo que se había ganado. Puso al real en mucho cuidado esta prosecución; encomendámosla a la santísima Yirgen en el día que era de su dichosísima Anunciación; oyeron misa los soldados y confesándose quisieron comulgar, pero como nos habíamos detenido tanto tiempo no quedaban hostias para poder consagrar las necesarias y así prometieron recibir al señor cuando volviesen a la villa y juntamente una fiesta a la Santísima Virgen, protectora de cristianos, en acción de gracias por el feliz suceso que por su medio esperaban de la jornada. Diólo la madre de misericordia como quien es, porque con esa confianza, entró el campo por la angostura y hubo menester dos horas, aunque no era muy larga, para acabarla de pasar y quiso Dios que sin peligro.

El enemigo aguardaba al campo al salir y desembocar la quebrada, la vanguardia de nuestra gente, y desde un repecho comenzó la flechería contra los indios amigos que iban adelante. Dieron voz al capitán que iba en el cuerpo del ejército y yo a su lado. Al punto apretó las espuelas a la mula en que iba y con los arcabuces que siempre llevaba al arzón de la silla, sin reparar a tomar el caballo de armas que allí de diestro llevaba un criado y llamando a los soldados más cercanos, comenzaron la refriega. Los enemigos sintiendo tan cerca los arcabuces que ayudaban a los amigos no se atrevieron a esperar. Los amigos como más sueltos, siguiendo el alcance, entrándose por aquellas quebradas, alcanzaron algún número de cabezas de enemigos y volvieron al real, trayéndolas colgadas de cuerdas. Confieso que me causaba horror el ver como las traían. Porque venían desolladas de su cuero y cabelleras, que ya tenían guardadas para sus bailes, como eran gentiles, colgadas por la ternilla de la nariz con unas cuerdas de raíces de monte; lástima causaba el verlas, pero son fueros de guerra.

La noche siguiente, cuando paró el real, era tal la algazara y bailes con las cabezas, que parecía sonar ruido del mismo infierno en aquella vega. Porque la gente era mucha y se encendían mil candeladas y con gritos y alaridos celebraban el triunfo, y retumbaban los desentonados cantos toda la noche por aquellos montes. Y aunque los que eran cristianos (que siempre se alojaban cerca de las tiendas del capitán y otra donde yo decía misa) los procuraba detener para que no entrasen en los bailes de gentiles; pero éstos eran tantos, que bastaban a representar un infierno. Y de éstos, a ratos era menester tanto resguardo como de los mismos enemigos. Porque si se unieran en alguna traición, acabarían allí con todos los cristianos. El capitán ponía el remedio, no llevando mucha gente de una misma nación, sino surtidas y varias porque no se concertasen en alguna alevosía; y era menester que los soldados que eran de posta, por sus velas de noche las hiciesen sobre sus caballos de armas y los acarbucos aprestados en las manos. Deténgome en estas menudencias, por dar noticias de guerras de gentes tan extrañas.

Y para concluir con esta jornada, digo, que en varias refriegas que hubo con los enemigos, fueron cogidos y presos siete indios de los más perjudiciales y culpados en el alzamiento; algunos de ellos eran cristianos, pero malos y engañados de demonios y hechiceros. Sentenciolos a horca el capitán y a dos de ellos más culpados, que dándoles garrote, fuesen quemados los unos y los otros en las mismas tierras en cuya incontrastable fortaleza confiaban. Procuré se dispusiesen bien para la muerte: confesáronse los que eran cristianos; los otros se bautizaron y casi todos dejaron prendas de su salvación; fuera de unos dos que estuvieron emperrados y tercios. Demás de esto quedaron taladas las sementeras de los tepagues. El hambre y falta de bastimentos apretaba ya mucho a la gente del campo, de suerte que los españoles comían la carne sin pan, ni maíz cocido, que servía de pan y ése sin sal, que se había acabado y era ocasión para comenzar a enfermar la gente. Con esto trató el capitán de dar la vuelta enviando perdón general para todos los demás que quedaban de los alzados.

Los teguecos cristianos, que eran pocos se volvieron a sus pueblos e hicieron asiento echando de ver cuán falsas habían salido las promesas de su famoso hechicero que daba y prometía cortada la cabeza del capitán. Los tepagues receptores de forajidos, reconocieron cuán bien les estaba la paz con los españoles y la vinieron después a pedir. Favor fue también de la santísima Virgen, que de los amigos no murió en esta refriega más de un gentil indio valientísimo, en veinte y cuatro horas rabiando con sola una punta de flecha enarbolada que se hincó en un pie; pero murió bautizado y con tan buena disposición, que él mismo me daba prisa por su bautismo y remedio de su salvación diciéndome: padre, téngome por miserable mientras no me bautizas. Yo me detenía algo porque hiciera concepto de los principales misterios de nuestra santa fe que nunca había

oído, que era de muy distante nación. Pero viéndole tan fatigado, hube de abreviar con catecismo y bautismo. Y en este caso me confirmé en la voz que corre de la fuerza de la ponzoña mortal de la yerba de estas flechas, pues una pequeña herida de una púa de ellas, y ésa en la punta del pie, tan distante del corazón, acabó con un indio que era como un gigante y le quitó la vida en veinte y cuatro horas rabiando. Sus parientes quemaron el cuerpo, porque los enemigos no triunfaran con su cabeza ni huesos.

Añadiré aquí otro fruto espiritual que en esta ocasión se consiguió. Este fue que entre los indios gentiles que acompañaron esta jornada, entró una grande tropa de una nación muy fiel y entre los de ella un cacique, con su mujer y un hijo suyo que llevaba en los brazos; hízome tanta instancia su padre para que lo bautizara diciéndome que temía que en el camino a su tierra se le muriese sin bautismo, que se lo hube de conceder, por ser indio que acudía muchas veces a pueblos cristianos, y haber pedido ya esta nación, entrasen padres a sus tierras y volvióse a ellas, muy consolado de tener ya a su hijo cristiano y después ayudó mucho a que lo fuese toda su nación.

Duró esta jornada mes y medio y cuando despidió el capitán los gentiles que le habían acompañado, les dio liberalmente las reses que le habían quedado de las cuatrocientas que sirvieron, no solo de sustento, sino también de romper los caminos en las partes que estaban montuosos. Las que restaron serían como veinte, con las cuales volvieron contentos los que habían ayudado en la guerra. El capitán se encaminó para la villa y llegando a los pueblos de Tegueco, que estaban en el camino, los dejó seguros y asentados. Y por remate de la jornada hizo una acción, con que enseñó la reverencia y temor que debían tener estas gentes a cosas sagradas. Porque habiendo cogido en Tepague el caballo (que era muy lozano y lo codiciaban algunos) en que había ido el indio que puso fuego a la iglesia de Tegueco, lo reservó el celoso capitán; y llegando a Tegueco, lo hizo amarrar a un palo, y allí amarrado, flechar de toda la gente que había concurrido y luego quemar, diciendo, que hasta aquel animal, en que había ido el sacrílego, que se había atrevido a la casa de Dios, había de morir flechado y quemado y no se había de escapar de castigo. Y todo ayudaba a enfrenar infieles.

Llegaron el capitán y soldados a la villa, cumplieron su promesa de acción de gracias a la santísima Virgen, por cuyo medio Dios les había hecho tan grande beneficio, que con sola muerte de un indio (y éste bautizado, que para esa ocasión parece le tenía guardado su predestinación) se había conseguido el feliz suceso de jornada tan peligrosa. Los pocos cristianos que quedaron en Tepague, se volvieron a sus pueblos; y cual o cual que se quedó rebelde, los mismos tepagues les cortaron las cabezas y enviaron al capitán. Y después asentadas las paces, pidió esta

nación fuesen padres a sus tierras, y les enseñasen la doctrina y bautizasen, como se hizo y se asentó muy buena cristiandad, como se dirá adelante en el libro cuarto. Y ahora volveremos a proseguir la Tegueca, interrumpida con los varios sucesos que se han contado.





## CAPITULO XXI

*La nación Tegueca, pasada la sacción de Tepague queda quieta. prosigue en su cristiandad comenzada y edifica iglesias*

Concluyose la jornada a Tepague, a que dieron ocasión los alzados teguecos, con las falsas promesas de los hechiceros, que les prometían la cabeza del capitán, con que quedarían muy seguros en su bárbara libertad; fueron castigados los delincuentes que quemaron la iglesia de Tegueco. Desengañada, pues ya esta nación (aunque algunos de ella siempre perseveraron quietos) y pasada esta tempestad y arrancada la maleza y escándalos de hechiceros, volvió a reflorecer su cristiandad y dar prósperos frutos el Evangelio.

Los tres pueblos teguecos, para mejor gobierno suyo y gozar más de la doctrina, se redujeron a dos, en que había como ochocientos, o mil familias; y porque las iglesias que habían tenido, eran de prestado, de madera y paja, trataron de edificarlas de adobes y azoteas más seguras de fuego, y durables; y lo pusieron por obra, acudiendo con mucha alegría al trabajo, hombres, mujeres y gente menuda. Levantaron dos muy hermosas y capaces iglesias, que dedicaron con grande solemenidad, como los zuaques sus vecinos lo habían hecho. Dedicadas y acabada de bautizar toda la gente, se conoció una maravillosa mudanza en la nación Tegueca; y tan grande quietud y paz en ella, que nunca más faltó. Asentóse el gobierno político, señalándoseles sus alcaldes que los gobernasen y con tan buen concierto, que no les hacen ventaja pueblos muy antiguos de cristianos, de los rededores de México. Estando ya la gente más aprovechada y enseñada, se comenzó a introducir con elección de personas, el uso de la sagrada comunión, como sacramento que pide más capacidad para recibirle; hacían concepto de él; y los que eran admitidos a ella, se disponían con mucha preparación. Con el uso de este soberano sacramento, era tal la mudanza, que ya se olvidaban de costumbres bárbaras y gentiles.

Por singular fruto de esta cristiandad, ayuda para introducirla y acrecentarla, es digno de memoria aquí un mocito de esta nación, que crió el padre ministro de ella y sirviendo en la iglesia fue su compañero inseparable, en tiempo de las revoluciones, y alzamientos pasados, y muy fiel en descubrir las traiciones, y malos tratos que quedan referidos; y sobre

todo de tan buena capacidad y costumbres, que los padres le habían puesto por nombre, el Discreto. Era este mozo muy dado a cosas de piedad y para entablar las cosas de la religión cristiana en su partido, fue de grande ayuda al padre. Y no sólo en eso, sino que también, le fue ayudante para traducir en su lengua el *Flos Sanctorum* y vidas de los santos. Cosa que fue de mucho provecho, así para los indios, como para los padres que después entraron de nuevo a predicar en esta lengua.

Cayó enfermo este mozo, de un frenesí tan furioso, que cuatro hombres no le podían sujetar, mas con todo tal vez se les escapó, porque apretado en la enfermedad, salió corriendo a buscar al padre, que estaba ausente y pedirle le diera los santos óleos, habíase ya confesado. Teniendo aviso el padre de lo que pasaba vino a toda prisa a visitar su compañero, e hijo, que había engendrado en Cristo y criado. Administróle los santos óleos, porque le parecía estaba en artículo de recibirlos, respondiendo él mismo, como lo hacía cuando acompañaba al padre en este ministerio. Habiéndolos recibido, quedó con tanta quietud, como si estuviera dormido. El padre que deseaba la salud del que era de tanta ayuda y de tan buen ejemplo en su nación, pidiendo a nuestro padre San Ignacio la salud de aquel enfermo, le llevó una imagen del santo. Al punto que se la puso delante, la reconoció y adoró y le hizo una devota promesa, pidiéndole salud; alcanzósele de nuestro señor el santo, de suerte que en breve se halló para tocar una chirimía, en fiesta que celebraba, dando gracias por su salud el que estaba ya oleado para la muerte y quedando muy reconocido al santo patriarca. Cuyos singulares favores experimentan, no sólo sus hijos, que administran estas misiones, sino también los feligreses de sus rebaños.

Dos cosas podemos tener por maravillosas, y atribuir las a favores que ha obrado el glorioso santo en esta provincia. La una, sacar de las garras del demonio almas de hechiceros endemoniados, que habían tenido trato muchos años con esa fiera bestia; la cual (como se cuenta en varias historias) ha confesado, que quien le hace mayor guerra en el mundo, es san Ignacio. La segunda, la gran enmienda que se va viendo en materia de hechizos en estas naciones, que estaban tan inficionadas en este vicio, y particularmente la Tegueca, de que vamos hablando. Y aunque en otras partes de esta historia se ha tocado esta materia; pero en los capítulos siguientes se recogerán algunos casos más particulares de ella, y testimonios claros, que manifiestan los frutos que se cogen de la predicación del Evangelio entre estas gentes.

## CAPITULO XXII

*Cuéntanse casos de edificación que pasaron en la nación Tegueca, y otras, en materia de hechicerías, y los favores que han experimentado los padres de la Compañía de su glorioso patriarca San Ignacio*

Para la certeza y verdad de los casos que aquí se contaren, es digno de advertir, que son de verdades confesadas por los mismos enemigos, que tenía la fe de Cristo, y esta infalible verdad les ha obligado a confesar de plano las mentiras y embustes con que el demonio los traía engañados. Juntamente se debe advertir, que estos tales testigos, no se acusaran a sí mismos de vicios tan arraigados, si no fueran alumbrados con la luz del Evangelio, que ya resplandece en sus corazones.

Del primer caso que se sigue, será testigo con otros un indio famoso en el arte diabólico de hechicerías, a quien el padre procuraba desengañar y reducir a que renunciase de veras el pacto, supersticiones y trato que con el demonio tenía. Este se había bautizado y oyendo una plática al dicho padre, sobre esta materia, le tocó Dios el corazón y vino a hacer una muy buena confesión. Esta acabada, le preguntó el padre los medios de que usaba el demonio para traerlos tan engañados, con intento de deshacer con su doctrina estos embustes. Respondió el indio convertido, que de mil maneras se les aparecía. Porque a los que les quería persuadir guerras y venganzas se aparecía muy feroz, y ellos le llamaban en su lengua la fortaleza; y como a señor de ella, le ofrecían arcos, flechas, y adargas, y otras armas. A los que quería incitar deleites y torpezas, se les aparecía en forma apacible y deleitosa: y éstos le llamaban, deleite y le ofrecían plumas, mantas de algodón y cosas blandas. Otras veces les decía, que él era el señor de las lluvias; y que como tal lo habían de llamar para que se lograsen sus sembrados y tener prósperas cosechas. Otras veces se les aparecía como rayo o espada de fuego, que cimbraba y hería el aire con grande furia y mataba de repente al que se le antojaba de los que allí se hallaban presentes: y entonces le llamaban, señor de la vida y de la muerte, y le temían más que a ella, y para aplacarlo, le ofrecían algunas cosas, rogándole, que no derramase enfermedades por sus tierras. Finalmente, se les aparecía en la figura que acá llamamos Angel de Luz, y les revelaba cosas ya pasadas, y perdidas y por eso le llamaban en su lengua, la luz del medio día. Y cuando se les perdía o faltaba algo, lo invocaban y venían luego donde estaba el que lo invocaba.

De la vista de estas figuras no todos gozaban, sino los más famosos hechiceros, ni ellos las comunicaban a todos. De estas figuras, o medios ídolos, tenían algunos de piedras y palos mal formados y feísimos, escondidos en los montes, donde practicaban sus abominables hechizos. El padre hizo diligencias por descubrirlos y hallándolos, los hizo pedazos, quemó y enterró en una cava profundísima y en su lugar hizo levatar una cruz para que no parase allí el demonio. El se aparecía después al indio de quien hablamos y a otros, atemorizándolos y diciéndoles con grandes voces y aullidos, que si lo negaban los había de matar y quemar su iglesia: y demás de esto amenazó al indio su antiguo familiar, que no le había de descubrir más las cosas perdidas, y que si quería que prosiguiese la amistad antigua, que no entrase en la iglesia ni se persignase, ni creyese lo que el padre enseñaba. Pero el ya desengañado indio le despidió, diciendo, que en ninguna manera quería ya saber sus artes, ni gozar aquella ciencia que solía comunicarle; que así se lo aconsejaba el padre, a quien mucho amaba, y reverenciaba sus palabras de Dios; oyendo al que la había puesto la cruz en la frente, cuando se bautizó. Finalmente quedó este indio tan trocado con la gracia divina y exhortación del padre, que fue muy frecuente en la iglesia, oía misa muy a menudo, encomendábase mucho a Dios, para que le librase de aquel dragón infernal, abominando ya las supersticiones que le había enseñado, para quitar la vida a algunos, como lo había hecho, y aun sus propios hijos cuando nacían. Que a tanta fiereza llegó la del enemigo del linaje humano, que tales crueldades enseña a sus discípulos.

El padre consoló a los demás y los confirmó en la fe, aconsejándoles se armasen con la señal de la santa cruz y rezasen el credo. Ellos le obedecieron y quedó vencido Satanás y sus embustes descubiertos, y desengañados estos nuevos cristianos, y con nuevos bríos de servir a su verdadero Dios, a lo cual también ayudó el caso siguiente.

A un mozo gentil de edad de veinte años, en tiempo que corría enfermedad, le hizo huir al monte un hechicero, diciéndole que si caía enfermo en el pueblo, lo habría de saber el padre y vendría a bautizarlo con que se moriría; pero sucedió al revés, porque huido al monte, allá cogió la enfermedad llegó a punto, que ya sus parientes que le asistían le tuvieron por muerto y abrieron la sepultura para enterrarlo.

A este tiempo acertó el padre, llamado por otros enfermos, a llegar a aquel paraje; preguntó para quién era aquella sepultura, respondieronle que para aquel mozo infiel que acababa de morir; y juntamente dijeron que huyendo del bautismo, se había retirado a aquel monte. Acercóse el padre a donde ya estaba envuelto en una estera a su uso, para enterrarlo (y hacíanlo con tanta brevedad a veces, que aun antes de expirar el moribundo, solían prepararlo para la sepultura). Mandó luego el padre desatar la estera y llamó por su nombre al enfermo; al punto se levantó el que querían enterrar, diciéndole: padre, huyendo de ti vine aquí ya mi

alma la llevaban los coyotes, que la querían tragar (son animales como perros, o zorras); bautízame (añadió el enfermo) para que no me hagan pedazos. Catequizole el padre muy despacio y púsole por nombre Buena-ventura, por la que tuvo en sacarle Dios en tan buena ocasión de las gargantas del infierno. Sanó con el santo bautismo en cuerpo y alma; vivió y quedó hecho predicador contra los hechiceros y los perseguía descubriéndolos a ellos y sus embustes.

Una noche se entró un demonio en una india, si no es que fueran muchos; afligíala notablemente y obligábala a hacer tremendos visajes; avisaron al padre, que luego la fuese a socorrer. Dijo sobre ella los santos exorcismos de la Iglesia, añadió las letanías y demás de eso le puso al cuello un relicario de varias reliquias que tenía y con todo estaba rebelde y pertinaz el demonio. Por último remedio trujo el padre una estampa que tenía de nuestro bienaventurado padre San Ignacio y mostrándosela primero a la pobre india, le dijo, que se encomendase a aquel santo y luego se la puso sobre la cabeza. Al punto comenzó a sosegarse y quedando libre y sana de todo, se confesó, cobrando grande devoción y agradecimiento al santo que la había liberado del cautiverio.

De las manos y mañas de hechiceros libró también nuestro señor a otra india cristiana, aunque de vida libertada y disoluta. Estaba ésta aderezando en su casa en tiempo de esterilidad y hambre, unas calabazas que dar de comer a su marido cuando volviese de su sementera; acertaron a llegar allí a este tiempo unos forasteros, traídos de la hambre que corría en la tierra, pidiéronla les socorriese con el potaje que guisaba, negolo diciendo que no tenía otra cosa que dar a su marido. Los indios que eran hechiceros de que hierve la tierra, le dijeron ciertas palabras, con que luego cayó en tierra de repente como muerta y comenzó a herirse de pies y manos, con otros extraordinarios movimientos del cuerpo, quitándosele el habla, y le duró esto toda la noche hasta la mañana, que llamaron al padre. Hallola en el mismo estado y quisola olear; mas acordándose antes de hacerlo que la virtud que a nuestro santo patriarca Ignacio ha dado Dios contra demonios y endemoniados, púsole sobre el corazón una medalla que llevaba del santo. Al punto dio la india gran suspiro y comenzó a tartamudear y poco a poco por la intercesión del santo, se le restituyó el habla y pudo confesarse, de que tenía harta necesidad. Declaró que con solas las palabras que oyo entre dientes a aquellos indios endemoniados, le sobrevino aquel accidente y la pusieron en aquel trance, de que quedo libre y sana con la imagen del santo y muy desengañada y confirmada en la fe.

Como son tantos los demonios, que andaban en Sinaloa, no será de maravillar que fuesen tantos los que se encontraban con ellos. Notable fue el caso que se sigue y sucedió a un indio vaquero, que saliendo un día a recoger el ganado, se le apareció el demonio en figura de mulato y hablándole benignamente, le pidió le sirviese en el oficio abominable de

hechicero. Hiciéronse los conciertos y dióle a comer el demonio mulato una poca de carne asada y a beber de un jagüey que allí había (así se llaman a las lagunillas de agua rebalsada) diciéndole que aquella agua dentro de poco la volvería colorada (entreteniale con esos colores y embustes). Luego le comenzó a persuadir no entrase en la iglesia, ni asistiese a la misa y que ya que alguna vez porque no le echasen menos, se hallase en la iglesia ni mirase a la hostia consagrada.

Luego que el indio comió y bebió de lo que el demonio le había dado, se sintió como herido y cayó desmayado; y el fingido mulato no se desviaba un punto de su lado, y le tiraba de los pies; no parece que veía la hora de arrastrarlo al infierno. Crecieron tanto los accidentes, que perdió los sentidos desvariando. Pero otro día en amaneciendo volviendo algo sobre sí hizo llamar al padre, que luego al punto fue a verlo y cuando llegó le halló con los ojos abiertos, pero no veía, ni sentía; rociólo con agua bendita y volvió en sí como que salía de un profundo sueño. Aquí dijo el hechizado: ahora sí que me ha dejado el mulato, que el padre lo ha ahogado, porque con su presencia se retiró a su cueva a la laguna que si el padre no viniera, es cierto que se matara. Acabó de volver sobre sí y confesose: hizo nueva protestación de la fe y abjuró de tratos con el demonio aunque quedo tan flaco, y descaecido que en más de veinte días no podía tener en pie; mas ésos pasados, sanó de todo punto y nunca más se le apareció el demonio, quedando este indio muy confirmado en la fe y aborreciendo trato con los demonios.

Aquí no parece que intervino aparente favor de nuestro padre san Ignacio; pero la verdad es, la que confesó el indio engañado del demonio mulato, que desde el punto que llegó a su presencia el padre y huyendo esa fiera serpiente de sola la presencia de un hijo de san Ignacio, se retiró a la cueva de su laguna y nunca más pareció ni se le atrevió al enfermo que tenía emponzoñado.

Más claramente se conoció el favor de nuestro santo patriarca y más ilustre fue el beneficio que obró en el suceso que se sigue. Había un indio de buena vida que era de los más antiguos bautizados. Este anduvo por muchos días achacoso y con temores de que le habían en hechizado, porque se iba poco a poco consumiendo; efecto ordinario de estos hechizos y de que usan los de este perverso oficio, y porque son muy temidos de todos. Aunque este enfermo andaba en pie, un día le apretó de suerte la enfermedad, que avisaron al padre lo fuese a confesar. Llegó y díjole el enfermo: padre, sábetete que se me ha aparecido un padre como tú y en tu hábito, con otros cuatro padres sus compañeros. Venían vestidos de luz y con áspero semblante me dijo el primero, que por qué no me confesaba a menudo, como lo solía hacer antes. Que lo hiciese luego, que me importaba; hícelo y comencé a sanar.

Pero el demonio me hizo caer en un pecado, en que luego me arrepentí y me daba más pena, que la enfermedad que padezco, aunque es muy

grande por haber ensuciado mi alma. Tres días ha que se me volvió a aparecer aquel santo y apenas me quería mirar y eso lo hacía con rostro airado y de lejos diciéndome: porque perdiste a Dios, quedarás cojo y ciego tanto que no puedas ver, ni menearte. Sucedió así porque este tiempo viniendo a ver al enfermo su padre carnal y preguntándole si lo veía, respondió: no padre, ¿no ves que estoy ciego? Y añadió al padre sacerdote, que lo había ido a confesar, que el santo que se le apareció le había dicho: confiésate que dentro de pocos días te verás en el cielo, que yo te llevaré allá, ¿para qué quieres vivir en esta vida mortal? Yo le respondí que me llevase luego; no quiso y yo me quedé tristísimo.

Habiendo oído esto el padre, lo dispuso por si muriese y por entonces lo dejó. Volvió después a visitarlo e informose de los indios que le asistían de lo que había dicho el enfermo. Respondiéronle que todo era decir: Dios me dio esta enfermedad y yo de muy buena gana la recibo por amor de Dios y de Santa María su madre: y derramando lágrimas decía: más me pesa de haberle ofendido, que de cuanto padezco. Afectos que bien se mostraban ser del cielo, y pruebas de la verdad de las apariciones que había contado, que el demonio nunca moviera ni moverá a dolor de pecados. Ultimamente dijo el enfermo al padre, que el santo había vuelto y mirándole ya con rostro benigno, le había dicho: ¿no nos vamos? y diciendo esto, se fue subiendo hacia el cielo con sus compañeros y no los vio más. El enfermo, luego otro día recibidos los santos sacramentos, murió y se lo llevó nuestro señor para sí como se puede esperar de tal muerte. Dejó hecho testamento a su modo, mandando que sus alhajas se diesen a la iglesia y los pobres. Hízose entierro muy solemne a que asitió el pueblo y causó gran devoción en los indios en particular ver las muchas lágrimas que el enfermo derramaba por sus pecados, hasta el punto que entregó su alma a Dios, que con tan particulares favores le previno y con visitas de nuestro padre san Ignacio; que singularmente favorece a sus hijos en estas empresas como parece en muchas y varias ocasiones.

Y si se hubieran de escribir aquí las obras maravillosas y favores singulares, que con la invocación o imágenes del glorioso patriarca, ha obrado en materia de partos peligrosos y revesados de mujeres preñadas, librándolas a ellas y a sus criaturas de peligro de muerte, fueran sin número los que se pudieran juntar y se pasan con silencio por no alargar este capítulo. Que lo cierto es, que el género de beneficios que se experimentan del bienaventurado padre en el resto del mundo en esta materia: esos ordinariamente se ven en la nueva cristiandad de Sinaloa. De otros frutos se dirá en el capítulo siguiente.





## CAPITULO XXIII

*Confiesan los hechiceros, que se les han debilitado sus artes y pactos con el demonio, después que se predica el santo Evangelio, y estado en que florece al presente la nación Tegueca*

Experiencia es conocida en estas nuevas cristiandades, que así como cuando sale el sol, van huyendo de su presencia las tinieblas y con ellas a sus cuevas las fieras y animales, enemigos de la luz. Así de los lugares donde se predica el santo Evangelio, van huyendo desterrados los demonios, príncipes de tinieblas y se retiran a la gentilidad y sólo en ella duran sus marañas y embustes. Confesó esto un señalado hechicero y curandero a quien llevaron un niño enfermo, para que lo curase con sus endemoniadas artes; el cual dio por respuesta estas palabras: no sé que es esto, ya no valemos nada para curar, ya nuestros familiares nos han dejado y después que los bautizaron se han apartado de nosotros.

En un pueblo, donde quedaban algunos rastros y centellas de hechicerías que el demonio procuraba atizar cuanto podía (porque suele haber unos demonios más pertinaces que otros) llegaron en tiempo de gran sequía unos indios a un hechicero a valerse de él pidiéndole que llamase y trujese lluvias. El hechicero les respondió haciéndoles grandes promesas del cumplimiento de sus deseos y darles abundancia de agua.

Acudió a sus conjuros, e invocaciones diabólicas, pero en balde, como les sucedió a los sacerdotes del ídolo Baal, que lo invocaban para que enviara fuego del cielo sobre su sacrílego sacrificio pero el fuego no bajaba. Lo mismo le sucedió al hechicero en sus invocaciones y actos para que cayeran lluvias. Hallándose pues, engañados los que se habían fiado de tan falso profeta, reconocieron su culpa y avisaron al padre de la del embustero, al cual hizo castigar el padre como merecía su delito y escándalo. Luego ordenó se hiciese una procesión para pedir a Dios (verdadero señor de la lluvia) socorriese aquella necesidad, para que lo conociesen por tal todas aquellas gentes nuevas en la fe. Condescendió el señor a tan piadosos ruegos con abundancia de agua. De que quedaron los indios consolados y con conocimiento de lo poco que el demonio puede y lo mucho que vale el favor del verdadero Dios y creador de todas las cosas.

Para concluir con esta materia y acabar de declarar, cómo la predicación de nuestra santa fe triunfa de demonios y endemoniados y los ata y encadena, no se puede pasar en silencio en este lugar, una muy singular y divina providencia que se ha notado en esta provincia de Sinaloa y sus conversiones: ésta es que siendo entre estas gentes tan innumerable el número de hechiceros, endemoniados, y de tal suerte, que se puede decir que los padres andan en medio de cuadrillas de demonios; y además de eso siendo tantos y tan fuertes sus hechizos, como en muchas partes de esta historia se ha tocado; y juntándose a esto, que los dichos con sus familiares demonios, miran a los padres y ministros del Evangelio, como a capitales enemigos suyos, por ser los que deshacen y destruyen sus embustes y perniciosas ganancias que en ellos tenían.

Con todo, en tantos años que ha que andan tanto número de padres (que sólo en la misión de Sinaloa hay treinta y cinco) administrando entre estos diabólicos hechiceros, ha tenido la divina providencia tan atadas las manos a los unos y amparados a los otros, que hasta hoy no ha habido hechizo, ni hechicero, que con sus artes diabólicas haya podido, ni valido en hechizar, ni hacer daño a ninguno destos ministros evangélicos, ni en comida, ni en bebida, ni por otro medio alguno de los que el demonio les enseña. Sin duda que si Dios no hubiera atado al demonio las manos y a tan feroces enemigos, ya tuvieran muerto a cuantos ministros de doctrina han entrado a estas gentes. Y que se ve aquí cumplida aquella promesa divina, hecha a los que confiados en su protección anunciada en el salmo noventa: *super aspidem et basiliscum ambulabis et conculabis leonem et draconem*. Prometiéndoles que andarían seguros entre serpientes y basiliscos y pisarían leones y dragones, sin recibir lesión de ellos. Muestras y pruebas las referidas, de cuánto debilita la predicación de nuestra santa fe, a las fuerzas del demonio.

Y porque lo que se ha dicho en este capítulo y en el pasado, de materia de hechicerías y hechizos, fue con ocasión de la conversión a nuestra santa fe de la nación Tegueca, donde predominaba mucho este vicio y los favores y autores de su alzamiento a sierras de Tepague (como se dijo) fueron hechiceros, que quedaron burlados y castigados.

Remataré aquí lo que toca a la cristiandad de esta nación, y el estado en que hoy florece, así en lo espiritual, como en lo político, que en todo ha sido maravillosa la mudanza y más en lo espiritual. Es grande el número de confesiones generales que han hecho de muchos años. Dando por razón, que cuando eran nuevos en la fe, no tenían tanto conocimiento de las partes y circunstancias de este santo sacramento; y cuando ya la tenían, querían hacer una buena confesión y asegurarse de la vida pasada. En estas confesiones eran tan puntuales en el número, distinción y circunstancias de los pecados; o si con ellos dieron mal ejemplo, que los que sabían escribir (que lo habían ya aprendido algunos) lo apuntaban en papel, que para estas confesiones generales llevaban; y los que no escri-

bían, señalando en unos cordelitos, con sus nudos a trechos sus pecados. De suerte que no les hacían ventaja en esto españoles muy cuerdos que hubieran nacido y criádose en medio de la cristianidad: y parecían cosas que sobrepujaban la capacidad de indios. Y sobre esto lo que era aún de mayor estima en estas confesiones, era que las hacían con tan grande dolor, lágrimas y sentimiento de sus culpas, que movían al padre que les confesaba, por una parte lágrimas y por otra muy particular consuelo de su alma: viendo los frutos que obraba la fe en los que eran tan nuevos en ella, y habiendo salido de estado de fieras y bárbaros. No era mucho saliesen estas confesiones tales, porque la preparación para ellas era algunos días antes, acudiendo a la iglesia y gastando en ella dos horas por la mañana y otras dos a la tarde, los varones en el coro o torre y las mujeres en el cuerpo de la iglesia. Y el padre que cuidaba de esta doctrina, decía, que en tiempo de cinco años fue el número destas confesiones generales de unas cuatrocientas.

El uso de la sagrada comunión, introducido en la nación Tegueca, es ya con más señaladas muestras de devoción y reverencia de este soberano sacramento; y tienen a tan gran favor y honra el ser admitidos a ella, que para hacer mudar de costumbres y reducir a enmienda a personas de más liberrad, desenvoltura o trato en costumbres, que pide la vida cristiana; el medio que tomaba el padre, era decirles, que si en tanto tiempo se enmendaban de tales pecados o faltas, les admitiría a la sagrada comunión. Medio de que se han seguido otros singulares efectos porque es uso entablado entre ellos, cuando en fiestas principales de la madre de Dios han de comulgar, juntarse en la iglesia la tarde antes, cuando han vuelto de sus sementeras, y allí oyen una plática, que el padre les hace sobre este misterio. Y al amanecer y salir el sol, ya están en la iglesia, hasta haber oído su misa cantada, comulgado y después de la misa, rezado su rosario.

Costumbre es que también se entabló en estos dos pueblos, en celebrar los oficios de semana santa, un año en el uno y otro en el otro, no obstante que los del uno y otro se juntan donde aquel año se hacen estos oficios. Pero aun no contentos con esto, ha sacado por partido el pueblo donde aquel año no se celebró la semana santa, celebrar después una fiesta del Santísimo Sacramento, teniéndole descubierto veinte y cuatro horas, muy acompañado de luces y adornado el altar con muchos ramos de flores y la iglesia con muchos cuadros de pinturas de la pasión de Cristo nuestro señor, materia de que gustan mucho oír predicar, la cual oyen con muchas lágrimas de devoción. Y lo que es más de estimar en la fiesta, que después al punto que se descubre el Santísimo Sacramento en la oración de las veinte y cuatro horas (y lo mismo pasa desde que se encierra el Jueves Santo, hasta desencerrarlo) apenas sale la gente de la iglesia de día, ni de noche. No obstante que el padre tiene repartido a los barrios del pueblo, el tiempo que han de asistir por sus turnos a la oración en la iglesia, a que se les hace señal (como no hay reloj) con una trompeta que les avisa.

En esta oración están con tanto orden, aparte los hombres de las mujeres y de rodillas, rezando rosarios con tanta devoción y silencio, que no se oye palabra que inquiete, y hasta las madres ponen grande cuidado no lloren sus hijuelos. Admiraba tanto este orden y devoción de los teguecos a algunos españoles que se hallaron presentes, viniendo algunas veces desde el fuerte de Montesclaros a ver estas fiestas y comuniones, de los que eran en otro tiempo tan belicosos, que salían diciendo, que se podía venir de cincuenta y sesenta leguas a ver tal mudanza y piedad cristiana. Y particularmente reparaban en la compostura y no levantar de ojos las ya cristianas teguecas.

En el tiempo de la oración de las veinte y cuatro horas, como en el de la semana santa, se han visto otras singulares demostraciones de cristianidad. Porque aunque no es semana santa, se hacen tres procesiones, una de varones, otra de mujeres, otra de niños y niñas. La primera es de sangre, y para ella tienen de respeto mucha cantidad de túnicas y capirottes, con que van cubiertos con mucha decencia; y es raro el varón, que si no le impide enfermedad, no se discipline y lo mismo las mujeres aparte; siendo tanto el fervor de este santo ejercicio, que ha de menester el padre ir a la mano y estorbarlo a alguna personas impedidas. Y las que lo están para hacer disciplina de sangre, van delante de la procesión, llevando una cruz en una mano, y en otra el rosario, rezándolo con grande devoción y silencio y dejando las golillas que usabanl, así los hombres, como mujeres, en otro tiempo.

Los niños y niñas de la tercera procesión, que van apartados en sus hileras, llevan en la cabeza unas coronitas de espinas y una cruz pequeña a las espaldas; su rosario en la mano rezándolo con mucha devoción, sin hablar, ni levantar los ojos del suelo; y después de estos se siguen los que son más grandecitos, haciendo disciplina. A todo lo cual los industrian sus padres y madres; y aun los llevan en brazos con estas insignias, cuando no tienen fuerzas para andar. Por último remate de esta muestra de cristianidad, añadiré aquí lo que me afirmó el muy religioso padre que la administraba y por muchos años la tuvo a su cargo, nacido en Italia y que estuvo en Roma y otras ciudades de Europa, diciendo que el ver tales naciones de los teguecos, sacara lágrimas en Roma, Madrid, México y otras populosas ciudades y que parecía instilaba el cielo en aquella sinceridad de niños, seso y devoción.

La de la Virgen santísima se ha asentado y echado raíces en esta nación; su rosario lo traen todos al cuello, chicos y grandes, lo rezan en sus casas, caminos, milpas; y aun algunos se acusan, si alguna vez faltaron a esa devoción. Y enseñan a sus hijos pequeñitos, que las primeras palabras con que comiencen a hablar y gorjear, sea diciendo: santa María, nuestra madre, y otros coloquios amorosos y dulces con esta soberana señora. Será de esto prueba un caso, entre otros que contó el dicho padre, y le pasó con un niño de estos, que lo traía de la mano su padre carnal; el cual estando hablando con el padre ministro de doctrina, el niño puso los ojos

muy fijos en el cielo, de suerte que hizo reparar al padre y dijo al niño: ¿dónde miras? Al punto respondió el angelito, dando extraordinarios saltos de placer: miro a mi casa. ¿Pues tú te quieres morir?, replicó el padre. Sí, respondió el simplecito niño. ¿Y a dónde irá tu alma? Allá al cielo (dijo el inocentito) donde está santa María mi madre.

Prosiguió, preguntando el padre: ¿Y quién te dará allá de comer y vestir? A lo cual con mucha alegría y risa respondió: todo me lo dará santa María mi madre; y cogiendo al padre por la ropa, no cesaba de dar saltos de placer. Parece remedaba en algo los del otro niño Bautista a la presencia de la madre de Dios; y esto a su dulce memoria. Repararon los presentes en el singular afecto desde tierno niño con esa soberana señora y dijeron al padre los temachianos, que cuidan de la doctrina en la iglesia: padre, este niño suele oír misa casi siempre y la oye teniendo fijos los ojos en la imagen de la Virgen, que allí está en la iglesia. Y tocándose las aves marías, al punto se arrodilla y hace arrodillar a los otros muchachos y reza con extraordinaria devoción el ave María. Tanto como esto se ha impreso la devoción de la madre de misericordias en esta nación. Y éstos son hoy los teguecos, que poco antes eran bárbaros, belicosos, gobernados por hechiceros alzados y forajidos, abrasadores de su iglesia y matadores de hombres; en que se echan de ver los triunfos de la fe, que hoy prosigue.

En lo político viven como españoles en sus casas, muy en orden de calles y limpieza en ellas; en los vestidos hombres y mujeres cubierto todo el cuerpo. En sus convites y fiestas del pueblo y de casamientos de sus hijos, sus mesas concertadas y con división de hombres y mujeres, enramadas que hacen a parte, y con atención que sirvan varones a varones y mujeres a mujeres y con modestia exterior y compuesta. Tanto que el señor obispo don fray Gonzalo de Hermosillo, cuando fue a administrar el sacramento de la confirmación a estos pueblos, como queda dicho, quiso su señoría, con su visitador dar una vuelta al pueblo, a ver esta gente tan nueva y confesaron que les causaba admiración ver la compostura de estos indios, con la reverencia y cortesía que usaban así hombres, como mujeres. Los varones han ya aprendido varias artes, algunos a escribir, otros a pintar y otros oficios. Carpintero hay que por no tener otro instrumento, con un cuchillo labra un candelero o un ramilletero para el altar, como si fuera hecho a torno. En las fiestas un juego de cañas a caballo, como si se hubieran criado en eso. Y con esto dejaremos la nación Tegueca y pasaremos a la que se sigue, donde hallaremos otros semejantes triunfos de la ley evangélica.



## CAPITULO XXIV

*Del asiento que se dio a la nueva doctrina de la nación, que propiamente se llama Sinaloa; de su puesto y particulares costumbres*

La nación Sinaloa tiene ese propio nombre y de ella lo tomó toda la provincia, por haber tenido en sus principios los españoles mucho comercio con ella, y por haberse fundado no lejos de la primera villa de Carapoa, que después se destruyó. Tiene su asiento y poblaciones en el mismo río de Tegueco y Zuaque, en lo más alto de él y más cercanas a las faldas de serranías de Topia; y sus pueblos comienzan seis leguas arriba del fuerte de Montesclaros. No fueron constantes estos sinaloas en conservar la paz y amistad de los españoles, antes con su inestabilidad la rompieron algunas veces, con accidentes y ocasiones de guerras; y también por ser su natural más arisco e inquieto que el de otras naciones. Hasta que al fin con el ejemplo de las reducidas, pidieron doctrina y padres que se la enseñasen. Para dársela había sacado licencia del virrey el capitán Hurdaide, cuando fue a México.

Para fundar esta doctrina fue señalado el padre Cristóbal de Villalta, que algunos meses antes había llegado de México a la Villa de Sinaloa, donde fueron los principales de la nación, para llevarlo consigo a sus pueblos. Fue en ellos recibido con las mismas muestras de alegrías y fiesta, que se ha escrito en la entrada de padres a naciones pasadas; que en efecto siempre andan con emulación de no quedar inferiores las unas a las otras. Y así hubo mucho de arcos y ramos en el camino; y en concurrir y juntarse tropas de gente de los pueblos para salir a recibir al ministro que Dios les enviaba; y aun añadieron algunos presentes de su pobre comida. El padre les acarició, retornándoles algunos juguetes que llevaba. Luego dio principio a las pláticas del santo bautismo, de su excelencia y necesidad para la salvación (porque luego que llegó de México, aprendió con eminencia la lengua) y quedaron con tanta codicia de verse bautizados, que quisieron luego, que se pusiera por obra recibir ese santo sacramento. Respondióles el padre, que los adultos era necesario se dispusiesen despacio y aprendiesen primero la doctrina de los cristianos y tuviesen noticia de los mandamientos y la ley de Dios, que habían de guardar: pero que a los párvulos comenzaría desde luego a bautizarlos. Trujéronlos al punto sus padres y madres, con grandes muestras y deseos



de verlos cristianos. Este fervor fue tal, que aunque algunos estaban lejos y de la otra parte del río, pasaban a nado con sus hijuelos, sin reparar en que iba creciendo con grande pujanza. Bautizáronse esta vez quinientos y los cuatro de ellos que estaban enfermos, acabados de bautizar se fueron al cielo.

Cuatro cosas refiere el padre, en propia carta, en que da cuenta de su entrada, que notó particulares en esta gente. La primera que, estaba muy congregada y quieta en sus pueblos, a donde se había recogido de sus ranchos; los varones muy dados a sementeras de maíz, algodón y otras semillas; las mujeres cuidadosas de sus casas, de tejer mantas, hacer esteras y cestos de carrizo, con tan buen trato entre sí, que mostraba ser gente de alguna policía. La segunda, la obediencia que guardaba a sus mayores y principales y al padre en cuanto les mandaba. De suerte, que apenas había boqueado lo que les ordenaba, cuando ya estaba puesto en ejecución y a una voz del cacique principal, estaban todos juntos en la iglesia. La tercera, la afición y gusto con que oían la palabra de Dios, sin cansarse, aunque eran muchas veces llamados a oírla. La cuarta, la facilidad con que percibían lo que se les enseñaba, de suerte, que en cuatro o cinco días que estaba el padre en el pueblo, sabían persignarse y cantaban las oraciones y remataban con un alabado sea Jesucristo, tan claramente pronunciado, como si fueran españoles, aunque su pronunciación es bien dificultosa para las sílabas de estas lenguas.

Encargoles cuando llegó, le avisasen de los enfermos, aunque estuvieran en montes o sementeras; porque a los tales, estando de peligro, los bautizaría luego, aunque fuese gente de edad. Advirtiéndoles de camino, que los que muriesen bautizados, se habían de enterrar como cristianos en la iglesia que no era más que una enramada; y todo lo recibían muy bien. El padre, lo uno con su buena lengua, y lo otro con su apacible trato (que lo tenía muy agradable) los ganó y aprovechó, de suerte, que sabiendo de esta su llegada a pueblos de sinaloas y el contento con que estaban en su compañía; otra nación vecina, aunque de diferente lengua, llamada Zoe, envió a un principal cacique suyo al padre, diciéndole que deseaba verle en su tierra, y que si fuese a ella se congregarían en pueblo y vivirían como cristianos. Dioles el padre buenas esperanzas, conque se volvió el cacique con sus compañeros, muy contentos; y adelante se dirá de esta reducción.

## CAPITULO XXV

*Bautízase toda la nación Sinaloa. Sobrevino una gravísima enfermedad, y los frutos que sacaron de ella, destruyendo singulares supersticiones*

Los buenos principios con que la nación Sinaloa nació en su bautismo de párvulos y reducción al cristianismo, los llevaba nuestro señor muy adelante. Porque deseaba toda la gente mayor recibir también este santo sacramento y era muy frecuente en la iglesia a la doctrina y pláticas de ella. Los que tenían muchas mujeres, iban desviando unas y escogiendo otras para bautizarse, en que no vencían pequeñas dificultades; porque los clamores de las desechadas, eran muchos: los que las desechaban sentían el apartar de sí los hijos que en ellas tenían, que lo ordinario es llevarselos las madres consigo y más cuando no están acabados de criar y los parientes (y más si eran hechiceros) y con ellos sus familiares demonios, se enfurecían. Bien se deja entender aquí, cuánto era menester el favor de Dios para la batalla con tanto número de enemigos. Encareciola el apóstol San Pablo, que había convertido los Ephesios, cuando les escribió, que advirtiesen, que la pelea era, no con enemigos de carne y sangre, que se ven con los ojos o topan con las manos; sino que él y ellos combatían con príncipes poderosos, invisibles, que se habían encastillado y apoderado del gobierno del mundo y que eran la misma maldad: *Non est vobis colluctatio adversus carnem et sanguinem, sed adversus principes et potestates, adversus mundi rectores tenebrarum, contra spiritualia nequitia.*

No sé de que gentes con más fundamento se puede decir, que se habían apoderado los demonios, que de estos; que eran gobernados de ellos y sus familiares e innumerables hechiceros, que son los que tienen autoridad en los pueblos. Añádese aquí en esta pelea, que no era sólo el combate con demonios y endemoniados, sino juntamente *adversus carnem et sanguinem*. Habían menester pelear estos flacos indios con su carne, despojándola de lo que estaba hecho una carne con la suya: *Erunt duo in carne una*. Peleaban con su sangre, que era la de sus hijos y se la sacaban del corazón en apartarlos de sí con sus madres. De una manera que la pelea venía a ser con carne, sangre y rectores de las tinieblas y demonios encubiertos.

Y así con razón se pudo decir, que en este tiempo que se llegaban los bautismos generales de adultos, era menester bien el favor del cielo y

fuerzas de la gracia de Cristo, para la batalla; y bien se experimentó este socorro divino, porque con él dio principio a los bautismos generales de adultos el padre, y dentro de un año quedó bautizada toda la nación Sinaloa, en número casi de mil familias. Ellas se redujeron a tres pueblos en distancia de ocho leguas. En su continua visita andaba el ministro evangélico explicándoles más de propósito los misterios de nuestra santa fe, de que se iban haciendo cada día más capaces, bautizando párvulos que nacían, casando ya en matrimonio santo los que llegaban a edad de contrar este sacramento y administrando los que son de enfermos y enterrando difuntos y ejercitando otros muchos oficios que cuando son nuevas las conversiones, pide la caridad cristiana y hay bien en ellas en que ejercitarla.

Sobrevino por este tiempo una enfermedad general, que parece quería Dios comenzar a recoger frutos de este nuevo majuelo y en que se le aumentaron sus trabajos al padre. Antes que comenzase la enfermedad, sucedió un eclipse grande de la luna, sobre que levantaron figuras de supersticiones antiguas, particularmente los hechiceros. Porque al tiempo del eclipse, de un pueblo donde se hallaba el padre, salieron los indios con sus arcos y flechas y otros con palos a la plaza, flechando hacia el cielo, e hiriendo los petates de las casas con grande furia en defensa (como ellos decían) de la luna, que tenían por viviente; y que cuando se eclipsaba, moría en la pelea, con otro contrario que allá tiene en el cielo: con quien entendían o soñaban, que continuamente trae guerra.

Salió el padre al ruido y procuró sacarlos de aquel engaño, que les quedaba de su gentilidad. Ellos respondían, que aquel eclipse significaba mortandad y enfermedades de espinas, añadiendo embustes del demonio, que les persuadía, que para librarse de esa enfermedad, cercasen las casas de espinos, como lo hacían. Entendiendo el padre que iba esta superstición adelante, les declaró más de propósito su engaño y cómo sólo Dios era el que daba la salud y la vida; y no el demonio, que los traía engañados. Y así que acudiesen a Dios por remedio y al sacramento de la confesión, para alcanzar perdón de sus pecados, pues eran ya cristianos. Aprovechó por entonces algo la plática y quemaron las espinas.

Pero con todo, como gente tan nueva en la fe y que todavía vivía entre gentiles, costaba trabajo el acabar de desarraigarlos de sus supersticiones. Porque caminando el padre a otro pueblo, le salieron al encuentro los principales en forma de cabildo, a pedirle que hiciese, no llegase la peste (que llaman cocoliztli), a ellos. Petición que otras veces habían hecho, en razón de que lloviera, ofreciéndose juramente a confesar los que ya eran cristianos, para aplacar a Dios. Admitioles el padre esta segunda oferta, llevándolos algunas veces a la iglesia a hacer oración y haciéndoles varias pláticas en orden a acabar de sacarlos de estos engaños; y repitiéndoles, que sólo Dios es el autor y señor de la vida y de la muerte.

En todo lo dicho se echa bien de ver las continuas batallas, así espirituales, como temporales de los ministros de Dios entre estas gentes. Pero al fin Dios lo saca bien de ellas, y en esta ocasión se experimentó. Porque aprovecharon de suerte las pláticas del padre, que los que aun todavía tenían instrumentos de supersticiones, huesos, cabellos, pellejos, semillas, piedras de diferentes figuras, lo manifestaron y todo se echó en una hoguera y se quemó en presencia de los pueblos. Uno entre otros de los que habían oído las pláticas, aprehendió tan vivamente la muerte, que sin apartarse del padre, se confesó generalmente con mucho dolor, sentimiento y compunción de sus pecados y circunstancias de ellos: de suerte que parecía un muy antiguo cristiano. Finalmente, desengañado de todo punto, declaró al padre, cómo el demonio lo había poseído veinte años y en grandes pecados, que siempre había cometido.

Añadióse otra circunstancia a esta singular conversación, que cuando comenzó la confesión, que duró algunos días, se sentía bueno y sano y en acabándola se sintió con accidentes de muerte y él mismo daba prisa al padre, para que le diera la extremaunción. Administrósele por la instancia que hacía, no obstante que le parecía no estaba tan al cabo. Al fin murió dentro de tres días con muy grande consuelo, diciendo: vamos a ver a Dios; y dejando grandes esperanzas de ser predestinado, pues usó el señor de tantas misericordias con él, sacándole de tales tinieblas, en que tantos años había vivido. Esto no obstante, la serpiente por todos caminos y en todos los medios de salvación, procuraba poner lazos, como los puso en el árbol vedado, que de suyo era bueno. Porque en el sacramento de la extremaunción, que es el que en el trance riguroso de la muerte esfuerza contra las batallas de este enemigo. Procuró armarles el lazo, dándoles a entender, que por medio dél les quitaban los padres la vida. Y por esta razón escondían los enfermos, encubriéndolos con esteras, porque el padre no los viese, que como tiernos en la fe flaqueaban algunas veces en cosas de ella. El padre trabajó mucho en deshacer otros enredos y nuestro señor ayudó en casos particulares que sucedieron, para que perdiesen el miedo que tenían a este santo sacramento; y se vinieron a persuadir, que antes era remedio (como lo es) muchas veces para alcanzar la salud corporal. Un indio principal estaba tan al cabo, que no se le daba más de una hora de vida: recibió la santa unción, y siendo de más de sesenta años, al punto comenzó a mejorar y en breve se sintió con tanta salud y fuerzas, como si fuera mozo de pocos años. Otro estaba ya sin habla y el padre muy penado de no poderlo confesar; dióle el santo óleo y luego le volvió el habla y sentido y se confesó. Como éstos pudiera escribir otros casos, con que fue nuestro señor servido saliesen totalmente de sus engaños estas gentes.

La enfermedad hizo en ellos grande estrago y hubo día que en un pueblo amanecieron trescientos enfermos y los muertos fueron a millaradas, e indecibles los trabajos que en acudirles de noche y de día

pasaban, así el padre ministro de este partido, como los de los otros. A que se juntaba la falta de remedios humanos, y aun de la comida, así para los enfermos, como para los padres, que de todo habían de cuidar, no parando de día ni de noche, sin haber lugar de descanso. Todo lo llevaban estos apostólicos varones con grande conformidad con la divina voluntad, que tiene sus altos fines en enviar estos trabajos a naciones recién convertidas. Y aunque muchas veces son secretas las conveniencias de estos altos fines, no dejan de descubrirse vislumbres y rastros dellas: y dignas de apuntarse aquí, para dar gracias a Dios por ellas.

Entre otros frutos que sacó Dios de esta enfermedad, uno fue el bautismo de sesenta y tres viejos y viejas, que como más endurecidos para introducir en ellos la forma de cristiandad, en salud habían rehusado el bautismo, a persuasiones del demonio que les decía, que con él habían de enfermar y morir. Pero cogióles la enfermedad aunque no eran bautizados y viendo que los llevaba la muerte sin bautismo, lo pidieron al padre, el cual habiéndolos dispuesto los bautizó y lavó en este celestial baño, y dentro de tres días se los llevó Dios a todos en estado de salvación. Y después de ellos a una india de más de ochenta años, la cual había huido también del santo bautismo y con tanta pertinacia, que se había retirado y escondido doce leguas de sus parientes, porque la persuadían que se bautizase. Pero allí le fue a buscar la divina misericordia, porque los parientes dieron aviso al padre de lo que pasaba. Envió por ella y habiéndosela traído la procuró cariciar y regalar, y aunque no traía más enfermedad, que alguna hinchazón en los pies, la persuadió a que se bautizase. Mudó Dios el corazón de suerte, que con mucho afecto pidió lo que tanto había rehusado, de que se admiraban los que antes habían visto su dureza y obstinación. Habiéndola dispuesto, la bautizó el padre, y no parece que aguardaba Dios más para salvar a esta pobre alma, porque dentro de dos horas se la llevó (como podemos entender), al cielo; pues usó su majestad de tantos medios de singular providencia, para que alcanzase el que es necesario para conseguir la salvación.

Un indio gentil era infestado en varias formas del demonio, y una vez en particular en la de una disforme culebra, que al fin le comprendió la maldición de Dios, de que como culebra arrastraría por tierra, y se sustentaría de ella todos los días de su vida. Acudió el indio a pedir el santo bautismo y recibióle, con que se vio libre de ahí en adelante de esta bestia fiera, quedando muy agradecido al señor, que le había hecho aquel singular beneficio y acudió con mucho cuidado a la iglesia. Y con estos favores del cielo cada día iba floreciendo y fructificando más esta cristiandad.

## CAPITULO XXVI

*Edifican los sinaloas iglesias, su señalada cristiandad y humana policia, en que se conservan hasta el tiempo presente*

Vencidas con la gracia divina las dificultades dichas, en acabar de asentar la cristiandad de esta nación; y teniéndola ya el padre bautizada, trató con los principales, de que edificasen sus iglesias durables y no de palos y al quitar, como suelen ser las de los principios. Admitieron la petición, edificáronlas muy vistosas, procurando no quedar inferiores en esto a sus vecinas naciones de teguecos y zuaques. Dedicáronlas con grande solemnidad, celebrando en ellas sus fiestas principales, olvidados ya de las antiguas gentílicas. También dedicaron dos retablos, que se llevaron de México: uno de la Anunciación de la Virgen Santísima, otro de San Cristóbal, que aunque no ricos ni suntuosos, con todo en aquella tierra y de aquella cristiandad, se celebraban y admiraban con grande aplauso; y decían cuando miraban el de la Santísima Virgen: ¿Qué será ver esta señora en el cielo? Con esto iban creciendo en el afecto a las cosas de nuestra santa fe, y frecuentando la iglesia. El fervor en aprender bien la doctrina en sus casas, era tal, que el padre en la suya los oía rezar algunas veces hasta media noche y era tal esta frecuencia, que niños de pecho, hechos a oír a sus padres palabras de la doctrina cristiana, gorjeaban y se despertaban a hablar repitiéndolas.

Dos dificultades le quedaban al padre que vencer, para la total conversión y cristiandad de esta nación. La una era de un cacique viejo muy principal y estimado en ella, que demás de estar muy terco y rebelde en recibir el santo bautismo, siempre andaba escondido por montes y otros lo encubrían, no obstante que el capitán deseaba haberlo a las manos, porque sabía era de escándalo en su nación. Pero dispuso la divina providencia por otro camino el remedio.

Tenía el dicho cacique un hijo, a quien el padre ministro de doctrina procuraba acariciar, para que le diese noticia dónde andaba su padre. Y al fin vencido de ruegos, descubrió el lugar donde se había retirado, añadiendo juntamente que estaba muy enfermo y que si le quería ir a ver, le acompañaría. Aceptó el padre la oferta; fue en compañía del hijo y halló a su padre con el semblante fiero y de indio de grande valor, aunque muy gastado. Trabajó en reducirlo a que quisiese oír la doctrina de la fe, y

recibir el santo bautismo. Trocólo Dios, y fue bautizado; y recibido ese santo sacramento con muy buena disposición; de ahí a tres días murió; librando Dios al padre y al capitán de cuidado, porque era de tan grande autoridad en la nación, que con una palabra podía descomponerla.

La otra dificultad, en que trabajó mucho el ministro de doctrina, estuvo en arrancar otro abuso de esta nación, que era el matarse comiendo las hojas de una yerba que tiene muy a mano en el campo, y aun en medio de sus casas, muy fácil de comer y con la misma facilidad quita el sentido, y en veinte y cuatro horas, y aun en menos la vida. Y para usar de este género de maldad y desesperación, no había menester el indio o india grandes ocasiones, sólo les bastaba el reñir el marido con la mujer o la mujer con el marido. Al fin quiso Dios que con buenas palabras y pláticas, el padre desterrase este abuso y que vencidas las costumbres gentílicas, hiciesen mucho asiento en la nación las costumbres y leyes cristianas.

Desmontada ya esta selva, y arrancada la maleza, fue creciendo y dando felicísimos sucesos la semilla evangélica, palabra divina, frecuencia de sacramentos y estima de ellos. Muchos hicieron confesiones generales desde el tiempo que se bautizaron, por asegurarse más de las que había hecho al principio de su cristiandad; y por ventura no con el concepto pleno que al presente sentían de las partes de este saludable sacramento, y gozar con más seguridad de sus frutos y efectos. Era muy ordinario prepararse para las tales confesiones, dos y tres semanas, revolviendo sobre toda su vida pasada. El sacramento soberano y uso de la sagrada comunión, se introdujo también felicísimamente y lo recibían con grande preparación y reverencia. Y un indio que faltó en esto y se atrevió a recibir la sagrada comunión, habiendo callado un pecado en la confesión, le castigó nuestro señor, aunque con misericordia, porque no pudo por mucho tiempo pasar la sagrada hostia; y sobreviniéndole luego una enfermedad, llamó al padre, hizo muy buena confesión, descubriendo lo que había sucedido, de que quedó escarmentado.

La devoción del santísimo rosario de la Virgen, se entabló en esta nación con singular afecto: ella fue la primera que introdujo traer, así hombres, como mujeres, ese hermoso joyel al cuello, y porque no les faltase, buscaron una frutilla silvestre y a propósito para hacer rosarios y otros de otra madera de colores, y tan galana, que con eso hallaron también su temporal ganancia. Son tan cuidadosos generalmente en el uso de esta dulce devoción de la madre de Dios, que tantos bienes ha traído al cristianismo, que aún en los caminos no se olvidan de ella, y no pocas veces fueron hallados con tanto cuidado en cumplir tan saludable ejercicio, que a tropas, haciendo dos coros, cuando caminaban, iban rezando por el camino el rosario. Costumbre que les nace de la que tienen entablada en sus pueblos, de rezarlo de comunidad los sábados en la tarde, en la iglesia, entonando los temachianos (que son los que cuidan

de la doctrina) y haciendo dos coros aparte: el uno los varones y el otro las mujeres. Y testigos fueron el capitán y sus soldados, de la dicha devoción en los caminos. Porque habiendo sucedido hacer jornadas, en que iban gentes de varias naciones, los de esta Sinaloa, llegados al paraje, se retiraban aparte de los demás, a rezar en la forma dicha su rosario. Cosa que reparándola el capitán y soldados y notándola por singular, se la refirieron al padre; y no sin razón, pues veían tal trueque y mudanza en nación tan nueva en la fe, criada en costumbres fieras y ajenas de la divina luz.

Y no paran aquí las costumbres cristianas y santas, introducidas en lugar de las bárbaras, que otra está muy asentada en los sinaloas, no menos piadosa, que ejercitan con sus difuntos y ánimas del purgatorio. Porque en tocando a una hora de noche la campana de las ánimas (como se usa en todos los pueblos) éstos al punto, en cualquiera ocupación o lugar que se hallen, arrodillándose todos, introdujeron rezar en voz alta dos dieces del rosario; de suerte que cada semana tienen devoción de rezarlo entero por sus difuntos, sin dar lugar a que haya estorbo para esta su piadosa devoción, como lo declara el caso que se sigue, que aunque menudo, es digno de contarse.

Aportaron a un pueblo de estos sinaloas, llamado Toro, dos españoles soldados que venían de lejos, cansados y hambrientos. Acertaron a llegar a la hora de las ánimas y cuando rezaban por ellas, a casa de unos indios, a buscar socorro de comida y paraje. Hablaban a los que estaban en la casa, y nadie les respondía. Instaban los españoles; pero a los indios les parecía que debían de aguardar los viandantes a que ellos acabasen su devoción. Y una devota india, cansada de la importunación de los soldados, enfadada prorrumpió diciendo: éstos no serán nuestros españoles, sino demonios, que nos quieren estorbar el rezar por nuestros difuntos. Y volviéndose a los importunadores, dijo: si sois españoles, aguardad, que acabemos de rezar, y luego os acudiremos. El dicho fue de india sincera; pero no falto de razón. Pues el trabajo que padece y socorro de que necesita una ánima del purgatorio, no tiene comparación con el de un caminante, aunque se halle muy cansado y pereciendo de hambre. Pasa adelante la devoción de los sinaloas con los finados; porque la víspera del día que hace la iglesia su conmemoración, se juntan todos de comunidad a rezar el rosario por ellos, y muchos aquella noche en la iglesia hacen disciplina de sangre y les ayudan el día siguiente con ofrendas que traen a la iglesia y limosnas que hacen por ellos. Y no pocas veces ha sucedido que acabado de enterrar el difunto, algunos de sus parientes se han entrado en la iglesia y tomado disciplina de sangre y otros confiesan y comulgan por ellos, ayudándoles con este santo sufragio. Costumbre es también que da testimonio de cuánto han arraigado en la fe estos cristianos, lo que suelen hacer en ocasiones de enfermedades, a falta de aguas, a tiempo de las sementeras: porque ya no hay memoria de ir las a pedir (como solían), a sus hechiceros, sino a la que es madre de piedad, y



ellos la reconocen por tal, y no le saben otro nombre que el de su madre; y al modo que nosotros la nombramos la Virgen Santísima; ellos, nuestra madre santa María. A ella acuden en las necesidades dichas, rezando de comunidad y a coros el rosario, haciendo procesiones con su santa imagen y otras penitencias. Y la soberana reina del cielo se ha mostrado tan propicia a esta su devota nación, que un padre que los doctrinó doce años, afirma, que nunca les faltó el socorro de esta señora y madre piadosísima en tales ocasiones.

Aunque acabo de contar virtudes desta nación, también a ley de historia, no quiero pasar en silencio una culpa en que se desmandó en este tiempo, pues los sagrados evangelios en su sagrada historia no perdonaron a la caída de San Pedro, que tan fervoroso fue en la fe y amor de su sagrado Maestro y todo sirve de enseñanza, como sucedió en nuestro caso, que pasó así.

Unos indios gentiles y bárbaros, mataron cruelísimamente (como suelen) a unos parientes de estos sinaloas; hubo a las manos el capitán Diego Martínez de Hurdaide a los homicidas, a los cuales sentenció a muerte, hallándose en el fuerte de Montesclaros y despachó al padre ministro de los sinaloas, que estaba cerca, y sabía la lengua de los que se habían de ajusticiar, que viniese a disponerlos para ese trance. El padre acudió a obra de tanta piedad. Sucedió pues, que en esta breve ausencia que el padre hizo de sus pueblos sinaloas, y sabiendo ellos como se hacía justicia de los que habían muerto a sus parientes, mal aconsejados e inadvertidos de la piedad, que como cristianos debían guardar, celebraron la muerte de los ajusticiados con bailes de los que usaban en su gentilidad, cuando quitaban la vida a sus enemigos. Lo cual, si se los sufría Dios cuando no eran de su rebaño, y pasaba con esas y otras semejantes gentilidades, cuando no tenían luz, sino vivían en tinieblas. Pero cuando ya los tenía por hijos, como padre cuidaba de castigarlos, como a tales, conforme lo del Apóstol: *Quod si extra disciplinam estis, ergo adulteri, et non filij.*

Y el castigo de la fiesta que celebraron, fue, que de repente les envió Dios una enfermedad de viruelas a casi todos sus hijos; de suerte que cuando el padre volvió a cabo de los tres días halló trescientos niños y niñas heridos de esta enfermedad, que es en ellos peste, de la cual murieron los más de los enfermos y conocióse haber sido castigo de Dios porque en otro pueblo tan cercano, como lo estaban entre sí de los sinaloas, no tocó en este tiempo la enfermedad, sino solamente donde se celebró la fiesta gentilica. Y fue notado que a las personas que habían tenido más culpa en las fiestas de los bailes bárbaros; a éstos les cupo más parte de la pena, siendo los más de los que murieron de sus hijos. Que como sabe Dios muchas veces hacer bien a los hijos, por los merecimientos de los padres, tan bien sabe castigar a éstos en sus hijos aunque usando con éstos de misericordia como más inocentes. Así sucedió en

nuestro caso; porque escribió al padre que era cosa maravillosa la disposición con que los niños recibían la enfermedad y la muerte a los que se les llegaba. Me enternecía (dice) y me sacaban las lágrimas cuando iba a sacramentar a los que eran capaces de oírles los filiales coloquios, llenos de cordial confianza que hacían a la Virgen nuestra señora, llamándola nuestra querida madre, madre nuestra dulcísima, a quien deseaban ir a ver y gozar y esto a veces con voz tan alta que andando el padre por el pueblo visitando los enfermos, oía por la plaza, y calles sus devotas plegarias.

Pero porque no quede rematada la conversión y cristiandad de la nación Sinaloa con culpa, que con poca advertencia de obligaciones cristianas cometieron y volviendo por el crédito que merece esta nación, quiero contraponer, al caso pasado otro de grande edificación y propia de cristianos y muy antiguos y aun de los de la primitiva iglesia.

Y fue el caso, que los huites (nación de gentiles) de cuya reducción se tratará capítulos adelante, quisieron hacerse cristianos, con el ejemplo de sus vecinos los sinaloas. Estos pues, con haber sido capitales enemigos en su gentilidad, se alegraron tanto de la conversión a nuestra santa fe de esta nación, que para facilitar las dificultades que en esto se ofrecían, de ser los huites de diferente lengua, tener sus rancherías de la otra parte del grande río, que se había de pasar para ir a doctrinarlos y vivir en picachos inaccesibles; todas esas dificultades allanaron los piadosos sinaloas, en ayuda de los que tenían por enemigos, con una acción muy propia de cristianos y fieles y digna de memoria. Porque avisados del padre y exhortados a que de su parte ayudasen a obra de tanta piedad; ellos con mucho gusto convidaron y trajeron a sus pueblos trescientas personas de los huites, para que estos aprendiesen la lengua sinaloa y el padre la de los huéspedes y con esto se facilitase su bautismo y doctrina.

Y resplandeció más esta caridad cristiana de los buenos sinaloas; porque recibieron a sus huéspedes (aunque gentiles) con tantas fiestas y regocijos; y los sustentaron con tanta liberalidad y trataron con tanto amor, que hasta que estuvieron en disposición de poderse bautizar como si fueran sus hermanos, los sustentaron largo tiempo. Acción señalada y que lo fuera, aunque entre muy antiguos católicos cristianos. A los que quisieron de los huites quedarse en los pueblos de sinaloas, les dieron tierras en que sembrasen y a sus hijos vestidos y sus mismas galas; y los miraban y regalaban como a sus propios hijos. Y llegó a tanto el cariño, que a éstos les quitaban esas galas para acariciar a los extraños. En todo lo cual se esmeró un señalado cacique cristiano de los sinaloas, de quien adelante se hará mención cuando se trate del pleno asiento y doctrina de los huites.

Y rematarse ha la historia de la conversión de estos que son propios sinaloas y del estado en que hoy queda su cristiandad, refiriendo la opinión de los padres que administran en estas misiones, cuyo senti-

miento es, que los sinaloas son de los cristianos en quien se ha arraigado y crecido y dado más frutos la fe de Cristo nuestro señor y su Evangelio en toda la provincia. Y no sólo en lo espiritual y divino, sino también en lo humano y político ha tenido grandes progresos y mejoras. Porque en sus pueblos, todos han hecho sus casas de adobes y azoteas. Muchos de ellos se han aplicado a aprender oficios de los que son necesarios en una república. Y aun entre ellos hay algunos tan diestros, que saben hacer instrumentos músicos, chirimías y flautas y piezas de altar, como sagra-rios y otros vasos. Al fin no hay tierra por silvestre que sea, que cultivada no se mejore; verdad que se experimenta en estas misiones a lo humano y divino y experiencia que puede alentar mucho a los ministros evangé-licos de estas gentes, que no malogran en ellas sus trabajos. Y con esto pasemos a otras nuevas conversiones que nos llaman.

## CAPITULO XXVII

*Del suave medio con que se redujo a nuestra santa fe la nación Zoe, agregada a la Sinaloa*

Caminando a lo ancho por la extendida provincia de Sinaloa, es forzoso toparnos con naciones que habitan en las sierras, que por la banda del oriente y norte la cercan. Los zoes eran indios serranos, que tenían sus poblaciones en lo alto del mismo río de los sinaloas y a las faldas de sus serranías. Era gente más agreste y de diferente lengua que los sinaloas; y los vecinos, o familias de sus rancherías llegarían a número de quinientas.

Teniendo, pues, noticia esta nación que su vecina la Sinaloa (que distaba siete leguas), había recibido al padre Cristóbal de Villalta en sus pueblos y que con su doctrina y compañía, se hallaban muy contentos. Con esta ocasión enviaron un cacique, pidiendo al dicho padre, fuese a sus tierras y les diese su doctrina y bautizase como a los sinaloas. El padre que era muy fervoroso operario, les dio buenas esperanzas de cumplirles su deseo, remitiendo la ejecución para mejor tiempo y disposición en que no estuviese tan embarazado. Iba a Dios previniendo en ellos por un suavísimo medio muy acomodado a la ley de gracia; y a la letra explican doctores, de las gentes que entran en la iglesia y reduciría Dios de montes y campos, con silbos de pastor. *Sibilabo eis et congregabo illos quia redemi eos et multiplicabo*. No a golpe de vara, cetro o cayado; sino con blandura y suave silbo de un pastor amoroso que es lo que significa la palabra *sibilabo*. Pues con estos silbos llamó Dios de entre montes y peñascos a las naciones de que se escribe en este y en los capítulos siguientes, sin que interviniesen guerras, encuentros ni alborotos, para su reducción, sino sólo *quia redemi eos*, porque los redimió con su sangre.

Sucedió pues, que estando doctrinando el padre la nación Sinaloa, sólo con haber oído los zoes los santos silbos de la doctrina cristiana que aprendían y cantaban con gusto sus vecinos los sinaloas, traídos suavemente de Dios, pidieron fuese a su tierra y rancherías a comunicarles a ellos la misma doctrina, porque la recibirían de muy buena voluntad. Fue el padre con la misma a visitarlos, predicoles nuestra santa fe, declaroles sus obligaciones, significándoles juntamente que para poder ser doctrinados era menester congregarse en forma de pueblos, donde tuviesen sus iglesias, como los demás. Vinieron con alegría en todo lo que les

propuso; bautizó buen número de párvulos que le ofrecieron para tomar posesión de aquel nuevo rebaño en nombre de Cristo, y quedó de esta vez por suyo. Dos casos particulares sucedieron cuando entró el padre a la reducción de esta gente serrana, en que se manifiesta la particular providencia con que nuestro señor ampara a estos sus ministros evangélicos, y el padre los escribió y dice así:

Estando ya con mis serranos se levantó un tlatole o plática de ruido y alzamiento y que tomaban las armas para matarme: oyéndola uno de los muchachos de iglesia, que traigo conmigo, se llegó a uno de los caciques, que me acompañaban y le dijo muy en secreto que aquellos indios hablaban mal y me querían matar. Luego que el cacique lo oyó, sin decirme nada, fue a avisar a sus sinaloas, lo que pasaba; los cuales, al punto y de su propio motivo, tomando sus arcos, flechas y armas de guerra, vinieron en mi busca a defenderme y ampararme; certificándome que les había dado tanto cuidado la nueva que les llegó, que luego al punto, sin comer, habían venido a socorrerme".

"Yo les agradecí su buena voluntad y les advertí diciéndoles que si habían tomado sus arcos los serranos, sería para matar alguna caza y pescado para mí y los que iban en mi compañía. Y porque no se alterasen los serranos con esta demostración y darles a entender que me fiaba de ellos y consolarlos, de propósito me detuve algunos días más en su compañía, con que se quitó este ruido, con que pretendía el demonio, ora fuese con verdad, ora con mentira, turbar a esta gente que Dios quería salvar.

Y añade el padre: "el segundo caso en que se ven los altos caminos de predestinación con algunas almas de éstas. Hallé enfermo un viejo de mucha edad y que no tenía ya sino la piel pegada a los huesos; y fuera de esto, sordo y que cuando le fui a ver, estaba tan caído que más parecía muerto que vivo. Habléle y no me respondió. Hice una trompetilla de una caña y embudo de papel y puesta al oído y hablándole por ella no parecía oír poco ni mucho. Con todo, perseverando media hora con él encomendándole a nuestro señor, le pregunté si quería ir al cielo a gozar de grande alegría y consuelo y ver a Dios. Aquí dio muestras de oír algo y poco a poco me vino a entender aun quitada la trompetilla, y no hablándole alto, sino en voz baja y como otro cualquiera de buen oído, respondía a lo que le preguntaba y finalmente, con el favor de Dios se hizo capaz de los misterios de nuestra santa fe. Bautizele con mucho consuelo suyo y mío. Si él era sordo naturalmente, esto y más puede la palabra de nuestro señor; con cuya venida estaba escrito, que los oídos cerrados de los sordos, se habían de abrir; y si la sordera era fingida, mayor beneficio fue curarle Dios de la que nacía de rebeldía de voluntad.

"Otro día le hice traer a la iglesia y le puse lo óleos con las demás ceremonias santas y le di la extremaunción y luego se lo llevó Dios nuestro señor". Hasta aquí el padre, que tuvo razón de añadir esas últimas

palabras, pues tan singulares providencias de Dios, para poner esta alma en camino de salvación, bien es de entender que no se frustrarían.

Por estar parte de las rancherías de esta nación de la otra banda del río que es muy grande y más en sus avenidas y que no le podía pasar el padre para acudirles en tiempo de necesidad de sacramentos y otras ocasiones y por andar muy ocupado en la grande mies de los sinaloas; trató con los zoes saliesen a poblar a puesto más acomodado y a propósito. Y aunque tuvieron al principio sus dificultades al fin las vencieron y se vinieron a congregarse en el puesto que se les señaló; y se formó un pueblo de quinientos vecinos, donde acabó el padre de bautizar toda la nación en números de mil y quinientas personas.

Y aunque al principio se redujo esta gente con la suavidad dicha, pasado algún tiempo, Satanás (que no duerme), inventó varios pretextos y antojos, para inquietarla que en su batería, ni se cansa ni para. Traíales a la memoria sus montes y árboles de frutillas silvestres y otras libertades de su gentilidad, con que los inquietaba y volvió a algunos de ellos al Egipto de sus tierras. Anduvieron retirados algún tiempo, en el cual corrió riesgo la vida del padre que no son pocas las veces que aun estando con naciones mansas oyen sentencia de muertes estos benditos ministros y blasón es éste glorioso de sus empleos. Pero el padre ya con premios y halagos, ya con sufrimiento y paciencia y medios nacidos de su ferviente caridad, al fin redujo a estas ovejas e hicieron asiento en su pueblo.

Otro padre, que entró después a esta doctrina, trató con los zoes, que edificasen su iglesia de propósito, para que cobraran más amor al puesto, como en realidad de verdad lo suelen cobrar, viendo en él obra de sus manos. Vinieron en ello, edificaron una tan hermosa, adornada de pinturas (de que mucho gustan) que cuando la tuvieron acabada, no acertaban los más del pueblo en todo el día a salir de ella; y cuando salían era con admiraciones, y blasonando de que no había nación en la provincia que gozase iglesia tan hermosa; y a la verdad, lo era y les había costado el sacar a sus hombres de entre montes, cuarenta grandes madres de hermoso cedro, para su cubierta. Dedicose con gran solemnidad y fiesta a que acudió mucha gente de naciones comarcanas; y dedicola diciendo la misa el padre Julio Pascual (varón santo) que como adelante se dirá murió mártir a manos de otra nación serrana, no muy distante de ésta.

No se contentaron los zoes con haber edificado su iglesia, sino que aficionados con su vista, en particular los que se habían criado por montes, y éstos los arrancaron de este puesto; se animaron todos a hacer sus casas de adobe y cubiertas de terrado, formando calles, y plaza en su pueblo. Acabó de asentar esta nación de suerte, que nunca más trataron de alzamiento, ni mudanza sino de vivir con gran paz, como hoy lo están, acudiendo a su doctrina y demás ejercicios de cristianos, como los más antiguos de la provincia en fiestas, pascuas, misterios de la semana

santa, procesiones de sangre, confesiones, y comuniones y devoción del rosario.

Y en este sitio, en lugar de espinas, ya nacen y se cogen fragantes flores de niños para el cielo. Y no me paro a escribir casos singulares de indios fieros de esta nación convertidos en mansas ovejas, ni de enfermos que se fueron con la gracia bautismal al cielo, ni de supersticiones y costumbres bárbaras arrancadas y olvidadas, por ser casos semejantes a los que de otras naciones se acaban de escribir y no faltaron en ésta; cuya próspera cosecha me contento declarar con que en un rincón de Sinaloa se bautizaron mil y quinientas almas, que viven con grande ejemplo de cristiandad, sin los frutos que adelante se van dando y cogiendo y pasaremos a otra que se trasplantó de más ásperos puestos y riscos.

## CAPITULO XXVIII

*De la reducción a nuestra santa fe de unas rancherías y gente que habitaba entre peñascos y riscos*

La nación de los huities, que en lengua de Sinaloa, suena lo mismo que los flecheros (porque debían de ser señalados los de esta gente en usar de la flecha) tenía sus rancherías y habitaba en chozas o cuevas entre riscos y peñas, tajadas asperísimas adonde si no eran ciervos o aves, no podían penetrar, y para subir hombres a ellas, era menester ayudarse, asiéndose unos de otros. Por otra parte eran puestos tan secos, que no tenían otra agua que beber, que la que de la lluvia se rebalsaba en algunas concavidades de las vivas peñas y el mejor puesto que gozaba una ranchería de ellas era un vallecito cercado de tan altos montes, y picachos espantosos que estorbando la entrada a los rayos del sol, allí era dos horas más corto el día. En estos horribles puestos vivían como trescientas familias de gente que aunque no distaba de la nación Sinaloa más de siete leguas no se veían, ni trataban con ellos sino era con los arcos y flechas, para matarse, ni sabían de otro mundo más del que se encerraba entre aquellas peñas.

Era gente que comía carne humana, cuando la alcanzaban de sus enemigos, y el que más calaveras de los enemigos muertos colgaba sobre su puerta, o cueva, era tenido por el más valiente de la nación. Y aquí los fue a buscar la gracia divina por medio particular de un muchacho de estos huities, que cautivaron los Sinaloas y ofrecieron al padre, para que lo criase y enseñase la doctrina cristiana y lengua de los sinaloas. Teniendo, pues, noticias de esta retirada gente, el padre que cuidaba de la nación Sinaloa, se animó a enviar algunos de los cristianos de esta nación, aventurándolos (porque a él no le era posible entrar al puesto) para que tratasen de paz y amistad con los huities algunos doncellitos.

Este viaje aceptaron los buenos cristianos sinaloas, con deseo de que gozasen aquellos empeñolados vecinos suyos de la paz que ellos, con la doctrina del Evangelio. Salióles felizmente la jornada; porque los recibieron bien aquellos montaraces (con quienes antes se mataban). Diéronse de una parte a otra algunos dones como arcos, flechas, sal y cuchillos. Demás de lo dicho recabaron los sinaloas de los huities, que para mayor asiento de la paz enviasen al padre algunos hijos suyos; que criándose con los sinaloas, aprendiesen su lengua y doctrina cristiana; y



cuando volviesen a sus tierras, la pudiesen enseñar a su nación, obligándose los sinaloas a tratar como a propios hijos estos niños. Vinieron en el concierto los huites y las dádivas quebrantaron peñas, como la de estos bárbaros a quienes ablandaron las dádivas y beneficencia de los sinaloas; y no sólo se ablandaron sino que podemos decir, que dieron pedazos de sus carnes, que eran sus hijos, a los que tenían por mortales enemigos cuyas carnes alguna vez se comieron. Obraba aquí Dios con su divina gracia, así en los ánimos de los sinaloas, que convidaban con amistad a sus enemigos (como de los huites) que se fiaban de ellos y medio que trazaba Dios para recoger este rebaño.

Volviéron los embajadores sinaloas muy alegres al padre, a los cuales después siguieron muchos de los huites, trayendo consigo algunos de sus hijos que aprendiesen la doctrina y lengua de Sinaloa y disponiéndose para el santo bautismo y cristiandad, que decían que ya deseaban. Prosperó luego nuestro señor maravillosamente estos buenos principios, porque salieron de entre sus peñas trescientas personas, chicas y grandes y se vinieron a vivir entre los sinaloas, que los recibieron en su pueblo y casas con tan grandes muestras de amor, y benevolencia que quitaban del cuello las galillas de sus hijos y con ellas adornaban los de los nuevos huéspedes, como se dijo que lo habían hecho con los zoes. El padre también por su parte los procuraba agasajar, ejercitando con ellos amor de padre con hijos pequeñitos, que Dios le traía a su casa. De estas trescientas personas comenzó a bautizar los párvulos, a que se siguió el bautismo de los adultos, que se celebró en dos veces con toda la solemnidad posible y en que mostraron los sinaloas grande piedad y alegría, festejando el bautismo de los nuevos cristianos, con convites y danzas y unos soldados que se hallaron presentes, con salva de sus arcabuces y aun correspondería otra en el cielo, de los ángeles, pues tenemos de fe que allá por un solo pecador convertido celebran fiestas semejantes. Con lo cual en breve tiempo quedaron parte de los trescientos bautizados, que iban a visitar a sus parientes que se habían quedado entre los picachos, dándoles cuenta cómo vivían y cuán bien les iba entre los cristianos sinaloas, gozando de su iglesia y doctrina.

Por algunos años duró el no salir de su puesto inaccesible todos los huites, pero quedaron con todo tan afectos a la comunicación del padre y de los cristianos, que los venían a visitar muchas veces desde sus picachos, gustosos de ver a sus hijos bautizados. Concertaron con el padre que mientras ellos no salían a poblar en puesto, donde pudiesen ser doctrinados de asiento; con todo, avisándoles de todo lo que quisiese de ellos, le obedecerían y el mismo asiento hicieron con el capitán del presidio a quien fueron a visitar. Y lo que es más de admiración en una nación tan intratable, fue que los años que duró el no dejar toda la nación sus riscos, muchos gentiles de su espontánea voluntad, en naciendo sus hijos, los traían al padre para que se los bautizara. A que el padre añadía

de su parte, el enviar entre año algunos mozos de la iglesia bien instruidos y enseñados, para que si hubiese algún enfermo a peligro de muerte, lo catequizasen y bautizasen porque estaban muy instruidos en la forma de ese santo sacramento. Añadíase a esto que los párvulos que se habían antes bautizado y ya llegaban a los siete años, y eran capaces de aprender la doctrina, se los traían consigo los temastianos a los pueblos sinaloas, para que entrasen en la iglesia. A los cuales entregaban los huites con mucha voluntad; y con la misma era cosa maravillosa, que aquellos niños dejaban a sus padres carnales y se veían con los que poco antes habían conocido por enemigos capitales, fiados en que venían al amparo del que era su padre espiritual.

Deteníase esta nación en la determinación de mudar puesto tan áspero y desacomodado y solicitábale al padre el deseo que tenía del bien de aquellas almas reacias. Finalmente, se determinó de ir él propio en su busca a sus montes y peñas, aunque fuese venciendo muchas y graves dificultades; imitando al pastor evangélico, que dejó las noventa y nueve ovejas para socorrer la que se quedó perdida por montes. Con esta determinación entró acompañado de algunos de sus cristianos hasta el puesto donde pudo llegar de los huites, habiéndoles dado aviso antes de su ida. Recibióle con mucho gusto, habiendo dispuesto enramadas para iglesias y casa del padre y prevenídole allí comida de maíz, frijol y calabazas, para él y la gente que le acompañaba y sirvió esta entrada para la total reducción de esta gente.

Porque haciéndoles el padre, lo primero, algunas pláticas de la doctrina cristiana, necesidad del bautismo para su salvación; y cuán bien les estaría hacer asiento y población en lugar donde pudiesen ser doctrinados; se ablandaron para acabar de dejar sus asperísimos puestos. Lo segundo, bautizó algunos niños que no habían recibido ese santo sacramento y algunos viejos y viejas enfermas, que estaban a riesgo de morirse. Estos bautismos y llegada del padre, celebraron, con muchas fiestas a su usanza. Y lo último que alegró al padre y porque dio por bien empleado el trabajo de su jornada, fue, que con la voz de que entraba el padre a los escondidos huites se convocó número de gente de otras naciones de la sierra más adentro, que concurrió a ver y conocer al que doctrinaba cristianos. Agasajó el padre y regaló a toda esta gente y dioles esperanzas que algún día llegarían padres a sus tierras, que les enseñasen a vivir como hombres y juntamente la palabra de Dios de que necesitaban todos los hombres del mundo para la salvación de sus almas; plática que fue el principio y fundamento de la reducción a la fe de estas otras gentes, aunque más retiradas que los huites, de que adelante se escribirá. Habiéndose detenido en esta santa ocupación algunos días el padre, volvió muy contento a su partido de cristianos sinaloas



## CAPITULO XXIX

*Dispone el padre la ejecución y reducción de los huites y escríbese una señalada jornada de un principal cacique, que ayudó a ella y a la de otras naciones extrañas*

No sosegaba el celoso deseo y cuidado del padre, de ver a la nación huite, toda reducida a Dios; y conociendo, que para conseguirlo era necesario que saliese de entre aquellos riscos y recogerse toda a puesto acomodado, donde pudiese ser doctrinada, edificar iglesia y formar pueblo en policía y habitación de hombres. Resolvió hacer diligencia apretada para poner esto en ejecución y para ella encomendó a algunos cristianos fieles, como gente que tenía noticia de todos los parajes de la comarca, que buscasen uno con todo secreto, donde con comodidad de tierras y agua, pudiesen poblar los huites. Habiéndolo hallado, les mandó hacer unas enramadas para iglesia y casa. El día siguiente convocando y juntando algunos cristianos sinaloas y huites, de los que con ellos vivían y convocando otros gentiles de los picachos, se fue al dicho puesto.

Habiendo dicho misa y estando junta toda la gente, les hizo una plática proponiéndoles las conveniencias que había en aquella reducción, en la cual los huites quedaban mejorados de puestos y tierras. Persuadiéndoles a los que no habían salido de su áspera serranía, cómo debían seguir el ejemplo de sus parientes, que para hacerse cristianos, se habían ya venido a vivir entre los sinaloas, en cuya compañía habían hallado tan buen hospedaje y ahora tendrían mucho gusto de tenerlos más cerca y por hermanos en la fe. Estas y otras conveniencias les propuso, pidiéndoles, que ellos mismos diesen vuelta a aquel paraje y viesen por sus ojos las comodidades referidas; y contentándose de ellas, limpiasen y escombrasen aquel campo de la maleza y árboles que lo impedían y desde él abriesen camino para venirlos a visitar el padre desde los pueblos de sus sinaloas, pues era tan áspero, que si no era allanando su aspereza no era posible andarse. Aceptaron la plática los huites; bajó luego buen número de ellos de entre las peñas, limpiaron el lugar, abrieron el camino, cortaron árboles y allanaron los malos pasos. Hicieron iglesia de madera, y buen número de familias, juntaron sus casas en este puesto.

Dentro de poco tiempo comenzó el padre los bautismos de los adultos, que eran muy continuos en acudir a su iglesia a aprender la doctrina y a

los ejercicios de cristianos y se iban amoldando muy bien a sus costumbres y olvidando las antiguas que no era poco; teniendo tan cerca la memoria de su vivienda antigua. Otro medio ofreció Dios en esta ocasión que fue muy a propósito para acabar de ganar esta gente. Este fue el de un beneficio que el padre les hizo, a su petición y ruegos, pidiéndole que tomase la mano con otra nación de los chinipas, que estaban ya reducidos, para que ciertas piezas de esclavos que cuando traían guerra con los huites les habían cautivado, de mujeres y niños (a quienes raras veces perdonaban la vida) se los entregasen al padre: y sacándolos del cautiverio en que estaban, los trujesen a sus pueblos cristianos.

Puso la mano en obra de tanta piedad el padre y para dar gusto a los huites, rogó a los chinipas le entregasen aquellos cautivos. Acudieron con mucha voluntad a esta petición y entregáronle todas las piezas de esclavos, así hombres, como mujeres, a los cuales acomodó en casas de buenos cristianos sinaloas, para que los criasen y enseñasen la doctrina y amoldasen a buenas costumbres, para bautizarlos y ponerlos en estado; lo cual todo se ejecutó y todos se bautizaron. Acción fue esta en favor de los huites, con que quedaron mucho más ganados y afectos al padre.

Estando en este estado las cosas, aun todavía quedaban algunos reacios en sus sierras y picachos, que no todos obedecen con una misma presteza la divina vocación. Dispuso la providencia divina un medio digno de escribir aquí, que fue el único para acabar con la reducción de todas las rancherías de la nación. En la Sinaloa había un indio principal y su gobernador, de ejemplar cristiandad que merece la memoria que después haré de sus virtudes, llamado don Bautista. Este enviudó y hallándole el padre con una grande capacidad para ayudarse de él en reducir naciones comarcanas gentiles, porque tenían de él mucha opinión, le persuadió tuviese gusto de tomar por mujer una doncellita cuerda y honesta de la nación huite, la cual aunque había sido una de las piezas cautivas de los chinipas, se había criado en toda honestidad. Vino en ello el buen gobernador y con gusto de los suyos (y él lo tuvo) casóse con la que el padre le decía le haría buena compañía. Y los huites tuvieron contento de verse emparentados con indio que tanto estimaban y de quien habían recibido muy buenas obras en su puesto.

Con esta buena ocasión pidió a don Bautista, que fuese con su mujer huite, a visitar a sus parientes y procurarse ganarlos, para que acabasen todos de reducirse a iglesias y pueblos; que el padre les ofrecía toda buena acogida. Además de eso le encargó pasase adelante y penetrase la sierra y tratase de amistades y paces con las naciones que (se dijo) se seguían, poblando en aquella larga serranía y Dios disponía para lo que adelante se dirá. Aceptó don Bautista la jornada, con mucha voluntad del bien de aquellas gentes y ejecutola llevando consigo a su mujer y algunos parientes suyos, cristianos y de confianza. Salió felizmente esta jornada, porque fueron recibidos de los huites gentiles con mucha alegría, convi-

dados de los parientes y por todas las rancherías de la nación; y no contentos con eso, los quisieron llevar a visitar las naciones confederadas gentiles y extendidas por espacio de seis jornadas la sierra adentro, de guazaparis, chinipas e hios, temoris y otras, de las cuales escribiré en su lugar.

Y en todas partes era grande la alegría, fiesta y concursos de aquellas gentes que a porfía salían, y se despoblaban aquellas sierras, a ver a los cristianos, de quienes tenían noticias, aunque de lejos; y en especial a la gobernadora huite, que venía ya muy querida, adornada y honrada; habiendo sido antes esclava de los chinipas y la veían casada con el gobernador de los cristianos que tanta fama tenía en aquellas naciones. A porfía les traían todo género de sus pobres regalos y hasta la media noche estaban colgados de sus pláticas, oyéndoles hablar de las costumbres y modo de vivir de los cristianos y de los padres que los doctrinaban; de la paz, amistad y seguridad en que vivían, las iglesias que edificaban en sus pueblos, etc. Pero lo que sobre manera les causaba admiración a aquellas gentes y fue singular argumento y ejemplo de cristiandad del gobernador don Bautista, será lo que se sigue.

Todas las mañanas, según las instrucciones que llevaban del padre, se juntaban los cristianos, apartados de los gentiles y rezaban de rodillas las oraciones de doctrina cristiana y al anochecer a coros el rosario, que llevaban colgado al cuello, y otras oraciones por los difuntos, sin faltar día a esta su devoción. A que podemos atribuir el haberles dado Dios nuestro señor a estos devotos cristianos, el feliz suceso de su jornada, con que iba disponiendo su divina providencia mucha de esta gente, que después recibió la doctrina del evangelio. Hallaron estos cristianos adelante de una nación de aquellas distantes, una cosa que les fue de particular consuelo y fue que en una concavidad como nicho, estaban tres cruces pintadas, de que coligieron que por allí habían pasado algunos cristianos. Y también pudo ser este rastro el que dejaron entre estas gentes aquellos que dijimos en el primer libro que salieron derrotados de la Florida a Sinaloa, o de los cristianos de la provincia de Santa Bárbara, que cae a las vertientes de aquella grande serranía a la parte del oriente.

Al fin habiendo hallado el gobernador don Bautista con su gente tan buena acogida en aquellas naciones volvieron muy alegres y trajeron consigo a su tierra y a ver al padre, unos diez o doce de sus caciques, y con ellos otros muchos indios de sus parcialidades. Y cuando hubo nueva en los pueblos sinaloas, que venían los extrajeros que acompañaban a su gobernador, salió mucha gente a recibirlos a caballo, cosa que los huéspedes aun no habían visto. Hacían correrías de fiesta, celebrándola con bailes, atambores y todo género de regocijos, arcos de ramos y refrescos de comida para agasajarlos. Esto fue en el camino, que cuando llegaron al pueblo vieron nuevos festejos de campanas, chirimías, trompetas y danzas y las mujeres cristianas de los indios sinaloas y huites, que con

ellos vivían, se llegaron a las gentiles peregrinas, abrazándolas, regalándolas y celebrando la bienvenida con caridad muy de cristianas y ejercitada con increíble alegría; con gente que poco antes apenas tenía rastro de humanidad.

El padre lleno de gozo de ver aquellos nuevos rebaños, que sacaba Dios de montes y valles tan escondidos y quería reducir a su iglesia, estaba aguardando que llegaran a la puerta de su casa. Apenas los peregrinos de lejos le divisaron y los cristianos que con ellos venían les avisaron que aquel era el padre de los cristianos, cuando luego todos a una levantaron una alegre vocería y algazara y corriendo a toda prisa, llegados a su presencia le cercaron y arrodillándose le asían de la ropa y sin apartar de él los ojos, repetían por grande rato esta palabra: *Nono, Nono*, que quiere decir: nuestro padre, nuestro padre; y levantándose comenzaron a hablar en su lengua en voz alta al padre. El cual llamó intérprete y entendió, que lo que significaban en su razonamiento aquellos gentiles, era el gusto de haber llegado de partes tan distantes a ver pueblos cristianos y al padre que los doctrinaba y los tenía por hijos. Añadiendo que aunque habían caminado tantas jornadas desusadas de ellos, y en que habían padecido trabajos, todo lo daban por bien empleado por haber visto al que amaba a todos los hombres y que fiados en que era padre de aquellas naciones que doctrinaba se habían atrevido a pasar por las de los que antes eran sus enemigos y ya no los temían, sabiendo que todos le miraban y obedecían como a padre.

Correspondióle el padre con otros razonamientos semejantes, llenos de amor y cariño. Luego ordenó, que los varones entrasen en la casa del mismo padre, y allí se les diese de comer y el regalo posible, y a las mujeres fuera de ella, debajo de una enramada de la misma forma. Acabada la comida, los principales del pueblo llevaron a los huéspedes a sus casas y los trataron con singular amor y benevolencia y casi toda la noche se oyeron sermones solemnes de una parte y otra, tratando en ellos de las amistades que asentaban en perpetua hermandad para tratarse como tales, y para comunicarse de allí adelante desde sus tierras, asegurando el paso para su comunicación, y en señal de ella se dieron de una parte a otra algunas mantas de algodón, adornos de cuentas y dijecillos.

Habiendo descansado los peregrinos huéspedes unos días en este pueblo de los sinaloas, los llevó el padre a otro de la misma nación que los salió a recibir con las mismas demostraciones de alegría que el primero, así hombres como mujeres, porque salieron a recibirlos dos leguas al camino y muchos de los sinaloas a caballo haciendo sus escaramuzas de fiesta y sacando banderas y atambores. Hospedáronlos en sus mismas casas y regalaron con todas las demostraciones de amor y caridad que les fueron posibles. Habiendo descansado aquí otro poco de tiempo, juzgó el padre que sería bien, que estas nuevas gentes pasasen a la villa, se

viesen allí con el capitán, padres, españoles, vecinos y soldados, para que cuando volvieran a sus tierras, llevaran nueva y diesen testimonio del buen trato que en todas partes se les había hecho, que todo serviría de asentar con más firmeza la paz.

Para llevarlos y que fuese su guía, los encomendó el padre al que los había traído de sus tierras, gobernador don Bautista y avisó a los pueblos cristianos que estaban en el camino, que los recibiesen y hospedasen con mucho amor, y benevolencia. Y a la verdad, para todos ellos fue pascua la llegada de esta nueva gente y los salían a recibir con las mismas fiestas que los pueblos sinaloas. Llegaron a la villa, recibíolos el capitán con singular gusto y agasajo, como solía hacer con muchas naciones, ofreciéndoles su amparo para con las circunvecinas a sus tierras y que todas entenderían que ya él los tenía debajo de su amparo. Y a los principales caciques, que eran diez, dio potros y vara de justicia que estiman mucho, para que gobernaran su gente. Y el que se esmeró en regalar y acariciar a esta cuadrilla de peregrinos gentiles, fue el padre visitador de las misiones, Diego de Guzmán, antiguo misionero en Sinaloa, que se halló en ese tiempo en nuestro colegio, con otros padres que allí concurrieron. Regalados en nuestra casa estos peregrinos, a la despedida se les dieron buenas esperanzas de que algún día llegarían padres a sus tierras para doctrinarlos y enseñarles la palabra de Dios.

Habiéndoles proveído de abundante matalotaje para el camino y enviándolos muy ganados, volvieron a los pueblos de sus amigos sinaloas, diciendo a la despedida al padre visitador, cuán deseosos quedaban de ser bautizados y ver ya padres en sus tierras. De lo que hicieron mucho aprecio entre los donecillos que se les repartieron, uno fue de cantidad de sal, que ellos mucho estimaron, como gente tan apartada de la mar y que carece de cosa tan necesaria para la vida humana, que a pedazos la rescatan con mantas de los que aciertan a llegar a sus tierras. Encomendóseles muy en particular que contasen a sus gentes y diesen noticia de cuán bien recibidos habían sido de los padres, del capitán, españoles y de todos los cristianos, el amor y benevolencia con que los habían tratado, las iglesias que habían visto y todo lo demás que podía ayudar a que estas naciones se aficionasen a la fe y vida cristiana. Encargóles el padre visitador, que así ellos como otros sus parientes y demás naciones sus vecinas, procurasen volver a verle algunas veces que los recibiría con mucho amor y alegría. Despidiéronse y partieron con todos estos favores muy contentos y animados a proseguir en la amistad y correspondencia de los que tantos beneficios habían recibido.

Y aprovecharon estos avisos, porque después en varias ocasiones volvieron a visitar al padre muchos de los caciques y demás gente ordinaria de aquellas naciones principalmente de los guazaparis y temoris, haciendo instancia, para que fuesen padres a sus tierras, que los bautizasen y lo mismo pidieron al capitán lo cual después se ejecutó



como veremos a su tiempo, en concluyendo con la reducción y asiento perfecto de la cristiandad que dejamos comenzada de los empeñolados huites, de los cuales algunas rancherías, todavía dejábamos entre sus peñas y cuya total reducción fue a concluir el gobernador don Bautista.

## CAPITULO XXX

*Acaba de reducirse y bautizarse toda la nación Huite, edifica iglesia y queda formada una ejemplar cristiandad y escribese la del cacique don Bautista*

Al fin fue nuestro señor servido, que con los medios que en el capítulo pasado quedan referidos, las rancherías reacias entre sus peñas de los huites, se ablandasen arrancándose del puesto donde habían nacido. Todos finalmente se redujeron al puesto que el padre les había señalado. Y aquí juntos, doctrinados y bien dispuestos, todos se acabaron de bautizar con mucho gusto suyo y mayor del padre, por la firmeza y perseverancia con que hicieron pie sin volver más a sus picachos.

Acción fue de mucha edificación y muestra de muy verdadera cristiandad, la que acompañó el bautismo de los huites. Esta fue que vivía ya reducida entre los sinaloas una ranchería y parcialidad serrana, llamada de los calimonas, enemigos que habían sido capitales en su gentilidad, de los huites, cuyos bautismos, cuando el padre los celebraba, hizo llamar a los principales calimonas señalándolos por padrinos de los huites que se bautizaban. Medio y parentesco fue éste, con que se unieron con tanto amor y amistad esas dos parcialidades, que de ahí adelante se amaban más que hermanos. Acabados todos de bautizar, trató el padre de que edificasen la iglesia de propósito. Recibieron este recaudo con tanto gusto que se animaron a poner luego manos a la obra, ayudando en ella hombres, mujeres y niños. Cortaron maderas de cedros y la cubrieron de terrado y muy capaz, de tres naves. Adornóse de imágenes y ornamentos de altar y quedó acabada, pintada y perfecta, una de las más hermosas y capaces iglesias (aunque las hay tales en aquella provincia) tal que hacía raya entre las demás, la de los serranos huites, nacidos y criados entre riscos.

Junta ya toda esta nación en el puesto que les señaló el padre, edificada su iglesia, fue maravilloso el fervor de cristiandad con que se aplicó a los ejercicios cristianos, olvidando los gentílicos y bárbaros. De suerte que el padre que los enseñaba y había tratado con varias naciones de llanos y serranías de Sinaloa, juzgaba que los huites se habían trocado en los más hábiles y dóciles de cuantos había doctrinado. Eran continuos en su iglesia y doctrina; eran ovejas mansas los que parecían fieras y venados de montes. Resplandecía en ellos una particular devoción en oír misa aun días de entre semana; en confesiones y comuniones la cuaresma, y en ella haciendo sus disciplinas de sangre.

Todos los sábados de comunidad en la iglesia, y a coros rezando su rosario en su lengua. Todas las noches en sus casas se oye la música de la doctrina cristiana, viviendo con suma paz. Cosa que confesó el religioso ministro, que le sacaba lágrimas de consuelo, viendo tan bien logrados los trabajos que le costó la reducción de esta nación y sufrimiento con que fue esperando su total conversión. Hoy persevera en esta misma forma en un pueblo de trescientos vecinos, fuera de las otras naciones que atraieron con su ejemplo; y con tanta paz que nunca en él ha habido alzamiento ni ocasión de alboroto como los ha habido en otras naciones nuevamente convertidas.

Y por haber tenido mucha parte en este edificio así material, como en el moral de la cristiandad, reducción y asiento de esta nación, edificando mucho con sus ejemplos el gobernador don Bautista, siendo singular entre otros, este indio convertido a Dios, pocos años antes, de la gentilidad, merece se haga aquí particular mención de él y se conozcan los frutos del Evangelio entre estas gentes.

Este indio aun en su gentilidad era de mucha capacidad, linda disposición, amado y estimado de todos. De suerte que antes de bautizarse él y su nación Sinaloa, el capitán Hurdaide, conociendo su buen talento lo señaló para gobernador de ella; y en treinta años que sirvió en este oficio, siempre se halló en don Bautista grande fidelidad y amor a la nación española y a los ministros del Evangelio; y se puso a grandes peligros de la vida por ampararlos y defenderlos. Resplandecía en él un grande celo de que se extendiese por todas partes la cristiandad. Él fue bautizado y la recibió en juvenil edad de veinte y seis años. Y en las conversiones de las naciones, la suya Sinaloa, Huites, Chinipas, Guazaparis, Temoris y otras y en muchos y grandes peligros en que se hallaron los padres, don Bautista, con su gente, era la más segura escolta, compañía y amparo que tenían. En todos los ejercicios de piedad y fe cristiana, era el primero; y no sólo con sus sermones y pláticas, a su usanza, sino también con su ejemplo, traía a los otros a la iglesia, a la doctrina, a la misa, a la confesión y comunión, a la penitencia y hacer disciplinas de sangre; y en el trabajo corporal de los edificios de iglesia, se preciaba de acudir cargando madera, adobes y barro, animando con su ejemplo a los otros sus macehuales, y súbditos. Y aunque el padre algunas veces le quería escusar de este trabajo y que se contentase de gobernar la gente y ser sobre estante de la obra, él con una boca de risa, poniendo manos en ella, y cargando los materiales de la casa de Dios, alentaba a los demás.

La liberalidad y misericordia, eran en él virtudes más señaladas; los necesitados hallaban en él socorro y no tenía cosa suya, porque era del que la pedía, o tenía necesidad, ora fuese de su nación, ora de las extrañas. Y sobre esto admiraba la constancia y tesón en su acuerdo y cristiano modo de proceder, que le hacía a todos estimable y amable. El valeroso capitán Hurdaide, hacía tanto caso de su consejo para sus

entradas y empresas, que se ayudaba de él como si el indio fuera español de mucho porte; y los padres hacían lo mismo para el gobierno y disposición de sus partidos. A esto correspondía don Bautista con un tal agradecimiento y razonamiento, que no parecía de indio bárbaro sino de un muy noble y fino cristiano; y por mucho que hiciese por los padres, todo le parecía poco y su respuesta era que todo se lo debía a los que tenía por padres y amaba como a su padre y madre.

Sucedió que un soldado español se descomidió mucho con él; acción porque temió el soldado lo mandase ahorcar el capitán y librose de este peligro con cuatro palabras que el padre dijo al dicho gobernador, el cual con mucha facilidad se aplacó y perdonó al injuriador. Si en alguna ocasión sucedía darle alguna advertencia o mínima reprehensión el padre (que era caso raro), encogido y lloroso se recogía en su casa hasta satisfacerle. Lo cual no nacía en el noble indio de cobardía, o falta de ánimo, que lo tenía grande y alentado valor en los peligros y ocasiones, sino de reverencia a ministro del Evangelio y que predicaba la palabra de Dios.

Vivió muchos años en este tenor de vida, cuidando de la dilatación de la cristiandad en Sinaloa, con pláticas, obras y ejemplos: oía misa cada día; confesaba y comulgaba entre año y hacía muy buena compañía a los padres. Cayó enfermo y aunque en salud había hecho confesión general con mucha preparación, en particular se dispuso muy bien para la muerte; porque llegando ya a estar muy desmayado, aunque con todos sus sentidos recibió con mucha devoción el santo óleo. Concurrió a su casa todo el pueblo de Toro, donde murió, como lo amaban tanto; y descaecido como estaba les hizo una plática muy cristiana, renovándoles a todos con muestras de mucho agradecimiento, la memoria de los muchos beneficios, que siempre habían recibido de los padres y encargándoles, que correspondiesen como verdaderos hijos y cristianos y como él toda su vida desde que los conoció lo había procurado. Hizo su testamento, escribiéndolo el que hacía oficio de maestro de escuela, como lo usan después que son cristianos. Y en llegando a la espada, que es insignia de gobierno entre ellos, dijo: esta espada dejo al padre, para que la emplee él o el capitán en algún español, que con corazón tan bueno, como siempre ha sido el mío le sirva. Lenguaje de estas gentes para significar su fidelidad, ajena de traiciones, y esto concluido en breve expiró; y podemos piadosamente creer que para recibir mucha gloria en el cielo, el que habiendo nacido y criándose en medio de la gentilidad más bárbara del mundo, se convirtió a una vida de tan fiel y ejemplar cristiano, que tan de veras ayudó a la propagación del santo evangelio.

Pues el apóstol de las gentes San Pablo, escribiendo a los filipenses, hace singular mención de aquellos que en su grado y modo lo ayudaron, añadiendo que sus nombres estaban escritos en el libro de la vida: *Cum coeteris adiutoribus meis, quorum nomina sunt in libro vitae*. Palabras en las

cuales significa el sagrado apóstol, ser predestinados los que ayudan en el ministerio de la predicación evangélica. Uno de los cuales fue el buen don Bautista, ayudante de los más fieles cristianos que se convirtieron en la provincia de Sinaloa y que por largos años y con grande constancia adelantó su cristiandad, su entierro se hizo con grande concurso de gente y de los caciques de los pueblos comarcanos, que en sus hombros le llevaron a la iglesia, donde se hizo su modo de túmulo y con música por una parte y por otra con muchas lágrimas de toda la gente, que perdía en él, padre, defensor y amparo, se cantó la misa y se predicó sermón, quedando el ejemplo de su vida en la memoria de todos. Ultimamente por su medio quedo concluida la conversión a nuestra fe de toda la nación encastillada de los huites, cuyo castillo y fuerte se acabó de rendir a Cristo por la diligencia de don Bautista. Con que dejamos esta nación para pasar con la prosecución del Evangelio a otra serrana que cerca de este paraje nos queda.

## CAPITULO XXXI

### *Dase principio a la reducción de la nación Chinipa a nuestra santa fe*

Habiéndonos desviado algo de los llanos de Sinaloa y conversiones de las naciones más populosas que los pueblan y entrado en las faldas de sus sierras, se sigue la de los chinipas, nación de la cual en el segundo libro se escribió cómo el capitán Diego Martínez de Hurdaide, con orden y mandato del virrey de la Nueva España, hizo una entrada a descubrimiento de minas de plata, de que había noticias en esta sierra, a que los chinipas se opusieron y estorbaron. Después en el capítulo diez y siete del libro tercero, se apuntó, que cuando se levantó el fuerte de Montesclaros, esta nación, tomando mejor consejo envió allí a sus caciques, a asentar paces con el capitán y pedir padres que fuesen a doctrinarlos. Caminos por donde maravillosamente iba encaminando la divina providencia la salvación de los chinipas. Los cuales hicieron nuevas instancias y diligencias con los padres y capitán del presidio, en orden a que fuese algún padre a sus pueblos a bautizarlos y hacerlos cristianos. Esta perseverancia obligó a los superiores, a encargar al padre ministro de los sinaloas y huites que entrase a visitar a los chinipas y hallando conveniente disposición, diese principio a su doctrina, bautizando sus párvulos y tomando con esa acción de parte de Cristo nuestro señor, posesión de ella.

Distaba esta nación de la pasada de huites tres jornadas; la sierra más adentro; los caminos eran de asperísimos montes y quebradas, la subida de tres leguas, la bajada peligrosísima. Pero no acobardaron al ánimo del padre, éstas y otras mayores dificultades para acometer la nueva empresa, añadida a las pasadas y así luego que recibió la orden de los superiores, para ponerlo en ejecución, envió aviso a los chinipas, cómo en breve entraría a visitarlos y a recibirlos por hijos y cumplirles sus deseos.

Y antes de referir su entrada, es digno de escribir por ejemplar en esta gente, un caso que en este tiempo sucedió. Como aun no se tenían por cristianos los chinipas, ni lo eran, y quizá por despedida que hacían de borracheras gentílicas, considerando que en llegando el padre habían de tener fin, celebraron una, en la cual el principal cacique de la nación, no sé con qué ocasión (aunque bastaba el tener perdido el juicio con el vino)

flechó a una parienta suya; caso que suele ser raro en las embriagueces de estas gentes, en que no suelen suceder tales desmanes y más con parientes, y quizá Dios lo permitió por el buen efecto que de él se siguió. Volviendo en sí el cacique y teniendo gran sentimiento de su desgracia, justamente temió, que fuese ocasión el caso, para que sabiéndolo el padre retardase su entrada, con el justo sentimiento de semejante delito. Volando pues, el cacique por camino muy áspero y andando en solo un día camino que era de tres jornadas, se fue adonde estaba el padre y echándose a sus pies le contó el caso, significándole con grande arrepentimiento su culpa.

El padre con benignidad por una parte con indio gentil e ignorante y ya arrepentido; y por otra con celo de desterrar desde luego este pernicioso vicio, que tanto puede estorbar a la introducción de la cristiandad en estas naciones, le obligó o movió Dios, que al delincuente le impusiera una penitencia, que quizá parecerá rigurosa, pero salió acertada. Esta fue que volviese a su pueblo y que en una enramada que tenían hecha para iglesia, juntase los demás caciques y allí les significase el arrepentimiento con que estaba del caso sucedido y mal ejemplo que les había dado; y después les rogase que en pena de su culpa, cada uno le descargase dos golpes de disciplina en sus espaldas. Oyó el indio la penitencia que le imponía el padre; aceptóla (caso singular en un bárbaro, no hecho a tales humillaciones muy ajenas de su natural altivo y belicoso). Aceptó tan de veras la penitencia, que luego se partió a su ejecución y llegado a su pueblo puntualmente la puso por obra. Recibió su disciplina (y fue mucho querer sus parientes y de su nación, concurrir a ella). Luego se levantó e hizo esta plática a los circunstantes: yo por haber delinquido, en la embriaguez que sabéis, vuestro cacique principal; y que por tratar nosotros de ser cristianos, como si ya lo fuéramos la habíamos de tener olvidada, me he hecho castigar como habéis visto. Persuadidos que ninguno ya en adelante se ha de atrever a hacer vino; porque yo mismo seré el que lo castigaré con rigor, sin perdonarlo. Caso fue este con que se sepultó para siempre el vino y el vicio arraigado, en que se había criado esta gente.

Teniendo aviso el padre de esta señalada acción, luego apresuró su viaje y entrada a la nación tan bien dispuesta; avisándoles del día de su partida. Sabido esto de los chinipas, vinieron casi cien indios de los más principales, para acompañar al padre. Con ellos se partió y se esmeraron tanto en mostrar el gusto que tenían de que entrase a sus tierras, a darles doctrina, y hacerlos cristianos, que en el camino que era asperísimo de peñas y árboles, unos lo iban escombrando de ellos y cortando ramos; otros como podían despojándolo de piedras, para que el padre pudiese pasar, y en él habían ya prevenido algunas enramadas, donde dijese misa y pasase las noches que en él gastó, con lo necesario de comida para toda la gente que iba.

Llegó el padre con su compañía al cabo de tres días al primer pueblo, donde halló junta toda la gente de la nación que sería de quinientas familias repartidas en cinco poblaciones que después se redujeron a una. Halló hecha iglesia de madera y para celebrar más la posesión que tomaba el Evangelio de esta nueva iglesia, entró en ella revestido con una capa de coro, que llevaba para los bautismos y llevando los niños de la iglesia una muy linda imagen de nuestra señora del Pópulo, que recibiese debajo de su amparo aquel nuevo pueblo de su hijo. Los vecinos de él celebraron la llegada de su ministro con grande solemnidad de fiestas y bailes; y en saliendo de la iglesia lo llevaron a la casita, que le habían hecho aunque de palos, de mucho gusto para él, viendo la buena disposición para recibir la palabra divina de aquel nuevo rebaño, que luego hizo al padre algunos presentes de sus pobres comidas, a que él hizo retorno de su pobreza.

Dio luego orden, como lo llevaba encargado, al bautismo de los niños. Juntáronse unos cuatrocientos de siete años para abajo, que con mucho gusto de sus padres se bautizaron. De los cuales dentro de pocos días y aun estando allí el padre, sacó Dios sus primicias para el cielo y fueron enterrados a lo cristiano y con solemnidad. Acabado el bautismo de los hijos de los chinipas, sus padres hicieron una demostración singular de devoción con la señal del cristiano que es la santa cruz; que cada uno de los vecinos del pueblo, que estaba bien formado y de casas de adobes y terrado (en que fue singular esta nación), levantó una cruz sobre su casa y demás de esas otras grandes en las encrucijadas de las calles. A esta acción de tanto afecto de cristiandad, se siguió luego otra de no menor estima, y muestra de recibir muy de veras la fe.

Estaban los chinipas cercados de enemigos con quienes traían continuas guerras de donde nacía que apenas había casa donde no se guardasen a su usanza calaveras y huesos de los muertos a cuyo triunfo habían bailado. Demás de esos guardaban unos idolillos y otros instrumentos de supersticiones. El padre deseando comenzar luego a arrancar esta maleza, para poder sembrar la semilla del Evangelio convocó a los indios más principales; dioles a entender que la ley de Dios y de los cristianos prohibía y abominaba tales supersticiones y embustes del demonio, que era el enemigo mayor que tienen los hombres; y que enemigos humanos ya no los habían de tener, porque ninguna nación se les atrevía estando al amparo del capitán y con padre en sus tierras.

Estas razones, con otras al propósito les aprovecharon de suerte que partiéndose los indios principales de su presencia, fueron por su pueblo y recogieron cuarenta y ocho chicubites o cestos, llenos de huesos y calaveras de enemigos y con otros instrumentos de hechicerías y supersticiones y se los trajeron al padre, el cual les dijo sería bien que todo aquello se quemase y olvidase. No fueron menester más palabras, porque luego los mismos indios encendieron dos hogueras y a la vista del



padre los arrojaron en ellas. Y no hay duda que el demonio sentiría abrasarse también con aquellos instrumentos malditos, viendo quemar sus redes y marañas con que había traído engañadas aquellas pobres almas.

Vista por el padre la buena disposición con que iba Dios con su gracia preparando esta gente para recibir los adultos la doctrina y santo bautismo, y que por entonces no se podía detener con ellos, porque le llamaba la mies de los pueblos cristianos de su partido. Pidió a los chinipas, que escogiesen algunos mozos y niños que llevase consigo, para que entre los de sus pueblos cristianos se criasen y aprendiesen la doctrina, a leer, escribir y cantar y costumbres cristianas; medio (como dijimos en otra parte) muy a propósito para introducir cristiandad en estas gentes; y que éstos volverían después a sus pueblos y les enseñarían y dispondrían para ser todos bautizados. No pusieron dificultad en la propuesta porque luego juntaron número de mozos y niños, para que escogiera el padre los que le pareciesen más a propósito: sacó de ellos veinte y cuatro y algunos de ellos hijos de caciques que con gusto se fueron en su compañía, vivieron con él y entre cristianos, hasta que fue tiempo de ir otro padre de asiento a esta nación, a bautizar toda su gente.

## CAPITULO XXXII

### *De otro particular suceso y fruto de la primera entrada del ministro de doctrina a los chinipas*

Felicísimos iban saliendo los frutos de esta primera entrada a los chinipas, pero todavía queda otro, con que la prosperó nuestro señor antes de la vuelta del padre a su partido. Y el suceso muestra bien, por sus circunstancias que fue dispuesto con particular providencia y moción del cielo.

Estando ya de vuelta a sus pueblos cristianos el padre y levantándose una mañana a la hora de oración (de regla de los de la Compañía) y estando en ella, le vino un extraordinario deseo de no partirse de Chinipa, sin tratar de asentar paces entre los chinipas y naciones serranas, ocho leguas distantes, que eran las ya nombradas, de guazaparis y temoris, mortales enemigos de los chinipas y de los cuales había oído mientras aquí estuvo el padre, que quince días antes habían cortado las cabezas de algunos chinipas y bailado y celebrado su bárbaro triunfo con ellas. Movido pues, con el extraordinario impulso que sintió y pareciéndole que por medio de estas paces podría reducir a nuestra santa fe aquellas descarriadas gentes, que tenían ya tan cerca la luz del Evangelio, pidió con encarecido afecto a los ángeles custodios de aquellas pobres almas (que aunque gentiles, no las priva Dios de ese singular beneficio) que le favoreciesen con su ayuda, e intercesión para este intento. Habiendo hecho el devoto padre esta oración, salió a la puerta de su casita y halló allí un indio chinipa, que le aguardaba para darle aviso que no lejos de allí, detrás de un cerrito, había visto a un indio guazapari, hermano de un cacique de esa nación, que le había dicho que deseaba ver al padre de los cristianos, pero que no se atrevía a entrar temiendo que los chinipas le matasen.

Y fue particular providencia de Dios que este mismo indio que vino con este mensaje no lo hubiese muerto, viendo en su tierra un enemigo mortal. Pero aquí andaban Dios y sus ángeles, que disponían la salvación de estas almas. Y el caso tiene un remedo de los que le pasó al glorioso San Pedro, cuando en oración le mostraron del cielo aquella sábana llena de animales fieros y era representación de los gentiles que venían de Cesarea a buscar al sagrado apóstol, para que los recibiese en la iglesia y cuando salió de su oración los halló a la puerta de su posada, como lo

refiere el libro de los *Hechos Apostólicos*. Semejantes circunstancias hallamos en nuestro caso que por ser patentes no me paro a ponderar. Pero al fin el padre habiendo salido de su oración en que había tenido tan particulares impulsos y deseos del remedio de los guazaparis y oído el aviso del indio chinipa, envió a unos cristianos fieles que le trujesen con seguridad al guazapari. Traído y llegado a su presencia, declaró el intento y deseo con que había venido, aunque con peligro de su vida, pero asegurábase con que allí estaba el padre de los cristianos con quien venía a tratar de paces entre chinipas y guazaparis y que éstos alcanzasen doctrina de cristianos y ministro que se la enseñase. Bien se manifiesta aquí el gozo del padre, viendo que iba Dios declarando los fines del impulso, que le había comunicado y encendido en su oración. Y para dar luego principio a la ejecución de ellos, hizo llamar a los principales de los chinipas; persuadióles que en señal de paz abrazasen al que venía a pedirla, olvidando todas las guerras y muertes pasadas (aunque tan frescas) teniendo de ahí adelante por amigos y hermanos a los guazaparis puesto que querían ser cristianos.

Vinieron los buenos chinipas en todo lo que les pidió el que ya respetaban como a su padre, el cual para mayor firmeza y seguridad de paces, que eran de tanto servicio de nuestro señor y remedio de tantas vidas de alma y cuerpo, aunque andaba ya de partida, determinó detenerse otros cuatro días, enviando recaudo con el indio guazapari a su nación, y dándoles aviso de que si gustasen de venir a verle, les aguardaría y podrían venir con toda seguridad a confirmar la amistad concertada. El indio partió con tanta diligencia y contento con la nueva que llevaba, que al cabo de dos días llegaron a verse con el padre más de cien guazaparis, hombres, mujeres y niños llenos de alegría, a los cuales recibieron él y los chinipas, con grandes muestras de amor. Y habiéndolos regalado y agasajado y confirmado de nuevo las paces, los buenos chinipas los cargaron de maíz, de que tenían falta en sus tierras y de otros dones a los que en otro tiempo despedazaran. Despidió el padre con todo a los huéspedes encargándoles refiriesen a sus gentes la buena acogida que habían hallado, así en el padre, como en los chinipas y que ya profesaban su amistad y hermandad, como cristianos, sin pretender, ni acordarse de venganzas ni muertes con ellos ni otra alguna nación. Y que lo mismo dijese a las demás sus allegadas de aquella serranía. Lo cual surtió el caso tan buen efecto, que en aquellos dos meses siguientes, no paraban de entrar en Chinipa tropas de todas aquellas gentes, con los guazaparis. Las cuales todas después se amansaron y redujeron al rebaño de Cristo y el padre dio vuelta a su partido, alegrísimo de los felices frutos de su jornada y fundamentos que dejaba echados a aquella nueva cristiandad.

## CAPITULO XXXIII

*Entra segunda vez el padre a los chinipas y las señaladas paces que se asentaron entre otras naciones encontradas*

No dejamos rematada ni doctrinada de asiento la nación de los chinipas, sino muy en sus principios, pero perseverantes, en sus buenos propósitos de tener padre de asiento en su compañía y recibir todos el santo bautismo. El padre no podía cumplirles estos deseos, por estar muy ocupado en sus pueblos cristianos de Sinaloa y Zoes, que como nueva cristiandad, aún no formada del todo, pedía su presencia. Añadíase a esto que los chinipas, con las demás naciones de que habemos hablado estaban distantes tres y más jornadas del partido del padre. Todo lo cual era de impedimento para poder hacer asiento en Chinipa, y por otra parte se aguardaban nuevos ministros de doctrina que vinieran de México, para las mieses que iba Dios disponiendo en Sinaloa y sazonzando para la siega. Supliose al presente esta falta con varios medios, el uno parte de los indios, el otro de parte del padre.

Los indios era muy perseverantes y continuos en ir a visitarle, pidiéndole los bautizase. El celoso ministro, de su parte conservaba con buenas pláticas esos propósitos y enviaba a veces algunos buenos cristianos de su partido que los visitasen y enseñasen o hiciesen ese oficio con buenas razones y consejos cristianos, encargándoles conservasen la paz asentada que es la que Satanás siempre procuraba turbar.

Pero Dios que tenía misericordia de estas gentes, les comunicó tanto fervor y deseos de verles cristianos, que movió a los chinipas, guazaparis y temoris a hacer jornada a la villa, distante casi ochenta leguas, a pedir con instancia al superior de los padres y al capitán, que diesen orden a que fuese un padre a sus tierras, que de asiento estuviese con ellos, los enseñase y bautizase. No se halló otro medio posible en aquel tiempo, para cumplimiento de tales deseos, sino que el mismo padre que había hecho la primera entrada, asegundase con otra y volviese a visitar las dichas naciones, bautizase sus párvulos y dejase la mejor disposición que posible fuese, hasta que llegase de México ministro que se pudiese encargar de propósito de su doctrina.

No es de olvidar aquí la piedad del capitán Diego Martínez de Hurdaide, de quien atrás queda hecha merecida memoria, el cual en carta que

escribió al padre, encargándole de su parte esta empresa, le dice estas formales palabras: "Tuvieronme por dichoso en poder besar la tierra que V.R. pisa yendo y volviendo en tal demanda y empresa." Testimonio bien claro de este valeroso y juntamente celoso seglar de la honra de Dios y salvación de las almas, y que tenía ciertas experiencias de las muchas que salían para el cielo entre estas gentes. Con esta orden de su superior, el padre dispuso segunda entrada y llegó a Chinipa donde fue recibido con las mismas demostraciones de alegría que la primera vez y él lo recibió de ver a sus bautizados del año antes y entender el deseo de aprender la doctrina cristiana, de los Chinipas, y hallar en ellos tan buena disposición.

Y porque no he dicho lo particular de las costumbres de esta nación digno de saberse, lo recogeré aquí. Las mujeres chinipas son muy honestas, vergonzosas, recatadas y más las doncellas; el vestido más decente que el de otras naciones. De los varones, raros los que tenían más de una mujer; y las casas (como dije) de paredes y terrados; y al fin gente en quien no había predominado tanto, como en otras, el barbarismo gentílico. Hizo recoger el padre los niños que habían nacido aquel año, con los demás que habían quedado por bautizar. Trujéronlos con mucho gusto y con él mismo los santificó el padre con el agua santa de ese divino sacramento. Con ellos también algunos viejos y viejas peligrosas, por su mucha edad que recibieron ese remedio de vida, sin la dificultad que otros endurecidos en esa edad suelen tener.

Y porque echaba de ver el padre, que no le era posible (sin hacer falta a su partido y feligresía) detenerse aquí, para suplir esta falta, mientras llegase otro que se encargase de ellos, resolvió dejar en compañía de los chinipas, un indio cristiano que traía consigo, muy cuerdo y que sabía leer y escribir, para que ése les enseñase la doctrina y costumbres cristianas, y en casos de urgente necesidad, pudiese bautizar los que estaban en peligro, porque estaba muy instruido en las cosas de la fe y se había criado en los seminarios y escuelas que de estos mozos se juntan. Este no era casado y para que su permanencia fuera más estable con nación extraña y que poco tiempo antes era enemiga, resolvió el padre casarlo con mujer chinipa, con quien emparentado podía mejor acudir a esta buena obra. Conformóse el mozo con el parecer del padre y gustaron tanto los chinipas de que se les quedase a enseñar la doctrina, que le ofrecieron por mujer la doncella que escogiese entre todas las del pueblo. Escogióse una tan honesta, que llamando el padre, al que según la carne lo era de la doncella, para que su hija se casase con aquel mozo tan cuerdo y virtuoso y que había de quedar en su pueblo, a enseñarles la doctrina y costumbres cristianas. La respuesta fue decir: padre, yo y mi mujer gustaremos mucho deste casamiento. Pero nuestra hija tiene tanto horror a compañía de varón, que si tú no le hablas y persuades ese casamiento, temo que nosotros no lo recabemos de ella. Buena prueba de la honestidad, que dije se hallaba en las doncellas de esta nación. Al fin

el padre la persuadió a que tomase por esposo, al que le haría muy buena compañía, y que podía hacer mucho bien a su nación.

Efectuose el casamiento y recibieron con él tanto gusto los chinipas, que todos los principales llevaban a los desposados a sus casas, a celebrar con varias fiestas las bodas, que salieron tan acertadas. Porque la mujer era consorte inseparable de su marido, cuando andaba por los pueblos y rancherías enseñando la doctrina, y a menudo volvían juntos, camino de tres jornadas a ver su padre espiritual y confesar y comulgar entre año. Y no contento este virtuoso mozo con el oficio que hacía entre los que ya eran sus parientes chinipas; también se entraba a los guazaparis y temoris, que habían sido capitales enemigos y los conservaba en las paces asentadas, que dijimos en el capítulo pasado, y los iba preparando bien para el santo bautismo.

Todo lo dicho disponía el padre estando en pueblos de Chinipa, de donde trató de pasar a visitar las otras naciones de guazaparis y temoris, por haberlo ellos pedido. Entre éstos había un cacique de mucho nombre, llamado Cobameai, que nunca había salido, ni visto al padre, ni a pueblos cristianos, con los que antes habían salido a visitarlos. El padre le había enviado algunos recaudos con sus parientes, significándole que deseaba verlo. Y finalmente le envió a decir, que había llegado a Chinipa con deseo de entrar a sus tierras, como antes había prometido a los demás caciques y visitar a sus hijos. Para lo cual holgaría saber su gusto y entrar en su compañía.

Con este aviso, el Cobameai se vino a ver con el padre y muy acompañado de gente. El día que llegó fue de grande gusto y alegría para los chinipas, viendo ya en sus tierras el que era cabeza de naciones, que habían estado tan encontradas en antiguas guerras, y ya de paz al que era el terror de todas ellas. Era indio de grande cuerpo y robusto, y aunque bien proporcionado, de fiero rostro y horrendo en el mirar y de edad de cincuenta años. Llegó vestido de manta de color azul, larga hasta los pies, las orejas cercadas de los zarcillos que ellos usan, adornados de conchas de nácar labradas y ensartadas en hilos azules y cercan toda la oreja. Acarició y regaló el padre a este indio con toda su gente. Los caciques chinipas lo llevaron en su compañía por el pueblo y llegando al medio de él, subió el Cobameai a una azotea de una casa, y desde ella predicó a su usanza, un sermón de una hora, con grande energía y voces, tratando de la paz y amistad que se asentaba perpetua entre dichas naciones y convidando a los chinipas a que entrasen de ahí adelante en sus tierras, que ya todos tenían un padre y se habían de tratar como hermanos y contraer matrimonios entre sí. Y después de esto entretuvieron todo el día en convites, danzas y fiestas de mucho regocijo. Acabada la fiesta encargó el padre a Cobameai y su gente, hiciesen abrir camino para poder pasar a su tierra (que como se comunicaban tan poco antes estas naciones, no lo habían abierto) y que en avisándole, que estaba dispuesto, y la gente

junta, se partiría a verlos. Ejecutáronlo todo con mucho cuidado. El mismo Cobameai, con sus hijos hizo una enramada en el camino, donde descansase el padre; y por si pudiese decir misa, levantaron una cruz en ella.

Llegó el padre a las poblaciones o rancherías de guazaparis; recibióle con mucha fiesta y regocijo; halló iglesia hecha de madera y paja, habiendo convidado algunos cristianos que les enseñaran a hacerla. Y lo mismo pasó en los temoris, distantes tres leguas. En estas parcialidades habría como quinientas familias. Los puestos y tierras de estas gentes, eran pedregosas, y entre peñas hacían sus sementeras de maíz: el temple muy frío, por caer más debajo del norte y sujeto a nieves.

Considerando pues el padre estos puestos y parajes de esta gente y serranía tan doblada, agria, seca y estéril, los altos y horribles peñascos en que vivían, con falta de agua y de sitio a propósito para población y el natural más fiero y belicoso, que el de otras muchas naciones. Resolvió en esta ocasión no dar el santo bautismo, sino a niños de un año, poco más o menos de edad, para por una parte dejarlos contentos y con prendas de que serían cristianos; y por otra que se fuese sazonzando más esta mies y hubiese tiempo para que llegase padre de México, que de propósito se encargase de ella. Dejó demás de eso asentado, que a su tiempo fuesen algunos de ellos a visitarle a sus pueblos cristianos, con intento de conservarlos en sus buenos propósitos; y ellos lo cumplieron. Finalmente dio orden para que el indio cristiano y maestro de doctrina, que se había casado en Chinipa, los visitase y les enseñase costumbres cristianas y en algún caso de necesidad y peligro bautizase los enfermos; y todo se ejecutó con mucho provecho de los guazaparis y temoris, que tenían cuidado de recogerse a la iglesia pobre que tenían y rezar y aprender las oraciones.

Y en este estado habremos de dejar estas naciones, hasta que llegue el tiempo de su total conversión y doctrina; añadiendo aquí que cuando el padre las visitó, vinieron a verle y de paz, otras dos naciones también serranas, llamadas ihios y varohios, pidiendo pasase a sus tierras y bautizase a sus hijos. Pero no tenía orden de los superiores para empeñarse en naciones tan distantes, y en las cuales aún no se conocía sazón y disposición para con seguridad emplear en ellas las margaritas del Evangelio. Pero no despidiendo del todo sus buenos propósitos, les dio esperanzas para su tiempo, cuando hubiese padre desocupado que les pudiese acudir. Y habiéndolos regalado y acariciado, los despidió.

Y fueron tan perseverantes estos ihios y varohios, con las otras naciones, en su demanda y pretensión, que finalmente dos años después la consiguieron y entraron en doctrina y se bautizaron millares de almas, cuyo bautismo costó y tuvo por premio la corona de martirio de dos padres, que en esta empresa derramaron su sangre, de que se escribirá al fin del libro siguiente, después de la conversión de la nación populosa de

los mayos, que fue primera en tiempo que la de las naciones dichas y no distaba mucho de ellas. Y rematará este libro con la relación de la vida, empleos y virtudes ejemplares de dos religiosos, que por muchos años se emplearon y murieron trabajando en las santas misiones de que hasta aquí habemos escrito.





## CAPITULO XXXIV

*De la muerte y ejemplos de grande religión y celoso deseo de la salud de las almas, en que murió doctrinando a estas naciones el padre Juan Bautista de Velasco*

Dignas de escribirse y de que queden en la memoria, son las señaladas virtudes, trabajos gloriosos, empleos apostólicos de aquellos ministros del Evangelio, que por muchos años se emplearon y gastaron su vida, aunque no la perdieron, al filo de la espada, ni heridos y cubiertos de flechas; pero sí padeciendo grandes y prolongados trabajos en empresas de tanta gloria de Dios y bien de las almas, como son las de estas santas misiones. Además de ser esta materia propia de esta historia, como lo es en los que escriben y celebran conquistas y batallas temporales, hacer historia de las virtudes y hazañas de capitanes y soldados que se señalaron en acciones memorables y obras heroicas; que sirven de ejemplo y crían esfuerzo y ánimo en los que las leen; así las de nuestros varones apostólicos; demás de adornar como con preciosas joyas nuestra historia, convidan también maravillosamente a su imitación, como elegantísimamente ponderó el gran Basilio, diciendo: *Quemadmodum exigne naturaliter emicat splendor, et ex unguento diffunditur odor, sic ex Sanctorum commemoratione gestorum ad omnes proveniunt utilitates.*

Habiendo pues escrito en el segundo libro el dichoso martirio del fundador de las misiones de Sinaloa, el venerable padre Gonzalo de Tapia, escribiré en este tercero la santa muerte, señaladas virtudes y premio de santos trabajos del padre Juan Bautista de Velasco, uno de los primeros obreros evangélicos, que escogió y condujo a la hora de prima el señor de la viña, para que trabajara en la de Sinaloa; y este muy religioso varón fue el primero, que por muerte natural, después de la violenta del venerable fundador de las misiones padre Gonzalo de Tapia, pasó al cielo a recibir la paga del jornal; no del trabajo de un día, como los recibieron los que Cristo nuestro señor representó en su divina parábola por San Mateo, sino paga de veintidós años, que con inmensos trabajos y fatigas cultivó las naciones del río de Sebastián de Eborá y de sus marismas, que es el primero de Sinaloa.

Nació este evangélico ministro en la ciudad de Guajaca, de la Nueva España, de padres honrados y fue recibido en nuestra Compañía, donde estaba estudiando, siendo de diez y seis años y habiendo acabado sus

estudios y aprovechado con ventajas en letras y virtudes, muy propias de un hijo de la Compañía; como a sujeto tan cabal, le escogieron los superiores para la misión de Sinaloa, en sus principios. Entró en ella de edad de veinte y nueve años; y los veintidós que estuvo en esta misión, padeció o no sé si diga mejor, que gozó de lo más trabajoso de ella, por el consuelo y paz con que lo padecía: cuando la tierra casi toda era de infieles y los indios estaban más sobre sí, libres y bárbaros, sin tener a quien temer, furiosos en sus vicios y borracheras: y en medio destos y otros muchos trabajos y penalidades, él fue uno de los principales ministros, que con la ayuda de nuestro señor, con su celo y predicación, redujo la tierra al estado que hoy goza y posee.

Padeció en la empresa grandes incomodidades, careciendo de toda humana comodidad: llegándose a esto el ser de complexión muy delicada y achacosa. Recogió su rebaño y procuró siempre adelantarlo y perfeccionarlo en toda cristiandad, que sirvió de modelo y ejemplo de otras que después se fundaron. Predicaba todos los domingos y fiestas del año, cantando juntamente la misa, sin estorbar a esto enfermedad o achaques que tuviese. Demás de esto imitó al apóstol San Pablo, en aquel celo de la salvación de las almas, en que no se satisfacía ni contentaba con promoverlas a la virtud, por medio de los sermones públicos, sino que a ellos añadía pláticas particulares y santas conversaciones; como lo testificó en la que tuvo con los curas de Epheso, diciéndoles: *Scitis quomodo nihil subtraxerim utilium, quominus annuntiarem vobis, et docerem vos publicé, et per domos, testificans paenitentiam, et fidem in Dominum nostrum Jesum Christum.*

Mucho de esto ejercitaba el celoso padre Bautista, haciendo pláticas particulares a los más capaces y reprehendiéndoles en ellas sus vicios y en ocasiones alabándoles sus acciones virtuosas, con tanta destreza y suavidad, que se veían muy buenos efectos en la enmienda de los que le oían. Amaba tiernamente a sus hijos, y como padre salía a su defensa, en cualquier agravio que contra ellos se intentase. En sus enfermedades les era médico espiritual y corporal, curándolos muchas veces por sus manos; gastaba en esto parte de su limosna; y solicitaba que le trajesen de México medicinas convenientes a sus necesidades. Sabía el padre perfectísimamente las dos lenguas principales de esta provincia y las redujo a arte y predicaba en ellas como en romance. Decía no le costaba más trabajo la lengua, que querer predicar: y así fue maestro de los demás que entraron en esta misión. Puso singular cuidado en el culto divino de sus iglesias y que en ellas se celebrasen los divinos oficios, con el aparato y decoro que convenía. Y por ser grande la pobreza de la tierra, a costa suya y quitándolo de lo que era necesario a su persona, edificó las de sus pueblos y las adornó, quedándose en tanta pobreza, que al cabo de veinte y dos años usaba de la frazada que había traído de México.

Entre las muchas virtudes, que se conocieron en el padre, resplandeció señaladamente la que el hijo de Dios muy en particular encomendó a sus primeros predicadores del Evangelio: *In patientia vestra possidebitis animas vestras*. Con grande paciencia, sufrimiento e igualdad de ánimo, llevaba el padre las cosas adversas, de suerte que ni se turbaba, ni hubo quien le viese alterado en ocasiones que se le ofrecieron, sino que recogido dentro de sí, con gran serenidad de rostro pasaba por todo, no olvidando virtud tan encomendada de Cristo señor nuestro, librán道les a sus siervos, el ser señores de sí mismos y de sus acertadas acciones en la virtud sufridora de la paciencia que es la que asegura los buenos sucesos y victorias y aumenta frutos en sí y en los prójimos, como los aumentó en el padre Juan Bautista.

Con esta virtud anduvo muy hermanada la humilde resignación a los superiores, para ejecutar y ejercitar las cosas más dificultosas que le mandasen; y la una y otra virtud, se echó muy bien de ver y perseveró muy a lo largo y tendido, perseverando tantos años escondido y olvidado en tierra y puesto tan remoto y apartado, teniendo, como tenía muy buenos talentos con que pudiera lucir mucho en otros puestos; y estuvo señalado en el número de los que se habían de emplear en leer cátedras de facultades mayores. Muchas veces le habían insinuado los superiores se viniese a México, a los buenos empleos que allí podría tener y nunca quiso desamparar su rebaño que tan tiernamente amaba.

En negocios de importancia tenía don de consejo, prudencia y muy acertados dictámenes, de que se ayudó mucho el capitán de Sinaloa Diego Martínez de Hurdaide, en casos de tanta monta como los que se ofrecían en esta provincia y siempre tuvo por su confesor al padre Juan Bautista. Otras dos cosas campearon sobre manera en este muy religioso varón. La primera, la pureza virginal que guardó toda su vida; de que fue prueba que al tiempo que le olearon dando gracias a nuestro señor por este don y merced de su divina mano, al decir aquellas palabras: *Indulgeat tibi Dominus quidquid peccasti per ardorem libidinis*, dijo estas palabras: por la bondad de nuestro señor, no tengo cosa grave que me remuerda aquí desde que nació. La segunda fue lo que pocos días antes que muriese dijo a propósito de una conversación que tuvo con un padre; fue, que no se acordaba en toda su vida haber mentido advertidamente: Argumento grande de que nuestro señor lo conservó en la primera gracia bautismal, al que anduvo tan cuidadoso y advertido en materia tan ligera y fácil de tropezar en ella.

Murió de cincuenta y un años, los diez y siete de ellos de profeso de los cuatro votos de la Compañía. Dispúsule nuestro señor, para la muerte con tres meses de enfermedad que tuvo su principio en una postema que le acabó. Pasó su dolencia y trabajo sin darlo; y con estar tan flaco, por no faltar a las órdenes de la obediencia, vino desde su partido a la junta y conferencia que los padres cada año suelen hacer en el colegio de la villa.

Y habiendo cumplido con esa obediencia, no obstante, que más estaba para el descanso de una cama, que para el camino de unas diez leguas que distaba uno de los pueblos de su partido donde volvió; quiso Dios, que en él consumase el curso de su santa vida, como buen pastor, cuidando hasta la muerte de las ovejas que Cristo nuestro señor le había encargado y asegurando la muerte como buen soldado en el palenque. Apretole la enfermedad, acudieron dos padres de los más cercanos y viéndole tan debilitado y exhausto, le dijeron que entendíanse llegaba el término de su vida. Respondió el padre preguntando: ¿Y si me muero de esta enfermedad, me salvaré? ¿y habrá Dios misericordia de mí? A lo cual le respondieron, lo que por la misericordia de Dios su buena vida prometía en esta parte y el haber entrado en la Compañía tan niño. Entonces el bendito padre dijo: pues si eso es así, ea, muramos y vamos a ver a Dios.

Invocaba muy frecuentemente el nombre dulcísimo de Jesús pidiendo reliquias, rosarios y agua bendita y viéndose ya muy al cabo, él mismo pidió el Cristo y habiéndose quedado por grande rato desmayado, volvió en sí y dijo: esperemos, que ya he concertado con nuestro señor que tenga yo el Purgatorio en esta vida y en conformidad de esto vivió tres días que piadosamente podemos creer, era lo que le faltaba de purgar. Recibió el día siguiente el viático, puesto de rodillas en la cama y los dos siguientes gastó en oración, disponiéndose para el último trance. En él no se olvidó de las almas que Dios le había encomendado. Hizo llamar a los más principales de sus indios. Encomendoles que se aprovecharan de lo que les había enseñado y que tuviesen grande amor y reverencia al padre que le sucediese, y finalmente estando en dulces razonamientos y coloquios con nuestro señor, se les fue casi sin sentir al cielo, lunes veinte y nueve de julio, del año de 1613, y veinte y dos después que se echaron los primeros fundamentos a las misiones de Sinaloa.

Mostraron los hijos que había engendrado en Cristo el sentimiento de su muerte y de lo mucho que debían a tal padre y protector. Porque al punto que murió se juntó el pueblo en la iglesia, llorando su falta y con grande sentimiento clamaban: muerto nuestro padre, quién nos defenderá y remediará en nuestras necesidades. Las indias, al modo que suelen llorar sus muy queridos difuntos, levantaron por todo el pueblo llanto, y alarido lastimoso. Trújose su cuerpo a la villa. Vinieron con él los dos padres que le habían asistido, siguiéndole todos los indios de aquel pueblo. Salió el capitán más de dos leguas a recibirlo, con todo su presidio y fue el primero que echó mano a las andas y trajo hasta nuestra iglesia. Hicieron los oficios once padres que de todas partes se juntaron, quedando el despojo de su cuerpo en la iglesia de Sinaloa; y la memoria de un tan apostólico misionero, perpetuada en aquella provincia, y sus ejemplos vivos a los demás y en los pueblos de su feligresía, cogiéndose hasta hoy muy buenos frutos de la cristiandad que fundó con tanto cuidado, celo y vigilancia.

## CAPITULO XXXV

*De la vida, dichosa muerte, ministerios y trabajos en que ayudó a las misiones de Sinaloa y padres que en ellas se empleaban, un hermano coadjutor de nuestra Compañía de Jesús*

A la vida y muerte del muy religioso padre Juan Bautista de Velasco, se le seguirá en este capítulo la vida, virtudes y muerte de un hermano de nuestra Compañía, llamado Francisco de Castro, a quien escogió Dios para que por tiempo de treinta y tres años y con ejercicio de sus grandes virtudes e innumerables trabajos, incansables diligencias dentro de la esfera de su estado de coadjutor temporal, ayudase, promoviese y sustentase la cristiandad de Sinaloa desde sus principios y fuese el alivio de los mayores trabajos que por esos tiempos pasaron los ministros del Evangelio en cultivar esta viña de cuyos frutos y merecimientos de su labor, le cupo muy dichosa parte a este grande siervo de nuestro señor, y los señalados ejemplos de virtudes que nos dejó que imitar, merecen escribirse aquí juntamente con su muerte, que en Sinaloa dichosamente remató.

Fue el hermano Francisco de Castro, natural de una aldea junto a Sevilla, llamada Gines, de padres honrados; que tenían a su cargo las haciendas del marqués de Villamanrique, a quien lo dio su padre, para que viniese en su servicio, cuando pasó por virrey a la Nueva España y mostró bien la estima que de él tenía el marqués, con lo que dijo al padre Antonio de Mendoza, que siendo provincial le pidió su beneplácito para recibirle en la Compañía y habiéndolo dado y acreditado sus buenas partes, añadió: no le pesará a V.P. de haberlo recibido. Entró en la Compañía de edad de veinte y cinco años y desde luego se aplicó muy de veras al empleo de su vocación de hermano coadjutor, de que él siempre hizo grande estimación con el buen juicio de que fue dotado; y llenando el ministerio para que la divina bondad lo había escogido.

Luego que salió del noviciado, se ejercitó por espacio de cinco años con mucha humildad, en oficio de cocinero en el Colegio de México, haciendo ese humilde oficio (si bien alto en la casa de Dios) con grande edificación y ejemplo de aquel colegio de que dejó en él grande memoria. De allí le sacó nuestro señor, para muy gran servicio suyo y mucho bien de la provincia de Sinaloa, en ocasión que el santo padre Gonzalo de Tapia, como queda dicho, había ido de ella a México a tratar del asiento

de las cosas de esta misión. Siendo, pues, el hermano Francisco, sujeto tan a propósito para ese intento, puso en él los ojos el padre provincial y lo envió para alivio de los padres que andaban ocupados en continuos ministerios espirituales. Entró pues en la provincia de Sinaloa, bien a sus principios, donde trabajó tanto en ayudar de su parte a su buen asiento y acrecentamiento así en lo temporal, como en lo espiritual, que en gran parte se debe a su solicitud y mucha prudencia en los medios y tesón en el trabajo, lo abundante de frutos espirituales que en ella se han cogido. Pegósele mucho al buen hermano de aquel grande celo del santo padre Tapia, fundador de las misiones, de que se convirtieran a Dios todas estas naciones gentiles. Y nunca perdonó de su parte a medio en que él dentro de su esfera pudiera ayudar, exponiéndose a no pocos peligros de la vida en esta empresa. Y de la ocasión en que la perdió cruelmente (como queda escrito) su querido padre Tapia, le oí yo decir después: si yo me hallara allí no pudiera menos de morir abrazado con el santo padre. Y díjolo lastimándose de no haberse hallado presente en esta ocasión.

Llegó a Sinaloa el hermano Francisco a tal tiempo que ni iglesia, ni casa tenían los padres, ni en lo temporal cosa a que volver los ojos; y luego se aplicó con todas sus fuerzas a cuidar y ayudar en cuantos oficios son necesarios en una comunidad en que él era solo para ellos. Procuró que los padres, que con tantos sudores y trabajos cultivaban esta nueva viña, tuviesen el sustento necesario, y él aderezaba el que por ese tiempo muy dificultosamente se alcanzaba. Edificó aquella casa y dos iglesias, trabajando él personalmente en la obra; lo cual continuó por espacio de treinta y tres años, cuando se ofrecía alguna ocasión y aun después cuando viejo, con el mismo aliento y tesón, que cuando comenzó y era más mozo sin que jamás aflojase. Era cosa que admiraba en tierra tan caliente y tiempo que arrojaba el sol rayos de fuego, sin desayunarse verle al resistero de él trabajando personalmente, poniendo los adobes, ayudando a asentar las maderas con los indios, cuando ellos (aun estando desnudos) sudaban a arroyos de agua.

Y para declarar en particular las virtudes de este siervo de Dios, comenzaré por la que debe ser la primera, de su pura y santa intención en sus acciones, que es la que les da quilates; y aunque ésta es y debe ser, interior, como dijo San Gregorio, con todo se descubría y echaba de ver en su semblante y en el modo y atención con que se empleaba en ese su ordinario trabajo, poniendo la mira continuamente y su consideración en el agrado de Dios nuestro señor sin pretensión humana; lo uno, porque era hombre verdaderamente espiritual y lo otro, que en sus obras, ni había rastro de comodidad propia, ni estimación de su persona, ni otro respeto temporal sino puramente hacer lo que tenía entendido ser del divino servicio. Este santo intento avivó y levantó de punto el buen hermano con unos continuos deseos de la salvación de tantas almas, como las que se convirtieron a Dios en Sinaloa, en que sin duda tuvo gran

parte de merecimiento. Porque sus continuas ansias era, de que nuevas naciones recibieran la luz del Evangelio.

Hallándose una vez en un pueblo numeroso de gentiles y oyéndoles decir que ya pedían padres que los fueran a doctrinar; sin aguardar a más, hizo aderezar una grande y hermosa cruz y él de rodillas la levantó en su plaza con grande fiesta, e hizo que todos aquellos bárbaros se postrasen y adoracen esa divina señal de nuestra redención. Con que los dejó muy alegres y después recibieron nuestra santa fe. Con este celo y en orden a la dilatación de la santa fe, se empleaba siempre con singular solicitud y cuidado en cualquier parte y con cualquier ministro de doctrina donde se hallaba; y al punto que llegaba al partido o pueblo donde estuviesen, luego se aplicaba a ayudarles, o en obra que trujesen o en otro cualquier ministerio, en que él les pudiese ser de alivio.

Cuando estaba en nuestro colegio de la villa, donde era su ordinaria asistencia, ahí era el refugio a quien acudían los padres en sus necesidades; que como eran tantas, llovían cartas y despachos al caritativo hermano, en quien siempre hallaban entrañas de una amorosa y cuidadosa madre. Este tesón de obras y deseos santos, procedía y se conservaba con los ejercicios de oración y devoción en que gastaba el tiempo que le sobraba de otras ocupaciones exteriores, y señaladamente gran parte de la noche (como después diré) sin faltar por esto a la hora de oración de comunidad a la mañana. Con el mismo y aun con mayor efecto acudía a los oficios divinos, ayudaba las misas cantadas y las que podía rezadas. A esto se juntaba una notable afición y aplicación que tuvo siempre a adornar los altares y colgar la iglesia para las fiestas, como si fuera otro su oficio; y estaba en las ceremonias eclesiásticas que le pertenecían, como si no fuera más que sacristán, hallándose todo en cada oficio. Ponía grande cuidado con los superiores, que enviaban a México por cosas de ornamentos y del culto divino, procurando que cada año se trajese algo de esto y siempre se adelantase y mejorase. De manera que las buenas nuevas como de venida de flota que le podían dar y se las daban por tales los padres, cuando llegaba el avío que se lleva de México de año en año, era decirle que ya se traían algunos ornamentos para la iglesia.

Sabido es de los varones espirituales, que con el ejercicio y trato de verdadera oración anda junta la penitencia y mortificación. Pues el religioso hermano puso siempre gran cuidado de hermanar esas dos virtudes. Hacía cada día disciplina y su comida (con trabajar tanto) muy templada y limitada, sin cuidar de ella en innumerables caminos que andaba en la provincia. Y cuando estaba en casa, era menester traerle casi de por fuerza al poco y pobre sustento con que pasaba. Con ser tierra tan caliente y de fatiga, ni se desayunaba por las mañanas, ni bebió vino, ni el chocolate con ser éste tan usado en el reino. Y esta mortificación fue mucho más señalada y singular en el sueño, así por ser muy poco lo que dormía, como porque siempre dormía vestido y no acostándose en cama,



en los treinta y tres años que vivió en aquella misión, ni aun se acostaba a descansar en el suelo, su perpetua cama era una silla, en que sentado dormía algunos ratos ligeramente y de allí se levantaba por irse a la iglesia a la presencia del santísimo sacramento, y de esta manera unos ratos en oración y otros reposando con esa sobriedad en su silla, pasaba la noche. Y cuando caminando, las noches le cogían en el campo, las pasaba sentado arrimado a algún árbol, o lo que a mano hallaba, y paseándose sin acostarse, guardando el mismo tenor de penitencia en todas partes y tiempos, hasta el de su muerte, como después diremos.

En su pobreza fue admirable, de que dio claros ejemplos. Su vestido siempre viejo y remendado y ése era su consuelo, teniendo su pobreza en lo temporal por riqueza para lo eterno. Cuando trabajaba en las obras siempre usaba sotana de paño pardo basto, con tanta consolación, que le rebosaba el gozo. Su humildad era a la medida de su exacta pobreza. Ningún oficio, ni ejercicio, ni ocupación, por humilde y baja que fuese la desechó; todo lo abrazaba con firmeza y alegría. Nunca habló de sí ni de sus cosas, ni de los muchos trabajos que sufría y pasaba en tan santas ocupaciones, ni los tomaba en la boca.

En lo que también resplandeció singularmente su humildad, fue en el gran respeto y reverencia que tenía a los sacerdotes a los cuales siempre habló descubierto y en pie, los ojos bajos y el rostro, con una modestia y encogimiento grande; y al despedirse, inclinando la cabeza, con un afecto y reconocimiento grande del estado sacerdotal. Y aunque parezca menuda la acción que ahora diré, todavía es bien significativa de esa reverencia. En el refectorio no se lavaba las manos con el agua que estaba preparada para lavarse los padres sacerdotes, sino después de ellos con la que había caído de sus manos en la vasija que allí había; mostrando esa particular reverencia a las sagradas manos sacerdotales. Su caridad fue muy señalada para con todos grados y estados. Ninguno la echó menos y todos hallaban socorro en el hermano Francisco, hasta los de fuera de casa que de ella necesitaban; porque como la gente de esta tierra tan remota, es tan menesterosa y necesitada, hay bien en que ejercitar la caridad con ella. Tan humano era para todos, tan benigno para sus prójimos, tan socorrido para los pobres, y con tal agrado y suavidad en su trato, que parecía y se decía de él, ser la madre de la provincia.

En el oficio de procurador, que tenía a su cargo, ora prestando lo que había en casa, ora dándolo liberalmente, era el socorro de necesitados en sus hambres y enfermedades, según la licencia que para ello tenía de los superiores. Una vez que se iba una persona pobre sin lo que pedía, por parecerle al superior, que entonces hacía falta en casa: sabiéndolo el caritativo hermano, se fue con lágrimas en los ojos al padre rector rogándole, que no se quedase sin remedio aquella persona, porque de esta casa (decía) nadie ha de ir desconsolado; y no lo quedó éste necesitado, ni el hermano sin el título de que era todo para todos. Porque aun a los

indios es indecible la caridad, amor y agajaso con que los trataba. Acudía-les, dando la comida a los innumerables que de varios partidos de los padres venían al colegio, curando los que caían enfermos. Y cuando estaba en sus pueblos, donde no había quien los sangrase, él hacía ese oficio, cuando era menester y curaba sus llagas, de donde los indios todos de la provincia le habían cobrado tan grande y singular amor, que era para ellos día de alegría cuando iba a sus pueblos y entraba en ellos, aunque fuesen de gentiles; y entraba en ellos con tanta seguridad, cuando iba a rescatar o a comprar maíz para el gasto del colegio, que todos se le llegaban como si vieran a su padre.

A estas virtudes que reconocimos en el hermano Francisco de Castro, se pueden añadir otras, que las perfeccionaba a todas, de su mucha prudencia y buen juicio, llaneza, sinceridad y verdad, sin afectación, con que en todo procedía. Fue singularmente loable la uniformidad y constancia en su modo de proceder, sin descaecer de un mismo tesón de caridad, y ejercicios santos, con que dio el colmo y corona a todas sus virtudes. Asentó en su pecho la sentencia de Cristo, maestro de la vida: *Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit*. Llevó hasta el cabo la virtud con que había comenzado, representando siempre el papel de ejemplar, ajustado, puntual, penitente y santo religioso, según el estado a que Dios le había llamado. Y así le dispuso nuestro señor la muerte en conformidad de la vida. Porque le cogió trabajando en una labor que tenía aquel colegio, tan apresuradamente y tan sin comodidad como siempre había vivido, y aunque no distaba de aquel colegio más de dos leguas, le asaltó y apretó tan fuertemente un dolor de estómago, sin tener quien le diese algún remedio o cuidase de su cura, que le acabó en tres horas. Parece que con eso quiso Dios apresurarle el premio de sus santos trabajos; porque aunque un buen hombre, que ahí se halló le aconsejaba, que se viniese al colegio, reconociendo el buen hermano la malignidad del dolor, le dijo que si había de morir en el camino, mejor sería morir allí con sosiego. Dispusieronle una cama de la ropa que allí se halló; mas como no la había usado tantos años, no se pudo acomodar a ella. Tendiéronle una estera en el suelo, y tampoco pudo descansar, por venir a morir en su antigua cama, que era una silla pobre, y así pidió le pusiesen en ella; asentado pidió un Cristo y una candela bendita, y encomendándose con gran sosiego a nuestro señor, le ofreció su alma. Dos días antes había confesado y comulgado en el colegio, porque siempre que se hallaba en él, frecuentaba el recibir ese divino sacramento, domingos y jueves; y toda su vida fue una continua preparación para la muerte.

Podemos con mucha razón decir de este fiel y prudente siervo, que fue uno de aquellos que pintó Cristo nuestro señor en su divina parábola, significando lo primero los ministerios en que le ponía: *Quis putas est fidelis servus, et prudens, quem constituit Dominus super familiam suam, ut det illis cibum in tempore*. Y luego canonizándole por bienaventurado si se

empleaba en ellos y daba buena cuenta de sus obligaciones. Para que cuidara y sustentara su amplia y nueva familia, que Dios tenía en Sinaloa, podemos decir, que había criado y escogido nuestro hermano Francisco. Estando con la obra en las manos y trabajando en ella con gran solicitud, le halló el señor, lo cual significaban cuantos padres misioneros le conocieron y trataron por muchos años, diciendo: si nuestro padre San Ignacio viviera ahora y conociera al hermano Francisco, le echara los brazos encima y dijera: éste es propio hermano de la Compañía de Jesús y como yo lo pido en mis reglas. Y así bien podemos entender, que ese señor le cumplió la promesa hecha a sus siervos fieles: *Beatus ille servus, quem cum venerit Dominus eius invenerit, sic facientem, quoniam super omnia bona sua constituet eum.* Y que con mucha bienaventuranza premió Dios los santos y grandes trabajos de este su siervo en el cielo, de donde tiene continuo cuidado la divina bondad de enviar tales obreros como éste y otros, de que se escribe en esta historia, a la nueva viña que ha plantado en Sinaloa. Y con esto pasará la historia a otra nueva y copiosa mies, que esa misma divina clemencia dispuso en esta provincia, para que recibiese la luz del Evangelio.

## INDICE

Prólogo .....	7
Prólogo, introducción y razón de la historia .....	17

### LIBRO PRIMERO

#### DESCRIBESE LA PROVINCIA DE SINALOA, LAS NACIONES QUE LA HABITAN, SUS COSTUMBRES Y LA PRIMERA ENTRADA DE NUESTROS ESPAÑOLES A ELLA

I. Del sitio y términos de la provincia de Sinaloa, sus temples y calidades, ríos, montes, y animales que en ellos se crían .....	27
II. De la variedad de naciones que habitan esta provincia, frutos de tierra que gozan, modo de habitación y sustento .....	33
III. De los vicios y costumbres bárbaras que más predominan; y también de los que carecían estas gentes ....	37
IV. De los juegos singulares, entretenimientos y cazas que usaban estas gentes .....	43
V. En que se trata si se hallaba idolatría formal en estas gentes, o si eran ateístas, también de sus hechizos y supersticiones y sermones célebres que usaban .....	49
VI. De lo que se ha podido averiguar del origen de estas gentes, paso que tuvieron para venir a poblar esta región, variedad de sus lenguas, la importancia de que los ministros evangélicos las aprendan .....	53
VII. De las primeras noticias y descubrimientos de la provincia de Sinaloa y de sus naciones y términos ....	59
VIII. Llegó Alvar Núñez Cabeza de Vaca con sus compañeros a México, y por las noticias que dio al virrey, mandó se dispusiese una jornada para Sinaloa y sucesos de ella .....	65
IX. Dispone y hace otra entrada a la provincia de Sinaloa, el gobernador de la Nueva Vizcaya Francisco de Ybarra, y funda en ella una villa .....	67

- X. De otra entrada que hizo el gobernador Hernando Bazán al castigo de los que dieron la muerte a los vecinos de la villa de Carapoa y suceso de la jornada ..... 71
- XI. Del estado en que quedó la provincia de Sinaloa, después que salió el gobernador Bazán: y de solos cinco españoles que en ella quedaron ..... 75

## LIBRO SEGUNDO

### DE LA MISION DE SINALOA EN QUE SE TRATA DE LA PRIMERA ENTRADA QUE A ELLA HICIERON LOS PADRES DE LA COMPAÑIA DE JESUS; Y PRINCIPIOS DE SUS MINISTERIOS

- I. Pide el gobernador de la Nueva Vizcaya al padre provincial de la Compañía le envíe religiosos que se empleen en la conversión de gentiles de aquel reino; a que fueron despachados dos padres ..... 79
- II. Parten de Culiacán para Sinaloa los padres: su recibimiento en el camino y llegada a su villa ..... 83
- III. Dieron los padres orden para la doctrina y bautismos en la villa y pueblos circunvecinos: y escríbese un abuso gentilico, que desterraron ..... 87
- IV. Los españoles de Topia hacen instancias a los padres visiten su real, e indios comarcanos gentiles: sucesos del que fue, y casos particulares en Sinaloa ..... 91
- V. Celebran los padres la primera Pascua de Navidad y llegan otros dos de México, para donde determina el padre Gonzalo de Tapia hacer viaje ..... 95
- VI. Habiendo llegado de México el padre Gonzalo de Tapia, suceden dos casos notables en la provincia de Sinaloa ..... 99
- VII. Los indios del pueblo Deboropa dan la muerte al padre Gonzalo de Tapia, y la forma en que sucedió el caso ..... 103
- VIII. Sábese la muerte del padre en la villa; búscase el cuerpo, hállase con singular postura y dásele sepultura ... 107
- IX. Cómo llegaron en este tiempo a Culiacán dos padres, y el empleo que tuvieron en esta provincia, de paso para la de Sinaloa ..... 111

X.	Del estado en que se hallaba la cristiandad y doctrinas de Sinaloa, después de la muerte del venerable padre Gonzalo de Tapia .....	113
XI.	Piden los de la villa de Sinaloa al virrey de Nueva España y gobernador de la Vizcaya, se les envíe algún socorro de gente para la conservación de aquella provincia; pónese presidio de soldados y cuéntase un caso singular de un ídolo .....	117
XII.	De las conveniencias que hay para ponerse en frontera de nuevas naciones que se convierten, algunos presidios de soldados para su protección y defensa .....	121
XIII.	Respóndese a las dificultades que se pueden oponer a la doctrina del capítulo pasado .....	127
XIV.	En que se prueba cómo por el uso de los presidios, no se contraviene al modo apostólico de predicar el Evangelio .....	131
XV.	De los buenos efectos que se siguieron del presidio que se puso en la provincia de Sinaloa .....	137
XVI.	De las inquietudes que causaban en la cristiandad Nacabebe y sus cómplices: diligencias que se hicieron para cogerlos y sucesos desgraciados de todos ellos ..	141
XVII.	Viene a manos de españoles Nacabebe y hácese justicia de él .....	145
XVIII.	Dióse doctrina de asiento a dos pueblos de gentiles: y refiérense varios casos de edificación de los que se bautizaban .....	147
XIX.	Despáchase para México el caudillo de Sinaloa, a dar cuenta al virrey del estado de la provincia y el que a la vuelta halló en ella .....	151
XX.	Del señalado valor y virtudes del capitán de Sinaloa, Diego Martínez de Hurdaide .....	155
XXI.	Del famoso y señalado castigo que hizo el capitán Hurdaide en la belicosa y fiera nación zuaque .....	159
XXII.	Prosigue la materia del pasado y escríbese el castigo que se ejecutó en los presos .....	165
XXIII.	Del progreso de la cristiandad por este tiempo y abusos gentilicos que se iban desarraigando .....	169
XXIV.	Entra el capitán Hurdaide la tierra adentro, por orden del virrey, a descubrimiento de minas y suceso de la entrada .....	173
XXV.	Comenzaron los padres que administraban pueblos cristianos, a introducir policía en ellos y edificar iglesias y sucesos de las de Guazave .....	175

XXVI.	Cuán importante ha sido la crianza en doctrina y buenas costumbres de las juventudes de estas naciones, con otro medio que introdujeron los padres para asentar policía en ellas	179
XXVII.	Hace entrada el capitán al río de Zuaque, a pacificar dos naciones encontradas y castigo de rebeldes zuaques y de un famoso hechicero	183
XXVIII.	Determina hacer viaje a México el capitán de Sinaloa, a dar cuenta al virrey del estado de la provincia y pedir religiosos y licencia para dar doctrina a los zuaques y otras naciones	189
XXIX.	De la vuelta del capitán a Sinaloa; suceso del camino, alteraciones en que halló la provincia y cómo la sosegó	193
XXX.	Del asiento y conversión de pueblos y rancherías, serranías y comarcas a la villa de Sinaloa	197
XXXI.	De una inquietud, rebelión y alzamiento, que se levantó en estos pueblos; cómo se sosegó y constancia del padre en administrarlos	201
XXXII.	Escribese la fidelidad grande de estos pueblos en ocasión de un acometimiento, que hicieron los rebeldes repeguanes	205
XXXIII.	Vienen indios de otra nación serrana, llamada Tubari, a pedir doctrina y el santo bautismo y vuelven con esperanzas de conseguirlo	209
XXXIV.	De la reducción notable de una tropa de gente, que dejando su tierra y caminando muchas leguas, vino a pedir el santo bautismo, y poblar junto a la villa	213
XXXV.	Escribese un caso notable, de ostentación que hizo el demonio, predicando contra la doctrina cristiana. Desfizose su enredo. Y encuéntrase otra facción temporal contra indios alzados	217
XXXVI.	Aprovechamiento en cristiandad de las primeras naciones y conversiones de la provincia de Sinaloa, hasta el estado presente	223
XXXVII.	De la vida del venerable padre Gonzalo de Tapia y ministerios en que se ocupó antes de ir a fundar la misión de Sinaloa, donde murió por la predicación del Evangelio	229
XXXVIII.	De otros religiosas y heroicas virtudes del padre Gonzalo de Tapia	235

- XXXIX. De la veneración con que se han honrado los despojos del cuerpo del bendito padre, sucesos de sus matadores y frutos que se siguieron después de su muerte . . . 241

### LIBRO TERCERO

#### EN QUE SE TRATA DE LA CONVERSION A NUESTRA SANTA FE Y SUS TRIUNFOS EN LAS TRES PRINCIPALES NACIONES DEL RIO GRANDE DE ZUAQUE

- I. Describese el rio grande de Sinaloa y las naciones que pueblan sus tierras y valles . . . . . 247
- II. Vienen las naciones del rio de Zuaque a pedir al capitán del presidio y a los padres, entren a predicarles la fe de Cristo y bautizarlos . . . . . 251
- III. Describese el sitio y población de la nación Ahome, con sus particulares costumbres . . . . . 255
- IV. De la primera entrada que hizo el padre a la nación Ahome y caso singular que sucedió . . . . . 257
- V. Vuelve el padre a visitar los ahomes: hace iglesia y da forma y asiento a su doctrina . . . . . 261
- VI. Vienen las naciones confederadas con los ahomes, a señalar puesto para su reducción y queda formado el pueblo de Bacoregues . . . . . 263
- VII. De los bautismos generales de adultos de la nación Ahome y reducción de otras dos montaraces, a este pueblo . . . . . 265
- VIII. De otra singular reducción que se hizo de la nación más bárbara y salvajina de las descubiertas en Sinaloa 269
- IX. Acaban de bautizarse las naciones confederadas con la de Ahome. Fúndase otro pueblo y estado en que persevera toda esta cristiandad hasta este tiempo . . . . . 275
- X. Cómo aportó un navío, a que su cargo llevaba el capitán Juan Iturbi, a la costa del pueblo de Ahome y la ocasión con que allí llegó . . . . . 279
- XI. De la primera entrada que hizo el padre a dar asiento a la doctrina de la valiente nación Zuaca . . . . . 285
- XII. Acaba de bautizarse toda la nación Zuaca. Edifica iglesias en sus pueblos y solemnidad con que se dedicaron 289
- XIII. Refiérese un caso particular de penitencia de un cacique y estado de la cristiandad de la nación Zuaca, hasta el tiempo presente . . . . . 293



XIV.	Del puesto, y particulares costumbres de la nación Tegueca y entrada que hizo a dar asiento a su doctrina el padre Pedro Méndez . . . . .	297
XV.	Dase principio a bautismos generales de adultos teguecos, y muestras de su cristiandad . . . . .	301
XVI.	Acábase de bautizar la nación y escríbense dos entradas y visitas que hicieron dos señores obispos, a la confirmación de esta cristiandad, y muerte de uno de estos preladados en Sinaloa . . . . .	305
XVII.	Edificase un fuerte llamado de Montesclaros por orden del virrey, en puesto vecino a la nación Tegueca . . . . .	311
XVIII.	Del alzamiento, incendio de iglesias y muerte del ministro de doctrina, que intentaron los teguecos y fuga que hizo parte de la nación . . . . .	313
XIX.	Escríbese la jornada que hizo el capitán con su grupo a la sierra y nación Tepague, a castigar y reducir los teguecos alzados . . . . .	319
XX.	Prosigue el suceso de la entrada de los españoles a la sierra de Tepague . . . . .	323
XXI.	La nación Tegueca, pasada la facción de Tepague quieta, prosigue en su cristiandad comenzada y edifica iglesias . . . . .	329
XXII.	Cuéntanse casos de edificación que pasaron en la nación Tegueca, y otras, en materia de hechicerías, y los favores que han experimentado los padres de la Compañía de su glorioso patriarca San Ignacio . . . . .	331
XXIII.	Confiesan los hechiceros, que se les han debilitado sus artes y pactos con el demonio, después que se predica el santo Evangelio, y estado en que florece al presente la nación Tegueca . . . . .	337
XXIV.	Del asiento que se dio a la nueva doctrina de la nación, que propiamente se llama Sinaloa; de su puesto y particulares costumbres . . . . .	343
XXV.	Bautízase toda la nación Sinaloa. Sobrevino una gravísima enfermedad, y los frutos que se sacaron de ella, desterrando singulares supersticiones . . . . .	345
XXVI.	Edifican los sinaloas iglesias, su señalada cristiandad y humana policía, en que se conservan hasta el tiempo presente . . . . .	349
XXVII.	Del suave medio con que se redujo a nuestra santa fe la nación Zoe, agregada a la Sinaloa . . . . .	355

XXVIII.	De la reducción a nuestra santa fe de unas rancherías y gente que habitaba entre peñascos y riscos . . . . .	359
XXIX.	Dispone el padre la ejecución y reducción de los huities y escríbese una señalada jornada de un principal cacique, que ayudó a ella y a la de otras naciones extrañas . . . . .	363
XXX.	Acaba de reducirse y bautizarse toda la nación Huite, edifica iglesia y queda formada una ejemplar cristiandad y escríbese la del cacique don Bautista . . . . .	369
XXXI.	Dase principio a la reducción de la nación Chinipa a nuestra santa fe . . . . .	373
XXXII.	De otro particular suceso y fruto de la primera entrada del ministro de doctrina a los chinipas . . . . .	377
XXXIII.	Entra segunda vez el padre a los chinipas y las señaladas paces que se sentaron entre otras naciones encontradas . . . . .	379
XXXIV.	De la muerte y ejemplos de grande religión y celoso deseo de la salud de las almas, en que murió doctrinando a estas naciones el padre Juan Bautista de Velasco . . . . .	385
XXXV.	De la vida, dichosa muerte, ministerios y trabajos en que ayudó a las misiones de Sinaloa y padres que en ellas se empleaban, un hermano coadjutor de nuestra Compañía de Jesús . . . . .	389



*Páginas para la historia de Sonora Triunfos de nuestra santa fe*, tomo I, se terminó de imprimir el día 19 de marzo de 1985 en los talleres de Gráficos ERS, Trabajadoras Sociales No. 299, México 8, D.F. La edición consta de 3 000 ejemplares. La coordinación técnica estuvo a cargo de Servando Morales.



PUBLICACIONES DEL GOBIERNO  
DEL ESTADO DE SONORA  
1979-1985

1. Horacio Sobarzo: *Crónica de la aventura de Racouset Boulbon en Sonora.*
2. José Rubén Romero, Juan de Dios Bojórquez, Dr. Atl y Juan de Dios Robledo: *General Alvaro Obregón. Aspectos de su vida*, 2ª edición corregida.
3. Alvaro Obregón: *Ocho mil kilómetros en campaña* (fragmentos), 2ª edición corregida.
4. Miguel R. Palacios y Ana María León de Palacios: *Alvaro Obregón, caudillo e ideólogo de la reconstrucción nacional.*
5. Juan Antonio Ruibal Corella: *Plutarco Elías Calles, estadista y patriota.*
6. Juan de Dios Bojórquez: *Crónica del Constituyente.*
7. Armando Quijada Hernández: *Sonora, génesis de su soberanía.*
8. *Memorias de don Adolfo de la Huerta* (transcripción y comentarios de Roberto Guzmán Esparza).
9. Charles W. Polzer: *Eusebio Kino, padre de la Pimería Alta*, 2ª edición corregida.
10. Ramón Corral: *Obras históricas.*
11. Cuauhtémoc L. Terán: *Jesús García, héroe de Nacozari.*
12. Antonio G. Rivera: *La Revolución en Sonora.*
13. Carlos Moncada: *El Quijote de la Revolución. Vida y obra de Adolfo de la Huerta.*
14. Horacio Sobarzo: *Crónicas biográficas.*
15. Alfonso Iberri: *El viejo Guaymas.*
16. Agustín A. Zamora: *La Cohetera, mi barrio.*
17. Gerardo Cornejo: *La sierra y el viento.*
18. Juan Antonio Ruibal Corella: *Los tiempos de Salvador Alvarado..*
19. Francisco P. Troncoso: *Las guerras con las tribus yaqui y mayo*, tomo I.
20. Francisco P. Troncoso: *Las guerras con las tribus yaqui y mayo*, tomo II.

21. Arthur Woodward: *Misiones del norte de Sonora.*
22. Alberto Francisco Pradeau: *Sonora y sus casas de moneda. Alamos y Hermosillo.*
23. Jorge Russek: *Sonora.*
24. Francisco R. Almada: *Diccionario de historia, geografía y biografía sonorenses.*
25. Palemón Zavala: *Perfiles de Sonora.*
26. Ignacio Pfefferkorn: *Descripción de la Provincia de Sonora,* libro I (traducción de Armando Hopkins Durazo).
27. Ignacio Pfefferkorn: *Descripción de la Provincia de Sonora,* libro II (traducción de Armando Hopkins Durazo).
28. Gerardo Cornejo: *El solar de los silencios.*
29. Roberto Acosta: *Apuntes históricos sonorenses.*
30. Carlos Moncada: *30 años en esto.*
31. Manuel R. Uruchurtu: *Apuntes biográficos de don Ramón Corral (1854-1900).*
32. Gilberto Escobosa Gámez: *Crónicas, cuentos y leyendas.*
33. Louis Lejeune: *La guerra apache en Sonora* (traducción de Michel Antochiw).
34. Horacio Sobarzo: *Vocabulario sonorense.*
35. *Temas sonorenses a través de los simposios de historia.*
36. Eduardo W. Villa: *Historia del Estado de Sonora.*
37. Juan Mateo Mange: *Diario de las Exploraciones en Sonora/Luz de tierra incógnita.*







**Publicaciones del  
Gobierno del Estado  
de Sonora 1979-1985**